

Gobernar la crisis

Los atracos, el Estado y

«la ley y el orden»

Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clark y Brian Roberts



© Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clark y Brian Roberts 2013, 2019.
Esta traducción de *Policing the Crisis*, 35th Anniversary Edition, ha sido publicada por acuerdo con Red Globe Press, editorial de Bloomsbury Publishing Plc.

© Traficantes de sueños, 2023

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Primera edición en inglés: *Policing the Crisis. Mugging, the State and law & order*, 1978; segunda edición, Londres, Springer Nature Limited, 2013

Primera edición: septiembre de 2023

Título: Gobernar la crisis. Los atracos, el Estado y «la ley y el orden»

Autores: Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clark y Brian Roberts

Traducción: Ana Useros Martín

Notas de edición: Vicente Rubio Pueyo

Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños [taller@traficantes.net]

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

Impresión:

Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-19833-08-2

Depósito legal: M-27367-2023

GOBERNAR LA CRISIS

LOS ATRACOS, EL ESTADO Y «LA LEY Y EL ORDEN»

STUART HALL, CHAS CRITCHER,
TONY JEFFERSON, JOHN CLARK
Y BRIAN ROBERTS

TRADUCCIÓN:

ANA USEROS MARTÍN

NOTAS DE EDICIÓN:

VICENTE RUBIO PUEYO

traficantes de sueños

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Prefacio a la segunda edición | 9 |
| Agradecimientos | 23 |
| Introducción a la primera edición | 25 |
| PRIMERA PARTE | |
| I. La historia social de un «pánico moral» | 33 |
| II. Los orígenes del control social | 69 |
| III. La producción social de noticias | 105 |
| SEGUNDA PARTE | |
| IV. Balance contable: rentabilizar Handsworth | 141 |
| V. Orquestar la opinión pública | 189 |
| VI. Las explicaciones y las ideologías del delito | 215 |
| TERCERA PARTE | |
| VII. El delito, la ley y el Estado | 271 |
| VIII. La sociedad de la ley y el orden: el agotamiento del «consentimiento» | 323 |
| IX. La sociedad del orden: hacia el «Estado de excepción» | 397 |
| CUARTA PARTE | |
| X. La política del «atraco» | 469 |
| Postfacios | 565 |

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

GOBERNAR LA CRISIS se publicó por primera vez hace más de treinta años y fue positivamente recibido por el público general y especializado. El libro pretendía explorar el «atraco¹ [...] como fenómeno social, más que como una forma particular de delincuencia callejera» (p. 26). Abordaba cómo y por qué esta etiqueta «atraco», que apelaba a las emociones, se generalizó tanto a principios de la década de 1970; cómo se construyó y amplificó esa definición; por qué la sociedad británica —la policía, la judicatura, los medios de comunicación, la clase política, los guardianes de la moral y el Estado— reaccionó ante ella de forma tan extrema y qué nos decía / que nos dice esto sobre la coyuntura social y política en la que se desarrolló esta secuencia.

Este prefacio se dirige a los nuevos lectores o a quienes ya conocen el libro pero vuelven a este mismo desde nuevas perspectivas y en circunstancias históricas diferentes. Intenta responder a la pregunta: «¿Qué hay que saber para hacer una lectura contemporánea y sacarle todo el partido posible?» Ofrece una breve retrospectiva de las razones por las que este libro se estructuró tal y como lo hizo, de las tradiciones intelectuales y teóricas en las que se basó su elaboración y de la naturaleza de la coyuntura histórica en la que apareció.

¹ Hay dos términos clave en este libro que desafían la traducción. Desde la conciencia de esa limitación, traducimos «policing» en el título como «gobernar» para destacar que el libro expone cómo todos los ámbitos institucionales se alían para definir un fenómeno, la «crisis», y cómo esa definición concreta determina las maneras que desde el Estado se eligen para «combatirla». Pero se pierde el matiz de que esta crisis se conceptualizó como un asunto de seguridad ciudadana y que se combatió con lo que llamaríamos «la solución policial»: la estigmatización, vigilancia y criminalización de determinadas poblaciones y la exacerbación del miedo social como estrategia de control. Por otro lado, «mugging» se refiere al robo con mayor o menor violencia que se produce en la calle, lo que nosotras llamaríamos «dar un palo» o un «atraco». Pero mientras que «mugging» solamente se refiere a este tipo concreto de delito callejero, «atraco» en castellano alude a otras formas de robo (se atraca un banco, por ejemplo) y además no es un neologismo (o un préstamo de otra variedad de la lengua) como sí lo fue en el caso británico que se analiza aquí. En cualquier caso, hemos elegido «atraco» porque comparte con «mugging» no estar tipificado como tal en el código penal (se habla en este de robo con intimidación) y porque creemos que, en el proceso paralelo que se pudo dar en España en esos mismos años sobre la cuestión de la «inseguridad ciudadana», era la palabra que se utilizaba. [N. de la T.].

Gobernar la crisis fue una respuesta a los acontecimientos relacionados con el robo y las lesiones que tres chicos de origen étnico mixto infligieron a un hombre en Birmingham. A ellos les fueron impuestas largas condenas ejemplares (20 años, en uno de los casos). Pero estos sucesos no se utilizaron para ilustrar un argumento teórico preexistente. Escrito a lo largo de seis años, el prolongado y difícil proceso de investigación colectiva sirvió de «laboratorio» intelectual del que surgieron las ideas, las teorías y los argumentos que vertebran el texto. El libro termina estableciendo conexiones y ofreciendo explicaciones que no podían preverse al principio.

Gobernar la crisis fue concebido y escrito en el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CCCS), un nuevo centro de investigación en un campo nuevo y en continua evolución, que abrió sus puertas en 1964. En aquel momento, Stuart Hall fue el único miembro de su plantilla que participó en el estudio; John Clarke, Chas Critcher y Tony Jefferson estaban adscritos al Centro como estudiantes de posgrado y Brian Roberts estaba formalmente adscrito al Departamento de Sociología. No obstante, muchas otras personas del Centro contribuyeron al libro. El enfoque del Centro era transdisciplinar, lo que facilitó que los autores aportaran diferentes perspectivas e inquietudes a la investigación. En un espíritu participativo «pos 1968», el CCCS estaba comprometido con modos colectivos de trabajo intelectual, investigación y escritura, en los que el personal contratado y los estudiantes licenciados trabajaban juntos. El *ethos*, el proyecto y la práctica del Centro resultaron así cruciales en la forma que adoptó el proyecto. De hecho, esta autoría colectiva es una de las razones por las que, en muchos lugares, *Gobernar la crisis* se considera un texto ejemplar. Para esta segunda edición, este prefacio se ha elaborado de forma colectiva, mientras que los cuatro epílogos, que retoman temas específicos del libro, se atribuyen a sus autores individuales, lo que refleja las disyuntivas de tiempo y lugar que afectaron a su producción. Sin embargo, todos ellos han sido objeto de un intenso proceso de discusión y debate colectivo, conservando al menos parte del espíritu que caracterizó a *Gobernar la crisis*.

Aunque influido por el pensamiento sociológico y criminológico, el objeto de análisis global de *Gobernar la crisis* no era el «delito», ni siquiera la «sociedad», sino la «formación social», conceptualizada como un conjunto de prácticas, instituciones, fuerzas y contradicciones. *Gobernar la crisis* trataba los aspectos culturales, ideológicos y discursivos del fenómeno del «atraco», junto con sus dimensiones legales, sociales, económicas y políticas, en tanto aspectos constitutivos y sobre determinantes en sus efectos, no como factores secundarios y dependientes que se determinaban en otro lugar.

Los autores no éramos criminólogos en ningún sentido formal, aun cuando el libro haya sido debatido por lo general dentro de la criminología crítica. Estábamos convencidos, no obstante, no solo de que la delincuencia

y la desviación eran fenómenos plenamente sociales, sino de que representaban un desafío a las premisas normativas de la sociedad y al mantenimiento del orden social, y que, por lo tanto, podían leerse como síntomas de factores sociales y políticos más amplios. Nuestro objetivo era devolver a la delincuencia a sus «condiciones de existencia» sociales y políticas.

La primera mitad del libro se basa en el trabajo del Centro sobre el concepto de subcultura y en la teoría de la desviación y de las subculturas. Entre las fuentes e influencias se encuentran los debates de la recién creada *National Deviancy Conference* y los escritos de sociólogos interaccionistas estadounidenses como Howard Becker, quien sostenía que la desviación no era una cualidad de la acción sino de la respuesta social ante esta.² Estos autores señalaron que el etiquetado y la definición de una acción como desviada por parte de las instituciones de control social era una parte esencial de la desviación como proceso social. *Gobernar la crisis* tuvo mucha influencia de sociólogos británicos como Jock Young y Stan Cohen, que habían llevado a cabo importantes estudios sobre el comportamiento socialmente desviado en Gran Bretaña durante ese periodo, como el consumo de drogas³ y los enfrentamientos entre las autoridades y los grupos de «mods» y «rockers».⁴

En tanto se nos ha elogiado por nuestro enfoque etnográfico [en el proyecto relacionado del CCCS, *Rituales de resistencia*]⁵ y se nos ha criticado por esa misma ausencia en *Gobernar la crisis* (especialmente en el último capítulo),⁶ nos ha parecido útil añadir algo sobre nuestra relación con la etnografía porque, para nosotros, *Rituales de resistencia* y *Gobernar la crisis* son dos caras de la misma moneda y ninguno de los dos proyectos constituyen una etnografía convencional.⁷ Ambos comparten el «compromiso permanente» de la etnografía «con la exploración y reconstrucción de los mundos sociales», su «implicación con [...] nuestros semejantes, los hombres y las mujeres» y un «compromiso con la interpretación de las culturas

² H. Becker, *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, The Free Press, 1963 [ed. cast.: *Outsiders: hacia una sociología de la desviación*, Jaime Arrambide (trad.), Madrid / Buenos Aires, Siglo XXI, 2009].

³ J. Young, *The Drugtakers*, Londres, Paladin, 1971.

⁴ S. Cohen, *Folk Devils and Moral Panics*, Londres, MacGibbon & Kee, 1972 [ed. cast.: *Demonios populares y pánicos morales: delincuencia juvenil, subculturas, vandalismo, drogas y violencias*, Victoria Boschirolí (trad.), Buenos Aires, Gedisa, 2017].

⁵ S. Hall y T. Jefferson (eds.), *Resistance through Rituals*, Londres, Hutchinson, 1976; 2^a ed., Londres, Routledge, 2006 [ed. cast.: *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*, A. Nicolás Miranda, Rodrigo O. Ottonello, Fernando Palazzolo (trads.), Madrid, Traficantes de sueños, 2014].

⁶ Véase S. Hallsworth, «Street Crime», *Crime, Media, Culture*, vol. 4, núm. 1, 2008, pp. 137-143.

⁷ Existe de hecho una relación muy estrecha entre *Rituales de resistencia* y *Gobernar la crisis*. Uno de los ensayos recogidos en *Rituales de resistencia*, «Some Notes on the Relationship between the Societal Control Culture and the News Media, And the Construction of a Law and Order Campaign», se enfoca ya en la cuestión del «mugging» y está firmado por el CCCS Mugging Group, formado por quienes más tarde serán autores de *Gobernar la crisis*. [N. de E.]

locales y situadas».⁸ Nuestra preocupación era utilizar ese punto de partida —acontecimientos, prácticas, relaciones y culturas concretas— para acercarnos a las «configuraciones estructurales que no pueden reducirse a las interacciones y prácticas a través de las cuales se expresan», tal y como decía Bourdieu, otro simpatizante de la etnografía.⁹ En otras palabras, trattamos de emular la imaginación etnográfica, pero también de ir más allá del enfoque en el aquí y ahora de las «interacciones y prácticas» cotidianas, situándolas en las historias que tienen lugar a nuestras espaldas.

Aunque los métodos clásicos de la etnografía sean la observación participante, la escucha y la entrevista, cualquier enfoque que nos acerque a un conocimiento empírico detallado de un «mundo social» concreto puede ser etnográfico: hundirse en montones de periódicos (materiales primarios para el «mundo social» de la reacción social); leer toneladas de material secundario en forma de libros, artículos y comentarios (sobre los «mundos sociales» de la policía y de la juventud negra, por ejemplo); o vivir y trabajar en el «mundo social» de Handsworth (como era el caso de uno de nosotros). Este enfoque pragmático, una orientación etnográfica combinada con formas de sociología y estudios de los medios de comunicación, enmarcados en un enfoque marxista del análisis coyuntural, es lo que parece haber confundido a algunos de nuestros defensores y críticos. Sin embargo, es evidente que funciona, sobre todo en el aparente realismo de nuestra «típica biografía del joven que acaba atracando», que a un crítico le pareció «uno de los relatos más realistas de la delincuencia [...] que jamás había visto».¹⁰ Este continuó diciendo que «los hallazgos de Pryce en *Endless Pressure* apoyan firmemente esa imagen».¹¹ El libro de Ken Pryce analiza los estilos de vida de la comunidad caribeña en Bristol sobre la base de una investigación etnográfica de cuatro años, en buena parte entre «teeny boppers» y «buscavidas».¹² Nuestros períodos de investigación coinciden casi exactamente; su libro se publicó por primera vez en 1979, un año después de *Gobernar la crisis*.

No cabe duda de que *Gobernar la crisis* debe mucho al trabajo del Centro en este ámbito de la juventud, desde *Rituales de resistencia* hasta los estudios sobre la escolarización¹³ y la moda y el estilo juvenil.¹⁴ A

⁸ P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland y L. Lofland, «Editorial Introduction», en P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland y L. Lofland (eds.), *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, 2001, p. 6.

⁹ P. Bourdieu y L. Wacquant, «The Purpose of Reflexive Sociology (The Chicago Workshop)», en *An Invitation to Reflexive Sociology*, Cambridge, Polity, 1992, p. 113 [ed. cast.: *Una invitación a la sociología reflexiva*, Ariel Dilon (trad.), Buenos Aires, Siglo XXI, 2005].

¹⁰ C. Sumner, «Race, Crime and Hegemony», *Contemporary Crises*, núm. 5, 1981, p. 28.

¹¹ Ibídem.

¹² K. Pryce, *Endless Pressure*, Harmondsworth, Penguin, 1979.

¹³ P. Willis, *Learning to Labour*, Farnborough, Hants., Saxon House, 1977 [ed. cast.: *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*, Madrid, Akal, 2017].

¹⁴ D. Hebdige, *Subculture*, Londres, Methuen, 1979 [ed. cast.: *Subcultura. El significado del estilo*, Barcelona, Paidós, 2004].

estos trabajos les siguieron los estudios sobre el rock urbano y la música negra¹⁵ y sobre la situación de las chicas en los movimientos subculturales dominados por hombres.¹⁶ En todos estos ámbitos, la «juventud» parecía figurar como una incesante productora de «problemas», sintomática de una cierta desafección social, así como de tendencias y problemas sociales más amplios, en torno a los cuales giraba la inquietud pública y oficial. Esta angustia social contribuyó a la generación de «pánicos morales», es decir, olas excesivas de miedo y aprensión entre sectores del público ante una amenaza percibida para la propia sociedad y, como reacción, el reclutamiento de las agencias de control social y de estructuras políticas más amplias con el fin de hacerles frente.

Gobernar la crisis siguió esta línea de argumentación: la cultura y las instituciones de control social formaban parte de los fenómenos desviados o delictivos tanto como quienes cometían el delito. Desempeñaban un papel activo, no solo en el control de las conductas antisociales, sino también en la forma en que estas se etiquetaban, definían y entendían públicamente. Sin embargo, en este contexto ampliado, la «cultura del control» acabó por parecernos un concepto demasiado vago. Estas instituciones se identificaban más adecuadamente como ese lugar condensado de diferentes tipos de poder: el Estado. Este desplazamiento hacia el Estado dirigió así el análisis del atraco al núcleo de la sociedad, a las cambiantes mareas de la opinión pública y a los centros del poder social y de autoridad política.

Las instituciones responsables del control de la desviación se convirtieron, de este modo, en hilo conductor de la historia. El control incluía, no solo la capacidad de las instituciones para ejercer autoridad, sino también su poder ideológico y cultural con el fin de dar un significado y, por lo tanto, un sentido social a los acontecimientos y así ganar a la sociedad para su «definición de la situación». Al poner estas dos funciones juntas en el mismo marco, la distinción tradicional entre el Estado como instancia de dominación (privación de la libertad de los individuos, castigo, etc.) y como lugar para «conquistar el consentimiento popular» quedó decisivamente socavada. Las prácticas discursivas —hacer prevalecer las definiciones de forma simbólica y material— formaban parte del control social tanto como disolver multitudes o encarcelar a los delincuentes.

La policía se considera la primera línea de defensa de la sociedad a la hora de proteger la libertad del individuo y los derechos de la propiedad privada; se considera el baluarte contra la anarquía social. Está autorizada a publicar evaluaciones oficiales de los niveles generales de delincuencia

¹⁵ I. Chambers, *Urban Rhythms*, Basingstoke, Macmillan, 1985; D. Hebdige, *Cut 'n' Mix*, Londres, Methuen, 1987.

¹⁶ A. McRobbie, *Feminism and Youth Culture*, Basingstoke, Macmillan, 1991.

—las estadísticas de delincuencia— y a proporcionar un continuo comentario sobre la relación entre la delincuencia y las tendencias sociales más amplias. De hecho, *Gobernar la crisis* comienza con un debate sobre las prácticas discursivas que se emplearon en la construcción de una medida estadística para los «atracos», ya que en aquella época ese delito no estaba tipificado en el código penal (y sigue sin estarlo) y poder así «registrarlo» estadísticamente. Hay sin embargo pocos «hechos sociales» tan persuasivos como una serie de números.

También el poder judicial tiene una enorme autoridad en este ámbito. La judicatura no solo interpreta la ley, la aplica a casos concretos e impone castigos, en su momento también ejerce las funciones más amplias de comentar el delito, pronunciarse sobre su significado social e interpretar sus implicaciones sociales y políticas. También influye sobre la forma en la que el público «da un sentido» a la situación, sobre qué acciones se considerarán políticamente aceptables y legítimas, sobre qué se consiente.

En las sociedades contemporáneas, estas prácticas ideológicas, culturales e interpretativas son el territorio principal de la prensa y de los medios de comunicación. Aunque no formen parte formalmente del Estado, desempeñan una función crucial —en articulación con otras instituciones— en el negocio de la influencia popular a través de la «producción social de noticias», en la que la delincuencia ocupa siempre un lugar muy destacado. *Gobernar la crisis* considera a estas instituciones clave como «definidores primarios». Estos proporcionan las interpretaciones de base, influyen en las actitudes de los «legos en la materia», moldean el clima ideológico y son fundamentales en la orquestación de las respuestas políticas y públicas.

La población no se acerca a este proceso de «dar sentido a la delincuencia» con una *tabula rasa*. Aporta esquemas interpretativos, suposiciones no revisadas, sentido común, conocimiento tácito y formas de razonamiento, muchas de las cuales están ya ahí, aunque no necesariamente de forma lógica, coherente o probatoria (y no por ello son menos convincentes). Especialmente cuando la sociedad se siente amenazada por el ritmo o la dirección del cambio social —como le ocurrió a la sociedad británica cuando se enfrentó a los inquietantes efectos de la «prosperidad» de posguerra y de las migraciones de las décadas de 1950 y 1960—, la mayoría tiende, por sentido común, a reproducir definiciones y enfoques de los problemas que apoyan las estructuras de poder existentes, adoptando, por ejemplo, puntos de vista «tradicionalistas» sobre la delincuencia, la raza y el castigo.

Desde el punto de vista metodológico, se trata de un área de investigación muy compleja. Dado que estas estructuras de interpretación operan al margen de la conciencia o del recuerdo, la encuesta y la entrevista tradicional son instrumentos de investigación demasiado burdos. En su lugar,

optamos por centrarnos en las cartas al director publicadas en la prensa popular, tratando de captar la opinión pública, por así decir, desprevenida, en el momento mismo de su formación. Utilizamos ese material de forma interpretativa para elaborar un «mapa» de las ideologías informales de la delincuencia, del espacio urbano y de la raza que proporcionan las «estructuras profundas» de la opinión pública. El sentido común, sostiene Gramsci, puede ser obvio, confuso, episódico o contradictorio.¹⁷ Las huellas de muchas tradiciones de pensamiento diferentes se condensan en él sin dejar ningún inventario. Ocupa un lugar bajo en la jerarquía del conocimiento. Pero, en las sociedades formalmente democráticas, «convertirse en sentido común» es una vía clave para asegurar la legitimidad y la conformidad popular y, por lo tanto, es la base de lo que Gramsci llamó formas «hegemónicas» de poder.¹⁸

Esto llevó el análisis a un nuevo nivel. *Gobernar la crisis* sostiene que «cuando una alianza de clases dominantes ha logrado una autoridad indiscutible, [...] cuando domina la lucha política, protege y amplía las necesidades del capital, dirige con autoridad en las esferas civil e ideológica, y lidera las fuerzas de contención de los aparatos coercitivos del Estado en su defensa; cuando logra todo esto sobre la base del consentimiento [...] podemos hablar del establecimiento de un periodo de hegemonía o dominación hegemónica» (p. 319).

El lugar y la ubicación son vectores críticos del «sentido común» que llevan consigo poderosas connotaciones sociales y cuasiexplicaciones. Handsworth, el lugar en el que se produjo el acontecimiento clave que describe este libro, es un ejemplo de pobreza urbana y privación social, con una larga lista de los considerados problemas típicos de los centros urbanos. Se trataba de una antigua zona residencial de Birmingham en caída hacia la multiculturalidad y el hacinamiento habitacional como resultado de la pobreza, la infravivienda y el desempleo. Era también un espacio de migración y asentamiento afrocaribeño y asiático. Sus problemas eran bastante reales. Pero se veían agravados por la forma en que se culpaba a estos grupos considerados «diferentes» y «otros», lo que agravaba los estereotipos y la discriminación racial.

La migración negra de posguerra, que comenzó realmente con la llegada del barco Empire Windrush en 1948, transformó el rostro de la sociedad británica y puso en cuestión la propia identidad británica. Afeció a un profundo sedimento de actitudes negativas y estereotipadas sobre la diferencia racial, un legado heredado del papel imperial de Gran Bretaña, y

¹⁷ A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Londres, Lawrence & Wishart, 1971, p. 323.

¹⁸ Ibídem, p. 55, n. 5.

que la llegada de un número significativo de inmigrantes negros del Caribe al «territorio de origen» de una sociedad que se imaginaba a sí misma como progresista, tolerante y racialmente homogénea sacó a la superficie. Paul Gilroy califica la respuesta patológica de una antigua sociedad imperial, como la británica, ante el declive de su poder como una forma de «melancolía poscolonial», el duelo no correspondido por un objeto perdido que fácilmente se convierte en fobia.¹⁹ Se trata de algo que sigue teniendo profundas resonancias y efectos en la sociedad británica actual.

Estos nuevos énfasis constituyeron una bisagra y marcaron la transición entre la primera y la segunda mitad del libro. La convergencia de la delincuencia, la policía, la raza y la ciudad, que encontramos en el fenómeno de los «atracos», resultó ser una mezcla explosiva. Precipitó la ansiedad social sobre cómo estaban cambiando las comunidades, reforzó la equiparación de lo «británico» con la «blanquitud» y convenció a muchas personas socialmente excluidas de que la causa de sus privaciones no era la pobreza sino la raza. Esto estimuló desde «abajo» la demanda de una respuesta política por parte de las instituciones «desde arriba», responsables en última instancia de la defensa del orden social. Está claro, pues, que el «atraco» —que nos había llevado desde la delincuencia y la desviación, pasando por los aparatos de la «cultura del control», hasta el Estado— no podía explicarse plenamente si no se lo situaba en sus contextos sociales, históricos y políticos más amplios. Tuvimos que seguir la línea aún no completada que nuestras investigaciones habían abierto.

Utilizamos el término «contextualización» para describir este proceso analítico de ampliación del marco. Pero se trata de una formulación débil. En los *Grundrisse*, Marx argumenta que la única manera de producir «lo concreto por medio del pensamiento» es añadir más determinaciones: «Lo concreto es concreto porque es la concentración de muchas determinaciones».²⁰ Contextualizar no es, pues, la invocación de un «fondo» inerte, sino que implica tratar estos procesos articulados como un movimiento real a través del tiempo e identificar, en su especificidad histórica, los vínculos entre los diferentes niveles de abstracción.

¿Qué nos dice la aparición del «atraco» y la reacción social a este sobre la coyuntura histórica en la que se produjo? «Coyuntura» es un concepto desarrollado por Gramsci²¹ y Althusser²² que designa un momento especí-

¹⁹ P. Gilroy, *After Empire*, Londres, Routledge, 2004.

²⁰ K. Marx, *Grundrisse*, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 101 [ed. org.: *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Moscú, Marx-Engels Institute, 1939; ed. cast.: *Elementos Fundamentales para la crítica de la economía política*, Pedro Scarón, Miguel Murmis y José Aricó (trads.), Madrid / Buenos Aires, Siglo XXI, 1998].

²¹ A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, pp. 177-179.

²² L. Althusser, *For Marx*, Harmondsworth, Penguin, 1969, p. 249 [ed. org.: *Pour Marx*, París, Maspero, 1965; ed. cast.: *La revolución teórica de Marx*, Martha Harnecker (trad.), Ciudad de México, Siglo XXI, 1968].

fico en la vida de una formación social y se refiere a un periodo en el que los antagonismos y las contradicciones, que siempre están en juego en la sociedad, comienzan a «“fundirse” en una *unidad rupturista*».²³ El análisis coyuntural utiliza un tipo de periodización basado en la distinción entre los momentos de relativa estabilidad y los de intensificación de las luchas y del malestar, que pueden desembocar en una crisis social más general. El concepto abarca el desarrollo de las contradicciones, su fusión en una crisis y su resolución. Las soluciones a la crisis pueden adoptar diferentes formas: no hay un resultado predeterminado. Pueden permitir que el proyecto histórico continúe o se renueve, o pueden provocar un proceso de transformación. En algunos casos, la lucha prolongada puede continuar sin resolución (lo que Gramsci llama «una revolución pasiva»).²⁴ Las coyunturas no tienen una duración fija, pero, mientras la crisis (y sus contradicciones subyacentes) sigan sin resolverse, es probable que proliferen nuevas crisis y que resuenen en distintos ámbitos de la formación social. Mientras un periodo esté dominado por aproximadamente las mismas luchas y contradicciones y los mismos esfuerzos por resolverlas, puede decirse que constituye la misma coyuntura. Este es el tipo de «crisis» al que se refiere el título del libro. «La reacción al atraco», defendíamos, «constituye un aspecto de una “crisis de hegemonía” general del Estado británico» (p. 321).

La primera coyuntura que enmarca nuestro análisis es el «acuerdo» político o «compromiso histórico» entre el Estado del bienestar y la socialdemocracia que surgió al final de la Segunda Guerra Mundial con la llegada al poder del Partido Laborista. Su mandato consistía en garantizar el pleno empleo (masculino), evitar las crisis económicas mediante medidas keynesianas, redistribuir la riqueza, pasar a titularidad pública los «puestos de mando» de la economía privada y crear sistemas nacionales de salud y Seguridad Social. Este fue un momento importante en la redistribución de la riqueza y el poder en la sociedad británica.

El Estado del bienestar siempre fue una formación social hecha de concesiones: los beneficios empresariales y el bien público, la «riqueza» privatizada y la provisión social colectiva tiraban en direcciones opuestas. Dependía del crecimiento continuo del capital privado para crear la riqueza que el Estado después redistribuía. Sin embargo, no se puede subestimar el impacto redistributivo del Estado del bienestar: resultó ser una de las transformaciones sociales pacíficas más exitosas de los tiempos modernos. Por ello, la oposición conservadora lo consideró una intromisión injustificada en las prerrogativas del capital, de la propiedad privada y del individuo «libre» y, sobre todo, un intento de desplazar el equilibrio

²³ Ibídem, p. 99; énfasis en el original.

²⁴ Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks...*, pp. 105-120.

de fuerzas sociales hacia las clases trabajadoras y los pobres. La oposición conservadora se empeñó en revertir esta nociva iniciativa y en destruir el consenso que se había desarrollado en torno a ella. Hay quien diría que esta larga *vendetta* sigue operando en el sistema político actual.

El consenso en torno al Estado de bienestar socialdemócrata comenzó a desmoronarse en la década de 1960. El modo de autoridad consensuado sobre el que se construyó no pudo ya sostenerse. Pero ¿cuál fue la naturaleza de la nueva coyuntura que siguió? *Gobernar la crisis* describe el proceso de transición como «el agotamiento del consentimiento». Cada vez más, los gobiernos laboristas adoptaron una variante de política reformista más verticalista, corporativista e impulsada por el «interés nacional». Harold Wilson intentó construir un «bloque social» —armonizando el capital y el trabajo «en lugar de la lucha»— basado en «la efervescencia tecnológica»; Jim Callaghan lanzó un nuevo «contrato social»²⁵. Intentaron sin éxito contener las huelgas «salvajes» y la «deriva salarial» mediante una política de rentas dirigida por el Estado. Pero la economía era básicamente débil, un hecho que la «riqueza» y el consumismo habían tendido a ocultar. La productividad y la rentabilidad se hundieron gravemente. El déficit público se disparó. A mediados de la década, el ministro de Hacienda se vio obligado a recurrir al FMI y a devaluar la moneda.

En un frente tras otro, la formación social comenzó a fracturarse. Las protestas y ocupaciones estudiantiles; los movimientos globales contra la guerra de Vietnam; los estilos de vida alternativos de la contracultura que desvinculaban a sectores de la juventud de la identificación con «el sistema»; la desarticulación de los patrones estables y los puntos de referencia morales; el aumento de la angustia social centrada en una cultura juvenil hedonista y «permisiva»; la exaltada tutela moral de organizaciones como la National Viewers and Listeners Association; el juicio a la revista *Oz* por publicaciones obscenas En todo esto, «1968» marcó una especie de climaterio. El Estado recurrió cada vez más a la ley para contener la crisis: se abordó la okupación mediante el refuerzo de las leyes contra la usurpación; la militancia industrial mediante la Industrial Relations Acts; los «disturbios» en Irlanda del Norte mediante la Emergency Powers Act y las «operaciones de baja intensidad»; las campañas de bombardeo del IRA mediante el «Domingo Sangriento».²⁶ Surgieron la Angry Brigade, los nue-

²⁵ Harold Wilson (1916-1995) fue un político laborista primer ministro entre 1964-1970 y 1974-1976. James Callaghan (1912-2005) también laborista, ocupó el mismo cargo entre 1976 y 1979. Entre 1970 y 1974 fue primer ministro el conservador Edward Heath (1916-2005). [N. de E.]

²⁶ El llamado «Bloody Sunday» fue una matanza cometida por el ejército británico al disparar sobre una manifestación de protesta en el barrio de Bogside, en Derry (Irlanda del Norte). 26 personas murieron. Es uno de los momentos clave en el periodo denominado como The Troubles, entre finales de los años sesenta y 1998. Más adelante el libro desarrolla con más profundidad esta cuestión (capítulo 9). [N. de E.]

vos temores a los secuestros y el terrorismo, las huelgas del sector público y la semana de tres días. En un momento dado, Heath declaró que el país era «ingobernable».

En el frente racial, se produjeron también acontecimientos paralelos: el discurso de Enoch Powell profetizando que, como resultado de la inmigración negra, correrían «ríos de sangre» en las calles; la amenaza percibida para el estilo de vida británico simbolizada por la presencia negra; la legislación que redefinía la ciudadanía y limitaba el flujo de inmigración; el impacto de las campañas de concienciación negras sobre el antiapartheid, los derechos civiles y el «black power» en EEUU. El florecimiento de una cultura de resistencia, inspirada en el reggae, basada en la afirmación de la «identidad negra»; las corrientes «rasta» y «*rude boy*» entre la juventud negra; una campaña de resistencia antirracista sostenida y popular en reacción a las prácticas racistas, especialmente el movimiento contra el uso de las leyes «SUS»²⁷ por parte de la policía para detener y registrar a los jóvenes negros y el modo en que la vida y la cultura negras estaban siendo vigiladas y «criminalizadas» en las áreas «coloniales». Y, sobre todo, la obsesión por «la mayor ola de criminalidad del siglo» (p. 400).

En 1970-1974 se produjo el cambio en la regulación social del consentimiento a la coerción, el recurso reflejo del Estado a «la ley» y el inicio de una crisis total de hegemonía. El Estado no solo proporcionó los instrumentos de gobernanza autoritaria, sino también «ese “sentido de dirección” que el público lego siente que la sociedad ha perdido» (p. 463). Este proceso se vio muy favorecido por la construcción de pesadillas: la agrupación de áreas dispersas en un solo «enemigo», cómodo, inclusivo, proteíco pero invisible. El Lord Canciller²⁸ vinculó la ley y el orden a la cuestión de «la interrupción de los procedimientos del Tribunal Supremo por parte de “un grupo de jóvenes gamberros”», el aumento del uso de armas de fuego, la violencia mortal utilizada por «un grupo de jóvenes», el «abuso, los insultos y la provocación lanzadas cada noche» a la policía «por los gamberros de las esquinas» y aque-llos «que desafían el propio sistema de la ley» (p. 399). Powell reunió a los profesores en huelga, a los «estudiantes que “destruyen” las universidades y “aterrorizan las ciudades”», «al poder de la “forma moderna” de la turba», a las manifestaciones, a «la capitulación del gobierno» ante el movimiento antiapartheid que hacía hoyos en los campos durante la gira de cricket sudafricana, «al éxito del desorden», a «hacer que los gobiernos “tiemblen”», a «la casi destrucción del gobierno civil en Irlanda del Norte», «y a la acumulación de “material combustible” de “otro tipo” (es decir, de raza)» en Gran Bretaña en una sola figura: «el enemigo y su poder» (p. 401).

²⁷ Abreviatura de *suspect*, las leyes SUS permitían detener y registrar a cualquier persona que pareciera sospechosa y se empleaban mayoritariamente contra la población negra. [N. de la T.]

²⁸ Equivalente en Gran Bretaña al cargo de ministro de Justicia. [N. de la T.]

Gobernar la crisis denominaba la «transición, desde este endurecimiento del control a finales de la década de 1960 hasta el “cierre” represivo total de 1970» (p. 380) como la deriva hacia «la sociedad de la ley y el orden» o, más sencillamente, «hacia el “Estado de excepción”» (p. 397). Fue «el efecto combinado de la ruta de “la ley y el orden” desde lo alto, de la acción más intensa del motor legal [...] [y] de la filtración constante de una lectura conspirativa de los “problemas” de Gran Bretaña» (p. 406). Se legitimó «el recurso a la ley, a la coacción y al poder estatutario» (p. 404) como una forma de llevar a cabo lo que ya no podía lograrse por consentimiento. Preparó a la sociedad para el ejercicio extensivo de la parte represiva del poder estatal. Hizo que esta rutinización del control fuera normal, natural y, por lo tanto, correcta e inevitable. Legitimó el deber del Estado [...] de «entrar en batalla» (p. 404).

En la sección final, el libro centraba la atención en una de las principales figuras o tropos que se habían conjurado en el centro del fenómeno de los atracos: la juventud negra. En un momento álgido de la crisis, un periodista, que comparaba la delincuencia negra en Estados Unidos y Gran Bretaña, preguntó: «¿Debe llegar Harlem a Handsworth?». La pregunta se convirtió en una profecía autocomplida. En 1972 el término «atraco», en su acepción estadounidense contemporánea, con sus connotaciones de raza, crimen y violencia, se utilizó por primera vez para describir un delito británico moderno: «Para nuestra Policía, es una nueva y aterradora variedad de delito» (p. 33). El suceso en Birmingham que dio lugar a *Gobernar la crisis* ocurrió en 1973.

Conocíamos el peso simbólico que tenía esta figura del atracador negro. Pero ¿cuál era la posición estructural y las formas políticas de lucha y conciencia de la población negra? El último capítulo trataba de llevar el debate a ese nivel más profundo. Analizaba el lugar que ocupan el trabajo y la «falta de trabajo», así como la delincuencia y el «trapicheo» como estrategias de supervivencia entre los sectores de la población negra. Examinaba el papel movilizador de la expresiva cultura negra como forma de resistencia simbólica. Analizaba las distinciones internas en la posición de clase de la inmigración como una sección racialmente diferenciada del «proletariado» y los mecanismos interconectados a través de los cuales se reproduce esta posición. Examinaba la tesis del *lumpenproletariado*, muy extendida en aquella época. Por último, contrastaba dos puntos de vista dentro de los enfoques marxistas sobre cómo podía leerse la posición de la población negra: como un «ejército de reserva de mano de obra» o como insertada simultáneamente en las estructuras de explotación del «Primer» y del «Tercer mundo». En sus detalles, estos enfoques han sido superados a partir de entonces. Pero las perspectivas que los definen no se han agotado del todo.

Así terminaba el libro, pero no la historia. A la crisis de la década de 1970, le seguiría el ascenso político de Margaret Thatcher,²⁹ que hizo estallar el mundo —«La sociedad no existe»—, y la guerra relámpago lanzada por el «thatcherismo», con sus contradictorios impulsos autoritarios y neoliberales, de Estado fuerte / libre mercado, sobre el tejido social. En formas transmutadas, este modelo de doble inscripción ha dominado desde entonces la sociedad y la política británicas (tanto en los gobiernos conservadores como en los del Nuevo Laborismo y los de la Coalición). Pocos creyeron que se tratara de un punto de inflexión histórico. Lo definieron como otra de las habituales oscilaciones del péndulo político. Pero quienes habíamos escuchado el feo sonido de una vieja coyuntura que se desplegaba, quienes vimos cómo se desarrollaba la crisis y comprendimos sus raíces populistas y su proyecto hegemónico a largo plazo, estábamos en condiciones de saber que no era así. Y esto llevó a la reivindicación final de *Gobernar la crisis*: porque, a diferencia de muchas grandes obras de análisis sociológico, era genuinamente premonitorio y por lo general acertadamente. Por eso, aunque solo sea por eso, sigue mereciendo la pena ser leído y reflexionar a partir del mismo.

Esto plantea una pregunta a una lectura contemporánea: ¿cuáles son las diferencias significativas entre las dos coyunturas? ¿Persiste la forma básica de control social identificada en nuestro análisis? ¿Seguimos avanzando hacia algún tipo de «Estado de excepción»? ¿O es el «Estado mercantil» neoliberal, que vino después, fundamentalmente diferente en sus modalidades? Y, si es así, ¿cómo debemos entender la continua oscilación entre el libre mercado y los impulsos «populistas autoritarios»? El libro, publicado en 1978, no podría haber abordado esta cuestión. Pero si su reedición provoca que nos planteemos nuevas preguntas y no solo que revisemos las antiguas, la decisión de hacer una segunda edición habrá sido acertada.

Stuart Hall, Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clark y Brian Roberts

²⁹ Primera ministra conservadora de 1979 a 1990.

AGRADECIMIENTOS

HEMOS ACUMULADO miles de deudas intelectuales y prácticas, de las que aquí solo podemos reconocer algunas. Janice Winship y Roger Grimshaw investigaron y escribieron respectivamente los borradores originales de los capítulos 4 y 5; ambos han comentado y observado con buena voluntad el proceso de absorción y mutilación posterior al que se han sometido sus ideas en las últimas fases de preparación. Roger Grimshaw ha seguido en estrecho contacto con el manuscrito a medida que este se desarrollaba y, de hecho, es el responsable de su título. Otras personas nos han prestado una ayuda esencial en el tedioso trabajo de investigación en los comienzos del proyecto: entre ellas, nuestro especial agradecimiento a Dave Cooper, Hilary Wainwright, Stephen Gee, Alan Clarke, Alasdair McGowan, Jessica Pickard, Dick Hebdige y Bob Willis. Incluso nuestro lento ritmo de progreso habría sido imposible sin la inestimable ayuda y paciencia de quienes mecanografiaron, fotocopiaron y estenografiaron para nosotros: Aileen Hall, Linda Owen, Judy Jefferson, Deirdre Barker, Georgie Ramseyer, Anne Harris y la inestimable Joan Goode, que todavía —increíblemente— nos sonríe cuando ensombrecemos su puerta con otra petición.

En nuestra labor de consulta de recortes de prensa, artículos de fondo y otra información relevante, contamos con la ayuda de muchas personas que nos dedicaron generosamente su tiempo. Los archivos del Consejo Nacional de Libertades Civiles y de Ian Wolff, de la BBC, contribuyeron enormemente a nuestro acervo de informes sobre atracos. Queremos dar las gracias a los numerosos amigos y colegas, tanto dentro como fuera del Centro de Estudios Culturales, que en algún momento nos han hablado del proyecto y nos han ofrecido valiosos consejos y críticas. Estamos especialmente agradecidos a Darcus Howe, de *Race Today*, y a Ricky Cambridge, de *The Black Liberator*, por el tiempo que nos dedicaron restándoselo a sus trabajos más importantes. Tenemos una deuda especial con quienes leyeron el larguísimo primer borrador de este manuscrito, especialmente con Stan Cohen, Mike Fitzgerald, Ian Taylor y Jock Young por sus detallados comentarios y su atención. Aunque hemos tomado prestadas ideas y conceptos y los hemos trabajado en direcciones que quizás no aprueben

del todo, hemos recibido estímulos y apoyos positivos de esas personas, así como del contexto en el que surgieron esas conversaciones por primera vez en la National Deviancy Conference.

A quienes han visto sus vidas desordenadas y frustradas por las complicaciones de la nuestra —en muchos sentidos, durante mucho más tiempo del que esperaban— parece algo redundante a estas alturas ofrecer disculpas o agradecimientos. Confesamos que, paradójicamente, nos han apoyado mucho las sonrisas escépticas con las que han respondido a nuestras afirmaciones de que «está casi terminado», aunque puede que esa no fuera la intención! Por último, reconocemos con gratitud el apoyo material prestado a este proyecto por el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos, así como el constante apoyo intelectual y el aliento de sus miembros en el periodo que va de 1973 a 1977.

Ni que decir tiene que todos los errores que contiene este libro son culpa de otras personas y que las partes buenas pertenecen a los autores.

Aunque el texto final se publicó en 1978, hubo una serie de intentos en el camino para que nuestra investigación en curso tuviera una mayor difusión. Algunos de esos «retoños» del estudio han sido:

- 20 years (The Paul, Jimmy and Musty Support Committee, 1973).
- T. Jefferson y J. Clarke, «Down These Mean Streets: The Meaning of Mugging», *Howard Journal*, núm. XIV(1), 1974; también disponible como *CCCS Stencilled Paper*, núm. 17.
- J. Clarke, C. Critcher, T. Jefferson y J. Lambert, «The Selection of Evidence and the Avoidance of Racism: A Critique of the Parliamentary Select Committee on Race Relations and Immigration», *New Community*, vol. III, núm. 3, verano de 1974; también disponible como *CCCS Stencilled Paper*, núm. 15.
- S. Hall, *Mugging: A Case Study in the Media*, programa de televisión de la Open University para el curso D101, *Making Sense of Society* (Milton Keynes, The Open University Press, 1975); emitido en BBC 2 el 17 y el 20 de abril de 1975; extraído posteriormente en *The Listener*, 1 de mayo de 1975.
- S. Hall *et al.*, *Newsmaking and Crime*, NACRO Conference on Journalism, Broadcasting and Urban Crime, enero de 1975; también disponible como *CCCS Stencilled Paper*, núm. 37; y en NACRO como folleto *The Media and Urban Crime*, 1976.
- S. Hall *et al.*, *Mugging and Law-and-Order*, documento presentado en la National Deviancy Conference de Cardiff; también disponible como *CCCS Stencilled Paper*, núm. 35.
- S. Hall, *Mugging and Street Crime*, tercera de una serie de emisiones de *Personal View* para BBC Radio (productor, Michael Green)

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN

ESTE LIBRO COMENZÓ hablando de «atracos», si bien ha terminado en un lugar diferente como ya habrá notado quien se haya percatado de la transición del subtítulo al título. En cualquier caso, nunca trató de «atracos» en el sentido que podría esperarse. De hecho, si pudiéramos abolir la palabra, esa habría sido nuestra principal —y quizás la única— «propuesta práctica». Tal palabra ha hecho un daño incalculable, poniendo en el punto de mira cosas equivocadas, ocultando y confundiendo las causas más profundas. Debería declararse una moratoria sobre su empleo altamente sospechoso, especialmente por parte de la clase política, la judicatura, la policía, las estadísticas criminales, los medios de comunicación y nuestros guardianes de la moral. Por desgracia, no se puede resolver una contradicción social suprimiendo la etiqueta que se le ha impuesto. Este libro pretende hurgar detrás de la etiqueta hasta dar con el contenido social contradictorio que refleja tan engañosamente: sin embargo, este *no es* un libro sobre por qué ciertos individuos, en tanto individuos, recurren al atraco; ni sobre qué medidas prácticas se pueden tomar para controlar o reducir su incidencia; ni acerca de cuan terrible es el delito de «atraco». No es un estudio de caso, ni un manual práctico, ni un grito de indignación moral. Tampoco se limita a revertir los términos, *no* es un estudio «apreciativo» de lo apasionante o revolucionario que es el «atraco». Algunos de esos libros están por escribir (si bien no todos se deberían escribir). En todo caso, nosotros empezamos por otro lugar, desarrollamos una concepción diferente de la relación del «atraco» con la sociedad británica y, en consecuencia, hemos producido un libro diferente. Lo hemos hecho así específicamente con el fin de contrarrestar la opinión de que la forma en la que se escriben los libros sobre los «problemas sociales» consiste en que los investigadores se limitan a salir a la calle, con la cabeza totalmente vacía de cualquier prejuicio acerca de la delincuencia o la sociedad, miran los «hechos empíricos» a la cara y escriben sobre cualquier «problema» que atisben por detrás y les sorprenda con su presencia. Este no es un libro de este tipo. Dudamos de que puedan escribirse libros con ese grado de inocencia sobre la sociedad, aunque actualmente hay bastantes que se disfrazan de ese modo.

Nos preocupa el «atraco», sí, pero como fenómeno social, más que como una forma particular de delincuencia callejera. Queremos saber cuáles son las causas sociales del «atraco». Sostenemos que esto constituye solo la mitad —menos de la mitad— de la historia de los «atracos». Lo más importante es saber por qué la sociedad británica *reacciona ante los atracos*, de una forma extrema, en esta precisa coyuntura histórica: a principios de la década de 1970. Si es cierto que los atracadores aparecen de repente en las calles británicas —un hecho que, en esa cruda simplicidad, impugnamos—, también es cierto que la sociedad ha entrado en pánico moral *ante los «atracos»*. Y esto se relaciona con el «pánico» más amplio sobre el «aumento constante de la tasa de delitos violentos», un pánico que ha ido creciendo a lo largo de la década de 1960. Y ambos pánicos tienen que ver con otras cosas, además de con la delincuencia *per se*. La sociedad llega a percibir la delincuencia en general, y los «atracos» en particular, como una señal de la desintegración del orden social, de que el «modo de vida británico» se está desmoronando. Así pues, este libro trata también sobre una sociedad que se está deslizando hacia un cierto tipo de *crisis*. Trata de analizar por qué y cómo los temas de la *raza*, la *delincuencia* y la *juventud* —condensados en la imagen del «atraco»— acaban por adoptar la función de articuladores de la crisis, su vehículo ideológico. También trata de cómo estos temas han funcionado como un mecanismo para la construcción de un consenso autoritario, una reacción conservadora: lo que llamamos la lenta construcción de una sociedad «blanda» de ley y orden. No obstante, también hay que preguntarse: ¿a qué contradicciones sociales se refiere realmente esta tendencia hacia la «sociedad disciplinada», impulsada por los miedos movilizados en torno a los «atracos»? ¿Cómo se ha construido la ideología del «orden público»? ¿Qué fuerzas sociales se ven limitadas y contenidas en su construcción? ¿Qué fuerzas se benefician de ella? ¿Qué papel ha desempeñado el Estado en su construcción? ¿Qué miedos y ansiedades reales moviliza? Estas son algunas de las cosas que entendemos cuando decimos que el «atraco» es un fenómeno social. Por eso el estudio del «atraco» nos ha llevado inevitablemente a la «crisis de hegemonía» general de la Gran Bretaña de la década de 1970. Este es el terreno que reivindica este libro. Quienes rechacen la lógica de nuestro argumento deben rebatirnos *sobre este terreno*.

Llegamos a redefinir así el término «atraco» por el modo en que se inició el libro y por cómo este se desarrolló. Hasta que iniciamos el estudio, la delincuencia no era un campo que nos interesara especialmente. Nos involucramos de forma práctica cuando, en 1973, los tribunales sentenciaron a diez y veinte años de cárcel a tres chicos de origen étnico mixto después de un grave incidente en Handsworth, Birmingham. En este incidente un hombre que volvía a casa de un pub fue «atracado» en un descampado,

robado y gravemente herido. Las sentencias nos parecieron innecesariamente crueles; y además —en lo que se refiere a las causas que produjeron este incidente— inútiles, ya que trataban los efectos, no las causas. Pero también queríamos hacer lo que los tribunales claramente no habían conseguido, entender un problema que despertaba en nosotros sentimientos contradictorios: indignación por la sentencia, dolor por la víctima innecesaria, simpatía por los chicos atrapados en un destino que no habían creado, perplejidad por las condiciones que producían todo ello. Únicamente en este sentido, el punto de partida resultó propicio, ya que, al abordar el problema del «atraco» con el caso de Handsworth, es imposible caer en la trampa de pensar que el «atraco» sea *simplemente* un término referido a lo que algunos chicos pobres hacen a algunas víctimas pobres en las zonas pobres de nuestras grandes ciudades. El caso «Handsworth» fue *también*, claramente, una sentencia ejemplarizante, una sentencia que pretendía tener un impacto social, además de punitivo; fueron también los miedos y ansiedades que la sentencia pretendía disipar. Fue la cobertura *masiva* de la prensa, las reacciones de la población local, de los expertos y de los comentaristas, las profecías de fatalidad que la acompañaron, la movilización de la policía contra ciertos sectores de la población en las zonas propias de los «atracos». *Todo esto* fue el «atraco de Handsworth». Una vez que se percibe el «atraco» no como un hecho, sino como una relación —la relación entre el delito y la reacción al delito—, la sabiduría convencional sobre el «atraco» se nos cae de las manos. Si se considera esta relación en términos de las fuerzas sociales y de las contradicciones superpuestas (en lugar de simplemente en términos de peligro para la gente común) o en términos del contexto histórico más amplio en el que se produjo (es decir, en los términos de una coyuntura histórica, no solo de una fecha en el calendario), el problema cambia por entero de carácter. El patrón del delito, pero también la naturaleza de la reacción social, tiene una historia previa; tiene unas condiciones de existencia, sorprendentemente ausentes en toda la publicidad concentrada en el incidente aislado. Ambos tienen una ubicación en procesos y estructuras institucionales aparentemente alejadas de la «escena del crimen». Es más, nadie se fija realmente en estas condiciones determinantes. La delincuencia se ha desprendido de sus raíces sociales. Algo se opone a que estas «condiciones de existencia» sean tratadas como parte del fenómeno. Y parte de lo que se interpone, parte de lo que produce el delito como un hecho simple y transparente, es la propia etiqueta de «atraco». No se puede permitir que se mantenga en toda la inmediatez propia del sentido común. Hay que desmontarla: desmontarla en términos de sus relaciones más amplias con estas fuerzas sociales contradictorias. Este es el camino que tomaron nuestras investigaciones. Es este camino el que hemos intentado reconstruir en la estructura y el argumento de este libro, para *volver a andarlo* con quienes nos lean. Por eso empezamos con

el «atraco», pero terminamos con la forma en que la sociedad «gobierna su crisis». Si en la lectura se puede captar este movimiento, no resultará difícil ver cómo la estructura del libro se desprende del mismo.

La preparación de este libro ha sido más larga de lo que su calidad final merece: en parte esto se debe a que se escribió mientras había que hacer otras cosas —trabajar, enseñar, investigar—; pero también se debe a que el libro ha sido investigado, escrito, discutido, revisado, editado y vivido como una pieza de trabajo colectivo. En este sentido, está en deuda con el lugar en el que se ha realizado: el Centro de Estudios Culturales de Birmingham, que ha dedicado cierta reflexión y esfuerzo a hacer de la investigación social crítica una práctica intelectual más colaborativa. El libro refleja algo de las recompensas —y los costes— de su realización como una empresa colectiva. Somos conscientes de sus muchas limitaciones, sobre todo del carácter necesariamente inacabado de algunos de los argumentos y posiciones que hemos presentado. Pero sus defectos no deben achacarse a la autoría colectiva. Si el resultado es pobre, habría sido más pobre si hubiera sido escrito por una sola mano.

Ahora que hemos sido capaces de dictar el final provisional de nuestro trabajo, nos resulta difícil imaginar a quién va a *complacer* lo que hemos escrito. Nos hemos conformado con la esperanza de que, si no puede agradar, pueda *convencer*, que es lo más importante. Los tribunales, la policía y el ministerio del Interior dirán sin duda que exagera su papel negativo (por decirlo de forma amable) y que es inexcusablemente «blando» con los delincuentes, los agitadores y los alborotadores. Los medios de comunicación dirán que es parcial. En la academia lo encontrarán demasiado desequilibrado, demasiado comprometido. A los progresistas [*liberal*s], personas de buena voluntad, activas en la causa de la reforma penal o de la mejora de las relaciones raciales, será a quienes menos gustará, quizás porque se acercarán al mismo con expectativas más positivas. Les preocupará la falta de equilibrio, la crítica al reformismo les parecerá grosera y sectaria, y la ausencia de soluciones prácticas, irresponsable. Tal vez a la gran mayoría de nuestros lectores les preocupe, sobre todo, esto último: el análisis está muy bien, pero ¿dónde están los remedios, las reformas prácticas?

En cuanto a esta última acusación, confesamos que el corazón se nos ha endurecido con lo que hemos descubierto. Es una trampa generalizada pero fatal —precisamente, una trampa de la «opinión progresista»— separar el análisis de la acción, asignar el primero a la instancia del «largo plazo», que nunca llega, y reservar solo el segundo a «lo que es práctico y realista a corto plazo». En oposición directa a esta lógica tan «británica», hemos decidido ser «poco realistas» a corto plazo, con la esperanza de poder persuadir a algunas personas de que cojan el toro por los cuernos y hagan lo que hay que hacer para por fin estar «bien». Así, si alguien nos

dice: «Sí, pero dadas las condiciones actuales, ¿qué debemos hacer ahora?», solo podemos responder «hacer algo con las “condiciones actuales”». Oscar Wilde dijo una vez que es una barbaridad que los reformistas se dediquen a preguntar qué se puede hacer para aliviar la suerte de los pobres, o para que los pobres soporten sus condiciones con mayor dignidad, cuando el único remedio es abolir la pobreza en sí.

El problema es que las «condiciones actuales», que hacen que las personas pobres sean pobres (o que los delincuentes se dediquen a delinquir) son precisamente las *mismas* condiciones que hacen que las personas ricas sean ricas (o que permiten a quienes respetan la ley imaginar que las causas sociales de la delincuencia desaparecerán si se castiga con suficiente dureza a los individuos delincuentes). Hay algo profundamente «británico» en nuestra capacidad para aislar los efectos individuales de las estructuras contradictorias que los producen. Así que el «remedio práctico» implica tomar partido, luchar contra las contradicciones. Este libro puede resultar decepcionante para algunas personas que conocen esta dura verdad y que *ya* están comprometidas en la lucha por cambiar las estructuras y condiciones que producen los efectos analizados en este libro. Lamentamos mucho no sentirnos competentes para avanzar más en la discusión por *este* camino. Esperamos, sin embargo, que lo que hemos escrito pueda ayudar a informar, profundizar y fortalecer su lucha práctica. Esperamos que lo lean como nosotros hemos intentado escribirlo: como una *intervención*, aunque sea en el campo de batalla de las ideas.

PRIMERA PARTE

LA HISTORIA SOCIAL DE UN «PÁNICO MORAL»

Introducción: un atraco que salió mal

El 15 de agosto de 1972, un anciano viudo, Arthur Hills, fue acuchillado hasta morir cerca de la estación de Waterloo cuando regresaba a su casa después de asistir al teatro. El motivo fue, al parecer, un robo. Aunque el suceso ocurrió demasiado tarde para los periódicos de la mañana siguiente, la prensa nacional se hizo eco del mismo el 17 de agosto. Lo calificaron —tomando prestada la descripción ofrecida por un agente de policía— como «un atraco que salió mal». La palabra «atraco», que hasta entonces se utilizaba casi exclusivamente en un contexto estadounidense, o para referirse en términos muy generales al crecimiento general de la delincuencia en Gran Bretaña, se aplicó así a un caso concreto y entró en el vocabulario de la prensa especializada en sucesos. Había periodistas que parecían pensar que la «nueva» palabra anunciaba también la llegada de un nuevo delito. Todas estas nociones quedaron perfectamente resumidas en el titular de *The Daily Mirror* del 17 de agosto: «A medida que aumentan los crímenes violentos, una palabra habitual en Estados Unidos entra en los titulares británicos: atraco. Para nuestra policía, se trata de una nueva y aterradora variedad de delitos».

The Daily Mirror desarrollaba aún más este tema. Describía el suceso, proporcionaba una definición de la palabra y añadía información estadística de apoyo sobre los «atracos» y sobre la escalada de delitos violentos. Dado que no hubo testigos del suceso, los reportajes tuvieron que reconstruir lo sucedido con la imaginación. Al parecer, dijeron, Hills fue atacado por tres jóvenes de unos 20 años. Intentaron robarle, pero él se defendió y fue apuñalado en el forcejeo. En cuanto a las definiciones, el periódico comentaba que la palabra era estadounidense y derivaba de frases como «asaltar a un *bobo*: una víctima fácil». La policía estadounidense, añadía el *Mirror*, «lo describe como un asalto en el que se golpea a la víctima en la cabeza o se le estrangula con el brazo o se le roba con cualquier grado de fuerza, con o sin armas». A continuación, las estadísticas: (1) un aumento

del 229 % de los atracos en Estados Unidos en diez años; y (2) la denuncia de unos 150 «atracos» al año, durante los tres años previos, en el metro de Londres. El *Mirror* explicitaba así las implicaciones de estas estadísticas: «El atraco está lentamente llegando a Gran Bretaña».

¿Era el «atraco» una nueva modalidad delictiva? La cuestión no es tan sencilla como parece. En un artículo publicado en *The Times* unas semanas más tarde (20 de octubre de 1972), Louis Blom-Cooper, Q. C.,¹ opinaba que «no hay nada nuevo en este mundo: y el atraco, aparte de su omisión en el Oxford English Dictionary, no es un fenómeno nuevo. Hace poco más de 100 años se producía en las calles de Londres una modalidad de robo con violencia. Se llamaba «garrotting» y consistía en el intento de asfixiar o estrangular a la víctima de un robo» (el atraco se diferencia del *garrotting* únicamente en el uso de armas ofensivas). El énfasis de Blom-Cooper en la naturaleza tradicional del delito parece ser correcto; aunque su intento de distinguir el «atraco» del «garrotting» atendiendo al uso de armas ofensivas no cuadra con la definición de atraco que ofrecía el comisario de la policía estadounidense quien decía: «Con o sin armas». Más significativo que la cuestión de las armas es lo que la definición estadounidense de «atraco» comparte con el fenómeno británico del «garrotting»: ambos se refieren a «asfixia», «estrangulamiento», a «una agresión por aplastamiento de la cabeza o la garganta de la víctima mediante una llave». En su intento por conseguir una definición clara de «atraco», la prensa británica se remitió a Estados Unidos, pero las similitudes sugieren que cuando los estadounidenses definieron por primera vez «atraco» tenían al menos un ojo puesto en Gran Bretaña.

De hecho, cuanto más se examinan los paralelos históricos, más sorprendentes son las similitudes entre una serie de delitos anteriores y el atraco. Los delitos callejeros eran, por supuesto, parte del patrón general de la delincuencia urbana a lo largo del siglo XIX. Los viajeros acomodados que pasaban por las solitarias calles de Londres al anochecer veían a veces cómo hábiles «arrastreros» les birlaban el equipaje de los carros. Los forasteros solitarios podían ser objeto de ataques y robos repentinos por parte de los «*footpads*», a veces atraídos a su destino por un cómplice, un profesional de la calle. Chesney nos recuerda las formas de robo con violencia, conocidas como «bastonazos» o «molinetes con el palo», practicadas por los «rufianes». En la década de 1850 se produjeron brotes de «garrotting» tanto en Manchester como en Londres y el famoso brote de «garrotting» en Londres de 1862-1863 desencadenó una reacción de proporciones epidémicas.²

¹ Louis Blom-Cooper, Q. C. (1926-2018), abogado y jurista británico, especializado en derecho público y administrativo. Las siglas Q. C. hacen referencia a su calidad de Queens Counselor, Consejero de la Reina. [N. de E.]

² K. Chesney, *The Victorian Underworld*, Harmondsworth, Penguin, 1972.

Aun así, el «*garrotting*» no era en sí mismo nuevo: «Chokee Bill, el rufián que agarraba a su presa por el cuello, ya era un tipo conocido de los bajos fondos». Fueron no obstante la audacia y la brutalidad de los «*garrotting*» del verano de 1862 las que provocaron una nueva alarma. En lo que se refiere al paralelismo con el «atraco», lo que llama la atención no es solo la repentina oleada de casos de *garrotting*, sino la naturaleza y el carácter de la respuesta pública. En términos que podrían haberse trasladado, sin ningún cambio, a 1972, *The Cornhill Magazine* declaró en 1863: «Una vez más las calles de Londres son inseguras de día o de noche. El temor del público se ha convertido casi en pánico». Al estallido en Londres le siguieron informes de sucesos similares en Lancashire, Yorkshire, Nottingham, Chester: «La credulidad se convirtió en una obligación social», ya que «los asaltantes, acechando a la sombra del muro, acelerando el paso detrás de uno en el sendero solitario, se convirtieron en algo así como el hombre del saco nacional. [...] Se atacaba a hombres de aspecto tosco pero de intenciones intachables [...] bajo la sospecha de ser maleantes». Florecieron las sociedades contra el gamberrismo. Comenzó entonces la reacción. En 1863 se ahorcó a más personas «que en ningún otro año desde el final del Código Sangriento»; en julio, cuando la epidemia había remitido un poco, se aprobó la Garrotting Act, que preveía la flagelación de los infractores. De hecho, varios de estos castigos fueron administrados brutalmente. Finalmente, la epidemia comenzó a desaparecer tan misteriosamente como había aparecido y, aunque la ley y la virulencia de los castigos pueden haber tenido algo que ver con su declive, Chesney señala que esto «sigue siendo una cuestión abierta». La verdadera importancia de la ola de miedo ante el *garrotting* es que la excitación y la publicidad que provocó hicieron que la ciudadanía estuviera más dispuesta a aceptar la necesidad (y el gasto) de una aplicación eficaz de la ley en todo el país, que aceleró así la mejora general del orden público.³

Antes de que la etiqueta «atraco» se apoderara de la imaginación pública y oficial, la propia policía parecía estar atenta a la naturaleza tradicional del delito que se ocultaba tras sus múltiples etiquetas. El comisario de la policía metropolitana, en su *Informe anual* de 1964, al comentar el aumento del 30 % de los «robos o de los asaltos con intención de robar», se refirió explícitamente al hecho de que «Londres siempre ha sido el escenario de robos desde los tiempos de los salteadores de caminos y de las patrullas». ¿El aumento del número de robos en 1964 era igual (o diferente) al «*garrotting*» de la década de 1860 y a los «atracos» de la década de 1970? En Gran Bretaña, siempre ha habido una distinción legal entre «robo» y «hurto»: la distinción se basa en el hecho de que, en el robo, un individuo es privado

³ Ibídem, pp. 162-165; véase también J. J. Tobias, *Crime and Industrial Society in the Nineteenth Century*, Londres, Batsford, 1967, pp. 139-140.

de su propiedad en una situación cara a cara por la fuerza o la amenaza de la fuerza. El «hurto», en la época anterior a la Theft Act de 1968, se definía como «carterismo» o «hurto de cestas de la compra», es decir, una situación que implicaba una cualidad furtiva, no la fuerza o la amenazas. Incluso después de la Theft Act, cuando se reclasificaron los latrocinos, el robo siguió siendo una categoría separada, un delito «grave» por el uso o la amenaza de la fuerza para privar a otra persona de su propiedad.⁴ Aunque en el momento álgido del miedo al «atraco» la policía perdió el sentido de la historia, vale la pena recordar que, en último término, no existe ninguna categoría legal de «atraco» como delito (aun cuando el director de la Policía Metropolitana fue capaz, en su *Informe anual* de 1972, de reconstruir las estadísticas de su incidencia hasta 1968). De hecho, el ministro del Interior ofreció su propia definición en aras de la claridad (admitiendo así tácitamente la ambigüedad de la situación) cuando pidió a los jefes de policía que recopilaran estadísticas sobre la incidencia de los «atracos»,⁵ aun cuando este nunca llegara a tener un estatus legal. De hecho, los «atracos» siempre se imputaron como «robos» o «asaltos con intención de robo», u otros cargos similares y convencionales.

Es importante recordar que, aunque el director de la Policía Metropolitana no tenía a mano la conveniente etiqueta de «atraco» cuando redactó su *Informe Anual* de 1964, algo fuera de lo común le había alertado sobre este ámbito de la delincuencia, llamando la atención sobre sus antecedentes históricos. Lo que preocupaba era el hecho de que en 1964 muchos más jóvenes, a menudo «sin antecedentes» —es decir, desconocidos para la policía—, se dedicaran a este tipo de robos. Además, señalaba que esta tendencia iba acompañada de un aumento de la tendencia a recurrir a la violencia, un hecho que sus propias estadísticas *no* apoyan y que admitió encontrar desconcertante. Lo que le preocupaba era esta relación entre los jóvenes delincuentes y la delincuencia.

Cuando en 1972 Robert Carr, el ministro del Interior, solicitó más información estadística a los comisarios de policía sobre la nueva oleada de «atracos», un oficial superior de la policía del condado de Southampton comentó, en respuesta, la naturaleza convencional, una vez más, del delito al que se había asignado el nuevo título. Afirmó que le resultaba «muy difícil diferenciar el atraco del antiguo delito tradicional de un marinero al que le “dan un palo”».⁶ Curiosamente, en el caso del «atraco» británico más publicitado de todos, el de los tres chicos de Handsworth en marzo

⁴ Véase F. H. McClintock y E. Gibson, *Robbery in London*, Londres, Macmillan, 1961, p. 1 y J. W. C. Turner, *Kenny's Outline of Criminal Law*, 17 ed., Cambridge University Press, 1958, pp. 291-292.

⁵ Véase *The Times*, 1 de noviembre de 1972.

⁶ *The Sunday Telegraph*, 5 de noviembre de 1972.

de 1973, los acusados hablaron de su intención, no de «atracar» sino de «dar un palo» a su víctima borracha.⁷ A medida que avanzaba el miedo al «atraco», la prensa, que había aprovechado su novedad, empezó a redescubrir gradualmente los antecedentes históricos. En respuesta al caso de Handsworth, el editorial de *The Daily Mail* del 20 de marzo de 1973 sacó por completo el delito de la historia y lo depositó en los dominios de la naturaleza: «Un delito tan antiguo como el propio pecado».

El hecho es que es extremadamente difícil descubrir exactamente qué es lo que tenía de nuevo el «atraco», excepto la propia etiqueta. El asunto es de la mayor importancia para nuestra investigación. Comparemos el «atraco» de Hills con los siguientes incidentes. Un diputado conservador es asaltado y pateado en la cara y las costillas en Hyde Park por cuatro jóvenes. Los atacantes escapan con nueve libras y un reloj de oro. ¿Han atracado al diputado? Por supuesto, la palabra «atraco» no se utilizó en este caso. La fecha era el 12 de diciembre de 1968, el reportaje era de *The Daily Mirror*. Tomemos un segundo ejemplo. En su reportaje sobre el asesinato de Hills —un «atraco que salió mal»—, *The Daily Telegraph* hizo una comparación directa con el tiroteo y asesinato en la calle, cuatro años antes, de un tal Shaw por dos hombres en paro de poco más de 20 años. Los acusados dijeron que habían elegido al señor Shaw porque llevaban una «mala racha» y él estaba «bien vestido».⁸ La pistola que llevaban para amenazar a la víctima se disparó accidentalmente. Aunque la fiscalía aceptó la declaración de que no había habido intención de asesinar, el juez condenó a «cadena perpetua» al hombre que apretó el gatillo y a 12 años a su compañero. Salvo por la elección del arma, el incidente de Shaw es idéntico al del asesinato de Hills: un robo amateur, chapucero, con consecuencias fatales imprevistas. Al caso Shaw, sin embargo, no se le llamó «atraco». A todos los efectos, no se consideró en su momento como una «nueva variedad de delitos». ¿Quizás se convirtió en una «nueva variedad de delito» cuando *The Daily Telegraph* lo resucitó para compararlo con el caso Hills? ¿Quizás se incluyó en las «estadísticas de atracos» cuando, en 1973, la Policía Metropolitana presentó a Carr cifras retrospectivas de «atracos» que se remontaban a 1968? ¿Fue el caso Shaw un «atraco» en 1972 pero no un «atraco» en 1969? Para complicar aún más las cosas, en 1969 *The Guardian* citó a los dos desafortunados atacantes diciendo que habían intentado «dar un palo» a Shaw...

Las pruebas que tenemos sugieren que, aunque en agosto de 1972 la etiqueta «atraco», aplicada en un contexto británico, era nueva, el delito que pretendía describir no lo era. Su incidencia puede o no haber aumentado

⁷ Véase *The Daily Express*, 20 de marzo de 1973.

⁸ Véase el informe sobre la delincuencia en ese momento; *The Guardian*, 17, 19 y 23 de abril de 1969.

(examinaremos las pruebas estadísticas más adelante). Su contenido social puede haber cambiado, pero no hay nada que respalde la opinión de que se trate de una «nueva variedad de delito». No cabe duda de que la prensa tenía cierto interés en destacar su «novedad». Sin duda, el uso del término con referencia a la experiencia estadounidense puede haber fomentado la creencia de que algo muy novedoso en Gran Bretaña había aparecido desde el otro lado del Atlántico. Puede que fuera solo una coincidencia que el policía que calificó el caso de Hills como un «atraco que salió mal» acabara de regresar de una estancia de estudios en Estados Unidos. Lo contingente, después de todo, juega un papel en el desarrollo de la historia y debemos hacerle hueco. Sin embargo, vamos a intentar demostrar que los hechos relacionados con el miedo al «atraco», al igual que el «pánico al *garrotting*» de 1862 y muchos otros «grandes temores» sobre la delincuencia y las «clases peligrosas» anteriores, son menos contingentes y más significativos.

Una cronología

Durante los 13 meses transcurridos entre agosto de 1972 y finales de agosto de 1973, el «atraco» recibió una gran cobertura en la prensa en forma de informes sobre delincuencia, reportajes, editoriales, declaraciones de representantes de la policía, jueces, el ministro del Interior, políticos y varios destacados portavoces públicos. Antes de examinar esta cobertura en detalle, queremos ofrecer una breve sinopsis cronológica de cómo se desarrolló la inquietud pública por este delito a lo largo de esos 13 meses.

A la calificación del asesinato de Hills como «un atraco que salió mal» en agosto de 1972 le siguió una breve calma. Esta calma antes de la tormenta se vio interrumpida por una cobertura masiva de la prensa a finales de septiembre, octubre y principios de noviembre. Este periodo proporcionó el «pico» de la cobertura de prensa, no solo para 1972, sino para todo el periodo de 13 meses. Lo que precipitó esto, y también motivó gran parte de los comentarios de la prensa, fue el uso de sentencias «ejemplares». Casi sin excepción, los jóvenes acusados de robos que implicaban algún grado de fuerza (no siempre denominados «atracos») recibieron sentencias «disuadoras». Los tres años de prisión se convirtieron en «norma», incluso para los delincuentes adolescentes. Se obviaron los centros de internamiento tradicionales para los menores delincuentes (es decir, los reformatorios y centros de detención). Las justificaciones de estas severas sentencias —y muchos jueces admitieron que no tenían precedentes— se hacían por lo corriente en nombre del «interés público», de la necesidad de «mantener nuestras calles seguras» o, más simplemente, de «disuadir». La rehabilitación era una consideración secundaria frente a la necesidad de salvaguardar la seguridad pública.

En resumen, el poder judicial declaró la «guerra» a los atracadores. Los editoriales de la prensa siguieron el ejemplo. La mayoría de ellos trataban la cuestión de si las sentencias «ejemplares» eran justas. A menudo, esto implicaba un análisis de la política de sentencias en general, donde las consideraciones que afectaban a dicha política (disuasión, venganza, seguridad pública y rehabilitación) se correlacionaban de diversas maneras, y los argumentos se desarrollaban con diferentes grados de habilidad y sutileza. Todos los editoriales, en sus conclusiones, apoyaban a la judicatura. Las estadísticas también parecían dar la razón tanto a los tribunales como a los editores, ya que los informes de las estadísticas criminales de la época estaban todos encabezados por el aumento de la delincuencia violenta, especialmente de los atracos.

Durante este periodo también aparecieron artículos de fondo, escritos por reporteros de plantilla o por colaboradores independientes. En ellos se intentaba proporcionar información de fondo sobre «La formación de un atracador» o «Por qué salen a atracar», por citar dos ejemplos.⁹ La mayoría de estos artículos estaban bien fundamentados y eran relativamente informativos, aunque las explicaciones que ofrecían, con dos notables excepciones (ninguna de las dos publicada en la prensa diaria nacional),¹⁰ eran poco convincentes. Otra excepción, desde una perspectiva diferente, fue el artículo de fondo (ya citado) de Louis Blom-Cooper, Q. C., la única «voz en el desierto» que clamó contra la cruel reacción del poder judicial.¹¹

La policía y los políticos siguieron la pauta de los tribunales de justicia. En Londres, la policía puso en marcha una campaña para «limpiar los Parques Reales» destinada a echar de los parques londinenses a los drogadictos, las prostitutas y los atracadores.¹² Los ayuntamientos siguieron su ejemplo y crearon «patrullas de alta movilidad contra los atracos, equipadas con vehículos, *walkie talkies* y, a veces, perros guardianes» con el fin de sustituir a los vigilantes tradicionales de los parques.¹³ La policía también creó brigadas especiales para «reprimir» los atracos; se incrementaron las patrullas en las estaciones de metro de Londres.¹⁴

En una fecha tan temprana como el 22 de octubre de 1972, *The Sunday Mirror* calculaba que Gran Bretaña estaba ganando la «guerra» contra los atracadores; pero esto no dio lugar a ninguna tregua. Cuatro días más tarde, el nuevo inspector jefe de la policía prometió una campaña total para acabar

⁹ *The Sunday Times* y *The Sunday Telegraph*, ambos del 5 de noviembre de 1972.

¹⁰ S. Ross, «A Mug's Game», *The New Society*, 5 de octubre de 1972; C. McGlashan, «The Making of a Mugger», *The New Statesman*, 13 de octubre de 1972.

¹¹ *The Times*, 20 de octubre de 1972.

¹² *The London Evening News*, 7 de octubre de 1972.

¹³ *The Sunday Mirror*, 15 de octubre de 1972.

¹⁴ *The Guardian*, 3 de noviembre de 1972.

con los «atracos» y otros delitos violentos; habló de los «atracos» como su «máxima prioridad».¹⁵ Seis días después, se informó de que el ministro del Interior había escrito a todos los comisarios de policía de Inglaterra y Gales para pedirles datos sobre los atracos recientes. Su definición de atraco —«robos cometidos por bandas de dos o más jóvenes a personas que caminan solas al aire libre»— también se hizo pública en ese momento.¹⁶ Esta definición provocó algunas dudas inmediatas: términos como «jóvenes» y «al aire libre» eran, como mínimo, ambiguos, y el concepto de «banda» parecía descartar la posibilidad de un «atracador» individual.

El Duque de Edimburgo, en un discurso ante el Royal College of General Practitioners,¹⁷ se refirió al «atraco» como una enfermedad de la comunidad, para la que había que encontrar una cura.¹⁸ Durante el resto del año, la cobertura mediática del «atraco» disminuyó considerablemente. Sin embargo, en los tribunales, las sentencias de tres años siguieron siendo una práctica bastante corriente. Hubo algunos artículos ocasionales sobre la eficacia de los diversos dispositivos contra los atracos.¹⁹ Pero quizás el informe más significativo durante este periodo fue la publicación de los resultados de una encuesta de opinión en *The Daily Mail* (10 de noviembre de 1972). Al parecer, el atraco había tocado un nervio muy delicado en la conciencia pública, ya que el 90 % de los entrevistados deseaba castigos más duros y el 70 % una mayor diligencia gubernamental; y eso a pesar de la grave reacción que ya se estaba produciendo.

En enero de 1973, el nivel de cobertura de la prensa era mayor que en diciembre, pero no de forma significativa. El ministro del Interior, en una respuesta escrita a la Cámara de los Comunes, dijo que la «guerra» no «iba a peor» y podría estar «mejorando en algunas áreas»:²⁰ era cautelosamente optimista. Sin embargo, el titular de marzo —«Los atracos en Londres han aumentado un 129 % en cuatro años»— que publicaron muchos periódicos nacionales²¹ pareció terminar con ese optimismo. Las Special Squads,²² según los líderes de la comunidad negra, estaban acosando e intimidando a los jóvenes negros sospechosos de ser potenciales «atracadores».²³ Llegó entonces

¹⁵ *The Daily Mail*, 26 de octubre de 1972.

¹⁶ Véase *The Times*, 1 de noviembre de 1972.

¹⁷ Royal College of General Practitioners es el colegio profesional de médicos, que en Reino Unido está reconocido como institución real. Conviene destacar que estas discusiones criminológicas —al igual que en el caso, más adelante, de los discursos de Sir Robert Mark y del Criminal Law Revision Committee— se generaban y sosténían en torno a instituciones médicas, de acuerdo a una concepción del crimen como enfermedad y desviación social. [N. de E.]

¹⁸ *The Times*, 2 de noviembre de 1972.

¹⁹ Por ejemplo, *The Daily Mail*, 7 de diciembre de 1972.

²⁰ Véase *The Daily Mirror*, 25 de enero de 1973.

²¹ Véase *The Guardian*, 8 de marzo de 1973.

²² *Special Squads*: brigadas especiales. Como se explica en este volumen, en esos años en el Reino Unido se fundarán varios cuerpos policiales para diferentes fines. [N. de E.]

²³ *The Times*, 12 de marzo de 1973.

el acontecimiento que acabó con el optimismo de Carr: la condena de tres jóvenes de Handsworth, uno de ellos a veinte años de prisión y los otros dos a diez años, el 19 de marzo de 1973. Este acontecimiento reavivó el interés por los argumentos sobre las sentencias «disuasorias» y volvieron a aparecer artículos de fondo; pero los términos de referencia habían cambiado poco o nada. La seguridad en las estaciones de metro de Londres se reforzaría todavía más.²⁴ Las mismas estadísticas, relativas a los atracos en Londres, fueron resueltas y empleadas de nuevo en abril, con titulares como: «Los atracos son ya cuatro al día en Londres» y «Atracos en Londres: la policía exige “actuar ya”».²⁵ El Congreso de Pensionistas de la Tercera Edad, celebrado en mayo, aprobó una resolución en la que se instaba a tomar medidas más drásticas contra los gamberros. Inevitablemente, Carr se vio obligado a renunciar a su anterior optimismo y emitir una directiva especial a los comisarios de policía para que «intensificaran» su guerra contra los atracadores adolescentes.²⁶

Cinco días más tarde, se informó de que la división de policía de Wandsworth había «dado la vuelta a la tortilla» en la lucha contra los atracadores; por lo que parece sus «patrullas de policías de paisano contra los atracos» estaban ganando la guerra.²⁷ Cuatro días después, no obstante, el 15 de mayo, Sir Robert Mark, a la sazón jefe de la policía de Londres, declaró que «todos los hombres disponibles volverían a la calle para combatir la delincuencia, especialmente los atracos».²⁸ Obviamente, Londres no había «dado la vuelta a la tortilla» al gusto de Sir Robert. El 23 de mayo, 17 días después, Robert Carr volvió a mostrarse «optimista». Ante 1.200 mujeres en el Congreso de Mujeres Conservadoras dijo que la policía británica estaba «ganando».²⁹ A pesar de estas «vueltas a la tortilla» de la guerra contra los atracos, los «atracos» disminuían en la prensa. En julio y agosto solo se produjo un reportaje sobre «atracos». Esta disminución de la visibilidad en los medios de comunicación vino acompañada de la resolución del debate sobre el estado de la guerra: por fin se había «ganado». El 29 de julio, el primer ministro se felicitó por el progreso del país y menciona el descenso de los atracos y de la delincuencia en general como ejemplos de ese «progreso».³⁰ El 1 de octubre de 1973, el fraude sustituyó al «atraco» como «enemigo público número 1»: «El delito que más dolores de cabeza» producía en Gran Bretaña.³¹ La epidemia de atracos había terminado temporalmente.

²⁴ *The London Evening Standard*, 30 de marzo de 1973.

²⁵ *The Daily Telegraph*, 17 de abril de 1973; *The London Evening Standard*, 16 de abril de 1973.

²⁶ *The Daily Mail*, 4 de mayo de 1973; *The Sunday Mirror*, 6 de mayo de 1973.

²⁷ *The London Evening Standard*, 11 de mayo de 1973.

²⁸ *The Daily Mail*.

²⁹ *The Daily Mirror*, 23 de mayo de 1973.

³⁰ *The Observer*, 29 de julio de 1973.

³¹ *The Daily Mirror*.

Hasta aquí las fluctuaciones del fenómeno de los atracos. La idea de un aumento masivo de los delitos violentos a lo largo del periodo, especialmente de los «atracos», fue la base de los diversos cambios de perspectiva. Menos visibles, pero presentes, aunque solo implícitamente en algunos casos, fueron otros dos temas clave: la idea de que los delincuentes se iban de rositas, que los tribunales se estaban volviendo «blandos», y la idea (realmente el corolario de las sentencias «blandas») de que la única estrategia era «ponerse duros». Expresado como una ecuación, el argumento era el siguiente: el rápido aumento de los delitos con violencia, más la política de sentencias «blandas» es igual a la necesidad de volver a las medidas tradicionales «duras» (o disuasorias). Queremos ahora analizar los términos de la ecuación del «aumento de la tasa de criminalidad».

La ecuación del «aumento de la tasa de criminalidad»

La que podríamos llamar la «ecuación de la preocupación» en la que se insertó el «atraco» se basaba en una cadena de argumentos implícita: la tasa de delitos violentos estaba en aumento, una tendencia que había sido fomentada por una política «blanda con respecto de los delincuentes» en los tribunales (así como en el país en general, resultado de actitudes «permisivas»); la única manera de hacer frente a esto era volver a las políticas tradicionales de «mano dura» que garantizaban el efecto disuasorio necesario para quienes se sienten atraídos por los delitos violentos. Vamos a analizar cada uno de los elementos del argumento por separado, pero antes querríamos empezar con una advertencia sobre las estadísticas.

Las estadísticas —ya sean los índices de delincuencia o los sondeos de opinión— tienen una función ideológica: parecen *cimentar* las impresiones flotantes y controvertidas en el terreno duro e incontrovertible de los números. Tanto los medios de comunicación como el público tienen un enorme respeto por «los hechos», por la *cruda realidad*. Y no hay hecho más «crudo» que un número, a no ser que sea la diferencia porcentual entre dos números. En cuanto a las estadísticas criminales, no son —como cabría suponer— indicadores seguros del volumen de delitos cometidos, así como de nada muy significativo. Así lo reconocen desde hace tiempo incluso quienes más las utilizan, la propia policía. Las razones no son difíciles de entender: (1) las estadísticas sobre delincuencia solo se refieren a los delitos *denunciados*: no pueden cuantificar la «cifra oscura»; (2) las distintas zonas recopilan sus estadísticas de forma diferente; (3) la sensibilización y la movilización de la policía para hacer frente a determinados delitos «específicos» aumentan tanto el número de personas que acuden a la policía como el número de personas que denuncian; (4) la ansiedad de

la población ante determinados delitos «destacados» también conduce a un «exceso de denuncias»; (5) las estadísticas sobre delincuencia se basan en categorías jurídicas (no sociológicas) y son, por lo tanto, arbitrarias —este sigue siendo el caso, a pesar de las deliberaciones del Perks Committee³² y de los esfuerzos del Cambridge Institute of Criminology³³ a la hora de proporcionar indicadores más significativos—; (6) los cambios en la legislación (por ejemplo, la Theft Act de 1968) dificultan las comparaciones estrictas a lo largo del tiempo.³⁴

En general, también hay que recordar que todo depende de cómo se *interpreten* las estadísticas sobre delincuencia (por parte de la policía) y, después, de cómo se *comuniquen* estas interpretaciones (por parte de los medios de comunicación). Por muy precisas o inexactas que sean las estadísticas citadas anteriormente, se han utilizado para identificar la existencia de una ola de atracos y para justificar la reacción del público ante ella. W. I. Thomas dijo una vez: «Las cosas que los hombres creen que son verdaderas, son verdaderas en sus consecuencias». ³⁵ Las estadísticas sobre atracos tuvieron, por lo tanto, consecuencias suficientemente reales en términos de reacciones oficiales y públicas. De ahí que debamos examinar las cifras «directamente» *como si* fueran exactas antes de cuestionar su base real. Pero primero debemos reiterar nuestro propósito al hacer este rodeo estadístico: queremos examinar la base estadística del *primer* «pánico al atraco» de 1972. Por esta razón, solo presentamos información estadística hasta 1972-1973. Para quien le interesen los años posteriores, los vamos a analizar brevemente más adelante.

Cuando examinamos las estadísticas de delitos y las tendencias que revelan, surgen algunos hechos interesantes. El primero es que la delincuencia, en su conjunto, ha ido aumentando (aunque no de forma uniforme) año tras año *durante la mayor parte de este siglo*: de hecho, desde 1915 (solo el lapso 1949-1954 muestra una reducción neta durante este tiempo). El periodo en el que se produjo el mayor aumento de la delincuencia en general fue el de 1955-1965, en el que el aumento medio anual fue de aproximadamente el 10 %.³⁶ En los siete años que van de 1966 a 1972 se produjo una disminución de esta tasa, siendo el

³² Report of the Departmental Committee on Criminal Statistics (Perks Committee) Cmnd 3448, Londres, HMSO, 1967.

³³ Por ejemplo, McClintock y Gibson, *Robbery in London...*; y F. H. McClintock (ed.), *Crimes of Violence*, Londres, Macmillan, 1963.

³⁴ W. G. Carson y P. Wiles, *London*, Martin Robertson, 1971; N. Walker, *Crime, Courts and Figures*, Harmondsworth, Penguin, 1971; y L. McDonald, *The Sociology of Law and Order*, Londres, Faber, 1976.

³⁵ W. I. Thomas, *The Unadjusted Girl*, Boston, Little Brown, 1928.

³⁶ F. H. McClintock y N. H. Avison, *Crime in England and Wales*, Londres, Heinemann, 1968, pp. 18-19.

incremento medio del orden del 5 %.³⁷ Por lo tanto, estadísticamente hablando, el periodo de mayor aumento de la delincuencia se había superado ya en 1972. Nos encontramos por tanto en un periodo más bien mixto e indeterminado, y no en la cresta de una «ola de delincuencia», tal y como querían hacernos creer algunos portavoces públicos. El aumento, en resumen, no era particularmente nuevo en 1972, ni repentino; era casi tan antiguo como este siglo. En términos estadísticos, ya había pasado su punto álgido. Si se compara con las tendencias anteriores tampoco era especialmente alarmante.

Pero los oradores públicos no se referían a la delincuencia en general cuando hablaban de la «ola de delincuencia». Se referían, específicamente, al aumento de los delitos «graves» y especialmente al crecimiento de los «delitos violentos». ¿Era esto nuevo? Estadísticamente hablando, no. Mientras era ministro del Interior, Reginald Maudling mencionó con preocupación que los «delitos con violencia» habían aumentado un 61,9 % entre 1967 y 1971.³⁸ Las cifras de los años 1957-1961 (es decir, de una década antes) revelan un aumento aún *mayor*, del 68 %.³⁹ [Somos conscientes del problema que supone utilizar estadísticas citadas por personajes públicos y por la prensa sin revelar sus fuentes. Sin embargo, esta actitud un tanto displicente no carece de intención, ya que son precisamente esas declaraciones públicas —la popularización de las estadísticas oficiales— las que proporcionan el «respaldo» estadístico para la acción posterior. De hecho, hemos comprobado ambas afirmaciones con las estadísticas oficiales y, aunque hay ligeras discrepancias debido a que las primeras parecen estar tomadas de los *Reports of Her Majesty's Chief Inspector of Constabulary*, que solo incluyen cifras de Inglaterra y Gales (exceptuando las del Metropolitan Police District), y las segundas del *Annual Abstract of Statistics* (1969), que combina las cifras de Inglaterra y Gales con las de Irlanda del Norte y Escocia, el punto general, acerca de que los dos periodos son sustancialmente similares estadísticamente, sigue siendo válido]. Por lo tanto, el aumento, incluso en el ámbito específico de los «delitos con violencia», no fue escandaloso ni nuevo.

Examinemos específicamente la categoría «robo o asalto con intención de robo», la categoría estadística criminal más cercana al «atraco», y ciertamente de lo que se acusaba a la mayoría de los «atracadores». ¿Fue el aumento de *esta* categoría tan espectacular como sugieren las reacciones ante los atracos? La respuesta debe ser de nuevo negativa. Durante los diez años transcurridos entre 1955 y 1965, los «atracos» aumentaron un

³⁷ *Informes anuales* del Comisario de la Policía Metropolitana y del Inspector Jefe de la Policía.

³⁸ *The Guardian*, 30 de junio de 1972.

³⁹ *The Guardian*, 13 de febrero de 1970.

354 %.⁴⁰ Entre 1965 y 1972, sin embargo, solo aumentaron un 98,5 %.⁴¹ Expresado en porcentaje, el aumento medio anual entre 1955 y 1965 fue del 35,4 % pero, durante los siete años entre 1965 y 1972 fue solo del 14 %. Incluso si solo utilizamos las estadísticas de «atracos», basándonos en la que se cita universalmente, es decir, el aumento de los atracos en Londres en un 129 % durante los años 1968-1972,⁴² vemos aún que el aumento medio anual (32 %) es menor que el de los robos en general (35 %) durante los diez años comprendidos entre 1955 y 1965. Por lo tanto, incluso las estadísticas más relacionadas con la reacción a los atracos, es decir, las estadísticas de robos y atracos estaban lejos de no tener precedentes en el periodo de posguerra. La situación en relación con los delitos que se pueden clasificar aproximadamente como «atracos» no era ciertamente peor en 1972 que entre 1955-1965 y podría argumentarse estadísticamente que, si acaso, era ligeramente mejor. Por lo tanto, independientemente de las estadísticas que se utilicen, ya sean las cifras globales de «delitos de violencia» o, más específicamente, las que se refieren a «robos» o «atracos», no se puede demostrar que la situación fuera dramáticamente peor en 1972 que en el periodo 1955-1965. En otras palabras, es imposible «explicar» la gravedad de la reacción a los atracos utilizando argumentos basados únicamente en los hechos objetivos, cuantificables y estadísticos. Una última advertencia. Hemos basado gran parte de nuestras pruebas estadísticas en McClintock y Avison,⁴³ ya que se trata de un estudio a gran escala, prestigioso y casi oficial, y, sin duda, la encuesta más exhaustiva de este tipo jamás realizada en este país. Desde entonces, McDonald ha criticado a los autores por motivos metodológicos y, especialmente, por limitar la mayor parte del análisis al periodo 1955-1965.⁴⁴ McDonald demuestra, de forma convincente, que tomar un periodo de tiempo ligeramente más largo (1948-1968) reduciría sustancialmente los aumentos que McClintock y Avison encontraron. Cualquiera que se interese seriamente por el problema de las estadísticas criminales debe sin duda consultar el importante texto de McDonald. Sin embargo, dado que nuestro propósito no es desarrollar formas más adecuadas de computar los incrementos de la delincuencia, sino simplemente examinar el tipo de estadísticas simples utilizadas para justificar la reacción a los atracos, creamos que nuestro uso de intervalos de tiempo cortos está justificado. De hecho, es precisamente el incremento estadístico *anual* de ciertos delitos,

⁴⁰ Datos de F. H. McClintock, citados en N. Fowler, «The Rewards of Robbery», *The Times*, 7 de abril de 1970.

⁴¹ Datos procedentes de los informes anuales del Comisario de la Policía Metropolitana y del Inspector Jefe de la Policía.

⁴² *The Guardian*, 8 de marzo de 1973.

⁴³ McClintock y Avison, *Crime in England and Wales...*

⁴⁴ McDonald, *The Sociology of Law and Order...*

presentado de forma dramática en los medios de comunicación, lo que alimenta y legitima la preocupación por la delincuencia.

¿Qué hay del segundo elemento de nuestra ecuación: la «bondad» de los tribunales? ¿En qué medida tiene esto fundamento estadísticamente? Hay dos aspectos implicados aquí: la «tasa de absolución frente a la de condena» y la política de imposición de penas. Una de las principales hipótesis que subyacen a algunas de las propuestas del Criminal Law Revision Committee, y a las observaciones de sus partidarios acérrimos, como Sir Robert Mark, es que los delincuentes profesionales son con demasiada facilidad declarados «*innocentes*». El argumento de Sir Robert Mark se basaba en la suposición de que aproximadamente la mitad de los acusados que se declaraban «no culpables» eran absueltos por los jurados.⁴⁵ Las pruebas relativas a las «tasas de absolución» no son tan fáciles de obtener como las relativas a las estadísticas penales, pero lo poco que hay no suele respaldar este juicio.

McCabe y Purves, de la Oxford Penal Research Unit, descubrieron que, en un tercio de las absoluciones que examinaron (53 de 173), las pruebas de la acusación eran tan escasas que el juez *recomendó* la absolución sin dejarla en manos del jurado;⁴⁶ y, en segundo lugar, que la mayoría de las absoluciones en los tribunales superiores, incluso cuando el acusado tenía condenas previas, se referían a delitos relativamente *menores*. Elgrod y Lew volvieron a examinar los registros de un bufete de abogados londinense para el periodo 1964-1973 y descubrieron que la proporción de absoluciones dictadas por los jurados se había mantenido estable y en un promedio de alrededor del 31 %.⁴⁷ En otras palabras, apoyaron la opinión de muchos abogados en ejercicio que calculaban una tasa de absolución de una de cada tres personas que se declaraban «no culpables», una conclusión que no respaldaba la argumentación de Sir Robert Mark.

Parece, pues, que la tasa de absolución ha variado poco en los últimos años, afecta principalmente a los delincuentes «menores» y es mucho menor que el 50 % que se afirma. Probablemente, sin embargo, lo más importante en lo que se refiera a la percepción de la «suavidad» de la «dureza» en los tribunales sea la política de sentencias.

⁴⁵ Véase, por ejemplo, Sir Robert Mark, «The Disease of Crime-Punishment or Treatment», ponencia presentada ante la Royal Society of Medicine; publicada en *The Guardian*, 21 de junio de 1972; y Sir Robert Mark, *The Dimbleby Lecture*, emitida en BBC, 5 de noviembre de 1973.

⁴⁶ S. McCabe y R. Purves, *The Jury at Work*, Oxford, Blackwell, 1972; reseñado en *The Guardian*, 17 de julio de 1972.

⁴⁷ S. J. Elgrod y J. D. M. Lew, «Acquittals -a Statistical Exercise», *New Law Journal* 123(5626), 6 de diciembre de 1973; reseñado en *The Sunday Times*, 9 de diciembre de 1973.

En realidad, las condenas por delitos violentos se han ido alargando. Sparks descubrió, utilizando las cifras de «fin de año», que el número de personas que cumplían condenas fijas de siete o más años (la mayoría de las cuales fueron condenadas por delitos con violencia) se había «duplicado aproximadamente» entre 1960 y 1967, mientras que el número de las que cumplían diez años o más se había «triplicado».⁴⁸ Esta conclusión es muy diferente a la del informe del HMSO,⁴⁹ *People in Prisons*.⁵⁰ Una diferencia esencial entre los dos documentos es que el informe del HMSO se refiere en gran medida a *los ingresos* en un año cualquiera. Sobre esta base, sostiene que, aparte del aumento del número de personas que cumplen condenas de duración determinada de más de 14 años, en gran medida como consecuencia de la abolición de la pena de muerte, ha habido pocos cambios en las condenas «intermedias». Sparks, por otro lado, con un empleo de las estadísticas de una manera más compleja (y reprochando a *People in Prisons* su «simplista» uso de las estadísticas), da con una imagen muy diferente: la de un aumento de los presos de «larga duración» (los que cumplen siete o más años, diez o más años, 14 o más años, y «de por vida») a lo largo del periodo 1960-1967. Prácticamente todos ellos fueron condenados en 1967 por delitos «violentos». Después de la abolición de la pena de muerte, el número de «condenados a cadena perpetua» ha aumentado, al igual que la duración media de dichas condenas.⁵¹ Además, se ha argumentado que el periodo 1950-1957 fue un periodo de sentencias «indulgentes», durante el cual se duplicaron los robos, mientras que 1957-1966 fue testigo de una inversión en la política de sentencias y los robos se *triplicaron*. El profesor Radzinowicz también señala el cambio, en 1960, frente a la indulgencia de los años 1950-1957:

Recientemente, los tribunales parecen haber adoptado una postura más severa y, en 1960, las normas volvieron a ser las de 1950. [...] La tendencia a un mayor rigor se refleja también en unas sentencias mucho más severas para los más jóvenes y para los primeros delitos.⁵²

No parecen estas las señales de una «política blanda» en aumento por parte de los tribunales.

⁴⁸ R. F. Sparks, *Local Prisons: The Crisis in the English Penal System*, Londres, Heinemann, 1971.

⁴⁹ HMSO Siglas de Her (o His) Majesty Stationery Office, institución gubernamental con patrocinio real, encargada de la publicación de informes, «libros blancos» y documentos oficiales. [N. de E.]

⁵⁰ *People in Prisons*, Cmnd 4214, Londres, HMSO, 1969.

⁵¹ *The Regime for Long-Term Prisoners in Conditions of Maximum Security: Report of the Advisory Council on the Penal System* (Radzinowicz Report), Londres, HMSO, 1968; S. Cohen y L. Taylor, *Psychological Survival: The Experience of Long-Term Imprisonment*, Harmondsworth, Penguin, 1972, pp. 15-17.

⁵² L. Radzinowicz, «Preface» en McClintock y Gibson, *Robbery in London...*, p. xvi.

Si estas políticas han sido disuasorias —el tercer elemento de nuestra ecuación— es otra cuestión. McClintock y Avison,⁵³ al revisar el periodo 1955-1965 en su capítulo sobre «La reincidencia», defienden un incremento porcentual del 160 % en el número de personas que vuelven a comparecer ante los tribunales; con una tasa aún mayor para los reincidentes más jóvenes (de 14 a 21 años). La tasa de reincidencia de los reincidentes «graves» (cinco o más delitos graves probados) era más alta que la de los demás reincidentes; un tercio de los jóvenes ladrones tenía tasas de reincidencia «altas» (dos o más delitos graves probados anteriores); y «los delitos de robo y allanamiento mostraban la mayor proporción de “alta” reincidencia».

Resulta así que hay importantes pruebas sobre la relación entre las sentencias duras y la disuasión, extraídas específicamente de los «atracos». Baxter y Nuttall, funcionarios de investigación del ministerio del Interior, han analizado las largas y severas condenas impuestas a los tres chicos en el caso del «atraco» de Handsworth para comprobar el efecto «disuasorio» posterior.⁵⁴ Tuvieron la misma dificultad que nosotros aquí a la hora de encontrar una base estadística aceptable para el «atraco». Pero, al tomar el «robo y la agresión con intención de robo» como línea de base estadística (y reconociendo que esta cifra incluiría «delitos distintos de los atracos»), los autores tuvieron que concluir que: «En ninguna de las zonas policiales estudiadas la sentencia tuvo el impacto previsto en el número de robos denunciados». En Birmingham, donde se cometió el delito inicial, la tasa de delitos de robo se mantuvo ininterrumpida (es decir, «relativamente baja a lo largo de los dos años pertinentes»).

En definitiva, las estadísticas disponibles *no* apoyan la ecuación del «aumento de la tasa de criminalidad». El aumento «sin precedentes» de los robos con violencia *no era* una novedad de 1972. Las sentencias por delitos graves eran cada vez *más largas* en lugar de más cortas, y *más* personas las recibían; las tasas de absolución *no parecían* haber cambiado. Y esta política de dureza *no resultaba* disuasoria. De hecho, si consideramos la «dureza» en los tribunales a lo largo de la década de 1960 como un «experimento de disuasión», el aumento de la tasa de delincuencia y reincidencia demuestra el penoso historial de la disuasión como instrumento de política penal. Este panorama general, que es válido para el conjunto de los delitos graves, también es válido para los «atracos».

En el caso concreto de las estadísticas de atracos, podemos incluso ir más allá. Acabamos de aludir a las dificultades que encontraron Baxter y

⁵³ McClintock y Avison, *Crime in England and Wales...*

⁵⁴ R. Baxter y C. Nuttall, «Severe Sentences: No Deterrent to Crime?», *New Society*, 2 de enero de 1975.

Nuttall para aislar una base estadística en su trabajo sobre las cifras de «atracos», y también mencionamos que nosotros tuvimos dificultades similares. Este punto merece ser ampliado. Los muy publicitados titulares de 1973, según los cuales los «atracos» en Londres aumentaron un 129 % en los cuatro años entre 1968-1972, parecen tener su base en *Robbery and Kindred Offences In the Metropolitan Police District, 1968-72*.⁵⁵ Su origen exacto sigue siendo un profundo misterio para nosotros. Nuestros esfuerzos por «descifrarlos» han sido en vano. Dado que no existe un delito legal llamado «atraco», las cifras no pueden derivarse directamente de los *Informes anuales*. Cuando el ministro del Interior solicitó las cifras correspondientes a 1968, algunos comisarios de policía expresaron sus dudas sobre qué incluir en el apartado de «atracos» (aunque hay pruebas de que, desde el periodo 1972-1973, se han recogido las cifras regionales de los delitos ordenados descriptivamente bajo la categoría de «atracos», junto con algunas cifras, aunque dispersas, sobre la identidad étnica de los agresores). Por lo tanto, el gráfico del *Informe* de 1973 debe ser una retroproyección; pero ¿en qué se basa? Dado que ninguna de las cifras de «robos» existentes para 1968, o para los otros años, cuadran con las cifras reconstruidas de «atracos», estas deben responder a una combinación intencionada de los números de una serie de diferentes subcategorías dentro de las cifras generales de «robos». ¿En qué medida? (Hemos probado todas las permutaciones que nos permite el ingenio, aunque sin éxito). ¿Y qué comprobaciones estadísticas se hicieron sobre esta agrupación selectiva bajo la etiqueta «atraco», realizada en 1973 (cuando el pánico al «atraco» estaba en su punto álgido), para un año (1968) en el que la etiqueta no estaba en uso?

Hemos mencionado antes que íbamos a terminar con algunas actualizaciones generales sobre las estadísticas. Las ofrecemos con el fin de completarlas y no tanto con la expectativa de que aclaren gran cosa. En 1973 no se produjo prácticamente ningún cambio en las cifras generales de delincuencia: *reducciones* porcentuales sustanciales en las cifras de robos, *aumentos* porcentuales sustanciales en los «delitos de violencia» en general y un conjunto de cifras mixtas para los robos a personas [un gran aumento porcentual (12,5 %) en Londres y una reducción porcentual considerable en provincias (8,4 %)]. En 1974 se registraron más aumentos porcentuales en la delincuencia en general así como en los robos, al tiempo que enormes aumentos porcentuales en los hurtos a personas (42 % en provincias, 71 % en Londres), si bien incrementos porcentuales pequeños en los «delitos de violencia» en general. En 1975 se produjo un menor incremento porcentual de la delincuencia en general, pero un incremento porcentual mayor de los robos (24 % en provincias, 41,2 % en Londres). Los incrementos

⁵⁵ Metropolitan Police District Statistical Unit, *Robbery and Kindred Offences, 1968-72*, Londres, Metropolitan Police, 1973.

porcentuales en los robos a personas, aún siendo grandes, fueron menos dramáticos que en 1974, mientras que la categoría de «delitos de violencia» mostró aumentos porcentuales mucho mayores. En general, el periodo parece «mixto» pero, para quienes tengan interés en las tendencias de los delitos registrados estadísticamente, hay que apuntar que, excepto los delitos sexuales, *cada* categoría de delito registró un aumento, tanto en las provincias como en Londres, durante 1974 y 1975, un hecho bastante inusual.

Hemos dejado para el final las estadísticas de atracos, que son, como siempre, las más complicadas. Después de las cifras de Londres elaboradas en 1973 por la Statistical Unit para los años 1968-1972, que también se reprodujeron en el *Informe* del jefe de la Policía Metropolitana de 1972, no vuelve a aparecer una estadística separada de «atracos» en ninguno de los *Informes anuales* hasta la publicación del *Informe* del jefe de la Policía Metropolitana de 1975. Este informe contiene una tabla idéntica a la del informe de 1972, *es decir*, una tabla de robos subdivididos en categorías más pequeñas basadas en las circunstancias del delito. Una de estas categorías, el robo tras una agresión al aire libre, es claramente la estadística de atracos, ya que tanto la categoría como las cifras de 1971 y 1972 coinciden con las del *Informe* de 1972, en el que se anunciaba que esta categoría concreta era conocida popularmente como «atraco». Así pues, a pesar de una cierta timidez por parte del Comisario a la hora de utilizar la etiqueta (y ello a pesar de que la decisión original de subcategorizar las estadísticas de robos sin duda partió de él, o fue autorizada por él), al menos podemos estar seguros de que las cifras recogidas para 1975 se basaron en los mismos criterios, sean cuales sean, que las recogidas en 1972. Del análisis de estas cifras se desprende que, tras el espectacular aumento del 32 % en 1972, los atracos *disminuyeron* durante 1973 (un 20,7 %), para *aumentar un* 18,7 % en 1974 y un 5,9 % en 1975. Sea cual sea la razón de la disminución de 1973, lo cierto es que el descenso fue solo temporal. Y, como las sentencias en los tribunales para estos delitos no se han suavizado, y la actividad policial —a la luz de la gran preocupación en las altas esferas— es poco probable que haya disminuido, solo podemos considerar estas cifras como una confirmación más de la inutilidad de las políticas de contención y disuasión.

Sin embargo, la situación estadística de estas cifras se vuelve más interesante, aunque más confusa, durante este periodo. En el *Informe* del Comisario Metropolitano de 1972 vemos el inicio de un proceso que culminaría en la producción de un conjunto completamente nuevo de categorías delictivas en el *Informe* de 1974. Ya hemos mencionado la subdivisión de la categoría de «robo» que produjo, como resultado, las estadísticas de atracos. Los «robos a personas» se subdividieron de forma similar, y una categoría concreta, los «tirones», se incluyó en una tabla que mostraba el aumento

de los «delitos de violencia seleccionados, 1968-1972». Se nos dijo que los «tirones» aparecían allí porque había poca distinción entre esos delitos y el robo. La implicación, ya que ambos estaban incluidos en la tabla, es que el elemento común a ambas categorías es el de la «violencia». Sin embargo, en el *Informe* de 1973 se decía que los «tirones» eran «similares a los robos, con la única diferencia de que la víctima no es amenazada ni herida por el agresor» (las cursivas son nuestras). Teniendo en cuenta que los tirones habían aparecido en una tabla de delitos de violencia seleccionados el año anterior, y que es *precisamente* el elemento de violencia lo que distingue al robo del hurto, esta resulta una afirmación muy extraña. Hay, no obstante, otro «misterio» en las cifras de 1973. Ya hemos mencionado que este fue el año en el que se produjo un drástico descenso en el número de robos y atracos. Los «tirones» siguieron esta pauta. Sin embargo, los «robos a personas» (por ejemplo, los «carteristas») mostraron un *gran aumento*. ¿Cómo se explican estas tendencias divergentes? Dada la ambigüedad que rodea a todas estas categorías y el hecho de que no se especifiquen públicamente los criterios para diferenciarlas, ¿no es al menos plausible reflexionar sobre la posibilidad —sin sugerir necesariamente una conspiración— de que lo que se percibía y clasificaba como «atracos» en 1972 se perciba y clasifique de forma diferente en 1973, como ejemplos más rutinarios de carterismo, por ejemplo? Esa percepción selectiva, y el consiguiente descenso de las estadísticas de atracos, justificarían sin duda retrospectivamente las medidas de control adoptadas.

En los *Informes* de 1974 y 1975, el incipiente descontento con las clasificaciones legales oficiales del ministerio del Interior se expresó plenamente en la elaboración de un conjunto completamente nuevo de categorías «circunstanciales» (es decir, que reflejaban las circunstancias del delito); estas se sumaron a las clasificaciones del ministerio del Interior. Lo que más nos interesa es la creación de una categoría de «robos y otros hurtos violentos», aunque, una vez más, no se indican los criterios para considerar que un hurto es «violentó». A la luz de la anterior subdivisión del Comisario de «hurtos a personas», parece que los «tirones» se han convertido finalmente en algo tan similar a los robos (ja pesar de ser «no violentos»!) como para justificar la elaboración de una estadística conjunta. En 1975 se produjeron 7.959 «robos y otros hurtos violentos» (un 43 % más), 4.452 robos oficiales (un 41,2 % más) y 1.977 «atracos» (un 35,9 % más); aunque la categoría oficial de «hurtos a personas» no tenía una categoría equivalente en la clasificación del comisario. ¿Qué debemos hacer con la nueva categoría «robos y otros hurtos violentos»? Los hurtos violentos son obviamente similares a los robos; de ahí la estadística conjunta: sin embargo, a continuación los robos oficiales se subdividieron sin ninguna referencia a la estadística conjunta. Esto significa que la estadística de atracos se elaboró

sin hacer referencia a la categoría de «hurtos violentos». Sin embargo, parece difícil creer que la introducción de estas nuevas categorías —primero «tirones» y luego «hurtos violentos»— no tuvieran relación alguna con el desglose original de las cifras de robos que tuvo, como resultado, la producción de un conjunto de cifras de «atracos»; en particular, porque la razón dada para la subdivisión de los «hurtos a personas» era diferenciar los que se parecían más a «robos» del resto. Teniendo en cuenta este razonamiento, la publicidad y la preocupación que suscitan actualmente las estadísticas de atracos en Londres resulta muy difícil de entender por motivos puramente estadísticos, ya que las cifras de 1975 revelan que, de los «robos y hurtos violentos», solo el 25 % eran realmente «atracos». Por último, hay que subrayar que ninguna de estas confusiones estadísticas ha afectado nunca a los *Informes* del Inspector Jefe de la Policía, que siempre se han ceñido a las clasificaciones oficiales. Una consecuencia importante de esto es que, a pesar de la grave preocupación expresada en estos informes sobre los atracos (*cf.* el *Informe* de 1973), *never hemos tenido ninguna cifra sobre la escala y la tasa de aumento de los atracos en provincias*. Si la reacción a los atracos no puede explicarse con una simple referencia a las estadísticas, ¿cómo *puede* explicarse?

Cuando la reacción oficial ante una persona, un grupo de personas o una serie de acontecimientos es *desproporcionada* con respecto de la amenaza real; cuando los «expertos», en forma de comisarios de policía, jueces, políticos y editores, *perciben* la amenaza en términos casi idénticos y parecen hablar «con una sola voz» de tasas, diagnósticos, pronósticos y soluciones; cuando las representaciones de los medios de comunicación subrayan universalmente los aumentos «repentinos y dramáticos» (en número de implicados o en sucesos) y la «novedad», por encima de lo que podría sostener una evaluación sobria y realista, entonces creemos que es apropiado hablar de los inicios de un *pánico moral*.

En su estudio sobre los «mods y los «rockers», *Folk Devils and Moral Panic*, Stan Cohen ha definido el pánico moral de este modo:

Las sociedades parecen estar sujetas, de vez en cuando, a períodos de pánico moral. Una situación, un episodio, una persona o un grupo de personas surge para definirse como una amenaza para los valores e intereses de la sociedad; los medios de comunicación presentan su naturaleza de forma estilizada y estereotipada; los editores, los obispos, los políticos y otras personas bienpensantes se encargan de las barricadas morales; los expertos socialmente acreditados pronuncian sus diagnósticos y soluciones; se desarrollan formas o (más a menudo) se recurre a formas de hacer frente a la situación; entonces la condición desaparece, se sumerge o se deteriora y se hace más visible. A veces el objeto del pánico es bastante novedoso y otras veces es algo que ya existe desde

hace tiempo, pero que de repente aparece en el candelero. A veces el pánico pasa de largo y se olvida, salvo en el folclore y en la memoria colectiva; otras veces tiene repercusiones más graves y duraderas y puede producir cambios en la política jurídica y social o incluso en la forma en la que la sociedad se concibe a sí misma.⁵⁶

En este estudio sostenemos que hubo un *pánico moral* a los «atracos» en 1972-1973; un pánico que se ajusta en casi todos los detalles al proceso descrito por Cohen en el pasaje anterior. No se trata de negar que, en ocasiones, durante los últimos años (pero también, casi con toda seguridad, durante al menos un siglo), hombres y mujeres individuales han sido atacados repentinamente, maltratados y robados en la calle. Sin embargo, creemos que hay que explicar cómo y por qué una versión de este delito callejero, más bien tradicional, ha sido percibida, en un momento determinado de principios de la década de 1970, como una «nueva variedad de delito». Es *posible* que el número de incidentes de este tipo haya aumentado, pero es prácticamente imposible saberlo a partir de los datos estadísticos que se han hecho públicos. A la luz de esto, creemos que es necesario explicar por qué y cómo las débiles y confusas pruebas estadísticas llegaron a convertirse en hechos y cifras tan duras y masivamente publicitadas. También es necesario explicar cómo y por qué estos «hechos» llegaron a ser identificados como parte integrante —de hecho, como una de las pruebas más sólidas— de una creencia general en el espectacular aumento de la tasa de «delitos violentos». La impresión de que la «delincuencia violenta», particularmente los «atracos», estaba aumentando produjo una cobertura masiva e intensa por parte de la prensa, de los portavoces oficiales y semioficiales, así como sentencias de un rigor cada vez mayor en los tribunales. En definitiva, el «atraco» tuvo consecuencias en el mundo real, más allá del número de personas atracadas en las calles; y estas consecuencias parecen tener menos que ver con lo que realmente se sabía que estaba ocurriendo, que con el carácter, la escala y la intensidad de esta reacción. *Todos estos otros aspectos también forman parte del fenómeno de los «atracos».* También ellos requieren una explicación.

Esto representa un importante cambio de enfoque respecto de los estudios convencionales sobre la delincuencia. Cohen lo define como un desplazamiento de la atención desde el *acto desviado* (es decir, el «atraco»), tratado de forma aislada, a la *relación entre el acto desviado y la reacción del público y los organismos de control ante el acto*.⁵⁷ Este cambio de enfoque altera la naturaleza del «objeto» o fenómeno que hay que explicar. En lo

⁵⁶ Cohen, *Folk Devils and Moral Panics*, Londres, Harpercollins, 1973, p. 28 [ed. cast.: *Demonios populares y pánicos morales: delincuencia juvenil, subculturas, vandalismo, drogas y violencia*, Barcelona, Gedisa, 2017].

⁵⁷ Ibídem.

que podríamos llamar la visión del sentido común, en algún momento de principios de la década de 1970 las ciudades británicas sufrieron una dramática e inesperada epidemia de «atracos». La policía, en reacción a estos acontecimientos, espoleada por una prensa atenta, por la angustia de la población y por su deber profesional, tomó rápidas medidas para aislar el «virus» y controlar la fiebre. Los tribunales inocularon una fuerte dosis de medicina. La fiebre desapareció en 12 meses, tan rápida y repentinamente como había aparecido. Se fue tan misteriosamente como llegó. Según el «sentido común», *esta* pequeña secuencia de acontecimientos fue resultado del «atraco», al menos en su fase primaria. Nosotros, en cambio, sostene mos que *también* hubo un gran despliegue publicitario en la prensa, el uso de una nueva «etiqueta», angustia y comentarios públicos generalizados, una fuerte y vigorosa reacción oficial. Además, la escala y la intensidad de esta reacción no se corresponden con la escala de la amenaza a la que respondía. Por lo tanto, hay una fuerte evidencia de un «pánico moral» a los atracos. Insistimos en que este «pánico moral» es también crucial para el significado del propio fenómeno del «atraco». Es todo este complejo —de acción y reacción— así como lo que lo produjo y sus consecuencias, lo que requiere una explicación. Sugerimos que no hay un simple «acontecimiento» a entender, aparte de los procesos sociales por los que tales acontecimientos se producen, se perciben, se clasifican, se explican y se responden. Cuanto más examinamos todo este complejo en detalle, más parece que a lo que debemos prestar atención en primer lugar es al «pánico moral» *ante* el «atraco», más que a la aparición del «atraco» en sí.

En el siguiente capítulo, por lo tanto, ponemos de relieve algunos de estos aspectos, hasta ahora descuidados, del «atraco»: la forma en que el «pánico moral» se articuló en los tribunales y la reacción de la policía ante el mismo; en resumen, su crecimiento hasta alcanzar visibilidad y su posterior hundimiento, entre agosto de 1972 y los últimos meses de 1973, así como su pasaje por el aparato judicial y de control.

Sin embargo, antes de pasar al análisis debemos dar un rodeo para volver al punto de partida: la aparición de la *etiqueta* que identificaba «una nueva variedad de delitos». Fue el uso de esta etiqueta lo que proporcionó el estímulo para el despegue de un pánico moral sobre el «atraco». ¿Cuál fue el nacimiento y la posterior carrera de la etiqueta «atraco»?

El recorrido de una etiqueta

LA CIUDAD DE NUEVA YORK [...], la metrópolis de ciencia ficción del futuro [...], la capital del cáncer, un laboratorio donde se están probando de forma experimental todos los esplendores y miserias de

la nueva era. El profesor Nathan Glazer, el sociólogo, señala: «Estamos amenazados por la destrucción de todo el tejido social».

América es el lugar de donde procede nuestro clima: los vientos culturales predominantes arrastran los mismos retos y amenazas a través del Atlántico hasta Europa. El pronóstico no parece muy favorable. La última vez que investigué Nueva York, en 1966, medio millón de sus ciudadanos vivían de las ayudas sociales. Ahora la cifra ha alcanzado el millón. Solo la semana pasada, el gobierno estatal realizó recortes masivos, los primeros desde la Segunda Guerra Mundial, en las ayudas a los pobres [...].

El principal problema de Nueva York es esta pobreza generalizada, con la inevitable secuela del aumento de la delincuencia, del vandalismo, de los disturbios y de la drogadicción. Más del 70 % de los delitos graves son cometidos por jóvenes menores de 21 años. Y aquí los delitos son crímenes, con un asesinato cada 12 horas, muchos de ellos actos de violencia sin motivo y sin pensar en la ganancia [...].

El Manual de la Ciudad de Nueva York [tiene] una sección entera sobre cómo tratar con los ladrones, el doble cierre y la protección de puertas y ventanas y la advertencia general: «EN LA CALLE camine donde está bien iluminado y donde haya gente» [...] un síntoma [de los «males» de Nueva York] es la creciente bancarrota de las finanzas públicas de la ciudad.

LOS PEORES RESULTADOS [son] el odio y el desprecio que un sector de la población engendra en otro. [...] Los amigos aceptan los riesgos de Nueva York más bien como los londinenses aceptaron el Blitz.

Alan Brien, «New York Nightmare»,
The Sunday Times, 6 de abril de 1969.

¿Es una falta de valor para pensar a lo grande? ¿No podría el país que ideó el plan Marshall hacer lo mismo por su propio bien? ¿Es porque los prejuicios contra la raza y los programas de bienestar no son un obstáculo para una gran operación de rescate en el extranjero, pero se afirman obstinadamente contra esa visión en casa? ¿Y por qué una pequeña nación como Vietnam del Norte es capaz de resistir a una superpotencia, a pesar de la superioridad técnica de las armas, la potencia de fuego y la movilidad estadounidenses?

Estas son las preguntas que están en boca de los estadounidenses hoy en día. Todas ellas son síntomas de las dudas y ansiedades que asaltan a una gran mayoría de la población sobre la confianza en la América en la que creen.

Están consternados por el enfrentamiento masivo en el país entre blancos y negros, republicanos y demócratas, intelectuales y no intelectuales, entre jóvenes y mayores, entre la ley y los manifestantes. Dudo que tantos segmentos de la sociedad estadounidense hayan estado

nunca tan divididos como hoy en día. Es más que un malestar; de alguna manera, el espíritu estadounidense está temporalmente desquiciado.

Tienen miedo de caminar por las calles de noche y ser atacados. Este miedo es mayor que nunca. La delincuencia callejera, a menos que el candidato republicano a la presidencia sea capaz de ofrecer una alternativa a la política del presidente Johnson en Vietnam, será el gran tema de esta campaña electoral.

Henry Brandon, «The Disunited States»,
The Sunday Times, 10 de marzo de 1968.

Lejeune y Alex señalan que «el término *atraco* asumió su significado actual [en Estados Unidos] en la década de 1940. Derivado de la jerga criminal y policial, se refiere a una determinada manera de robar y/o golpear a una víctima por parte de pequeños operadores profesionales o ladrones que a menudo trabajan en grupos de tres o más».⁵⁸ Este es el significado clásico del término «atraco». Su ubicación en Estados Unidos es, por supuesto, crucial. Independientemente de sus usos anteriores,⁵⁹ es en Estados Unidos donde el término alcanza su definición contemporánea decisiva. A partir de este contexto estadounidense, el término se «reimportó» al uso británico a finales de la década de 1960 y en la década de 1970.

Las etiquetas son importantes, especialmente cuando se aplican a acontecimientos públicos dramáticos. No solo sitúan e identifican esos acontecimientos, sino que los asignan a un contexto. Posteriormente, el uso de la etiqueta puede movilizar *todo este contexto referencial*, con todos sus significados y connotaciones asociadas. Es este uso más amplio y connotativo el que se «toma prestado» cuando la prensa británica recoge el término y comienza a aplicarlo al ámbito británico. Es crucial tener en cuenta, por lo tanto, cuál era o en qué se había convertido este campo de referencia contextual más amplio del término en Estados Unidos. En la década de 1960, «*atraco*» ya no se utilizaba en Estados Unidos simplemente como un término descriptivo e identificativo de un tipo específico de delito urbano. No solo dominaba todo el debate público sobre la delincuencia y el desorden público, sino que se había convertido en un *símbolo* central de las numerosas tensiones y problemas que acuciaban a la vida social y política estadounidense en general. El «*atraco*» alcanzó ese estatus por su capacidad para *connotar todo un conjunto de temas sociales en los que se reflejaba la «crisis de la sociedad estadounidense»*. Estos temas incluían: la implicación

⁵⁸ R. Lejeune y N. Alex, «On Being Mugged: The Event and Its Aftermath», documento presentado en la 23^a reunión anual de la Society for the Study of Social Problems, agosto de 1973; véase también D. W. Maurer, *Whizz Mob*, New Haven (CT), College & University Press, 1964, p. 171 y G. Myrdal, *An American Dilemma*, Nueva York, Harper, 1944.

⁵⁹ Véase E. Partridge, *A Dictionary of Historical Slang*, Harmondsworth, Penguin, 1972.

de la población negra y drogadicta en la delincuencia; la expansión de los guetos negros, junto con el crecimiento de la militancia social y política negra; la amenaza de la crisis y el colapso de las ciudades; el pánico a la delincuencia y los llamamientos a «la ley y el orden»; la agudización de las tensiones políticas y los movimientos de protesta de la década de 1960 que desembocaron en la movilización Nixon-Agnew de la «mayoría silenciosa» y su victoria presidencial en 1968.⁶⁰ Estos temas y tópicos no estaban tan claramente separados como dan a entender estos titulares. En el debate público tendían a confluir en un escenario general de conflicto y crisis. En un sentido importante, la imagen del «atraco» acabó por contenerlos y expresarlos a todos.

Durante la década de 1960, el principal escenario de los atracos en Estados Unidos fue el gueto negro.⁶¹ Estas zonas, en la mayoría de las grandes ciudades, han sido tradicionalmente zonas asociadas a altos índices de delincuencia. Tras las «rebeliones del gueto» de mediados de la década de 1960, y en el contexto de un amplio debate sobre la naturaleza de la «desorganización» social y familiar entre la población negra del gueto, la cuestión de la delincuencia negra surgió como un tema de preocupación importante y continuo. La delincuencia se consideraba un índice del estado permanente de tensión entre la población negra de las ciudades: tal vez, también, como un medio a través del cual se elaboraba y expresaba la tensión racial, una preocupación sin duda respaldada por el hecho de que, de todos los delitos violentos en Estados Unidos, solo el robo implica un alto elemento *interracial*.⁶² Esta equiparación de los robos violentos con la población negra se vio agravada por la expansión de los guetos en la mayoría de las grandes ciudades a lo largo de las décadas de 1950 y 1960. La delincuencia negra era ya lo suficientemente preocupante cuando se limitaba a las zonas claramente delimitadas de los guetos, pero se convirtió en la principal preocupación y en una amenaza mucho más difusa y generalizada cuando se unió a la expansión de los guetos «hacia

⁶⁰ La expresión «mayoría silenciosa», en su sentido moderno, tiene su origen efectivamente en el discurso de cierre de campaña de Richard Nixon (y su vicepresidente Spiro Agnew) el 3 de noviembre de 1968. Nixon usó la expresión para pedir el voto a lo que consideraba la «América media» —esto es, blanca, conservadora, religiosa, suburbana— que no participaba en las movilizaciones contra la guerra de Vietnam, ni en el cuestionamiento de costumbres de la contracultura, ni en las tensiones sociales, políticas y culturales que atravesaban la sociedad estadounidense en aquel momento. Nixon ganaría aquellas elecciones. [N. de E.]

⁶¹ El pánico moral basado en la asociación del miedo a los atracos con los guetos urbanos negros, y la consideración de estos como espacios fundamentalmente peligrosos, marginales y ajenos al resto de la sociedad se acompañaba asimismo, en ese mismo momento, de narrativas basadas en el miedo a los *riots*, como las revueltas de Watts (1965), Chicago (1966), Newark (1967), etc. [N. de E.]

⁶² Véase National Commission on the Causes and Prevention of Violence, *Final Report*, Nueva York, Award Books, 1969.

arriba» y al desbordamiento de las poblaciones negras en zonas residenciales anteriormente blancas. Los efectos de este «desbordamiento» (que, en cualquier caso, agravaron muchos otros problemas graves de las grandes ciudades de Estados Unidos) fueron experimentados y percibidos de forma diferente por los distintos sectores de la población blanca. La clase trabajadora blanca —a menudo de un origen étnico particular— percibió la «invasión negra» como una gran intrusión de un grupo aún más desfavorecido en su limitado espacio económico, social y geográfico. Las tensiones entre estos dos grupos se agudizaron considerablemente, siendo los «blancos étnicos» a menudo la punta de lanza de una reacción blanca contra los negros y contra los programas de pobreza (que parecían dar a los negros una ventaja injusta). Este fue, sin duda, uno de los sectores clave a los que se dirigió el llamamiento a la «mayoría silenciosa» de Nixon a la que reclutó activamente para las campañas de «ley y orden». La clase media blanca residencial estuvo protegida durante más tiempo de la incursión de la población negra; pero, poco a poco, la expansión de los guetos (y todo lo que se asociaba a esta) empezó también a tener su impacto allí, ya que los sectores de las ciudades que hasta entonces se consideraban «seguros» se redefinieron como territorios peligrosos o inseguros. La cambiante composición étnica y de clase de las ciudades, así como un cambio en el sabor y el ambiente de la «vida urbana» para las clases medias blancas, precipitaron no solo una sensación de pánico, sino también la constante mudanza de la población blanca fuera de la ciudad (la llamada «huida acelerada a los suburbios») y la adopción de toda una serie de medidas de protección y defensa. La incidencia real de la delincuencia interracial violenta se vio superada por la sensación general de miedo y ansiedad de los habitantes blancos de la ciudad; aunque no fueran víctimas reales, cada vez más personas se veían a sí mismas como víctimas potenciales y, sin duda, la sensación de «confianza» y seguridad se vio socavada. Lejeune y Alex describen con gran sensibilidad lo que llaman el crecimiento de una «mentalidad defensiva» entre la población blanca.⁶³ La imagen del «atracador» que sale de la oscuridad urbana en un ataque violento y totalmente inesperado o que incursiona directamente en los bloques de apartamentos se convirtió, en muchos sentidos, en un precipitado de lo que en realidad eran miedos y ansiedades mucho más amplios sobre la cuestión racial en general. A finales de la década de 1960, el término «atraco» había llegado a ser un símbolo de referencia para todo este conjunto de actitudes y ansiedades sobre la evolución general de la sociedad estadounidense, un motivo de preocupación que se hizo más urgente aún por los crecientes conflictos políticos relacionados con la guerra de Vietnam y por el crecimiento de la militancia estudiantil y el *black power*.

⁶³ Lejeune y Alex, «On Being Mugged...».

Ahora bien, esta «crisis» de la sociedad estadounidense en la década de 1960 tuvo una amplia e intensa cobertura en la prensa británica.⁶⁴ Encajaba bien en una cierta «estructura de la atención» de los medios de comunicación británicos. Los reportajes sobre Estados Unidos siempre han desempeñado un papel importante en la cobertura de las noticias extranjeras de los medios de comunicación británicos, ya que, tanto por razones históricas como contemporáneas, se toma a Estados Unidos como una especie de caso paradigmático de las futuras tendencias en el mundo occidental, especialmente en Gran Bretaña. En la década de 1950, Estados Unidos se dedicó a ser el símbolo de una prosperidad exitosa; en la década de 1960, se convirtió en el símbolo de una sociedad capitalista industrial moderna «en crisis». En ambos casos, la presentación de «Estados Unidos» en los medios de comunicación británicos sufría una exageración intencionada. A Estados Unidos se le representa siempre en términos «más grandes que la vida»: más extravagantes, más estafalarios, más extraños, más sensacionales que cualquier cosa comparable en Gran Bretaña. Y cuando la sociedad estadounidense comenzó a tener graves dificultades, estas también se presentaron de forma exagerada. Es más, la cobertura británica de los problemas sociales estadounidenses, como la raza y la delincuencia, reproducía las definiciones de esos problemas que ya se habían generado en Estados Unidos. Cuando la prensa británica informaba sobre las ciudades estadounidenses, las conexiones ya forjadas entre el malestar de la población negra, la tensión interracial, la expansión de los guetos y la delincuencia tendían a reproducirse de esa misma forma (aunque no cabe duda de que las «exageraciones selectivas» solidificaron algunas de las conexiones más vagas). Así, mucho antes de que los «atracos» británicos aparecieran en los medios de comunicación británicos, la presentación británica del «atraco» como un delito estadounidense reproducía *todo el contexto del «atraco»*, tal y como ya se había definido en el marco estadounidense. Reproducía *la idea del atraco estadounidense* para el consumo británico (véanse los extractos al principio de la sección). Los gráficos relatos de Henry Fairlie —que fue atracado dos veces— en *The Sunday Express* en este periodo ofrecen otros ejemplos muy concretos de este tipo de cobertura de los problemas americanos para el público británico.⁶⁵ Se pueden encontrar reportajes similares en ambos extremos del espectro de la prensa británica de este periodo, por ejemplo, en los artículos de Henry Brandon para *The Sunday Times* y en el de Mileva Ross, «I Live With Crime In The Fun City», en *The Sunday Express*:

⁶⁴ Véase Henry Brandon, «America in a State of Rebellion», *The Sunday Times*, 27 de octubre de 1968; la reseña de Andrew Kopkind sobre «Wallace-Mania», *The Sunday Times Magazine*, 3 de noviembre de 1968; y «The Year the World Swung Right», *The Sunday Times Magazine*, 29 de diciembre de 1968.

⁶⁵ Véase *The Sunday Express*, 3 de marzo de 1968, 17 de agosto de 1969, 28 de septiembre de 1969.

Mi empleada de hogar llegó una mañana impresionada por la experiencia de haber presenciado cómo atracaban a un hombre frente a su propia casa, que está justo dentro del gueto negro de Washington.

Parece casi como si el delito en Washington se hubiera convertido en un deporte, como si robar por dinero fuera tan fácil como comprar el pan. En el 80 % de los casos [de robos a mano armada en un día] los negros fueron tanto asaltantes como víctimas. En el resto, los blancos fueron las víctimas de los negros.

El presidente Kennedy se preocupó por la reputación de Washington en tanto culturalmente subdesarrollada; el Sr. Nixon se preocupará por la delincuencia y por cómo cumplir su promesa de campaña electoral de «restaurar la libertad del miedo en la capital» [...]. Los espeluznantes relatos sobre la huida de los ladrones de bolsos o de los atracadores y sus fáciles escapadas han estimulado el miedo, cuando no el pánico. Pero muchos washingtonianos se han acostumbrado a convivir con la delincuencia casi del mismo modo que los londinenses aprendieron a vivir con el *blitz*. Solo se lleva encima el dinero suficiente para mantener satisfechos a los salteadores. Se adquiere una alarma antirrobo o un perro guardián; no se sale hasta tarde [...] se adquiere una pistola propia. Los blancos temen sentirse cada vez más inseguros en esta ciudad donde el 67 % de la población es negra [...]. En el pasado, los periódicos locales han evitado la identificación racial de los delincuentes [...]. El hecho de que ahora se haga de forma tan llamativa es también un indicio de cómo los viejos principios progresistas están siendo barridos por la ola de delincuencia.

Henry Brandon, «Living round the Crime-Clock»,
The Sunday Times, 26 de enero de 1969.

Tal es la cantidad de crímenes en América hoy en día que [...] el presidente Nixon [...] ordenó que las luces del recinto de la Casa Blanca se mantuvieran encendidas toda la noche para detener la reciente ola de ataques a los ciudadanos de Washington, al menos en su portal.

Hasta ahora [esta] promesa de su campaña presidencial ha sido un notable fracaso. Para las agobiadas fuerzas policiales de Washington y Nueva York, los incidentes [de robo] [...] son ahora casi tan rutinarios como las infracciones de aparcamiento [...]. Mi propia experiencia en Nueva York [...] fue un caso clásico de lo que los americanos llaman «un atraco». Esto significa que me robó un atacante desarmado que se abalanzó sobre mí por la espalda. Le ha ocurrido a muchos de mis amigos.

Mi primera experiencia [...] se produjo una noche temprano. Me giré [al ser atacado] y miré directamente [...] [a] un corpulento joven negro.

A los pocos días parecíamos estar viviendo justo encima de una explosión de delincuencia [...]. Después de unas semanas, el superintendente de nuestro edificio [...] colocó un aviso [...] diciendo que

[...] un portero estaría de guardia [...] todas las noches. Saqué todos los documentos importantes [...] de mi bolso. Llevé el mínimo de dinero en mi bolso [...]

Una noche nos despertó un ruido terrible en el exterior [...] supimos que la víctima era un médico de edad avanzada, [...] estaba gravemente herido. La teoría era que los atacantes eran drogadictos. A la mañana siguiente salimos a buscar un piso [...] encontramos lo que buscábamos. Dos porteros están de guardia las 24 horas del día. Y por la noche también hay un guardia armado en el vestíbulo. Se para a todas las personas que entran en el edificio. El portero me llama por el intercomunicador antes de dejar subir a cualquier visitante. Ahora acepto toda esta seguridad como algo normal.

Mileva Ross, «I Live With Crime In The “Fun City”: spotlighting the rising tide of violence in America», *The Sunday Express*, 23 de febrero de 1969.

Hemos reproducido estas amplias citas de dos reportajes sobre la delincuencia, uno de Washington y otro de Nueva York. Oscilan entre el relato altamente personalizado y dramatizado de la reportera de *The Sunday Express* hasta el más general de *The Sunday Times*. A pesar, no obstante, de las evidentes diferencias de estilo, se evocan las mismas imágenes y asociaciones; el «mensaje» es casi idéntico, e inequívoco, «multifacético», pero en absoluto ambiguo. El problema de la delincuencia al que se hace referencia aquí no es el de los fraudes de «cuello blanco» y la evasión de impuestos, ni siquiera el problema de la delincuencia profesional y organizada o de la legendaria mafia. La delincuencia en estos artículos «significa» algo completamente diferente: el ataque repentino, el asalto brutal, la amenaza descarada; los encuentros «cara a cara» en la calle y en los apartamentos; «amateurs», groseros y arrogantes jóvenes negros / drogadictos desesperados por conseguir dinero o una solución rápida; en una palabra, el problema de la delincuencia, en estos reportajes, significa *atraco*. Esto es lo que se contextualiza en ambos artículos como la causa «principal» de los otros elementos mencionados: la escalada de la delincuencia; la aceptación «resignada» de este estado de cosas tanto por parte de los organismos encargados de hacer cumplir la ley como de la ciudadanía; el miedo, la actitud defensiva y la «conciencia de la inseguridad» de los ciudadanos de a pie; y, con la mención de la promesa electoral del presidente Nixon, la idea de que todo esto constituye una cuestión política nacional para la que las respuestas progresistas han resultado inadecuadas.

El tipo de reportaje exemplificado en estos primeros artículos, y en buena parte de la cobertura estadounidense de tipo similar en la prensa británica de este periodo, «preparó el escenario» para su posterior uso británico. Hizo que el «atraco» fuera algo familiar para el público inglés; y lo

hizo, no mediante la acuñación de un simple término, sino transmitiendo el «atraco» como parte de todo un conglomerado de temas e imágenes perturbadoras: ofreció al público inglés algo así como *una imagen completa* del «atraco». Presentaba el «atraco» estadounidense como el centro de este complejo de temas conectados, que se unían en un escenario único y bastante aterrador. Los reportajes posteriores de la prensa británica emplean el término «atraco» sin problemas: el delito que señala ya es conocido para los lectores británicos, *así como lo son sus contextos*. Lo que se tradujo fue toda esta composición de imágenes. Y esto ayuda a explicar una rareza. Hasta donde hemos podido descubrir, el término *«mugging»* no se aplica a un delito específicamente inglés hasta mediados de 1972; pero, ya en 1970, el término se aplica de forma *general e inespecífica* para describir una suerte de incipiente ruptura de «la ley y el orden», así como el aumento general de la delincuencia violenta y la anarquía en Gran Bretaña.⁶⁶ Lo normal sería que esta etiqueta se aplicara primero a casos concretos, antes de adquirir una aplicación más amplia y general. Aquí nos encontramos con lo contrario: la etiqueta se aplica *primero* a Gran Bretaña en su sentido *más amplio* y connotativo; solo entonces, posteriormente, se descubren los casos concretos. Esto solo puede deberse a que el término se había importado ya de Estados Unidos en *su sentido más inclusivo*, connotando temas generales como la delincuencia en las calles, la ruptura de la ley y el orden, la raza y la pobreza, un aumento general de la anarquía y la violencia. Por decirlo de forma sencilla, aunque paradójica: «atraco» para los lectores británicos *significó primero* «crisis social general y aumento de la delincuencia», y después un tipo particular de robo que se producía en las calles británicas. Es esta paradoja la que explica la forma particular en que la etiqueta «atraco» se aplica por primera vez a un «suceso» británico específico: el asesinato de Hills cerca de la estación de Waterloo. Aunque el término «atraco» se había hecho muy familiar para los lectores británicos —como hemos visto, tanto en la prensa popular como en la «seria»— la *aplicación específica* de la etiqueta «atraco» a un incidente concreto en una calle de Londres es problemática para los periódicos que la emplean por primera vez y parece requerir un nuevo «trabajo» de definición por parte de los periodistas. El policía que lo utilizó por primera vez matiza: «un atraco *que salió mal*» (las cursivas son nuestras). Muchos de los periódicos utilizan comillas para el término «atraco». Algunos periódicos (por ejemplo, *The Daily Mirror*) ofrecen una definición. Este es el segundo momento significativo de la apropiación británica de la etiqueta «atraco». La traducción de «atraco» y de su contexto al público británico, a través de la cobertura británica de temas estadounidenses, es la primera etapa. Pero la aplicación de la etiqueta a

⁶⁶ Por ejemplo, «Mobbing and Mugging», *Daily Sketch*, 25 de junio de 1970; véase también «Violent Crimes», *The Daily Telegraph*, 25 de agosto de 1971 (ambos editoriales).

sucesos británicos, y no de forma general, sino de forma específica para describir la comisión de un delito concreto, supone un cambio en la aplicación y requiere un nuevo movimiento explicativo y contextualizante. Este es el momento, no de hacer referencia al concepto de «atraco» en la experiencia estadounidense, sino de la *transferencia* específica de la etiqueta de un contexto social a otro: el momento de la *naturalización* de la etiqueta en suelo británico.

La culminación de los reportajes ingleses sobre los atracos en Estados Unidos llegó el 4 de marzo de 1973 (irónicamente solo dos semanas antes del caso Handsworth). Se trataba del largo reportaje de *The Sunday Times*, escrito por George Feiffer, sobre «Nueva York: una lección para el mundo». El artículo aparecía en el suplemento en color y la portada de la revista era una reproducción de una portada de *The New York Daily News* titulada «*Thugs, Mugs, Drugs: City in Terror*», que resumía la extensa documentación del artículo sobre la decadencia violenta de Nueva York. El artículo, de 18 páginas, es demasiado largo para documentarlo aquí. Venía ilustrado gráficamente. Incluía un extenso análisis que reunía todos los temas principales del «atraco» en Estados Unidos: la llegada masiva de población negra del sur, la expansión de los guetos, las reacciones de diversos sectores de la población blanca, el fracaso de los programas de bienestar social, el problema de las drogas, el colapso del sistema educativo, la corrupción e ineeficacia de la policía a la hora de hacer frente a la creciente delincuencia y, sobre todo, la gran amenaza de la violencia en las calles. Como demuestra el siguiente extracto, la amenaza de la violencia en las calles se percibía sin duda como el mayor problema de Nueva York. Aquí, más claramente que en ningún otro lugar, la equiparación del problema de la delincuencia con el problema de los «atracos» alcanza su apoteosis:

Por acuerdo prácticamente unánime, la más perjudicial de las aparentemente insolubles crisis de Nueva York es la delincuencia. No la delincuencia en general, ni siquiera las operaciones ilegales de la Mafia y la sanguinaria hidráulica de los antiguos negocios legítimos. A pesar de los titulares, la mayoría de los observadores consideran que los grandes botines de la Mafia son triviales en el contexto de la anarquía total de Nueva York, del mismo modo que los robos de las bandas constituyeron un porcentaje insignificante de sus 1.346 asesinatos —aproximadamente diez veces el total de toda Gran Bretaña— en los primeros nueve meses del año pasado. Se trata de un nuevo tipo de delincuencia que asusta a la ciudad. Más exactamente, se trata de un tipo antiguo y crudamente simple: un atavismo percibido como un retorno a la edad oscura.

«Lo que perturba a los neoyorquinos», dice Roger Starr, un especialista muy leído, «no son las trampas en el impuesto sobre la renta ni siquiera la malversación de las empresas. Millones de personas son

constantemente estafadas, a menudo con la participación de las instituciones. Pero eso es un delito de clase media, que no asusta a nadie. Lo que nos asusta es que te atraquen enfrente de tu casa o en el ascensor. Los pobres y desesperados se limitan a empujar, acuchillar o patear a la víctima más cercana para robarle el bolso, lo cual es aterrador. Nadie se libra por completo de ese miedo».

En este punto podría resultar útil mencionar cómo, en general, esta lenta traducción del «atraco», de su contexto estadounidense al británico, fue moldeada y estructurada por lo que podríamos llamar «la relación especial» que existe entre los medios de comunicación en Gran Bretaña y Estados Unidos. En general, esta cobertura se sustenta en la continua búsqueda de *paralelismos y profecías*: ¿Sucederá aquí lo que ocurre en Estados Unidos? Como decía un famoso titular, «¿Vendrá Harlem a Handsworth?». Esto se compensa a menudo con una noción de *desfase temporal*: sí, Gran Bretaña suele seguir a Estados Unidos, pero más tarde, más lentamente. También existe lo que podríamos llamar una «reserva sobre las tradiciones». Se supone que Gran Bretaña es una sociedad más estable y tradicional, lo que *podría servir de refuerzo o defensa para evitar que se reproduzcan aquí las experiencias estadounidenses, siempre y cuando tomemos medidas inmediatas y urgentes*. Debemos aprender la lección, si es necesario, con anticipación. La idea de que los Estados Unidos son el «laboratorio de la democracia», un antícpio de «los problemas de la democracia occidental», puede verse claramente en el artículo de Henry Fairlie en *The Sunday Express* del 22 de septiembre de 1968: «En América este año se puede ver la política del futuro: en Gran Bretaña tanto como en cualquier otro lugar». Hay una visión más completa sobre cómo Gran Bretaña podría entonces «aprender las lecciones» en el largo artículo de Angus Maude sobre «El enemigo interior»:

Todo observador de la escena estadounidense se ha preguntado qué sería de una generación de niños mimados con demasiado dinero para gastar, animados a comportarse como adultos en los años inseguros de la adolescencia inmadura. La propagación de la violencia, el vandalismo, las drogas, la promiscuidad sexual —en resumen, el creciente rechazo de las normas sociales civilizadas— nos ha dado una respuesta. Dos cosas han contribuido a esta tendencia. En primer lugar, la explotación comercial del próspero mercado de los adolescentes, que busca inculcar un estándar de valores totalmente material. En segundo lugar, la propaganda de los intelectuales «progresistas» que han predicado la conveniencia e inevitabilidad de la emancipación de los jóvenes. Estos son los cantos de sirena que hemos estado escuchando, cada vez más descaradamente, en este país. Mientras tratamos de lidiar con nuestras principales importaciones de Estados Unidos —la violencia, el consumo de drogas, los disturbios estudiantiles, el culto a los hippies

y la pornografía— nuestros propios izquierdistas permisivos las aclaman como señales del progreso. Más vale que *empecemos a aprender las lecciones de Estados Unidos ahora* [las cursivas son nuestras] porque nuestras propias normas tradicionales están bajo el mismo tipo de ataque. Aquí también, los padres están desconcertados e inseguros de sus responsabilidades, ya que la autoridad y la disciplina son ridiculizadas y menoscabadas. Los intelectuales radicales estadounidenses, que han hecho más que nadie para poner al pueblo estadounidense en desacuerdo consigo mismo, han predicado el rechazo del patriotismo, del orgullo por su país y su historia, de todas las tradiciones y la herencia del pasado. Ese mismo evangelio de la anarquía se está promulgando aquí. En Gran Bretaña tenemos ciertas ventajas. Tenemos una larga tradición de vida civilizada, el pasado nos ha dado una herencia de belleza mayor. Debemos atesorarla y estar preparados para defenderla. Al mismo tiempo, vamos a tener que luchar por nuestra prosperidad futura, trabajar más duro y enfrentarnos a nuestros retos con más ánimo e iniciativa de lo que ahora es necesario en Estados Unidos. Esta puede ser nuestra salvación, porque tenemos la capacidad de triunfar si tenemos la voluntad. Si fracasamos, será porque hemos sido destruidos desde dentro, por el mismo tipo de personas que han hecho todo lo posible por destruir la nación más rica y poderosa del mundo.

Angus Maude, «The Enemy Within»,
The Sunday Express, 2 de mayo de 1971.

Aquí el panorama de la «relación especial» se reconfigura de forma marginal, pero significativa. Estados Unidos no es únicamente una fuente de modelos y patrones («el mismo tipo de gente», etc.), sino que parece desempeñar un papel más activo, «exportando» una serie de males sociales hacia nosotros. De hecho, esto podría considerarse por sí solo como otro elemento distintivo de la relación, que entra en juego después de 1968 y que subraya que, debido a que Estados Unidos es la «nación más rica y poderosa del mundo», no se limita a establecer el modelo que seguirá Gran Bretaña, como todas las demás «sociedades en proceso de modernización», sino que puede *imponer* activamente aspectos de ese modelo en nuestra sociedad por la fuerza de la imitación y el ejemplo, cuando no por influencia cultural directa.

La imagen subyacente de Estados Unidos, y de su «relación especial» con el caso británico, resulta fundamental a la hora de entender el modo en que se desarrolló la campaña contra el «atraco» en Gran Bretaña. Esta imagen desempeñó un importante papel en las tres etapas de la transferencia de la etiqueta «atraco» de Estados Unidos a Gran Bretaña. En primer lugar, la idea de una «relación especial» legitimó la *transferencia* de un término estadounidense a la situación británica. En segundo lugar, esta transferencia permitió designar los acontecimientos británicos como de carácter *incipientemente «americano»*. En tercer lugar, la visión de Estados Unidos

como «futuro potencial» podía utilizarse entonces para *legitimar* las medidas que se exigían y tomaban con el fin de controlar los «atracos».

En el debate público que siguió a las durísimas condenas en el caso del atraco de «Handsworth», la imagen de Estados Unidos fue invocada explícitamente una vez más en respaldo de una política de condenas disuasorias. El editorial de *The Birmingham Evening Mail* del 20 de marzo de 1973 sobre la sentencia comentaba: «Por supuesto que hay que proteger a los inocentes de las agresiones en las calles. Más aún en un momento en el que *Gran Bretaña parece acercarse demasiado al modelo americano de violencia urbana*» [las cursivas son nuestras]. La amenaza estadounidense apareció de forma más desarrollada y centrada más explícitamente en los atracos y en la seguridad de las calles, en una declaración de la diputada de Birmingham, la Sra. Jill Knight (citada en *The Birmingham Evening Mail* del mismo día):

En mi opinión, es absolutamente esencial detener esta creciente ola de atracos en nuestras ciudades. He visto lo que ocurre en Estados Unidos, donde los atracos son moneda corriente. Es absolutamente espeluznante saber que en todas las grandes ciudades estadounidenses, de costa a costa, hay zonas a las que la gente no se atreve a salir después de anochecer. Me preocupa mucho que una situación así llegue a Gran Bretaña.

La eficacia final de la imagen estadounidense radica en la forma casi rutinaria en la que llegó a proporcionar una base para la justificación de la excesiva reacción (social, judicial, política) al problema de la delincuencia. El lenguaje de este último ejemplo, en su forma lúgubre, es casi un clásico de la retórica del grupo de presión de la ley y el orden: el tópico sensacionalista de la «mareja creciente de atracos» y la ligera exageración de «costa a costa» proporcionan justo ese toque común que moviliza a una mayoría silenciosa y la empuja a hablar. No es en absoluto extraño que este uso final de la etiqueta —para iniciar una cruzada— vaya acompañado de un leve rastro de antiamericanismo.

La etiqueta «atraco» desempeñó un papel clave en el desarrollo del pánico moral ante el «atraco» y Estados Unidos proporcionó efectivamente tanto la etiqueta en sí como su campo de asociaciones y referencias, que dieron significado y sustancia al término. Los medios de comunicación de masas fueron aquí el aparato clave que creó el vínculo y enmarcó el paso del término de un contexto a otro. No fue un emparejamiento sencillo. En primer lugar, está toda la experiencia estadounidense del «atraco»; luego está la forma en que un tema ya plenamente elaborado y problemático en Estados Unidos es recogido y representado en la prensa británica. Esta representación familiariza al público británico no solo con el término, sino también

con lo que ha llegado a significar, a suponer, a representar en el contexto estadounidense. El «atraco» llega a Gran Bretaña en primer lugar como un fenómeno estadounidense, pero ya totalmente tematizado y contextualizado. Se inscribe en una serie de marcos vinculados: el conflicto racial, la crisis urbana, el aumento de la delincuencia, el desmoronamiento de «la ley y el orden», la conspiración progresista y la «reacción violenta» blanca. No se está informando únicamente de los hechos delictivos en Estados Unidos. Se transmite toda una construcción histórica sobre la naturaleza y los dilemas de la sociedad estadounidense. Los medios de comunicación británicos recogen el «atraco» estadounidense dentro de este conjunto de referencias connotativas. El término es indicativo: simplemente utilizando la etiqueta se puede trazar de forma inmediata y gráfica toda una historia social contemporánea de Estados Unidos. A continuación, la etiqueta es *apropiada* y aplicada a la situación británica. Es significativo que se aplique en Gran Bretaña, en primer lugar, precisamente en sus dimensiones connotativas. Se utiliza de forma imprecisa y sin especificar, para indicar el aumento de la delincuencia callejera, un desafío general a «la ley y el orden» en ciertas partes de Londres. Solo entonces, finalmente, se aplica a una forma particular de delincuencia. Pero este uso posterior, más preciso, también lleva consigo los ya poderosos y amenazantes temas sociales. Y, poco a poco, a lo largo de la oleada de «atracos» británicos, estos temas, ya latentes en el uso estadounidense de la etiqueta, vuelven a surgir como parte del significado de «atraco» también en Gran Bretaña. La etiqueta «atraco» tiene, pues, un recorrido: el «atraco» americano / la imagen del «atraco» americano en los medios de comunicación británicos / el «atraco» británico. Se trata de un proceso, no tanto de un trasplante repentino, como de una *naturalización progresiva*. Y este proceso se enmarca en una relación más general —una «relación especial», la hemos llamado— entre Estados Unidos y Gran Bretaña, habitual en los medios de comunicación en muchos ámbitos distintos al de la delincuencia, el cual respalda la transmisión de la etiqueta.

Este trasiego de *exportación e importación de etiquetas sociales* afecta a la comprensión del «atraco» en Gran Bretaña y a su tratamiento por parte de los medios de comunicación, y explica cómo y por qué la reacción fue tan rápida, intensa y de tanto alcance. Es posible que haya contribuido a establecer una previsión en la mente del público británico y en los círculos institucionales de que el «atraco» ya estaba llegando; y que, si llegaba, se relacionaría con otras cuestiones —como la raza, la pobreza, las privaciones urbanas, la anarquía, la violencia y la ola de delincuencia— al igual que en Estados Unidos. Por lo tanto, puede haber contribuido a sensibilizar a la opinión pública británica sobre sus preocupantes características sociales, así como a crear la expectativa de que se convertiría en un hecho cotidiano

en las calles británicas, y además imparable, tal y como se decía en Estados Unidos. También puede haber tenido un efecto sobre la velocidad y la dirección de la reacción oficial, tanto en la temporada «cerrada» antes de agosto de 1972, cuando la policía y la Transport Special Squad contra los atracos se encargaron de su contención; como posteriormente, cuando la guerra abierta contra el «atraco» alcanzó su apogeo en los tribunales, los medios de comunicación, la policía, los políticos y los guardianes de la moral. Además, es posible que haya contribuido a que el «atraco» esté en la mente del público de manera muy estridente. Al considerar el marco estadounidense, el «atraco» británico *no* tenía ningún recorrido como término descriptivo a la hora de referirse a una versión de robo callejero con la que, en cualquier caso, la mayoría de las ciudades británicas están familiarizadas desde hace tiempo. La etiqueta no tuvo un origen *no sensacionalista* en Gran Bretaña. Fue una cuestión social compleja desde el principio. *Llegó a Gran Bretaña ya establecida en su forma más sensacionalista y sensacionalizada*. No es de extrañar, con su historial previo, que desencadenara de inmediato su propia espiral sensacionalista. Es más, la representación estadounidense por parte de la prensa británica puede haber contribuido a dar forma a la naturaleza de la reacción no oficial al «atraco»; ya que si el «atraco» estadounidense llegó imbuido de todo el pánico estadounidense sobre la raza, la delincuencia, los disturbios y la anarquía, también se imbricó plenamente en la reacción violenta *contra* la delincuencia, los negros, los disturbios, el progresismo en nombre de «la ley y el orden». Así, a través del trasplante estadounidense, Gran Bretaña adoptó, no solo el «atraco», sino el miedo y el pánico *al* «atraco» y la reacción violenta que surgió de esos miedos y angustias. El «atraco», a mediados de 1972, en Gran Bretaña, significaba barrios bajos y centros urbanos, gente inocente y robos a plena luz del día, pero también significaba políticos progresistas contra la gente blanca decente, la coalición Nixon-Agnew, la *Crime Control Act* de 1968, la política de «la ley y el orden» y las «mayorías silenciosas». El recorrido de la etiqueta hizo que un cierto tipo de conocimiento social estuviera ampliamente disponible en Gran Bretaña, pero también hizo que un cierto tipo de respuesta fuera completamente predecible. No es de extrañar que las patrullas policiales se adelantaran y que los jueces se pronunciaran como si ya supieran lo que significaba «atraco» y solo hubieran estado esperando su aparición; no es de extrañar que las mayorías silenciosas se pronunciaran exigiendo una acción rápida, sentencias duras y una mayor protección. El terreno de la reacción judicial y social estaba ya bien sembrado para preparar su oportuno y largamente preparado advenimiento.

|| LOS ORÍGENES DEL CONTROL SOCIAL

HEMOS EMPEZADO examinando la aparición de una «nueva variedad de delitos», señalada a bombo y platillo por el uso de una nueva etiqueta: «atraco». Demostramos que ni el «delito» ni su etiqueta eran, en sentido estricto, nuevos. Sin embargo, los organismos de control y los medios de comunicación abordaron el fenómeno con la absoluta convicción de su «novedad». Esto en sí mismo requería una explicación. Por supuesto, la «novedad» suele dar valor a una noticia; pero no es necesario que la prensa invente toda una nueva categoría para atraer la atención del público con «algo nuevo y diferente». Además, la etiqueta y la convicción de la novedad parecen prevalecer también entre las instancias profesionales y expertas que deberían saber de estas cosas. En sentido estricto, los hechos delictivos que tanto la policía como los medios de comunicación calificaban de «novedosos» no eran nuevos; lo que era nuevo era el modo en que la etiqueta contribuía a romper y recategorizar el campo general de la delincuencia, el marco ideológico que establecía en el campo de la visión social. Las diversas instancias y la prensa no respondieron a un simple conjunto de hechos, sino a una nueva *definición de la situación*, a una nueva construcción de la realidad social de la delincuencia. El «atraco» provocó una respuesta organizada, en parte porque se vinculaba a una *creencia generalizada* sobre el alarmante índice de delincuencia en general, y a la *percepción* común de que este aumento de la criminalidad también era cada vez más *violento*. Estos aspectos sociales se habían incorporado a su significado. Hemos recorrido ya cierta distancia respecto del mundo de los hechos concretos, de los «hechos sociales como cosas». Hemos entrado en el ámbito de la relación de los hechos con las construcciones ideológicas de la «realidad». A continuación vamos a analizar la base estadística de esta reconstrucción de los hechos. Esta base no aguanta bien el escrutinio. Cuando llegamos a esta conclusión por primera vez, constituía un hallazgo algo controvertido, incluso tendencioso; pero gradualmente la naturaleza sospechosa de las estadísticas sobre «atracos» ha llegado a estar ampliamente confirmada. En nuestro análisis llegamos a la conclusión de que la reacción a los «atracos» era desproporcionada con respecto de cualquier nivel de amenaza real que

pudiera reconstruirse a través de las poco fiables estadísticas. Y, puesto que no parecía ser una respuesta a la amenaza real, al menos no en parte, debe haber sido una reacción de los organismos de control y de los medios de comunicación a la amenaza *percibida o simbólica* para la sociedad, frente a lo que la etiqueta «atraco» *representaba*. Pero esto hizo que la reacción social al atraco resultara tan problemática —cuando no más— que el propio «atraco». Cuando aparecen tales discrepancias entre la amenaza y la reacción, entre lo que se percibe y el objeto percibido, tenemos buenas razones para apuntar que estamos en presencia de un desplazamiento ideológico. A este desplazamiento ideológico lo llamamos *pánico moral*. Este es el punto de transición crítico de todo nuestro argumento.

Dado que el público tiene poca experiencia directa con la delincuencia y que comparativamente muy pocas personas han sido «atracadas», los medios de comunicación deben tener cierta responsabilidad en la transmisión de la definición dominante de «atraco» entre el público en general (véase capítulo 1). Pero este papel clave de los medios de comunicación no puede tratarse de forma aislada. Solo puede ser analizado junto con otros agentes colectivos que participan del dramático espectáculo del «atraco», los aparatos centrales de control social del Estado: la policía y los tribunales. Nos vamos a centrar en primer lugar en estos aparatos de control social y en el contexto en el cual surgieron sus distintas estrategias. En el capítulo 3 vamos a estudiar la articulación de estos organismos con los medios de comunicación para entender cómo las justificaciones de la acción o las ideologías dominantes de los poderosos completan su pasaje del mundo institucional cerrado de la cultura del control al fórum de la sociedad en su conjunto.

El periodo de 13 meses que va de agosto de 1972 a finales de agosto del año siguiente, arrojó 60 sucesos diferentes de llamados «atracos» (caso de que todos los reportajes que se refieren a un atraco —incluidos los reportajes de «seguimiento» posteriores— cuentan como uno). Si nos fijamos específicamente en la *forma* en la que se informó de los «atracos», la distinción más obvia parece ser entre las historias que informan de «sucesos de atracos» y las historias que son informes de casos judiciales *sobre* sucesos de atracos (para la base exacta de la muestra, véase el capítulo 3).

En el mes «álgado», octubre de 1972, la mayor parte de los reportajes versaron sobre procesos judiciales. Durante enero y febrero predominaron los sucesos, pero en marzo y abril, cuando la cobertura estaba dominada por el caso Handsworth, volvieron a predominar los casos judiciales. En general, las noticias sobre sucesos de «atracos» ocupan un segundo lugar respecto de las noticias sobre juicios y sentencias de «atracos» en los tribunales. Esto es así en *muchísima medida* si incluimos el espacio y la posición relativa de las historias. Los sucesos de «atracos», cuando aparecen en la

prensa diaria, son mucho más breves, se colocan en un lugar menos prominente, con titulares más cortos y pequeños. Las noticias de los tribunales, especialmente el día de la sentencia, y sobre todo si incluyen citas del alegato del juez, reciben un tratamiento más completo, más largo y más dramático, y ocupan una posición más destacada.

**Cuadro 2.1 Informes de prensa sobre atracos y casos judiciales
(agosto de 1972 a agosto de 1973)**

| Mes | Año | Informes de casos judiciales | Informes de sucesos |
|--------------|------|------------------------------|---------------------|
| Agosto | 1972 | 1 | 1 |
| Septiembre | 1972 | 4 | 0 |
| Octubre | 1972 | 15 | 8 |
| Noviembre | 1972 | 1 | 1 |
| Diciembre | 1972 | 2 | 2 |
| Enero | 1973 | 1 | 4 |
| Febrero | 1973 | 1 | 3 |
| Marzo | 1973 | 4 | 0 |
| Abril | 1973 | 4 | 1 |
| Mayo | 1973 | 1 | 0 |
| Junio | 1973 | 2 | 3 |
| Julio | 1973 | 0 | 0 |
| Agosto | 1973 | 0 | 1 |
| Total | | 36 | 24 |

Las «sentencias», junto con las homilías y comentarios de los jueces, fueron *realmente* lo que acaparó la atención de la prensa durante este periodo. Los artículos sobre los casos judiciales no son simplemente el seguimiento informativo «natural» de los sucesos de los que se ha informado antes, como se podría suponer. En la mayoría de los casos, la información judicial es la *primera* referencia que hay en la prensa sobre el acontecimiento. Los casos cobran protagonismo por lo que dicen y hacen los jueces, más que por lo que ha hecho o dicho la persona que ha delinquido. En sentido estricto, estas piezas no cubren los «atracos», sino la naturaleza, el alcance y la severidad de la reacción oficial a la llamada «ola delictiva» de los atracos.

La mayoría de los delitos de los que se informa en la prensa en el momento en que se producen no tienen ningún seguimiento posterior, en parte porque no siempre se atrapa a los delincuentes, pero también porque la cobertura del juicio no es «noticia». Estos delitos y su paso por los tribunales son *rutinarios*, triviales; contravienen el ordenamiento jurídico, pero de forma «normal»; no amenazan los contornos normativos ni rompen las expectativas establecidas sobre la delincuencia, en general,

que profesan la policía, los tribunales, la prensa o el público. Es diferente cuando el delito se considera particularmente atroz, como la violación infantil; o particularmente dramático, como el Gran Asalto al Tren; o cuando los Kray, los Richardson y los Messina de este mundo —los profesionales— comparecen ante el tribunal.¹ A figuras como estas, aunque sin duda también forman parte del mundo de la delincuencia «normal», se las señala, en los tribunales y en los medios de comunicación, como excepciones en la delincuencia rutinaria debido a una supuesta mentalidad criminal patológica o por lo exagerado de los medios que adoptan. Se les presenta como ajenas a lo que es «normal» en nuestra sociedad, «normal» incluso para la delincuencia.

Las informaciones de la prensa sobre estos delitos y delincuentes sobresalientes se centran en sus aspectos extraños, escandalosos o amenazantes. Si se demuestra su culpabilidad, se les trata con toda la dureza que permite la ley. Y, lo que es más importante, pocos jueces dictan sentencia en estos casos sin pronunciar una larga homilía o amonestación, que destaque lo que en el acusado o en el delito hay de especial, lo comente, normalmente en términos de lo que la sociedad va o no a tolerar, y, para terminar, ofrezca alguna justificación para la sentencia dictada. Estos delincuentes y sus delitos reciben un tratamiento —en los tribunales y en los medios de comunicación— que los distingue conscientemente del resto de la sociedad. La marca de esta distinción entre lo «normal» y lo «anormal», tal y como se manifiesta en el delito, o por decirlo de otro modo, el grado en que el orden social se representa a sí mismo como poderosamente desafiado, amenazado o socavado de algún modo fundamental por el delito, es lo que proporciona tanto la ocasión como el núcleo de las observaciones del juez.² Y esta promulgación ritual, en la misma medida que la propia sentencia dictada —en pocas palabras, no solo el delito, sino *la respuesta judicial al delito*— es lo que lleva a los medios de comunicación a tratar estos casos judiciales como «noticia». Es este elemento, sobre todo, el que centra el tratamiento mediático. El «atraco» no es una excepción a esta regla.³

¹ El «Gran Asalto al Tren» fue un robo de 2,6 millones de libras de un tren correo entre Glasgow y Londres en 1963. Los hermanos gemelos Ronald y Reginald Kray fueron líderes de dos organizaciones criminales activas en el East End londinense entre finales de la década de 1950 y 1967, fecha de su detención. El «Richardson Gang» fue otro grupo de gangsters activo en los años sesenta en el sur de Londres, distinguiéndose por métodos y acciones especialmente sangrientos. Los hermanos Messina lideraron otro grupo criminal similar, activo entre los años treinta y los años cincuenta en la capital británica. [N. de E.]

² Véase K. T. Erikson, *Wayward Puritans: A Study in the Sociology of Deviance*, Nueva York, Wiley, 1966, pp. 8-19.

³ Sobre la importancia del papel simbólico del poder judicial, véase T. Arnold, *The Symbols of Government*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1962; S. Lukes, «Political Ritual», *Sociology*, núm. 9(2), mayo de 1975; sobre el fundamento de la ideología en la práctica ritual, véase L.

Este acto ritual ceremonial del juez se manifiesta especialmente no solo cuando hay culpables infames y un delito grave, sino también cuando hay pruebas de una «ola» de cierto tipo de delitos, ya sean robos de bancos o de tiendas. Las amonestaciones del juez en estos casos no se limitan al delito o a los delincuentes en cuestión; también se invoca directamente el significado social más amplio de la «epidemia» delictiva concreta, la repulsión de la sociedad ante ella y, por lo tanto, la justificación social de las sentencias ejemplares. Estas denuncias y degradaciones rituales de los tribunales son la respuesta visible a la «ola» de sucesos delictivos percibida (y por lo tanto *parte* de ella) en tanto son un elemento del «pánico moral». Para los periódicos, en el punto álgido del pánico moral, esta respuesta oficial es tan digna de ser noticia como los acontecimientos «reales» que se dice que constituyen la ola de crímenes. Por lo tanto, los desplazamientos de la cobertura de la prensa de los «atracos», desde los «sucesos» hasta los «casos judiciales», y el desplazamiento posterior de nuevo a los «sucesos únicamente», no fueron al azar: el primero marca el «pico»; el segundo el declive del propio «pánico moral».

Estas amonestaciones judiciales estaban destinadas así tanto al público (a través de los medios de comunicación) como a los acusados. Constituyen uno de los medios por los que los tribunales contribuyen a la construcción ideológica del «delito». Resulta significativo que los discursos de clausura de los jueces se hayan recogido en 26 de los 36 «casos judiciales» de los que se ha informado en la prensa. De este modo, la concentración de los medios de comunicación en los «casos judiciales» permitió a los jueces definir y estructurar la definición pública de «atraco», y de la «ola de atracos» en particular. Los discursos de estos jueces muestran una notable similitud: el mismo tono, lenguaje e imágenes se repiten en todo momento. El efecto de esta definición judicial uniforme e influyente en la estructuración de la percepción pública del «pánico moral» resultó ciertamente poderoso. La sensación de «indignación moral» es la que mejor capta su esencia. El tema común que subyace a la gran mayoría de estas observaciones de los jueces es la necesidad de *justificar* el aumento de las condenas. Las diferentes explicaciones tácitas ofrecidas aparecen, por lo tanto, como variaciones sobre el mismo tema básico: la respuesta del poder judicial, *dentro* de la sala del tribunal, al sentimiento, el interés y la presión del público *en el exterior*. Para captar por completo el estilo de lo que podemos llamar la definición judicial común de la oleada de delitos de atraco en el punto álgido del «pánico» (octubre-noviembre de 1972), seleccionamos y citamos *en su totalidad* dos comentarios de los jueces tal y como aparecen en la prensa:

Althusser, «Ideology and Ideological State Apparatuses», en L. Althusser, *Lenin and Philosophy, and Other Essays*, Londres, New Left Books, 1971 [ed. orig.: *Lénine et la philosophie*, Maspero, 1969; ed. cast.: *Lenin y la filosofía*, Felipe Sarabia (trad.), Ciudad de México, Era, 1970].

Este delito es grave porque se trata de una persona que estaba sola, a la que tres jóvenes activos atacaron, haciéndole creer que se arriesgaba a sufrir violencia con un cuchillo para robarle. Este es el tipo de delito que es tan grave que los tribunales consideran que la necesidad imperiosa es ponerle fin. Lamento decir que aunque la decisión que me siento obligado a tomar puede no ser la mejor para ustedes, jóvenes, es la que me siento impulsado a tomar en nombre del interés público.

Juez Hines, *The Daily Telegraph*, 6 de octubre de 1972.

Uno de los peores casos que he tenido que tratar en mucho tiempo [...]. Todo el mundo en este país piensa que los delitos de este tipo —los atracos— están aumentando y que hay que proteger a los ciudadanos. Este es un caso tan espantoso [...]. No veo nada excepcional en las circunstancias atenuantes de este caso. Es espantoso. Si hubieras sido mayor la sentencia se habría duplicado. [...] [Más tarde, dijo:] Creo que fui indulgente con él. La juventud del acusado hace que la sentencia sea menor. Si hubiera tenido 20 o 21 años habría duplicado la pena de prisión. La violencia va en aumento y la única manera de detenerla es imponer penas más duras. Eso disuade a otras personas. He hablado con otros jueces sobre los atracos y todos están muy preocupados por ello.

Juez Gerrard, *The Daily Mail*, 29 de marzo de 1973.

Este «consenso de los jueces» —que dicen casi lo mismo de la misma manera, siguiendo las pautas del resto y reforzándose mutuamente— se volvió más contundente por la falta de contradefiniciones. Las contradefiniciones solo podían provenir de los propios chicos, de sus abogados defensores o de las personas que hablaban en su nombre. Todos ellos brillaron por su ausencia (*The Daily Mail* del 27 de septiembre de 1972 y *The Daily Express* del 6 de abril de 1973 publicaron las dos únicas entrevistas «con atracadores» que encontramos en los diarios nacionales durante todo el periodo), excepto en el caso de Handsworth, donde la extraordinaria dureza de la sentencia exigía una presencia que la contrarrestara. Si no se tiene en cuenta esta excepción (más adelante nos ocuparemos de este caso en su totalidad), vemos que solo se citó a cinco abogados defensores y a los padres solo en dos ocasiones; nunca se citó a los acusados (excepto una vez, por el grito desde el banquillo de los acusados, mientras se condenaba a los «Cuatro de Oval»: «¡Estas atrocidades se pagarán cuando salgamos!»).⁴ Incluso estas citas apenas suponen una contradicción sustancial, ya que las partes citadas de los discursos de los abogados defensores eran unilateralmente apologéticas, escandalizadas y totalmente incapaces de presentar un caso positivo para sus clientes.

⁴ *The Evening Standard*, 8 de noviembre de 1972.

Toda la majestad de la ley

Como demuestra ampliamente nuestro relato de la cobertura periodística del «atraco», seguir el rastro en la prensa equivale, en gran medida, a sintonizar con lo que los jueces dijeron y pensaron públicamente sobre el «atraco». Como hemos demostrado, tanto en sus reportajes sobre «atracos» concretos como en su tratamiento del fenómeno de los «atracos» en su conjunto, la prensa tendía a orientarse hacia los procesos judiciales, y a privilegiar, como punto de partida, lo que los jueces decían en los tribunales sobre los significados más amplios de los delitos que juzgaban y las sentencias que dictaban. Para comprender plenamente el contexto de la acción judicial (y su relación con el «pánico al atraco»), es necesario ahora ir más allá de la interdependencia ideológica entre los medios de comunicación y la judicatura que analizaremos con más detalle en el siguiente capítulo, para observar los procesos propios de la organización *interna* del «mundo» judicial: observar el propio aparato judicial, rastrear sus prácticas rutinarias e intentar reconstruir el «estado de ánimo judicial» en el periodo que precedió al «atraco». Esta tarea de reconstrucción no es fácil. La ley se sitúa, formalmente, fuera de los procesos políticos del Estado y por encima del ciudadano común. Sus rituales y convenciones contribuyen a proteger sus operaciones de toda publicidad, así como de la fuerza de la crítica pública. La «ficción judicial» es que todos los jueces encarnan y representan imparcialmente «la Ley» como una fuerza abstracta e imparcial: las diferencias individuales de actitud y punto de vista entre los distintos jueces y los procesos informales por los que se forman las perspectivas judiciales comunes, y por los que el poder judicial se orienta, de manera general, dentro del campo de fuerza proporcionado por la opinión pública y la opinión oficial, política o administrativa, están normalmente protegidos del escrutinio público y rara vez se ha estudiado o escrito sobre ellos de manera sistemática. El poder judicial sigue siendo una esfera institucional cerrada dentro del Estado, relativamente anónima, representada en su persona institucional, más que individual, y protegida en última instancia por la amenaza del desacato. Por eso, hemos tenido que recurrir a la reconstrucción del contexto judicial a partir de las informaciones más bien escasas y las declaraciones públicas que se dan a conocer de vez en cuando en la prensa y a los comentarios citados sobre cuestiones políticas y de opinión pública emitidos por los jueces en los tribunales.

El factor que parece tener mayor importancia en la configuración de la «actitud judicial» en este periodo es la ansiedad por la creciente «permisividad social». Esto afectó al poder judicial de tres maneras. En primer lugar, a medida que la sociedad se volvía en general más laxa y permisiva, los límites entre la actividad sancionada y la actividad ilegítima se difuminaban

progresivamente. Sin duda, entre algunos grupos sociales existía la sensación de que la erosión de las restricciones morales, aunque no desafiara directamente a la ley, acabaría por precipitar un debilitamiento de la autoridad de la propia ley. Este fue el caso concreto cuando el Parlamento, en la etapa en la que Roy Jenkins fue ministro de Interior, promulgó una serie de leyes «permisivas» en el ámbito social; en este caso, se podía entender que la marea de permisividad social adoptaba una forma claramente oficial. En segundo lugar, el temor a la «permisividad» fue uno de los factores que condujeron a una creciente preocupación por el aumento de la delincuencia, especialmente de los «delitos de violencia» cometidos por jóvenes delincuentes. El aumento de la delincuencia se describía como el resultado inevitable de este debilitamiento de la autoridad moral; la juventud era el grupo que corría más riesgo en este proceso; y la violencia era el índice con el que se podía medir esta vulnerabilidad de forma más tangible. Pero, en tercer lugar, esto coincidió con la creencia generalizada de que, ante la expansión de la «permisividad» y el «aumento de la delincuencia», los tribunales no se habían vuelto más duros sino *más blandos*. Como respuesta, a partir de mediados de la década de 1960, hay pruebas claras de un endurecimiento de las actitudes judiciales hacia la delincuencia, la violencia y la manera de dictar sentencia.

Podríamos empezar a trazar este cambio en octubre de 1969, un mes especialmente rico en anuncios predictivos por parte de la judicatura. El 9 de octubre, por ejemplo, el periódico *The Guardian* informó de que el juez Lawton había dicho: «Si la violencia resulta en daños corporales, o en algo peor, para otras personas, entonces la policía debería considerar muy cuidadosamente si ha llegado el momento de que todos esos casos sean juzgados». Más tarde, al escuchar cómo un hombre de 21 años había sido puesto en libertad condicional y multado por los magistrados por delitos de violencia, añadió:

Con toda esta violencia a la que se entregan los jóvenes hoy en día, me pregunto si la indulgencia con la juventud es lo mejor para el público. En mi opinión, este tipo de violencia hacia otras personas en nuestras calles no se va a curar con libertad condicional, con multas o centros de día y similares. Tiene que correr la voz de que cualquiera que cometa este tipo de delito va a perder su libertad.

Resulta especialmente interesante la necesidad expresada de «hacer correr la voz».

Ese mismo día, Roskill, un destacado juez del Tribunal Superior, se dirigió a la reunión anual de la Asociación de Magistrados en Londres. Instó a los magistrados a no rehuir la imposición de penas severas a las

personas condenadas por delitos de violencia, especialmente a los jóvenes. Justificó esta opinión refiriéndose a la «opinión pública» y a la necesidad de que «los tribunales no pierdan el respeto y la confianza del público».⁵ A finales de mes, el juez Lawton, al condenar a un joven de 22 años a 18 meses de prisión por lesiones dolosas, instó a los magistrados, una vez más, a enviar a prisión a las personas condenadas por violencia, en lugar de multarlas.⁶

Si ahora avanzamos hasta junio de 1971, podemos ver algo de la persistencia de estos temas: pero, también, algo del refuerzo y la amplificación proporcionados por la red policial / judicial / mediática. Hablando en los juzgados de York, el juez Willis dijo que el gran aumento de los delitos violentos podría llevar a los jueces a considerar la posibilidad de volver al «anterior tratamiento tradicional». Estos comentarios se publicaron en *The Times* y *The Guardian* el 10 de junio de 1971, un día después de que el comisario de la Policía Metropolitana y el jefe de la Policía de Yorkshire y del Noreste de Yorkshire hicieran comentarios similares en prensa. Para que no se piense que esta convergencia fue una coincidencia, el juez citó las palabras del jefe de Policía de Yorkshire («anterior tratamiento tradicional») y un periódico hizo la relación de forma bastante explícita. *The Times* tituló: «El juez apoya a los jefes de policía sobre los castigos».

La noción de un contraste cualitativo entre el presente y el pasado fue también una característica de muchos de los comentarios de los jueces en ese momento (como lo fue después, durante la ola de «atracos»). Por ejemplo, el juez del tribunal de apelación Lawton, al rechazar las solicitudes de dos hombres (contra sentencias de dos años por «causar una afrenta») y calificarlas de «impertinentes», dijo que, hasta hacía 15 años, tales ataques (con cuchillos y pistolas por «venganza») eran prácticamente desconocidos, pero que ahora se habían vuelto muy corrientes.⁷ El siguiente ejemplo es de mayo de 1972. Al final de una diatriba general contra la «legislación permisiva» y sus vínculos con el aumento de la tasa de criminalidad, los divorcios fáciles, el consumo de drogas y el aborto de las chicas extranjeras, y sobre la sustitución de «la tolerancia y la amabilidad» del pasado por «la falta de amabilidad, la intolerancia, la codicia y la falta de fe en nadie ni en nada» actuales, el juez del Tribunal Superior, Sir R. Hinchcliffe, hablando en una reunión de la Sociedad de Secretarios de Justicia en York, comentó acerca del aumento de dos tipos de robos: «el delincuente profesional que lleva a cabo robos a gran escala» y los jóvenes «aficionados» que cometan robos a pequeña escala con violencia. Advirtió a los tribunales de que no debían adoptar una «línea blanda» contra estos últimos e instó a los magistrados

⁵ *The Daily Telegraph*, 10 de octubre de 1969.

⁶ *The Guardian*, 30 de octubre de 1969.

⁷ *The Guardian*, 14 de enero de 1972.

a no temer las críticas «infundadas y mal informadas» de los medios de comunicación. Terminó pidiendo una mayor jurisdicción y potestad de sentencia para los magistrados.⁸ Sus observaciones parecían indicar la necesidad de un cambio de enfoque hacia los «aficionados», partiendo de la premisa de que los «aficionados» de hoy son los «profesionales» de mañana. Ciertamente, esta última noción se había hecho explícita en 1973 en el *Informe Anual* de 1972 del Comisario de la Policía Metropolitana. Aunque no podemos cuantificar este estado de ánimo judicial cambiante, parece correcto hablar de una creciente sensación de «angustia» y «preocupación» entre, al menos, los jueces conservadores.

A finales de la década de 1960 se promulgaron una serie de «leyes permisivas». La más directamente relevante para el cambio en el estado de ánimo judicial fue la «legislación permisiva» que afectaba al ejercicio de la propia función judicial, especialmente en relación con los delincuentes jóvenes y violentos potenciales. Entre estas últimas se encuentran la legislación que afecta a la Junta de Libertad Condicional (1968), la *Children and Young Person's Act* [Ley de infancia y juventud] de 1969 y la *Criminal Justice Act* [Ley penal] de 1972. Lo que vincula a este conjunto jurídico es la «suavidad»: el sistema de libertad condicional porque pretende liberar anticipadamente a algunos presos; la *Children and Young Person's Act* porque pretende mantener a los delincuentes juveniles fuera de los tribunales; y la *Criminal Justice Act* porque pretende aplicar alternativas más imaginativas y no privativas de libertad para algunos delincuentes. Aunque el impacto de esta legislación, en la práctica, ha sido escaso⁹ y la deriva real de la política de sentencias ha sido hacia sentencias más largas, *especialmente* para los delincuentes violentos, los portavoces de la «cultura del control» la han citado repetidamente como «prueba» (de la permisividad), «resultado» (del «buenismo» progresista), «justificación» (para «endurecerse») y «explicación» (de la «ola de delincuencia»). En resumen, para apoyar una impresión ya fuerte y en aumento.

La intención de la *Children and Young Person's Act* era tratar a «muchos delincuentes juveniles (al igual que a la infancia con problemas por otros motivos) como necesitados de atención y tratamiento y no con alguna forma de castigo o disciplina».¹⁰ Cuando el gobierno conservador volvió al poder en 1970, anunció que «no aplicaría las partes de la Ley con las

⁸ *The Guardian*, 20 de mayo de 1972.

⁹ Véase *Report of the Parole Board for 1972*, Londres, HMSO, 1973; «Conflict over Numbers in Juvenile Courts», *The Guardian*, 8 de febrero de 1972; M. Berlins y G. Wansell, *Caught in the Act: Children, Society and the Law*, Harmondsworth, Penguin, 1974, pp. 77-98, y *The Guardian*, 30 de diciembre de 1972, sobre la *Criminal Justice Act*.

¹⁰ Para una evaluación más general de la ley, véase Berlins y Wansell, *Caught in the Act*; y D. Ford, *Children, Courts and Caring*, Londres, Constable, 1975.

que no estaba de acuerdo».¹¹ En consecuencia, los cambios, en la medida en que afectaban a los poderes de los magistrados, fueron mínimos: los jóvenes de 15 y 16 años podían seguir siendo enviados a los tribunales penales para ser condenados a reformatorios y centros de detención, y solo se había perdido la facultad de dictar una orden para enviar a los niños directamente a una escuela aprobada (ahora a un «hogar comunitario»). Sin embargo, los magistrados consideraron que esta pérdida de poder era crucial, ya que ahora solo podían enviar a los niños al cuidado de la autoridad local. La decisión de enviar o no a un niño a un hogar comunitario recaía ahora en el Departamento de Servicios Sociales, una institución «blanda» que, a juicio de muchos magistrados, era reacia a realizar este tipo de internamientos.

Sin embargo, la ley dispone de cláusulas para superar la «impotencia» de los tribunales. Por ejemplo, el artículo 23(2) de la Ley otorgaba a los magistrados la «facultad de enviar a un menor de 17 años a la cárcel o a un centro de detención preventiva para [...] esos casos en los que un niño «tiene un carácter tan rebelde que no puede ser asignado con seguridad al cuidado de una autoridad local»».¹² Por lo tanto, si la autoridad local dice que no puede proporcionar un alojamiento seguro o si el magistrado, en su sabiduría, decide que el alojamiento no es lo suficientemente seguro, o que el niño es demasiado rebelde o un delincuente demasiado persistente, todavía puede producirse el ingreso en prisión o en un centro de prisión preventiva. Hay pruebas fehacientes de que esta «opción» fue adoptada cada vez más por los magistrados.¹³

La relevancia para el «atraco» de esta forma judicial de interpretar la *Children and Young Person's Act* debería quedar ahora clara. No sabemos cuántos jóvenes menores de 17 años, acusados de «hurto a la persona» o «robo», fueron recomendados para el reformatorio con el fin de «rescatarlos» de los «blandos» trabajadores sociales y hacerles probar la cárcel. Si sabemos que muchos jóvenes de estas edades, juzgados en los Tribunales de lo Penal por delitos de este tipo después del otoño de 1972, pasaron por largos períodos de prisión preventiva y fueron condenados al reformatorio. Aunque el reformatorio era apropiado para el «atracador» de 16 años, para los jóvenes de 17 a 21 años se requería algo más severo. Esto solo podía ser el encarcelamiento. Pero, si se decantaba por el encarcelamiento, el poder judicial no tenía otra alternativa que sentenciar a tres años o más. Las sentencias cortas, de seis meses, serían por lo general suspendidas, a pesar de la eliminación, en la *Criminal Justice Act* de 1972, de la suspensión obligatoria. Las sentencias intermedias (de 18 meses a dos años) no podían

¹¹ Berlins y Wansell, *Caught in the Act...*, p. 36.

¹² Ibídem, p. 83.

¹³ Ibídem, pp. 63-84.

imponerse. (Blom-Cooper nos recuerda que la obligatoriedad de los tres años, plasmada en la *Criminal Justice Act* de 1961, estaba en vigor, a pesar de las presiones para que fuera revocada, cuando todo el ámbito del tratamiento de los jóvenes delincuentes estaba todavía en revisión.)¹⁴ Así pues, las sentencias de reformatorio para los «atracadores» menores y las sentencias de tres años de prisión para los mayores no solo tuvieron su origen en el estado de ánimo del poder judicial en reacción a la «legislación blanda», sino que estaban inextricablemente ligadas a la dureza con la que se estaba aplicando la legislación en los tribunales, «claramente en contra de la filosofía y el espíritu de la Ley», tal y como admitieron los magistrados.

Otro aspecto de la reacción judicial contra la «blandura» fue el deseo de distinguir entre los criminales serios / endurecidos / no regenerados y los «inadaptados» desafortunados / engañados / corruptos: entre «los depravados y los desprovistos». Si nos fijamos en los términos de referencia de la Junta de Libertad Condicional —que sopesa «los intereses del preso» frente a «los de la comunidad»— encontramos esta distinción en el centro de su política.¹⁵ Los magistrados que aplicaron la *Children and Young Person's Act* se empeñaron, en la práctica, en diferenciar a los infractores menores de los «revoltosos» y de los reincidentes graves, de una manera que socava fundamentalmente el pensamiento que subyace a la Ley. (No debería pasar desapercibido que esta visión más tradicional de la delincuencia domina cada vez más el debate sobre la cuestión en los círculos oficiales, tal y como han demostrado acertadamente Morris y Giller).¹⁶ Mientras que la *Criminal Justice Act* de 1972 ofrece alternativas no privativas de libertad para los «inadaptados», el *Criminal Law Revision Committee's Report* que la precedió ha sido considerado en general como un intento de facilitar a la policía y a los tribunales la obtención de condenas contra la minoría de profesionales avezados, así como de endurecer las penas contra estos.¹⁷ La legislación encarnaba así, de forma extrema, la distinción depravado / desprovisto. Esta distinción entre delincuentes «duros» y «blandos» se ha utilizado a menudo para respaldar las sentencias disuasorias, dirigidas principalmente contra la minoría de delincuentes depravados. Pero también era una característica del debate más amplio sobre la desviación social en ese periodo.¹⁸ Es posible, por supuesto, que se mantenga el paradigma depravado / desprovisto, pero que se modifique el contenido de cada extremo. Una vez que el poder judicial ha señalado la «violencia»

¹⁴ L. Blom-Cooper, «The Dangerous Precedents of Panic», *The Times*, 20 de octubre de 1972.

¹⁵ *Report of the Parole Board for 1972...*, p. 8.

¹⁶ A. Morris y H. Giller, «Reaction to an Act», *The New Society*, 19 de febrero de 1976.

¹⁷ Véase J. Paine, «Labour and the Lawyers», *The New Statesman*, 11 de julio de 1975.

¹⁸ P. Rock y M. McIntosh, Londres, Tavistock, 1974; y S. Hall, «Deviancy, Politics and the Media», en Rock y McIntosh (eds.), *Deviance and Social Control...*

como un umbral importante, es probable que *cualquier* muestra de fuerza se redefina como «grave» y que sus autores sean asignados a la categoría de «depravados». La culminación de este deslizamiento puede encontrarse en la condena, en septiembre de 1972, de unos jóvenes *carteristas* (una habilidad que requiere un contacto corporal *mínimo*, por lo tanto, por definición, «no violenta») a tres años, con el acompañamiento retórico de «violencia», «matones», «animales», etc.

El poder judicial ocupó una posición extremadamente prominente durante el pánico de los «atracos» de 1972-1973. Pero, desde una perspectiva más amplia, el poder judicial también contribuyó de forma positiva a *iniciar* el pánico, así como a uno de sus primeros picos. El poder judicial parecía compartir la angustia general sobre la «permisividad»; adoptó una línea estricta en la aplicación de la legislación que interpretaban como demasiado «blanda»; ayudó a generar, mediante algunas de sus declaraciones sobre la «delincuencia violenta», la preocupación inicial, que, a continuación, dio lugar a la represión de los «atracos»; de hecho, en la última fase, como veremos en el próximo capítulo, invocó como justificación de las sentencias disuasorias la angustia que habían ayudado a centrar, articular y despertar en primer lugar.

Control cara a cara: la policía como amplificador

Si el «mundo» del poder judicial es un mundo cerrado por la costumbre y las convenciones, el «mundo» de la policía está deliberadamente cerrado. En la era de Sir Robert Mark, la policía se ha ido acostumbrando a los medios de comunicación y los maneja con mayor tino. Pero las tareas rutinarias de prevención y control de la delincuencia no se exponen regularmente al escrutinio público. En el periodo de los «atracos», la policía obtuvo deliberadamente publicidad en los medios de comunicación por sus declaraciones de preocupación por «la delincuencia y la violencia»; esta formaba parte de la estrategia de control. De forma más controvertida, se produjeron algunas declaraciones policiales fuertemente partidistas sobre la necesidad general de una «acción más dura» que parecen más bien indiscreciones tácticas. Sin embargo, la movilización policial interna —la creación y el mandato de las Special Squads o de las Anti-Mugging Squads— es difícil de ver hasta «después de los hechos», a menos que haya un esfuerzo concertado para sacarla a la luz.

El papel de la policía en cualquier campaña contra el «atraco» es similar al de los medios de comunicación, no obstante entran en juego en una fase anterior del ciclo. También ellos «estructuran» y «amplifican». Estructuran

la imagen total de la delincuencia de dos maneras relacionadas. Por ejemplo, los pequeños hurtos de menos de cinco libras, aunque se registran y cotejan de forma centralizada, ya no se publican en las estadísticas oficiales. Dado que estos constituyen la mayor parte de la delincuencia habitual, esta práctica informal contribuye a dar un toque de sensacionalismo a los delitos más graves ya que estos sí se registran. También existe una necesaria selectividad a la hora de asignar recursos policiales a ciertos aspectos destacados de la delincuencia en detrimento de otros.

La única medida objetiva de la eficacia policial es el «índice de esclarecimiento». Esto, sumado a los problemas de personal y recursos, hace que sea lógico que la policía se concentre en los delitos con un alto potencial de detección, en detrimento de, por ejemplo, los pequeños robos de coches en el centro de la ciudad, que son prácticamente irresolubles. Pero esta práctica lógica es también estructurante; amplía el volumen de estos delitos seleccionados, ya que cuanto más se concentran los recursos, mayor es el número registrado. La paradoja es que la selectividad de la reacción policial ante los delitos seleccionados sirve, casi con toda seguridad, para aumentar su número (lo que se denomina «espiral de amplificación de la desviación»).¹⁹ También tenderá a producir este aumento en forma de racimo u «ola de delitos». Cuando se invoca entonces la «ola de crímenes» para justificar una «campaña de control», esta se convierte en una «profecía autocumplida». Por supuesto, la preocupación de la población por determinados delitos también puede ser la causa de una respuesta policial específica. Pero la preocupación de la opinión pública está fuertemente condicionada por las estadísticas criminales (que la policía produce e interpreta para los medios de comunicación) y por la impresión de que hay una «oleada tras otra» de nuevos tipos de delincuencia. Por supuesto, la contribución de los delincuentes a las «olas de delincuencia» es demasiado visible, mientras que la contribución de la propia policía a la construcción de las olas de delincuencia es prácticamente invisible.

Aplicemos este modelo al «atraco». Si hubo un grupo de casos similares, que aparecieron simultáneamente en los tribunales y que fueron etiquetados como «atracos» en septiembre-octubre de 1972, esto solo pudo ser el resultado de la actividad policial y de las detenciones realizadas incluso seis u ocho meses antes. Los medios de comunicación y los tribunales se apropiaron del «atraco» como tema de interés público en agosto solo porque la policía había estado expropiando a los «atracadores» desde enero de 1972. Veamos dos de los primeros «atracos». El primero, en el que estaban implicados seis adolescentes, fue la ocasión para que el juez Karmel

¹⁹ Véase L. Wilkins, *Social Deviance: Social Policy, Action and Research*, Londres, Tavistock, 1964 y Young, *The Drugtakers*.

pronunciara su discurso sobre los «ciudadanos decentes» que tenían miedo de «utilizar el metro a altas horas de la noche por temor a ser atracados». Esta constituye la primera invectiva judicial registrada en los medios de comunicación contra el «atraco». ²⁰ El periódico vespertino añadía que «el Sr. Timothy Davis, fiscal, dijo que, después de una serie de ataques en la Northern Line,²¹ la British Transport Police había creado una patrulla especial. Poco antes de las 11 de la noche del 18 de febrero, el detective Derek Ridgewell subió a un vagón vacío en la estación de Stockwell y la banda le siguió». El «líder» le amenazó con un cuchillo y le exigió dinero. La banda se acercó y Ridgewell recibió un puñetazo en la cara, según se afirma. A continuación, hizo una señal a los compañeros que esperaban en el vagón de al lado. Se produjo una pelea y los adolescentes fueron detenidos. Cinco de ellos fueron declarados culpables de varios cargos, desde «intento de robo» hasta «agresión con intención de robo», y fueron condenados a penas de entre seis meses y tres años de prisión. El informe no menciona que se trate de una «banda» antillana, ni que la propia policía fue el único testigo.

El segundo fue un caso de cuatro antillanos de entre 20 y 25 años. Se conoció como el caso de los «Cuatro de Oval». A pesar de que el juicio duró 23 días en Old Bailey, los periódicos nacionales solo se hicieron eco del proceso el último día: el del juicio y la sentencia. Los «hechos del caso» fueron, como de costumbre, relatados a través de las declaraciones citadas del abogado de la acusación. Este dijo: «El 16 de marzo de este año, la policía de transportes de Londres estaba vigilando en la estación de Oval cuando vieron a los cuatro acusados merodeando y tuvieron claro que pretendían meter mano a los bolsillos de los pasajeros». *The Evening Standard* añadió: «Habían avistado dos víctimas, ambos hombres mayores. Empujaron a uno de ellos en el andén y le metieron la mano en el bolsillo, pero no le quitaron nada. El otro sufrió una experiencia similar en las escaleras mecánicas».²² Por una mayoría de diez a dos, el jurado declaró a los cuatro culpables de «intento de robo» y «agresión a la policía», pero el juez les eximió «de emitir veredictos sobre dos cargos de conspiración para robar y conspiración para hurtar». El más joven fue condenado al reformatorio y los otros tres a dos años de prisión cada uno. Uno de los acusados dijo: «Estas atrocidades se pagarán cuando salgamos». El periódico también menciona «las ruidosas protestas de los familiares y amigos que lloraban».

Estas airadas declaraciones del acusado resultan mucho más comprensibles si situamos el caso en el contexto de una serie de hechos adicionales

²⁰ *The Evening Standard*, 25 de septiembre de 1972.

²¹ Northern Line es la línea norte del sistema de metro londinense.

²² *The Evening Standard*, 8 de noviembre de 1972.

(de los que, sin embargo, solo informó la «prensa alternativa»). *Time Out* nos recuerda que:²³

1. Estos cuatro hombres eran miembros de los Fasimbas, una organización política negra del sur de Londres.
 2. La noche en cuestión, los hombres afirmaron que los detectives vestidos de civil se abalanzaron primero sobre ellos, los insultaron, no presentaron ninguna identificación y así iniciaron la pelea que dio lugar a los cargos de agresión.
 3. Los acusados alegaron que fueron golpeados en la comisaría y obligados a firmar confesiones.
 4. El policía a cargo de la patrulla de detención era el sargento detective Ridgewell.
 5. Los únicos testigos de la acusación fueron, una vez más, los propios policías.
 6. No se encontró ningún objeto robado en posesión de los acusados.
 7. La policía no se dirigió a las «víctimas» ni las presentó como «prueba».
 8. El propio juez ordenó al jurado que sopesara cuidadosamente si «estas declaraciones son realmente una ficción inventada por el sargento detective Ridgewell».
 9. El juez absolió al jurado de emitir veredictos sobre los cargos de conspiración para robar y hurtar. Por lo tanto, solo se mantuvieron los cargos de intento de robo que la policía afirma haber visto la noche en cuestión y las agresiones a la policía.
 10. Los cargos que no se mantuvieron se referían a una serie de robos de bolsos y carteras en los mercados y estaciones de metro del centro de Londres que los cuatro alegaron haber confesado.
- (Posteriormente apelaron y fueron puestos en libertad tras haber cumplido ocho meses de sus condenas).²⁴

Febrero y marzo de 1972: estos dos casos tienen lugar meses *antes* de que aparezca el pánico a los «atracos». Sin embargo, la policía ya había puesto en marcha patrullas especiales en el metro. La respuesta organizativa sobre el terreno es muy anterior a cualquier expresión oficial judicial o mediática de inquietud pública. La policía definió la situación en tanto requería medidas más rápidas y energicas que las habituales. Aquí es donde comienza realmente lo que en noviembre se consideró un «fuerte aumento de los atracos».

²³ *Time Out*, 27 de octubre-2 de noviembre de 1972, 17-23 de noviembre de 1972, 11-17 de mayo de 1973.

²⁴ *The Sunday Times*, 5 de agosto de 1973.

En abril del año siguiente, un juez suspendió el juicio de dos estudiantes negros de Rodesia —hombres de buena reputación, que estudiaban trabajo social en la universidad de Oxford— señalando que «las incoherencias en relación con los movimientos de los dos hombres en el andén son tales que los seis agentes han dado versiones diferentes de lo sucedido. Me parece terrible que aquí, en Londres, los agentes de policía se abalancen sobre las personas que utilizan el transporte público sin decir a nadie que son agentes de policía».²⁵ Los cargos y acusaciones en este caso, resultante de un incidente en una estación de metro, y la defensa ofrecida, fueron sorprendentemente similares al caso de los «Cuatro de Oval». La policía les acusó de «intento de robo» y «agresión a la policía». Los acusados afirmaron haber sido atacados por cinco hombres, que no presentaron ninguna identificación; tras la pelea que siguió, los dos hombres fueron detenidos. No se presentó ninguna «victima». No hubo más testigos que la policía. El grupo implicado era la Transport Special Squad y la operación fue dirigida también por el sargento detective Ridgewell.

¿Existe un patrón en este caso? El juez de los «Cuatro de Oval» no creyó la historia de los acusados: el juez del caso de Oxford sí. Sin embargo, hay un patrón claro. *Es el patrón de una «respuesta policial focalizada».* La Transport Special Squad llegó a ser conocida como la Anti-Mugging Squad y fue el prototipo para otras, aunque no se sabe con certeza la fecha exacta en la que se le puso esta etiqueta. No importa. Esta patrulla policial sabía qué tipo de problemas buscaba: a quién y dónde. Hay algo más que una pizca de entusiasmo anticipado en los relatos de su rutina que se trascienden en los tres casos. Sobre el terreno, cara a cara en los andenes del metro o en los vagones vacíos, el pánico al «atraco» había comenzado. El NCCL,²⁶ *Race Today* y el «Comité de Defensa de los Cuatro de Oval» exigieron una investigación del ministerio del Interior sobre las actividades de la Anti-Mugging Squad. Más tarde, el portavoz laborista sobre asuntos raciales, John Fraser, M. P., escribió al ministro del Interior en un tono similar. No hubo respuesta oficial, aparte del traslado del sargento detective Ridgewell a un nuevo puesto, sin pérdida de rango. Según las estadísticas publicadas por la Unidad Estadística del Distrito de la Policía Metropolitana, «en 1972 se ha producido el mayor crecimiento de la historia en este tipo de delitos».²⁷ Esto sugiere que fueron los «atracadores» quienes intensificaron sus actividades en 1972. Pero está claro que, a lo largo de 1972 (y *antes* de que la ola de delitos se haga pública en los tribunales o en los medios de comunicación), también la policía se mostró extremadamente activa

²⁵ *Time Out*, 11-17 de mayo de 1973; *The Sunday Times*, 5 de agosto de 1973.

²⁶ National Council for Civil Liberties, organización civil dedicada a la defensa de los derechos civiles. Fundada en 1934, actualmente opera bajo el nombre de Liberty, aunque mantiene su denominación original en contextos formales. [N. de E.]

²⁷ *Robbery and Kindred Offences, 1968-1972...*

contra los «atracadores» en el área de Londres; la guerra entre la policía y los atracadores había *ya* comenzado.

Una vez sabemos que la policía ya estaba alertada, movilizada y activa contra el «atracador» en el periodo *anterior a* que el «atraco» se convirtiera en un asunto público, debemos preguntarnos si, posiblemente, esta misma movilización podría haber *ayudado de alguna manera a producir* la ola de «atracos» que más tarde aparece en los tribunales y en los medios de comunicación y, por lo tanto, la preocupación pública que amenazaba con eclipsar y desplazar todas las demás preocupaciones de la delincuencia durante casi un año. ¿*Amplificó* el «atraco» la actividad de la policía?

En primer lugar, un posible factor amplificador es, precisamente, la decisión de crear las Special Squads, las brigadas especializadas. Las Anti-Mugging Squads produjeron casi con toda seguridad más «atracos»: una consecuencia involuntaria pero inevitable de la movilización especializada. También está la cuestión de contra qué se movilizaban estas brigadas especiales. En los casos de los «Cuatro de Oval» y de los «estudiantes de Rodesia», la Anti-Mugging Squad presentó cargos por «intento de robo», es decir, por hurto. El carterismo es un ejemplo de «hurto menor», no de «robo», es decir, no implica fuerza ni la amenaza de fuerza. Sin embargo, la situación es muy diferente cuando la Anti-Mugging Squad se dirige a un grupo, lo acusa de robar carteras y luego insinúa que son miembros de una «banda de atracadores». En este caso, un «pequeño hurto» se ha convertido en un «atraco». Además, hay indicios, en estos primeros casos, de que estas Anti-Mugging Squads estaban tan impacientes por llevar a cabo su tarea que muestran una tendencia a saltar la brecha entre lo que Jock Young ha llamado «culpabilidad teórica y empírica», en interés de la «eficacia administrativa»:²⁸ lo que a veces se llama «acción policial preventiva».²⁹ En un artículo posterior publicado en *The Sunday Telegraph* el 1 de octubre de 1972, titulado «War on Muggers» [Guerra contra los atracadores], se sugería que la policía «ha intentado detener a los atracadores *antes de* que vayan a trabajar, acusándolos de poseer armas ofensivas, de merodear, de invadir la propiedad privada y de ser personas indeseables» (las cursivas son nuestras). Colin McGlashan se hizo eco del mismo sentimiento sobre el arresto preventivo, apoyándolo con algunas citas reveladoras de un «oficial de policía de alto rango» no identificado, que se refirió a la Brixton Special Patrol como «un maldito grupo de mercenarios» que estaban «todo el tiempo pendientes de las cifras», preocupados por el número de redadas, detenciones y delitos esclarecidos, y practicando muchas detenciones por

²⁸ Young, *The Drugtakers...*, p. 189; véase también M. Stellman, «Sitting Here in Limbo», *Time Out*, 23-29 de agosto de 1974.

²⁹ Véase T. Bunyan, *The History and Practice of the Political Police in Britain*, Londres, Friedmann, 1976.

«sospecha», «merodeo con intención», etc.³⁰ Por supuesto, es también lo que innumerables portavoces de la comunidad negra alegaron unos meses más tarde en sus declaraciones ante el Select Committee on Police / Immigrant Relations, aunque sus pruebas no lograron mucha credibilidad.³¹ También fue la acusación principal durante la extremadamente tormentosa reunión celebrada en marzo de 1973 en el sur de Londres sobre «población negra y fuerzas del orden».³² Sin embargo, cuando *Time Out* trató de obtener más información sobre las actividades de las London Transport Anti-Mugging Squads, el portavoz respondió que «tenemos métodos para tratar este problema. Pero no los revelamos, ya que podría ayudar a la gente equivocada».³³

Otra manera en la que la actividad policial puede servir para amplificar el «atraco» puede entenderse en términos de su efecto sobre aquellos contra los que se reacciona. Jock Young denomina «traducción de la fantasía a la realidad» al proceso por el que el comportamiento de un grupo estigmatizado o desviado llega a ajustarse progresivamente al estereotipo que de él tienen los organismos de control.³⁴ La actuación de la policía, por ejemplo, puede provocar que un grupo bajo sospecha se comporte como se espera del mismo. En el caso de los «Cuatro de Oval», el policía que se acercó a los cuatro hombres iba de paisano y no presentó ninguna identificación; los jóvenes fueron acusados posteriormente de agredir a la policía. Pero el hecho de que un grupo de jóvenes negros con conciencia política se resistiera a una detención inesperada puede decírnos algo sobre el estado de mutua sospecha entre negros y policía en el sur de Londres; esto sin embargo no demuestra que los jóvenes estuvieran «merodeando con intención» de atracar. Este proceso —en el que la reacción oficial se convierte en una «profecía autocumplida»— puede incluir procesos de interacción durante el curso de una detención. Becker sostiene que gran parte de la actividad de control social no tiene por objeto el cumplimiento de las normas sino la obtención de respeto.³⁵ Las cuestiones en torno al «respeto» adquieren especial importancia durante los períodos de hiper-sensibilización policial.³⁶ Pero, como ha argumentado John Lambert, «las relaciones policiales parecen estar moldeadas en función de las expectativas

³⁰ C. McGlashan, «The Making of a Mugger», *The New Statesman*, 13 de octubre de 1972.

³¹ Véase, *House of Commons Select Committee on Race Relations and Immigration: Police/Immigrant Relations* (Deedee Report), vol. 1: «Report»; vols 2-3: «Minutes of Evidence», Londres, HMSO, 1972, y el análisis de las premisas estructurantes del Comité en relación con las pruebas presentadas por la comunidad negra en J. Clarke *et al.*, «The Selection of Evidence and the Avoidance of Racism: A Critique of the Parliamentary Select Committee on Race Relations and Immigration», *New Community*, núm. III(3), verano de 1974.

³² *The Times*, 12 de marzo de 1973.

³³ *Time Out*, 17-23 de noviembre de 1972.

³⁴ Young, *The Drugtakers...*, p. 171.

³⁵ Becker, *Outsiders...*

³⁶ Cohen, *Folk Devils and Moral Panics...*, p. 168.

de excitabilidad y arrogancia por parte del inmigrante y de las expectativas de violencia policial por parte del inmigrante».³⁷ El escenario del «Oval» ya estaba preparado para provocar un incidente a través de las mutuas expectativas de las personas negras y la policía. La amplificación de la desviación puede depender tanto de este nivel de comportamiento *percibido* como de lo que la gente hace realmente.

Como hemos visto, una vez iniciada oficialmente la campaña contra los atracos, esta escaló —en términos de movilización policial oficial— a un ritmo extraordinariamente rápido. Se produjo una intensificación de la actividad contra el «atraco» sobre el terreno.³⁸ Esta oleada culminó así con su declaración como «máxima prioridad» por parte del inspector jefe de la Policía de Inglaterra y Gales.³⁹ A continuación, el ministro del Interior solicitó, a todos los comisarios de policía, detalles sobre los «atracos», seguido de la adopción de «medidas especiales», incluido el envío de más brigadas especiales contra atracos.⁴⁰ El ministro del Interior emitió otra directiva especial a los comisarios de policía en mayo de 1973.⁴¹ La nueva iniciativa de Sir Robert Mark⁴² no tardó en surtir efecto.⁴³ En octubre, *The Daily Mirror* podía informar de que el fraude se había convertido en la nueva «prioridad» de Gran Bretaña: «El mayor dolor de cabeza británico en términos de delincuencia».⁴⁴ Por el momento, la espiral de prevención de la delincuencia y de noticias sobre la delincuencia había dado un nuevo giro.

Los orígenes de una «campaña» policial

Hemos analizado la reacción de la policía ante los «atracos» y hemos visto que, de hecho, y en contra de la visión de «sentido común» sobre cómo surgieron, hay que considerar que se produjo en *dos* fases distintas. En primer lugar, el periodo de preparación para la «guerra contra los atracos», un periodo de poca o ninguna publicidad, pero de intensa movilización policial sobre el terreno, centrada en determinados puntos urbanos problemáticos (las estaciones de metro y los trenes de Londres) y en determinados

³⁷ J. Lambert, *Crime, Police and Race Relations*, Londres, Institute of Race Relations/Oxford University Press, 1970, p. 190.

³⁸ *The Times*, 26 de agosto de 1972; *The Sunday Times* y *The Sunday Telegraph*, 1 de octubre de 1972; véase también *The London Evening News*, 7 de octubre de 1972; *The Sunday Mirror*, 15 y 22 de octubre de 1972.

³⁹ *The Daily Mail*, 26 de octubre de 1972.

⁴⁰ *The Times*, 1 de noviembre de 1972; *The Guardian*, 3 de noviembre de 1972; *The Sunday Telegraph*, 5 de noviembre de 1972; *The Times*, 25 de enero de 1973.

⁴¹ *The Sunday Mirror*, 6 de mayo de 1973.

⁴² Publicado en *The Daily Mail*, 15 de mayo de 1973.

⁴³ *The Daily Mirror*, 7 de junio de 1973.

⁴⁴ *The Daily Mirror*, 1 de octubre de 1973.

grupos, definidos por la policía como «atracadores potenciales», sobre todo, grupos de jóvenes negros.⁴⁵ Este periodo de reacción policial cerrada pero de creciente intensidad, cuando ya hay una definición institucional de «atraco» operativa pero todavía no hay una definición «pública», es lo que produce, como efecto, la *segunda fase*: casos en los tribunales, editoriales en los periódicos, investigaciones oficiales del ministerio del Interior sobre el «atraco», una campaña pública, una guerra abierta. Toda la primera fase ha quedado en gran medida oculta hasta ahora en la «historia del atraco», en parte porque *es anterior* al pánico público, en parte porque fue una respuesta limitada al cerrado mundo institucional de la policía. Por eso, hay que reconstruir la historia previa de la reacción policial al «atraco» en este periodo anterior. Los orígenes de la respuesta de pánico se encuentran enterrados en esta movilización institucional previa.

Lo que nos preocupa aquí *no* son los abusos individuales del poder policial por parte de tal o cual policía en tal o cual ocasión, sino los efectos que se derivan de la estructura organizativa y del papel social de la propia fuerza policial en su amplia relación con el «atraco». Los casos de corrupción policial han aumentado en los últimos años, así como la publicidad que se les da. Bajo la dirección de Sir Robert Mark, la nueva brigada «anticorrupción» A10, diseñada para eliminar las «manzanas podridas» en el barril de la policía, ha sido extremadamente activa, y ha recibido de nuevo la publicidad adecuada. Esta es una cuestión importante, pero una cuestión diferente de la que nos ocupa aquí. Los miembros individuales de las Anti-Mugging Squads, mucho antes de que el «atraco» asumiera su forma pública, fueron intensamente activos en ciertas áreas. Pero actuaban dentro de un marco organizativo que trascendía las iniciativas que los miembros individuales de las brigadas tomaban dentro de ese marco. La situación en el sur de Londres y en otros lugares ya había quedado definida para estos agentes especializados, de tal modo que les incitaba a esperar o a anticipar una avalancha de «atracos».

¿Por qué la policía estaba tan sensibilizada? ¿Y de qué modo? ¿Por qué la situación estaba ya tan definida? Si los miembros individuales de las Anti-Mugging Squads sobrepasaron la difícil y ambigua línea entre la culpabilidad teórica y la culpabilidad empírica, fue —podríamos decir— porque estaban trabajando en una situación en la que tales distinciones ya eran perjudicialmente borrosas. No se nos escapa *dónde* se revela por primera vez esta movilización institucional de la policía: la zona del sur de Londres y de las estaciones de metro; o a *quiénes* se recoge en el «barrio» contra los atracos: sobre todo, a grupos de jóvenes negros. El objetivo específico contra los «atracos» tiene, por eso, vínculos más estrechos con otro

⁴⁵ En el momento en que se escribió *Gobernar la crisis*, el término no existía todavía, pero es fácil ver cómo esta práctica policial de identificación de jóvenes negros como «atracadores potenciales» corresponde a lo que después se ha denominado *racial profiling*. [N. de E.]

contexto más inclusivo, aunque igualmente cargado: las relaciones gravemente deterioradas entre la policía y la comunidad negra, característica de las «relaciones comunitarias» a lo largo de la década de 1970. Hay que preguntarse seriamente si la sensibilización de la policía en relación con los «atracos» fue totalmente ajena a esa otra y preocupante saga del «poder policial y los negros». Desde este punto de vista nos fijamos en una cita del sargento detective Ridgewell, cuyo nombre figuró de forma prominente en algunos asuntos relativos a «atracos» anticipados. Ridgewell era el líder sobre el terreno de las tácticas de la brigada y un antiguo miembro de la policía de Rodesia. Cuando se le preguntó, en el juicio de los dos estudiantes de Rodesia, si vigilaría especialmente a los «jóvenes de color», respondió: «En la Northern Line estoy de acuerdo con eso».⁴⁶ Esto concuerda con gran parte de las pruebas sobre las actitudes de la policía procedentes de otras fuentes. Estas pruebas sugieren que *muchos* policías de la zona de Londres vigilaban especialmente a los «jóvenes de color» y, cuando los encontraban, los trataban de forma bastante diferente a como los habrían tratado si hubieran sido blancos.

Derek Humphry⁴⁷ y John Lambert⁴⁸ han analizado, de diferentes maneras, la problemática historia de las relaciones entre la policía y la población negra en este periodo. El libro de Humphry contiene estudios de caso detallados de injusticias sufridas por la población negra a manos de la policía. El libro de Lambert es un estudio más general de las relaciones entre la policía y los inmigrantes y, al tener una orientación más sociológica, se preocupa más por descubrir las condiciones estructurales que subyacen a las actividades policiales en relación con los inmigrantes. El capítulo sobre «La policía y las relaciones raciales», además de ofrecer algunas pruebas iniciales de la brutalidad policial a partir del *Report on Racial Discrimination* (1967) de la Campaign Against Racial Discrimination, se ocupa, básicamente, de demostrar cómo el *papel* profesional del policía afecta a su actitud hacia los inmigrantes. Esta perspectiva se basa en una visión «social» del prejuicio: «Si este prejuicio “social” es una actitud de la ciudadanía en general, cabe esperar que los policías, como ciudadanos, compartan esa actitud. La cuestión que se plantea es cómo afecta este prejuicio al papel profesional de los policías».⁴⁹ Este punto de vista, que sitúa al policía individual, en primer lugar, en el marco social general y, en segundo lugar, en su papel organizativo específico para dar cuenta del prejuicio, es el tipo de explicación estructural de las relaciones entre la policía y la población negra que pretendemos adoptar.

⁴⁶ *The Sunday Times*, 5 de agosto de 1973.

⁴⁷ D. Humphry, *Police Power and Black People*, Londres, Panther, 1972.

⁴⁸ Lambert, *Crime, Police and Race Relations...*

⁴⁹ Ibídem, p. 183.

Las relaciones entre la policía y la comunidad negra se deterioraron tan rápidamente en este periodo que, como hemos visto, se creó un Select Parliamentary Committee a fin de obtener testimonios sobre el asunto. Los testimonios ofrecidos son más importantes que las implicaciones concretas que los parlamentarios extrajeron de estas declaraciones en su momento.⁵⁰ Clifford Lynch, en nombre de la West Indian Standing Conference,⁵¹ habló de «la brutalización sistemática de los negros» y del «chantaje policial, la atribución falsa de drogas, las falsas acusaciones y las agresiones físicas».⁵² Varios testigos que declararon sobre Notting Hill denunciaron el acoso policial, especialmente a los jóvenes antillanos.⁵³ Los testimonios de Birmingham incluían material de la concejala Sheila Wright, que hablaba de tres policías que conocía y que «se desvivían por la comunidad de color», y de haber recibido «bastantes» quejas sobre el trato de la policía a los inmigrantes; y de John Lambert, que decía: «Muchas —incluso la mayoría— de las quejas de la población negra sobre su policía están justificadas».⁵⁴ Los jóvenes negros de Islington «temen el acoso de la policía», según un memorando presentado por el Committee for Community Relations (CRC) de Islington. Jeff Crawford, de la North London West Indian Association, y el CRC de Wandsworth presentaron memorandos similares.⁵⁵

En total, solo 25 de los 48 Committee for Community Relations informaron de la existencia de buenas relaciones locales. Estos se encontraban principalmente en ciudades medianas o pequeñas y en zonas fundamentalmente asiáticas más que antillanas.⁵⁶ El propio Deedes Report se vio obligado a reconocer que «todos los testigos, la policía, los Committee for Community Relations y otros organismos, pero sobre todo los propios antillanos, han dejado claro que las relaciones entre la policía y los antillanos más jóvenes (es decir, los que tienen entre 16 y 25 años) son frágiles, a veces explosivas».⁵⁷

La imagen de las relaciones en este periodo que se desprende de los archivos del NCCL es similar. Su *Informe anual* de 1971 destacó las relaciones entre la policía y la población inmigrante: «Está claro en los archivos que el supuesto acoso a los inmigrantes supera con creces la proporción

⁵⁰ Véase el nuevo análisis de estas pruebas realizado por Clarke *et al.*

⁵¹ West Indian Standing Conference, organización coordinadora o paraguas de diferentes colectivos y agrupaciones de las comunidades afrocaribeñas en Gran Bretaña fundada en 1958. [N. de E.]

⁵² *The Guardian*, 28 de enero de 1972.

⁵³ *The Guardian*, 11 de febrero de 1972.

⁵⁴ *The Guardian*, 9 de marzo de 1972.

⁵⁵ *The Guardian*, 28 de abril de 1972 y 11 de mayo de 1972.

⁵⁶ Véase la declaración de Mark Bonham-Carter, Presidente del Committee for Community Relations, ante el Select Committee, *The Guardian*, 12 de mayo de 1972.

⁵⁷ Deedes Report, vol. 1, p. 69.

que representan en este país».⁵⁸ Su testimonio ante el Select Committee hablaba de «una situación que empeora» entre la policía y la comunidad negra. Era, decían, «muy grave. En algunas zonas ha alcanzado dimensiones de crisis. Allí, la ruptura de las comunicaciones y de la confianza es casi total».⁵⁹ Cuando se solicitó una investigación sobre los hechos ocurridos en la comisaría de Lewisham —que figuraban de forma destacada en las deposiciones—, la policía definió las acusaciones como «estereotipadas».⁶⁰ Lo que es más alarmante, el portavoz de la policía también negó públicamente tener conocimiento de que se estuvieran investigando quejas contra la policía, *a pesar* de que los grupos de la NCCL dijeron que habían remitido al menos 15 casos el año anterior.⁶¹ En mayo de 1971, National Opinion Polls llevó a cabo una gran encuesta sobre las relaciones raciales. La encuesta informó:

Desanima bastante comprobar hasta qué punto la gente de color critica a la policía. La población antillana de Brent se mostró especialmente crítica al considerar que la policía suele meterse con la gente de color y no les trata con justicia en su localidad. Nuestra impresión es que esta crítica está demasiado extendida como para ser un producto de la imaginación.

El 80 % de los blancos entrevistados en esta encuesta piensan que la policía está para ayudar. Un 70 % de los indios y pakistánies también lo piensan, pero menos de la mitad de los antillanos comparten esa opinión. De hecho, casi una quinta parte de los antillanos piensa que la policía claramente no ayuda, una opinión especialmente arraigada entre los jóvenes antillanos de clase trabajadora.⁶²

Por último, el informe especial encargado por el Committee for Community Relations sobre las relaciones entre la policía y la población inmigrante en Ealing añadió más argumentos a este panorama.⁶³

Este deterioro general de las relaciones entre la policía y la población negra produjo un aumento de la hostilidad y de la sospecha mutua. Por el «lado» de la policía, esto llevó inevitablemente a una mayor susceptibilidad, así como mayores expectativas acerca de que la población negra participara en los «problemas» y, por extensión, en la «delincuencia», especialmente en las zonas de mucha inmigración. Estas zonas de la ciudad, con un alto índice de inmigración y múltiples carencias, son por supuesto

⁵⁸ National Council for Civil Liberties, *Annual Report 1971*, Londres, N.C.C.L., 1972.

⁵⁹ *The Guardian*, 5 de mayo de 1972.

⁶⁰ *The Guardian*, 18 de julio de 1972.

⁶¹ Para un relato más completo del «asunto» de la policía de Lewisham, véase *Time Out*, 21-27 de julio de 1972.

⁶² Citado en Humphry, *Police Power and Black People...*, pp. 109-110.

⁶³ S. Pullé, *Police Immigrant Relations in Ealing: Report of an Investigation Conducted on Behalf of the Ealing CRC*, Londres, Runnymede Trust, 1973.

estadísticamente, zonas «delictivas»,⁶⁴ es decir, zonas con índices de delincuencia superiores a la media, aunque en aquel momento la población inmigrante negra estaba *infrarrepresentada* en los índices de delincuencia de estas zonas «delictivas».⁶⁵ El recelo y la hostilidad mutuos entre la policía y la población negra no se basaban en este tipo de pruebas «sólidas». A medida que las relaciones raciales empeoraban en el país en general, a medida que la militancia y la politización de la población negra crecían y a medida que el número de jóvenes negros que no encontraban empleo se multiplicaba (según cálculos recientes de junio de 1974, el 21 % de los jóvenes negros británicos de entre 15 y 19 años estaban en paro),⁶⁶ la policía de las comunidades negras empezó a percibir progresivamente a la población negra como una amenaza potencial para «la ley y el orden», potencialmente hostil, potencialmente alborotadora, potencialmente «perturbadora de la paz» y potencialmente criminal. No es de extrañar que, en un momento dado, los jóvenes negros fueran percibidos también como «atracadores potenciales». Efectivamente, a esto se refería el sargento detective Ridgewell.

El estado de las relaciones entre la policía y la población negra, en el periodo anterior y posterior al punto álgido de la epidemia de «atracos», nos ofrece una faceta que nos permite comprender mejor el origen de esa *disposición* de la policía que es previa al inicio de la propia campaña «contra los atracos». Otro factor es la reorganización interna de la policía en la década anterior que, en nuestra opinión, también desempeñó un papel.

Los cambios que se produjeron en el seno de las fuerzas policiales durante la década de 1960 modificaron fundamentalmente el papel de la policía. Se produjo una fusión de unidades para hacer divisiones más grandes,⁶⁷ lo que finalmente redujo su número, que pasaron de 125 en 1955 a 43. Más relevante para el contexto de los «atracos» fue el aumento de las brigadas con funciones especializadas y la generalización de los dispositivos tecnológicos dirigidos a mejorar la eficacia del control de la delincuencia (especialmente el creciente uso del transporte motorizado y de las radios personales). Estos cambios se combinaron para disminuir la tradicional «independencia» del policía de guardia (que, por cierto, era una importante fuente de estatus para la policía), acentuar el paso de «guardián de la paz» a «combatiente contra el crimen» y debilitar los vínculos que aún quedaban entre la policía y la comunidad. El «típico» policía ya no era el

⁶⁴ Véase J. Rex y R. Moore, *Race, Community and Conflict: A Study of Sparkbrook*, Londres, Institute of Race Relations / Oxford University Press, 1967.

⁶⁵ Véase Lambert, *Crime, Police and Race Relations...*, pp. 123-124.

⁶⁶ Véase Stellman, «Sitting Here in Limbo...».

⁶⁷ Este es un proceso recomendado por la Royal Commission on the Police, *Final Report*, Cmnd 1728, Londres, HMSO, 1962, cap. VII.

«*bobby*» amable y servicial, que mantenía la paz y que por lo tanto *evitaba* la delincuencia, que conocía a «su» comunidad y compartía algunos de sus valores, con un amplio grado de independencia «sobre el terreno» respecto de sus superiores inmediatos. Hoy en día, a pesar de la introducción de la Unit Beat Policing en 1967 y de los Community Liaison Schemes en 1969, iniciativas que en parte buscaban ayudar a restaurar estos elementos desaparecidos en el papel del policía, el policía «típico» es un «madero» profesional, miembro de una unidad de lucha contra el crimen, cuyo contacto cultural con la gente que vigila es mínimo. Está más «atado al coche», menos «atado a la ronda», es menos probable que viva en el barrio y, con la llegada del ahora omnipresente «walkie-talkie» y la radio del coche, su contacto con los superiores y, por lo tanto, su dependencia de ellos, se ha vuelto constante. Aunque estos dos retratos a vuelapluma están demasiado simplificados, la dirección del cambio es innegable.⁶⁸

Esta tendencia a una mayor rutinización profesional del papel del policía en la prevención y el control de la delincuencia se ha visto afectada por la *creciente especialización* dentro del cuerpo: la tendencia cada vez más pronunciada a crear brigadas especiales para tratar áreas concretas de delincuencia. Las primeras en crearse fueron las Regional Crime Squads, instituidas en 1964 para hacer frente a delitos «graves» específicos. Coordinadas a nivel nacional, y con las Criminal Intelligence Bureaux como dispositivos de «apoyo», las Metropolitan Regional Crime Squads pasaron rápidamente de ocuparse de los delitos de «allanamiento violento» (1964) a ocuparse de la delincuencia grave «organizada» (1965), para después dejar de ocuparse de la delincuencia con el fin de «vigilar» a los delincuentes profesionales conocidos.⁶⁹ Sin embargo, su importancia básica radica en su libertad para concentrarse específicamente en un aspecto de la delincuencia, junto con su potencial de movilización rápida contra *cualquier* tipo de delito o delincuente: su capacidad para trasladarse rápidamente donde y cuando sea necesario.

Un segundo acontecimiento relacionado, que también proporcionó un «modelo» para desarrollos posteriores, fue la creación de la Special Patrol Group (SPG) por parte de Scotland Yard en Londres en 1965. El SPG se creó (según un oficial de policía de alto rango), como un «cuerpo de élite», pero más tarde volvió a ponerse «bajo control» cuando «la gente de arriba se

⁶⁸ Véase la conclusión de M. E. Cain, *Society and the Policeman's Role*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1973 para un resumen de otros cambios importantes de la policía entre 1964-1974, especialmente el desarrollo de un papel político más amplio, en las áreas de vigilancia informatizada, policía preventiva y cooperación con los militares, véase Bunyan, *History and Practice of the Political Police in Britain...*, pp. 74-101.

⁶⁹ Para más detalles, véanse los *Informes* del comisario de la Policía Metropolitana de los años correspondientes.

arrepintió».⁷⁰ Hoy en día, a pesar de la insistencia de Scotland Yard en que el Special Patrol Group no es un «cuerpo dentro de un cuerpo», aparentemente esta es la forma en que se ha desarrollado. El Special Patrol Group «tiene su propia cadena de mando totalmente separada de los oficiales superiores en cualquier área en la que estén trabajando y su propia red de comunicaciones por radio». En la actualidad hay seis unidades y un total de 200 «policías seleccionados a dedo». El origen del grupo parece ser un grupo de trabajo del ministerio del Interior, creado en 1961 «para investigar la necesidad de una “tercera fuerza policial separada” en Gran Bretaña».

La lógica que subyace a las propuestas presentadas al grupo de trabajo es que existe un hueco sin cubrir entre el papel y la práctica del ejército y nuestras fuerzas de seguridad y la policía civil, que de todos modos es insuficiente. El hueco, en términos prácticos, consistía en saber quién debía ocuparse de las crecientes revueltas sindicales, de las protestas políticas en aumento, de los posibles disturbios raciales, de las amenazas desde el extranjero —el «terrorismo»— y de la posibilidad de que aumentaran los conflictos sociales a medida que se ensanchara la brecha económica y social entre las clases en Gran Bretaña.⁷¹

El grupo de trabajo tardó diez años en considerar, y rechazar, la idea de una «tercera fuerza» paramilitar. Sin embargo, mientras tanto, los altos cargos de Scotland Yard ya habían creado su propia «tercera fuerza». En lo esencial, el Special Patrol Group es una brigada de «apoyo». La «asignación de Londres central» (dos unidades del SPG) proporciona apoyo, por ejemplo, a los «oficiales en tareas de protección y también están disponibles para cualquier otro incidente grave. [...] En los furgones de tránsito de cada una de las dos unidades de servicio “consignadas a Londres central” habrá siempre dos agentes armados». El informe también hacía referencia a sus otras funciones. «Cuando no están de servicio como parte de la “asignación a Londres central”, o cuando participan en incidentes graves, las unidades de la SPG se utilizan para ocupar una zona que ha experimentado un aumento de la delincuencia de un tipo u otro». En este papel de «ocupación», la Special Patrol Group se convierte en algo directamente relevante para nuestra preocupación, ya que varias veces las unidades del SPG «ocuparon» Brixton para «terminar» con los atracos: y hubo incidentes de un tipo similar en Handsworth, Birmingham y otros lugares. De este modo, se convirtieron en una especie de «super» brigada regional. Los SPG han sido ampliamente copiados en otros lugares del país.⁷²

⁷⁰ *Time Out*, 23-29 de marzo de 1973.

⁷¹ Ibídem.

⁷² Véase Bunyan, *History and Practice of the Political Police in Britain...*

Ambas iniciativas —las Regional Crime Squads y los SPG— han contribuido a aflojar aún más los lazos entre la policía y la comunidad. Pero el segundo desarrollo, el del SPG, tuvo además otras implicaciones. Organizados por fuera del modelo convencional de controles policiales y comunitarios, y al hacer hincapié en la preparación, la rapidez y la movilidad, su comportamiento tenía estilo y filosofía militar. Como una unidad del ejército, a menudo iban armados; pero a diferencia del ejército, poseían el poder tradicional de la detención policial. Las implicaciones de estos desarrollos para la creación de las Anti-Mugging Squads no son difíciles de ver. Basadas en parte en los modelos de las Regional Crime Squads y de los SPG, las nuevas brigadas se comprometieron organizativamente con el papel, el estilo y el enfoque de los especialistas en materia de «atracos»: esperar que vaya a haber problemas, anticiparse a ellos y tomar la ofensiva. De acuerdo con este estilo, que distaba mucho del tradicional manejo «delicado» de la situación, que ha dado al policía británico una reputación internacional de tolerancia y buen humor, era casi inevitable cierto grado de acoso e intimidación.

Si el policía individual está limitado por su organización, también lo está por la sociedad de la que forma parte. Formalmente, la policía hace cumplir la ley y mantiene el orden público; en este sentido, considera y se considera que actúa «en nombre de la sociedad». Pero, en un sentido más informal, también debe ser sensible a los cambios en los sentimientos populares, a las angustias y preocupaciones de la sociedad. Al mediar entre estas dos funciones «sociales», afirma Young, el cuerpo tiende a verse a sí mismo como «representante de los deseos de un hipotético ciudadano decente normal».⁷³ Incluso cuando formalmente aplica la ley, el cómo, dónde y de qué manera se hace cumplir —áreas clave de la discreción policial— están influidos por la «temperatura social» imperante. En el periodo que precedió a los «atracos» había dos contextos que afectaron directamente al trabajo policial, en los que la temperatura pública también estaba subiendo. Sin duda, la policía se sensibilizó en ambos ámbitos. El primero es el de «la ley y el orden»; el segundo es el contexto del sentimiento anti-inmigrante. (Ambos se tratan con más detalle en los capítulos posteriores sobre «la ley y el orden», por lo que aquí solo se esbozan brevemente).

Dentro del ámbito de «la ley y el orden», podemos identificar tres vertientes: la juventud, la delincuencia como una cuestión pública y la disidencia política. La vertiente «juvenil» incluye el aumento de la delincuencia juvenil, la proliferación del joven delincuente, del vandalismo y del gamberrismo, así como el comportamiento «antisocial» de la ristra de

⁷³ J. Young, «The Role of the Police as Amplifiers of Deviancy, Negotiators of Reality and Translators of Fantasy», en S. Cohen (ed.), *Images of Deviance*, Harmondsworth, Penguin, 1971.

movimientos culturales juveniles de la época (desde los teddy-boys hasta los skinheads). A menudo adoptando formas espectaculares, la inquietud, la visibilidad y las actitudes antiautoritarias de los jóvenes se convirtieron, para la conciencia pública, en una metáfora del cambio social; incluso de todos los males que acarrea el cambio social.⁷⁴ Dentro de la vertiente de la «delincuencia», también había una serie de «preocupaciones focalizadas»: la escala y la profesionalización del robo, la expansión de los «imperios» criminales y la guerra de bandas, la sofisticación tecnológica de la delincuencia y, sobre todo, el mayor empleo de las armas y de la violencia y la prevalencia de una mentalidad de que «no se detienen ante nada». A la policía le resultaba más difícil de soportar porque creía que a los delincuentes profesionales también les resultaba más fácil eludir las condenas.⁷⁵ La vertiente de la «disidencia política» constituye también un frente amplio, que incluye muchos aspectos; en cualquier caso, desde las marchas de la CND⁷⁶ de la década de 1950 hasta las grandes manifestaciones de finales de la década de 1960, la policía se ha visto envuelta en varios desafíos al orden público. Esto se complicó con la política extraparlamentaria de la década de 1960 (sentadas, manifestaciones, okupaciones, etc.); con el auge de la «contracultura» (drogas, comunas, abandono de los estudios, los festivales de pop, etc.); y, más tarde, con el crecimiento de las sectas políticas de izquierda, con el movimiento estudiantil y, finalmente, con la amenaza del terrorismo interno. En otros frentes, la creciente militancia en las fábricas y la crisis de Irlanda del Norte, con su amenaza de atentados domésticos, parecían requerir una presencia policial más dura y visible. (La mayor implicación en el «orden público» se comentaba constantemente en los sucesivos *Informes anuales* de los jefes de Policía). En relación con todas estas cuestiones, la policía se encontró progresivamente «en primera línea» en áreas que superaban con mucho sus tradicionales fronteras, ocupándose de cuestiones en las que el límite que separa la legalidad de la ilegalidad está muy mal definido y las emociones están a flor de piel.⁷⁷ En el control de las multitudes, comentó un comandante de policía, la policía «tiene que ser rápida y correcta».⁷⁸ Al hacer que el trabajo de la policía estuviera más

⁷⁴ Véase A. C. H. Smith *et al.*, *Paper Voices: The Popular Press and Social Change, 1935-1965*, Londres, Chatto & Windus, 1975 y J. Clarke, S. Hall, T. Jefferson y B. Roberts, «Subcultures, Cultures and Class: A Theoretical Overview» en Hall y Jefferson (eds.), *Resistance through Rituals...*

⁷⁵ Véase, entre otros, Mark, *The Dimbleby Lecture...*

⁷⁶ Campaign for Nuclear Disarmament, movimiento ciudadano por el desarme nuclear fundado en Gran Bretaña en 1957 bajo los auspicios de intelectuales como Bertrand Russell, E. P. Thompson y otras muchas figuras. Fue tremadamente popular en los años cincuenta y primeros sesenta, configurando de hecho uno de los caldos de cultivo de lo que después se articularía como la New Left de la década siguiente. [N. de E.]

⁷⁷ Véase E. C. S. Wade y G. G. Phillips, *Constitutional Law*, Londres, Longmans, 1960, citado en P. Laurie, *Scotland Yard*, Harmondsworth, Penguin, 1972, p. 113.

⁷⁸ Laurie, *Scotland Yard...*, p. 116.

expuesto y vulnerable, estas nuevas tareas policiales hicieron que el trabajo fuera más duro y, al requerir guardias, más largo. Estos desarrollos se cruzaron directamente con el crecimiento de una ideología antipolicial explícita en la izquierda y un descenso general de la moral de la policía.

Entre 1955 y 1965, las tasas nacionales de detección de todos los delitos procesables cayeron del 49 % al 39 %. Esto no indica necesariamente una pérdida de eficacia, ya que el volumen total anual de delitos esclarecidos aumentó en un 108 %; pero mostró una sorprendente incapacidad de detección para *seguir el ritmo* del creciente volumen de delitos denunciados. Durante el mismo periodo (1955-1965) el cuerpo se mantuvo constantemente «por debajo de la cuota autorizada» (un 13 % en 1955, un 14 % en 1965) y el «despilfarro» se convirtió en un problema creciente. Al igual que sucede con las tasas de detección, la situación en Londres era peor.⁷⁹ La Royal Commission on the Police (1962) consiguió, en términos proporcionales, el mayor aumento salarial para la policía «de este siglo»,⁸⁰ pero esto no logró compensar la creciente dureza del trabajo y la frustrante sensación de estar perdiendo la «guerra contra la delincuencia».⁸¹

Nos hemos referido al deterioro de las relaciones entre la policía y la población negra en este periodo. Pero, en lo que respecta al contexto social del trabajo policial, también debemos señalar su contexto estructurante: el crecimiento del sentimiento antiinmigrante en el país. En este sentido, basta con referirse a una sucesión de puntos clave para dejar clara la tendencia general del giro: la primera *Commonwealth Immigration Act* [Ley de inmigración de la Commonwealth] (1962) que restringía la inmigración, seguida del éxito de Peter Griffiths con una candidatura antiinmigrante en Smethwick en 1964; y la inversión de la política laborista en materia de inmigración en 1965. Esta primera fase hizo que el sentimiento antiinmigrante fuera oficialmente más visible y aceptable. Luego vino el estallido del «powellismo» en 1968, el creciente discurso de la «repatriación», el crecimiento del National Front y de un lobby antiinmigración dentro del Partido Conservador y la caza de brujas de la inmigración ilegal. Cada vez era más fácil equiparar a la población negra con los «problemas sociales»; y, en su condición de «problemas sociales», cada vez tenían más contacto con la policía.⁸²

⁷⁹ Datos de McClintock y Aiston, *Crime in England and Wales...*, pp. 127, 140.

⁸⁰ *The Guardian* (extra) 16 de enero de 1973.

⁸¹ Véase T. Tullett, «The Thin Blue Line», *The Daily Mirror*, 17 de febrero de 1970; y M. De-La-Noy, «Stress and the Law: The High Cost of Being a Policeman», *The Guardian*, 29 de julio de 1974.

⁸² Sobre las relaciones raciales en este periodo, véase C. Mullard, *Black Britain*, Londres, Allen & Unwin, 1973 y D. Hiro, *Black British, White British*, Harmondsworth, Penguin, 1973.

Lambert tenía razón cuando decía: «Se puede esperar que los policías, como miembros de la sociedad británica, tengan más o menos los mismos prejuicios que sus vecinos e iguales». No obstante, su matización resultó igualmente importante: «Pero su profesión les pone en contacto con población inmigrante de color en un grado más marcado que el de sus vecinos e iguales».⁸³ En sus funciones como miembros de la policía, la policía tiene más oportunidades de ver reforzados o negados sus prejuicios, más margen y legitimidad para actuar según sus sentimientos, que la mayoría de los miembros ordinarios de la sociedad. Lambert añade que «debido a la segregación social, la policía tiene pocas o ninguna oportunidad de conocer a la ciudadanía de color, excepto en el contexto del contacto profesional».⁸⁴ Es precisamente en estas situaciones, de «contacto profesional» restringido, donde se reforzaron los estereotipos policiales sobre la inmigración. La susceptibilidad de la policía en general hacia los estereotipos es una función de su posición social peculiarmente aislada: en parte autoinducida, en parte impuesta por la ambivalencia de las actitudes sociales hacia ellos, que van, como ha dicho Jock Young, desde la «sospecha omnipresente a la franca hostilidad».⁸⁵ Como observó Lambert: «Un policía debe ser capaz de examinar a una persona muy rápidamente y determinar la manera adecuada de tratarla».⁸⁶ La población inmigrante es solo uno de los «chivos expiatorios» fácilmente disponibles para los recurrentes males económicos y sociales de un sistema en crisis; otros conocidos en el mismo periodo eran los «militantes», los «subversivos», los «comunistas», los «agitadores extranjeros», etc. Pero, mientras que estos últimos tienen poca presencia real, aunque mucha mayor presencia mediática de carácter «mítico», los inmigrantes son muy visibles y vulnerables.

El efecto más inmediato de estos contextos sociales fue el crecimiento de un «estado de ánimo» particular dentro de la policía: un estado de ánimo caracterizado por una creciente impaciencia, frustración e ira. Este estado de ánimo alcanzó su expresión más clara en las declaraciones públicas sobre la «guerra» contra la delincuencia en un claro paralelismo con el «estado de ánimo judicial» descrito anteriormente. Una de las declaraciones más publicitadas fue la realizada por Sir John Waldron en su penúltimo *Informe del comisario de la Policía Metropolitana para el año 1970*.⁸⁷ En este informe, Sir John —que entonces estaba a punto de jubilarse— decía que, durante sus años de servicio, había visto cómo las sanciones penales eran cada vez menos punitivas y, al mismo tiempo, había sido testigo del

⁸³ Lambert, *Crime, Police and Race Relations...*, p. 181.

⁸⁴ Ibídem, p. 183.

⁸⁵ Young, «The Role of the Police as Amplifiers of Deviancy, Negotiators of Reality and Translators of Fantasy...», p. 39.

⁸⁶ Lambert, *Crime, Police and Race Relations...*, p. 183.

⁸⁷ *Informe*, Londres, HMSO, 1971.

crecimiento gradual de la delincuencia violenta en Londres. Se quejaba de que la pequeña élite de delincuentes profesionales tenía poco miedo de ir a la cárcel; que construían su futuro sobre la esperanza de la libertad condicional; que tenían una sucesión de condenas durante una década o más; y que, cuando estaban en libertad, nunca se habían esforzado por mantener un empleo honesto. Su «remedio» era sugerir largas condenas en condiciones espartanas y de trabajo duro.⁸⁸ Las «preocupaciones» dominantes de la policía se hacen aquí explícitas: una mayor indulgencia, el crecimiento de la delincuencia violenta, la creciente «inmunidad» de los delincuentes profesionales, el efecto «suavizador» de la libertad condicional y su ineficacia. Como para demostrar que Sir John no estaba solo en sus puntos de vista, *The Times* también publicó (en la misma página) un ataque, escrito por el jefe de Policía de Yorkshire y el noreste de Yorkshire, casi idéntico sobre el tratamiento «blando» hacia los jóvenes. Significativamente, este último hizo explícito que pensaba que sus opiniones eran las de «muchos policías».

El ataque más agudo, directo y furioso en este frente llegó dos meses más tarde de la mano de dos oficiales superiores de policía de Scotland Yard, en una entrevista especial con *The Times*.⁸⁹ El contenido del informe era similar al de Sir John, aunque llegaba más lejos; pero el tono era muchísimo más estridente. En sus declaraciones, condenaban airadamente al Parlamento, a los tribunales y al ministerio del Interior por su persistente indulgencia con los condenados por delitos de violencia. Lamentaban el fin de las duras condiciones carcelarias; afirmaban que esta «dureza» había tenido un efecto disuasorio; expresaban su alarma por el rápido aumento de los delitos violentos. Estaban convencidos de que, a menos que se tomaran medidas firmes, dentro de cinco años las calles de Londres serían tan peligrosas como las de Nueva York y Washington en la actualidad; y, como era de esperar, los remedios que sugerían eran la vuelta a los «buenos tiempos» de las largas condenas y las condiciones penitenciarias más duras. Aunque la entrevista se publicó el mismo día que se informaba del asesinato del superintendente de policía de Blackpool, los dos acontecimientos no estaban relacionados: los agentes no estaban simplemente reaccionando con rabia al asesinato de un compañero (aunque este suceso sin duda reforzó sus convicciones). El editorial de *The Times* del día siguiente llamó la atención sobre el significado político de la declaración.⁹⁰ Después de citar el hecho de que estos puntos de vista fueran «la opinión corporativa de los altos mandos de la Policía Metropolitana», de algunos miembros del público y del Partido Conservador —un grupo de presión en absoluto insignificante—, añadió una ominosa predicción de «vientos de cambio»

⁸⁸ *The Times*, 9 de junio de 1971.

⁸⁹ *The Times*, 24 de agosto de 1971.

⁹⁰ *The Times*, 25 de agosto de 1971.

en la declaración que apuntaba «tal vez [a] la dirección en la que el péndulo del tratamiento penal está a punto de oscilar». (Debemos añadir, de paso, que la declaración de los funcionarios fue analizada críticamente por la prensa progresista, ya sea directamente o a través de eminentes portavoces progresistas, y que se consideró deficiente. Sin embargo, esta misma respuesta no se produjo 12 meses después, cuando el atraco «estalló» como una noticia importante en los medios de comunicación).⁹¹ Además de este significado político, las referencias a las «calles de Londres» y las comparaciones entre Londres y Nueva York resultan reveladoras. Al fin y al cabo, la delincuencia profesional organizada —el secuestro de camiones, el robo de bancos, el contrabando de drogas, las mafias de protección, la prostitución, los «tiroteos» entre bandas— es algo que no se produce, o no se percibe, en las calles. Lo que *sí* afecta a la «seguridad de las calles» es la delincuencia «amateur»: los tirones de carteras o bolsos, el hurto de bolsos, el carterismo, donde «cualquiera» es una víctima potencial. Y aquí la referencia a Estados Unidos es significativa. Esta solo puede significar una cosa: robos callejeros o «atracos». (Un año más tarde, al condenar a una «banda de navajeros del metro», el juez Karmel hizo la conexión de forma bastante explícita en una de las primeras sentencias «disuasorias» por atraco).⁹² Al día siguiente de la entrevista de *The Times*, *The Daily Telegraph* publicó un *editorial* «de apoyo» sobre los «crímenes violentos». En este se hacía referencia explícita a los «ataques sin sentido» y a los «atracos».

Sin embargo, cualquiera que lea los periódicos locales debe haber notado el creciente número de ataques reportados aparentemente sin sentido [...]. En muchas zonas semiurbanas, los habitantes locales se muestran recelosos de caminar en los lugares abiertos que solían ser una pacífica orilla del canal o un bosque comunal. Los atracos y robos con violencia son cada vez más frecuentes en el metro de Londres.⁹³

Casi con toda seguridad, en algún momento entre esta declaración y el comienzo del nuevo año, se formó la primera patrulla especial contra atracos.

Nuestra narración comenzó con el «primer» atraco británico. Pero ha terminado con un tema diferente, y quizás bastante inesperado: el enfrentamiento en nuestras ciudades entre «el poder policial y la población negra». Aunque no todos los «atracadores» acusados en este periodo eran negros, la situación y la experiencia de los jóvenes negros tiene, creemos, una *relación paradigmática* con todo el fenómeno de los «atracos». Esperamos reforzar este vínculo con pruebas, ilustraciones y argumentos a medida que

⁹¹ Véase *The Guardian* y *The Times*, 25 de agosto de 1971; *The Sunday Times* y *The Observer*, 29 de agosto de 1971.

⁹² *The Evening Standard*, 25 de septiembre de 1972.

⁹³ *The Daily Telegraph*, 25 de agosto de 1971.

avance el libro. Sin embargo, recordemos en este punto cómo llegamos a esta conexión. Inicialmente nos centramos en el periodo en el que el «atraco» se hizo públicamente visible, en los tribunales y en los medios de comunicación, como un problema social, hasta su relativo «declive»: aproximadamente, de agosto de 1972 a octubre de 1973. La intersección entre los tribunales, los medios de comunicación y el «atraco» en este periodo no es difícil de descubrir. A continuación, pasamos a analizar la organización interna del mundo judicial, así como algunas de las novedades que se producen dentro de este. Luego pasamos a la policía. Pero, en contraste con los tribunales y los medios de comunicación, el papel de la policía nos pareció peculiarmente «invisible», aunque no sea sorprendente. En cierto sentido, esta «invisibilidad» era de esperar. La policía aparece de cierta manera en los medios de comunicación y en el debate público. Pero la organización *interna* de la policía, por el contrario, no suele ser objeto de mucha publicidad; y sus planes, esquemas de contingencia, movilización sobre el terreno, etc., se gestionan con mucha cautela, tal y como era de esperar, dado su papel en la detección, aprehensión y prevención de la delincuencia.

Esta «invisibilidad» parcial del papel de la policía nos pareció especialmente significativa, ya que las pruebas parecían apuntar claramente al hecho de que, algunos meses *antes* de que los tribunales y los medios de comunicación consideraran el «atraco» como un problema social acuciante, se había producido una importante movilización de recursos, atención y energías por parte de la propia policía. De hecho, los tribunales no pudieron estar desbordados de casos de «atracos» en septiembre de 1972 a menos que la policía hubiera estado activa en este mismo frente algunos meses antes. Esto nos obligó a considerar el papel de la policía en el pánico de los «atracos» de una manera algo diferente. Si la policía estaba tan sensibilizada con la amenaza real o percibida de los «atracos» *antes* de que la palabra «atraco» fuera de dominio público, entonces esa actividad previa debe haberse basado en una definición *institucional* de ciertos tipos o patrones de delincuencia que «se suman» o que «son interpretables como» el comienzo de una ola de «atracos», esto es, de una «nueva cepa de delincuencia». Al mirar a la policía, por lo tanto, nos vemos obligados a retroceder, detrás de los titulares y antes de las homilías de los jueces, a un periodo anterior, «previo a los atracos», a las actividades que pertenecen a los aspectos restringidos del Estado, más que a los públicos; o a las relaciones entre la policía y la sociedad que son anteriores y posteriores a los intercambios inmediatos entre la policía y el atracador. Al margen de la epidemia de «atracos», surge así *su historia previa*: la historia más larga y compleja del llamativo deterioro de las relaciones entre la policía y la población negra, especialmente entre la policía de ciertas zonas de las grandes ciudades y sectores de la juventud negra. Solo en este contexto puede

evaluarse y comprenderse adecuadamente el papel *innovador* de la policía en la generación de un pánico moral.

El análisis del papel de los medios de comunicación, de la judicatura y de la policía realizado en estos capítulos pone de manifiesto el carácter *social*, más que estrictamente jurídico o estadístico, del tipo de delincuencia que nos ocupa, y que produce diferentes tipos de respuesta por parte del Estado. Una vez comprendido este punto, es difícil seguir considerando a las instancias de significación y control público, como la policía, los tribunales y los medios de comunicación, como si fueran reactores pasivos ante situaciones delictivas inmediatas, simples y claras. Estas instancias deben entenderse como parte activa y continua de todo el proceso al que, además, están «reaccionando». Participan activamente en la definición de las situaciones, en la selección de los objetivos, en la iniciación de «campañas», en la estructuración de estas campañas, en la significación selectiva de sus acciones para el público en general, en la legitimación de sus acciones a través de los relatos de las situaciones que producen. No se limitan a responder al «pánico moral». Forman parte del círculo en el que se desarrollan los «pánicos morales». También es parte de la paradoja que, consciente o inadvertidamente, *amplifiquen* la desviación, con respecto a la cual parecen tan absolutamente comprometidos en controlar. Esto tiende a sugerir que, aunque sean actores cruciales en el drama del «pánico moral», también están representando un guión que no han escrito.

III

LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE NOTICIAS

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN no se limitan a informar de forma transparente sobre acontecimientos que son «naturalmente» noticiables *por sí mismos*. La «noticia» es el producto final de un complejo proceso que comienza con una clasificación y selección sistemática de acontecimientos y temas según un conjunto de categorías construidas socialmente. Como dice MacDougall:

En todo momento se producen miles de millones de acontecimientos simultáneos en todo el mundo [...]. Todos estos sucesos son potencialmente noticias. Pero no se vuelven noticia hasta que algún proveedor da cuenta de ellos. La noticia, en otras palabras, es el relato del acontecimiento, no algo intrínseco al mismo.¹

Un aspecto de la estructura de la selección de noticias puede verse en la organización rutinaria de los periódicos con respecto de los tipos o secciones regulares de noticias. Dado que los periódicos se dedican a una producción regular de noticias, estos factores organizativos afectan, a su vez, a lo que se selecciona. Por ejemplo, los periódicos tienen una predisposición por determinado tipo de acontecimientos y temas en función de la organización de su propio personal (por ejemplo, corresponsales y departamentos especializados, fomento de los contactos institucionales, etc.), así como de la estructura de los propios periódicos (por ejemplo, noticias nacionales, extranjeras, políticas, deportivas, etc.).²

Dado que la organización y el personal de un periódico están por lo general orientados hacia ciertas categorías de objetos, queda aún el problema de seleccionar, entre los muchos artículos que compiten dentro de cualquier categoría, aquellos que se consideran de interés para el lector. Aquí es donde

¹ C. MacDougall, *Interpretative Reporting*, Nueva York, Macmillan, 1968, p. 12.

² Para una explicación más completa del impacto de estos factores «burocráticos» en la producción de noticias, véase P. Rock, «News as Eternal Recurrence» en S. Cohen y J. Young (eds.), *The Manufacture of News: Social Problems, Deviance and the Mass Media*, Londres, Constable, 1973.

la *ideología profesional* de lo que constituye una «buena noticia» —el sentido del *valor informativo* del periodista— comienza a estructurar el proceso. En el nivel más general, esto implica una orientación hacia las noticias «fuera de lo común», las que de alguna manera rompen nuestras expectativas «normales» sobre la vida social, el terremoto repentino o el alunizaje, por ejemplo. Podríamos llamar a esto el *valor como noticia primario* o *cardinal*. Sin embargo, es evidente que la «excepcionalidad» no agota la lista, tal y como revela un vistazo a cualquier periódico: los acontecimientos que conciernen a personas o naciones de élite; los acontecimientos dramáticos; los acontecimientos que pueden personalizarse para poner de relieve las características esencialmente humanas del humor, la tristeza, el sentimentalismo, etc.; los acontecimientos que tienen consecuencias negativas, y los acontecimientos que forman parte, o pueden parecer parte, de un tema noticiable existente, son todos ellos posibles noticias.³ Las catástrofes, los dramas, las peripecias cotidianas —graciosas y trágicas— de la gente corriente, la vida de los ricos y los poderosos, así como temas eternos como el fútbol (en invierno) y el cricket (en verano), encuentran su lugar habitual en las páginas de un periódico. De aquí se desprenden dos cosas: la primera es que los periodistas tienden a *resaltar* los elementos extraordinarios, dramáticos, trágicos, etc., de una noticia a fin de aumentar su interés periodístico; la segunda es que los acontecimientos que tienen una alta puntuación en algunos de estos valores tendrán un mayor potencial noticiable que los que no la tienen. Y los acontecimientos que puntúan alto en *todas* las dimensiones, como el asesinato de Kennedy (es decir, que son *inesperados* y dramáticos, con consecuencias *negativas*, así como las *tragedias humanas* que implican a *personas de la élite* que gobierna una *nación extremadamente poderosa*, lo que posee el estatus de *tema recurrente* en la prensa británica), se van a convertir en *tan* noticiables que los programas habituales son interrumpidos para que estos temas puedan ser comunicados inmediatamente.

Cuando más adelante consideremos el caso del atraco, diremos algo sobre cómo estos valores informativos tienden a funcionar juntos, como una estructura. Sin embargo, para nuestro propósito actual, es suficiente decir que el valor de noticia proporciona los criterios en las prácticas habituales del periodismo que permiten a los periodistas, editores y reporteros decidir rutinaria y regularmente qué historias son «de interés periodístico» y cuáles no, qué historias son las principales y cuáles son relativamente insignificantes, qué historias se publican y cuáles se abandonan.⁴ Aunque

³ Véase J. Galtung y M. Ruge, «Structuring and Selecting News», en Cohen y Young (eds.), *The Manufacture of News...*

⁴ Véase ibidem; K. Nordenstreng, «Policy for News Transmission» en D. McQuail (ed.), *Sociology of Mass Communications*, Harmondsworth, Penguin, 1972. W. Breed, «Social Control in the Newsroom? A Functional Analysis», *Social Forces*, núm. 33, mayo de 1955; y S. Hall, «Introduction», en Smith *et al.* (eds.), *Paper Voices...*

no están escritos, ni codificados, ni se transmiten formalmente, los criterios de valor de las noticias parecen ser ampliamente compartidos entre los diferentes medios de comunicación (aunque más adelante hablaremos de la forma en que estos se *inflexionan* de manera diferente en cada periódico) y forman un elemento central en la socialización profesional, la práctica y la ideología de los periodistas.

Estos dos aspectos de la producción social de las noticias —la organización burocrática, en tipos o categorías específicas, de los medios de comunicación que producen las noticias y la estructura de valores de las noticias, que ordena la selección y clasificación de historias particulares dentro de estas categorías— son solo una parte del proceso. El tercer aspecto —el momento de la *construcción* de la propia noticia— es igualmente importante, aunque menos evidente. Se trata de la presentación del artículo a su *supuesto* público, en los términos que, en la medida en que puedan juzgarlo los presentadores del mismo, lo harán comprensible para ese público. Para que el mundo no se represente como un amasijo de acontecimientos aleatorios y caóticos, hay que identificarlos (es decir, nombrarlos, definirlos, relacionarlos con otros acontecimientos conocidos por el público) y asignarles un contexto social (es decir, situarlos en un marco de significados conocido por el público). Este proceso —identificación y contextualización— es uno de los más importantes a la hora de que los medios de comunicación «den sentido» a los acontecimientos. Un acontecimiento solo «tiene sentido» si puede situarse dentro de una serie de identificaciones sociales y culturales conocidas. Si los periodistas no dispusieran de esos «mapas» culturales del mundo social, no podrían «dar sentido» a los acontecimientos inusuales, inesperados e imprevistos que constituyen el contenido básico de lo que es «noticiable». Las cosas son noticiables porque representan el carácter cambiante, imprevisible y conflictivo del mundo. Pero estos acontecimientos no pueden permanecer en el limbo de lo «aleatorio», sino que deben ser llevados al horizonte de lo «significativo». Esta introducción de los acontecimientos en el ámbito de los significados implica, en esencia, remitir los acontecimientos inusuales e inesperados a los «mapas de significado» que ya forman la base de nuestro conocimiento cultural, en los que el mundo social *ya* está «cartografiado». La identificación social, la clasificación y la contextualización de los acontecimientos informativos en función de estos marcos de referencia es el proceso fundamental mediante el cual los medios de comunicación hacen que el mundo del que informan sea inteligible para lectores y espectadores. Este proceso de «hacer inteligible un acontecimiento» es un proceso social, constituido por una serie de prácticas periodísticas específicas, que encarnan (a menudo solo implícitamente) suposiciones cruciales sobre lo que es la sociedad y cómo funciona.

Uno de estos presupuestos es la naturaleza *consensuada* de la sociedad: el proceso de *significación* —que otorga significados sociales a los acontecimientos— a la vez entiende la sociedad como un «*consenso*» y ayuda a construirlo. Existimos como miembros de una sociedad concreta porque —se supone— compartimos un acervo común de conocimientos culturales con nuestros semejantes: tenemos acceso a los mismos «mapas de significados». No solo somos capaces de manipular estos «mapas de significado» para comprender los acontecimientos, sino que tenemos unos intereses, valores y preocupaciones fundamentales en común, que estos mapas encarnan o reflejan. Todos queremos mantener, o básicamente mantenemos, la misma perspectiva sobre los acontecimientos. Desde este punto de vista, lo que nos une, como sociedad y como cultura —su lado consensuado— supera con creces lo que nos divide y distingue como grupos o clases de otros grupos. Ahora bien, en un cierto nivel, la existencia de un consenso cultural es una verdad evidente; es la base de toda comunicación social.⁵ Si no fuéramos miembros de la misma comunidad lingüística, literalmente no podríamos comunicarnos entre nosotros. En un nivel más general, si no habitáramos, en cierta medida, las mismas clasificaciones de la realidad social, no podríamos «dar sentido al mundo juntos». Sin embargo, en los últimos años, este hecho cultural básico sobre la sociedad se ha elevado a un nivel ideológico extremo. Dado que ocupamos la misma sociedad y pertenecemos aproximadamente a la misma «cultura», se supone que existe, básicamente, una sola perspectiva de los acontecimientos: la que proporciona lo que a veces se denomina *la cultura*, o (según algunos científicos sociales) el «sistema central de valores». Este punto de vista niega cualquier discrepancia estructural importante entre los diferentes grupos, o entre los muy diferentes mapas de significado de una sociedad. Este punto de vista «consensuado» tiene importantes consecuencias políticas cuando se utiliza como base para la comunicación. Conlleva la suposición de que todos tenemos aproximadamente los mismos *intereses* en la sociedad y que todos tenemos aproximadamente la misma cuota de poder en la sociedad. Esta es la esencia de la idea del consenso político. Las visiones «consensuadas» representan la sociedad como si no hubiera grandes rupturas culturales o económicas, ni grandes conflictos de intereses entre clases y grupos. Se dice que, independientemente de los desacuerdos, existen medios legítimos e institucionalizados para expresarlos y conciliarlos. Se supone que el «libre mercado» de opiniones y de medios de comunicación garantiza la conciliación de las discontinuidades culturales entre un grupo y otro. Se supone que las instituciones políticas —el parlamento, el bipartidismo, la representación política, etc.— garantizan la igualdad de

⁵ L. Wirth, «Consensus and Mass Communications», *American Sociological Review*, núm. 13, 1948.

acceso de todos los grupos al proceso de toma de decisiones. Se supone que el crecimiento de la economía de «consumo» ha creado las condiciones económicas para que todos participen en la creación y distribución de la riqueza. El Estado de derecho nos protege a todos por igual. Esta visión consensuada de la sociedad es particularmente fuerte en las sociedades capitalistas modernas, democráticas y organizadas; y los medios de comunicación se encuentran entre las instituciones cuyas prácticas se basan más amplia y consistentemente en la suposición de un «consenso nacional». Así, cuando los medios de comunicación «mapean» los acontecimientos y los dotan de marcos de significado e interpretación, se asume que todos poseemos y sabemos utilizar estos marcos por igual, que se extraen de las mismas estructuras de comprensión para todos los grupos sociales y todos los públicos. Por supuesto, se admite que en la formación de la opinión, al igual que en la política y la vida económica, habrá diferencias de punto de vista, desacuerdos, discusiones y oposiciones; pero se entiende que estas tienen lugar dentro de un marco básico más amplio de acuerdo —«el consenso»— al que todo el mundo se adhiere y dentro del cual toda disputa, desacuerdo o conflicto de intereses puede reconciliarse mediante el debate, sin recurrir a la confrontación o la violencia. La fuerza de esta apelación al consenso quedó claramente reflejada en el discurso del primer ministro Edward Heath, tras la resolución de la huelga de los mineros en 1972 (lo que sugiere que el recurso explícito al consenso es más frecuente cuanto más visible es el conflicto):

En el tipo de país en el que vivimos no puede haber ningún «nosotros» o «ellos». Solo hay «nosotros»; todos nosotros. Si el gobierno es «derrotado», entonces el país ha sido derrotado, porque el gobierno es solo un grupo de personas elegidas para hacer lo que la mayoría de «nosotros» quiere que se haga. En eso consiste nuestro modo de vida. Realmente no importa si estamos en un piquete, en una manifestación o en la Cámara de los Comunes. Todos estamos acostumbrados a discutir pacíficamente. Pero cuando se utiliza la violencia o la amenaza de la violencia, se pone en tela de juicio lo que la mayoría de nosotros considera la forma correcta de hacer las cosas. No creo que se elija a ningún gobierno para permitir que eso ocurra y puedo prometerles que no se tolerará dondequiera que ocurra.⁶

Los acontecimientos, como las noticias, se interpretan regularmente dentro de marcos que derivan, en parte, de esta idea del *consenso* como la característica básica de la vida cotidiana. Se elaboran mediante una serie de

⁶ *The Times*, 28 de febrero de 1973; citado en G. Murdock, «Political Deviance: The Press Presentation of a Militant Mass Demonstration» en Cohen y Young (eds.), *The Manufacture of News...*, p. 157.

«explicaciones», imágenes y discursos que articulan lo que se supone que la audiencia piensa y sabe sobre la sociedad. La importancia de este proceso a la hora de *reforzar* las nociones consensuadas ha sido recientemente subrayada por Murdock:

Esta presentación habitual de las noticias dentro de marcos ya conocidos tiene dos consecuencias importantes. En primer lugar, recarga y amplía las definiciones e imágenes en cuestión y las mantiene en circulación como parte del acervo común de conocimientos asumidos [...]. En segundo lugar, «transmite una impresión de recurrencia eterna, de la sociedad como un orden social que está hecho de movimiento, pero no de innovación».⁷

También en este caso, al subrayar la continuidad y la estabilidad de la estructura social, y al afirmar la existencia de un conjunto de supuestos comúnmente compartidos, las definiciones de la situación coinciden con las nociones esenciales consensuadas, al tiempo que las refuerzan.⁸

¿Cuál es entonces el significado subyacente de la función de encuadre e interpretación de la presentación de las noticias? Apuntamos que radica en el hecho de que los medios de comunicación suelen presentar información sobre acontecimientos que ocurren fuera de la experiencia directa de la mayoría de la sociedad. Así, los medios de comunicación representan la principal fuente de información, y a menudo la única, sobre muchos acontecimientos y temas importantes. Además, dado que las noticias se refieren de forma recurrente a acontecimientos «nuevos» o «inesperados», los medios de comunicación participan en la tarea de hacer comprensible lo que podríamos denominar una «realidad problemática». Los acontecimientos problemáticos rompen nuestras expectativas comunes y, por lo tanto, son una amenaza para una sociedad basada en las expectativas de consenso, orden y rutina. Por eso, la representación por parte de los medios de comunicación de los acontecimientos problemáticos dentro de la comprensión convencional de la sociedad resulta crucial en dos sentidos. Los medios de comunicación definen para la mayoría de la población *qué* acontecimientos significativos están teniendo lugar, pero, además, ofrecen poderosas interpretaciones sobre *cómo* entender estos acontecimientos. En esas interpretaciones están implícitas orientaciones hacia los acontecimientos, así como hacia las personas o grupos implicados en los mismos.

⁷ Rock, «News as Eternal Recurrence...».

⁸ G. Murdock, «Mass Communication and the Construction of Meaning» en N. Armistead (ed.), *Rethinking Social Psychology*, Harmondsworth, Penguin, 1974, pp. 208-209. Véase también S. Hall, «A World at One with Itself», *New Society*, 18 de junio de 1970; y J. Young, «Mass Media, Deviance and Drugs...».

Definidores primarios y secundarios

En esta sección queremos empezar a explicitar el «encaje» entre las ideas dominantes y las ideologías y prácticas profesionales de los medios de comunicación. Esto no puede atribuirse simplemente —como a veces ocurre en las simplificadoras teorías de la conspiración— al hecho de que los medios de comunicación son en gran parte de propiedad capitalista (aunque esa estructura de propiedad está muy extendida), ya que esto supondría ignorar la «autonomía relativa» cotidiana del periodista y de los productores de noticias respecto del control económico directo. Queremos, en cambio, llamar la atención sobre las *estructuras* más rutinarias de la producción de noticias para ver cómo los medios de comunicación llegan de hecho, en «última instancia», a *reproducir las definiciones de los poderosos*, sin estar, en un sentido simple, a sueldo de los mismos. Aquí debemos insistir en una distinción crucial entre *definidores primarios* y *secundarios* de los acontecimientos sociales.

Los medios de comunicación no crean noticias de forma autónoma, antes bien se les «indican» nuevos temas específicos a través de fuentes institucionales estables y fiables. Como señala Paul Rock:

En general, los periodistas se posicionan para poder tener acceso a las instituciones que generan un volumen útil de actividad informativa a intervalos regulares. Algunas de estas instituciones se hacen visibles, por supuesto, mediante una puesta en escena, o a través de comunicados y agentes de prensa. Otras son conocidas por producir regularmente acontecimientos relevantes. Los tribunales, los recintos deportivos y el parlamento fabrican de manera mecánica noticias que son [...] asimiladas por la prensa.⁹

Una de las razones tiene que ver con las presiones internas de la producción de noticias, como señala Murdock:

Las incisantes presiones de tiempo y los consiguientes problemas de asignación de recursos y de los horarios de trabajo en las agencias de noticias pueden reducirse o aliviarse cubriendo «eventos preprogramados»; es decir, eventos que han sido anunciados de antemano por sus convocantes. Sin embargo, una de las consecuencias de adoptar esta solución a los problemas de programación es el aumento de la dependencia de los periodistas de las fuentes de noticias dispuestas y capaces de programar previamente sus actividades.¹⁰

⁹ Rock, «News as Eternal Recurrence...», p. 77.

¹⁰ Murdock, «Mass Communication and the Construction of Meaning...», p. 210.

La segunda tiene que ver con el hecho de que la información de los medios de comunicación se rige por las nociones de «imparcialidad», «equilibrio» y «objetividad». Esto se aplica formalmente a la televisión (una situación casi de monopolio, en la que el Estado está directamente implicado en un sentido regulador), pero también existen «reglas» ideológicas profesionales similares en el periodismo.¹¹ Un resultado de estas normas es la distinción, cuidadosamente estructurada, entre «hechos» y «opinión», de la que hablaremos en un capítulo posterior. Para nuestro propósito actual, lo importante es que esas normas profesionales dan lugar a la práctica de garantizar que las declaraciones de los medios de comunicación se basen, siempre que sea posible, en declaraciones «objetivas» y «autorizadas» de fuentes «acreditadas». Esto implica recurrir constantemente a los representantes acreditados de las principales instituciones sociales: diputados para los temas políticos, empresarios y dirigentes sindicales para los asuntos industriales, etc. Estos representantes institucionales están «acreditados» por su poder y posición institucional, pero también por su condición de «representantes»: o bien representan al «pueblo» (diputados, ministros, etc.) o bien a grupos organizados de interés (que es como se considera ahora al TUC y al CBI¹²). Una última «fuente acreditada» es el «experto»: su vocación —la búsqueda «desinteresada» del conocimiento— y no su posición o su representatividad, confieren «objetividad» y «autoridad» a sus declaraciones. Irónicamente, las mismas normas que pretenden preservar la imparcialidad de los medios de comunicación, y que surgieron de los deseos de una mayor neutralidad profesional, también sirven muy eficazmente para orientar a los medios de comunicación hacia las «definiciones de la realidad social» que proporcionan sus «fuentes acreditadas»: los portavoces institucionales.

Estos dos aspectos de la producción de noticias —las presiones prácticas de trabajar constantemente contrarreloj y las exigencias profesionales de imparcialidad y objetividad— se combinan para producir un *acceso excepcional* a los medios de comunicación, sistemáticamente estructurado, para quienes ocupan posiciones institucionales poderosas y privilegiadas. Así, los medios de comunicación tienden a reproducir, fiel e imparcialmente, la estructura de poder existente en el orden institucional de la sociedad. Es lo que Becker ha denominado «la jerarquía de credibilidad», es decir, la probabilidad de que se acepten las definiciones de quienes ocupan posiciones poderosas o de alto estatus en la sociedad y ofrecen opiniones sobre temas controvertidos, porque se entiende que esos portavoces tienen acceso a

¹¹ Para un relato histórico de la evolución de esas normas, véase J. W. Carey, «The Communications Revolution and the Professional Communicator», *Sociological Review Monograph*, núm. 13, 1969.

¹² Trade Union Congress (Federación sindical británica) y Confederation of British Industry (organización patronal). [N. de la T.]

información más precisa o más especializada sobre determinados temas que la mayoría de la población.¹³ El resultado de esta preferencia estructurada que se produce en los medios de comunicación por las opiniones de las personas con poder es que estos «portavoces» se convierten en lo que llamamos *definidores primarios de los temas*.

¿Qué importancia tiene esto? Se podría argumentar, con razón, que gracias a la exigencia de «equilibrio» —una de las normas profesionales de las que aún no nos hemos ocupado— las definiciones alternativas son también escuchadas: cada «bando» *puede* presentar su caso. De hecho, como veremos en detalle en el próximo capítulo, la configuración de un tema en términos de un debate en el que hay oposiciones y conflictos es también una forma de *dramatizar* un acontecimiento a fin de aumentar su interés periodístico. Lo importante de la relación estructurada entre los medios de comunicación y los principales definidores institucionales es que permite a los definidores institucionales establecer la definición inicial o la *interpretación primaria* del tema en cuestión. Esta interpretación «lidera» todo el tratamiento posterior y establece los términos de referencia dentro de los cuales tiene lugar toda la cobertura o el debate subsiguiente. Los argumentos *en contra de* una interpretación primaria se ven forzados a insertarse en *su* definición de «lo que está en juego»: deben partir de este marco de interpretación como punto de partida. Una vez establecido, este marco interpretativo inicial —lo que Lang y Lang han llamado una «estructura inferencial»¹⁴— es extraordinariamente difícil de alterar en lo fundamental. Por ejemplo, una vez que las relaciones raciales en Gran Bretaña han sido definidas como un «problema de números» (es decir, cuánta población negra hay en el país), entonces incluso los portavoces progresistas, como es el caso cuando muestran que las cifras de la inmigración negra se han hinchado, se ven obligados a suscribir, implícitamente, la opinión de que el debate es «esencialmente» *sobre números*. Del mismo modo, Halloran y sus colaboradores han demostrado claramente cómo la «estructura inferencial» de la violencia —una vez establecida en el periodo previo— dominó la cobertura de la segunda manifestación contra Vietnam y de los acontecimientos de Grosvenor Square, a pesar de todas las pruebas de primera mano que contradecían directamente esa interpretación.¹⁵ En efecto, la definición primaria *establece el límite* de todo el debate posterior al *enmarcar cuál es el problema*. Este marco inicial proporciona los criterios por los que todas las contribuciones posteriores se etiquetan como «relevantes»

¹³ H. Becker, «Whose Side Are We On?» en J. D. Douglas (ed.), *The Relevance of Sociology*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1972.

¹⁴ K. Lang y G. Lang, «The Inferential Structure of Political Communications», *Public Opinion Quarterly*, núm. 19, verano de 1955.

¹⁵ J. D. Halloran, P. Elliott y G. Murdock, *Demonstrations and Communication: A Case Study*, Harmondsworth, Penguin, 1970.

para el debate o «irrelevantes», es decir, que no vienen al caso. Las contribuciones que se desvían de este marco se exponen a la acusación de que «no abordan el problema». ¹⁶

De este modo, los medios de comunicación no se limitan a «crear» las noticias, ni a transmitir la ideología de la «clase dominante» de forma conspirativa. De hecho, hemos sugerido que, en un sentido crítico, los medios de comunicación a menudo no son en absoluto los «definidores primarios» de los acontecimientos noticiosos; no obstante, su relación estructurada con el poder tiene el efecto de hacerles desempeñar un papel secundario, si bien crucial en la *reproducción* de las definiciones de aquellos que tienen acceso privilegiado, por derecho, a los medios de comunicación como «fuentes acreditadas». Desde este punto de vista, en el momento de la producción de noticias, los medios de comunicación se encuentran en una posición de subordinación estructurada a los definidores primarios.

Esta relación estructurada —entre los medios de comunicación y sus «poderosas» fuentes— es la que empieza a plantear la cuestión poco atendida del *papel ideológico* de los medios de comunicación. Es esto lo que comienza a dar sustancia y especificidad al argumento básico de Marx de que «las ideas dominantes de cualquier época son las ideas de su clase dominante». Lo que defiende Marx es que este dominio de las «ideas dominantes» opera principalmente porque, además de la propiedad y el control de los medios de producción material, esta clase también posee y controla los medios de «producción intelectual». Al producir su definición de la realidad social, y el lugar de la «gente común» dentro de ella, construyen una imagen particular de la sociedad que representa los intereses particulares de clase como los intereses de todos los miembros de la sociedad. Debido a su control sobre los recursos materiales e intelectuales, y a su dominio sobre las principales instituciones de la sociedad, las definiciones de esta clase sobre el mundo social proporcionan el fundamento básico de las instituciones que protegen y reproducen su «modo de vida». Este control de los recursos intelectuales garantiza que sus definiciones sean las más poderosas y «universales» entre las disponibles en el entorno social. Su universalidad garantiza que sean compartidas en cierta medida por las clases subordinadas de la sociedad. Quienes gobiernan, gobiernan también a través de las ideas; por lo tanto, gobiernan principalmente con el consentimiento de las clases subordinadas y no a través de su coerción abierta. Parkin señala algo similar: «Las definiciones sociales y políticas de quienes ocupan posiciones dominantes tienden a objetivarse en los principales órdenes institucionales, proporcionando así el marco moral para todo el sistema social». ¹⁷

¹⁶ Véase S. Hall, «The “Structured Communication” of Events», ponencia para el Simposio sobre los Obstáculos a la Comunicación, UNESCO/División de Filosofía; Clarke *et al.*...

¹⁷ F. Parkin, *Class Inequality and Political Order*, Londres, MacGibbon & Kee, 1971, p. 83.

En las principales instituciones sociales, políticas y jurídicas de la sociedad, la coacción y la restricción nunca están totalmente ausentes. Esto es tan cierto en el caso de los medios de comunicación como en cualquier otro. Por ejemplo, los reporteros y los reportajes *están* sometidos a restricciones económicas y legales, así como a formas más abiertas de censura (por ejemplo, en la cobertura de los acontecimientos en Irlanda del Norte). Pero la transmisión de las «ideas dominantes» depende, para su reproducción, *más* de los mecanismos no coercitivos. Las estructuras jerárquicas de mando y revisión, la socialización informal en los roles institucionales, la sedimentación de las ideas dominantes en la «ideología profesional», todo ello contribuye a garantizar, dentro de los medios de comunicación, su continua reproducción de la forma dominante. Lo que hemos señalado en esta sección es *precisamente cómo una práctica profesional concreta garantiza que los medios de comunicación, de forma efectiva pero «objetiva», desempeñen un papel clave en la reproducción del campo dominante de las ideologías dominantes.*

Medios de comunicación en acción: reproducción y transformación

Hasta ahora hemos considerado los procesos a través de los cuales se garantiza la «reproducción de las ideologías dominantes» en los medios de comunicación. Debe quedar claro que esta reproducción, en nuestra opinión, es el producto de un conjunto de *imperativos estructurales*, no de una conspiración abierta con quienes ocupan posiciones de poder. Sin embargo, el ciclo completo de la «reproducción ideológica» no estará completo hasta que hayamos mostrado el proceso de *transformación* que los propios medios de comunicación deben realizar sobre la «materia prima» (hechos e interpretaciones) que los poderosos proporcionan, a la hora de procesar estas historias «potenciales» en su forma mercantil final como noticias. Si en el apartado anterior se hacía hincapié en una orientación relativamente pasiva hacia las definiciones «autorizadas» de los poderosos, en este apartado nos interesa examinar los aspectos de la creación de noticias en los que los medios de comunicación desempeñan un papel más autónomo y activo.

El primer punto en el que los medios de comunicación entran activamente en juego es el de la *selectividad*. No todas las declaraciones de un definidor primario relevante con respecto de un tema concreto son susceptibles de ser reproducidas en los medios de comunicación; tampoco lo son todas las partes de cada declaración. En la selección, los medios de comunicación comienzan a imponer sus propios criterios sobre la «materia prima» estructurada; así se apropián activamente de ella y la transforman.

Ya hemos destacado cómo los criterios de selección —una mezcla de limitaciones profesionales, técnicas y comerciales— sirvieron para orientar a los medios de comunicación en general hacia las «definiciones de los poderosos». Aquí, en cambio, queremos subrayar que esos criterios —comunes a todos los periódicos— son, sin embargo, apropiados, evaluados y operativizados *de manera diferente* por cada periódico. En resumen, que el sentido profesional de lo noticiable de cada periódico, su organización y entorno técnico (en términos del número de periodistas que trabajan en determinadas áreas informativas, de la cantidad de espacio de columna que se dedica habitualmente a ciertos tipos de noticias, etc.), y el concepto de su público o de los lectores habituales, es diferente. Estas diferencias son, en conjunto, las que producen las diferentes «personalidades sociales» de los periódicos. La orientación dominante de *The News of the World* hacia lo «escandaloso» y lo sexual, y la inquietud de *The Daily Mirror* por la faceta de «interés humano» de las historias, son solo dos ejemplos obvios de estas diferencias internas de las «personalidades sociales». Es aquí, al entrar en juego la propia «personalidad social» de cada periódico, donde comienza el trabajo de transformación propiamente dicho.¹⁸

Un aspecto aún más significativo del «trabajo mediático» es la actividad de transformar un acontecimiento en una noticia terminada. Esto tiene que ver con el modo en que los medios de comunicación *codifican* una noticia en una forma lingüística concreta. Al igual que cada periódico, como acabamos de argumentar, tiene un marco organizativo, un sentido de la noticia y unos lectores particulares, cada uno de ellos desarrollará también un *modo de dirigirse* habitual y característico. Esto significa que el mismo tema, las mismas fuentes y las mismas estructuras inferenciales aparecerán de forma diferente, incluso en periódicos con una perspectiva similar, ya que las diferentes retóricas tendrán un efecto importante en la inflexión del artículo original. Para determinar la forma de dirigirse a los lectores, resulta especialmente importante la porción del espectro de lectores a la que el periódico se dirige habitualmente: su público objetivo. El lenguaje empleado será, por lo tanto, la *versión propia de cada periódico del lenguaje del público al que se dirige principalmente*: su versión de la retórica, la imaginería y el acervo común de conocimientos subyacente que supone que su audiencia comparte y que, por lo tanto, constituye la base de la reciprocidad entre productor y lector. Por eso queremos llamar a esta forma de dirigirse —diferente para cada medio de comunicación— el *idioma público* de los medios de comunicación.

Aunque hemos insistido aquí en los *diferentes lenguajes* de los distintos periódicos, este énfasis no debe exagerarse. No se trata de esa amplia

¹⁸ Sobre las transformaciones de *The Daily Mirror*, véase Smith *et al.*, *Paper Voices...*

gama pluralista de voces que a veces se considera representan los medios de comunicación, sino de una gama *dentro de ciertos límites ideológicos claros*. Aunque cada periódico puede considerar que se dirige a un sector diferente del público lector de periódicos (o aunque diferentes tipos de periódicos compitan por diferentes sectores del público), el «consenso de valores» está tan profundamente arraigado en todas las formas de lenguaje público que es *más limitado* de lo que la variedad de las formas de «lenguaje en uso» público podría sugerir. Se supone que sus públicos, por muy distintos que sean, se encuentran dentro de ese amplísimo espectro de «hombres razonables», y se dirigen en general a los lectores en esos términos.

La codificación de las noticias y los temas en distintas variaciones del lenguaje público proporciona un elemento significativo de variación en el proceso de transformación de las noticias en su forma final; pero, al igual que en el caso anteriormente tratado de la «objetividad» y la «imparcialidad», esta variación no está necesariamente en desacuerdo estructural con el proceso que hemos llamado «reproducción ideológica», ya que la traducción de una noticia a una variante del lenguaje público sirve también para *traducir a un lenguaje público las declaraciones y puntos de vista de los principales definidores*. Esta traducción de los puntos de vista oficiales a un lenguaje público no solo hace que los primeros estén más «disponibles» para los no iniciados, sino que los inviste de fuerza y resonancia popular, naturalizándolos en el horizonte de comprensión de los distintos públicos. El siguiente ejemplo servirá de ilustración. *The Daily Mirror* del 14 de junio de 1973 informaba de la presentación por parte del inspector jefe de la policía de su *Informe anual*, en el que afirmaba que «el aumento de los delitos violentos en Inglaterra y Gales había despertado una justificada preocupación pública». Lo que hace el *Mirror* en este caso es *trasladar la* preocupación del inspector jefe por el aumento de los delitos violentos entre los jóvenes a una modalidad más dramática, más connotativa y más popular: un titular de prensa que dice, simplemente, «Reino Unido a la gresca: La “violencia descerebrada” de los matones preocupa a la jefatura de policía». Este titular dota al sobrio *Informe* de un valor informativo dramático. Transpone la sobria jerga oficial del informe a una retórica más noticiosa. Pero también inserta la declaración en una imaginería popular, establecida hace ya mucho tiempo, incluido el uso creado por la propia cobertura del periódico de las actividades «violentas» de los hooligans de fútbol y de las «bandas» de skinheads. Esta traducción a un lenguaje público presta al artículo una referencia *pública externa* y una validez en imágenes y connotaciones ya sedimentadas en el conocimiento almacenado que comparten el periódico y su público. Este referente público externo es importante porque sirve para *objetivar* un asunto público. Es decir, la divulgación de un tema en los medios de comunicación puede otorgarle un estatus más

«objetivo» como cuestión *real* (válida) de interés público que si se hubiera quedado en un mero informe realizado por expertos y especialistas. La atención de los medios de comunicación confiere el estatus de gran preocupación pública a los temas que se destacan; estos generalmente pasan a ser entendidos por todo el mundo como los «temas urgentes del día». Esto forma parte de la función de los medios de comunicación de *establecer la agenda*. Establecer la agenda produce también un efecto de confirmación de la realidad.

La importancia de utilizar un lenguaje público con el que «establecer la agenda» es que vuelve a insertar el lenguaje de la comunicación cotidiana *en el consenso*. Si bien es cierto que el lenguaje «cotidiano» ya está saturado de inferencias e interpretaciones dominantes, el proceso continuo de traducción de las definiciones oficiales formales a los términos de la conversación ordinaria refuerza, al mismo tiempo que disfraza, los vínculos entre ambos discursos. Es decir, los medios de comunicación «toman» el lenguaje del público y, una y otra vez, se lo devuelven *inflexionado de connotaciones dominantes y consensuadas*.

Este papel más «creativo» de los medios de comunicación no es obviamente autónomo. Estas traducciones dependen del potencial de la historia para ser traducida (su interés periodístico) y de su anclaje en temas conocidos y de larga duración: el gamberrismo, la violencia de las multitudes, el comportamiento de las bandas «violentas». Este proceso no es totalmente libre y sin restricciones, ni es una simple reproducción directa. Se trata de una transformación; y tales transformaciones requieren un «trabajo» activo por parte de los medios de comunicación. Sin embargo, su efecto global pasa por contribuir a cerrar el círculo mediante el cual las definiciones de los poderosos se convierten en parte de la realidad asumida por el público, traduciéndo lo desconocido en el mundo familiar. Todo ello se engloba en la fórmula demasiado simple de que los periodistas, al fin y al cabo, son los que mejor saben «hacer llegar las cosas al público».

Los medios de comunicación y la opinión pública

Hasta ahora hemos abordado la cuestión de la producción de noticias. En el próximo capítulo vamos a examinar más detenidamente las diferencias entre los distintos tipos de noticias, los artículos de fondo y los editoriales. De momento, solo queremos llamar la atención sobre la relación entre el «lenguaje público» de un periódico y su voz editorial. Hasta ahora hemos hablado de las transformaciones que implica la transposición de una declaración hecha por un definidor primario a un lenguaje cotidiano: al código, o modo de dirección habitualmente utilizado por ese periódico, su «idioma

público». Pero la prensa también es libre de editorializar y opinar sobre temas de gran interés; no se limita a «reproducir», mediante su propio «código», las declaraciones de los poderosos. Ahora bien, un tipo de editorialización habitual es que la prensa diga lo *que piensa*, pero *expresado en su lenguaje público*. En otras palabras, las *propias* declaraciones y pensamientos del periódico sobre un evento —el producto del juicio editorial— se representan en el lenguaje público del periódico de la misma manera que las declaraciones de los definidores primarios: el proceso es muy similar. Tanto si se argumenta a favor como en contra de una línea de actuación, el lenguaje empleado es el habitual del periódico en cuestión. Sin embargo, hay un segundo tipo de editorial que añade un giro transformador, es decir, un editorial que pretende activamente *hablar en nombre del público*, que va más allá de expresar *sus propias opiniones en un lenguaje público* y pretende realmente *expresar las opiniones del público*. A este proceso más activo lo llamamos «*tomar la voz del público*» (en contraposición a la simple *utilización de un lenguaje público*). Algunas de estas voces editoriales son tan reconocibles (por ejemplo, las de *The Times*) que podría ser más exacto hablar de ellas como la *propia «voz»* del periódico. Sin embargo, es poco probable que la retórica de esa voz sea completamente independiente del sentido del «lenguaje público» que el editor interprete que es propio de su público. La esencia de la diferencia, que vamos a exemplificar cuando consideremos brevemente algunos editoriales sobre atracos en la parte final de este capítulo, es la que existe entre el editorial que dice «Creemos [...]» y el que dice «El público cree que [...].» Esta «toma de la voz del público», esta forma de articular lo que se supone que piensa la gran mayoría del público, esta legitimación mediante la figura del público de las opiniones que el *propio periódico* está expresando, representa a los medios de comunicación en su papel más activo, *haciendo campaña*, en el punto en el que los medios de comunicación moldean y estructuran más activa y abiertamente la opinión pública. Este tipo de editorial suele adoptar la forma de un apoyo a alguna acción compensatoria que se ha tomado o, más frecuentemente, una exigencia de que se tomen medidas energéticas, porque la mayoría así lo exige.

En cualquiera de las dos formas de editorial, los medios de comunicación proporcionan un crucial vínculo mediador entre el aparato de control social y el público. La prensa puede legitimar y reforzar las acciones de los controladores aportando sus propios argumentos independientes en apoyo de las acciones propuestas («utilizando un lenguaje público»); o puede presionar a los controladores convocando a la «opinión pública» en apoyo de su propia opinión de que «se necesitan medidas más fuertes» («tomando la voz pública»). Pero, en cualquier caso, el editorial parece proporcionar un punto de referencia objetivo y externo que puede utilizarse para justificar la acción oficial o para movilizar a la opinión pública. No hay que olvidar que

esta reproducción de la (supuesta) opinión pública para que escuchen los poderosos, que es el reverso del proceso que hemos descrito antes y que traduce las definiciones dominantes a un (supuesto) lenguaje público, toma al público como un punto de referencia importante en ambas ocasiones (legitimación), mientras que, en realidad, lo evita. Por medio de otro giro, estas representaciones de la opinión pública son a menudo adoptadas *por los controladores* como «prueba imparcial» de lo que el público, de hecho, cree y quiere. Las espirales de amplificación son, en este último caso, especialmente intrincadas y estrechas. (Más adelante veremos algunos ejemplos en el caso de los «atracos»).

Lo que nos interesa aquí es el papel general de los medios de comunicación en el proceso de formación activa de la opinión pública. En las sociedades en las que el grueso de la población no tiene ni acceso directo ni poder sobre las decisiones centrales que afectan a sus vidas, en las que la política y la opinión oficial están concentradas y la opinión popular está dispersa, los medios de comunicación desempeñan un papel crítico de mediación y conexión para la formación de la opinión pública y para que esa opinión se concierte con las acciones y opiniones de los poderosos. Los medios de comunicación no solo poseen un quasi monopolio sobre el «conocimiento social», como principal fuente de información sobre lo que ocurre, sino que también controlan el pasaje entre los que «saben» y la ignorancia estructurada del público en general. Al desempeñar este papel de conexión y mediación, los medios de comunicación se ven reforzados, y no debilitados, por el hecho mismo de que son, formal y estructuralmente, *independientes*, tanto de las fuentes a las que se refieren como del «público» en cuyo nombre hablan. Esta imagen puede sugerir ahora una situación de «cierre perfecto», donde el libre paso de las ideologías dominantes está permanentemente asegurado. Pero esta imagen estrechamente conspirativa no es exacta y debemos tener cuidado con su aparente simplicidad y elegancia. Sin embargo, el factor central que impide ese «cierre perfecto» *no* es una cuestión de controles técnicos o formales, ni del azar, ni del buen sentido y la conciencia de los profesionales.

Si la tendencia a la cerrazón ideológica —la tendencia dominante— se mantiene por la forma en que los diferentes aparatos se vinculan estructuralmente para promover las definiciones dominantes de los acontecimientos, entonces la contratendencia debe depender también de la existencia de fuentes organizadas y articuladas que generen *contradefiniciones* de la situación. (Como señalaba Goldmann,¹⁹ los grupos sociales y las colectividades son siempre la infraestructura de las ideologías —y de las

¹⁹ L. Goldmann, *The Human Sciences and Philosophy*, Londres, Cape, 1969 [ed. org.: *Sciences humaines et philosophie*, París, Gonthier, 1966; ed. cast.: *Las ciencias humanas y la filosofía*, Josefina Martínez Alinari (trad.), Buenos Aires, Nueva Visión, 1984].

contraideologías—). Esto depende en cierta medida de si la colectividad que genera contraideologías y explicaciones es una fuerza compensatoria poderosa en la sociedad; de si representa a una mayoría organizada o a una minoría sustancial; y de si tiene o no cierto grado de legitimidad dentro del sistema o puede ganar esa posición mediante la lucha.²⁰ A los definidores primarios, que actúan en los medios de comunicación o a través de ellos, les resultaría difícil establecer un cierre completo en torno a la definición de una cuestión controvertida sobre, por ejemplo, las relaciones laborales, sin tener que lidiar con una definición alternativa generada por los portavoces de los sindicatos, ya que estos son ahora una parte reconocida del sistema de negociación institucionalizada en el ámbito industrial, poseen una visión articulada de su situación e intereses y han *ganado* «legitimidad» en el terreno en el que se debaten y negocian los conflictos económicos y el consenso. Sin embargo, muchos contradefinidores emergentes no tienen acceso alguno al proceso de definición. Incluso los definidores a los que se accede regularmente, como los portavoces sindicales oficiales, deben responder *en los términos* preestablecidos por los definidores primarios y las definiciones privilegiadas, y tienen más posibilidades de conseguir una audiencia e influir en el proceso precisamente si plantean su caso dentro de los límites de ese consenso. El secretario general del TUC tiene más fácil entrar si presenta un caso sindical «razonable» contra uno razonable de los empresarios, si argumenta y debate y negocia dentro de las reglas, en lugar de defender la huelga salvaje, etc. Si no juegan dentro de las reglas del juego, las contravoces corren el riesgo de ser definidas como fuera del debate (porque han roto las reglas de la oposición razonable), tachadas de «extremistas» o «irracionales» o de actuar de forma ilegal o inconstitucional. Los grupos que no han conseguido siquiera esta limitada porción de acceso son regular y sistemáticamente estigmatizados en su ausencia como «extremistas», sus acciones se descalifican sistemáticamente al ser etiquetadas como «irracionales». Es mucho más fácil lograr el cierre de un tema en torno a su definición inicial contra grupos fragmentados, relativamente inarticulados, o que se niegan a ordenar sus «objetivos» en términos de demandas razonables y de un programa práctico de reformas, o que adoptan medios radicales de lucha para asegurar sus fines, ganar una audiencia o defender sus intereses. Cualquiera de estas características facilita que los definidores privilegiados los etiqueten libremente y se nieguen a tener en cuenta sus contradefiniciones.

Los medios de comunicación contribuyen así a reproducir y mantener las definiciones de la situación que favorecen a los poderosos, no solo reclutando activamente a los poderosos en las etapas iniciales en las que

²⁰ Véase I. L. Horowitz y M. Liebowitz, «Social Deviance and Political Marginality», *Social Problems*, núm. 15(3), 1968; y S. Hall, «Deviancy, Politics and the Media...».

se estructuran los temas,²¹ sino favoreciendo ciertas formas de establecer los temas y manteniendo ciertas áreas estratégicas de silencio. Muchas de estas formas estructuradas de comunicación son tan comunes, tan naturales, se dan tan por sentadas, están tan profundamente arraigadas en las propias formas de comunicación que se emplean, que apenas son visibles como construcciones ideológicas a menos que nos propongamos deliberadamente preguntar: «¿Qué más se *podría* decir sobre este tema?» «¿Qué preguntas se omiten?» «¿Por qué las preguntas —que siempre presuponen respuestas de un tipo determinado— se repiten tan a menudo de esta forma?» «¿Por qué no surgen otras preguntas?». En el ámbito del conflicto industrial, por ejemplo, Westergaard ha observado recientemente:

La exclusión de temas más amplios es en sí misma un resultado del «equilibrio de poder» general entre sindicatos y empresarios, mucho más crucial para el análisis de la situación que el resultado de los conflictos particulares dentro de los términos de esa restricción. [...] El lugar donde reside el poder hay que buscarlo principalmente en los límites que definen las áreas de conflicto y restringen el abanico de alternativas efectivamente puestas en disputa. A menudo, de hecho, pueden estar tan estrechamente delimitados que no hay alternativas en circulación. Entonces no hay «toma de decisiones» porque las políticas aparecen como evidentes. Simplemente surgen de supuestos que hacen invisibles todas las alternativas potenciales. [...]. De ello se desprende que el lugar del poder solo puede verse desde un punto de vista ajeno a los parámetros del conflicto cotidiano, ya que esos parámetros apenas son visibles desde dentro.²²

En esta sección hemos tratado de indicar el modo en que las *estructuras y prácticas rutinarias* de los medios de comunicación en relación con la elaboración de noticias sirven para «enmarcar» los acontecimientos dentro de los paradigmas interpretativos dominantes y, por lo tanto, para mantener las opiniones dentro de lo que Urry denomina «el mismo espectro».²³

Dado que los medios de comunicación son institucionalmente distintos de los demás organismos del Estado, no asumen automáticamente las directrices del Estado. De hecho, dentro del entramado de poder de la sociedad pueden surgir, y con frecuencia surgen, conflictos *entre* estas instituciones. Los medios de comunicación también se mueven por motivos y lógicas institucionales diferentes a los de otros sectores del Estado; por

²¹ Véase Hall, «Deviancy, Politics and the Media...»

²² J. Westergaard, «Some Aspects of the Study of Modern Political Society», en J. Rex (ed.), *Approaches to Sociology*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1974, véase también S. Lukes, *Power: A Radical View*, Londres, Macmillan, 1974 y J. Urry, «Introduction» en J. Urry y J. Wakeford (eds.), *Power in Britain*, Londres, Heinemann, 1973.

²³ Urry, «Introducción...», p. 10.

ejemplo, el afán competitivo por tener «la exclusiva» puede no redundar inmediatamente en beneficio del Estado. Los medios de comunicación a menudo quieren descubrir cosas que los principales responsables prefieren callar. Los conflictos recurrentes entre los políticos —especialmente los del Partido Laborista— y los medios de comunicación indican que los objetivos de los medios y los de los definidores primarios no siempre coinciden.²⁴ Sin embargo, a pesar de estas reservas, parece innegable que la *tendencia dominante* en los medios de comunicación es la reproducción, *con todas sus contradicciones*, de las definiciones de los poderosos, de la ideología dominante. Hemos tratado de sugerir por qué esta *tendencia* se inscribe en las propias estructuras y procesos de elaboración de noticias, y no puede atribuirse a la maldad de los periodistas o de sus patronos.

Los delitos como noticia

Ahora queremos especificar cómo operan los elementos y los procesos generales de la producción de noticias en la producción de noticias sobre la delincuencia como una variante particular de la producción de noticias. Comenzamos señalando que las noticias se configuran al ponerse en relación con una concepción específica de la sociedad como «consenso». En este contexto, los acontecimientos de interés periodístico son aquellos que parecen interrumpir la calma consensual inmutable. Delinquir marca uno de los principales límites de ese consenso. Ya hemos sugerido que el consenso se basa en medios de acción legítimos e institucionalizados. La delincuencia supone el lado negativo de ese consenso, ya que la ley define lo que la sociedad juzga como tipos de acción *ilegítimos*. En última instancia, la legislación, creada por el Parlamento, ejecutada en los tribunales, que encarna la voluntad del pueblo, proporciona a la sociedad la definición básica de qué acciones son aceptables e inaceptables; es la «frontera» que marca «nuestra forma de vida» y sus valores relacionados. La acción de estigmatizar y castigar a los infractores de la ley, llevada a cabo por los agentes formalmente designados como guardianes de la moral y el orden públicos, se erige como una *reafirmación simbólica dramatizada* de los valores de la sociedad y de sus límites de tolerancia. Si concebimos las noticias como un mapa de la realidad problemática, entonces, como ha sugerido Erikson, el delito es casi por definición «noticia»:

A este respecto, es importante señalar que los enfrentamientos entre los delincuentes desviados y los agentes de control siempre han atraído

²⁴ Para un análisis más detallado de esta relación, véase S. Hall, I. Connell y L. Curti, «The Unity of Current Affairs Television», *Working Papers in Cultural Studies No. 9*, C.C.C.S., University of Birmingham, 1976.

buenaa parte de la atención pública. Una parte considerable de lo que llamamos «noticias» se dedica a informar sobre el comportamiento desviado y sus consecuencias, y no es sencillo explicar por qué estos artículos deben ser considerados de interés periodístico o por qué deben recibir la extraordinaria atención que reciben. Tal vez apelen a una serie de perversiones psicológicas del público de masas, como algunos han apuntado, pero, al mismo tiempo, constituyen una de nuestras principales fuentes de información sobre los contornos normativos de nuestra sociedad. En un sentido figurado, al menos, la moralidad y la inmoralidad se reúnen en el patíbulo ante el público y en ese encuentro se traza la línea entre ellas.²⁵

El delito, por lo tanto, es «noticia» porque su tratamiento evoca amenazas, pero también porque reafirma la moral consensuada de la sociedad: se desarrolla ante nosotros una obra de moral moderna en la que el «demonio» es expulsado simbólica y físicamente de la sociedad por sus guardianes: la policía y la judicatura. Para que esta afirmación no se considere exagerada, debe compararse con el siguiente comentario de *The Daily Mail* (titulado «Los hombres que damos por sentado») sobre el asesinato de tres policías en 1966:

El crimen de Shepherd's Bush recuerda a Gran Bretaña lo que realmente piensa de su policía. En Gran Bretaña, el policía sigue siendo el signo andante que indica que la sociedad ha alcanzado y da por sentada una cierta normalidad del orden público y la decencia. Bernard Shaw dijo una vez que para él la imagen de una Gran Bretaña inmutable estaba simbolizada por un policía de pie con la lluvia brillando en su capa. Sigue siendo el hombre al que se le pregunta la hora, o el camino al Ayuntamiento, o si se ha ido el último autobús. Sigue siendo el hombre que, cuando la sociedad le pregunta, se adentra en el callejón oscuro para investigar el ruido. Por eso, la muerte violenta de un policía es algo que todos sentimos profundamente. La muerte de los tres hombres de Shepherd's Bush, abatidos sin sentido y deliberadamente en su trabajo de mantener el orden y la decencia, constituye una conmoción espantosa que parece sacudir la tierra. A la incredulidad aturdida le sigue la comprensión de que el orden no puede darse por sentado. La selva sigue ahí. Todavía hay bestias salvajes que hay que controlar.²⁶

Por supuesto, las noticias sobre la delincuencia no siempre son de esta naturaleza dramática. Muchas de ellas son rutinarias y breves, porque la mayor parte de la delincuencia se considera rutinaria. La delincuencia se

²⁵ Erikson, *Wayward Puritans...*, p. 12.

²⁶ *The Daily Mail*, 13 de agosto de 1966; citado en S. Chibnall, «The News Media and the Police», ponencia presentada en la *National Deviancy Conference*, Universidad de York, septiembre de 1973.

entiende como un fenómeno permanente y recurrente y, por lo tanto, gran parte de ella es analizada por los medios de comunicación de forma igualmente rutinaria. Shuttleworth, en su estudio de la información sobre la violencia en *The Daily Mirror*, ha observado los muy diferentes tipos de presentación utilizados, dependiendo de la naturaleza de la violencia que se trate.²⁷ Comentó especialmente el espacio relativamente pequeño y la manera impersonal y abreviada en que se informa sobre muchas formas de delitos «mundanos». (La brevedad de estos reportajes se ve aún más limitada por la norma *subjudice*, que impide a la prensa comentar un caso que está ante los tribunales y el reciente refuerzo de las normas contra la prensa que presuma la culpabilidad antes de que se haya probado). Por tanto, muchas noticias sobre la delincuencia se limitan a señalar que se ha cometido otro delito «grave». No obstante, los medios de comunicación siguen muy sensibilizados con la delincuencia como fuente potencial de noticias. Gran parte de esta información «mundana» sobre la delincuencia sigue encajando en nuestro argumento general: señala la transgresión de los límites normativos, seguida de la investigación, la detención y la venganza social en términos de condena del delinquente. (El trabajo rutinario de la policía y los tribunales proporciona una categoría de noticias tan permanente que muchos «reporteros novatos» son asignados, como su primera tarea, a la «búsqueda del delito». Si sobreviven a este trabajo rutinario —suponen la mayoría de los redactores senior—, entonces están preparados para tareas informativas de mayor envergadura y más duras). La información, más extensa, de ciertos casos dramáticos de delincuencia, por lo tanto, surge y se destaca contra el fondo de este tratamiento rutinario de la delincuencia. La alteración de la visibilidad de ciertas noticias sobre la delincuencia funciona en conjunción con otros procesos organizativos e ideológicos dentro de los medios de comunicación, por ejemplo, la relativa «competitividad» de otras noticias por el espacio y la atención, la novedad de la noticia o su actualidad, etc. La delincuencia, en este caso, no difiere significativamente de otros tipos de noticias habituales. Lo que selecciona ciertas noticias sobre delincuencia para prestarles una atención especial y determina el grado relativo de atención que se les presta es la misma estructura de «valor de noticia» que se aplica a otros ámbitos informativos.

Un punto especial sobre el delito como noticia es el estatus especial de la *violencia* como valor de noticia. Cualquier delito puede pasar a ser noticia si la violencia se asocia al mismo, ya que la violencia es quizás el ejemplo supremo del valor de las noticias con «consecuencias negativas». La violencia representa una violación básica de la persona; el mayor delito contra las personas es el «asesinato», solo superado por el asesinato de un

²⁷ Véase A. Shuttleworth *et al.*, *Television Violence, Crime-Drama and the Analysis of Content*, C.C.C.S., University of Birmingham, 1975.

agente de la ley, un policía. La violencia es también el mayor delito contra la propiedad y contra el Estado. Por lo tanto, representa una ruptura fundamental en el orden social. El uso de la violencia marca la distinción entre los que *pertenecen* a la sociedad y los que están *fueras de ella*. Coincide con el límite de la propia «sociedad». En el discurso citado anteriormente, Heath estableció la distinción crucial entre el «argumento pacífico», «lo que la mayoría de nosotros cree que es la forma correcta de hacer las cosas», y la «violencia», que «desafía» esa forma. La base de la ley es salvaguardar esa «forma correcta de hacer las cosas»; proteger al individuo, la propiedad y el Estado contra aquellos que quieren «usar la violencia» contra ellos. Esta es también la base de la aplicación de la ley y del control social. El Estado, y solo el Estado, tiene el monopolio de la violencia *legítima*, y esta «violencia» se utiliza para salvaguardar a la sociedad de los usos «ilegítimos». La violencia constituye, pues, un umbral crítico en la sociedad; todos los actos, especialmente los delictivos, que transgreden ese límite son, por definición, dignos de atención periodística. A menudo se denuncia que, en general, «las noticias» están excesivamente cargadas de violencia: una noticia puede ascender a lo más alto de la agenda informativa simplemente porque contiene un «*big bang*». Los que se quejan de ello no entienden de qué tratan las noticias. Es imposible definir el «valor de noticia» de forma que no sitúe la «violencia» en la cúspide, o casi, de la atención informativa.

Ya hemos visto cómo la producción de noticias depende del papel que desempeñan los definidores primarios. En el ámbito de las noticias sobre la delincuencia, los medios de comunicación parecen depender más de las instituciones de control de la delincuencia que de prácticamente cualquier otro ámbito. La policía, los portavoces del ministerio del Interior y los tribunales forman casi un monopolio como fuentes de noticias sobre la delincuencia en los medios de comunicación. Muchos grupos profesionales están en contacto con la delincuencia, pero la policía es la única que reclama una experiencia *profesional* en la «guerra contra la delincuencia», basada en la experiencia *personal* diaria. Esta exclusiva y particular «doble pericia» parece dar a los portavoces de la policía una credibilidad especialmente autorizada. Además, las relaciones sociales formales e informales de las que el periodista obtiene su material sobre la «delincuencia» para la elaboración de las noticias dependen de una idea de «confianza», por ejemplo, entre la policía y el corresponsal de sucesos; es decir, de que el periodista informe de forma fiable y objetiva sobre la información privilegiada a la que se le permite acceder. Una «traición» a esa confianza provocará que se seque el flujo de información.²⁸ El ministerio del Interior, investido de la máxima responsabilidad política y administrativa en el control de la delincuencia, está acreditado por su responsabilidad ante el Parlamento y,

²⁸ Véase Chibnall, «The News Media and the Police...».

por lo tanto, en última instancia, ante la «voluntad del pueblo». Ya hemos destacado anteriormente el estatus especial de los tribunales. Los jueces tienen la responsabilidad de disponer de los transgresores del código legal de la sociedad; esto les da inevitablemente autoridad. Pero la constante atención de los medios de comunicación a sus pronunciamientos de peso subraya la importancia de su papel *simbólico*: su condición de representantes y «ventrílocuos» del bien y de la rectitud contra las fuerzas del mal y de la oscuridad. Lo que más llama la atención de las noticias sobre delincuencia es que rara vez incluyen un relato de primera mano del propio hecho delictivo, a diferencia del informe de «testigos oculares» desde el frente de batalla de los corresponsales de guerra. Las noticias sobre el delito se producen casi en su totalidad a partir de las definiciones y perspectivas de los principales definidores institucionales.

Esta situación de casi monopolio constituye la base de los *tres* formatos típicos de las noticias sobre la delincuencia que, en conjunto, cubren la mayoría de las variantes de las historias sobre la delincuencia. En primer lugar, el informe basado en las declaraciones de la policía sobre las investigaciones de un caso concreto, que implica una reconstrucción policial del suceso y detalles de las medidas que están tomando. En segundo lugar, el «informe sobre el estado de la guerra contra la delincuencia», que normalmente se basa en las estadísticas de los comisarios de policía o del ministerio del Interior sobre la delincuencia actual, junto con una interpretación de los portavoces de lo que significan las cifras: cuál es el reto más grave, dónde ha habido más éxito policial, etc. En tercer lugar, la dieta básica de información sobre la delincuencia: la historia basada en un caso judicial. A veces, cuando el caso se considera especialmente noticiable, se siguen los acontecimientos diarios del juicio; en otros casos, solo el día de la sentencia, y especialmente las observaciones del juez, se consideran noticiables; y otros consisten simplemente en breves informes resumidos.

Sin embargo, la razón por la que los principales definidores de la delincuencia ocupan un lugar tan destacado en la información sobre la delincuencia en los medios de comunicación no es exclusivamente una función de su estatus especialmente autoritario. También tiene que ver con el hecho de que la delincuencia está *menos* abierta que la mayoría de los asuntos públicos a definiciones alternativas y en competencia. Una declaración de la patronal suele estar «compensada» por una declaración sindical, pero una declaración de la policía sobre la delincuencia rara vez está «compensada» por una de un delincuente profesional, aunque este último probablemente posea más conocimientos sobre la delincuencia. Antes al contrario, los delincuentes no son «legítimos» ni están organizados. Por el hecho de ser delincuentes, han perdido el derecho a participar en la negociación del consenso sobre la delincuencia; además, por la naturaleza

de la mayor parte de la actividad delictiva, son un estrato relativamente desorganizado, individualizado y fragmentado. Solo en los últimos tiempos los presos se han organizado y articulado lo suficiente en su propio nombre como para tener acceso al debate, por ejemplo, sobre la reforma penal, o incluso cuando se trata de las condiciones en prisión o los métodos de disciplina penitenciaria. En general, se supone que el delincuente, debido a sus acciones, ha perdido, junto a otros derechos de ciudadanía, el «derecho de réplica» hasta que haya saldado su deuda con la sociedad. La oposición organizada existente —normalmente bajo la forma de grupos y expertos reformistas específicos— suele compartir la misma definición básica del «problema» que los definidores primarios y se limita a proponer medios alternativos para el mismo objetivo: el retorno del delincuente al redil.

Esto supone que, cuando parece haber un consenso muy amplio y las contradefiniciones están casi ausentes, las definiciones dominantes dominan el campo de la significación de forma relativamente indiscutible. El debate que se produce tiende a tener lugar casi exclusivamente *dentro de los términos de referencia* de los controladores. Y esto tiende a reprimir cualquier juego entre las definiciones dominantes y las definiciones alternativas; al «hacer invisibles todas las alternativas potenciales», empuja bruscamente el tratamiento del delito en cuestión al terreno de lo *pragmático*: dado que *hay* un problema sobre la delincuencia, ¿qué podemos hacer al respecto? A falta de una definición alternativa, propuesta con fuerza y de forma articulada, el margen de maniobra para cualquier reinterpretación de la delincuencia por parte de la opinión pública como cuestión de interés público es extremadamente limitado. En consecuencia, uno de los ámbitos en los que los medios de comunicación tienen más posibilidades de movilizar a la opinión pública dentro del marco de ideas dominante es en las cuestiones relativas a la delincuencia y su amenaza para la sociedad. Esto hace que la vía de la delincuencia sea peculiarmente unidimensional y transparente en lo que respecta a los medios de comunicación y a la opinión pública: una vía en la que los temas son simples, incontrovertidos y claros. Por esta razón, también, la delincuencia y la desviación proporcionan dos de las principales fuentes de imágenes de contaminación y estigma en la retórica pública.²⁹ No es una mera coincidencia que el lenguaje utilizado para justificar la acción contra cualquier grupo potencial de alborotadores despliegue, como uno de sus marcadores de límites críticos, la imagen de la delincuencia y la ilegalidad, aplicándola bien directamente, bien indirectamente, por asociación;³⁰ por ejemplo, la denominación de los

²⁹ Véase M. Douglas, *Purity and Danger*, Harmondsworth, Penguin, 1966 [ed. cast.: *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Edison Simons (trad.), Buenos Aires / Madrid, Siglo XXI, 1973].

³⁰ Véase P. Rock y F. Heidensohn, «Nuevas reflexiones sobre la violencia» en D. Martin (ed.), *Anarchy and Culture*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1969 y S. Cohen, «Protest,

estudiantes que se manifiestan como «estudiantes gamberros», o «chusma», o «matones» académicos (discutido con más detalle en el capítulo 8).

Los atracos y los medios de comunicación

Hemos hablado de las características generales de la producción de noticias y luego nos hemos centrado más en las formas que adoptan en relación con la producción de noticias sobre delitos. En esta sección relacionaremos estos análisis de la producción de noticias con el tratamiento específico que la prensa da a las noticias sobre «atracos». Cuando analicemos, cronológicamente, la naturaleza cambiante de este tratamiento de la prensa, podremos ver no solo la aplicación de valores de noticia específicos sino, lo que es más importante, cómo estos operan como una *estructura* en relación con un tema particular —en este caso un tipo concreto de delito— para mantener su interés periodístico.

Puede ser útil empezar con el cuadro 3.1, que ilustra el patrón general de la información de prensa sobre los sucesos de atracos durante nuestro periodo de muestra de agosto de 1972 a agosto de 1973; pero primero tenemos que decir algo sobre su base empírica. Nuestra muestra se basó en la lectura diaria de *The Guardian* y de *The Daily Mirror* durante los 13 meses del periodo de muestra. También tuvimos acceso a importantes archivos de recortes de prensa referidos a sucesos de atracos en este mismo periodo, que habían sido recopilados como resultado de una extensa, pero no exhaustiva, lectura de otros diarios nacionales, los dominicales nacionales y los vespertinos de Londres. Debido al énfasis informativo ligeramente diferente de los dominicales y de los diarios londinenses, no hemos incluido historias de estas fuentes en el cuadro 3.1 o en el texto que lo acompaña, aunque hemos utilizado material de estos periódicos, a modo de ilustración, en otras partes del libro. Nuestra búsqueda, basada únicamente en los diarios nacionales, dio como resultado 33 sucesos diferentes reportados como atracos en *The Daily Mirror*, 18 en *The Guardian* y 60 en total. Para llegar a estas cifras, decidimos contar todos los informes diferentes que se refieren a un atraco en particular (es decir, los «seguimientos» del mismo suceso a través de las etapas posteriores, como el caso judicial, la apelación, etc.) como uno; y también decidimos que el primer mes en el que se mencionara el suceso fuera el mes en el que se registra en la tabla. Además, decidimos que la columna de «toda la muestra» incluyera solo el número total de sucesos diferentes. De este modo, al llegar a las cifras de cada mes, si por ejemplo el mismo acontecimiento se mencionaba en

cuatro periódicos diferentes, se contabilizó como un solo acontecimiento. En cambio, en las columnas separadas de *The Guardian* y de *The Daily Mirror*, si el mismo suceso aparecía en ambos periódicos, se registraba en ambas columnas. Las noticias sobre atracos en el extranjero se excluyeron de la tabla. (Quienes estén interesados en la cobertura de la prensa sobre los atracos en general, en contraposición a la cobertura de los sucesos de atraco —informes de delitos o casos judiciales— deben consultar el cuadro 3.2 al final de este capítulo).

El cuadro 3.1 muestra que el punto álgido de la cobertura periodística de los atracos se produjo en octubre de 1972. A partir de entonces, el interés de la prensa disminuye. La prolongación del interés más allá del nuevo año, durante marzo y abril, probablemente se deba en gran medida al efecto del caso Handsworth. Después de eso, solo una serie de artículos en *The Daily Mirror* en junio proporcionan una visibilidad mediática apreciable del atraco. Aunque, como sabemos ahora, agosto de 1973 no fuera en absoluto el final de «la historia del atraco», parece justo concluir que, en agosto de 1973, había concluido «un ciclo» de interés periodístico. Si bien es cierto que las cifras que manejamos son pequeñas y no son muy reveladoras por sí solas, cuando nos fijamos en la naturaleza *cambiente* de la cobertura, surge un patrón más claro, que confirma la noción de un «ciclo» de interés periodístico.

El «atraco» irrumpió como noticia por su carácter extraordinario, por su novedad. Esto encaja con nuestra noción de lo extraordinario como principal valor de una noticia: la mayoría de las historias parecen requerir algún elemento novedoso para destacarlas en primera instancia; el atraco no fue una excepción. *The Daily Mirror* transmitió y caracterizó el asesinato del puente de Waterloo, definido por la policía como un «atraco que salió mal», como una «nueva y aterradora variedad de delito». Que alguien sea apuñalado o incluso asesinado en el transcurso de un atraco no es en absoluto una novedad. Lo que coloca este asesinato particular fuera de la categoría de lo «corriente» es la atribución de una *etiqueta «nueva»* que señala su novedad. Es importante destacar que, en consonancia con nuestro argumento anterior, este suceso está *mediado por* la policía que lo investiga; *ellos* proporcionan la etiqueta de atraco y, por lo tanto, la legitimación para su uso por parte de la prensa. A continuación, el periodista se basa en esta definición esquemática. Enmarca y contextualiza los detalles de la historia de acuerdo con la lógica de funcionamiento del valor de noticia; enfatiza su novedad (una «nueva y aterradora variedad de delito») y la conexión estadounidense.

**Cuadro 3.1. Atracos publicados en la prensa
(de agosto de 1972 a agosto de 1973)**

| Mes | Año | The Daily Mirror | The Guardian | Muestra completa |
|--------------|------|------------------|--------------|------------------|
| Agosto | 1972 | 1 | 2 | 2 |
| Septiembre | 1972 | 4 | 1 | 4 |
| Octubre | 1972 | 12 | 9 | 23 |
| Noviembre | 1972 | 2 | 0 | 4 |
| Diciembre | 1972 | 0 | 1 | 2 |
| Enero | 1973 | 3 | 2 | 5 |
| Febrero | 1973 | 1 | 0 | 4 |
| Marzo | 1973 | 2 | 2 | 4 |
| Abril | 1973 | 2 | 0 | 5 |
| Mayo | 1973 | 0 | 1 | 1 |
| Junio | 1973 | 5 | 0 | 5 |
| Julio | 1973 | 0 | 0 | 0 |
| Agosto | 1973 | 1 | 0 | 1 |
| Total | | 33 | 18 | 60 |

Galtung y Ruge han planteado la hipótesis de que «una vez que algo ha llegado a los titulares y ha sido definido como “noticia”, seguirá siendo definido como noticia durante algún tiempo»;³¹ nuestro ejemplo ciertamente lo validó. Sin embargo, lo más importante es que, durante un tiempo, la simple atribución de la etiqueta de «atraco» fue suficiente para que muchos sucesos delictivos discretos y comunes entraran en la órbita de lo noticiable. Los ejemplos más claros de este proceso fueron algunos de los primeros casos judiciales de «atraco» más publicitados; como vimos en el capítulo 2, se trataba, de hecho, de juicios por robo de carteras (o incluso por «intento de robo de carteras»). Otros ejemplos fueron la pequeña oleada de historias en septiembre/octubre de ataques cometidos por chicas. El atraco, al parecer, proporcionó una especie de elemento de enfoque para una preocupación latente sobre el crecimiento de la violencia femenina, una preocupación que desde entonces se ha hecho manifiesta e independiente de la preocupación por el atraco. Este proceso —lo que Hall ha llamado el efecto «generativo y asociativo» de las nuevas etiquetas³²— también fue muy evidente durante el periodo en que las etiquetas «mod» / «rocker» tuvieron cierta novedad.³³

Sin embargo, el valor de noticia de la «novedad» acaba por agotarse; a través de la repetición, lo extraordinario acaba por convertirse en ordinario. De hecho, en relación con una noticia concreta, entre todos los

³¹ Galtung y Ruge, «Structuring and Selecting News...», p. 65.

³² Hall, «Deviancy, Politics and the Media...».

³³ Véase Cohen, *Folk Devils and Moral Panics...*, p. 39.

valores de noticia, la «novedad» tiene claramente la vida más limitada. En este punto del «ciclo» de una noticia, se necesitan otros valores de noticia más duraderos para complementar la disminución de la noticiabilidad, y así mantener su «vida de noticia». Hay dos valores que parecen desempeñar un papel de refuerzo en relación con los atracos: lo «extraño» y la «violencia». Con respecto de estos dos valores de noticia, encontramos un crecimiento en el número de reportajes sobre atracos, a lo largo de nuestro periodo de muestra, que parecían ganar visibilidad principalmente debido a la presencia de tales valores de noticia suplementarios. Aunque las cifras son pequeñas, nos parecen lo suficientemente marcadas como para justificar que hagamos inferencias al respecto. Por otra parte, el valor de noticia «persona de élite o famosa» no parece desempeñar, en nuestra muestra, un papel tan importante. En total, solo encontramos cinco historias que parecían ganar visibilidad informativa principalmente por el nombre famoso de la víctima: dos aparecieron en 1972³⁴ y tres en 1973.³⁵

Por artículo «estrafalario» entendemos uno con características muy inusuales, raras, excéntricas, pintoescas, extrañas o grotescas. En nuestra muestra, estos reportajes podrían subdividirse en dos: los que tienen un toque humorístico y los que tienen matices más amenazantes y grotescos. No obstante, el término «estrafalario» parece adecuado para cubrir el elemento de interés periodístico común a ambos tipos. Durante 1972 solo encontramos una noticia de este tipo: la historia de *The Guardian* del 10 de noviembre de 1972 sobre un joven que hizo entrar a un hombre, que no tenía dinero, en un banco a punta de cuchillo para cobrar un cheque. Pero entre marzo y julio de 1973 encontramos cinco, algunos humorísticos y otros grotescos. Como ejemplo de cada uno de estos tipos de noticias hemos elegido dos historias de *The Daily Mirror*.³⁶ La primera, titulada «Atracadores se equivocan de hombre», del 5 de junio de 1973, era una historia humorística llena de giros y reveses inusuales. El reportaje hablaba de un atraco fallido por parte de tres «aspirantes» a atracadores. La víctima a la que pretendían atracar «se acercó a puñetazos», los dejó «aturdidos y maltrechos» y llamó a la comisaría más cercana para informar del incidente. La policía fue entonces a buscar a los hombres, no, al parecer, para acusarlos, sino para ver si alguno de ellos estaba «gravemente herido». Ese mismo mes, el 27 de junio de 1973, llegó una noticia con tintes extraños y amenazantes: la historia de un peluquero al que arrojaron por un precipicio, a altas horas de la madrugada, «por 30 peniques».

³⁴ Véase *The Daily Mirror*, 7 de septiembre de 1972; y *The Daily Express*, 1 de diciembre de 1972.

³⁵ Véase *The Sun*, 6 de enero de 1973; *The Daily Mail*, 9 de febrero de 1973; y *The Daily Mirror*, 28 de junio de 1973.

³⁶ Véase también *The Daily Mail*, 29 de marzo de 1973; *The Sun*, 14 de abril de 1973; y *The Daily Mail*, 6 de abril de 1973.

Lo estrafalario de esta última historia es, obviamente, la forma extraña y extrema que adoptó la agresión. Pero en la línea de la historia hay implícito un segundo ángulo de la noticia, que arroja una luz interesante sobre la comprensión social del delito. Este segundo ángulo se encuentra en la yuxtaposición, tanto en el titular como en el cuerpo de la historia, del atraco y la recompensa obtenida por los atracadores: «Por 30 peniques». La yuxtaposición solo puede funcionar (creando una disonancia entre los dos elementos) suponiendo un «cálculo racional» implícito en la delincuencia y, especialmente, en la relación entre la violencia y los resultados obtenidos al emplearla. La implicación de la yuxtaposición que hace *The Daily Mirror* es que «30 peniques» no es un motivo racional para el grado de violencia implicado en la agresión. Este cálculo implícito suele estar presente en el significado público del atraco: una *disparidad* implícita entre la violencia empleada en los atracos y el «botín» obtenido. El contraste identifica implícitamente un tema subordinado que llegó a asociarse con la preocupación social por el atraco: lo que los portavoces de la policía identificaron como su «violencia gratuita».

Dado que nos resultó muy difícil diferenciar con precisión las noticias de atracos puramente «gratuitas» de las más «instrumentales» —por ejemplo, un titular «gratuitamente violento» podría ocultar una noticia más ambigua, «instrumental»—,³⁷ no tenemos pruebas cuantitativas precisas de un aumento de las noticias «violentas» de tipo específicamente gratuito. Sin embargo, sí tenemos pruebas de un aumento relativo del número de noticias sobre atracos «violentos» en general, lo que confirma nuestra idea de que la violencia desempeña un papel importante como valor informativo *complementario* en el caso de los atracos.

Al considerar la cobertura en su conjunto, de los 60 casos diferentes de atracos encontrados, 38 eran informes de atracos «violentos» (es decir, que implicaban una agresión física real), mientras que solo 22 eran «no violentos» (es decir, casos en los que solo había amenaza de violencia o no había violencia denunciada): una proporción ligeramente inferior de dos a uno. (Nuestros cálculos se basan en las descripciones denunciadas de los delitos, no en los cargos formales presentados contra los acusados). Sin embargo, si contrastamos las denuncias de 1972 (20 violentas y 15 no violentas) con las de 1973 (18 violentas y 7 no violentas), encontramos un cambio en la proporción, de poco más de uno a uno a casi tres a uno; y, si tomamos solo los últimos cinco meses del periodo de la muestra (abril-agosto de 1973), obtenemos una proporción de cinco a uno (10 denuncias violentas y 2 no violentas).

³⁷ Véase *The Daily Mirror*, 12 de agosto de 1973.

Por supuesto, estas ratios, y el patrón de intensificación en torno al tema de la violencia que revelan, no serían especialmente significativas si se correspondieran con las estadísticas oficiales utilizadas para justificar la reacción ante los atracos. Obviamente, como debería haber demostrado nuestra sección anterior sobre las estadísticas, los problemas de utilizar como base las estadísticas oficiales sobre la delincuencia —y especialmente las estadísticas sobre atracos— son muchos. Ofrecemos, sin embargo, las muestras siguientes para poder decir que de los casos percibidos colectivamente por la policía como «parte del problema de los atracos» en el periodo 1972-1973, alrededor del 50 % eran «no violentos», y que la proporción de uno a uno que esto reveló se mantuvo bastante constante:

En lo que va de año se han denunciado unos 450 casos a la brigada [creada para hacer frente a los «atracos» del sur de Londres]. De ellos, 160 han sido confirmados como robos violentos y otros 200 como robos a personas, ya sean hurtos o carteristas.

The Sunday Times, 1 de octubre de 1972.

Tampoco existe el típico atracador. Pero hay un patrón. Ve a la comisaría de Brixton, por ejemplo, y todo está ahí, en los gráficos de la pared y en las estadísticas. En el último año, 211 robos con violencia o amenazas. 40 más que el año anterior. Robos sin violencia: 300 casos.

The London Evening News, 22 de marzo de 1973.

La ratio de «robos» y «hurtos» es similar en ambas series estadísticas, aunque uno de ellos se refiere a 1972 y el otro a principios de 1973. De hecho, hay ligeramente *más* casos «no violentos» que «violentos». Dado que ninguno de los dos artículos ofrece cifras adicionales y separadas para los «atracos», parece justo suponer que tanto el «robo» como el «hurto sin violencia» estaban siendo tratados, a todos los efectos prácticos, como atracos. Como una prueba más de este punto de vista, remitimos a los lectores al *Informe del Comisionado de la Policía Metropolitana para el año 1972*, en el que se afirma explícitamente que hay poca diferencia entre los «atracos» y los «hurtos»: «Aunque no son estrictamente delitos de violencia, los “atracos” se incluyen en la tabla [delitos de violencia (seleccionados)] porque no hay una gran distinción entre estos delitos y los de robo y porque es evidente un aumento similar en los dos últimos años.³⁸ El comisario habla de «atracos», si bien afirma que no le gusta el término. Aunque se ha señalado con frecuencia la tendencia de los medios de comunicación a informar en exceso sobre la delincuencia violenta en general,³⁹ lo que hemos querido

³⁸ *Informe...*, p. 44.

³⁹ Véase B. Roshier, «The Selection of Crime News by the Press», en Cohen y Young (eds.), *The Manufacture of News...*

destacar aquí es la forma en que la «violencia» se utiliza cada vez más como elemento estructurador, en relación con el ciclo de vida de un tema informativo concreto.

En su estudio sobre la selección de noticias de delitos en prensa, Roshier encontró cuatro conjuntos de factores especialmente importantes: «1) La gravedad del delito. 2) Circunstancias “caprichosas”, es decir, humorísticas, irónicas, inusuales. (3) Circunstancias dramáticas o sentimentales. (4) La participación de una persona famosa o de alto estatus en cualquier rol (aunque especialmente si es delincuente o víctima)».⁴⁰ Se trata de factores muy similares a los valores de noticia que consideramos importantes como fuentes suplementarias de interés periodístico, es decir, la «personalidad famosa», lo «extraño» y la violencia. Sin embargo, nuestro énfasis se ha centrado en cómo estos valores operan como una estructura o conjunto: cómo operan en relación con el valor primario de la novedad, principalmente como diferentes formas de revivir una noticia «decaída». Este énfasis, creemos, justifica que hablemos de un «ciclo de valor de la noticia», y apoya nuestra conclusión de que, en agosto de 1973, este ciclo particular había terminado, o estaba muy cerca de su final.

Relaciones recíprocas

Por último, queremos examinar las *relaciones de reciprocidad* entre los definidores primarios y los medios de comunicación, tal y como se ejemplifica en el caso de los atracos. El 26 de septiembre de 1972, *The Daily Mirror* publicó una noticia con el titular «Un juez reprende a los atracadores en la ciudad del miedo». La historia ilustra perfectamente el papel y el estatus para los medios de comunicación de las definiciones privilegiadas: el uso del término «atracadores» en el titular se justifica por la declaración del juez en el reportaje principal: «Los atracos son cada vez más frecuentes, ciertamente en Londres. Nos dicen que en Estados Unidos la gente tiene miedo de caminar por las calles a altas horas de la noche por culpa de los atracos». También hay que tener en cuenta que el juez utiliza los «atracos» estadounidenses como punto de referencia para contextualizar su sentencia; pero, sobre todo, este ejemplo ilustra el «anclaje» de las noticias en los pronunciamientos autorizados de definidores privilegiados *ajenos a los medios de comunicación*.

En octubre de 1972, encontramos un ejemplo de cómo los medios de comunicación se «basan» en tales definiciones para su *propio* trabajo de definición sobre esta cuestión. El 6 de octubre de 1972, *The Daily Mirror*

⁴⁰ Ibídем, pp. 34-35.

acompañó un informe sobre la condena del juez Hines a tres jóvenes adolescentes a tres años de prisión por «atraco» con un editorial que recogía su declaración de que «El curso que siento que estoy obligado a tomar puede no ser el mejor para vosotros, jóvenes, individualmente, pero es uno que debo tomar en nombre del interés público». El editorial *añade su propia «voz» de campaña* —su «lenguaje público»— a la del juez: «El juez Hines tiene razón. Hay ocasiones en las que las sentencias disuasorias, que normalmente parecerían duras e injustas, DEBEN imponerse para que los atracos no se nos vayan de las manos como ha ocurrido en Estados Unidos, el castigo debe ser tajante y seguro». Aquí podemos ver a la prensa en un papel más activo, justificando (pero al mismo tiempo utilizando como justificación) las declaraciones judiciales sobre el «atraco» como asunto público. El círculo se ha vuelto más estrecho, el tema más cerrado, las relaciones entre los medios de comunicación y los definidores primarios se refuerzan mutuamente. (De hecho, para el *Mirror* ya no hay debate: «El juez Hines tiene razón»).

Una semana más tarde (13 de octubre de 1972), *The Sun*, en un editorial titulado «Domar a los atracadores», dio un paso más hacia el cierre al alinear a la «gente» con la definición dominante del poder judicial. En este ejemplo, *The Sun* no aporta su «lenguaje público», sino que *toma la voz del público*; se convierte en el «ventrílocuo» del pueblo:

*¿QUÉ ES LO QUE MÁS PREOCUPA a la población británica hoy en día? ¿Los salarios? ¿Los precios? ¿La inmigración? ¿La pornografía? La gente habla de todas estas cosas. Pero *The Sun* cree que hay otra cuestión que tiene a todo el mundo profundamente preocupado y enfadado: LA VIOLENCIA EN NUESTRAS CALLES. [...] No hay nada que vaya más en contra de nuestro estilo de vida, basado en el sentido común de la ley y el orden. [...] Si las penas de cárcel punitivas contribuyen a detener la violencia —y nada más lo ha hecho—, entonces no solo resultarán ser el único camino. Serán, lamentablemente, el camino CORRECTO. Y los jueces tendrán el respaldo de la opinión pública.*

Si dejamos de lado por un momento las diferencias entre los distintos periódicos y consideramos que todos ellos contribuyen a una secuencia en la que se lleva a cabo una decisiva labor de definición sobre el controvertido tema del «atraco», podemos ver, de forma sucinta, cómo las relaciones entre los definidores primarios y los medios de comunicación sirven, al mismo tiempo, para definir el «atraco» como una *cuestión pública* y como un asunto de interés *público*, así como para efectuar un cierre ideológico de la cuestión. Una vez que la definición primaria se impone, ya existe un *asunto de interés público*, cuyas dimensiones se han delineado claramente, y que ahora sirve como punto de referencia continuo para las noticias, las acciones y las campañas posteriores. Por ejemplo, ahora es posible que

la policía, que suele ser cautelosa a la hora de implicarse en asuntos controvertidos que aún no han sido resueltos, *exija poderes más amplios* para actuar en una cuestión de control de la delincuencia que ya se ha instalado inequívocamente como un asunto público urgente. Así:

La policía podría pedir más competencias en materia de «atracos». Los comisarios de policía, alarmados por el aumento de los delitos violentos, especialmente entre los jóvenes, podrían pedir al Ministerio del Interior mayores poderes para combatir los «atracos».

The Times, 5 de octubre de 1972.

Unos meses más tarde es la judicatura la que *apela a la preocupación del público por los «atracos»* (o la que *toma la voz del público*) como defensa de su política de sentencias disuasorias:

Atracador encarcelado por tres años. «Y fui indulgente», dice el juez. El juez añadió: «Todo el mundo en este país piensa que los delitos de este tipo —los atracos— están aumentando y que hay que proteger al público. Este es un caso espantoso».

The Daily Mail, 29 de marzo de 1973.

En este último ejemplo, la «opinión pública» ha sido *importada de vuelta* al discurso judicial como una forma de apuntalar y legitimar una declaración judicial sobre el delito. Mientras que antes los medios de comunicación basaban *sus* historias en las pruebas aportadas por los tribunales, ahora los tribunales utilizan a la gente («todo el mundo piensa») para fundamentar *sus* declaraciones. Se trata de un círculo extremadamente limitado de reciprocidades y refuerzos mutuos. Pero incluso este giro de la espiral de amplificación no debe impedirnos ver el punto de partida del proceso, el punto en el que comenzó y desde el que se renueva continuamente: el papel de los definidores primarios y privilegiados que, al clasificar el mundo de la delincuencia para los medios de comunicación y el público, establecen las categorías principales a través de las cuales los medios de comunicación y los informadores vehiculan sus temas y variaciones secundarias.

Una semana antes, otro juez había dado la última vuelta de tuerca a la «espiral» y había «cerrado el círculo». Al sentenciar a dos jóvenes cuyo abogado había hecho referencia a las fuertes sentencias dictadas en el caso Handsworth el día anterior, el juez comentó que «la prensa había hecho saber ahora que las sentencias por ataques callejeros que implicaban robos «ya no serían leves»».⁴¹ Aquí vemos la *reciprocidad entre las diferentes partes*

⁴¹ *The Daily Telegraph*, 21 de marzo de 1973.

de la cultura de control de una forma extremadamente clara y explícita. Tenemos aquí *exactamente el reverso* del proceso que señalábamos antes, en el que los medios de comunicación legitimaban su cobertura en las pruebas aportadas por los tribunales. Ahora los propios medios de comunicación se han convertido en el «legitimador» del proceso de control. Nos encontramos ahora en el centro de las interrelaciones entre la cultura del control y la «cultura de la significación». A estas alturas, a articulación mutua de estas dos agencias «relativamente independientes» está tan sobredeterminada que no puede funcionar de otra manera que no sea creando *un cierre ideológico y de control efectivo* en torno a la cuestión. En este momento, los medios de comunicación —aunque sin saberlo y, a través de sus propias vías «auténticas»— se han convertido efectivamente en un aparato del propio proceso de control, un «aparato ideológico de Estado».⁴²

**Cuadro 3.2. La cobertura periodística del «atraco»
(de agosto de 1972 a agosto de 1973)**

| Mes | Año | <i>The Guardian</i> (1) | <i>The Daily Mirror</i> (2) | (1) y (2) combinados | Otros diarios | Totales mensuales |
|--------------|------|----------------------------|--------------------------------|-------------------------|------------------|----------------------|
| Agosto | 1972 | 5 | 1 | 6 | 3 | 9 |
| Septiembre | 1972 | 2 | 5 | 7 | 5 | 12 |
| Octubre | 1972 | 7 | 18 | 25 | 19 | 44 |
| Noviembre | 1972 | 5 | 5 | 10 | 13 | 23 |
| Diciembre | 1972 | 0 | 2 | 2 | 4 | 6 |
| Enero | 1973 | 4 | 5 | 9 | 4 | 13 |
| Febrero | 1973 | 0 | 1 | 1 | 7 | 8 |
| Marzo | 1973 | 7 | 9 | 16 | 37 | 53* |
| Abril | 1973 | 4 | 4 | 8 | 13 | 21 |
| Mayo | 1973 | 2 | 0 | 2 | 4 | 6 |
| Junio | 1973 | 0 | 5 | 5 | 0 | 5 |
| Julio | 1973 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| Agosto | 1973 | 1 | 1 | 2 | 0 | 2 |
| Total | | 37 | 56 | 93 | 109 | 202 |

* Incluye 34 historias sobre el caso Handsworth.

NOTAS: (1) Al igual que en el cuadro 3.1, *The Guardian* y *The Daily Mirror* fueron leídos exhaustivamente, mientras que las cifras de «otros diarios» fueron reconstruidas a partir de recortes de prensa suministrados por NCCL y la BBC. (2) Se contaron todos los artículos que mencionaban «atraco». La mayoría se refería a delitos concretos, pero un número considerable era de tipo más general: informes sobre la actividad del ministerio del Interior y de la policía, artículos de fondo, editoriales, etc. En todos los periódicos y meses, este último tipo de reportaje representó aproximadamente una cuarta parte o más de todos los artículos.

⁴² Althusser, «Ideology and Ideological State Apparatuses...».

SEGUNDA PARTE

IV

BALANCE CONTABLE: RENTABILIZAR HANDSWORTH

El suceso: el «atraco» de Handsworth

En la noche del 5 de noviembre de 1972, Robert Keenan regresaba a su casa desde un pub en la zona de Villa Road de Handsworth, Birmingham, cuando se encontró con tres chicos, Paul Storey, James Duignan y Mustafa Fuat. Le pararon y le pidieron un cigarrillo. Luego lo tiraron al suelo y lo arrastraron hasta un descampado cercano, donde le robaron 30 peniques, unas llaves y cinco cigarrillos. Después lo dejaron, pero volvieron unas dos horas más tarde, vieron que seguía allí y lo agredieron de nuevo; en esta ocasión James y Mustafa le dieron una patada, mientras que Paul lo atacó con un ladrillo. Una vez más, abandonaron el lugar, pero volvieron para agredeirle una vez más.

Poco después, Mustafa Fuat y James Duignan llamaron a una ambulancia y dijeron a la policía que habían encontrado a un hombre herido. Durante los dos días siguientes fueron entrevistados en varias ocasiones y, el 8 de noviembre, a raíz de lo que James, Mustafa y dos chicas testigos dijeron a la policía, los tres chicos fueron detenidos y acusados. De la declaración de una de las chicas se desprende que al menos otra persona vio alguna de las agresiones al cuerpo inconsciente del señor Keenan. Pasaron unas dos horas entre la primera y la segunda agresión.

El 19 de marzo de 1973, los tres muchachos comparecieron en el tribunal de Birmingham ante el juez Croom-Johnson y fueron acusados de lo siguiente: Paul Storey de intento de asesinato y robo; James Duignan y Mustafa Fuat de lesiones con intención de causar daños corporales graves y robo. Los tres chicos se declararon culpables de todos los cargos. La fiscalía presentó los hechos tal y como se han descrito anteriormente. El abogado de la defensa no los impugnó sustancialmente, sino que alegó circunstancias atenuantes: en el caso de Paul, que procedía de un hogar desestructurado, con algunos antecedentes de violencia en la familia, lo que podría llevar a la «conclusión de que este tipo de antecedentes puede afectar a la mente humana de modo que lleve a un comportamiento que

de otro modo sería completamente inexplicable». En defensa de James y Mustafa, se argumentó que Paul había sido el instigador y principal participante en el delito.

El juez dijo que se trataba de un «caso grave y horrible». A Paul Storey le dijo: «Storey, eras claramente el líder. Claramente tomaste la parte más activa en el ataque al señor Keenan. Volviste con el propósito de agredirle. Le diste patadas, le golpeaste en la cabeza con un ladrillo y, en una tercera ocasión, volviste y le diste tres o cuatro patadas en la cara mientras yacía insensible en el suelo. No eres ni más ni menos que un animal salvaje». A continuación, dictó sentencia contra Paul, diciendo: «Me es imposible hacer otra cosa que ordenar su reclusión en el lugar y en las condiciones que el secretario de Estado disponga. Fijo la condena en 20 años». La orden de detención se dictó en virtud de la *Children and Young Persons Act* de 1933 [Ley de infancia y juventud], artículo 53.2. En virtud de la misma, James y Mustafa fueron condenados a diez años de prisión cada uno.

El 21 de marzo, los tres chicos volvieron a comparecer ante el juez; este había omitido, según dijo, dictar sentencias separadas por los cargos de robo. Dijo que había releído los informes médicos sobre Keenan, sobre el alcance de sus lesiones y la forma en que habían sido causadas (aunque no había releído, al parecer, los informes de los servicios sociales y psiquiátricos sobre los chicos). Continuó: «El robo implica el uso de la violencia y las sentencias deben reflejar el grado de violencia [...] los efectos solo pueden describirse como enfermizos. Hay que proteger al público de ustedes». A continuación, dictó sentencias de 20 años de prisión para Paul, y de diez años para James y Mustafa, que se ejecutarían simultáneamente con las dictadas anteriormente.

El juez no se refirió a las faltas cometidas anteriormente por los acusados. Paul Storey había sido multado con 10 libras esterlinas por un «acto de desorden» el mes de mayo anterior (cogió un coche y lo condujo por Handsworth hasta que se le acabó la gasolina); por otra parte, en el colegio había sido víctima de un apuñalamiento no grave. James Duignan había estado internado un tiempo por delitos menores no violentos. Mustafa Fuat no tenía antecedentes.

El 14 de mayo, su señoría el juez James examinó una solicitud de apelación para reducir la duración de las condenas, presentada en nombre de los tres chicos. Rechazó el recurso por considerar que los chicos podían optar a la libertad condicional y que era poco probable que cumplieran la totalidad de sus condenas.

El 28 de junio, en el Tribunal de Apelación, el juez presidente Widgery (en una sentencia que se analizará más adelante) confirmó la decisión del juez James y denegó la autorización para apelar.

Este es el resumen del caso Handsworth, que marcó la culminación del pánico a los atracos en su primera fase: una de las razones por las que nos centramos en este aquí. Además, el «caso Handsworth» suscitó una intensa cobertura en prensa. Lo hemos tratado como un estudio de caso en el que se puede exemplificar el análisis de los medios de comunicación realizado en el capítulo anterior. Aunque el alcance de la cobertura de esta noticia no tuvo precedentes, esto no socava nuestra representación de esta como prototípica. El mismo conjunto básico de valores de noticia da forma a la construcción de las primeras portadas; las premisas y formulaciones de los editoriales se asemejan mucho a las posiciones anteriores adoptadas por los periódicos.¹ También los artículos de fondo, que movilizan posibles explicaciones del «atraco», tienen precursores similares;² mientras que el debate entre «expertos» y «legos» sirvió para agudizar, más que para alterar, la forma de los argumentos sobre el crimen y el castigo que durante algún tiempo habían ocupado espacio en las columnas de cartas.

El caso Handsworth cristaliza, por tanto, el funcionamiento de los medios de comunicación, de modo que podemos observar en un solo momento la forma de todo un proceso informativo. También nos permite ver cómo las diferentes formas del proceso (noticias, editoriales, reportajes) manejan los elementos del caso, y cómo estas formas de producción de noticias se relacionaron entre sí. Por último, nos interesa la dependencia de las formas de los significados, las referencias y los intereses arraigados fuera del ámbito específico de funcionamiento de los medios de comunicación. Como hemos visto, los valores de noticia definen como noticia lo que es anormal, movilizando así un sentido de lo que constituye la normalidad. En el caso de Handsworth, operaban toda una serie de supuestos de este tipo: sobre el funcionamiento rutinario del sistema legal, la justificación de la política de sentencias, la medida en la que los jóvenes pueden ser considerados responsables de sus acciones, sus motivos inmediatos, la consideración más a largo plazo de las causas sociales. Todo ello proporcionó un marco estructurado dentro del cual los medios de comunicación elaboraron sus versiones.

Este marco de creencias e ideas sobre el funcionamiento normal del orden social constituye una especie de ideología popular sobre el crimen y el castigo en la sociedad. El tratamiento de la historia de Handsworth en la prensa fue un proceso «ideológico», no solo porque en su tratamiento se materializaron determinados intereses sociales, sino porque solo tuvo sentido a partir de las construcciones ideológicas que lo generaron como un conjunto de elementos significativos y «noticiables». En el análisis que

¹ Véase, por ejemplo, *The Evening Standard* y *The Daily Mirror*, 6 de octubre de 1972; y *The Sunday Mirror*, 22 de octubre de 1972.

² Véase, por ejemplo, *The Sunday Times* y *The Sunday Telegraph*, 5 de noviembre de 1972.

sigue, nos interesa menos el contenido inmediato de la cobertura informativa y más la forma en que la historia de Handsworth fue construida por estas ideologías populares, así como, recíprocamente, la forma en la que estas ideologías se articularon y se pusieron a prueba a través de la construcción de la historia como noticia. Lo que nos interesa no es el contenido de las noticias de la prensa, sino las «ideologías del crimen y el castigo»: un análisis ideológico, no de contenido. Hay que añadir, sin embargo, que las ideologías no son simplemente conjuntos de ideas y creencias sobre el mundo que andan sueltas en la cabeza de las personas. Se activan y se actualizan en prácticas y aparatos concretos, por ejemplo, las prácticas y los aparatos de construcción de noticias. Estas ideologías solo están presentes cuando se realizan, se objetivan, se materializan en instancias, acciones o formas concretas, a través de prácticas concretas.

Noticias primarias

20 AÑOS DE CÁRCEL: UNA SENTENCIA IMPACTANTE PARA UN ATRACADOR DE 16 AÑOS (*The Daily Mirror*, 20 de marzo de 1973)

20 AÑOS POR ATRACAR –El chico de 16 años llora tras la sentencia (*The Daily Express*, 20 de marzo de 1973)

20 AÑOS PARA LOS ATRACADORES DE 16 AÑOS (*The Sun*, 20 de marzo de 1973)

20 AÑOS PARA UN CHICO DE 16 AÑOS QUE SALIÓ A ATRACAR POR DIVERSIÓN (*The Daily Mail*, 20 de marzo de 1973)

UN CHICO DE 16 AÑOS ES CONDENADO A 20 AÑOS POR UN ATRACO (*The Guardian*, 20 de marzo de 1973)

20 AÑOS PARA UN ATRACADOR DE 16 AÑOS –Cinco cigarrillos y 30 peniques de la víctima (*The Daily Telegraph*, 20 de marzo de 1973)

ATRACADOR DE 16 AÑOS CONDENADO A 20 AÑOS DE PRISIÓN Y SUS ACOMPAÑANTES A 10 AÑOS (*The Times*, 20 de marzo de 1973)

UN JOVEN DE 16 AÑOS ES CONDENADO A 20 AÑOS DE PRISIÓN POR UN CASO DE «ATRACO» (*The Morning Star*, 20 de marzo de 1973)

Los titulares son a menudo una guía precisa, aunque simple, de los temas implícitos en una historia, que los periódicos consideran que representa su ángulo más «noticiable». El «valor de noticia» de una noticia se incrementa con frecuencia al contraponer, en el titular, dos temas o aspectos aparentemente contrastados u opuestos. Es relativamente raro que *todos los* periódicos nacionales elijan *el mismo* ángulo o ángulos en torno a los cuales gira una noticia. Es también sorprendente, en este caso, que todos los periódicos elijan significar la historia de Handsworth mediante los mismos temas contrastados o yuxtapuestos: la *juventud* de los delincuentes frente a la *duración* de las penas. Algunos periódicos ampliaron el valor informativo de la historia añadiendo la etiqueta «atraco» o «atracador». La yuxtaposición de la edad del mayor de los delincuentes, en contraste con la inusual duración de la pena, atestigua la confianza de la prensa en la sala del tribunal como fuente principal para su historia de primera plana. La historia, en otras palabras, se significó primero a través de la explotación informativa de su aspecto judicial o penal. Dentro de esta unanimidad, hay importantes diferencias de énfasis: en particular, entre los que ponen *la edad* de Paul Storey en primer lugar (*The Guardian*, *The Times*, *The Morning Star*) y los que ponen *la sentencia* en primer lugar (*The Daily Express*, *The Daily Mail*, *The Daily Mirror*, *The Sun*, *The Daily Telegraph*). *The Guardian*, *The Daily Mail* y *The Morning Star* no califican directamente a los delincuentes de «atracadores»; *The Morning Star* utiliza comillas para atraco; *The Daily Telegraph* hace hincapié en los 30 peniques; y *The Daily Mail* subraya el motivo de «diversión». Algunos de ellos son indicativos de diferencias *reales* de énfasis que se vuelven evidentes en la cobertura posterior (por ejemplo, *The Morning Star* cuestiona la definición de atraco), tal y como esperamos demostrar.

La función formal de un titular es llamar la atención de los lectores; para ello debe dramatizar el acontecimiento o el tema, y de ahí la tendencia tan a menudo satirizada a usar palabras de refuerzo como «sorpresa», «sensación», «escándalo», «drama». Pero lo que también debe hacer es indicar por qué este tema es importante y problemático. En este caso, el uso de la etiqueta atraco y la yuxtaposición de los temas de los 16 años de edad / 20 años de condena son suficientes para que reconozcamos y situemos este suceso como parte del patrón de los «atracos», como el clímax de las anteriores sentencias ejemplares de finales de 1972, que al mismo tiempo plantea una serie de complejas opciones sobre el tratamiento de los jóvenes delincuentes. El caso Handsworth no figura como una historia; aparece como un conjunto de preguntas, que tocan un área problemática: preguntas sobre la política penal. Debemos añadir que, por lo que sabemos, el término «atraco» no se utilizó en el juicio, por lo que su aparición aquí en los titulares demuestra de nuevo el papel «creativo» de los medios de

comunicación, que vimos en el capítulo 3, y la forma en que la búsqueda constante de aumentar el valor de las noticias —en este caso meditante el uso de la etiqueta «atraco»— asegura que el «debate» que sigue estará, desde el principio, fuertemente «estructurado inferencialmente».

Para prolongar esta serie de «preguntas abiertas» tras la sentencia, los periódicos buscaron las reacciones de los actores inmediatos —los familiares y amigos de los delincuentes— y luego las de los defensores sociales —aquellos que se consideran con el derecho o el deber de expresar una opinión o pronunciar un juicio sobre la sentencia—. La mayor parte de los artículos amplían rápidamente el informe de la vista, que se presenta con una gran similitud: apertura con los comentarios del juez, presentación de la acusación y extractos de los alegatos de atenuación. Solo hubo dos variaciones significativas, que resultaron ser indicadores importantes de la cobertura posterior. *The Daily Mail* y *The Sun* omitieron los alegatos ofrecidos como atenuantes, prefigurando así un fuerte énfasis en el sufrimiento de la víctima; y *The Morning Star* preparó su propia oposición a las sentencias omitiendo los comentarios del juez.

Como podemos ver, en el caso de Handsworth, la exploración de los «temas detrás del suceso» no se sumó a un resumen objetivo común de los procedimientos judiciales; más bien, se incorporó a la forma en que la historia se presentó por primera vez como una noticia, y no solo en los titulares y el texto. La mayoría de los periódicos —*The Times*, *The Daily Telegraph* y *The Morning Star* son las excepciones— llevaban fotografías de algún tipo. Cuatro de los cinco restantes tenían insertos sobre Paul Storey, dos sobre el juez, dos sobre Mustafa Fuat y uno sobre la madre de Paul Storey. Ningún periódico tenía más de dos en esta etapa. Tal vez debido a la limitada existencia de fotografías familiares, algunas de estas eran de los delincuentes cuando eran niños muy pequeños y otras eran indistintas y borrosas. Su efecto general, sobre todo si se yuxtaponen con el juez con peluca, es reflejar en términos muy personalizados los temas —juventud / inocencia frente a edad adulta / ley— que ya aparecen en los titulares. Esta *individualización* de los temas abstractos se logró además mediante la reproducción de los comentarios de las madres de los chicos. *The Daily Express*, *The Daily Mail* y *The Sun* citan a las tres; *The Daily Telegraph*, *The Guardian* y *The Star* a ninguna; *The Times* solo a la madre de Paul Storey, al igual que *The Daily Mirror*. Quizás haya aquí —en la medida en que la oposición a las sentencias se representó como situada inmediatamente en las familias de los chicos en lugar de a través de una consideración independiente del asunto— una distinción real entre un enfoque populista y otro más abstracto. *The Times*, excepcionalmente, se desmarca un poco.

Estos fueron los actores a los que se les dio credibilidad por su implicación personal e íntima en el suceso. Pero el suceso se presentó también

como algo que tenía consecuencias más amplias, como algo que marcaba un hito en el proceso de jurisprudencia, en torno al cual ya se había establecido un debate público. El terreno de este debate estaba ocupado por los grupos de interés y los grupos de presión, los representantes electos y los expertos académicos en políticas delictivas y penales. Aquí se enfrentaban los partidarios de la reforma penal —preocupados por las implicaciones de las sentencias para estos y otros delincuentes— y los partidarios de hacer cumplir la ley, dispuestos a saludar con entusiasmo una sentencia que consideraban a la vez disuasoria y justamente retributiva. Solo *The Sun* y *The Morning Star* no utilizaron estas fuerzas en oposición como una representación más generalizada de la oposición implícita entre el juez y las madres de los chicos: una indicación de su inequívoco manejo del asunto. *The Daily Mail*, *The Daily Telegraph*, *The Daily Mirror* y *The Guardian* utilizaron citas de instituciones como PROP (la organización para los derechos de los presos), el Consejo Nacional para las Libertades Civiles y la Liga Howard para la Reforma Penal, que condenaron la sentencia, en contraste con quienes la apoyaron, la Federación Policial y varios diputados tories.

Hay, pues, un patrón común a la mayoría de los periódicos: un titular de atraco 16 años / 20 años, una o dos fotografías, un relato del proceso judicial, algunas declaraciones de los afectados, comentarios más generales de los portavoces institucionales. Antes de examinar dos periódicos en detalle, queremos señalar dos añadidos en algunas de las historias que merecen ser comentados. La primera es la utilización por parte de *The Times* y *The Guardian* de una serie de declaraciones político-jurídicas sobre la necesidad de imponer fuertes condenas a los «atracadores». Ambos citan discursos de los 18 meses anteriores pronunciados por Lord Colville, ministro del Interior, el secretario del Interior, Robert Carr, y Lord Hailsham, el Lord Canciller. El efecto de estas citas es sugerir que estas sentencias, si no fueron aprobadas directamente por el gobierno, al menos estaban en línea con su pensamiento general sobre la cuestión. Trasladan la sentencia de un nivel judicial a un nivel político, y al hacerlo reconocen —de una manera que rompe la representación convencional del poder judicial como un brazo independiente del Estado— la relación entre ellos. Es una inserción ambigua, no solo porque plantea la cuestión de si el gobierno podría o debería haber intervenido en la política de sentencias, sino también porque empieza a situar esta sentencia como parte de la campaña de atracos más amplia y esta, a su vez, como parte de la muy politizada cuestión de la ley y el orden.

En realidad, *The Guardian* no siguió la línea de investigación y *The Times* zanjó la ambigüedad con el segundo añadido que hemos mencionado. Tras estas declaraciones políticas recordaba el aumento del 129 % de los atracos según Scotland Yard, justificando así implícitamente que

las sentencias no eran más que una reacción legítima a una ola de criminalidad sin precedentes. Una táctica «estadística» similar fue utilizada por *The Daily Telegraph*. Estos añadidos condicionaron una particular conclusión sobre el tema: cualesquiera que fueran las cuestiones a largo plazo, las contundentes pruebas apoyaban la necesidad de una acción drástica; y legitimaban un interés «político» en la gestión «judicial» del caso. Se trata, pues, de dos variantes distintas y significativas sobre temas que, por lo demás, son comunes. Ahora queremos demostrar cómo dos periódicos, diferentes en cuanto a número de lectores, diseño, estilo y filiaciones políticas manifiestas, pueden adoptar rutas muy diferentes a través de las cuestiones que subyacen al suceso de Handsworth y, sin embargo, no traspasar nunca los límites acordados de la exploración informativa. Estos periódicos son *The Daily Telegraph* y *The Daily Mirror*.

The Daily Telegraph compartía con el resto de la prensa el sentido común sobre el valor principal de noticia del caso Handsworth: 20 años / 16 años. Sin embargo, este sentido común se vio singularmente matizado por el eslogan «Cinco cigarrillos y 30 peniques», que subraya la falta de sentido y la irracionalidad del delito (significativamente, la «falta de motivación» fue la principal razón citada posteriormente por el Tribunal de Apelación al confirmar las sentencias). Técnicamente, el reportaje está escrito en un estilo «objetivo» clásico. De acuerdo con ello, mantiene un equilibrio formal dentro del relato, que recoge las críticas a la sentencia por parte de los partidarios de la reforma penal. Pero este equilibrio queda enmarcado por el carácter «legalista» del reportaje en su conjunto. Esto se ve fuertemente ejemplificado por el uso que hace *The Daily Telegraph* de una declaración de Colin Woods, comisario adjunto de Scotland Yard, que dice que han aumentado en un 45 % las personas heridas en robos en Londres respecto de años anteriores. Su declaración de que «no vamos a dejar que los matones ganen» y su escándalo por la insensibilidad de los atracadores, tendieron a inclinar firmemente el reportaje de *The Daily Telegraph* hacia el campo judicial, mediante el uso estratégico de un definidor primario. Lo mismo ocurre con la posterior cápsula biográfica del juez y sus anteriores comentarios sobre el origen sospechoso de los jóvenes delincuentes. El equilibrio formal y el estilo objetivo del informe se vieron así superados por la alineación del periódico con la perspectiva «judicial». Su «equilibrio» era legalista e institucional, más que «humano» y personalizado. El reportaje del primer día no contenía citas de los padres, ni referencias a los antecedentes de los padres o al vecindario (aunque algunas de ellas se tratan en el reportaje del 21 de marzo de 1973). El caso que construyó *The Daily Telegraph* fue, por lo tanto, un caso inusualmente consistente en su adopción de un marco de referencia judicial como «resolución».

The Daily Mirror presentaba un contraste: como cabía esperar, el acontecimiento se personalizaba y dramatizaba y las diferentes opiniones citadas se presentaban en términos de un «sentido común» moral disponible públicamente, como correspondía al estilo popular-demótico de *The Daily Mirror*. La historia compartía muchos elementos con la de *The Daily Telegraph*, pero su presentación era muy diferente. La yuxtaposición edad / sentencia se ampliaba en el titular mediante un contraste entre titulares principales y secundarios, el primero tomando el ángulo más dramático (20 años) el segundo la edad del joven. Sin embargo, más que por una diferencia de énfasis, esto puede deberse simplemente a que, en el formato tabloide, *The Daily Mirror* no tiene espacio disponible para titulares largos. La referencia al «atraco» fue general (al «atraco» no a «un atraco») e inequívoca (sin comillas). Las fuerzas «a favor» y «en contra» de la frase se expusieron con igual equilibrio. Sin embargo, ambas apelaban a la moral pública como árbitro final: los reformistas apelaron a una severidad anticuada en los tribunales; el portavoz de la Federación de Policía citó la paciencia agotada de la «sociedad». Por lo tanto, no había una conclusión judicial rápida disponible. Y, como para significar que el caso «se abría» a un debate público aún no resuelto, *The Daily Mirror*, en su noticia complementaria de la segunda página, mostraba *literalmente* los dos lados del argumento en perfecto equilibrio. Bajo un titular a cuatro columnas, «El caso de los atracadores adolescentes», aparecían dos historias, a dos columnas cada una, en directa yuxtaposición:

20 AÑOS ES MUCHO TIEMPO PARA UN CHICO TAN JOVEN
 (Madre de Storey)

PARECE QUE LAS PANDILLAS SE DIVIERTEN ATRACANDO
 (Federación de Policía)

Fue un ejercicio particularmente estricto de «equilibrio informativo». No hay estadísticas ni datos sobre delincuencia. La oposición giraba en torno a dos imágenes controvertidas del delincuente: «chico joven» y «pandilla». ¿Cuál de ellas, se preguntaba, es la forma correcta de percibir a estos delincuentes? Para completar esta yuxtaposición, la columna de la izquierda se componía casi en su totalidad por comentarios personales de la madre de Storey: «un buen chico», «malas compañías», «muy impresionado», «el entorno», declaraciones que personalizaban al acusado, aterrizando el estereotipo abstracto del delincuente en la figura de una persona y un entorno reales. La columna de la derecha añade a la Federación de Policía al omnipresente comisario adjunto Woods, con su observación sobre la naturaleza violenta y sin sentido de estos delitos, y su comentario sobre «El atracador [como] [...] un reflejo de la sociedad violenta actual».

Entre *The Daily Telegraph* y *The Daily Mirror* había importantes similitudes y diferencias que hay que tener en cuenta. El reportaje de *The Daily Telegraph* llegaba ya a una conclusión provisional, mediante el uso de la perspectiva judicial. *The Daily Mirror* dejaba las cuestiones más polarizadas, más abiertas y sin resolver. Sin embargo, ambos periódicos recogieron los mismos temas noticiosos; ambos aportaron un cierto equilibrio de opiniones; ambos citaron; ambos tejieron sus inflexiones en torno a los mismos elementos de la historia.

Así pues, a la hora de construir este artículo como noticia, todos los periódicos se decantaron por el aspecto más problemático y perturbador. La historia se tematizó en torno a estas inquietudes y la explotación formal de esta temática determinó el tratamiento en los distintos periódicos. La historia adquirió valor de noticia como resultado de estar fuertemente polarizada entre sus dos aspectos clave: edad de los delincuentes / duración de la condena. Orquestado casi como una discusión entre estos dos «bandos», el tratamiento de la noticia tomó la decisión formal de contrastarlos y elaborarlos. La mayoría de los periódicos lo hicieron citando fuentes representadas como pertenecientes a uno u otro lado del «debate». Casi todos los tratamientos van en la dirección de equilibrar los dos puntos de vista. La forma en que se representa el equilibrio (a menudo literalmente en la tipografía y el diseño) significa que el asunto es controvertido, abierto a más de una interpretación, con algunos argumentos potentes en ambos lados, sobre la base de los cuales el lector puede decidir. No siempre había un equilibrio estricto: a veces se ignoraba una u otra parte (*The Sun*, *The Morning Star*). En otras, la historia se estructuró de tal manera que dejó a una de las partes al mando (*The Daily Telegraph*, *The Times*). Sin embargo, la forma principal de tratar el caso de Handsworth en las noticias primarias consistió en convertir lo que aparecía primero como un «reportaje» de un suceso en una *pregunta o cuestión*. Salvo en uno o dos casos, la «conclusión» en esa fase fue, en el mejor de los casos, parcial. Por supuesto, el equilibrio formal no lo es todo. Los argumentos formalmente equilibrados pueden, sin embargo, estar condicionados para favorecer a una u otra parte. Esto puede deberse a la «personalidad» particular del periódico, o a la forma en la que «normalmente» abordan estos temas (véase el capítulo anterior). O bien, se puede concluir un tema emitiendo un juicio editorial sobre el mismo, normalmente en la sección de opinión del periódico: en sus columnas editoriales. Por otra parte, la respuesta que parece exigir la yuxtaposición formal puede reubicarse mediante una reformulación de la pregunta, accediendo así a otro nivel de exploración. Este movimiento consiste en sustituir los términos originales de «la pregunta» por una búsqueda de más explicaciones y causas de fondo, lo que sugiere que las causas inmediatas implícitas en el tratamiento de la noticia primaria no han agotado

sus posibilidades. Ambos desarrollos de una noticia primaria marcan un desplazamiento de la noticia, del primer plano a otro nivel. Este cambio es tanto formal como ideológico. Los cambios formales —de las noticias a los editoriales, o de las noticias a los reportajes— dependen de la elaboración de algunos de los temas ya presentes en la primera presentación de las noticias. Pero estos formatos orientan el tema en direcciones opuestas: el primero (los editoriales) hacia el juicio, el segundo (los reportajes) hacia las «explicaciones más profundas» o el «trasfondo». La separación no es, por lo tanto, una cuestión técnica de buena práctica periodística, sino que surge de dos formas diferentes de efectuar un cierre ideológico (simple y complejo). Si las noticias primarias se presentan en «forma de pregunta», los editoriales y los reportajes ofrecen dos tipos diferentes de «respuestas».

Los editoriales

La mayoría de los editoriales se basan en noticias primarias; de hecho, la decisión de producir un editorial es un indicio de la importancia que un periódico otorga a una noticia. Los editoriales están, además, relacionados con los artículos de fondo en el sentido de que ambos son formas de desarrollar elementos adicionales de las noticias primarias: son dos tipos diferentes de «respuestas» y a menudo, como veremos, formas contradictorias de tratar el mismo acontecimiento. Por lo tanto, uno de los puntos de atención aquí será la relación entre los editoriales y otras formas de noticias. El otro foco de atención tiene que ver con el hecho de que fue en algunas columnas editoriales, en concreto, donde se fomentó el pánico a los atracos y se llevó a cabo la campaña contra los atracadores. Estamos interesados, por tanto, en la gama de argumentos explicativos desplegados sobre la delincuencia y las sentencias, así como en las teorías implícitas de la naturaleza humana y la sociedad que las sustentan. Es aquí, donde atisbamos por primera vez los tipos de explicaciones e ideologías que constituyen el núcleo del capítulo 6. Dado que la mayor parte de los datos de ese capítulo proceden de las cartas al director —de los «puntos de vista personales» de sus autores—, no es de extrañar que sea en las columnas editoriales —los «puntos de vista personales» de los periódicos— donde empecemos a encontrar, quizás con más claridad que en cualquier otro lugar de la cobertura informativa del acontecimiento, estos paradigmas explicativos. Por último, nos interesamos por ellos porque estos editoriales también produjeron un *juicio* sobre el acontecimiento; es decir, por las formas de «resolución» adoptadas. En efecto, existe una sorprendente unanimidad en los juicios emitidos. Con pocas excepciones, los editoriales sobre Handsworth apoyaron las sentencias. Nos interesa aquí esta

unanimidad —el cierre en torno al punto de vista tradicional— y la consiguiente ausencia o fracaso del impulso «progresista».

Solo tres de los ocho diarios nacionales no publicaron un editorial: *The Daily Mirror*, *The Sun* y *The Guardian*. Sospechamos que, de no ser por un conflicto laboral, *The Daily Mirror* habría publicado un editorial y que habría defendido —dada su particular mezcla de populismo y progresismo— tanto la adopción de medidas energéticas para acabar con los atracos como las reformas progresistas para aliviar las carencias sociales. (Aunque nos queda fuera de la muestra, esta fue precisamente la línea seguida por el editorial de *The Sunday Mirror*). La razón por la que *The Sun* no publicó un editorial se relaciona con la forma en la que desde el principio delimitó estrictamente los temas de la historia, mezcló las distinciones entre los diferentes tipos de cobertura de noticias y, por lo tanto, hizo que un editorial resultara superfluo. El juicio editorial ya estaba incorporado en el tratamiento de la noticia. (Este tratamiento «unidimensional» fue excepcional y explica por qué hemos optado por examinar más adelante el caso de *The Sun* por separado).

El caso de *The Guardian* es sin duda el más interesante y revelador. Su línea para la noticia primaria fue relativamente abierta y su uso de las citas, tanto de instituciones de trabajo social como de políticos, abrió distintas posibilidades de desarrollo editorial. Además, *The Guardian* da habitualmente una cobertura favorable a los grupos partidarios de la reforma penal y, entre todos los periódicos, es el que más sistemáticamente ofrece una voz progresista sobre una serie de cuestiones sociales desatendidas. Sin embargo, en este caso, se quedó sin palabras. La razón, sugerimos, tiene que ver con el hecho de que *The Guardian* giró en sus titulares sobre los mismos pivotes que el resto, lo que indica su fracaso a la hora de resistir la atracción del pánico al atraco y sus términos. Incapaz, dado este punto de partida, de cuestionar la validez de la campaña de atracos, e incapaz, dado que existe un «problema de delincuencia» y que las sentencias eran, en teoría, flexibles, de ofrecer una alternativa realista, no tenía nada que decir y se sumió en el silencio. Este fracaso del impulso progresista, esta ambigüedad, es a veces una característica de *The Guardian* cuando los temas se presentan como una elección entre alternativas duras, pero también es sintomático de las profundas contradicciones inherentes a la propia posición progresista. Quizás sea en relación con la delincuencia, más que en ningún otro ámbito, donde la voz progresista está más limitada; donde las definiciones convencionales son más difíciles de resistir; donde las definiciones alternativas son más difíciles de conseguir. En el capítulo 6 intentaremos explicar por qué creemos que esto es así. Sin embargo, esta falta general de una voz editorial progresista, en el punto álgido del pánico a los atracos, debe ser subrayada con fuerza.

De los cinco periódicos que publicaron un editorial, solo *The Morning Star* se opuso a las sentencias. Su radicalismo intransigente contrasta con la evasión progresista de *The Guardian*. Invertido los términos convencionales, llamó a las sentencias «salvajes» y a los chicos «víctimas». Sacó a relucir las implicaciones políticas de las sentencias —apaciguar a quienes «hacen campaña a favor de la sociedad punitiva»—, además de denunciar las sentencias por los motivos pragmáticos más habituales de la eficacia no probada de las sentencias disuasorias y el efecto «criminalizador» de la prisión. En cuanto a lo que debería hacerse, sugería que «las sentencias deberían reducirse y los chicos deberían recibir un tratamiento correctivo». A pesar de que no se cuestiona el uso de la etiqueta atraco —una posibilidad en vista del uso de las comillas para el término en el titular— el argumento es ciertamente el más consistente en la prensa, y se desarrolla a través de todas las etapas de su cobertura.

Los cuatro periódicos restantes apoyaron las sentencias: el más circunspecto y «equilibrado» fue *The Times*; el más distante y legalista fue *The Daily Telegraph*; mientras que *The Daily Mail* y *The Daily Express* fueron los que más apoyaron al juez y condenaron el «salvajismo» del delito. *The Times*, quizás debido a su relativamente restringida cobertura primaria y a la falta de cobertura secundaria o de reportajes, publicó un largo y detallado editorial, titulado «20 años por intento de asesinato». En este, a diferencia de cualquier otro periódico, aborda las dos caras de la yuxtaposición en el titular (20 años / 16 años) y sopesa ambas partes. Critica la condena de 20 años a un chico de 16 años con un entorno familiar complicado, pero señala que el hecho fue «salvaje». Concluye: «Siempre es difícil estar seguros de hasta qué punto una sentencia ejemplar tiene realmente un efecto disuasorio, pero sería muy extraño que no tuviera ningún efecto disuasorio. El público está justificadamente alarmado por el aumento de la delincuencia violenta y busca en la ley la protección que puede ofrecer».

En resumen, se trata de un ejercicio de equilibrio muy tortuoso y, sin duda, el que mejor exemplifica el dilema al que se enfrentan los «progresistas» cuando es necesario elegir entre alternativas difíciles; aunque *The Times* finalmente elige, se trata de una elección incómoda y con cargo de conciencia. La nota con la que termina *The Times* —la apelación a la abstracción autónoma de «la ley»— es la que determina toda la «balanza de la justicia» en el editorial de *The Daily Telegraph*. Al hacer de este caso particular un mero ejemplo de las dificultades a las que se enfrenta la autoridad debidamente constituida —la judicatura— para encontrar las sentencias adecuadas en un periodo de aumento de la delincuencia violenta, *The Daily Telegraph* pudo admitir la severidad de las sentencias, justificarlas en el contexto del aumento de la delincuencia e ignorar las peculiaridades del caso. Esta era una «visión general desde arriba». Sin

preocuparse por los detalles particulares, que deben determinar el tratamiento de las noticias primarias, desplazaba el argumento, y por lo tanto la cuestión, a un nivel manejable.

Si *The Daily Telegraph* era un ejemplo de una forma de resolver el «dilema» de *The Times*, *The Daily Express* y *The Daily Mail* ofrecían una vía muy diferente. Para ellos eran precisamente las características detalladas de este delito como típico de la «moda de los atracos» lo que señalaba la necesidad de las sentencias. Así, *The Daily Mail*, bajo el titular «Terrible disuasión», empleó un estilo breve y cortante, reflejando, tipográficamente, la crueldad del ataque y la noción de atraco como algo «de moda». También recogió el énfasis de los titulares de las noticias primarias «por diversión»:

Ajudieron con botas y ladrillos. [...] Su víctima, un trabajador irlandés, puede sufrir una modificación permanente de su personalidad [...]. Su botín: cinco cigarrillos, etc. Sus edades entre 15 y 16. [...] Ayer la justicia en su máxima expresión respondió al salvajismo del delito. [...] Solo como elemento disusorio puede la sociedad contemplar un castigo tan terrible. El atraco, término de moda para un delito tan antiguo como el propio pecado, está de moda entre los jóvenes matones. La ley debería dar a conocer, por todos los medios de propaganda a su alcance, que las sentencias disusorias también están de moda.

The Daily Express siguió en lo esencial las mismas líneas: la escasez del botín en comparación con la bajeza del ataque; la continuidad histórica del atraco (en fuerte contraste con su «novedosa» representación en las noticias): «Los salteadores de hoy no son diferentes de sus predecesores». Se hacía algo más de hincapié en la personalidad de los delincuentes —«insensibles», «imprevisibles», «sin motivo», «por diversión», «sed de sangre»— y se consideró que el deber del tribunal, a diferencia del énfasis de *The Daily Mail* en la disuasión y el «ojo por ojo», era «reflejar la voluntad del pueblo».

En ambos editoriales subyace, cierto que de forma no muy elaborada pero sí implícita, la esencia de la visión conservadora de la delincuencia. Los factores ambientales como determinantes del comportamiento —la esencia de la visión progresista del delito, como veremos— no tienen cabida aquí; en su lugar, el delito se considera transhistórico, eterno, siempre esencialmente el mismo. («Un delito tan antiguo como el propio pecado. Los delincuentes de hoy no son diferentes de sus predecesores»). Su origen, en otras palabras, se encuentra en el interior, en la naturaleza humana, que se enfrenta perennemente a la misma elección descarnada: entre el «bien» y el «mal». Esta visión esencialista de la naturaleza humana, con su acento en la libertad de elección y en las fuerzas del bien y del mal, tiene evidentes raíces en diversas ideologías religiosas: la referencia de *The*

Daily Mail al «pecado» así lo indica. Sin embargo, también existen sólidas teorías seculares sobre los instintos, que se han abierto paso de forma incómoda y algo contradictoria en este punto de vista tradicionalista. Así, la noción de «sed de sangre» como explicación del atraco en *The Daily Express* apunta a un ser no solo totalmente, sino patológicamente «libre», alguien a merced de instintos incontrolables o, en términos freudianos, alguien a merced de un *ellos* completamente desbocado. Paradójicamente, pues, esta «libertad de elección» se basa a menudo en un *determinismo psicológico* no explicitado.

Ambos periódicos se caracterizan por la fuerte disyunción entre la retórica de los editoriales y la de sus artículos de fondo. Estos últimos, al dedicarse principalmente a la *exploración* y no al juicio, trataron de adentrarse en algunas de las ambigüedades antes de intentar, si acaso, algún tipo de «resolución». En nuestra muestra, esto suponía, en todos los casos, que intentaban explorar, mejor o peor, variantes de las explicaciones deterministas del delito. Parece que solo en los editoriales se pueden eliminar las complejidades y ambigüedades y tomar una postura clara; y, en todos los periódicos, a pesar de las diferencias, esa postura estaba ahí: la apelación a la ley como protectora última de todos «nuestros» intereses. Ya sea representada como una forma de equilibrar los intereses del individuo y de la sociedad (*The Times*), como un difícil proceso institucional de decisiones esencialmente judiciales (*The Daily Telegraph*) o como el último bastión de la gente civilizada y decente contra las fuerzas (recurrentes) del mal (*The Daily Mail* y *The Daily Express*), debemos siempre confiar en la ley. Las contradicciones de la experiencia social cotidiana se suprimieron trasladando el debate al nivel más abstracto de la ley.

Hubo, sin embargo, dos voces discrepantes respecto de la evitación de las cuestiones de fondo y de la defensa abierta de las sentencias a la que tal evitación conducía. Ambas se produjeron en periódicos que, por diferentes razones, no llevaban editoriales, y ambas adoptaron la forma de «puntos de vista personales» idiosincrásicos y provocativos. Fueron Jon Akass en *The Sun* y Keith Waterhouse en *The Daily Mirror*. Dado que ocupaban una posición especial fuera de la estructura formal de las noticias, podían disentir, y se esperaba de ellos que lo hicieran, en su formulación de los temas, aunque, en el caso de *The Sun* en particular, también se demostraban claramente las tensiones contradictorias entre los distintos aspectos de la cobertura informativa. Así, Akass, en el periódico que más claramente se identificó con la víctima e ignoró todas las voces de protesta, pudo, bajo el titular «Usar la bota legal no resolverá el problema de los atracadores», describir las sentencias como «un castigo casi tan bárbaro como el propio delito», hablar de la necesidad de «transformar la sociedad de tal manera que chicos como Paul Storey ya no existan» e incluso citar a China como

ejemplo de dicha transformación. Sin embargo, su llamamiento final — que socava el argumento de la transformación — fue un llamamiento a los expertos para que ofrecieran algunas respuestas: «Si no, para qué están todos esos sociólogos». Aunque debemos expresar algunas dudas sobre la sinceridad de Akass en vista de su tono intermitentemente frívolo, era un enfoque inherentemente radical. Igualmente radical, y más consistente, fue la columna de Keith Waterhouse en *The Daily Mirror*, «Orden en la Sala». Su argumento giraba en torno a la tergiversación de la imagen de «la ley y el orden»: «El orden público no es simplemente un estado de suspensión en el que no pasa nada, a nadie le atracan». Waterhouse argumentó que la sentencia no tenía relevancia para nuestro derecho a «seguir con nuestros asuntos sin ser molestados» y que no intentaba abordar las condiciones sociales que generan la violencia. Por último, se adelantó a un importante argumento en contra diciendo que el que se abordaran las cuestiones más generales de la política social revertía en interés de cualquier víctima — especialmente de la siguiente —.

No hay que subestimar la existencia de estos artículos. Al cuestionar las definiciones de atraco y de orden público e insistir en la necesidad de un cambio social radical, han intentado transformar los propios términos del debate y, por lo tanto, hay que decirlo, los valores informativos de los periódicos para los que escriben. Sin embargo, sería igualmente imprudente sobreestimarlos. Ninguno de los dos alcanzaría con ese disenso el control editorial. Solo pudieron hacerlo porque se incorporaron al periódico como una forma de disidencia institucionalizada, que podría, en manos de otros disidentes autorizados, llegar igualmente al otro «extremo» (*cf.* John Gordon en *The Sunday Express*). La presencia de Akass y Waterhouse demuestra que un determinado punto de vista sobre la ley y el delito en un periódico popular puede ser a la vez radical y accesible; pero su efecto global, cuando se compara con la cobertura masiva dominada por los valores informativos convencionales, es poco más que simbólico. Sin duda, el mero peso de los valores informativos institucionales domina sobre la opinión idiosincrásica, por muy radical y bien argumentada que sea.

De estos editoriales también podemos extraer el esbozo de una respuesta común (con las excepciones de *The Morning Star* y de los dos *puntos de vista personales* discrepantes):

1. Este delito era especialmente grave entre los de su tipo; y
2. era sintomático de un aumento de la delincuencia violenta que debía abordarse en la política de sentencias; o
3. este delito era parte de una lucha eterna entre el bien y el mal;
4. la consideración primordial era la protección del público; y
5. en una situación así, la ley debía actuar con firmeza.

Hay que subrayar que estos argumentos solo podían apoyarse en tres condiciones: una era la aceptación incondicional de ciertas premisas, es decir, que la delincuencia violenta se estaba disparando; que *había* una variedad de delitos identificables como atracos; y que la protección del público era más importante que la reforma del delincuente. La segunda es que el tema se sacó de cualquier contexto social particular, de modo que la sociedad se convirtió en una abstracción. Esto supuso la exclusión de las opiniones y percepciones de todos aquellos grupos e individuos sin los cuales, en cambio, la mayoría de los artículos primarios y de fondo no podrían haber sido escritos. Y la tercera fue que la ley se percibió de una manera muy concreta: autónoma, funcionando en interés de todos, respondiendo a la opinión pública. De ello se desprende que los parámetros editoriales *no eran* los de la cobertura informativa: los intereses de toda la sociedad —el «público»— sustituían a una serie de intereses particulares como centro de atención. Pero como la «sociedad» en cuestión era una abstracción, no compuesta por grupos o intereses particulares, no se podía explorar la relación entre grupos particulares, ni entre grupos particulares e instituciones sociales particulares. Así teníamos editoriales sobre «la ley y la sociedad» y artículos sobre «la policía y los delincuentes». El discurso editorial diluyó la experiencia social concreta en una abstracción —la «sociedad»— de modo que el punto de vista moralmente totalizador que se pretendía en los editoriales era a la vez generalista y desconcertante.

The Sun

Las noticias primarias y los artículos de fondo de *The Sun* merecen una consideración aparte porque prácticamente no tuvieron en cuenta las variantes formales e ideológicas evidentes en los otros periódicos. Un característico titular, del 20 de marzo, «20 años para el atracador de 16 años», introdujo un artículo de Richard Saxty que, en algunos de sus rasgos más destacados, era totalmente atípico de la cobertura de la prensa nacional. Por ejemplo, la declaración inicial del periódico sobre el significado de la sentencia era breve, firme y assertiva —«una sorprendente represión de la violencia en los atracos»—, así como lo era la categorización social del principal delincuente como el «exskin-head Paul Storey». Del mismo modo, los detalles del delito se describen en un lenguaje que otros periódicos tienden a reservar para la retórica editorial: los chicos «habían metido el dedo en la llaga» y «ayer aprendieron el nuevo precio que los tribunales ponen a la violencia por diversión».

En el contexto de una codificación tan estricta y exclusiva de la historia, la reacción de las madres «conmocionadas» se representó como el rostro humano del drama más que como una fuente de oposición. *The Sun* fue el

único periódico que no se sintió obligado a citar a ningún grupo de reforma penal ni a ninguna opinión institucionalizada de Birmingham. Por otro lado, tampoco citó a los partidarios de las sentencias ni situó el delito como parte de un patrón que no fuera el de la «violencia por diversión».

El principal ángulo informativo de *The Sun* fue el de *la víctima*. Al final de la noticia principal había un breve artículo con su propio título: «Lo que significa ser víctima de atracadores», que prefiguraba la enorme portada del 21 de marzo, el único artículo de fondo sobre el tema que fue portada. De hecho, la mayor parte del espacio estaba cubierto por el titular y por la fotografía de cabeza y hombros de Keenan que lo acompañaba. El pie de foto principal decía «Soy ahora medio hombre», con una línea suplementaria más pequeña: «“Mi vida está arruinada”, dice la trágica víctima de los atracadores». El cuerpo principal de la historia era familiar: las opiniones (aprobatorias) de Keenan sobre la sentencia y sus (estúpidos) atracadores, su hospitalización, la pérdida del trabajo y la inestabilidad psicológica resultante del crimen. Sin embargo, la peculiaridad de *The Sun* fue que subordinaba todos los demás aspectos de la historia para concentrarse en *la víctima*, lo que, en la angustia que describía y la compasión que trataba de evocar, ha de leerse como una aprobación tácita de la sentencia. El debate y el conflicto se ignoran a través de la empatía con la víctima como ciudadano: la historia de cómo un acto delictivo de este tipo puede reducir a un hombre normal, trabajador y respetuoso de la ley a una ruina temerosa, impotente y sin empleo. Precisamente porque no eleva su posición a la de una proposición abstracta, precisamente porque la magnitud del sufrimiento de la víctima se considera suficiente en sí misma para justificar esa sentencia retributiva, *The Sun* podía evitar la necesidad de tener en cuenta cualquier opinión contraria. Cualquier ambigüedad que dicha opinión contraria pudiera haber puesto de manifiesto se evitaba de antemano mediante esta perspectiva exclusiva.

Las razones de por qué un editorial es superfluo deberían ser ya evidentes. A ello se añade la negativa —solo comparable a la desestimación del problema en *The Daily Telegraph*— a examinar en profundidad la zona de Handsworth. Menos aún se reconocía la relación entre la biografía y los antecedentes como foco de preocupación. Así, lo que en la mayoría de los demás periódicos era un problema central que requería algún tipo de resolución, en *The Sun* se «resolvía» por la forma en la que se formulaba: una serie de etiquetas que impedían el análisis.

Handsworth, la extensa barriada de Birmingham donde crecieron los tres atracadores, es un violento patio de recreo [...]. Paul Storey, hijo de un matrimonio mixto, probó las drogas, luego el robo y finalmente la violencia en un intento de encontrar emoción en su mísero entorno.

La madre de Paul, la Sra. Ethel Saunders, de 40 años, dijo: «¿Qué posibilidades tienen los jóvenes en una zona tan miserable como esta?»

Violencia, raza, drogas, robo, juventud: una serie de etiquetas al azar. En este contexto, la estrategia sugerida por el diputado conservador Charles Simeons, citada por *The Sun*, de reunir a los atracadores en un recinto y ridiculizarlos, no parece en absoluto fuera de lugar.

Formalmente, *The Sun* cubría los principales elementos comunes a otros artículos de fondo —víctima, atracador, zona— pero el tratamiento particular de cada uno de ellos hacía superflua la exploración y el análisis. El tratamiento informativo especialmente lineal de *The Sun* (sentencia-delito-victima) hizo que su cobertura fuera única, tanto en su interpretación ideológica como en las formas periodísticas que adoptó. *The Sun* había suprimido implícitamente las distinciones tradicionales entre «noticia», «reportaje en profundidad» y opinión editorial a favor de una conformación exclusiva del acontecimiento mediante su propia definición arbitraria y transparente.

Las implicaciones de esta camisa de fuerza ideológica para la construcción de las noticias son muy relevantes. Supone el abandono —en este caso y en otros ámbitos de la vida social— de cualquier compromiso nominal con diferentes tipos de análisis y explicación, al excluir la posibilidad de la argumentación y el debate. Marcuse, cuya obra en general solo nos parece útil a medias, ha ofrecido, sobre la cuestión del lenguaje «unidimensional», un útil resumen de sus principales características; bien podría haber estado hablando de *The Sun*:

Como hábito de pensamiento ajeno al lenguaje científico y técnico, tal razonamiento conforma la expresión de un determinado conductismo social y político. En este universo conductista, las palabras y los conceptos tienden a coincidir, o más bien el concepto tiende a ser absorbido por la palabra. El primero no tiene más contenido que el designado por la palabra en el uso publicitado y estandarizado, y de la palabra se espera que no tenga otra respuesta que el comportamiento publicitado y estandarizado (reacción). La palabra se convierte en cliché y, como cliché, gobierna el discurso o la escritura; el plus de comunicación impide el desarrollo genuino del significado. El sustantivo gobierna la frase de forma autoritaria y totalitaria y la frase se convierte en una declaración que hay que aceptar: repele la demostración, la calificación, la negación de su significado codificado y declarado. Este lenguaje que impone constantemente imágenes milita contra el desarrollo y la expresión de los conceptos. En su inmediatez y franqueza, impide el pensamiento conceptual; por lo tanto, impide el pensamiento.³

³ H. Marcuse, *One Dimensional Man*, Londres, Sphere, 1968, pp. 79, 84 [ed. cast.: *El hombre unidimensional*, Antonio Elorza (trad.), Barcelona, Planeta, 2016].

En la prensa nacional

Incluso el examen más superficial de la cobertura periodística continuada del caso Handsworth, el 21 de marzo, revela un cambio significativo en el énfasis. Mientras que tanto las noticias primarias como los editoriales giraban en torno a la controversia sobre la sentencia, tematizada en términos de «atraco» / juventud / condena disuasoria, el problema específico de la sentencia se amplió al día siguiente para explorar, tal y como subtituló *The Guardian* uno de sus artículos, «el problema de fondo». Este movimiento desde el primer plano (acontecimiento, cuestión, dilema, problema) hasta el fondo (causa, motivación, explicación) adoptó la forma de una evolución desde las noticias primarias hasta los artículos de fondo. Entraba aquí en juego un conjunto secundario de *valores informativos*: conceptualmente distinto de los valores de las noticias primarias, pero dependiente de las pistas proporcionadas en la tematización inicial de las noticias. Y, lo que es más importante, esta etapa del proceso informativo se basó en un campo ideológico más amplio. El problema se amplió desde la corrección de la estrategia inmediata adoptada para controlar un determinado brote de delincuencia, hasta las consideraciones sobre cómo se produce esa «ola» en primer lugar.

El paso de las noticias «duras» o primarias a los reportajes se produjo en distintos niveles, tal y como hemos representado en forma de tabla (véase el cuadro 4.1). En el nivel de la subcultura profesional de los periodistas —su sentido práctico de lo que son los reportajes— implicó el reconocimiento de que «en esta historia hay más de lo que parece», que la noticia concreta tenía un «trasfondo». En el caso de Handsworth, el «trasfondo» adoptó la forma de una serie de preguntas: ¿qué tipo de jóvenes perpetraron este delito? ¿De qué tipo de entorno social procedían? ¿Qué otros problemas acompañan a este tipo de delitos?

Para el análisis de este tipo de cuestiones existen convenciones periodísticas establecidas. Los periodistas enviados al terreno están preparados para buscar «elementos» de fondo: personas, lugares, experiencias, que establecen los parámetros del problema de fondo. Estos elementos se exploran individualmente utilizando la opinión de los movimientos de base, de los expertos locales (concejales, policías locales, trabajadores sociales) e incluso, en ocasiones, informes o investigaciones «académicas»; luego, de manera crucial, se sopesan entre sí, produciendo, en algunas piezas, formatos tipográficos que equilibran explícitamente un conjunto de elementos frente a otro.

Cuadro 4.1. Las dimensiones de los valores de noticia de los reportajes: un modelo

| Escenario | Sentido común periodístico | Dinámica de los artículos | Marco ideológico |
|--|--|--|--|
| (1) La noticia en crudo | Dramático / sensacionalista / elementos novedosos (es decir, la duración de la pena y tipo de delito). | La dinámica de las noticias primarias pone el acento en los «hechos» inmediatos y sus implicaciones (por ejemplo para la doctrina penal en general). | El sentido de lo que es «noticioso» se deriva de una concepción cargada ideológicamente de la sociedad y la refuerza. |
| (2) Pasamos al reportaje | Valoración de que los hechos tienen un trasfondo que no ha cubierto la noticia primaria (por ejemplo, el delito y el delincuente tienen un contexto social). | Encargar a reporteros que rastreen «reacciones» e interpretaciones por parte de fuentes acreditadas (por ejemplo contactando a los implicados y/o a grupos de presión y expertos). | Explicación / contextualización: colocar los hechos y los actores en un «mapa» de la sociedad. |
| (3) Tipo de reportaje | Seleccionar esos contextos y explicaciones considerados relevantes (es decir, ni vínculos político-judiciales ni las drogas y la violencia, sino Handsworth, sus habitantes y expertos). | Recoger las pistas proporcionadas por las fuentes en cuanto a la frecuencia de los hechos o como síntoma de problemas subyacentes (por ejemplo, Ethel Saunders y la «zona pésima», la policía de Handsworth y la «guerra contra la delincuencia»). | Identificación de los temas sociales (es decir Handsworth como «zona problemática»). |
| (4) Elementos del reportaje | Buscar a los actores y lugares que tienen experiencias relevantes y quasi-explicaciones (es decir, a la víctima; al atracador; a la policía; la calle o la zona). | Colocar a los actores y lugares en relación con los demás; «configurarlo» tipográficamente, usar las fotografías y los «artículos sentidos» de los reporteros (por ejemplo, el despliegue de dos páginas de <i>The Daily Express</i>). | Subsunción de temas bajo <i>índices</i> (es decir, la vivienda, empleo, raza, policía bajo «violencia», «el gueto», «la juventud», «la familia»). |
| (5) Reintegración del reportaje en el discurso dominante del periódico | Posibles soluciones a problemas definidos (por ejemplo,elogios del voluntariado y de la policía; petición de un plan urgente para la juventud / investigación). | Coherencia superficial: reunir elementos en un solo punto focal (por ejemplo el uso que hace <i>The Guardian</i> del comentario del trabajador social calificando la sentencia como algo tan insensible como el propio delito). | Hacer que el acontecimiento y sus implicaciones sean «manejables» (es decir que no destruyan o exijan cambios en la estructura básica de la sociedad). |

Estos dos niveles —lo que hemos llamado «sentido común periodístico» y «dinámica del reportaje»— son *intrínsecamente* ideológicos, pues lo que pretenden es contextualizar el acontecimiento, situarlo en el mundo social. En su selección de los elementos contextuales identifican otros temas o problemas sociales que pueden ser simplemente señalados o estudiados con cierto detalle. Estos temas se ponen así en relación implícita o explícita con el «problema» original del delito. Este tipo de personas comete ese tipo de delitos en un determinado tipo de zona: un patrón identificado y combatido por los responsables del control, que pueden ser figuras políticas, trabajadores sociales o la policía. En la selección de elementos, en la credibilidad concedida a determinados relatos de la situación y en la ponderación o equilibrio de las consideraciones entre sí, los artículos de fondo deben negociar con los análisis, las explicaciones o las imágenes disponibles del «problema de fondo». Es en el «momento» de los artículos de fondo en el discurso periodístico donde se hace más visible la conexión entre los procesos mediáticos y las ideologías legas más extendidas sobre la delincuencia; y es a la movilización de estas «ideologías legas» a lo que queremos prestar más atención.

Sin embargo, el movimiento hacia este conjunto de problemáticas más general no implicó un abandono total del tema original de la sentencia. En algunos periódicos, sobre todo en *The Morning Star* («La sentencia salvaje de los atracadores enciende las iras») y en *The Guardian*, se publicaron nuevas protestas de los grupos de presión progresistas. Igualmente explícita fue la incorporación en un artículo de *The Daily Mail* de una entrevista sobre la eficacia de las sentencias disuasorias con el destacado criminólogo Terence Morris. De forma más implícita, el retrato de *The Daily Express* sobre la reputación progresista del juez Croom-Johnson daba a entender que la sentencia demostraba que se agotaba la paciencia incluso de los miembros más tolerantes de la judicatura. El gesto más potente fue que el «primer plano» se insertó en el «fondo» a través de entrevistas con *la víctima*, que fueron publicadas por todos los periódicos nacionales. En el plano del «sentido común periodístico», la universalidad de esta atención a la víctima tuvo mucho que ver con su disponibilidad para ser entrevistada, y con el privilegio especial que debía darse a las opiniones de la persona en cuyo nombre se dictaba la sentencia. Podía incorporarse una entrevista y una fotografía en la dinámica del reportaje en profundidad como una confrontación dramática de atracador *contra* víctima. Pero esto no es suficiente para explicar lo que, al fin y al cabo, es un enfoque inusual: normalmente no se pide a las víctimas de delitos que comenten las sentencias de quienes han cometido delitos contra ellas. Aunque tanto *The Morning Star* como *The Guardian* («Lamento las sentencias», dice la víctima del atraco) representaron a Keenan expresando cierta empatía con los tres chicos, con frecuencia

se le utilizó en mayor medida como justificación implícita de la sentencia, ya sea a través de su propia opinión («¿Simpatía? No sintieron ninguna por mí», *The Daily Express*), o a través, como hemos visto en *The Sun*, de un nuevo énfasis en la extensión de sus heridas («Ahora apenas puedo subir las escaleras», *The Daily Mail*). No pretendemos aquí restar importancia al alcance de las lesiones reales y permanentes de Robert Keenan, ni negar su derecho a opinar sobre la sentencia. Más bien intentamos demostrar cómo su sufrimiento y sus opiniones fueron ideológicamente apropiados por estos artículos de fondo para convertirse en una justificación implícita de la sentencia. Los artículos de fondo, por lo tanto, no solo ponderaban elementos dentro del problema general, sino que también los ponderaban en su conjunto frente al primer plano. Así, el determinismo implícito que identificaremos como característico de muchos de los artículos sobre Paul Storey y Handsworth —sugiriendo que en este caso el delincuente casi no era responsable de sus actos— fue en parte socavado por este reenfoque en la víctima, devolviéndonos a las acciones —desde el enfoque en sus posibles causas— y, por lo tanto, implícitamente, a una preocupación por la defensa de las víctimas inocentes.

En *The Daily Mail* y en *The Daily Express*, la víctima se contraponía a *el delincuente*, que fue etiquetado en estos dos periódicos, respectivamente, como «líder de una banda» y como «atracador». En esas simples etiquetas podemos ver el intento de «situar» a Storey, *de tipificarlo*. En uno de ellos, es el líder de una banda, con connotaciones tanto del mundo de la delincuencia profesional y sus líderes de tipo mafioso como de las imágenes establecidas de las pandillas juveniles desviadas: los líderes y los dirigidos, el núcleo duro y la periferia, los depravados y los desposeídos. Menos crudo quizás, pero no menos potente que la caracterización más escabrosa que hace *The Sun* de él. En el otro, sencillamente es el «atracador», una imagen, ya plenamente desarrollada, de la juventud indisciplinada y violenta. Sin embargo, la búsqueda de tipificaciones o «carreras criminales» en las biografías de Storey se vio bloqueada por la negación de amigos, familiares y trabajadores sociales de que mostrara tendencias reconocibles como «patológicas». En *The Daily Mail*, el titular complementario de «líder de la banda» decía: «¿Violento? No era un mal chico, de verdad no lo era», comentario del dueño de una cafetería local. En ausencia de signos específicos de un trastorno de la personalidad, había un esbozo más general de su «carrera»: padres separados, un breve periodo de trabajo ocasional, participación en pequeños delitos, estaba en la calle la mayor parte del tiempo. El énfasis en la escuela, la familia y el empleo es evidente en los retratos más breves de los otros dos chicos, aunque en el caso de Mustafa Fuat, con una familia relativamente estable y sin antecedentes penales, solo la inminente demolición de su casa es una prueba de lo que estos índices pretendían

medir: la desorganización social. En ellos está implícita la búsqueda de los puntos en los que estos chicos se habrían «descarrilado». Igualmente implícito está el contrapunto de esto: los patrones que nos mantienen al resto de nosotros «en el camino correcto»; las buenas influencias y los logros del hogar, la escuela y el trabajo. Fracasar en todos o en alguno de estos aspectos, dice la explicación implícita de la desviación que opera aquí, es estar «en riesgo».

El retrato de *The Daily Express* era casi idéntico, aunque con un titular más determinista, «El chico que fue condenado antes de nacer», completado con una imagen de la juventud en riesgo: «demasiado tiempo en sus manos». Sus antecedentes familiares, su historial escolar y su incapacidad para encontrar un trabajo se repasaban de nuevo insistiendo en el periodo, demasiado breve, durante el cual, con un trabajo fijo, dinero en el bolsillo y una novia, parecía capaz de llevar una «vida normal». Tanto en *The Daily Mail* como en *The Daily Express* no hubo ningún intento explícito de explicar la implicación de los chicos en un delito violento en términos, por ejemplo, de defectos genéticos, «malas compañías» u otras explicaciones causales consistentes y explícitas. Más bien lo que tenemos es un retrato del fracaso de todos los puntos de integración social que «normalmente» se aplican. La deducción es que todos estamos potencialmente en riesgo, pero la mayoría de nosotros, a través de un buen entorno y de una actitud positiva, somos capaces de lograr los objetivos adecuados de un trabajo regular, una vida familiar estable y un disfrute legítimo.

Sin embargo, en ambos artículos hay otra forma más ambigua de diferenciar a estos jóvenes del resto de la sociedad: a través del criterio de la raza. Ambos periódicos introdujeron pronto al padre «antillano» de Storey, y en ambos se informó de su resentimiento racial. *The Daily Mail* persiguió el tema de la raza con cierta determinación, reproduciendo una definición supuestamente local de la calle en la que vivía James Duignan como una «Minionu» y buscando las conexiones chipriotas de la familia Fuat en una frase que, en su búsqueda de color local, subrayaba la alteridad de un trasfondo cultural ajeno: «En las paredes cuelgan tapices orientales».

Estas connotaciones específicamente raciales, con sus implicaciones para los retratos de Handsworth en los mismos artículos, y para la futura trayectoria del pánico al «atraco», estaban ausentes en el retrato biográfico de *The Daily Telegraph*. También se hacía menos hincapié en la familia que en *The Daily Express* y *The Daily Mail*, aunque la asistencia a la escuela y el desempleo se examinaban en términos muy parecidos. En general, había una tipificación mucho más fuerte: «La vida reciente de Paul Storey es típica de muchos de los casos que llevan los trabajadores sociales del distrito de Handsworth». A menos que se considere que todos estos «casos» son delincuentes potencialmente violentos, hay poco en esta «ubicación»

de Storey que explique el acto delictivo: la tipificación es fuerte pero no se especifica. En cambio, *The Daily Telegraph* recalca con aprobación los comentarios de Ethel Saunders sobre el entorno social: «La Sra. Saunders no es la única que culpa a los problemas de Handsworth de las dificultades a las que se enfrentan los jóvenes allí». Un ayudante del jefe de policía y un concejal local hicieron hincapié en la mala calidad del entorno.

Para *The Daily Telegraph*, el curso particular de la biografía de Storey se subsumía en el problema general de un entorno pobre. Y el problema del entorno, concretamente la zona de Handsworth, es el tercer elemento universal de los artículos. Al parecer, fue desencadenado por los comentarios de la madre de Paul acerca de la «pésima zona». Pero esto no es suficiente para explicar la presencia de este tema, ya que ella dijo otras cosas, como que Paul se drogaba, algo que los reportajes no trataron. La lógica del «sentido común periodístico» es insuficiente para explicar el énfasis en Handsworth. El énfasis en Handsworth se explica mejor por su conexión con una estructura ideológica con mucho recorrido: la del «nido de delincuencia» o barrio bajo, y la conexión gueto / delito, elaborada en tantas historias de atracos estadounidenses. Se ha asumido como un «hecho social» que algunas áreas producen más delitos y delincuentes que otras. Este tema de fondo fue recogido muy pronto, con frecuencia en las noticias primarias —y no solo a través de la intervención del lobby progresista, con sus explicaciones ambientalistas del «atraco»—. En *The Daily Express*, por ejemplo, donde no figuraron estos grupos de presión, tuvimos una descripción muy elocuente del lugar del crimen. La víctima «se encontraba con los chicos en una zona en ruinas llena de inmigrantes de Handsworth, donde estos viven». No necesitamos subrayar las repercusiones de esta imagen en un periódico que lleva tanto tiempo comprometido con el «control de la inmigración».

No es de extrañar que la cuestión de los inmigrantes se introduzca desde el principio en el retrato que *The Daily Express* hace de Handsworth, titulado «No es un lugar seguro para caminar solo / El gueto / Handsworth / Infravivienda y paro». La delincuencia, la raza y la pobreza resultan ser las características esenciales —con predominio de las dos primeras sobre la última—, *The Daily Express* se sumaba así al viejo juego de intentar resolver lo que está mal en la zona abandonada; mientras que *The Daily Telegraph* encontró expertos locales que estaban de acuerdo con la condena de la zona por parte de Ethel Saunders, los del *The Daily Express* la consideraron «injusta». El presidente del Community Relations Committee de la ciudad se esforzó en subrayar que el delito podría haber ocurrido en cualquier lugar y que un solo delito no debería condenar a todo un barrio. Sin saberlo, colaboró en la redefinición del problema en términos principalmente raciales: el problema no era toda la juventud de Handsworth, sino

la juventud negra en paro, enfadada, agresiva, con una subcultura «antisocial». Había aquí un círculo de asociaciones en el que la delincuencia y la raza definían el gueto y eran definidas por él; sin embargo, en ninguna parte se indicaba el origen del gueto. Si bien a la concejala Sheila Wright se le permitió reintroducir el problema de la vivienda, fue un trabajador comunitario de color, que relataba el resentimiento de los jóvenes negros, quien tuvo la última palabra de «experto». Frente a esta reconfiguración activa del problema, desde el barrio hasta la juventud negra en el gueto, el optimismo final del artículo de *The Daily Express* resultaba superficial, un humanismo desecharable, marginal en relación con el argumento:

Alrededor de Handsworth hay demasiados lugares como la asquerosa calle de Paul Storey, irónicamente, antaño el «lugar de moda» para vivir en la segunda ciudad de Gran Bretaña. Pero, afortunadamente, hay mucha gente que intenta hacer de Handsworth un lugar mejor para vivir.

La ubicación de Handsworth en el mapa social no se llevó a cabo atendiendo a las estructuras que la convertían en lo que era. La naturaleza del mercado inmobiliario, por ejemplo, y la posición desventajosa de los inmigrantes dentro de este no recibieron ninguna atención explícita; más bien, lo que se hizo fue una *descripción de las asociaciones* —raza, delincuencia, vivienda, desempleo— mediante las cuales, de alguna manera no especificada, surgió el problema de la «juventud negra antisocial». El fuerte énfasis racial en la biografía de Paul Storey tenía más sentido en este contexto; se convirtió en un indicativo del problema que subyace a la delincuencia: la raza. Aunque existía una especie de determinismo, las manifestaciones superficiales de la patología social se situaban, implícitamente, en la presencia de *extranjeros* en esta «zona con un 90 % de inmigrantes», que era la raíz del problema.

The Daily Mail siguió una pista similar a la de *The Daily Express*, aunque con sus propias variaciones. Su primera descripción de Handsworth en sus noticias primarias recogía los temas familiares de la raza y la delincuencia:

Todos los jóvenes condenados son de color o inmigrantes y viven en una de las principales zonas problemáticas de Birmingham. La policía y los trabajadores sociales llevan cinco años luchando por resolver los problemas de la comunidad en Handsworth, donde la delincuencia juvenil no deja de empeorar y hay continuas quejas sobre la relación entre la policía y la población mayoritariamente de color.

Al igual que en *The Daily Express*, Handsworth proporcionó un tema general, atrapado de nuevo en una metáfora orgánica —«donde la violencia se reproduce», además hubo alguna sugerencia suelta y ambigua

sobre la responsabilidad comunal en tales áreas —«Handsworth [...] «una mancha en cualquier país que pretenda ser civilizado» [...] y el hogar de Paul Storey».

Para ser justos con *The Daily Mail*, el diario introdujo algunos detalles sobre la naturaleza exacta del problema de la vivienda en la zona. Describía Handsworth como «una zona problemática, desaliñada y descuidada, a tres kilómetros del centro de la ciudad [...]. La mayor parte de la zona está ocupada por un conjunto de casas de estilo victoriano. El valor de las propiedades es bajo. Los propietarios privados son habituales. No les faltan inquilinos, especialmente entre los inmigrantes». Sin embargo, para profundizar en el tema, *The Daily Mail* recurrió a una interpretación bastante directa de las opiniones de tres «expertos»: un concejal laborista (radical), el ayudante del jefe de la policía (homicidios) y el diputado local (tory). La primera se citó ampliamente, haciendo hincapié en que «las deplorables condiciones de vivienda, el elevado desempleo y la presión sobre las escuelas locales» provocaban altos índices de delincuencia y de niños en régimen de tutela. El artículo reproducía sus comentarios adversos sobre la «concentración» por parte del Ayuntamiento de las familias más pobres en dichas zonas. Los reporteros añadían la estadística de que el 25 % de los habitantes de Handsworth eran menores de 15 años y decían que el Departamento de Educación no negaba que sus recursos estuvieran al límite. Sin embargo, la franqueza del reportaje de *The Daily Mail* se quebró con el siguiente experto, el diputado local, que se presentó como el líder de la «guerra contra la delincuencia» en Handsworth. Esto es lo que resultó ser la «mancha en cualquier país que pretenda ser civilizado», produciendo la «atmósfera en la que algunas personas tienen miedo de caminar solas». La redacción y las estadísticas sobre delincuencia utilizadas eran exactamente las mismas que las de *The Daily Express*, así como la inversión de la lógica empleada: un argumento que comenzaba con los factores ambientales terminaba con el miedo a la delincuencia; y, al igual que en *The Daily Express*, el tema de la raza seguía casi inmediatamente después y se introducía sin rodeos: «Se calcula que el 70 % de la población de Handsworth es de color y la zona plantea a Birmingham su mayor problema de gueto». La imagen final era la de la decadencia histórica de la zona: «Handsworth albergó en su día a ricos industriales que vivían en calles bien arboladas. Ahora las calles están llenas de basura y los niños juegan en las zonas de demolición». Resulta sorprendente que tanto *The Daily Express* como *The Daily Mail* hayan terminado con evocaciones tan similares de la decadencia urbana. Se trata de una imagen de la ciudad en declive, poderosamente descriptiva pero sin dimensiones explicativas. No se intentaba ofrecer una explicación de cómo se produjo la decadencia, al tiempo que se estrechaba el círculo de asociaciones: vivienda, raza, delincuencia.

Era razonable esperar que *The Guardian* tuviera un enfoque más complejo. Después de todo, es el periódico al que acuden los grupos de presión contra la pobreza y las «profesiones asistenciales» en busca de apoyo. También recogió el tema de la zona desde el principio, pero de una manera más específica y punzante que *The Daily Express* o *The Daily Mail*:

La zona de Villa Road es una zona en la que la policía no goza de una buena relación con la comunidad mayoritariamente inmigrante y en la que el desempleo de los adolescentes es elevado. [...] El mes pasado, 31 trabajadores voluntarios de la zona firmaron una carta dirigida al comisario de Policía de Birmingham en la que denunciaban el acoso policial a la población antillana y afirmaban que los métodos policiales no eran útiles para hacer frente al creciente problema de la violencia en Handsworth.

El paro juvenil y la delincuencia eran temas comunes; la novedad radical estaba en la tensión entre los inmigrantes y la policía. Sin embargo, el análisis se mantuvo en el nivel de los síntomas: al comienzo del artículo, bajo el encabezado «Deprimido y deprimente», se ofrecía toda una lista de dichos síntomas: «Handsworth está deprimido y es deprimente, y la zona del Soho, donde se producen la mayoría de los problemas, tiene fama de ser violenta, con viviendas precarias, paro y resentimiento racial». Esta amplia lista de índices de «depresión» seguía siendo descriptiva: no se proporcionaba ninguna conexión causal. Tal vez resulte sorprendente que *The Guardian* no haya recurrido al análisis de la «privación múltiple» propio del trabajo social. En su lugar, se hizo hincapié, algo único en la prensa nacional, en contar cómo debían experimentar Handsworth los que vivían allí: «Desde el punto de vista de los lugareños es un distrito donde la policía acosa, el Ayuntamiento no se preocupa y hay “más ratas que seres humanos”, como dice el propietario de un café». Posteriormente, el problema del entorno se expuso de una manera muy similar a la de *The Daily Express* y *The Daily Mail*. La cuestión que se planteaba era cómo la delincuencia era, de alguna manera, el resultado de una situación en la que «las viviendas adosadas están en mal estado y las vallas de los jardines están rotas». En esta problemática se insertó la biografía de Paul Storey: «La calle donde Paul Storey vivió durante nueve años está llena de ladrillos rotos y botellas de leche». Esta imprecisa tematización del entorno se llevó a cabo junto con el «problema social» más específico del que formaba parte Paul Storey, a la que se añadió una dosis de «antecedentes familiares inestables»: «Los jóvenes negros de la zona están en paro crónico, y el padre de Paul, al que nunca conoció, es antillano».

The Guardian ensayaba un abanico más amplio de posibles explicaciones que cualquier otro periódico: múltiples síntomas de patología social, el

problema social específico de los jóvenes negros desempleados, un entorno familiar inestable... Sin embargo, no siguió ninguna de ellas de forma coherente. En su lugar, volvimos al problema del «entorno», con la presentación de Corbyn Barrow y el líder municipal Stan Yapp, que subrayaron que los problemas de Handsworth no eran únicos y que una renovación urbana debidamente financiada los erradicaría (sin explicar cómo). Incluso la policía reconoció el papel de las «malas condiciones sociales» y se resintió de que se le culpara de «factores ajenos a su control». La conclusión, en forma de comentario de un trabajador de la comunidad local, nos devuelve a la cuestión inicial de la sentencia: «No es que no queramos que paren los atracos, pero esta sentencia es un arma tan insensible como el ladrillo que utilizó Paul Storey». En su enfoque de Handsworth, *The Guardian* se distinguía en ciertos aspectos concretos de otros periódicos, por su perspectiva progresista. No hubo ningún intento de etiquetar la zona en términos de raza, ni de suprimir el problema real de las relaciones entre la policía y los inmigrantes, al tiempo que se dio un auténtico intento de empatizar con los habitantes locales. Sin embargo, en último término, *The Guardian* se dejó atrapar por el modelo simplista de entorno / comportamiento que no ofrecía conexiones entre ambos elementos. Handsworth no solo quedó sin resolver, sino que quedó como imposible de solución, dados los términos en los que *The Guardian* lo había abordado. Incapaz de romper con esos términos —una medida de su incapacidad para romper con las formulaciones ideológicas dominantes—, *The Guardian* se quedó en la angustia y la depresión.

Podemos ver así que en los artículos de fondo sobre las biografías de los chicos y sobre la zona de Handsworth, había varias quasi-explicaciones vagamente formuladas, así como imágenes muy estructuradas de la causalidad del delito. El paso de las noticias a los artículos de fondo había implicado, en todos los periódicos, la exploración del «problema de fondo», al tiempo que se producía una notable similitud en su selección de los principales puntos de atención: «víctima», «atracador», «zona». Nos hemos preocupado de mostrar lo limitada que era la perspectiva de todos los artículos. Sin embargo, sería engañoso suponer que no había espacio alguno para la intervención editorial o que era imposible orquestar el abanico de explicaciones e imágenes de diferentes maneras, especialmente en el momento de sopesar unos elementos con otros.

De hecho, *The Times* optó por no hacer ningún artículo de fondo. El hecho de que este periódico no incluya en absoluto artículos de fondo en su repertorio periodístico puede ser una explicación suficiente, aunque esto es algo más que una cuestión formal e indica, como mínimo, una confianza suprema en la capacidad de su cobertura informativa para tematizar y contextualizar cuestiones dramáticas o problemáticas.

Si *The Times* evitó cualquier tipo de exploración, la realizada por *The Morning Star* sigue siendo única. Giró en torno a la oposición a las sentencias expresada por distintos grupos de presión, con el añadido específico de una comparación adversa de estas sentencias con el trato más indulgente concedido a dos jóvenes blancos que habían desfigurado permanentemente a un hombre pakistaní; la comparación fue realizada por un representante de la Campaign Against Racial Discrimination (CARD) de Birmingham. No había biografías de los jóvenes; solo una frase —que expresaba el «dolor»— de la víctima; al mismo tiempo Handsworth se caracterizaba brevemente como «una de las zonas más problemáticas de Birmingham», aunque la carta de protesta sobre las tácticas de la policía, mencionada en *The Guardian*, se trataba con más detalle. Parece probable que la falta de recursos limitara la capacidad de *The Morning Star* para explorar el tema: tuvo que recurrir al material secundario disponible a través de su propio circuito de contactos. Hasta qué punto *The Morning Star* podría haber roto con las limitaciones formales e ideológicas de las noticias de fondo que aparecen en los otros periódicos debe seguir siendo una cuestión de conjeturas.

Con la excepción de *The Times* y de *The Morning Star*, surgió así un patrón común de tratamiento de los reportajes. Los elementos esenciales de fondo —universalmente los de la víctima, el atracador y la zona— se seleccionaron, se exploraron individualmente y se contrapusieron entre sí. Es la forma específica del artículo periodístico la que proporciona el mecanismo de equilibrio; no se llega a la ponderación final mediante un proceso de argumentación o análisis, sino que se incorpora a la forma del artículo tal y como se construye inicialmente. Así, una de las estrategias utilizadas por más de un periódico fue la de yuxtaponer (dentro del mismo artículo de fondo o en el mismo periódico, en un «despliegue») una serie de formas de interpretar la conexión entre delincuencia y entorno, biografía y antecedentes. Esta forma de equilibrar lecturas diferentes es una especie de efecto de *reportaje por montaje* y fue más evidente en el caso de *The Daily Express* y *The Daily Mail*. En *The Daily Express*, el «equilibrio» se establecía en la doble página: a la izquierda Handsworth y el atracador, a la derecha la víctima que sufre, el juez progresista inusualmente indignado y un retrato muy halagador de la policía local (adelantándose a versiones más críticas de la política policial hacia los grupos de inmigrantes como las que aparecían en *The Morning Star* y *The Guardian*). Aunque todo el artículo tenía un titular severamente determinista —«Atrapados de por vida en una trampa violenta»— hemos visto cómo el lado de la ecuación Handsworth / atracador había sido tan socavado por las imágenes particulares de la conexión raza-delincuencia que el efecto general era cortar los fundamentos del argumento que de otro modo contenía. En este caso, el

equilibrio se representaba tipográficamente, pero el *peso ideológico se inclinaba* hacia un lado.

Del mismo modo, *The Daily Mail* contrapuso víctima y atraco bajo el retrato de Handsworth titulado «Donde se cultiva la violencia». El fuerte énfasis en la raza y la delincuencia en ese artículo volvía a socavar el compromiso formal de «equilibrio», mientras que la entrevista con el experto criminólogo Terence Morris reubicaba el problema «real» en la política y los tratamientos, en lugar de la causalidad de la delincuencia (sugiriendo, además, que esta seguía siendo insoluble).

En el caso de *The Daily Telegraph*, el efecto de «montaje» era menos inmediatamente visible, pero seguía funcionando el mismo proceso de sopesar a la víctima y al atracador, el entorno y la ley y el orden. *The Daily Telegraph* tenía su propia resolución, que negaba las dimensiones del problema, principalmente mediante el uso de un portavoz de la policía: «La policía no estaba satisfecha con los atracos, pero no creía que fueran un problema general». Por lo tanto, *The Daily Telegraph* solo se situó formalmente en el nivel de la exploración de características, ya que rechazó sistemáticamente las formulaciones en las que se basaba dicha exploración en otros lugares: Handsworth no era un caldo de cultivo para la delincuencia; Storey era solo un espécimen conocido de delincuente; el sufrimiento de la víctima y la naturaleza excepcionalmente brutal del ataque eran explicaciones suficientes del asunto. El reportaje siguió de cerca las líneas de explicación establecidas en la noticia principal y en el editorial.

El *reportaje por montaje* transmitía una impresión de amplitud (abarcando todos los puntos de vista), así como de equilibrio: concejales o policías de «línea dura» frente a trabajadores comunitarios de «centro blando»; residentes locales frente a figuras de autoridad; o (como en la versión de *The Birmingham Evening Mail*) madres de los acusados frente a madres angustiadas en las calles. Formalmente, la cuestión quedó sin resolver: no se ignoraron las pruebas, sino que simplemente se dejó que estos elementos se contradijeran entre sí. Habría sido posible que el periódico tolerara esta variedad y contradicción (reservando su propio juicio para el editorial); en la práctica, el montaje se seleccionó y configuró de tal manera que una «resolución» en uno u otro lado del paradigma ideológico parecía emerger por sí misma.

Una estrategia alternativa de los artículos consistía en intentar destilar la esencia o el núcleo problemático del problema, buscando todos los temas generales condensados en una instancia local. Este fue el efecto de los *artículos microcosmos*. En este caso, el tema general de la delincuencia / pobreza / violencia se percibía y representaba a través de la historia particular, por ejemplo, de Handsworth. Esto fue más evidente en los periódicos

locales (como veremos). En los nacionales, se dio principalmente en *The Guardian*. Ese periódico separó físicamente —y, por lo tanto, ideológicamente— los elementos de su reportaje. La entrevista con la víctima y las extensas protestas de los grupos de presión constituyeron el material de la historia de seguimiento de la portada, pero la consideración de la biografía de Paul Storey y el entorno social de Handsworth se reservaron para los «artículos de fondo». Esta separación —aunque suponía una ruptura con los valores dominantes de las noticias de fondo— también representaba una especie de equívoco. Al ir «detrás» de la cuestión inmediata de los criminólogos progresistas *frente a los* partidarios de la ley y el orden, *The Guardian* también desplazó el problema de manera que no parecía haber ninguna relación entre las sentencias y las políticas contra la pobreza. *The Guardian*, incapaz de enfrentarse al «pánico moral» al que él mismo había contribuido mediante la cobertura informativa convencional, buscó el terreno más seguro de la política social. De ahí que *The Guardian* se esforzara menos en equilibrar los intereses contrapuestos en torno al caso que en equilibrar los intereses contrapuestos dentro de la zona: no la víctima *contra* el atracador, sino los residentes locales *contra* las autoridades. Se señaló la importancia de estos conflictos de intereses, pero no hubo ningún intento de elegir entre ellos, al igual que el periódico no pudo producir un editorial que se inclinara hacia un lado u otro de la controversia sobre la sentencia. Este «equívoco» es un elemento central en el repertorio del progresismo moderno, que ha sido eficazmente diseccionado por Roland Barthes al designarlo como «Ni-Ni»:

Me refiero a esa figura mitológica que consiste en enunciar dos opuestos y equilibrar el uno con el otro para rechazarlos a ambos (no quiero ni esto ni aquello). Se trata, en general, de una figura burguesa, pues se relaciona con una forma moderna de liberalismo. Volvemos a encontrar aquí la figura de la balanza: la realidad se reduce primero a los análogos; luego se pesa; finalmente, una vez comprobada la igualdad, se deshace de ella. También aquí hay un comportamiento mágico: se descartan las dos partes porque es embarazoso elegir entre ellas; se huye de una realidad intolerable, reduciéndola a dos opuestos que se equilibran solo en la medida en que son puramente formales, liberados de todo su peso específico un equilibrio final inmoviliza los valores, la vida, el destino, etc.: ya no hay que elegir, sino solo refrendar.⁴

⁴ R. Barthes, *Mythologies*, Londres, Paladin, 1973, p. 153 [ed. org.: *Mythologies*, París, Les Lettres Nouvelles, 1957; ed. cast.: *Mitologías*, Héctor Schmucler (trad.), Buenos Aires, Siglo XXI, 1980].

Los periódicos de Birmingham

Hemos analizado por separado los periódicos provinciales de Birmingham, ya que sus intereses locales particulares afectaron a su tratamiento informativo del caso. En términos de prácticas periodísticas concretas, estaban «más cerca del terreno» que los periódicos nacionales y tenían un acceso más inmediato, tanto a los implicados como a los expertos o líderes de opinión locales. También produjeron más historias y más cobertura. Desde el punto de vista ideológico, se hacía hincapié en los orígenes *locales* de las víctimas y los delincuentes y se tenían en cuenta las implicaciones para la ciudad de Birmingham en su conjunto. Esto tuvo implicaciones particulares para la gama de explicaciones e imágenes movilizadas en el tratamiento de los artículos de fondo; y aunque apuntaremos algunas características del tratamiento de las noticias primarias evidentes en los tres periódicos —*The Birmingham Post*, *The Evening Mail* y *The Sunday Mercury* (todos ellos propiedad de una misma empresa)— queremos concentrarnos en el tratamiento de las noticias locales. *The Birmingham Post*—un diario de opinión y formato conservador— publicó seis artículos sobre el caso Handsworth, a saber

La madre culpa a la «zona pésima» del delito de su hijo
El juez condena a un joven de 16 años a 20 años (20 de marzo de 1973)

Los chicos pueden recurrir las sentencias
The Grove, Birmingham 19 [artículo] (21 de marzo de 1973)

Los chicos de la agresión de los 30 peniques recurrirán las sentencias
Detenidos [editorial] (22 de marzo de 1973)

Al igual que *The Daily Mail*, *The Birmingham Post* no sacó en portada la historia de Handsworth, y su historia en primera página esbozó las reacciones de la familia a la sentencia, mientras que la última página contenía el informe del tribunal. Lo más llamativo es que limitó el uso de la etiqueta «atraco» a una estadística policial en la noticia de contraportada y—entre comillas— en el editorial. *Nunca* apareció en un titular. Aunque la caracterización de los delincuentes como «los chicos del atraco de 30 peniques» tenía sus propias connotaciones de delito sin motivación, el hecho de evitar la etiqueta constituyó una variación significativa respecto de la mayoría de las noticias.

Esta persistente ausencia de la etiqueta «atraco» fue tan consistente que podríamos sospechar que fue el resultado de una decisión editorial específica, cuya razón de ser permanece oculta para nosotros. Por lo demás, sin embargo, *The Birmingham Post* solo puede distinguirse de los periódicos nacionales por su introducción mucho más temprana de los artículos de

fondo. Las entrevistas con Ethel Saunders y Robert Keenan aparecieron junto con el informe del tribunal para formar el centro del tratamiento de las noticias del 20 de marzo, a expensas, al parecer, del debate «institucionalizado», que solo estuvo representado por dos figuras locales: Rex Ambler y Harold Gurden, diputado por Selly Oak. La noticia inicial de la portada se «redondeó» con un extracto del discurso de Colville y la estadística del «129 %» de incremento de los atracos. Las dos noticias de los días 21 y 22 de marzo se ocuparon principalmente de los detalles del procedimiento de apelación, de una o dos reacciones más (sobre todo de la secretaría de la British Association of Social Workers, con sede en Birmingham) y, sobre todo el 22 de marzo, del intrincado funcionamiento del sistema de libertad condicional aplicado a las sentencias de detención. Este último inserto estaba relacionado con el editorial del mismo día. Bajo el título «Detenidos», pretendía erradicar un «malentendido» sobre el «caso del atraco» causado por la naturaleza de una sentencia de detención. Por ello, *The Birmingham Post* trataba de explicar los procesos de revisión y libertad condicional que permitirían poner en libertad a Storey cuando «las autoridades a cuyo cuidado le ha conducido su violencia estén convencidas de que sus evidentes problemas psicóticos han sido rectificados». La fijación de un periodo de 20 años era, por lo tanto, más simbólica que real: un *espectáculo* de venganza. La referencia a la supuesta campaña de sentencias disuasorias adoptada por el juez de instrucción de Birmingham, que «erradicó» el vandalismo en las cabinas telefónicas, sugiere que esto puede ser necesario y eficaz. De este modo, *The Birmingham Post* intentaba mantener dos caras: por un lado, 20 años no significaban lo que decían y, por otro lado, era un elemento disuasorio necesario.

Este argumento legalista se basaba en la inclusión de Storey en la categoría global de «psicótico» (aunque el argumento era incoherente, ya que los psicóticos son presumiblemente incapaces, por definición, del cálculo racional necesario para que la disuasión tenga éxito). Pero esta solución al problema de la biografía / entorno no fue adoptada por el tratamiento de las noticias y los reportajes. La portada de las dos noticias del 22 de marzo, por ejemplo, hacía mucho hincapié en los delincuentes como miembros de familias de *la ciudad*. Se entrevistó a los padres y se ofrecieron breves historias familiares: fechas de llegada a la ciudad, composición de la familia. En las biografías de los chicos se esbozaban los índices de fracaso que señalamos en la prensa nacional: educación deficiente, paro, mal ambiente. Al mismo tiempo, los chicos fueron «normalizados» como parte de familias reconocibles de la ciudad, aunque sus circunstancias generales fueran retratadas como «anormales». Esta tensión nunca se resolvió y no es de extrañar que, en su artículo de fondo más explícito, *The Birmingham Post* se concentrara totalmente en el entorno y omitiera por completo las consideraciones biográficas.

El reportaje de *The Birmingham Post* sobre Handsworth intentó encapsular el problema del entorno, no en la zona en su conjunto, sino en una calle. De ahí su título «The Grove, Birmingham 19» bajo una fotografía que, con su disposición de basura abandonada en el fondo y la escena del crimen cercada en primer plano, ofrecía una poderosa imagen de un vacío social. Se trataba de una nueva imagen de los barrios marginales: no de los viejos barrios industriales superpoblados y claustrofóbicos, sino de las antiguas áreas residenciales decadentes y abandonadas. El texto se centra en estos aspectos superficiales del entorno. Algunos habitantes representativos de la zona —la Sra. Worrall, madre de 11 hijos («cuya familia no es ni mucho menos la más numerosa de las familias de Grove»), temerosa de salir por la noche; la Sra. Hill («cuando llegué aquí hace 19 años, este era un barrio respetable»), que vive la experiencia de la decadencia— fueron llamados a dar testimonio. Pero el problema del entorno se representó en el plano de la *apariencia*:

Seguramente ninguna calle de Birmingham tiene un nombre menos acertado. Incluso en un soleado día de primavera su aspecto es desalentador; por la noche está llena de ruidosas amenazas [...]. La calle es el patio de recreo natural —de hecho, es el único patio de recreo— de los muchos niños, una gran proporción de ellos de color, que viven en el Grove.

Hay algo engañoso aquí sobre la forma en que ciertas conexiones clave, que producen una especie de «explicación» del evento de Handsworth, se fusionan ambiguamente en una imagen visual. Volvemos a la versión «suciedad = desviación» del tema ambientalista, y es a este aspecto de la frase sobre Storey al que los sociólogos deberían dirigir su atención: «Entonces, tal vez, lo que le ocurrió podría conducir a una mejora del tipo de entorno que fomentó su delincuencia». Lo que *The Birmingham Post* no reconocía, no podía reconocer, era la formulación arbitraria de su propia pregunta, su ignorancia de las determinaciones estructurales y culturales que ocupan ese espacio entre el entorno y la delincuencia.

The Evening Mail tiene un formato más populista que *The Birmingham Post* y en su momento fue algo menos conservador; aunque posteriormente, bajo el cambio de dirección, se ha vuelto más estridentemente de derechas, ganando mala reputación entre los círculos progresistas por su excesiva cobertura de los problemas de los inmigrantes negros, especialmente de los «atracos» en su fase más reciente. Su cobertura del suceso de Handsworth alcanzó el punto de saturación:

20 años de prisión para el chico de 16 de nuestra ciudad (19 de marzo de 1973)

Las madres luchan por los chicos atracadores
 Extranjeros [editorial]
 Condena de 20 años: lo que piensan los diputados
 Sociedad, «Al límite de la clemencia»
 Llamada de atención sobre el absentismo escolar
 Detrás de la violencia (20 de marzo de 1973)
 El juez de los atracos lo repite: 20 años
 Atracos: los amigos se congregan para apoyar a los jóvenes
 La noche en que Handsworth se metió en sus asuntos
 Mientras tanto, en el Tribunal de Menores
 Un Paul Storey es demasiado [punto de vista personal] (21 de marzo de 1973)
 Víctima de un atraco en la ciudad para reclamar (22 de marzo de 1973)
 La «semana de pesadilla» de la Sra. Storey (23 de marzo de 1973)

The Daily Mail adoptó la etiqueta de «atraco» antes que *The Birmingham Post*, aunque no en la noticia que apareció el mismo día de la sentencia. En ese titular, «chico de nuestra ciudad» es un indicio de la identificación por parte de *The Daily Mail* de un tema *local* que estructuraría su tratamiento informativo desde el principio. La tematización inicial y la exploración de fondo no estaban en absoluto claramente separadas. *The Daily Mail* se adentró muy pronto en la cobertura de noticias de fondo. La noticia principal del 20 de marzo —«Las madres luchan por los chicos atracadores»— adoptó la forma de un «reportaje por montaje». Pero de los tres elementos principales de los periódicos nacionales (víctima, atracadores, zona) *The Daily Mail* solo utilizó la víctima.,

En lugar de los atracadores, teníamos a sus madres; en lugar de la zona, teníamos el «terror»; y bajo el epígrafe «la reacción» se presentaba la polémica en curso. La «balanza» se inclinó fuertemente a favor de la sentencia, como indican los principales subtítulos:

«Mi hijo ha hecho mal, pero 20 años es demasiado»
 «Casi acaban conmigo»
 «Ya no tenemos tanto miedo» —las madres
 «Se necesita severidad para combatir la delincuencia» —la policía

La cuestión se tematizó aquí de forma local: el debate no tuvo lugar en toda la sociedad, sino dentro de la ciudad. A las protestas de las madres se oponían aquí otras madres locales, que se veían a sí mismas como víctimas potenciales; de modo que los intereses opuestos existían, no entre los

habitantes de Handsworth y los de fuera, sino dentro de la propia población. En las diversas historias de las páginas interiores se profundiza en la base local: algunos de los participantes más activos en la petición eran amigos de Storey; el debate sobre las sentencias se llevó a cabo entre los diputados locales, los concejales y los trabajadores sociales locales.

Si el caso era un problema *para* la ciudad, también era un problema *de* la ciudad. No es de extrañar que la exploración de este tema condujera a un examen de Handsworth, pero que se situara en un contexto particular: no la pobreza en la ciudad, ni siquiera el gueto en la ciudad, sino la *juventud en la ciudad*. El caso se insertó, sin demasiada fricción, en el «expediente» en curso de *The Evening Mail* sobre la juventud violenta. El 20 de marzo, *The Evening Mail* amplió una serie planificada de antemano sobre un experimento local de trabajo con jóvenes (el club *Double Zero*) y lo convirtió en un artículo a toda página titulado, «Detrás de la violencia». Al relato del reverendo sobre su experimento de club juvenil se añadieron dos artículos: uno de un magistrado local sobre los problemas de tratar con delincuentes juveniles violentos y otro de un eminente psiquiatra con algunos comentarios sobre los efectos del encarcelamiento a largo plazo. Por lo tanto, no es de extrañar que la «juventud violenta» sea el tema y el título del editorial de *The Evening Mail* del mismo día: «Extranjeros». En este caso, la zona de Handsworth —y, por lo tanto, toda la compleja problemática delincuencia / entorno, biografía / fondo— se subsumía en el tema de la juventud. Una vez reconocida la necesidad de sentencias disuasorias mediante la referencia a la «pauta americana de violencia urbana», se hizo un llamamiento explícito para que los remedios se aplicaran a las «causas profundas», concretamente a «la situación explosiva de las zonas socialmente desfavorecidas» como Handsworth. De ahí que la conclusión fuera de doble filo: «Las sentencias duras para los crímenes salvajes pueden ser un recurso necesario a corto plazo. Pero la comunidad debe mirar más profundamente si se quieren encontrar soluciones a largo plazo».

Al día siguiente se continuó con esta fuerte tematización del caso y es en esta perspectiva donde se insertó el retrato de Handsworth. «La noche en que Handsworth se metió en sus asuntos» apareció junto al texto de la sentencia, y encima de un artículo cuyo título revela su tema («Mientras tanto, de vuelta en el Tribunal de Menores»), y todo ello bajo el título general «Enfoque de la violencia y sus causas mientras continúa el debate sobre la sentencia de 20 años». Aunque *The Evening Mail* no negó la relevancia del «entorno», este se particularizó para que encajara con el tema de los jóvenes violentos. La atención se centró en los niños de Handsworth:

En el Grove, en Villa Road, la casa del chico de 16 años, hay papel esparcido sobre adoquines rotos, tierra gris que hace brotar plantas grises

y marchitas, vallas que se desmoronan y huecos en la mampostería donde el mortero se ha resquebrajado. También hay muchos niños. Niños sanos y hermosos, con las rodillas sucias, sí, pero con expresiones jóvenes y complexiones suaves y sin granos. Vivaces, ya que se ofrecen a mostrar «dónde vivían con su mamá», en un piso de la única casa unifamiliar del Grove. ¿Están estos jóvenes en peligro porque a su alrededor se marchitan los jardines, se despega el papel y se desprende la pintura de las viviendas de los artesanos victorianos? ¿La forma de vida se decide detrás de la puerta de casa o en las calles? ¿Cuántos chicos de Handsworth son buenos, pero no noticia, cuando consiguen matricularse y luego terminar la universidad?

La misma técnica de exploración especulativa y subjetiva —la forma más extrema de «artículo microcosmos»— se aplicó a las viviendas de los otros dos delincuentes. El artículo terminaba con la admisión de que no se había avanzado en el estudio del «detritus y el abandono»: «Nos encontramos de nuevo en el principio: ¿qué pasa detrás de esas fachadas?». No se habían analizado las limitaciones estructurales que operan en Handsworth, ni siquiera de la manera superficial que encontramos en los periódicos nacionales; tampoco se había intentado encajar los antecedentes de los chicos —cubiertos a través de las madres en el anterior artículo «reportaje de montaje»— en su entorno social. La cuestión de fondo adoptó aquí la forma —implícita y de ningún modo completamente formada— de una problemática cultural: cómo se formó una «forma de vida» y si fue «la familia» o «las calles» la influencia determinante.

Una medida del enfoque integrado de *The Evening Mail* es que este tema cultural sirvió de pivote para el punto de vista personal de Brian Priestley del 21 de marzo: «Un Paul Storey es demasiado». Aunque a Priestley se le concedió la misma licencia que a Waterhouse en *The Daily Mirror* y a Akass en *The Sun*, no contradijo, sino que llevó a su conclusión lógica, la definición del problema de fondo que se había incorporado al tratamiento de las noticias. Los problemas a los que se enfrentaba Paul Storey, argumentaba Priestley, eran similares a los de los jóvenes de otras zonas del centro de la ciudad: Hockley, Balsall Heath, Aston. Tenían historias «típicas»: problemas en casa, bajo rendimiento escolar, desconfianza en los adultos, búsqueda de emociones, quizás añadiendo la carga extra de que eran de color. De este discurso (ya familiar) sobre la fractura de los lazos sociales, dependía el retrato de Priestley. Era claro en cuanto a la responsabilidad de esta situación: el Community Relations Committee, las organizaciones juveniles, el Ayuntamiento, todos estaban faltando a su deber de diversas maneras. Los resultados fueron desastrosos:

En la actualidad, demasiados jóvenes se ven privados de hogares decentes, espacios de juego, instalaciones para jóvenes, aire fresco, oportunidades de aventuras legales, posibilidades de escapar de las zonas en las que viven, el tipo de líderes adultos que sienten que entienden su problema; y la perspectiva de un futuro feliz. Ya es hora de que estos jóvenes sean considerados como la prioridad absoluta de nuestro programa de juventud.

Incluso un Paul Storey es demasiado.

El recurso a la delincuencia se presentaba así como una opción en el ámbito del ocio. Aunque se reconocen mínimamente los factores estructurales —la vivienda, por ejemplo, curiosamente a la par que el «aire fresco»—, el «eslabón perdido» para volver a vincular a estos jóvenes a la sociedad era principalmente el de la oferta de ocio. Solo nominalmente se situaba a la juventud en determinadas zonas de la ciudad. El empleo, la educación y los ingresos, cuya carencia ayudaba a definir esas zonas, no eran realmente relevantes. Lo que Priestley hizo fue llenar la brecha entre el entorno físico y el comportamiento social, tan preocupante para el escritor de artículos sobre Handsworth, con la mediación del ocio. De este modo, se eludieron cuestiones más amplias sobre la desigualdad social y, lo que es igualmente importante, se pudo defender un verdadero pragmatismo: un programa de choque para la juventud. El análisis y la solución se habían localizado, no solo en términos geográficos sino también políticos. La solución estaba al alcance de la ciudad, con tan solo que el ayuntamiento reconociera la necesidad.

En el tratamiento del tema por parte de *The Evening Mail* se puso en marcha todo un complejo de redefiniciones: de «atracadores» a «jóvenes violentos de la ciudad», de «zona problemática» a «forma de vida», de «ley y orden» a «ocio», de «tribunales de menores» a «cursos para jóvenes». La complejidad de explicar un delito, un patrón de delincuencia, un área delictiva; los posibles papeles cruciales de la familia, la escuela, el lugar de trabajo; los factores generales de la vivienda, la pobreza, la raza: todo esto —y más— se había subsumido bajo la imagen de «jóvenes con carencias culturales propensos a la violencia debido al vacío en su tiempo de ocio». Esta reformulación del «problema de fondo» puede tener más validez que otras que hemos examinado, pero sigue siendo, en su omisión de los factores estructurales, patentemente inadecuada como análisis. Su fuerza es la de una imagen: la de los jóvenes «aburridos» que se «arriesgaron» porque no tenían nada que hacer.

The Sunday Mercury de Birmingham es un periódico de difícil caracterización. En apariencia y perspectiva, se parece más a un semanario local que a *The Birmingham Post* y a *The Evening Mail*: evita el sexo y el

sensacionalismo deliberadamente en favor de lo moral y lo mundano, está orgulloso de lo anticuado de sus opiniones y de su tratamiento de las noticias. Su enfoque del caso Handsworth parecía, a primera vista, extremadamente idiosincrático. No se centraba en absoluto en la víctima, el delincuente o la zona, sino que presentaba dos estudios de caso sobre cómo era posible no solo sobrevivir, sino triunfar cuando se partía de un entorno degradado. El artículo ocupaba toda la página del editorial. Dos entrevistas con hombres prominentes de Birmingham, uno de ellos un empresario hecho a sí mismo, el otro un exministro del gabinete, cubrían las partes central y derecha de la página; la columna editorial estaba a la izquierda y la columna cristiana semanal aparecía, como siempre, en la parte inferior izquierda de la página. *The Sunday Mercury* había elegido el tema de los atracos para su sermón dominical. Los dos entrevistados aparecían con imagen: el empresario en un pequeño recuadro facial; el político, en una foto más grande, posando en la calle de Lozells donde fue a la escuela.

No se puede decir que *The Sunday Mercury* haya explicado su argumento. La deriva del argumento, desde la controversia sobre una sentencia de 20 años de prisión hasta la actual decadencia de la vida familiar en la sociedad en su conjunto, no se *articuló* de forma clara o sistemática. El editorial, por ejemplo, hablaba de la delincuencia juvenil en términos de cambio de la vida familiar, pero no hacía ninguna referencia específica a los «atracos». Las entrevistas contenían *imágenes implícitas* de la sociedad y explicaciones de la «desviación», pero apenas hacían referencia directa al caso Storey. El efecto general era bastante sutil. Al evitar cualquier intento de explicar los delitos específicos, le fue mucho más fácil recurrir a preocupaciones y suposiciones de sentido común desenfocadas, para tejerlas en una imagen implícita de la sociedad y (aparentemente) ofrecer una explicación *generalizada* de los acontecimientos recientes en términos de ruptura de la vida familiar.

La selección de «expertos» en relación con este tema resultó crucial. Para *The Sunday Mercury*, sin duda, el hecho de que el tema se hubiera tratado de forma exhaustiva en otros periódicos le llevó a la búsqueda de un enfoque más original. Pero aquí, como en otros lugares, esta explicación técnica del tratamiento del artículo de fondo de *The Sunday Mercury* tiene un valor limitado y distorsionante. En cualquier caso, habría estado muy lejos de la «visión del mundo» provinciana de *The Sunday Mercury* consultar a esos sociólogos, criminólogos, trabajadores comunitarios y agencias de voluntariado que incluso el más conservador de los periódicos nacionales utiliza de algún modo como puntos de referencia. Por lo tanto, es totalmente apropiado que la «experiencia» buscada por *The Sunday Mercury* no fuera la del análisis intelectual o el interés profesional,

sino la de la experiencia vivida. Las biografías elegidas no eran simples relatos de individualismo desenfrenado, celebraciones de hombres excepcionales. Lo que *The Sunday Mercury* requería no eran relatos morales de éxito competitivo, sino imágenes de una sociedad integrada y, dentro de ella, de la vida social estable y de la cultura de barrio; de ahí el énfasis en la familia, especialmente en la figura materna. Cada hombre hablaba de su propia madre, lo que permitía al editorial señalar a la *madre* como el mecanismo integrador clave que ahora se había roto. De ahí los títulos. La entrevista con el empresario se titula «Mi madre viuda nos gobernó a los cinco»; la del político, «La señorita Hayman, la pastora de los Lozells», una referencia a la maestra de primaria del político, que, según su descripción, actuaba como una figura materna complementaria y a disposición de la comunidad. Howell es quien eleva la descripción de su experiencia al nivel de explicación: «El entorno», afirma Howell, «es muy, muy importante. Si es malo o pobre o está superpoblado, puede no importar si las otras cosas están ahí —los anclajes sociales— la vida familiar y el compañerismo que teníamos». Este fue el tema del editorial que lo acompañaba, que insertaba el nuevo problema de la delincuencia juvenil violenta en un marco ultratradicionalista. Lo que se necesitaba no era una nueva forma de pensar, sino la reafirmación de viejos valores. El análisis de las privaciones urbanas se había convertido en un panegírico de la maternidad tradicional y de la vieja cultura. La cuestión estaba planteada de manera simple:

Parece que la madre ya no es la fuerza formidable que solía ser. Las presiones económicas y sociales de la vida moderna han disminuido su papel dominante en la familia. En lugar de dirigir el hogar a tiempo completo como mentoras, cocineras, confesoras, consoladoras, limpiadoras y árbitros, cerca de medio millón de personas en las Midlands son ahora el sostén de la familia; mujeres profesionales a medias y madres a tiempo parcial. Todavía no se sabe cuál es el precio que la sociedad está pagando por el sobrecito salarial de las madres. Algunos sociólogos, magistrados y otros piensan que puede ser espantoso. ¿Quién puede saber cuánta ociosidad, descontrol, vandalismo y subnormalidad educativa se debe al simple hecho de que muchos escolares no saben lo que es volver a casa con la madre, con el té en la mesa y con un oído comprensivo para la charla del día? Los niños sin raíces, subdesarrollados e inseguros, se convierten en adolescentes inadecuados, con carencias, cuyas necesidades sociales y emocionales se satisfacen en bandas de otros inadecuados. Las calles sustituyen el anclaje del hogar. La violencia se convierte en una forma de autoexpresión y el vandalismo en una forma de llenar el vacío dejado por mamá. Cada vez hay más pruebas de que la vida familiar tradicional, a menudo ridiculizada como demasiado restrictiva, demasiado empalagosa, demasiado limitadora de la libertad y demasiado anticuada

en una época en la que la juventud se emancipa, sigue siendo un bien inestimable. Ser una simple madre que dirige un hogar y una familia es desempeñar un papel tan vital en nuestra sociedad como el que más. Vale más que una paga, más que mantener las apariencias y mucho más de lo que se puede expresar en términos materiales. Si hay que abordar con determinación los problemas de la juventud urbana desarraigada, quizás deberíamos empezar con una campaña patrocinada por el gobierno para devolver a la madre al lugar que le corresponde: el hogar.

Era una proclama potente. No se basaba en las imágenes autoperpetuadas de los medios de comunicación, que en última instancia podrían haber provocado el cinismo del público. Se basaba mucho más directamente en la ideología del *sentido común tradicional*, conocido por todas las personas «normales» como el modo de vida correcto y adecuado, ejemplificado en las vidas de estos dos hombres, y consagrado en los tópicos cristianos del predicador del sentido común del *The Sunday Mercury*.

Hay razones de peso para considerar que el tratamiento que *The Sunday Mercury* dio al suceso de Handsworth fue más coherente ideológicamente que el de cualquier otro periódico. En *The Sunday Mercury* no hubo lagunas como las que encontramos en *The Evening Mail* y en *The Birmingham Express* entre artículos relativamente amplios y editoriales estrechos de miras. *The Sunday Mercury* no consideraba necesario ni siquiera manejar un debate sobre el carácter y la educación de Paul Storey, sobre la adecuación de la sentencia o los problemas de Handsworth como zona. En cierto sentido, sus ventajas eran temporales. No tenía que seguir de cerca los tratamientos informativos anteriores ni tener en cuenta las definiciones y reacciones de los expertos. Como periódico provincial semanal (es decir, dominical), era el periódico menos atado por las formas establecidas de tratamiento de las noticias, menos costreñido por la definición del tema. Era libre de establecer sus propias tensiones y temas, y de arrimar la historia (que ya tenía varios días como noticia) a su propia órbita ideológica. Esto le dio la oportunidad de un tratamiento temático más consistente y coherente. La biografía como cuento moral de nuestra época se construyó de forma bastante independiente (es decir, independiente de los detalles y las contingencias de los valores de noticia particulares que rodean el acontecimiento de Handsworth), al tiempo que se concibió de forma bastante clara.

Se trata, pues, de un tipo de reportaje distinto, más característico del dominical que del diario: el reportaje como relato moral o «sermón». Su aspecto de «reportaje» surgió casi por completo de la libertad que tenía el periódico para «apartarse» del acontecimiento en sí y tratar las

«cuestiones más profundas», los «temas más amplios» que planteaba. No consideró de cerca las cuestiones de los problemas sociales de una manera «sociológica», ni optó por un reportaje gráfico de primera mano, ni siquiera construyó una explicación a partir de la mezcla de opiniones y voces de expertos. Se plegó a uno de sus grandes temas morales, persistentes y globales: laantidad de la vida familiar, su cohesión, su marco de apoyo, su contribución al mantenimiento de los modos de vida tradicionales. Con un cierto estilo periodístico técnico, *The Sunday Mercury* optó por «presentar» este gran tema social conservador de una forma «personalizada» interesante, a través de las vidas ejemplares de hombres locales dignos. Pero no se puede no identificar la continuidad de los temas ideológicos, aunque la novedad del tratamiento y del relato la oculta un poco. Cientos de historias diferentes, presentadas de cien maneras distintas, conducen cada semana a los lectores de *The Sunday Mercury* por el estrecho camino de vuelta a las grandes verdades de la vida, conservadoras y centrales. En su capacidad para combinar la novedad en el tratamiento y en el ángulo, o la personalización con un tradicionalismo instintivo, en su fácil aprehensión de los surcos de las sabidurías consensuadas y de sentido común y de los patrones inmutables, *The Sunday Mercury* comparte muchas cosas con esa otra sección de la prensa conservadora nacional, los «populares» dominicales. Habita en gran medida el mismo paisaje moral-social, en el que el mundo embriagador e inquieto del cambio, el movimiento, la perturbación —el espíritu moderno— se contrapone, desfavorablemente, a las «viejas verdades», los viejos patrones, las viejas preocupaciones, las viejas y probadas formas de hacer las cosas. Es una *profunda afirmación* del orden social, subrayada por un arraigado tradicionalismo popular. Los contrastes en los que se basan sus artículos semanales son simples, abstractos y amplios: el desarraigado, la inseguridad, la privación emocional, el vandalismo, la subnormalidad educativa y «otras insuficiencias» se entrelazan como el precio anómico del cambio... contra eso, contra la firmeza, la solidez, el arraigo de «la madre en casa [...] el té en la mesa y un oído comprensivo para la charla del día».

La imagen que se evoca aquí, por lo tanto, no está relacionada con el problema, sino con la solución. Era más positiva que negativa, pero contenía un modelo explícito de decadencia histórica, no de la ciudad, sino de la vida familiar centrada en la madre. La respuesta de *The Sunday Mercury* al problema de una nueva era fue insistir en que el reloj retrocediera.

Conclusión: explicaciones e imágenes en los medios de comunicación

La gran mayoría de los reportajes sobre el caso de Handsworth eligieron como temas principales a la víctima, el atracador y la zona. La prensa encontró irresistiblemente problemáticas las conexiones entre un delito horrible, la dramática respuesta del tribunal y las nuevas condiciones de los barrios bajos que proporcionaron el lugar del crimen y los antecedentes del delincuente. Era este vínculo el que requería ser analizado y lo que proporcionó el pivote para el tratamiento de los artículos de fondo. El paso al análisis se encontró sobre todo con el problema de la relación entre el entorno físico y la conducta social. Las explicaciones condensadas de esta relación que se presentaban en los titulares eran diversas: el acento orgánico de *The Daily Mail* («Donde se cría la violencia») o el determinismo severo pero impreciso de *The Daily Express* («Atrapados de por vida en una trampa violenta»). Las biografías de los chicos se integraban a veces en el contexto (como en *The Guardian*), pero más a menudo se separaban de este (*The Daily Mail*, *Daily Express*, *The Birmingham Post*). Los vínculos entre la biografía y el contexto se representaron de diferentes maneras: aquí mediante la reproducción común del tema racial, allí mediante la identificación de otros niños de Handsworth como criminales potenciales.

Si bien algunas de estas técnicas efectuaron conexiones espurias entre el entorno y la delincuencia, es evidente la búsqueda de una solución más satisfactoria. Una estrategia, especialmente evidente en los «artículos microcosmos», fue el intento de establecer una conexión directa entre «decadencia» y «conducta delictiva». Aquí resultaron necesarios dos procesos. Uno de ellos fue reducir la definición del entorno, que abarca los mecanismos ocultos de la vivienda, la pobreza y la raza, a uno que implicara simplemente la apariencia superficial de suciedad y abandono. El segundo fue suprimir las posibles mediaciones entre el entorno y la delincuencia. Los vínculos sociales de la familia, la escuela y el trabajo se desplazaron a las piezas biográficas, y su función como instituciones estructurales / culturales dentro del área pudo así ser ignorada. Se hizo posible, entonces, cortocircuitar la relación entorno-delincuencia. En lugar de rastrear los complejos vínculos entre el entorno físico deteriorado, las pautas de organización cultural y los actos delictivos individuales, se deducía que una casa o una calle abandonada y descuidada infectaba a sus habitantes con una especie de contaminación moral. La basura en las calles se convierte en el signo de una delincuencia incipiente.

Cuadro 4.2. Cobertura de prensa del caso Handsworth

| Titular en primera página (20 de marzo de 1973) | Noticia interior (20 de marzo de 1973) | Editoriales (20 de marzo de 1973) | Artículos (21 de marzo de 1973) | Segunda sentencia (22 de marzo de 1973) |
|---|--|--|---|---|
| <i>The Daily Express</i> Chico de 16 llora ante la sentencia 20 AÑOS POR ATRACO | | Protejamos al inocente | Atrapado para toda la vida en una trampa violenta. El guero. El atracador. La victima. El juez. La policia | |
| <i>The Daily Mail</i> Ira sobre los chicos atracadores | 20 años para el chico que atracó por diversión. Cómo se extraviaron los hijos, por las madres | Ura disusión terrible | Donde crece la violencia. Handsworth. El líder de la banda. La víctima. La opinión de un experto | |
| <i>The Sun</i> 20 AÑOS PARA EL ATRACADOR DE 16 Los dos amigos reciben 10 años. Los chicos tienen una deuda que pagar | Qué supone ser una víctima de atracadores | Nada («Aplastarlo con la bora legal no resolverá el problema de los atracadores»), J. Akass, 21 de marzo de 1973) | «SOY SOLO MEDIO HOMBRE» Mi vida está arruinada, dice la víctima trágica del chico atracador | Otros 20 años para el chico de los «atracos» |
| <i>The Daily Mirror</i> ENCERRADO 20 AÑOS Sentencia sorprendente para un atracador de 16 años | EL CASO DEL ATRACADOR ADOLESCENTE La madre de Storey frente a la Federación de Policía | Conflicto industrial («Orden en la sala», K. Waterhouse, 22 de marzo de 1973) | Joven atracador condenado a otros 20 años | |
| <i>The Morning Star</i> A un chico de 16 años le caen 20 años en un caso de atraco | | Salvaje (21 de marzo de 1973) | La ira estalla ante la sentencia salvaje para los atracadores | |
| <i>The Guardian</i> Chico de 16 años condenado a 20 años por atraco» | | | «Lamento la sentencia», dice la víctima del atraco Deprimido y deprimente | Otros 20 años para el chico del atraco |
| <i>The Daily Telegraph</i> 20 AÑOS PARA EL ATRACADOR DE 16 AÑOS Cinco cigarrillos y 30 peniques le sacó a la víctima | | Las balanzas de la justicia | 30 peniques. Los atracadores eran idiotas, dice la víctima | |
| <i>The Times</i> El juez sentencia a tres chicos de Birmingham por delitos «serios y horribles» contra un hombre que volvía a su casa | La madre dice que el chico está «muy afectado» | 20 años por intento de asesinato | | |
| | ATRACADOR DE 16 AÑOS CONDENADO A 20 AÑOS Y SUS COMPAÑEROS A 10 AÑOS | | | |

Mientras que esta estrategia se mostraba de forma más abierta en el conservadurismo provinciano de *The Birmingham Post* y *The Evening Mail*, al progresismo cosmopolita, representado por *The Guardian*, no le fue mejor en su intento de resolver el problema de la delincuencia y el entorno. La lista de síntomas patológicos en la que se basaba el retrato de Handsworth de ese periódico seguía siendo esencialmente descriptiva. De esa lista de delincuencia, prostitución, viviendas precarias, pobreza y luchas interraciales, ¿cuáles eran las causas y cuáles los efectos? Si el entorno determina la delincuencia, ¿qué determina el entorno? Son preguntas difíciles: pero esa no es la principal razón para eludirlas. Apenas hay forma de abordar esos problemas sin poner en tela de juicio algunas características estructurales fundamentales de la sociedad: la distribución desigual de la vivienda, los bajos niveles de remuneración en determinadas industrias, la naturaleza de las prestaciones sociales, la falta de recursos educativos, la discriminación racial. Fue la naturaleza directamente política de estos determinantes lo que hizo necesaria la apropiación del determinismo ambiental en términos tan crudos e irresolubles. Fue en este vacío donde surgieron los mecanismos más poderosos para resolver estos problemas ideológicamente: *las imágenes públicas*.

Una «imagen pública» es un conjunto de impresiones, temas y cuasi-explicaciones, reunidos o fusionados. A veces son el resultado del propio proceso de redacción de los artículos; cuando el análisis duro, difícil, social, cultural o económico se desbarata o se interrumpe, la resolución se consigue orquestando todo el artículo para producir una especie de descripción-explicación compuesta, en forma de «imagen pública». Pero el proceso es algo circular, ya que estas «imágenes públicas» a menudo ya existen, derivadas de otros artículos escritos en otras ocasiones que tratan de otros problemas sociales. Y en este caso, la presencia de esas «imágenes públicas» en el discurso público y periodístico alimenta e informa el tratamiento de un reportaje concreto. Dado que esas «imágenes públicas» son, al mismo tiempo, gráficamente convincentes, pero también se quedan cortas para un análisis serio y profundo, tienden a aparecer *en lugar del análisis*, o el análisis parece fundirse con la imagen. Así, en el momento en el que un análisis más profundo amenaza con traspasar los límites de un campo ideológico dominante, se evoca la «imagen» para cerrar el problema. La «imagen pública» general que dominó el tratamiento del caso de Handsworth en los periódicos nacionales fue la del *gueto* o del *nuevo barrio marginal*. Fue esta imagen la que se insertó en el momento en el que la relación entre delincuencia y entorno era ideológicamente más apremiante. La asociación «transparente» entre delincuencia, raza, pobreza y vivienda se condensó en la imagen del «gueto», pero no en alguna formulación causal. Esta definición, esencialmente circular, impedía cualquier otra exigencia

de explicación: estas *eran* las características que constituían el gueto. El «problema» inicial —el delito— se insertó así en un «problema social» más general en el que la aparente riqueza de la descripción y la evocación sustituía las conexiones analíticas. Las conexiones que se establecieron —con la muerte de las ciudades, el problema de la inmigración, la crisis del orden público— fueron fundamentalmente *descriptivas*. A través de la «imagen pública del gueto» se nos empujó a una escala superior en la que la analogía generalizada sustituyó al análisis concreto y en la que volvió a entrar en juego la imagen de Estados Unidos como precursor de todas nuestras pesadillas. Fue una forma poderosa y convincente de *cierre retórico*.

La imagen del gueto / nuevo barrio marginal fue dominante en el tratamiento de los artículos de la prensa nacional: más explícitamente en *The Daily Mail* y *The Daily Express*, menos en *The Guardian* y *The Daily Telegraph*. También estaba implícita en el enfoque de *The Birmingham Post*, pero los otros dos periódicos locales, *The Evening Mail* y *The Sunday Mercury*, aportaron sus propias resoluciones imaginativas. Más provincianos que generalistas quizás, en el contexto nacional parecen claramente anticuados. Pero las imágenes *de la juventud* y *la familia* movilizadas por esos periódicos cumplían el mismo papel ideológico que el gueto en los periódicos nacionales y, en sus entornos particulares, tenían un poder evocador similar.

Ambos implicaban redefiniciones específicas del entorno. En la evocación de la juventud que hace *The Evening Mail*, se nos traslada de Handsworth a todo un anillo de zonas de este tipo en la ciudad. Lo que las unía no era la vivienda, la raza o la pobreza, sino la presencia en ellas de un grupo concreto: los jóvenes sin instalaciones recreativas adecuadas. Así redefinido, el problema se abrió a formas de resolución pragmática. Al ser un problema de los jóvenes y no de toda la población; al ser un problema de ocio y no de trabajo; al ser un problema interno de la ciudad y no presente en el conjunto de la sociedad; al ser, en definitiva, un problema *localizado*, era susceptible de *soluciones locales*. De ahí la conmovedora petición de Priestley al ayuntamiento de un «programa urgente para la juventud». Esta imagen —la de una juventud desamparada e inquieta en busca de emociones— se inspiró en toda la definición de posguerra del «problema juvenil»: desde los teddy-boys hasta los atracadores se han evocado las mismas imágenes.

El artículo de *The Sunday Mercury* se basaba en una dislocación social de otro tipo. En este caso, la mediación ausente en la prensa nacional entre el entorno físico y la conducta social vino proporcionada por una formación cultural: la de la familia. Las viviendas deficientes y la pobreza no tenían por qué conducir a la delincuencia si se proporcionaba un hogar adecuado con «la madre en su legítimo lugar». Se negaba la novedad de la

situación ambiental: siempre había habido zonas así. Lo que faltaba era la fuente cultural del respeto y la disciplina que —por sí sola, al parecer— podía garantizar nuestra adhesión a las normas de un comportamiento social adecuado. El hecho de que la imagen de la vida familiar evocada sea históricamente dudosa, y que los ejemplos que se dan no sean típicos, no debe hacernos perder de vista la atracción que tal evocación puede ejercer entre quienes habitan el mundo de *The Sunday Mercury*: la apelación a la decencia cotidiana, a la moral aceptada, a las formas de vida establecidas. El delito es el precio que debemos pagar por haber abandonado estos valores. Si el «gueto» es una imagen de la decadencia urbana, este llamamiento a la familia es una imagen de la decadencia moral. Diferentes en muchos aspectos, ambas imágenes comparten un sentimiento de pérdida social. El capítulo 6 se centra en la relación entre las imágenes, las explicaciones, las ideologías y, precisamente, esa sensación de pérdida.

V ORQUESTAR LA OPINIÓN PÚBLICA

Estimado señor: cartas al director

Las «cartas al director» no han sido muy estudiadas como forma periodística,¹ tampoco su función se ha analizado demasiado. En la sección de «cartas», las opiniones de los lectores aparecen en la prensa en su forma pública menos mediada. La selección *está*, en última instancia, en manos del editor, pero el espectro de las cartas presentadas no lo está (aparte de los «plantes» ocasionales). Esto no significa que la sección de cartas ofrezca una muestra representativa de la opinión pública, ni que esté libre de los procesos de construcción de noticias (definidos anteriormente). Las secciones de cartas al director de los distintos periódicos tienen sabores diferentes —compárese el espacio de prestigio de *The Times* con el del «abuelete» de *The Daily Mirror*—; y estos sabores, aunque reflejan algo de los lectores habituales del periódico, también deben ser en cierta medida el resultado de una selección editorial positiva por parte del propio periódico, en consonancia con la «imagen social» de sí mismo. En este caso, hay un gran refuerzo mutuo: como los periódicos son conocidos por publicar un determinado tipo de cartas de un determinado tipo de correspondentes, estos escriben con más frecuencia; y otros, con la esperanza de obtener espacio, redactan sus cartas en términos que saben que resultarán aceptables. Se trata de un diálogo estructurado. Esa estructura no es simplemente una cuestión de estilo, longitud o forma de dirigirse. Los partidarios de las nacionalizaciones escriben de forma diferente a *The Daily Express*, que sería hostil, que a *The Guardian*, que podría ser tolerante. La diferencia en el tipo de cartas que se imprimen también tendrá que ver con la posición del periódico en la jerarquía del poder cultural. La «conversación» en *The Times* o en *The Daily Telegraph* se lleva a cabo «entre iguales». Los periódicos de este tipo pueden «dar por sentado un conjunto conocido

¹ Véase K. Pearson, «Letters to the Editor», *New Society*, 30 de enero de 1975; y E. P. Thompson, «Sir, Writing by Candlelight» en Cohen y Young (eds.), *The Manufacture of News...*

de temas e intereses, basados en su mayor parte en un nivel de educación aproximadamente común»: pueden «asumir una especie de comunidad, en esta sociedad, inevitablemente una clase social o un grupo educativo».² La posición de *The Times* depende de su poder para influir en la élite desde dentro; sus lectores, aunque pocos, son selectos, poderosos, conoedores e influyentes. Tanto el periódico como sus correspondientes hablan dentro del mismo universo conversacional. Por lo tanto, en las cartas que imprime, está haciendo pública una corriente de opinión dentro de la clase que toma decisiones a otra sección de la misma clase. Cuando la prensa popular, por el contrario, se dirige a sus lectores como «ustedes», quiere decir «todos los que no somos nosotros: los que escribimos el periódico para «ustedes» ahí fuera». Los lectores no pertenecen a la misma «comunidad»: son esencialmente consumidores, «un mercado o un mercado potencial».³ La base del poder de la prensa popular es que, aunque sus lectores se encuentran fuera del nexo de la toma de decisiones, puede «representar sus opiniones y sentimientos» ante los que sí están en el centro. Se expresan en nombre de sus lectores, hablan *al poder*. Por lo tanto, sus cartas deben ser principalmente del tipo «pueblo llano»; deben mostrar su capacidad para atraer a los lectores, normalmente invisibles, a la conversación pública. Se trata de dos tipos diferentes de «poder cultural» y la diferencia se refleja en las cartas que publican y en el tipo de personas que las escriben.

La elección de las cartas por parte de los periódicos a lo largo del tiempo también reflejará el funcionamiento de un cierto tipo de «equilibrio» (equilibrio dentro del espectro de cartas que reciben, por supuesto). Si el editorial de un periódico adopta una línea fuerte, puede sentirse obligado a publicar algunas cartas que sean críticas. Si un tema es controvertido, publicará algunas cartas de ambos lados del debate. Este «equilibrio» es ficticio. No refleja un equilibrio estadístico entre todas las cartas recibidas y, ciertamente, no es un verdadero índice de un equilibrio de opinión en el país o entre los lectores. Pero el hecho de que el «equilibrio» sea un criterio sigue siendo importante. Señala una de las principales funciones que cumplen las secciones de cartas al director: estimular la controversia, provocar la respuesta del público, conducir a un animado debate. Las cartas también están ahí, en parte, para sostener la afirmación de que la mente de la prensa no está cerrada y que sus páginas están abiertas a opiniones que no necesariamente aprueba. Por lo tanto, las cartas también forman parte de la imagen democrática de la prensa: apoyan su pretensión de ser el «cuarto poder».

² R. Williams, «Radical and/or Respectable» en R. Boston (ed.), *The Press We Deserve*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1970.

³ Ibídem.

Las cartas también se elegirán en función del estatus de quien las escriba. Las personas muy especiales suelen ver publicadas sus cartas, pero también las personas poco especiales, las «voces populares». Los periódicos se diferenciarán según el extremo del espectro al que se orienten. La mayoría de las secciones de cartas al director son, en parte, una «caja de resonancia» de las opiniones del «hombre de la calle», pero la mayoría tratará de mantener un cierto equilibrio entre este tipo de cartas y las de los «influyentes»; el «equilibrio» lo establecen los editores por efecto editorial, más que por estricta igualdad numérica.

Así pues, las secciones de cartas al director permiten que ciertos puntos de vista sobre cuestiones controvertidas salgan a la luz pública; en este sentido, contribuyen a ampliar la representación de los puntos de vista expresados sobre los temas, y quizás a indicar puntos de vista que normalmente no se expresan públicamente. Pero no son, en ningún sentido, una representación exacta de la «opinión pública», porque no constituyen un intercambio no estructurado, sino *muy estructurado*. Su función principal es ayudar a la prensa a organizar y orquestar el debate sobre las cuestiones públicas. Por lo tanto, son un eslabón central en la formación de la opinión pública, un proceso de formación tanto más poderoso cuanto que parece estar en manos del lector y realizarse con su consentimiento y participación. Subrayamos la forma organizada, el carácter *formal*, del medio en el que se produce. La gente no escribe cartas a la prensa como lo hace con sus amigos. Una «carta al director» señala una entrada en la arena pública: las cartas son comunicaciones públicas, teñidas de «motivos públicos». Su intención no es simplemente decir al director lo que se piensa, sino dar forma a la política, influir en la opinión, influir en el curso de los acontecimientos, defender intereses, promover causas. Ocupan una posición intermedia entre la «declaración oficial» y la comunicación privada; son comunicaciones públicas. Quien escribe una carta al director quiere adquirir, públicamente, una posición, un estatus o una experiencia.

Hubo cartas al director sobre el caso Handsworth, tanto en la prensa nacional como en la local. Las que aparecieron en la prensa nacional en un periodo de muestra de 15 días se distribuyeron de la siguiente manera:

| | | |
|----------------------------|-----------|---|
| <i>The Morning Star</i> | 1 | (2 de abril de 1973) |
| <i>The Guardian</i> | 8 | (22, 26, 28, 31 de marzo de 1973) |
| <i>The Times</i> | 3 | (24, 30 de marzo de 1973; 2 de abril de 1973) |
| <i>The Daily Telegraph</i> | 7 | (22, 23, 28 de marzo de 1973) |
| <i>The Daily Mirror</i> | 3 | (24 de marzo de 1973) |
| <i>The Daily Mail</i> | 4 | (23 de marzo de 1973) |
| Total | 26 | |

(Hubo algunas cartas que trataban de «asuntos derivados» del caso; no comentaban el caso en sí. Estas cartas se han excluido del análisis y de los totales indicados anteriormente).⁴

La mayoría de las cartas se referían a la sentencia dictada y no al «atraco». En este sentido —como suele ocurrir— las cartas, al igual que los reportajes, «parten» de los puntos de interés informativo que se identificaron en primer lugar en el tratamiento de las *noticias*. Las *noticias* definen «cuáles son los temas», tanto para las cartas como para otras partes del periódico. Las noticias son la estructura primaria.

En primer lugar, tenemos las cartas que *criticaban* las largas condenas impuestas a los tres chicos de Handsworth, que se enmarcan en lo que denominaremos una perspectiva «progresista» de la delincuencia. Se pueden dividir en dos grupos: las que argumentaban principalmente sobre la sentencia en sí misma, es decir, enmarcadas en una perspectiva «penológica» (es decir, preocupadas por el debate sobre los métodos más eficaces para lograr la reducción de la delincuencia); y las que, a partir de ahí, adoptaron un marco de referencia más amplio. La perspectiva «penológica» daba por sentada la definición de la delincuencia y argumentaba sobre las estrategias de contención y control. Las cartas trataban sobre la reforma y la rehabilitación (de los culpables) o la disuasión (de los demás). Pocas pensaban que un juez podría verse tentado por la venganza: solo una la mencionó como una posible excusa para lo que en realidad era un «ensañamiento salvaje». Al menos cuatro correspondentes no se salieron en absoluto de este estrecho marco. Los argumentos esgrimidos (críticos con la sentencia) eran «progresistas»: las penas de prisión más cortas dan mayores esperanzas de rehabilitación, argumentaron; las penas más largas no son realmente disuasorias.⁵ A veces se citaban estudios estadísticos de otros países. A veces la «rehabilitación» tenía un matiz psicoterapéutico: el delincuente está «enfermo» y las penas deben ser «curativas». Estas cartas «progresistas» parecían ser conscientes de que estaban defendiendo un caso bastante impopular en un clima que habían decidido quienes tenían posiciones opuestas. Por ello, a menudo se situaban primero *en* la posición dominante —exponiendo sus credenciales, por así decirlo— antes de lanzar un contraargumento. Un sólido argumento tradicionalista era que los «progresistas» se olvidan de la víctima. Un correspondiente argumentó entonces que, a largo plazo, es el grupo de presión «duro» y no el «blando con la delincuencia» el que no muestra compasión por la víctima. Los tradicionalistas suelen llamar «incivilizados» a los delincuentes. Los correspondientes progresistas intentaron dar la vuelta a la tortilla: dos calificaron las

⁴ Véase *The Daily Mail*, 27 de marzo de 1973; y *The Daily Telegraph*, 30 de marzo de 1973.

⁵ Véase Baxter y Nuttall, «Severe Sentences...»

sentencias de incivilizadas; uno se refirió a la «sed de sangre», otro las llamó «salvajes». Otro preguntó si el juez Jeffreys «también había sido resucitado».

Algunas de las cartas «progresistas» van más allá de la cuestión *inmediata* de la eficacia de las medidas de condena. Tres de ellas abordaron el tema de las «zonas urbanas» y sus problemas. La más contundente de ellas identificaba las «malas zonas» con la discriminación racial, sugiriendo que la sentencia es el producto final de esta tendencia. Esta carta se refería a los «Cuatro de Oval», a los jóvenes pakistaníes muertos en una reyerta con el Special Patrol Group (SPG), a las actividades del SPG en las zonas negras, a Enoch Powell, a los bombardeos en Brixton, a una película racista del Monday Club.⁶ Esta carta tuvo que esforzarse para llevar el tema tan lejos, dentro del discurso de la columna de cartas. El delito no debía ser excusado, argumentaba, pero la sentencia era injusta y trataba los «síntomas» en lugar de las «causas» del delito. Ninguna otra carta llegó tan lejos. Pero otra decía que las sentencias antagonizarían a los jóvenes de las zonas urbanas, la mayoría de los cuales eran pobres y negros; que «dividirían y destruirían nuestra sociedad». Birmingham no era una zona en la que estuvieran aumentando los robos con violencia, un argumento revelador, apoyado posteriormente por las estadísticas oficiales, pero que *no fue recogido* por otros corresponsales o editoriales. Esta carta también se refería a una «sociedad civilizada, tolerante y justa». La noción de «civilización» parecía ser un criterio crítico en el debate sobre la delincuencia y el castigo; tanto las posiciones progresistas como las tradicionalistas intentaban reclutarla en su propio beneficio. Los tradicionalistas consideraban que los delitos no cumplían la prueba de la conducta «civilizada» y los progresistas que no lo hacían las penas severas.

La exigencia que asumían los críticos de la sentencia de «pagar su cuota» e insertar sus opiniones *dentro* de un modo más aceptado de concebir el delito y el castigo queda sorprendentemente ilustrada por otra carta, titulada «Las comunidades desfavorecidas pueden ayudarse a sí mismas», que también retoma el tema urbano:

No negaría la responsabilidad de los delincuentes por sus actos, salvo en el caso de los enfermos mentales; pero todos nosotros también estamos sujetos a presiones externas y algunos han sido casi totalmente privados de las influencias benéficas y las oportunidades que nos han

⁶ Enoch Powell (1912-1998), político inglés, parlamentario conservador, ministro de sanidad entre 1960 y 1963 y finalmente parlamentario por el partido unionista del Ulster (UUP) entre 1974 y 1987. Su discurso «Rivers of Blood» de 1969, crítico con la inmigración, le convirtió en una figura de liderazgo entre la extrema derecha británica en la década de 1970. El Monday Club es un grupo de presión y discusión conservador fundado en 1961. En sus orígenes estaba afiliado al Partido Conservador, pero desde 2001 no cuenta con una afiliación partidaria formal. [N. de E.]

convertido en lo que somos. Los hombres que se han hecho a sí mismos, desde el primer ministro hacia abajo, pueden decir: «Yo superé mi entorno, ¿por qué no pueden hacerlo los demás?». Pero otros no tienen su capacidad y, en los barrios marginales de Birmingham, las oportunidades de empleo, y mucho menos de progreso, son estrictamente limitadas.

La respuesta del delincuente a su situación, continuaba la carta, era «natural»; un perro joven y sano encerrado en una habitación sucia, con lo suficiente para comer pero sin nada que hacer, se volvería revoltoso. El correspondiente pedía proyectos de ayuda urbana para «ayudar a las comunidades desfavorecidas a ayudarse a sí mismas». Esta carta parecía tratar de traducir las sofisticadas teorías sobre la delincuencia en términos sencillos y comprensibles para un lector de mentalidad tradicionalista. Intentaba ganar el consentimiento para un argumento progresista captando posiciones dentro de la perspectiva tradicionalista. No solo era un razonamiento complejo y condensado, sino que abarcaba una amplia selección de las «ideologías legas» de la delincuencia, que estructuran todos los debates públicos sobre esta cuestión.

Hubo 14 cartas que apoyaron la sentencia. El tema más potente es la necesidad de *proteger a la gente de la delincuencia*. La necesidad de «proteger» iba a veces acompañada de la necesidad de imponer disciplina: «Si los padres no controlan a estos matones, el Estado debe hacerlo». La reforma del delincuente —un punto progresista— aparecía con mucha menos frecuencia, aunque una carta mencionaba «orientación» y «ayuda», y otra hacer «algo constructivo con el chico». El valor disuasorio de las penas largas solo se mencionó cuatro veces; el «merecimiento justo» solo dos veces; cuatro escritores nos instaron a pensar en la víctima. La contextualización del delito, que se produjo con menos frecuencia en estas cartas que en las «progresistas», también se movió en una dirección diferente. Una carta, que sí se salía de su limitado marco, invocaba la «promesa electoral del gobierno sobre la ley y el orden»; otra se refería a la crisis de la moral de la nación, al declive de la familia, a la abolición de la pena capital, a la prevalencia de los abortos y al reciente caso de una «violación en grupo» de los ángeles del infierno, en el que el grupo había sido absuelto de violación. Mientras que las cartas «progresistas» contextualizaban refiriéndose al «entorno social», los «tradicionalistas» contextualizaban generalizando la cuestión de la contaminación moral y el declive del orden y la disciplina. La *sociedad* estaba en el centro de los argumentos «progresistas» contra la sentencia; la cuestión de la *moral* estaba en el centro de los argumentos tradicionalistas.

Otro rasgo de algunas cartas tradicionalistas era jugar con soluciones brutales al crimen. Un escritor dijo que si un animal hubiera agredido a una persona como Paul Storey agredió al señor Keenan, «habría sido disparado o eliminado al instante». Pero, habiendo llegado a este punto de venganza, el escritor cedió: como Storey es «algo más que un animal» (aunque, evidentemente, no es «algo» *totalmente humano*) habrá que tratarlo de otra manera. Pero una segunda carta sí cruzó el umbral. Se trata de la carta que sugería que los delincuentes fueran encerrados en jaulas para enfrentarse a la mirada del público indignado: «La naturaleza humana [...] después de 2.000 años permanece básicamente inalterada».

Las cartas tradicionalistas se reforzaban a menudo con apelaciones a la *experiencia personal ordinaria*. Una corresponsal, madre de dos adolescentes, utilizó esta similitud con la madre de los delincuentes, no para compadecerse sino para reforzar la exigencia de sentencias duras: «Si tuviera que enfrentarme a ese tipo de cosas por parte de mis propios hijos, por supuesto que se me rompería el corazón, pero reconocería todos los días que se lo merecen». Una segunda carta sugería que «si esos beatos tuvieran un ser querido asesinado o gravemente herido en un atraco, no se apresurarían a defender a esos matones». En este caso, la apelación a la «experiencia personal» tenía como objetivo socavar el progresismo bondadoso de corazón blando: la experiencia de primera mano del delito, sugerían, proporcionaría el toque frío de realismo que faltaba en la abstracta y distanciada «intelectualización» de la posición progresista. Estas referencias a la «experiencia personal», a la «gente corriente» y al «realismo de sentido común» constituyeron un argumento ampliamente difundido en *todas* las cartas de la sentencia y en ambos lados del argumento, aunque, en general, se reclutaron de forma abrumadora en apoyo de las actitudes retributivas hacia la delincuencia.

Este contraste entre la «experiencia concreta» (que apoya el realismo, es decir, las actitudes sociales tradicionalistas) y el «reformismo abstracto» (basado en actitudes demasiado «blandas con la delincuencia») constituye una *estructura profunda y constante* en las cartas sobre este tipo de temas enviadas a la prensa: sus raíces en la ideología popular se analizarán más adelante.

El caso de los «tradicionalistas» se reflejaba tanto en el tono y el estilo del escritor como en el contenido de lo que argumentaba. Charles Simeons, M. P., el corresponsal que sugiere lo de las «jaulas», tal vez sea quien mejor tipifica —porque es el más extenso (tenía dos cartas)— este tono de sentido común, brusco y seguro: el «hombre sencillo» que piensa en voz alta y dice lo que piensa. La «naturaleza humana inmutable» se afirmaba con seguridad en una oración subordinada. Las afirmaciones morales se hacían con una aserción general: «Los matones siempre han sido cobardes que

temen las molestias personales». Sobre su propuesta de meter a los atracadores en jaulas, añadió: «Lejos de ser sádico, no visualizo nadie que no lo vea o uno a lo sumo». Este estilo llano y francamente brutal era típico de las cartas que, debido a que sus argumentos parecían basarse en la *legitimidad sentida* de las «sabidurías populares» de antaño (a menudo olvidadas, por supuesto), llevaban en todo su tono y enfoque la implicación de «todo el mundo lo sabe». Encontramos el mismo coloquialismo en otra carta, que se quejaba de los «lamentos de los corazones débiles» y añadía: «Si golpear al automovilista es eficaz, también lo es golpear al gambero». En general, el tono «progresista» no podía permitirse el lujo de tener ese aplomo, dando por sentado el apoyo instantáneo a las verdades incontrovertibles. Las cartas «progresistas» tuvieron que *argumentar* su camino por una ruta mucho más larga, menos asertiva y más «racional» hacia sus conclusiones menos populares. En lo que respecta al delito, la venganza, la dureza y la autoridad, los tradicionalistas procedían con la certeza de que la Verdad ya estaba en sus bolsillos. Es importante añadir que, aunque este «tradicionalismo populista» era más evidente en la prensa popular —*The Daily Mail* y *The Daily Mirror* en nuestro caso—, había al menos tres cartas en *The Daily Telegraph* que podían situarse cerca de esta categoría. No era en absoluto una prerrogativa de la prensa popular, ni era simplemente una función de la exigencia de brevedad. Era una «voz» social, no atribuible a limitaciones técnicas.

La distribución de los argumentos en estas cartas a la prensa nacional diaria puede resumirse ahora como sigue:

| | |
|----------------------------|---|
| <i>The Guardian</i> | Progresistas 6, tradicionalistas 2 (de los cuales 4 tienen una orientación penológica). |
| <i>The Times</i> | Progresistas 1 (penológica). |
| <i>The Daily Telegraph</i> | Tradicionalistas 5, progresistas 2. |
| <i>The Daily Mirror</i> | Tradicionalistas 3. |
| <i>The Daily Mail</i> | Tradicionalistas 4. |
| <i>The Morning Star</i> | Radical 1. ⁷ |

La distribución de los argumentos empleados se ajusta, pues, a lo que podríamos considerar como la «posición» respectiva de los periódicos en el espectro de actitudes sobre cuestiones sociales y morales. *The Guardian* contenía no solo las cartas más «progresistas», sino también las que contextualizaban la delincuencia en términos de problemas sociales. *The Daily Telegraph* era el más «tradicionalista». La posición de *The Daily Mail* era

⁷ Esta es la única carta que cambia completamente el terreno del debate: conecta las declaraciones de Charles Simeon sobre el «Estado de derecho» con el nivel de la política: «Irlanda se le debe haber subido a la cabeza» [en relación con los conflictos y la represión de Irlanda del Norte. N. de E.].

la esperada: en el campo tradicionalista. La posición de *The Daily Mirror* era la más clásica: progresista de izquierdas en política, pero a menudo sólidamente conservadora en cuestiones sociales, morales y penales: el ventriloquio del corporativismo de la clase trabajadora.

Los canales locales

The Birmingham Post y *The Evening Mail* publicaron, en un periodo de siete días, 28 cartas en total, 12 clasificadas como *progresistas* y 16 *tradicionalistas*.⁸ Las diferencias entre las cartas de ambos periódicos eran lo suficientemente pequeñas como para permitirnos considerarlas conjuntamente. (Una vez más, excluimos de los totales las cartas periféricas y no comprometidas).⁹

El caso de Handsworth tuvo claramente una resonancia diferente y una mayor relevancia para Birmingham que para otras partes del país; tanto más cuanto que una zona de la ciudad —Handsworth— figuraba como protagonista del debate. La difusión de las opiniones estaba más polarizada entre la opinión «progresista» y los «solucionadores» profesionales, y aquellos que se basaban en argumentos tradicionalistas de sentido común. En este caso, la división a la que nos hemos referido anteriormente aparece de forma más marcada. Se consideraba que los progresistas adoptaban una actitud abstracta y teórica, tratando la experiencia cotidiana como un mero ejemplo de un caso más general; los tradicionalistas se orientaban sólidamente hacia la experiencia del sentido común, arraigada en la discreta vida cotidiana específica del mundo «real», combatiendo el fuego con el fuego.

Un tema muy presente entre los *críticos* de la sentencia, al igual que en la prensa nacional, fue el penológico: las sentencias duras no reformaban a los delincuentes. Algunos añadieron que tampoco disuadían a los posibles delincuentes. Cuatro de estas cartas se centraban en la cuestión *específica* de las penas, incluida una que basaba la oposición a las penas disuasorias en la experiencia personal de un experto, un psicólogo de prisiones. Incluso cuando el tema central es la condena, podemos ver cómo hay un movimiento hacia las teorías de la *explicación* del delito en las cartas «progresistas». Por ejemplo, la carta del psicólogo de prisiones contenía una teoría del delito incrustada en su argumento. Los delincuentes pueden ser «tipos de personas inmaduras e irresponsables que no planifican su vida» sino que actúan «de forma espontánea». Otro corresponsal, desplegando un modelo «ambientalista» más que de «impulso psicológico» de la

⁸ Véase *The Evening Mail*, 21, 22, 23, 26, 27 de marzo de 1973; y *The Birmingham Post*, 22, 23, 24, 28 de marzo de 1973.

⁹ Véase *The Evening Mail*, 23, 24, 28 de marzo de 1973; y *The Birmingham Post*, 27 de marzo de 1973.

delincuencia, se refirió a las «formas en las que la propia sociedad ha contribuido a producir minorías violentas y desviadas». El remedio propuesto (la alternativa progresista a la disuisión/venganza) era una ampliación de los servicios sociales «asistenciales»: «Servicios preventivos más eficaces, tanto sociales como educativos».

El autor mencionado anteriormente —un representante de la Association of Social Workers— también intentó una sorprendente inversión de la preocupación tradicionalista por la víctima, con el argumento de que: «En un sentido muy real, el propio Paul Storey emerge como una “victima”». En este grupo de cartas «progresistas» había referencias constantes a las influencias sociales: «la responsabilidad de su entorno», «aburrido o [...] tuvo una mala educación». También hubo un intento bastante sorprendente de utilizar el argumento de las «referencias personales» en contra, en lugar de a favor, de la sentencia; la siguiente es de un expresidiario: «He estado un ratillo en la trena. Sé que cuanto más larga es la condena, peor se vuelve la persona. [...] Si te mezclas con la basura puedes salir como “basura”». Sin embargo, no se trata del tipo de «experiencia personal» que pueda contar demasiado para el grupo de presión de las «sentencias duras». En una o dos cartas, el caso «ambientalista» se desplegó plenamente: «Parece que no hay duda de que hay grupos en nuestra sociedad que pueden describirse como relativamente desfavorecidos, tanto si se utilizan medidas sociales, emocionales, económicas o educativas». Estos «tienen su origen en algún lugar de la historia». Los científicos sociales «serían capaces de darnos algunas conjeturas bastante sólidas sobre cómo estos factores afectan al comportamiento individual». Los barrios de chabolas, la pobreza y el desempleo siguen existiendo, mientras se fabrica el Concorde, con el resultado de que «no es de extrañar que a algunos no les cueste demasiado aplicar un modelo marxista a la situación y explicarla en términos de intereses de clase opuestos». Esta es, tal vez, la declaración más completa y elaborada de la perspectiva sociológica sobre la delincuencia que se puede encontrar en las cartas; y el hecho de que se presente en términos bastante generales, y se detenga en una explicación del «entorno social», no disminuye su emergente radicalismo. Por cierto, fue escrita por un agente de libertad condicional. En este lote de cartas «progresistas» contra la sentencia estaban representadas tres dimensiones del Estado de bienestar: el psicólogo de prisiones, el trabajador social y el agente de libertad condicional. Pero no había cartas de este tipo del lado «duro» del control social: ni policías, ni funcionarios de prisiones, ni directores de reformatorios.

La mayoría de las cartas publicadas en la prensa local procedían, de hecho, del bando «tradicionalista»; y no es de extrañar que el tema más fuerte fuera el desafío y la respuesta a la posición de los ambientalistas progresistas: a menudo apoyados por referencias a la «experiencia personal» y

al realismo de sentido común. «¿Por qué los bienhechores siempre culpan al entorno? Yo y miles de personas nos hemos criado en barrios marginales, pero no recuerdo ningún caso de atraco durante mi juventud». «Fui uno de los ocho niños que se criaron en la pobreza en el periodo de entreguerras, en una pequeña casa de dos habitaciones. Nos mantuvimos limpios, honrados y temerosos de Dios. Eso nos hizo ser buenos ciudadanos y estar orgullosos de aceptar solo aquello por lo que trabajábamos». «Estoy orgullosa de mis chicas, que han salido adelante a pesar de los sórdidos hogares de su infancia, y a las que todavía frequento» (esto último escrito por una profesora). La respetabilidad, la lucha por hacerlo bien y levantarse por sus propios medios morales a pesar de todo, difícilmente podría ser expresada de forma más elocuente, porque se hace *vivencialmente*.

En estas cartas, se proponía firmemente la apelación a la *disciplina moral* ante el modelo de delincuencia basado en factores ambientales. La moral *superaba* la desventaja ambiental. Para los jóvenes que se decía que vagaban por las calles, sin «nada mejor que hacer», un correspolal recomendaba «las guías, los scouts, las brigadas juveniles, los clubes juveniles y otras cosas relacionadas con la escuela y las iglesias». Un antiguo teddy-boy, nacido y criado en Handsworth, había encontrado «una carencia de cosas que hacer por las tardes» pero «ciertamente no íbamos por ahí pegando a la gente». La mayor parte de los argumentos contra los ambientalistas se derivaban de esta reafirmación de la capacidad del individuo para triunfar sobre la adversidad. Algunos correspolales no comprometidos contrarrestaron la imagen negativa del medio ambiente que daban los críticos, no con un llamamiento a la autodisciplina, sino con una apelación a una imagen positiva: en muchas calles «varias comunidades conviven perfectamente felices» y, «si Handsworth es un lugar tan horrible, ¿por qué la competencia por las casas es tan intensa?».

Muchas de las cartas del bando tradicionalista apelaban a la experiencia personal o personal-experta para apoyar su rechazo a la propuesta ambientalista. Dos de ellas estaban relacionadas con el ala «dura» del control social: la mujer de un funcionario de prisiones y el «nieta de un presidente del tribunal e hijo de un abogado en ejercicio». Más habitualmente, quienes apelan a la situación personal y a la experiencia cotidiana firman: «Una madre de clase trabajadora con tres adolescentes», «el padre de un hijo que fue atacado cerca de Camp Hill hace unos años». Estos correspolales «genéricos», sobre todo si aludían a una experiencia personal de la delincuencia, tendían a retomar con fuerza el *tema de la disciplina* que hemos estudiado anteriormente: no la autodisciplina, sino la necesidad de una disciplina social y moral, dado el desmoronamiento de la ley y el orden. El correspolal que alegaba que «las personas mayores tienen miedo de caminar por las calles y nuestros hijos no pueden salir solos a jugar a la calle o

al parque» culpó a la bondad de los tribunales y pensó que la policía estaba haciendo «un trabajo maravilloso». Otros adoptaron una línea similar: «Ya hay gente en esta zona que dice que prefiere arriesgarse a cruzar la transitada carretera principal antes que utilizar los pasos subterráneos». Otras cartas de este grupo se refirieron directamente a las instituciones responsables del crecimiento de la indisciplina: «Con la disminución de una vida familiar firme y estable para los niños, aumentará la proporción de jóvenes hostiles en nuestra sociedad». «La falta de disciplina en el hogar y en la escuela es espantosa». Otra afirmaba: «Solo las medidas disuasorias estrictas harán la vida tolerable». Otra, que identificaba el aumento de la delincuencia con el fin del Servicio Nacional y la «abolición de la pena capital», pedía «un servicio disciplinario nacional, basado en un ejército de tipo civil, en el que la enseñanza estricta de la disciplina debería ser una prioridad principal». El número de cartas de este tipo, junto con las similitudes en el tono, el contenido y la actitud, ciertamente apoyaría nuestra opinión de que *aquí* estaba el corazón del caso tradicionalista sobre la delincuencia. Incluimos en esta caracterización del núcleo tradicionalista *tanto* las cartas que se oponen al «buenismo» [*do-gooding*] apelando a la autodisciplina, *como* las que, basándose en los temores de la gente común, atribuyen la delincuencia a causas morales y al colapso de un modo de vida ordenado. El caso tradicionalista era principalmente un argumento *moralista*.

Todas las cartas, a favor o en contra de la sentencia, procedían de Birmingham o de la zona de Birmingham, excepto una de un representante de los trabajadores sociales. Un expatriado de Birmingham escribió desde Florida para advertir a su ciudad natal de una amenaza de atraco al estilo americano. Hubo un lote de cartas de «colegiales», todos de la edad de Paul Storey, que pretendían, sin duda, representar las opiniones de adolescentes normales, decentes y respetables; cuatro se mostraron críticos con la sentencia, tres a favor. De nuevo, como indicamos en la sección anterior, los críticos con el juez escribieron cartas de media más largas que los tradicionalistas, teniendo que argumentar más para establecer un caso razonado. Pero el efecto general fue el de un escrupuloso equilibrio: el mayor número de cartas tradicionalistas se «equilibró» por el hecho de que las cartas críticas a menudo se publicaron primero. Una carta, totalmente dentro de la perspectiva tradicionalista, añadía un tema que estaba quizás subyacente en otras que adoptaban una posición similar, pero que rara vez se expresaba con franqueza. Decía simplemente: «Seguramente los ingleses en su patria tienen derecho a la protección contra matones como este muchacho». Lo de «en su patria» es un bonito detalle, teniendo en cuenta que, para bien o para mal, Inglaterra también era la «patria» de Paul Storey.

Canales público-privados: las cartas insultantes

El siguiente grupo de cartas nos lleva a la frontera entre el discurso «privado» y el «público», y nos permite echar un breve y selectivo vistazo al «submundo» de la opinión pública. Se trata de las cartas insultantes enviadas en la época del asunto Handsworth. Eran, por supuesto, «privadas» en el sentido de que se dirigían personalmente, *no se transmitían* en un medio público. Por lo tanto, puede pensarse que quedan fuera de la red de comunicaciones públicas. Por otra parte, expresaban sentimientos «públicos» más que privados; procedían de personas desconocidas para el destinatario; de hecho, la mayoría de ellas eran deliberadamente anónimas. No pretendían constituir la base de un intercambio o una relación; por ejemplo, es evidente que no preveían una respuesta. Hay buenas pruebas para decir que eran «privadas» solo porque contenían actitudes demasiado violentas o un lenguaje demasiado violento para el gusto público. Es *este* hecho esencialmente —su extremismo— el que las desplazó al canal privado. «Cosas de locos», «panda de lunáticos» son dos respuestas despectivas habituales a esas cartas. Nuestro objetivo es demostrar dos cosas: en primer lugar, que las cartas insultantes contenían algunas actitudes que *no se* expresaban en las «cartas al director»; en segundo lugar, y más importante, que muchas de las actitudes de las cartas «insultantes» eran *transformaciones* de actitudes ampliamente mantenidas pero expresadas de forma más contenida en la correspondencia pública.

De hecho, la transformación a la que se hace referencia era a menudo solo formal. Las cartas insultantes se escriben «de persona a persona» y no «de ciudadano a conciudadano». Es de esperar un tono diferente en el paso del discurso público al privado, y eso es lo que encontramos. La cuestión más difícil es hasta qué punto las cartas privadas y las públicas, aunque son diferentes en cuanto a la forma, el lenguaje y el tono, representan sin embargo diferentes puntos a lo largo del *mismo* espectro de la opinión pública que encontramos en las «cartas al director»: expresiones en las que operan las mismas «ideologías legas». Un número importante de las cartas «insultantes» sobrepasaba los límites que el «ciudadano del foro público» acepta para sí mismo. Y esto podría llevarnos a pensar que los dos canales eran muy distintos. Las cartas insultantes indicarían entonces la existencia de sistemas de significación muy distintos de los que dispone la sociedad de lectores y escritores «razonables» a los que se dirigen los medios de comunicación. Sin embargo, los medios de comunicación públicos no reflejan en ningún sentido toda la escala del discurso social. La comunicación social a través de la cual se forma la opinión pública consiste en todo, desde las conversaciones entre vecinos, las discusiones en las esquinas o en el bar, los rumores, los chismes, las especulaciones, la «información

interna», el debate entre los miembros de la familia en casa, las expresiones de opiniones y puntos de vista en reuniones privadas, etc., hasta los niveles más formales, con los que se cruzan los medios de comunicación de masas. La organización de la «opinión pública» tiene lugar en *todos* estos niveles de intercambio social. La idea de que los medios de comunicación de masas, debido a su cobertura masiva, a su vinculación de los diferentes públicos, a su poder unilateral en el plano de la comunicación, absorben totalmente y borran todos los otros niveles más informales y cara a cara del discurso social, no es sostenible. Por lo tanto, debemos examinar estas cartas «privadas» como partes excluidas o *desplazadas* del «proceso de conversación» social, en el que figura la gente *corriente*.

La pregunta que se plantea es la siguiente: ¿de dónde surgen estas actitudes más «extremas» ante la delincuencia? No son simplemente irrationales. Como esperamos demostrar, en estas cartas también está presente una cierta racionalidad o «lógica». La mayoría de las cartas insultantes asumen que hay un público más amplio que —si leyera las cartas— sin duda estaría de acuerdo con lo que se dice, aunque no «llegaría tan lejos». Los redactores de cartas insultantes asumen la presencia invisible de este «público», no solo en el sentido empírico («muchá gente está de acuerdo conmigo») sino también en un sentido más normativo («la gente *debería* estar de acuerdo conmigo; después de todo, es obvio que si *P* y *Q* entonces *X* e *Y*»). En otras palabras, a pesar de su forma privada, estas cartas siguen estando —paradójicamente— integradas en un discurso social y «público» sobre la delincuencia y se basan en este. En este sentido, no hay que tachar de excéntricos a los «lunáticos» y a los «chiflados», como se puede tener la tentación de hacer. En cualquier caso, la línea que a veces separa la observación privada de la pública no es tan clara como se suele decir y puede ser difícil de trazar cuando se trabaja solo con la evidencia del texto escrito. Cuando los acontecimientos o las cuestiones tocan un nervio público al aire, los sentimientos e ideas poderosamente obsesivos pueden «domesticarse» lo suficiente como para encontrar expresión en el ámbito público; e, incluso cuando no están preparados para hacerse totalmente «públicos», pueden constituir la base real de las acciones e influir en lo que la gente siente y piensa.

La madre de Paul Storey recibió 30 cartas de tipo insultante y dos de tipo empático. Las proporciones pueden explicarse por referencia a los valores generalizados en la sociedad, de los que los comentarios en la prensa nos dan algún indicio. Aunque hubo desacuerdo sobre las sentencias dictadas contra los chicos, hubo una condena universal de su delito. Los rasgos del delito que se recogen en la prensa corresponden a un modelo ampliamente detestado y temido. Los chicos fueron presentados como los arquetípicos criminales violentos: despiadados, de sangre fría en busca de ganancias,

pero preparados para descargar una violencia aparentemente gratuita sobre un hombre inocente solitario y eventualmente indefenso. Esta imagen sirvió de premisa para muchas de las cartas.

Diez de las 30 pertenecen a la categoría del «ciudadano razonable que escribe en privado» a la madre del chico (que había aparecido en la cobertura periodística del delito). Las examinamos en primer lugar. Las hemos llamado «vengativas», ya que todas ellas exigen claramente que la ley exija un castigo al criminal por sus acciones. Esta categoría se solapa ciertamente con *una* categoría de cartas publicadas en la prensa:

¿Cómo te atreves a decir que tu hijo no es malo? Ha robado coches y es un vago. ¿Qué hay del hombre cuya vida entera se ha arruinado por su maldad? Merece estar encerrado lejos de la gente decente y probablemente tú tengas parte de la culpa. Vuelve a Jamaica.

Este tipo de carta era característico en sus formas de hablar. La identidad «mala» de Paul Storey se *fijaba* de forma sencilla, gráfica y estereotipada. El término «holgazán» se derivaba probablemente de las noticias de prensa que decían que había estado desempleado: la ecuación desempleado = holgazán = gorrón = malo es habitual en la ideología social conservadora. El grito «*y la víctima qué?*», ahora extremadamente activo, dirige la atención hacia la gravedad del delito. La cadena de palabras moralizadoras aglutina el tema de la «degeneración moral bien castigada»: la maldad merece la culpa. La única moderación está en la idea de que la madre solo tiene «parte» de culpa. La frase final retoma la idea de «patria» citada al final de la sección anterior; pero aquí la nación se identifica firmemente con la «comunidad moral», de la que tanto Storey como su madre son expulsados ritualmente. (Por supuesto, esto es *totalmente* simbólico: Storey no nació en Jamaica y su madre es blanca). La concepción de la indignación moral y de la justicia retributiva que informa esta carta está muy clara en toda su estructura moral. Suena extrema por su claridad, su condensación, su brusquedad y su falta de calificaciones. Pero, en su contenido, se inscribe firmemente en *una ideología pública aceptada de crimen y castigo*.

Es probable que el emisor de este tipo de cartas considere que, en justicia, deben tomarse medidas adicionales (además de la sentencia) contra el delincuente. A menudo se recomiendan los castigos corporales o la prolongación de la pena. Pero todas estas recomendaciones no llegaban a la violencia extrema o repulsiva. No abogaban por la pena de muerte ni iban mucho más allá de lo que la propia judicatura podría recomendar o, de hecho, en algunos casos había recomendado en un pasado relativamente reciente. Los autores se mantuvieron así dentro del círculo de lo que podríamos llamar «extremismo aceptable».

Una escritora, una viuda, evidentemente de Birmingham, incorporó este llamamiento a la disciplina y la venganza en un relato de su propia experiencia a manos de un atracador, «un chico de 16 años»:

Me tiró al suelo de una patada y me habría matado si no me hubiera cogido el bolso. Me pregunto si fue *tu hijo* el que me hizo esto y tú tienes la maldita desfachatez de decir que 20 años [es] demasiado. Qué harías si fuera tu hijo al que hubieran dejado por muerto, apuesto a que pronto clamarías venganza. No sabes lo que es que te den una paliza y te roben en la ciudad mientras tus hijos esperan que vuelvas a casa. Esta ciudad está consiguiendo que no puedas salir al anochecer. Tenemos miedo de visitar a los amigos por si no volvemos a casa. Si por mi fuera, habría que recuperar el látigo de nueve colas y azotarlos a todos y después encerrarlos. Deberían meterle 20 años con él y tu preocupación se acabaría. Pregunta al CID en Steele House Lane [*sic*] cómo me encontraba yo, una *Mujer*.

Detrás de la acusación de la madre del delincuente (también había una referencia de pasada a una hija que había tenido un grave accidente), se moviliza aquí toda una experiencia personal de agresión violenta, claramente aterradora, que encontraba su correlato en la sentencia de que «deberían caerle 100 años y azotarle el trasero también». De nuevo, todos los elementos de la imagen de una crisis de «delincuencia en las calles» estaban presentes. Lo mismo ocurría con otro ejemplo: «Tenemos miedo de salir por la noche en Londres. Tenemos que ir a nuestros clubes y tenemos miedo de salir. Si no estuviera la policía, ¿cómo sería? Los cerdos están mejor dentro». Ambas cartas, además de ser expresiones de genuina angustia (la segunda está firmada como «pensionista de Bethnal Green»), se basan en una definición pública muy vívida de los atracos: las calles infestadas de matones violentos, la policía como baluarte contra el desmoronamiento de la sociedad respetuosa de la ley. Una vez más, aunque con un lenguaje algo extremo, compartían con muchas «cartas al director» y editoriales de prensa una imagen de la sociedad plagada de delincuencia, seguida de un llamamiento a «volver a usar la vara». Correlativamente, 18 cartas de la muestra total mostraban una fuerte preocupación por el sufrimiento de la *victima*, un sentimiento legitimado por la misma estricta estructura moral.

Otras cartas, al margen de la respetabilidad, invocaban la pena de muerte como método adecuado en este caso para tratar al delincuente. Una de ellas ofrecía una visión extremadamente clara de la mecánica de una definición retributiva del delito:

La víctima paga el pato.

El señor Keenan, gracias a su hijo, es ahora incapaz de ejercer su ocupación [...] y usted pide misericordia. ¿Qué misericordia mostró su hijo al señor Keenan? NINGUNA. Por lo tanto, su hijo debe pagar la pena.

Podemos ver aquí como la idea de «pago» se utilizó para organizar la definición del crimen y el castigo, que se interpretó a través de una noción de «intercambio equitativo»: sin piedad para la víctima, *por lo tanto* sin piedad para el delincuente; violencia para uno, violencia para el otro. El escritor añadía, en un tono que recordaba al de la judicatura durante el pánico a los «atracos»: «La sociedad no soportará los atracos». Esta carta en particular estaba redactada de forma consciente y simétrica, con letras mayúsculas, títulos y un espaciado deliberado entre las líneas; se utilizaron dos colores de letra. Se pegó en el papel una fotografía de Paul Storey que había salido en el periódico. Este cuidado obsesivo por «causar un impacto adecuado» era una característica del tipo de carta más extremo. La carta concluye: «HABRÍA QUE... ¡AHORCARLO!».

Algunas cartas parecen pertenecer más bien a una categoría de opiniones subterráneas más que a opiniones casi-públicas. Estas se referían *exclusivamente* al aspecto racial del caso. Un correspolosal de Liverpool comenzaba así: «Así que estáis destrozados, qué lástima me dais». A los dos chicos, Storey y Fuat, se les describió como «negros». El escrito continuaba: «Por su nombre, la mujer que tiene 12 hijos es también una extranjera, una R. C., debería estar en Irlanda del Sur y tú y los negros y los pakis de vuelta en la Jungla». Este tipo de racismo abierto le permitía construir una interpretación que excluía todas las demás cuestiones. Las asociaciones estereotipadas se volvieron aquí indiscriminadas: casi cualquier atributo —«extranjero», «negro», «R. C.», «Irlanda del Sur», «pakis»— servía. Estos calificativos se vincularon entonces a un análisis político que tampoco era en absoluto desconocido: «Los tres no tienen derechos en este país, solo viven del Estado del bienestar. ¡Oh, que Enoch Powell los expulse a todos, de vuelta a su propia tierra! Ya sabéis donde vivís mejor». En esta parte de la carta, los violentos epítetos raciales-xenófobos se han transmutado en una forma más «aceptable», ya que la afirmación de los derechos de los «nacidos en el país» podía presentarse como una preocupación nacional y no racista, una vez que el grupo exterior había sido definido como extranjero, con su «propia tierra». No es de extrañar que, en este escenario, el extranjero se asocie con el arquetipo del desviado: el vago al que mantiene el Estado del bienestar. La idea de que los «negros» y los «pakis» viven del Estado del bienestar es una de las ideas más comunes ahora en el léxico del racismo. Otra de estas cartas racistas era la única que llevaba una firma con una dirección imprecisa. Ninguna de las tres abogaba, dentro de nuestros

términos, por un castigo excepcionalmente brutal. Hay que señalar que 12 escritores en total introdujeron la cuestión de la raza, aunque fue un tema que se discernía con menos frecuencia en las cartas «razonables».

Estas cartas, con su estructura racista, nos sitúan en el límite del grupo más extremo de cartas insultantes, que denominamos «superretributivas» o «vengativas», ya sea por el nivel de agresión que contenían o por los castigos excepcionalmente brutales que recomendaban. Compartían con las cartas «racistas» la tendencia a maltratar a la madre, lo que implicaba la movilización de temas raciales y sexuales subterráneos: acusaciones de promiscuidad sexual, familias demasiado numerosas, mestizaje, etc.

Hubo dos cartas totalmente «extremas» que situaban todos estos temas en un contexto, de nuevo, puramente racialista. Ocho cartas de este tipo general «vengativo» abogaban por formas de ejecución para deshacerse del delincuente, incluyendo dos que deseaban ver linchado a Paul Storey. Había dos que recomendaban que fuera castrado y una que su madre fuera esterilizada por su «delito» al darlo a luz. Otros métodos de castigo incluían castigos corporales diarios y «aplastar» la cara de Paul Storey. Otro correspondiente, presumiblemente recordando el tratamiento de Keenan, sugirió que cada semana se golpeara al infractor en la cara con un ladrillo. Un escritor sugirió que el cuerpo de Paul Storey fuera finalmente arrojado al Támesis. Por el contrario, los «vengativos» mencionaron más a menudo la cadena perpetua o un equivalente judicial.

Los «vengadores» presentaban a los sujetos con términos abusivos y estereotipados: «matón», «bicho», «animal», «escoria», «bastardo», etc. Estos calificativos nos invitan a considerar a los delincuentes como «fuera de serie», es decir, *tan* perversos que los castigos «normales» resultan irrelevantes e incluso peligrosos. La violencia del lenguaje utilizado para describir al delincuente y al delito sirvió para *legitimar* el paso de los correspondientes de la venganza dura pero legal a la venganza sádica.

En estas cartas, los actos perversos concretos no son más que una muestra de la *naturaleza* básicamente *malvada* de sus autores. Como las alimañas, eran *naturalmente*, no humanamente, peligrosos. Por lo tanto, debían ser tratados con medidas extremas. Para algunos escritores, el único toque humano que conservaban era que podían ser considerados responsables de lo que hacían. Por ejemplo, dos de los escritores esperaban que Paul Storey pudiera «pudrirse en el infierno». Esta noción ayudó a devolverle al ámbito de la humanidad, pero solo en un sentido limitado e inauténtico. Una moral más sombría conformaba la esperanza de seis escritores de que Paul Storey muriera durante su condena. Se esperaba que la naturaleza acudiera en ayuda de la «justicia». La opinión de un escritor de que la madre del delincuente fuera esterilizada por haberlo dado a luz se hace

inteligible en el contexto de una ideología que lo considera de manera literal un «monstruo» anormal, una «alimaña». Otro escritor opinó que la madre del chico debería ser destruida por «engendrarlo».

Aquí hay que señalar cómo el delito se ha transformado en una teoría de la naturaleza humana malvada, hecha tangible en las imágenes de lo anormal y lo monstruoso. En estas imágenes se condensan, con un gran peso, los temas de la raza y la sexualidad degradada, y sus resultados se encuentran en la exigencia de castigos brutales y sádicos. Esta desagradable tríada —raza, sexualidad y sadismo— ha formado, tal y como han demostrado los trabajos de la Escuela de Frankfurt y otros,¹⁰ la estructura profunda de la «personalidad autoritaria». Y lo que es más importante, esta estructura profunda también sustenta los temas e imágenes más desplazados (y, por lo tanto, públicamente aceptables) de otras cartas que hemos visto. La transmutación de esta base triádica a su expresión «más aceptable» en el llamamiento a la disciplina, la tendencia al chivo expiatorio, el impulso de la remoralización y la rigidez de los estereotipos es tan alarmante como las expresiones no modificadas de las cartas que acabamos de considerar. Podemos ver algunos de estos elementos de anormalidad, sexualidad y el rígido compromiso con las medidas severas en el siguiente extracto:

Así que vas a recurrir la sentencia, sinvergüenza; su conducta es un tributo a la educación que le diste. Espero que nunca salga vivo: son hombres como el Sr. Juez Croom Johnstone [*sic*] los que necesitamos en este país, que Dios lo bendiga. Podemos prescindir de tu mestizo bastardo con sus ojos malvados y su frente de asesino. Juzgo bien a la gente, él nació para matar. Si yo estuviera en la cárcel, consideraría un gran insulto vivir codo con codo con gente como él. Espero que vuelvan a poner la horca [*sic*]. En Estados Unidos una turba rodearía la cárcel y lo lincharía. No se preocupe por su bastardo, sino por la víctima, pobre hombre.

Esta carta contiene lo que podríamos considerar como todos los temas del léxico de la venganza, además de representar una «estructura de pensamiento» muy cercana a la «autoritaria» identificada por Reich, Adorno y otros. También recapitula temas que suenan de forma más fragmentada en otras cartas del mismo tipo. El estilo es fundamentalmente demótico, recién salido del habla. Proyecta una aguda hostilidad contra la madre de

¹⁰ Véase C. Pawling, «A Bibliography of the Frankfurt School», *Working Papers in Cultural Studies No. 6*, C.C.C.S., University of Birmingham, otoño de 1974; E. Fromm, *The Fear of Freedom*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1960 [ed. cast.: *El miedo a la libertad*, Gino Germani (trad.), Barcelona, Paidós, 2004]; T. Adorno *et al.*, *The Authoritarian Personality*, Nueva York, Harper, 1950 y W. Reich, *The Mass Psychology of Fascism*, Harmondsworth, Penguin, 1975 [ed. org.: *Massenpsychologie des Faschismus*, 1933; ed. cast.: *Psicología de masas del fascismo*, Alberto Bein (trad.), Madrid, Enclave de libros, 2020].

Paul Storey. Atribuye su conducta a la defectuosa crianza de ella. Se identifica sin pudor —y con deferencia— con la figura de autoridad del juez, de forma especialmente «tradicionalista» («Que Dios lo bendiga»). En la siguiente frase vincula la raza («mestizo»), la sexualidad («bastardo») y lo criminal («asesino»), y los define a todos en términos anormales, monstruosos y no humanos. Al hacerlo, también se sitúa de lleno en la tradición del positivismo biológico lombrosoano, es decir, toma estas monstruosidades como formas de perversión «no natural» (no humana), fijadas en el tipo biológico-criminal de una vez por todas; y pretende ser capaz de detectar y leer este tipo en términos de sus características genéticas y físicas («ojos malvados [...] y frente de asesino»). Por último, pide, primero, la sanción legal extrema —la horca— y luego *pasa de ella* a la violencia mafiosa de fantasía, el linchamiento. Ambos se basan en una referencia a «la víctima, pobre hombre», con su típica cadencia sentimental.

Varios temas de las cartas «vengadoras» conectan con otros expresados de forma más moderada, tanto en las cartas públicas como en las insultantes «retributivas». Por ejemplo, varias cartas rechazan la explicación ambientalista o «sociológica» del delito: «Su hijo tiene lo que se merece. No puede culpar al barrio, debe ser la forma en que fue educado». O bien: «Tu clásica respuesta de culpar al barrio de su degeneración es una mierda. Tu hijo debería morir y su alma pudrirse en el infierno». Los motivos no se discuten con frecuencia, aunque una carta «retributiva» que incluía el motivo de la «diversión» también daba una explicación claramente voluntarista del delito: «Sabían lo que estaban haciendo». Una carta «vengadora» se hizo eco del mismo tema: «Sabía lo que hacía». Pero, fundamentalmente, los motivos seguían siendo irrelevantes porque, para los escritores, era transparente que «el mal es el mal». La ausencia de una defensa argumentada de la sentencia, en términos tan claros y explícitos como los que encontramos en las «cartas al director», es sorprendente. El valor disuasorio de los castigos severos, que aparecía una y otra vez en la correspondencia pública, apenas aflora en las cartas privadas: solo hay tres breves referencias.

Por último, hay que señalar la recurrencia en estas cartas de ciertos «conceptos-raíz» o imágenes fundamentales. Son fundamentales porque representan sentimientos y certezas básicas y fundamentales sobre el mundo en el que viven sus autores. No se limitan únicamente a las cartas privadas, pero aparecen aquí con más fuerza en el contexto de esta forma más inmediata y menos estructurada. Más adelante nos ocuparemos de ellos con más detalle, pero aquí señalamos brevemente la centralidad, en todos ellos, de *la familia*. Este tema se repite constantemente en términos de su centralidad en la crianza del niño: la familia «normal» produce niños «normales»; por lo tanto, *debe haber sido* una familia anormal la que produjo el «monstruo». Esto enlaza con los otros temas —la *raza* y la

sexualidad— que hemos señalado antes: un niño mestizo, cuya madre vive con un hombre que no es el padre del niño, proporciona la materia prima para quienes «entienden» cómo se «engendran» los «monstruos».

La carta personal es una forma de comunicación escrita que se basa en la intimidad o el reconocimiento. O bien intenta recrear un flujo inmediato de «discurso» del escritor al lector, o bien anticipa una respuesta. Su fuerza proviene de su tono personal, de su informalidad en el tono y en la manera de dirigirse. Siempre está firmada, a menudo con amistad o afecto. Abre o continúa una relación, a través del intercambio de la palabra escrita. Las cartas personales *insultantes* escandalizan precisamente porque abren esta vía de dirección directa y recíproca, pero solo para abusar de ella y explotarla; insinúan, a lo largo de canales expuestos para recibir un saludo, una agresión venenosa. La mayoría de estas son anónimas. Invocan una forma de reciprocidad, que luego su anonimato rechaza. La fuente de la agresión permanece invisible, no identificada, misteriosa, ilocalizable. Por lo tanto, llevan consigo un matiz de amenaza. Es su «rechazo de la socialidad», tanto como su lenguaje y sentimiento exagerado, lo que constituye la medida de su «insulto».

Opinión pública e ideología

Examinar un delito local en su entorno local y leer tanto la correspondencia local como la privada nos da una idea del laberinto de canales comunicativos que apoyan la formación de la *opinión pública*. Muchos de ellos se encuentran, en primer lugar, fuera de los canales formales de los medios de comunicación públicos. Sin embargo, no hay que descuidar estos canales «informales» de la opinión pública. En una localidad tan densa socialmente y tan compleja, étnica y políticamente, como Handsworth, estos canales «informales» están muy presentes. La interacción de conocimientos, rumores, folclore y opiniones constituye un nivel crítico y primario en el que la opinión empieza a formarse sobre un acontecimiento tan dramático como el «atraco» a un residente local, mucho antes de que los medios de comunicación se lo apropien. En los días inmediatamente posteriores al «atraco» de Handsworth, la localidad estaba llena de rumores, «noticias informales» y opiniones. Solo una pequeña parte de ellos llegó a la prensa local, en forma de «cartas al director» o de testigos y expertos locales a los que los medios de comunicación llamaron para que expresaran su opinión. Estas opiniones ya están enmarcadas por la interpretación, conformada por puntos de vista de sentido común y por la sabiduría recibida sobre la delincuencia. Sin embargo, la opinión no puede permanecer mucho tiempo en este nivel informal o desorganizado. Las propias acciones de la

cultura de control y de los medios de comunicación, al situar el acontecimiento en perspectivas y contextos de toda la sociedad sirven para elevar el umbral de la opinión pública. Los canales de comunicación locales se integran rápida y selectivamente en canales más públicos.

La cristalización de la «opinión pública» se eleva así a un nivel más formal y público gracias a las redes de los medios de comunicación. Es cierto que, en sociedades como la nuestra, los individuos suelen llevar vidas muy segmentadas, arraigadas en tradiciones y redes locales. Pero también es cierto que, precisamente en esas sociedades, las redes que *conectan* son fundamentales. Los acontecimientos y las cuestiones solo se hacen *públicos* en su sentido pleno cuando existen los medios que permiten poner en relación los mundos relativamente «separados» de la opinión profesional y la no profesional, del controlador y del controlado, y que parecen, al menos durante un tiempo, ocupar el mismo espacio. La comunicación y las redes de comunicación *crean* esa compleja criatura que llamamos «opinión pública». Al seguir el paso del caso Handsworth por los medios de comunicación, estamos observando al mismo tiempo el proceso por el que se forma la opinión pública; y, específicamente, el proceso por el que el delito asciende a la arena pública y asume la forma de un «asunto público».

La «opinión pública» sobre la delincuencia no se forma al azar. Tiene una forma y una estructura. Sigue una secuencia. Es un proceso social, no un misterio. Incluso en el umbral más bajo de visibilidad —en la charla, en el rumor, en el intercambio de opiniones rápidas y juicios de sentido común— el discurso sobre la delincuencia no es socialmente inocente; ya está informado y penetrado por las opiniones e ideologías legas *sobre la delincuencia* como tema público. Cuanto más pasa este tema al dominio público, a través de los medios de comunicación, más se estructura mediante las ideologías dominantes sobre la delincuencia. Son estas las que forman la infraestructura de cualquier debate público. Cuanto más se trata un tema de delincuencia en el espacio público, más estructurado se vuelve, más limitado por los marcos de comprensión e interpretación disponibles, más sentimientos, emociones y actitudes socialmente validados se movilizan en torno a él. Por lo tanto, cuanto más público —más asunto público— se vuelve un tema, más podemos detectar la presencia de redes más amplias de significado y sentimiento en torno a él; más podemos discernir la presencia de un conjunto altamente estructurado, aunque de ninguna manera completo, o coherente, o internamente consistente, de *ideologías sobre la delincuencia*. Nos ocuparemos de estas en el siguiente capítulo.

En el capítulo 3 («La producción social de noticias») examinamos una de las principales fuentes de conocimiento e interpretación sobre la delincuencia en nuestra sociedad: esa intersección crítica entre los tribunales y los medios de comunicación. Sin caer en una lectura conspirativa de este

vínculo, sugerimos cómo y por qué la íntima conexión entre las fuentes de noticias sobre la delincuencia (los tribunales y la cultura de control) y los medios de difusión pública (los medios de comunicación) sirvió para estructurar y moldear poderosamente el conocimiento público sobre la delincuencia, y, al mismo tiempo, para declinar esa comprensión con las «interpretaciones dominantes». Se trata de una fuente potente, de hecho determinante, en el análisis de cómo se forma la opinión pública; y en lo que sigue a continuación no debemos olvidar hasta qué punto la llamada «conversación» por medio de la cual se supone que surge la opinión pública está estructurada por sus fuentes institucionales, es decir, hasta qué punto la «opinión pública» es algo «estructurado en la dominación». En el capítulo 4 («Balance de cuentas») hemos analizado, a través del caso particular de Handsworth, lo que sucede cuando los medios de comunicación de masas (en este caso, la prensa) se apropián y procesan un suceso especialmente dramático. Aquí observamos varias etapas de un proceso que sirve para construir y elaborar un tema delictivo. En particular, analizamos no solo las diferencias de inflexión ideológica entre un periódico y otro, sino las diferentes estructuras de interpretación que se acumulan en torno al tema en los distintos puntos del proceso: su construcción primaria como noticia, su paso al ámbito de la exploración y la explicación —el ámbito de las noticias de «segundo orden» o los artículos de fondo—, su paso al ámbito del juicio —el ámbito de las declaraciones editoriales—. En este capítulo hemos seguido ese proceso hasta llegar, en el caso particular de Handsworth, a las cartas. Pero las «cartas» constituyen una especie de punto de inflexión en nuestro examen. Porque aquí —tanto en las «cartas al director» como en los insultos privados— nos encontramos, por fin, con que la opinión pública empieza a volver por el camino inverso, *subiendo* por los canales de las «noticias» privadas y locales *hacia* el ámbito de la opinión pública. Sin olvidar por un momento lo sometida que estuvo esta oleada aparentemente «espontánea» de la opinión pública sobre el crimen de Handsworth al poder de configuración de las fuerzas institucionales que se han expuesto antes, es de crucial importancia observar *el carácter y las formas de la «respuesta del público lego» que despiertan las noticias sobre el delito*. Porque es el despertar de las actitudes del público lego, y su cristalización en formas que apuntalan y apoyan los puntos de vista ya en circulación, lo que ayuda a cerrar el círculo consensual, proporcionando el eje de la legitimación.

Ahora bien, ¿qué implica exactamente este *encuentro* aparentemente espontáneo de las interpretaciones dominantes que van hacia abajo y de la «opinión pública» que va hacia arriba? La naturaleza de este «círculo» es algo que analizaremos en el siguiente capítulo. Pero no es un proceso tan espontáneo y milagroso como parece a primera vista. Por el momento,

vamos a considerar solo las *formas* en las que surge esta opinión pública aparentemente espontánea. En un primer momento, las expresiones de las «actitudes de los profanos» ante la delincuencia *parecen* adoptar una forma totalmente diferente de las que se transmiten y construyen en los niveles superiores de la cadena de comunicación. Frente a los titulares de prensa, los reportajes a toda página, las largas citas y los análisis de los expertos, tenemos aquí las breves y personales «cartas al director»; frente a los susurros ponderados y las conversaciones en las altas esferas, tenemos la misiva violenta garabateada furtivamente y entregada con cara de vergüenza. Pero, si volvemos a mirar, por debajo de la variedad de formas superficiales, en el nivel más generativo, descubrimos la presencia de estructuras ideológicas que hasta ahora podrían haber escapado a nuestra atención. En cada etapa —en los tribunales, en las noticias, en los juicios editoriales, en las cartas, en los insultos—, a pesar de sus muchas y significativas diferencias, parece estar funcionando un léxico familiar que configura el discurso. El mismo *repertorio*, muy limitado, de premisas, marcos e interpretaciones parece utilizarse siempre que hay que desplegar el tema del crimen y el castigo. Las diferencias no deben desaparecer. La policía habla de una manera sobre la delincuencia callejera —con el lenguaje del control y la contención de la delincuencia—; los tribunales lo hacen de otra manera —con el lenguaje y el idioma del razonamiento y el motivo judicial—. Las opiniones expresadas por los distintos expertos están fuertemente influidas por sus respectivos mundos y perspectivas profesionales; incluso ahí, la perspectiva «social» de las profesiones de la asistencia social difiere de la perspectiva «patológica» de la criminología, la del trabajador comunitario local de la del concejal local. Cuando pasamos a los medios de comunicación, las diferencias son, de nuevo, significativas: *The Daily Telegraph* y *The Guardian* no recorren el mismo camino cuando tratan de explicar la delincuencia; los reportajes existen, casi se podría decir, para retomar los ángulos que las noticias no agotaron. Una vez más, cuando miramos las cartas, las diferencias, tanto entre los escritores legos como los profesionales, o entre las cartas públicas y las privadas, son evidentes. En cualquier relato que intente «cartografiar» las ideologías públicas del delito, hay que tener en cuenta estas diferenciaciones. Insistimos en que, hasta donde podemos decir, no existe una «ideología inglesa pública del delito» única, coherente, unificada y consistente (en singular) que hayamos podido descubrir. Por otro lado, también insistimos en que las muy diferentes formas y explicaciones sobre la delincuencia, cuyas diferencias parecen abrumadoras en los niveles fenoménicos de su aparición, *parecen ser generadas por un conjunto mucho más limitado de paradigmas ideológicos*. Por «paradigmas» entendemos aquí los temas, las premisas, los supuestos, las «preguntas que suponen respuestas», la matriz de ideas, a través de la cual la variedad de «opiniones» públicas sobre la delincuencia toma una forma coherente. Es a este campo estructurado de

premisas ideológicas al que nos dirigimos ahora. ¿Cuáles son los paradigmas de la estructura profunda sobre la delincuencia en nuestra sociedad? ¿Cuáles son *las ideologías inglesas sobre la delincuencia*?

VI

LAS EXPLICACIONES Y LAS IDEOLOGÍAS DEL DELITO

AL EXAMINAR las «ideologías inglesas del delito» queremos examinar más a fondo ciertos puntos mencionados anteriormente y prestarles una atención más sostenida de lo que fue posible al tratar los elementos específicos de la reacción pública al caso Handsworth. El primero de ellos es el «grupo» de temas e imágenes recurrentes en las cartas sobre el caso Handsworth, un grupo organizado, según sugerimos, en torno a las cuestiones de familia, disciplina y moralidad en relación con el delito. En segundo lugar, dado que estos temas se produjeron dentro de lo que denominamos la visión «tradicionalista» de la delincuencia (en oposición a la perspectiva «progresista»), deseamos examinar algunas de las raíces de esta visión «tradicionalista» del mundo. Y, lo que es más importante, dado que la división entre las visiones «tradicional» y «progresista» *organizó y formó los límites* del debate público sobre la delincuencia en cada uno de los niveles de discurso que hemos analizado (en distintos aspectos de la prensa y en las cartas públicas y privadas), queremos prestar cierta atención a las «explicaciones e ideologías» que sustentan estas perspectivas. En concreto, pretendemos intentar responder a una serie de preguntas. ¿En qué condiciones se reproducen estos temas e imágenes de la posición tradicionalista en los distintos circuitos de la opinión pública? ¿Cómo, en una sociedad compleja, dividida y estructurada, la perspectiva tradicionalista llega a ejercer un atractivo tan poderoso a *ambos lados* de las líneas de estructuración? ¿Por qué, en una sociedad que desde finales de la década de 1960 está cada vez más polarizada económica y políticamente en función de las clases sociales, debería abordarse la delincuencia desde la misma perspectiva social y moral y por qué una unanimidad tan aparente entre las diferentes clases? ¿Por qué el tradicionalismo debería ser la forma dominante de un aparente *consenso entre clases sobre la delincuencia*? Por último, ¿cómo la perspectiva tradicionalista llega a tener el dominio sobre la posición progresista como hemos visto en el debate sobre las sentencias de Handsworth?

La primera parte de este capítulo es, por lo tanto, un intento de identificar cuáles son los elementos organizadores de este *consenso tradicionalista* y cómo se movilizan en torno a la cuestión de la delincuencia. En la última

parte del capítulo, volveremos sobre la relación entre las perspectivas tradicionalista y progresista acerca de la delincuencia y consideraremos el aparente fracaso de la posición progresista a la hora de «generalizarse» en toda la sociedad.

Imágenes de la sociedad

Empezaremos por tratar de desentrañar algunas de las imágenes centrales que nos parece que forman parte de la ideología «tradicionalista» de la delincuencia. Gouldner afirmó en una ocasión que todas las teorías sociales contienen «premisas dominantes» sobre la sociedad incrustadas en sí mismas. Nosotros diríamos que todas las ideologías sociales contienen en su núcleo poderosas imágenes de la sociedad. Estas imágenes pueden ser difusas, no teorizadas en ningún sentido elaborado, pero sirven para condensar y ordenar la visión de la sociedad en la que actúan las ideologías, y constituyen tanto su incuestionable sustrato de verdad —lo que conlleva convicción— como la fuente de su fuerza y atractivo emocional colectivo. En conjunto, estas imágenes producen y sostienen un *sentido* conservador, no codificado pero inmensamente poderoso, del *carácter inglés*, de un «modo de vida» inglés, de un punto de vista «inglés» —que también, por su propia densidad de referencias, afirma— que *todo el mundo* comparte en cierta medida. No pretendemos ofrecer aquí un inventario exhaustivo de esta ideología tradicional inglesa, solo afirmamos haber identificado algunas de las principales imágenes en torno a las cuales se construye y organiza esta definición tradicionalista del «carácter inglés». Nuestro objetivo es abrir un debate que consideramos de gran importancia, así como tocar dos aspectos relacionados si bien distintos. En primer lugar, ¿podemos empezar a identificar el contenido social que se transmite en estas imágenes, en torno al cual se organiza una visión tradicionalista de la delincuencia? En segundo lugar, ¿podemos empezar a dar sentido a su poder de generalización por encima de las divisiones sociales y de clase, a sus pretensiones de «universalidad»? La ideología tradicionalista no es, ni mucho menos, la única ideología activa en la sociedad, pero es un campo ideológico *dominante*. Y este dominio y sus pretensiones de representatividad general están relacionados. Es dominante porque parece ser capaz de *recoger*, dentro de su marco, experiencias vitales y de clase bastante contradictorias. Las ideologías son más fáciles de entender cuando, dentro de su propia lógica, parecen reflejar o corresponder adecuadamente con las experiencias, posiciones e intereses de quienes las sostienen. Pero, aunque las ideologías incluyan esta relación práctica, no pueden explicarse totalmente de este modo; de hecho, cuando hablamos del papel social práctico de las ideologías, estamos hablando del poder de estas para traducir en

términos ideológicos convincentes las perspectivas de clases y grupos que no son, ni siquiera en un sentido colectivo, sus «autores». Nos preocupa así también qué hay en la condición social y material de las clases subalternas que permite a las ideologías tradicionalistas dominantes adquirir algo de verdad, ser convincentes, ganar apoyo. ¿Cómo se construye esta «unidad» ideológica tradicionalista a partir de formaciones de clase dispares y contradictorias? ¿Cómo proporciona *esta* versión del «modo de vida inglés» la base del consenso ideológico?

En primer lugar, abordamos la noción de *respetabilidad*, tan diferente para las distintas clases sociales y, sin embargo, un valor social tan «universal». Se trata de una idea social extremadamente compleja. Afecta a la noción fundamental de respeto hacia uno mismo: los hombres que no se respetan a sí mismos no pueden esperar el respeto de los demás. Pero la respetabilidad también afecta a los valores más «protestantes» de nuestra cultura; está relacionada con el ahorro, la autodisciplina, la vida decente y, por lo tanto, con la observancia de lo que comúnmente se considera una conducta recta y decente. Está fuertemente relacionada con las ideas de autoayuda y autosuficiencia, y de «conformidad» con las normas sociales establecidas —establecidas y encarnadas por los «otros relevantes»—.

Los «otros» son siempre los que están por encima de nosotros en la jerarquía social: personas a las que «admiramos» y a las que respetamos. La idea de respetabilidad significa que hemos tenido cuidado de no caer en el abismo, de no perder en la lucha competitiva por la existencia. En las clases medias, la idea de «respetabilidad» conlleva el poderoso matiz del éxito competitivo; su símbolo es la capacidad de «mantener las apariencias», de asegurar un nivel de vida en el que puedas permitirte aquellas cosas que se corresponden con tu posición social en la vida y que la encarnan. Pero en las clases trabajadoras, está relacionado con tres ideas diferentes: con el trabajo, con la pobreza y con la delincuencia en sentido amplio. Es el *trabajo*, sobre todo, lo que garantiza la respetabilidad; porque el trabajo es el medio —el único medio— para lograr una vida respetable. La idea de las «clases trabajadoras respetables» está irremediablemente asociada a un empleo regular y, a menudo, especializado. Ha sido el trabajo lo que ha disciplinado a la clase obrera *para que* sea respetable. La pérdida de respetabilidad se asocia, por lo tanto, a la pérdida de la ocupación y a la pobreza. La *pobreza* es la trampa que marca la caída desde la respetabilidad hacia los «bajos fondos». La distinción entre la clase trabajadora «respetable» y la «chusma», aunque no sea una distinción sociológica o histórica exacta, sigue siendo una distinción *moral* extremadamente importante. Si la pobreza es la forma de salir de la vida respetable, el *delito* o la mala conducta moral es otro camino más claro hacia lo mismo. La respetabilidad es la interiorización colectiva, por parte de las clases inferiores, de una imagen

de la «vida ideal» que los que están más arriba en el esquema de las cosas les ofrecen; es una forma de disciplinar a la sociedad de cabo a rabo, sector a sector. La respetabilidad es, pues, uno de los valores clave, que encaja e inserta una clase social en la imagen social de otra clase. Forma parte de lo que Gramsci llamaba el «cemento» de la sociedad.

El *trabajo* no es solo la garantía de la respetabilidad de la clase trabajadora, sino que es también una imagen potente por derecho propio. Sabemos hasta qué punto nuestras identidades sociales e incluso personales están ligadas a nuestro trabajo, y cómo los hombres (*especialmente* los hombres, dada la división sexual del trabajo) que no tienen trabajo, se sienten no solo materialmente abandonados sino espiritualmente desorientados.¹ Sabemos, en efecto, que esto es el producto de un larguísimo y arduo proceso de aculturación histórica: todo lo que implicó la creación, junto al nacimiento del capitalismo, de la ética protestante, y todo lo que supuso la inserción de las masas industriales trabajadoras en las rigurosas disciplinas del trabajo fabril.² El trabajo ha pasado a ser considerado algo más «instrumental» que «sagrado», ya que el trabajo manual en el capitalismo está disciplinado mediante el contrato salarial; el ocio, o más bien todo lo que se asocia con el no trabajo y con la esfera privada, ha pasado a ocupar un lugar aún más alto que antes en la jerarquía de los bienes sociales, ya que la familia y el hogar se han distanciado progresivamente del trabajo. Sin embargo, para los hombres sobre todo, el mundo laboral y los valores formales e informales asociados a este parecen coincidir en muchos aspectos con la definición de la propia «realidad». Y esto, aunque esté dotado de un contenido ideológico extremadamente poderoso, refleja un hecho: sin el trabajo, la base material de nuestras vidas desaparecería de la noche a la mañana. Sin embargo, lo que importa aquí, con respecto de la delincuencia, no es tanto la centralidad del trabajo y nuestros sentimientos al respecto, como lo que podríamos llamar el *cálculo del trabajo*. El cálculo del trabajo implica la creencia de que, aunque el trabajo puede tener pocas recompensas intrínsecas y es poco probable que conduzca a la riqueza y la prosperidad para la gran mayoría, proporciona una de las bases negociadas estables de nuestra existencia económica: un «salario justo por un día de trabajo justo». También implica la creencia de que las cosas valoradas —el ocio, el placer, la seguridad, la actividad libre, el juego— son una *recompensa* por la aplicación diligente a los objetivos productivos a largo plazo a través del trabajo.³ Los primeros vienen después, y como resultado o recompensa de los segundos.

¹ Véase D. Marsden y E. Duff, *Workless*, Harmondsworth, Penguin, 1975.

² Véase E. P. Thompson, «Time and Work Discipline», *Past and Present*, diciembre de 1967.

³ Véase Young, *The Druggtakers...*

Por supuesto, algunos delitos profesionales podrían considerarse, técnicamente, como una especie de «trabajo», y ciertamente hay testimonios de delincuentes profesionales que apoyarían esa interpretación. Pero poca gente lo vería así. La distinción más clara es la que se hace entre la delincuencia profesional u organizada y los pequeños hurtos y «préstamos» en el lugar de trabajo, que se consideran una forma habitual de arreglar una relación económica fundamentalmente explotadora y, por lo tanto, no se entienden como «delito» en el sentido ordinario. La delincuencia, en sentido propio, cuando se trata de robos o chanchullos con fines lucrativos, se *contrapone* al trabajo en la mente del público, precisamente porque se trata de un intento de adquirir por métodos rápidos, furtivos, por atajos fraudulentos, lo que la gran mayoría de los ciudadanos respetuosos de la ley solo pueden conseguir mediante el trabajo arduo, la rutina, el gasto de tiempo y el aplazamiento del placer. A través de este contraste se trasladan algunos de los sentimientos morales más potentes contra los desviados que prosperan y ascienden, pero no trabajan. Una de las formas más conocidas en que el cálculo moral del trabajo se incorpora a las actitudes ante los problemas sociales es la forma en que la gente habla de los «gorrones», los «holgazanes», los que «no dan un palo al agua» o los que «viven de la Seguridad Social». Estos calificativos se aplican a menudo de forma indiscriminada, y sin muchas pruebas, a distintos «grupos marginales»: a los pobres, los desempleados, los irresponsables, pero también a los jóvenes, los estudiantes y los negros. Se considera que estos obtienen algo sin «poner nada de su parte». La imagen implica una condena moral instantánea. Al mismo tiempo, es importante recordar que, de nuevo, una realidad real, objetiva y material se expresa de forma distorsionada en estas imágenes negativas del «gorrón» y del vago. Para la inmensa mayoría de los trabajadores, aparte del compromiso de por vida con el «trabajo duro», no hay absolutamente ninguna otra vía para conseguir un grado mínimo de seguridad y confort material. Hay que recordar que este sentimiento de que «todo el mundo debería ganarse trabajando lo que tiene» también conforma los sentimientos de la clase trabajadora sobre los muy ricos, o los que viven de rentas no ganadas, o acumulan grandes propiedades, o sobre la distribución desigual de la riqueza. Hay pruebas de que lo que a veces se llama una «aceptación pragmática» de la actual distribución desigual de la riqueza va acompañada de un sentimiento igualmente fuerte de que hay algo intrínsecamente malo y explotador en ella. Así pues, los sentimientos derivados del «cálculo del trabajo» imperante tienen también su aspecto progresista,⁴ aunque a menudo se utilicen para apuntalar actitudes de raíz conservadora hacia todos los que lo transgreden.

⁴ Véase Westergaard, «Some Aspects of the Study of Modern Political Society...»; H. Moorhouse y C. Chamberlain, «Lowerclass Attitudes to Property: Aspects of the Counter Ideology», *Sociology*, núm. 8(3), 1974.

Otra imagen social con especial importancia para las ideologías públicas de la delincuencia tiene que ver con la necesidad de la *disciplina* social y con Inglaterra como sociedad disciplinada. Una vez más, existen diferentes versiones de esta idea social tan general entre las distintas culturas de clase; la idea se interpreta y aplica de forma diferente dentro de los distintos sistemas culturales de significado, aunque conserva suficientes elementos comunes como para que parezca tener una validez más universal. La idea de una «sociedad disciplinada» está consagrada en la mitología popular: la nación entera «en oración» fue sustituida hace tiempo por la nación entera en una fila ordenada. Es especialmente fuerte en aquellos momentos álgidos de la historia popular, como en «la Guerra», en la que un país de individuos libres «se unió» para derrotar al enemigo. La «disciplina» de la sociedad inglesa no es la tiranía rigurosamente organizada del Estado burocrático o reglamentado, sino esa «autodisciplina», flexible pero tenaz, que mantiene a la nación unida desde dentro cuando está bajo tensión. En la ideología inglesa, la «disciplina» está siempre vinculada y matizada por una tendencia opuesta que atempera su dureza autoritaria: en las clases altas, por las ideas de disciplina y anarquismo (como se caricaturiza, por ejemplo, en los papeles interpretados por John Cleese en la serie cómica televisiva *Monty Python's Flying Circus*). En una escala social más baja, la disciplina suele matizarse con la imagen de una especie de «anarquía» pequeñoburguesa (como, por ejemplo, en las comedias de la Ealing de la posguerra o en *Dad's Army*). Sin embargo, la capacidad de la mitología popular para contrarrestar o matizar de esta manera el respeto a la «disciplina social» no significa que no sea un sentimiento fuerte, solo que se perpetúa, como tantos otros valores sociales tradicionales, de una manera peculiarmente británica y con un muy particular sentido inglés de la ironía.

Sin embargo, la apelación a la «disciplina» tiene raíces muy diferentes en las distintas culturas de clase. En el contexto de la clase media, significa o incluye la autosuficiencia, el hacerse a sí mismo, el autocontrol, sacrificarse por objetivos a largo plazo y la lucha competitiva, que es la única que produce recompensas para el individuo y su familia. En términos más generales, significa la deferencia disciplinada a la *autoridad*, la expectativa de obediencia de aquellos sobre los que se ejerce la autoridad, el desempeño *responsable* de esa autoridad, etc. La disciplina tiene un significado diferente entre muchas personas de clase trabajadora, donde tiene más que ver con la práctica del ahorro —el apañarse— frente a la adversidad, los sacrificios necesarios para mantener la naturaleza colectiva de la vida social y los esfuerzos organizados contra las adversidades. Por lo tanto, la transgresión de la idea de disciplina tiene un significado diferente en estos distintos contextos de clase.

La idea tradicional de disciplina social está estrechamente vinculada, por un lado, a las nociones de *jerarquía* y *autoridad*. Según la visión dominante, la sociedad es jerárquica por naturaleza. El éxito competitivo puede hacer ascender a los individuos a través de esta jerarquía, pero no destruye la noción de un orden jerárquico en sí mismo. Pero la jerarquía depende, a su vez, de la concesión y de la toma de autoridad. Y el ejercicio de la autoridad, tanto por parte de los que la ejercen como de los que la obedecen, requiere disciplina. Esta trinidad —la naturaleza jerárquica de la sociedad, la importancia de la autoridad y la aclimatación del pueblo a ambas mediante la autodisciplina— forma un complejo de actitudes central. En esta versión de la imagen social dominante, la indisciplina se considera una amenaza tanto para la concepción jerárquica del orden social como para el ejercicio de la «debida autoridad» y la deferencia; es, por lo tanto, el inicio, el semillero, de la anarquía social. (El incumplimiento de los códigos de conducta y solidaridad tradicionalmente sancionados por la clase obrera amenaza, por otra parte, no al orden social en sí, sino al orden *local*—de clase, de barrio, de familia, de grupo— generado desde abajo por las definiciones «subculturales» de la conducta correcta). De ahí que, en el uso tradicionalista, la «juventud» pueda ser condenada tanto por su falta de respeto como por su delincuencia; pues mientras esta última constituye una infracción de las normas, la primera levanta el cemento proporcionado por la autoridad y la deferencia, que vincula a la juventud rebelde con el orden social. Hay que subrayar aquí que, contrariamente a la idea muy difundida de que grandes sectores de las clases populares son diferentes con la autoridad en todos sus detalles sociales concretos, la adscripción a un orden social jerárquico que conlleva la idea dominante de la disciplina social es bastante *abstracta*, contraria a la experiencia real y, por lo tanto, entre la población obrera está plagada de sentimientos contradictorios. Un estudio sobre el tradicionalismo y el conservadurismo en las culturas políticas inglesas llega a la conclusión nada inesperada de que:

Por un lado, existe un consenso en todas las clases y grupos de partidos sobre los valores, las élites y las instituciones dominantes a nivel simbólico [...] por otro lado, la afición y el disenso son especialmente marcados en las clases subalternas que [...] tienen actitudes confusas y ambivalentes hacia el orden social, económico y político dominante.⁵

⁵ R. Jessop, *Traditionalism, Conservatism and British Political Culture*, Londres, Allen & Unwin, 1974; véase también J. Westergaard, «The Rediscovery of the Cash Nexus» en R. Miliband y J. Saville (eds.), *Socialist Register 1970*, Londres, Merlin Press, 1970; véase H. F. Moorhouse, «The Political Incorporation of the British Working Class: An Introduction», *Sociology*, núm. 7(3), 1973, pp. 314-359; y Moorhouse y Chamberlain, «Lowerclass Attitudes to Property...».

(La disciplina de la organización, la lucha y la defensa de la clase obrera tiene, por supuesto, raíces muy diferentes. Se *enfrenta a* esta definición tradicionalista de «disciplina social».)

La otra cara de la «disciplina social» es quizás más relevante para los sentimientos públicos tradicionalistas sobre la delincuencia. Se trata del hecho de que en la cultura inglesa las formas preferidas de disciplina están todas *internalizadas*: son formas de *autodisciplina*, de *autocontrol*. Dependen de todas aquellas instituciones y procesos que establecen los mecanismos internos de autorregulación del control: la culpa, la conciencia, la obediencia y el superego. El ejercicio de la autodisciplina dentro de esta perspectiva tiene tanto que ver con el control *emocional* (y, por lo tanto, con la represión sexual, el tabú del placer, la regulación de los sentimientos) como con el control *social* (la asunción de la «moral» de la sociedad, la preparación para el trabajo y la vida productiva, el aplazamiento de las gratificaciones al servicio del ahorro y la acumulación). De ello se desprende que los tres grupos de imágenes sociales que hemos analizado hasta ahora —*respetabilidad, trabajo y disciplina*— están inextricablemente conectados con la cuarta imagen: la de la *familia*.

En el léxico tradicionalista, la esfera de la *familia* es, por supuesto, donde se generan las compulsiones morales-sociales y los controles internos, así como la esfera en la que se lleva a cabo, de forma reveladora e íntima, la socialización primaria de los jóvenes. El primer aspecto tiene que ver con la represión y regulación de la sexualidad —la sede del placer— en el nexo familiar, y por lo tanto con la autoridad. El segundo tiene que ver con el poder que tiene la familia, a través de sus íntimos intercambios de amor y cólera, castigo y recompensa, y la estructura del patriarcado, para preparar a los niños para una existencia competitiva, el trabajo y la división sexual del trabajo. También la familia presenta una imagen social compleja; se pueden encontrar diferentes formas, funciones y hábitos en las distintas clases sociales. Así, las estructuras de identidad y represión sexual dentro de la familia de clase trabajadora, aunque en algunos aspectos reproducen las estructuras dominantes de los roles sexuales en la organización de la familia, también están profundamente moldeadas por las experiencias materiales de la clase: por la construcción de prácticas y por una definición de la «masculinidad», del trabajo y de los valores masculinos en el mundo de la producción que se transponen a la organización sexual de la familia. Del mismo modo, la concepción aparentemente interclasista de la familia como «refugio» tiene un peso y una intensidad particulares cuando el mundo del que la familia es un «refugio» es la experiencia diaria de la explotación de clase en la producción y el trabajo. Pero el «sentido de la familia» constituye un valor fuerte en tanto es una institución social absolutamente crucial. Pocos negarían su papel central en la construcción

de las identidades sociales y en la transmisión, a un nivel extremadamente profundo, de la trama ideológica básica de la sociedad. No cabe duda de que la ideología familiar está también cambiando; hemos aprendido a pensar en la familia, en términos más positivos y menos punitivos. Pero, a la hora de la verdad, la *imagen* dominante de la familia —quizás en todas las clases— sigue teniendo más que ver con el deber de inculcar una comprensión básica de lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer, que con el de proporcionar un marco de apoyo y liberación mutuos. El amor es lo que esperamos y rezamos para que surja de la familia, pero disciplinar, castigar, recompensar y controlar es lo que parece que hacemos realmente en ella la mayor parte del tiempo. Reich,⁶ con cierta razón, la llamó «fábrica de crear personas sumisas». Y, como vemos cada vez más, las imágenes fundamentales de la autoridad, el poder y la disciplina, junto con los orígenes primarios de lo que Giles Playfair llama «la obsesión punitiva»,⁷ se experimentan e interiorizan *primero* dentro de su pequeño reino. La alineación de lo sexual y lo social —tarea fundamental de la familia— es justamente la homología de estructuras que crean dentro de nosotros esos *repertorios* de autodisciplina y autocontrol por los que, más tarde, el mundo en general estará tan agradecido. No es de extrañar, pues, que los temores y el pánico a la ruptura de la disciplina social —de la que la delincuencia es uno de los índices más potentes— se centren en la indisciplina de la «juventud», de «los jóvenes», y en aquellas instituciones cuya tarea es ayudarles a interiorizar la disciplina social: la escuela pero, sobre todo, la familia.

La siguiente imagen es bastante diferente, pero igualmente significativa en relación con la delincuencia. Es la imagen de la *ciudad*. La ciudad es, sobre todo, la encarnación concreta de los logros de la civilización industrial, tanto por su encarnación de la riqueza como por la concentración de las fuentes de riqueza, pero también por su historia, la conquista de las amenazas de la ciudad en el siglo XIX: las amenazas de la enfermedad, la falta de higiene, la delincuencia y la agitación política.⁸ El «estado de la ciudad» es, en cierto modo, la «marca del crecimiento» de la civilización; encarna nuestro nivel de civilización y el grado de éxito en mantener ese nivel de logro. Sin embargo, esta imagen no conecta con la experiencia de la clase obrera a este nivel general, no es la idea o el ideal de la ciudad lo que la clase obrera capta y comprende. La experiencia de la clase obrera con la ciudad está más segmentada, se lleva a cabo en vínculos y conexiones *locales* específicas y concretas. En su sentido más amplio, se trata de una identificación con una ciudad concreta y sus propias características distintivas («Es

⁶ Reich, *The Mass Psychology of Fascism...*

⁷ G. Playfair, *The Punitive Obsession*, Londres, Gollancz, 1971.

⁸ Véase G. Pearson, *The Deviant Imagination*, Londres, Macmillan, 1975; y L. Chevalier, *Labouring Classes and Dangerous Classes*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1973.

de Sheffield, es de Sheffield, brazos fuertes y cabeza débil»). Está arraigada en formas particulares de desarrollo industrial, en logros locales concretos, tanto de trabajo como de ocio. Sin embargo, esta conexión con la ciudad se refleja en las pautas y organizaciones de lugares específicos dentro de la ciudad: las pautas sociales y económicas de un barrio obrero concreto, con sus tradiciones específicas, sus miembros y sus límites definidos. Es el lugar donde la gente vive, habla, juega, compra y a veces trabaja; es su «parte» de la ciudad, a la que la gente está concreta y directamente vinculada. La experiencia de la clase trabajadora es fundamentalmente *parroquial* en este sentido. La relación efectiva entre la delincuencia y la ciudad no es *percibida* por la clase trabajadora en el nivel de una ola de robos en tiendas, asaltos a bancos y una racha de robos en los suburbios. Solo se produce con la invasión del sentido de su «espacio» y de sus patrones aparentemente eternos por parte de las formas «públicas» de delincuencia. Sin embargo, en el periodo que nos ocupa, el registro de la delincuencia en estas zonas es profundamente efectivo porque el delito *coincide* con otras experiencias de dislocación, declive y socavamiento de esos patrones locales de organización material y social, la desestabilización de su propio y complejo sistema interno de ordenación social. Volveremos sobre esta cuestión más adelante, cuando tratemos la «angustia social».

Sin embargo, estos vínculos locales concretos proporcionan el material a partir del cual la clase obrera puede conectarse con la ciudad. Los logros productivos y políticos de esa clase a menudo se han movilizado dentro de la ciudad en forma de «orgullo cívico», por ejemplo, en la calidad de la «artesanía» en determinadas industrias (construcción naval, fabricación de paños, producción de acero, etc.), en el desarrollo del «socialismo municipal» y en la construcción de instalaciones y servicios públicos (cuyo monumento en las ciudades del norte son las maravillas arquitectónicas de los ayuntamientos). Del mismo modo, esas lealtades locales también se han movilizado en alianzas locales entre clases a través de la oferta de ocio, más obviamente en la organización de clubes de fútbol por parte de la burguesía local para las masas de la clase trabajadora. En este sentido, ha habido alianzas provisionales y contingentes entre las clases con la ciudad como fuente de identidad local.

Por encima de estas imágenes sociales, reunificándolas, está la única imagen de la totalidad que a veces parece haber logrado algo parecido a una moneda universal: la de *Inglaterra*. Hay tantas «ideas de Inglaterra» como clases y culturas regionales, pero conviene hablar aquí de dos facetas dominantes. La primera es interna: se refiere a todas las cosas que se entiende que los ingleses «hacen bien», esas cualidades nacionales intrínsecas que antaño «nos han hecho salir adelante» y que lo harán de nuevo. Orwell ha mencionado muchas de ellas: son fortalezas y virtudes nacionales fundamentales,

y por «fundamentales» queremos decir que se perciben como lo que la *mayoría* de la gente es en realidad por *dentro*. Los signos obvios de que los ingleses pueden ser de otra manera, el reconocimiento de los defectos, las limitaciones y las debilidades no tocan este núcleo: «por debajo de todo eso» los ingleses son fundamentalmente decentes; «básicamente», son un pueblo tolerante y moderado; «en última instancia», la mayoría de la gente «ve el sentido común», se enfrenta a las realidades, se inclina por la línea práctica, de sentido común. Cada uno de los valores se basa en esta referencia a lo que es *en última instancia* la verdad de la cultura, por detrás de todas las apariencias superficiales de lo contrario. Se trata de una imagen de la cultura y de la nación que solo es cierta «en última instancia». Los ingleses pueden ser estúpidos, testarudos, insensibles, negarse a enfrentarse a la realidad, ser obstinadamente individualistas, pero «en última instancia» la gente se compromete, o «se une», o se organiza si es necesario. Estas cualidades se muestran reacias a mostrarse al principio: solo emergen «al final». Por eso son más evidentes durante una crisis, en plena guerra, frente a la derrota, o en cualquier otro momento similar. En tiempos normales, observó Orwell, «la clase dominante robará, gestionará mal, saboteará, nos llevará al fango». Sin embargo, «la nación está unida por una cadena invisible» y «en cualquier cálculo sobre ella hay que tener en cuenta su unidad emocional, la tendencia de casi todos sus habitantes a sentir lo mismo y a actuar juntos en momentos de crisis suprema».⁹ Se trata de un cúmulo de sentimientos patrióticos extremadamente poderoso, que se alimenta de un sentido y una devoción real por todos los diversos aspectos de la localidad, el barrio y la región, que precisamente dan a esta imagen «nacional» más bien nebulosa su rico y diverso contenido real, así como su valor.

El segundo aspecto de «Inglaterra», sin embargo, es externo. Se forja en relación con la superioridad de los ingleses sobre todas las demás naciones de la faz del planeta. Se trata básicamente de una imagen imperial: sus mitos y su poder ideológico están arraigados en las políticas y justificaciones populistas del céñit del imperialismo británico; ha alimentado siglos de colonización, conquista y dominación global. Está presente en el derecho divino del inglés a conquistar pueblos «bárbaros», un derecho que luego se redefine, no como un imperialismo económico agresivo, sino como una «carga civilizadora». El Imperio, respaldado por la supremacía militar, naval y económica, contribuyó a formar la creencia de que los ingleses poseían cualidades especiales como pueblo que les protegían de la derrota militar y mantenían la independencia y seguridad del país. La experiencia del

^⁹ G. Orwell, «The Lion and the Unicorn» en *Collected Essays, Journalism and Letters*, vol. 2, Harmondsworth, Penguin, 1970 [ed. cast.: *El león y el unicornio y otros ensayos*, Miguel Martínez-Lage (trad.), Madrid, Turner, 2006]; véase el desarrollo del argumento en relación con la guerra en S. Hall, «The Social Eye of Picture Post», *Working Papers in Cultural Studies No. 2*, C.C.C.S., University of Birmingham, primavera de 1972.

Imperio tiene sus propios efectos, largos y complejos, sobre la clase obrera inglesa. El principal de ellos es la creación de una superioridad material e ideológica de esa clase sobre las fuerzas laborales «nativas» a través del establecimiento de la dominación imperial, lo que convierte a la clase obrera inglesa en lo que Marx y Engels denominaron «un proletariado burgués». Esta superioridad está complejamente entrelazada con la experiencia de la competencia entre la clase obrera metropolitana y la «mano de obra barata» de las economías periféricas (por ejemplo, en las industrias del algodón y el textil). Esta experiencia de competencia se intensificó, por supuesto, con la *internalización parcial de la «mano de obra barata» de la periferia* durante la expansión del capitalismo inglés en la posguerra y su dependencia de la mano de obra inmigrante. La asunción de la superioridad sobre todos los demás pueblos es a menudo silenciosa y tácita, pero en gran medida incuestionable; y aunque es especialmente fuerte con respecto de los antiguos «nativos» —pueblos colonizados o esclavizados, especialmente si son negros— incluye también a los «wops (mediterráneos)», «froggies (franceses)», «paddies (irlandeses)», «eye-ties (italiano)» y «yanks (estadounidenses)», que, por supuesto, son buenos en muchas cosas, pero se puede demostrar que carecen justo de esa combinación de cualidades que hacen de los ingleses lo que son. Dentro de la «idea de Inglaterra» se encuentra así un compromiso con lo que Gran Bretaña ha demostrado ser capaz de hacer históricamente, al igual que un compromiso más corriente con la «forma inglesa de hacer las cosas». Los sentimientos hacia la bandera, la Familia Real y el Imperio pertenecen a esta categoría, aunque —como hemos señalado antes— no se trata de un compromiso inquebrantable con estas instituciones en su forma actual, ni con los principios abstractos que encarnan —por ejemplo, el «Estado de derecho»—; se trata más bien de una vaga imagen de la corrección, del «juego limpio» y la sensatez del estilo británico, por ejemplo, del «sistema de justicia» británico (incluyendo la fe casi total en la honestidad e incorruptibilidad de la única policía desarmada que queda en el mundo civilizado desarrollado).

La última imagen que debemos tratar aquí es la de *la ley*. La hemos dejado para el final porque la ley es la imagen más profundamente ambigua de estas imágenes de conexión, y porque (contradictoriamente) la ley es lo que se invoca en defensa de estas imágenes «en última instancia». La ley aparece como la única defensa institucionalmente poderosa de los otros aspectos del carácter inglés. Estos aspectos se autorregulan de forma preeminente; dependen de las prácticas mutuamente respetuosas de los «hombres razonables». Pero cuando los hombres se vuelven «irracionales», cuando la estabilidad de ese libre ordenamiento se desquicia, la ley es la única barrera entre la «libertad» (en su forma particular inglesa) y la «anarquía»; es el único recurso para los «hombres razonables». La relación

de la clase trabajadora con la ley es extremadamente compleja e implica formas particulares de conexión y desconexión. Se refleja en la paradoja de la coexistencia de dos imágenes de la policía: el atractivo de la imagen del «policía de guardia» y la fuerte sensación de que «todos los policías son unos cabrones». Para entender esta relación contradictoria, debemos observar cómo la ley se articula con el sentido de un cierto «código de conducta» de la clase trabajadora. Este código fundamental de comportamiento respetable y aceptable por y para los miembros de una «comunidad» tiene un contenido que no es exactamente paralelo al de la ley. Por ejemplo, la definición formal de robo tiene una forma diferente en este código: se hacen distinciones sobre la naturaleza del robo según su víctima. Los robos en el trabajo y los «chanchullos» tienen una aceptabilidad que no les concedería la ley: se consideran parte integrante del reequilibrio económico. En cambio, el robo «interno» dentro del círculo constitutivo de amigos, parientes y vecinos constituye una infracción fundamental del código; rompe las relaciones concretas de apoyo mutuo. Del mismo modo, algunas formas de violencia se han considerado normales (después de las copas del sábado por la noche) o «privadas» (violencia doméstica) y no se consideran un asunto propio de la ley; mientras que otras, como la violencia «no provocada» o «innecesaria» (sobre todo cuando es perpetrada por «extranjeros»), se consideran infracciones del espacio social de la comunidad. Del mismo modo, algunos miembros de la localidad son víctimas adecuadas (por sus relaciones concretas —marido / mujer— o por su capacidad de respuesta —hombres jóvenes—), mientras que la violencia ejercida sobre otros (por ejemplo, las ancianas) parece «sin sentido» porque queda fuera de la matriz organizativa del código.

La ley, por lo tanto, tiene una relación específica y muy compleja con este código. Tiene un papel que desempeñar y se la puede convocar contra las infracciones del código; pero la interferencia en las prácticas reivindicadas por el código es propio de «entrometidos». Así, la ley aparece a la vez como un apoyo necesario del código (cuando este no puede mantenerse mediante el control interno) y como una irracionalidad innecesaria y externa.¹⁰ Sin embargo, cuando este código y sus condiciones materiales se ven socavados —y ya no pueden mantenerse internamente— se recurre a la ley para regularlo. Su conexión con el código se vuelve más significativa que su desconexión. La ley, entonces, puede ser utilizada como *movilizadora* cuando se convierte en la única fuerza institucional capaz de mantener las condiciones de ese «modo de vida»; parece entonces asegurar esos otros hábitos e imágenes sociales más personalizados, por lo que puede ser convocada para proteger esas condiciones.

¹⁰ Véase, por ejemplo, B. Jackson, *Working Class Community*, Harmondsworth, Penguin, 1968, en el capítulo titulado «Riot».

En el plano de la ley, y de su negativo, el delito, es donde la ideología conservadora puede aprovechar con más fuerza las ambigüedades de la experiencia de la clase subalterna. La proclamación de que la ley está abierta a todos, independientemente de su posición, constituye una promesa de defender los intereses de todos los miembros de la sociedad contra el delincuente, sin importar lo grande o pequeño que sea el asunto. La vida y la propiedad —sean de quien sean— serán protegidas. Esta igualdad de protección conecta con la experiencia de la clase trabajadora, ya que son ellos los que se llevan la peor parte de la mayoría de los delitos contra la propiedad. *Ciertos tipos de delitos* son un problema real y objetivo para los trabajadores que intentan llevar una vida normal y respetable. Si la delincuencia callejera aumenta, será principalmente en *sus* calles. Tienen un interés real en defender los pocos bienes y la seguridad que han conseguido acumular contra la amenaza de la pobreza y el desempleo. La delincuencia amenaza el limitado abanico de bienes culturales que hacen que la vida merezca la pena ser vivida con una cierta autoestima. La exigencia de que se controle la delincuencia —que la gente sea libre de pasearse sin ser molestada; que, puesto que la propiedad de los ricos y poderosos está constante y sofisticadamente protegida, no hay razón para que en una «sociedad justa» la propiedad de los pobres esté expuesta al robo y al vandalismo— no es, desde este punto de vista, irracional. Esta actitud «tradicionalista» ante el delito tiene su base real y objetiva en la situación material y en la posición cultural de las clases subalternas:

Los miembros de la clase trabajadora también tienen un interés considerable en el concepto (y en la obtención) de la justicia social; quieren una retribución justa por su trabajo, y se oponen a quienes obtienen dinero fácil parasitando el trabajo de otros. La ideología burguesa juega con este miedo genuino, argumentando que todos serán recompensados según su utilidad y mérito, y que quienes hagan trampa en estas reglas serán castigados. De este modo, la ideología aspira a ser aceptada como un interés universal, aunque, en realidad, oculta los rampantes intereses particulares de las clases dominantes, tal y como se muestran en sus aspectos legales e ilegales.¹¹

Por supuesto, si la delincuencia pudiera controlarse de verdad y todos pudieran ser libres de hacer sus cosas, la «libertad» que esta ley imparcial proporcionaría a los trabajadores sería la libertad de seguir siendo pobres y explotados. La ley no tiene que «retorcerse» para facilitar la reproducción de las relaciones de clase (aunque en ocasiones pueda hacerlo). Lo consigue a través de su funcionamiento normal y rutinario como estructura

¹¹ J. Young, «Working Class Criminology» en I. Taylor, P. Walton y J. Young (eds.), *Critical Criminology*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1975.

«imparcial» del Estado. Pero esta visión a largo plazo del papel del Estado como «Estado de clase» es difícil de conciliar con la visión a corto plazo de que no se debe arrebatar a los pobres lo poco que poseen. La ideología de la ley explota y funciona dentro de esta misma brecha: produciendo, por un lado, un reconocimiento erróneo en la clase obrera de sus contradicciones de interés, y, por otro lado, sirviendo para dividir y separar entre sí a ciertas secciones de la clase obrera.

Las imágenes de la sociedad no tienen por qué ser menos poderosas porque sean imprecisas, ambiguas o elusivas. No pretendemos que el esbozo de una «ideología inglesa» tradicionalista que hemos ofrecido más arriba sea exhaustivo; pero sí defenderíamos la necesidad de un «mapa» de este tipo a la hora de considerar cómo la imaginación popular «piensa» el problema de la delincuencia. Por supuesto, lo hemos abordado desde lo que podría parecer un ángulo inusual: hemos intentado describir algunos de los grupos de imágenes que se erigen como representaciones colectivas del orden contra las que se contraponen las imágenes del delito y del delinquente.

Cada uno de los temas que hemos tocado dentro de esta versión tradicionalista de la «ideología inglesa» *organiza* el delito dentro de ella. Cada uno de ellos conecta con el delito, lo identifica y lo inserta en un discurso sobre la normalidad, lo correcto y su inverso. La delincuencia afecta tanto a las condiciones materiales en las que se vive la vida como a su apropiación en las representaciones ideológicas de esa vida. Dada la profundidad y amplitud de estas conexiones, la delincuencia parece estar insertada en el centro mismo de esta concepción del «carácter inglés»: tiene un papel crucial de división y definición dentro de esa ideología. Esta compleja centralidad de la delincuencia confiere a la «delincuencia como cuestión pública» una poderosa fuerza movilizadora: se puede conseguir apoyo para una campaña contra ella, no presentándola como una cuestión abstracta, sino como una fuerza tangible que amenaza las estabilidades complejamente equilibradas que representan el «modo de vida inglés». A través de esta ideología, la delincuencia se presenta como el «mal», que es el reverso de la «normalidad» del «carácter inglés», y un «mal» que, si no se controla, puede pudrir el orden estable de la normalidad. La reacción al delito, por lo tanto, está muy arrraigada, tanto material como ideológicamente. Esta combinación es extremadamente poderosa y, para las clases dominantes, extremadamente fructífera. La delincuencia permite a todos los «hombres buenos y verdaderos» levantarse y ser reclutados —al menos metafóricamente— para la defensa de la normalidad, la estabilidad y «nuestro modo de vida». Permite la construcción de una falsa unidad a partir de las muy diferentes condiciones sociales en las que se vive esta «forma de vida» y en las que se experimenta el delito.

Las raíces de la visión tradicionalista del mundo: el sentido común

Pasamos ahora a un tema que solo se ha tocado ligeramente hasta aquí. Se trata de la fuerza de apelación al «sentido común» y a la experiencia personal que hemos observado en las cartas. Se trata de un tema que desempeña un doble papel y, por lo tanto, lo consideramos aquí por separado. Para evitar confusiones, debemos indicar en qué consiste, a nuestro juicio, la «duplicidad» de este sentido común vivencial. En primer lugar, es una parte específica de la «ideología inglesa» tradicional, como describiremos a continuación; pero también es la *forma* en la que se lleva esa ideología. Esa «forma de vida» se experimenta y se expresa como algo «natural»: «así son las cosas», «es de sentido común».

Hay poderosas razones históricas por las que esta apelación a lo práctico y a lo concreto desempeña un papel tan importante en la «ideología inglesa». Casi todos los que han escrito sobre el desarrollo de la ideología de la clase dominante inglesa están de acuerdo en que esta se organiza centralmente en torno a los «empirismos».¹² La mentalidad empírica es una de las «peculiaridades de los ingleses». La compleja herencia social y política de un capitalismo agrario, desarrollado antes de la aparición del capitalismo industrial, y las alianzas políticas entre el capital industrial y los representantes políticos terratenientes produjeron una ideología de la clase dominante que es peculiarmente «empírica». Anderson definió esta «fusión» de la siguiente manera:

La hegemonía del bloque dominante en Inglaterra no se articula en ninguna ideología principal sistemática, sino que se difunde en un miasma de prejuicios y tabúes comunes. Los dos grandes elementos químicos de esta niebla inglesa son el «tradicionalismo» y el «empirismo»: en ella la visibilidad —de cualquier realidad social o histórica— es siempre nula. El tradicionalismo fue el lenguaje ideológico natural de la clase terrateniente tan pronto como su puro monopolio del poder político fue desafiado [...]. El empirismo transcribe fielmente el carácter fragmentado, incompleto de la experiencia histórica de la burguesía inglesa. Tradicionalismo y empirismo se funden a partir de ahora

¹² Véase P. Anderson, «Origins of the Present Crisis», *New Left Review*, núm. 23, 1964; reimpreso en P. Anderson y R. Blackburn (eds.), *Towards Socialism*, Londres, Fontana, 1965; T. Nairn, «The British Political Elite», *New Left Review*, núm. 23, 1964; T. Nairn, «The English Working Class», *New Left Review*, núm. 24, 1964; reimpreso en R. Blackburn (ed.), *Ideology in Social Science: Readings in Critical Social Theory*, Londres, Fontana, 1972; E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, ed. rev., Harmondsworth, Penguin, 1968 [ed. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Elena Grau y Jorge Cano (trad.), Madrid, Capitán Swing, 2012]; R. B. Johnson, «Barrington Moore, Perry Anderson and English Social Development», *Working Papers in Cultural Studies No. 9*, C.C.C.S., University of Birmingham, 1976; E. P. Thompson, «The Peculiarities of the English» en R. Miliband y J. M. (eds.), *Socialist Register 1965*, Londres, Merlin Press, 1965.

como un único sistema de legitimación: el tradicionalismo sanciona el presente derivándolo del pasado, el empirismo encadena el futuro remachándolo al presente.

Marx sitúa el empirismo del pensamiento inglés de una manera conectada pero ligeramente diferente a la observación, un tanto despectiva, de Anderson acerca de la falta de desarrollo de la burguesía inglesa. En cambio, considera que se produce en función de sus logros *prácticos*. Marx reprende a Bentham —el perfeccionador de la filosofía utilitarista— por ser «el genio en el modo de la estupidez burguesa». Sin embargo, añade que «en su forma ávida y simple [Bentham] asume que la pequeña burguesía moderna, sobre todo el pequeño burgués inglés moderno, es el hombre normal». Lo que Marx quiere decir aquí es que el utilitarismo, incluso en su lúgubre forma benthamiana, estaba ya normalizado, naturalizado y universalizado en Inglaterra como hábito de pensamiento, no porque fuera un sistema teórico profundo, sino porque reflejaba su existencia generalizada en la práctica diaria; reflejaba como «natural» la experiencia diaria de la vida bajo un consumado sistema de relaciones capitalista. Marx señala cómo ciertas ideas y formas seminales de pensar se han sedimentado tanto en la *práctica social* que han llegado a definir toda la textura y el *ethos* de las ideas inglesas. Se han «dado por sentado» porque están masivamente presentes en nuestra experiencia. Marx capta esta peculiar combinación de desarrollo material y atraso intelectual inglés mediante una comparación con su opuesto, con la sofisticación teórica y el atraso económico de Alemania: «Si un inglés transforma hombres en sombreros, el alemán transforma sombreros en ideas».¹³ El «sentido común» inglés, por lo tanto, refleja en cierto sentido el establecimiento real y práctico de un orden «natural» de la sociedad: la sociedad burguesa. Podemos rastrear la eficacia de esta referencia a lo concreto, al orden «natural» de las cosas, volviendo sobre algunos de los elementos que hallamos cuando nos encontramos por primera vez con la expresión pública de la opinión de los legos sobre el «atraco»: en las secciones de «cartas al director» de la prensa nacional y provincial, así como en las cartas insultantes. Uno de los argumentos más contundentes desplegados en las cartas era la apelación privilegiada que la gente común hacía a la *experiencia personal* cotidiana, la referencia a *casos concretos*. Aunque estas apelaciones retóricas se encontraban tanto en quien llamamos el redactor de cartas «progresista» como en el «tradicionalista», estaban mucho más extendidas y tenían mucha más convicción cuando se movilizaban bajo la bandera de una visión del mundo tradicionalista. Ahora bien, la referencia a la experiencia personal y a los casos concretos puede parecer, a primera vista, algo que no requiere más explicación. Al fin y al cabo, quienes realmente tienen experiencia de un problema social

¹³ K. Marx, *Poverty of Philosophy*, Moscú, Editorial de Lenguas Extranjeras, 1956, p. 115 [ed. cast.: *La miseria de la filosofía*, Siglo XXI, 1987].

de primera mano tienen algo original que decir —algo desde un punto de vista interno— sobre las cuestiones sociales. En el discurso público, dominado por el experto y el sociólogo, la «experiencia personal» es a menudo la única reivindicación que el «hombre o la mujer de la calle» puede hacer. La tendencia a la generalización debe ser sensible —según los ingleses— a estos puntos de vista, inevitablemente más *particularizados*, ya que, de lo contrario, desdibujaría aspectos importantes de la cuestión con su mirada arrolladora. Los editores de las secciones de cartas valoran especialmente este tipo de testimonio personal, basado en la experiencia conocida y referido a pruebas concretas. Pero, de hecho, pocas de las cartas que hemos examinado son realmente *concretas* en este sentido. No entran en los detalles de la experiencia en la que se basan, por ejemplo, la de haber sido robado o «atracado». Se refieren a la experiencia personal, pero principalmente para dar más peso a sus opiniones. Así, la referencia a la experiencia suele ser indirecta: «Podría cambiar de opinión si él o un pariente cercano sufriera uno de estos ataques». O se invoca de forma oblicua, a través de la caracterización personal: firmado «Madre de clase trabajadora con tres hijos adolescentes».

La experiencia, en este caso, quiere decir algo específico: la experiencia primaria, no mediada por la teoría, la reflexión, la especulación, el argumento, etc. Se considera que es superior a otros tipos de argumentación porque está arraigada en la realidad: la experiencia es «real», la especulación y la teoría son «fantasiosas». A menudo, la referencia a la experiencia se utiliza exactamente de esta manera: «Deja de hablar y escucha a alguien que *realmente sabe*». Ann Dummett, hablando de esta impaciencia inglesa respecto de la teoría, así como su reverencia por la «experiencia sensorial», ha observado que los ingleses recuerdan a Sir Isaac Newton, no por el descubrimiento del cálculo, sino «porque le cayó una manzana en la cabeza mientras dormitaba en el calor del final del verano en un huerto». ¹⁴ Este ejemplo irónico sirve para recordar que la primacía de la experiencia y del pensamiento del sentido común es un pegamento que solidifica la cultura inglesa desde su nivel más exaltado hasta el más cotidiano y mundano. La filosofía, la epistemología y la psicología inglesas son todas, además, poderosamente *empiristas* en sus modos típicos. El privilegio del sentido común no es, por lo tanto, algo reservado a quienes se sitúan al margen de la cultura intelectual y que, por ello, pueden verse tentados a enfrentar la experiencia bruta con el razonamiento intelectual. El empirismo es una fuerza cultural tanto dentro como fuera de la cultura intelectual inglesa; de ahí la legitimidad que se le atribuye a la referencia a la experiencia empírica.

La apelación al sentido común también obtiene parte de su poder del antiintelectualismo inglés. Aunque no se trata en absoluto de un valor

¹⁴ A. Dummett, *Portrait of English Racism*, Harmondsworth, Penguin, 1973.

exclusivamente inglés, hay indicios que sugieren que es especialmente fuerte en la cultura inglesa. Es un valor que exalta el «sentido común» por encima de los intelectuales, los «teóricos». Los teóricos consideran la vida como una «tertulia»: nunca hacen nada. Son personas que «no saben realmente» lo que pasa en la vida real, que se desconciertan ante sus propias abstracciones, que argumentan de forma irrelevante para la vida de la gran mayoría y que además, proponen, desde esas alturas teóricas, explicaciones y políticas que no tienen en cuenta la experiencia de las masas. Esta sospecha hacia los «intelectuales» la encontramos también en muchas de nuestras cartas a la prensa y es un elemento estable en la retórica moralizante de la prensa popular. Tiene, por supuesto, su propio núcleo racional. Representa la respuesta de una clase social subordinada al sistema jerárquico de clases establecido y a la distribución social de los conocimientos «válidos» que acompañan a esa jerarquía (sobre todo a su marca del sistema educativo, los certificados, los aprobados en los exámenes, los diplomas, los títulos, etc.). Su «antiintelectualismo» es una respuesta de clase a esa distribución desigual del conocimiento: una respuesta de una clase que hace hincapié en el conocimiento práctico, en la experiencia de primera mano de *hacer cosas*, porque es la respuesta de la clase trabajadora. Este «antiintelectualismo» de la clase obrera es un ejemplo clásico de la propuesta de Poulantzas de que las clases subordinadas «suelen vivir su revuelta contra la dominación del sistema *dentro del marco de referencia de la legitimidad dominante*» (las cursivas son nuestras).¹⁵ Es una característica que define esa forma de conciencia que Lenin llamó en su día «conciencia sindical» y que otros escritores han definido como «laborista».¹⁶

Pero el «sentido común» tiene otras raíces más positivas en la sociedad y la cultura inglesas. En *The Uses of Literacy*, Richard Hoggart analizó detenidamente las fuentes de lo que denominó la estructura «nosotros / ellos» en la vida y la cultura de la clase trabajadora:

«Ellos» son «los de arriba», «los de arriba», los que te dan el paro, te llaman, te dicen que vayas a la guerra, te multan, te hacen dividir a la familia en la década de 1930 para evitar una reducción de la asignación del Means Test, «te pillan al final», «no son de fiar», «hablan de forma pija», «son unos retorcidos», «nunca te dicen nada», «te meten en el calabozo», «te hunden si pueden», «te citan», «están todos juntos», «te tratan como a una mierda».¹⁷

¹⁵ N. Poulantzas, *Political Power and Social Classes*, Londres, New Left Books, 1973, p. 223 [ed. org. *Pouvoir politique et classes sociales de l'état capitaliste*, París, Maspéro, 1968; ed. cast.: *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Florentino M. Torner (trad.), Buenos Aires, Siglo XXI, 1969].

¹⁶ Véase T. Nichols y P. Armstrong, *Workers Divided*, Londres, Fontana, 1976.

¹⁷ R. Hoggart, *The Uses of Literacy*, Harmondsworth, Penguin, 1958, pp. 72-73 [ed. cast.: *Los usos del alfabetismo*, Inga Pellisa (trad.), Madrid, Capitán Swing, 2022].

Por el contrario, «nosotros» significa el grupo, los que pertenecen, los que permanecen juntos, los que tienen que «arrimar el hombro» y soportar los buenos y los malos momentos, el barrio, la comunidad. En última instancia, es el sentido de una posición común y de una experiencia común lo que hace a «Nosotros» *una clase*, aunque sea una clase en el sentido *corporativo*, una comunidad defensiva que está atrapada en este contraste, no la clase que toma el poder o transforma toda la sociedad a su imagen: lo que Marx llamó «clase en sí».

Este tipo de *conciencia de clase corporativa* tiene rasgos positivos y negativos. De ella surge tanto la actitud de desacreditación, de «hacer burla» de la autoridad, como la actitud deferente. De ella surgen tanto las fuertes solidaridades de la cultura de la clase trabajadora como la tolerancia que a veces muestra hacia su propia contención: tanto sus enormes fuerzas colectivas como su voluntad de «vivir y dejar vivir», de «tomar las cosas como vienen». Hoggart también ha vinculado estrechamente esta estructura «nosotros/ellos» con lo que denomina «el mundo «real» de la gente, el mundo de «lo personal y lo concreto».

Aferrarse a un mundo tan claramente dividido en «Nosotros» y «Ellos» es, desde un punto de vista, parte de una característica general más importante de la perspectiva de la mayoría de la gente de la clase trabajadora. Enfrentarse al mundo de «Ellos» implica, en última instancia, todo tipo de cuestiones políticas y sociales, y conduce finalmente, más allá de la política y la filosofía social, a la metafísica. La cuestión de cómo nos enfrentamos a «Ellos» (sean quienes sean «Ellos») es, finalmente, la cuestión de cómo nos situamos en relación con todo lo que no forma parte visible e íntimamente de nuestro universo local. La división del mundo por parte de la clase obrera en «Nosotros» y «Ellos» es, por este lado, un síntoma de su dificultad para enfrentarse a cuestiones abstractas o generales. Han tenido poca o ninguna formación en el manejo de las ideas o en el análisis. Aquellos que muestran un talento para tales actividades han sido apartados cada vez más de su clase. Más importante que cualquiera de estas razones es el hecho de que la mayoría de la gente, de cualquier clase social, sencillamente no se va a interesar, en ningún momento, por las ideas generales; y en las clases trabajadoras esta mayoría se ceñirá a la tradición de su grupo; y esta es una tradición personal y local.¹⁸

El «sentido común» que se forma en este espacio histórico tiene una estructura propia, peculiar y densa. Hoggart señala la manera en que se *basa* en las relaciones, los entornos, las redes y los espacios concretos de la familia y el barrio de clase obrera (y, aunque le presta menos atención

¹⁸ Ibídem, p. 102.

de la que merece, del trabajo). Esta cultura produce «puntos de vista y opiniones» sobre asuntos generales y sobre el mundo, «pero estos puntos de vista suelen ser un conjunto de etiquetas en gran medida no examinadas y transmitidas oralmente, que consagran generalizaciones, prejuicios y medias verdades, y que son elevadas por la redacción epigramática a la categoría de máximas». ¹⁹

Sin embargo, el «sentido común» no es peculiarmente inglés *per se*, aunque la variante inglesa es, sin duda, particularmente específica y potente. Otros escritores se han ocupado del sentido común como una forma *recurrente* de conectar a las clases sociales subordinadas con la ideología dominante de una sociedad. En otro contexto, Gramsci observó que el sentido común es siempre «un agregado caótico de concepciones dispares, [...] fragmentario, [...] conforme a la posición social y cultural de aquellas masas cuya filosofía forma». ²⁰ Tiene fuertes vínculos, señaló Gramsci, con lo que Hoggart también denomina «religión primaria» —de nuevo debemos observar la nota fuertemente ética en algunas de las cartas comentadas—. Conecta con el destino y con un cierto patriotismo de raíz (de nuevo, muy diferente del patrioterismo de clase media). De manera fundamental (de nuevo muy distinta a cualquier noción abstracta de nuestra herencia nacional), el sentido común representa una «concepción popular tradicional del mundo», ²¹ una concepción formada en la más estrecha relación con la vida práctica y cotidiana.

Por lo tanto, aunque la estructura del sentido común suele estar directamente en contacto con la lucha práctica de la vida cotidiana de las masas populares, también está atravesada por elementos y creencias derivados de ideologías anteriores u otras más desarrolladas que *se* han *sedimentado* en ella. Como observa Nowell-Smith:

La clave del sentido común es que las ideas que encarna no son tanto incorrectas como no corregidas y dadas por sentadas. [...] El sentido común consiste en todas aquellas ideas que pueden ser etiquetadas en el conocimiento existente sin desafiarlo. No ofrece ningún criterio para determinar cómo son las cosas en la sociedad capitalista, sino tan solo un criterio de cómo encajan las cosas con las formas de ver el mundo que la fase actual de la sociedad de clases ha heredado de la anterior. ²²

El mundo delimitado por el «sentido común» es el mundo de las clases subalternas; es el centro de esa cultura subalterna que Gramsci, y otros

¹⁹ Ibídem, p. 103.

²⁰ Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks...*, pp. 419 y 421.

²¹ Ibídem.

²² G. Nowell-Smith, «Common Sense», *7 Days*, 3 de noviembre de 1971.

que le siguen, llaman «corporativa». ²³ Para las clases subalternas, las ideas dominantes tienden a equipararse con toda la estructura de ideas *como tal*. Esto no significa que los trabajadores «piensen» el mundo con las mismas ideas que las clases dominantes. El dominio de una clase sobre otra no significa que esta última desaparezca en la primera. Las culturas de las clases subordinadas mantienen su autonomía, mediante la lucha y el establecimiento de su propia cultura defensiva. Pero las ideas dominantes tienden a formar el límite exterior y el horizonte del pensamiento en una sociedad. Esto no es nunca una simple cuestión de subordinación *mental*. Las ideas dominantes se encarnan en el orden institucional dominante: las clases subordinadas están limitadas por estas relaciones dominantes. Así pues, tanto en la *acción* como en el pensamiento, están constantemente disciplinadas por ellas.

Parkin ha argumentado que lo que él denomina «sistemas de valores subordinados» reflejan las formas de vida y las condiciones materiales de existencia de las clases subordinadas;²⁴ pero dado que estas se experimentan y se piensan dentro del marco de las clases dominantes, representan, no alternativas coherentes, sino *negociaciones* de estas últimas. Las negociaciones, argumenta, producen una cultura que es *a la vez diferente y subordinada*: una cultura «corporativa», en contraste con una cultura «hegemónica». Una cultura corporativa suele surgir, por lo tanto, como una serie de negociaciones, cualificaciones, variantes situacionales limitadas *dentro de la cultura dominante* o como resultado de luchas parciales *contra* el barrido más «hegemónico» de la cultura dominante. Lo que la cultura subordinada «debe» al orden hegemónico no es una identificación positiva y agradecida, sino más bien una confirmación a regañadientes de su hegemonía, lo que se ha dado en llamar «aceptación pragmática».²⁵ La «aceptación pragmática» suele ser el resultado de la lucha de clases en el ámbito de las ideas, una lucha que aquí ha tomado la forma de una «tregua negociada». La diferencia entre las culturas «corporativa» y «hegemónica» suele surgir con mayor claridad en el contraste entre las *ideas generales* (que define la cultura hegemónica) y los juicios más contextualizados o *situados* (que seguirán reflejando su base material y social de oposición en la vida de las clases subalternas). Así, parece perfectamente «lógico» que algunos trabajadores estén de acuerdo en que «en la nación se está pagando demasiado» (general), pero que estén muy dispuestos a ir a la huelga para obtener mayores salarios (situado); o que los padres exijan que a los niños se les aplique más disciplina, pero se quejen cuando se golpea a

²³ Véase Anderson, «Origins of the Present Crisis...»; y Parkin, *Class Inequality and Political Order...*

²⁴ Parkin, *Class Inequality and Political Order...*

²⁵ Véase Moorhouse, «The Political Incorporation of the British Working Class...»

sus propios hijos. Los acuerdos asentados de una cultura subordinada son necesariamente contradictorios. La gente suele mantener contradicciones no conciliadas en su punto de vista, contradicciones expresadas en diferentes contextos. En este vínculo entre la opinión sobre la política nacional y la experiencia inmediata es donde surgen muchas de las contradicciones más evidentes». ²⁶ Lo importante no es solo que el pensamiento de sentido común sea contradictorio, sino que es fragmentario e incoherente precisamente porque lo que tiene de «común» es que no está sujeto a pruebas de coherencia interna y consistencia lógica. Lo importante son las disyuntivas de escala, posición y poder que reflejan estas incoherencias. Las «incoherencias lógicas» son a menudo el producto del grado de diferencia en la contextualización que permite que coexistan distintas culturas y subculturas de clase «estructuradas dentro de la dominación». Por lo tanto, el derecho a «hacer excepciones y matices» a la estructura de las ideas dominantes realmente ayuda a mantener intactas las ideas dominantes. Las ideas dominantes tienen un alcance más *inclusivo*: abarcan una porción más amplia de la realidad; explican y hacen referencia a cosas que tienen lugar en un plano más amplio, fuera de la «experiencia inmediata». Las ideas que surgen de la «experiencia inmediata», que están vinculadas a la situación o al contexto, aparecen entonces como meras excepciones, paréntesis, matices, *dentro de esta estructura de pensamiento más amplia*. De este modo, la posición dominante y subordinada de las diferentes clases se refracta a través de la relación entre estructuras de ideas dominantes y subordinadas.

Lo importante es que los juicios contextualizados, las «excepciones» a la regla general, no suelen dar lugar a contraideologías capaces de desafiar la hegemonía general de las «ideas dominantes», dando lugar a estrategias de lucha alternativas que tengan como objeto la transformación de la sociedad en su conjunto. El contenido de la experiencia social material que conforma los sistemas de valores subordinados es, de hecho, muy diferente del que se expresa en las «ideas dominantes». Pero esta diferencia estructurada se oculta y armoniza bajo la tutela del marco dominante. A través de esta complementariedad desigual es como se sostiene la hegemonía de las ideas dominantes *sobre* las subordinadas. Esta complementariedad es la base de las *alianzas interclasistas*, en las que las actitudes subordinadas se movilizan y se hacen activas en apoyo de intereses y actitudes que reflejan una realidad de clase muy diferente y antagónica.

Ann Dummett da un ejemplo trivial que demuestra eficazmente este punto. Para las clases medias, argumenta, el «té» de la tarde «significa [...] un tentempié ocioso e innecesario entre el almuerzo y la cena. Se toma alrededor de las cuatro; el pan y la mantequilla se cortan finos, y

²⁶ N. Harris, *Beliefs in Society*, Londres, Watts, 1968, p. 54.

no se comen, excepto si trata de una fiesta infantil, en el comedor o en la cocina». Pero el té, «para la mayoría de la población, es la comida de la tarde, que se toma hacia las cinco y media, cuando el padre vuelve del trabajo y ha tenido tiempo de lavarse y cambiarse de ropa». En este caso, «algo aceptado tanto aquí como en el extranjero como [...] característicamente inglés significa, de hecho, cosas muy diferentes para diferentes grupos de personas en Inglaterra».²⁷ Sin embargo, es el primer significado (minoritario) y no el segundo (mayoritario) de «té» el que se considera «característicamente inglés»; el primero y no el segundo tiene un lugar privilegiado en la mitología popular inglesa. Una práctica restringida a las clases medias altas inglesas ha pasado a representar algo universal para el conjunto de los ingleses: una costumbre de clase se ha convertido en «hegemónica». Las clases dominantes han aprendido «a dar a sus ideas una forma de universalidad y a representarlas como las únicas racionales y universalmente válidas».²⁸ Ahora podemos ver cómo, debido a su omnipresencia y cualidad hegemónica, esta estructura de «ideas dominantes» llega a equipararse simplemente con «cómo son las cosas» y, por lo tanto, con el sentido común mismo, con la única estructura de ideas que todo el mundo comparte. Esta universalización del «sentido común» enmascara las importantes diferencias entre las experiencias de clase; pero también establece una *falsa coincidencia* de ideas entre las distintas clases. *Esta coincidencia se convierte entonces en la base del mito de un pensamiento único inglés.*

La angustia social

La cuestión no es por qué o cómo trabajan los hombres sin escrúpulos, sino por qué responde el público.²⁹

Hemos recorrido el terreno de las ideas tradicionales y de sus raíces históricas. Ahora debemos analizar la forma en la que las fuerzas históricas específicas operaron sobre esta base tradicional para producir, en las décadas de 1960 y 1970, una fuerte ola de indignación moral conservadora sobre el delito. Engels señalaba que, «en todos los ámbitos ideológicos, la tradición constituye una gran fuerza conservadora. Pero las transformaciones que experimenta este material surgen de las relaciones de clase».³⁰

²⁷ A. Dummett, *Portrait of English Racism...*

²⁸ K. Marx y F. Engels, *The German Ideology*, Londres, Lawrence and Wishart, 1965 [ed. cast.: *La ideología alemana*, Wenceslao Roces (trad.), Madrid, Akal, 2012].

²⁹ Harris, *Beliefs in Society...*

³⁰ F. Engels, «Ludwig Feuerbach and the End of Classical German Philosophy» en *Marx-Engels Selected Works*, vol. 2, Londres, Lawrence & Wishart, 1951 [ed. cast.: «Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana» en Marx-Engels, *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 2016].

Hemos hablado de algunas de las imágenes centrales que proporcionan a la sociedad un cierto grado de unidad ideológica en torno al polo tradicional. Fundamentalmente, esas imágenes se unen en una visión de *estabilidad*, de hábitos y virtudes sólidas, firmes e inmutables, que dan una sensación de permanencia incluso en los «malos tiempos», una especie de línea de base que, pase lo que pase, sigue siendo «para siempre Inglaterra». Aquí nos interesa mostrar cómo un conjunto de cambios sociales específicos se combinó para socavar algunos de los apoyos cruciales de este conjunto de imágenes de orden social entre sectores de la población que no tienen una estructura ideológica alternativa que pudiera desempeñar una función de cohesión similar. En estos sectores de clase, esta incertidumbre produce un efecto que hemos denominado «angustia social», producto tanto de la disolución de los soportes materiales de esa ideología como del debilitamiento del amplio compromiso social con la propia ideología. Sugeriríamos que una consecuencia de este «estado de flujo» al que se ven abocados algunos sectores de la población, en tiempos dislocados, es la aparición de una predisposición al uso de «chivos expiatorios», en los que se condensan *todas* las experiencias preocupantes y que luego se rechazan o «expulsan» simbólicamente.³¹ A estos chivos expiatorios se les atribuye el papel de *causantes* de los diversos elementos de desorganización y desarticulación que produjeron la «angustia social» en primer lugar. Sin embargo, estos chivos expiatorios no «ocurren» sin más, sino que son, *en tanto chivos expiatorios*, un producto de agencias específicas, a partir de condiciones específicas. En primer lugar, sin embargo, debemos prestar atención a la erosión del «tradicionalismo» en tanto alianza particular entre clases, así como a la producción de la angustia social. Creemos que esto se debe a dos razones distintas, si bien relacionadas.

En el periodo de la posguerra podemos identificar dos «rupturas» en las ideologías tradicionales, cada una de las cuales produjo una sensación de pérdida de puntos de referencia familiares y, por lo tanto, proporcionó la base para una creciente «angustia social». La primera tuvo que ver con la «abundancia». La base de la «riqueza» estaba en el auge de la producción de la posguerra. Sin embargo, esta se experimentó como un tipo particular de consumo —gasto personal y doméstico— y como una transformación particular de los valores y normas tradicionales. La asociación de la «riqueza» con una actitud de «materialismo desenfrenado», hedonismo y placer hizo que se entendiera que esta conducía rápidamente a la «permisividad», a un estado de relajación de la disciplina moral, la restricción y el control. Los «nuevos valores» estaban claramente en desacuerdo con la ética protestante más tradicional. Y los grupos o fracciones de clase que experimentaron más

³¹ Véase Harris, *Beliefs in Society*, y C. Geertz, «Ideology as a Cultural System» en D. Apter (ed.), *Ideology and Discontent*, Nueva York, Free Press, 1964.

directamente la tensión entre la ética protestante y el nuevo hedonismo fueron los que habían invertido todo en las virtudes protestantes del ahorro, la respetabilidad y la disciplina moral: las clases medias no comerciales, sobre todo, las clases medias bajas.³²

El segundo acontecimiento que tiende a suscitar y aumentar la «angustia social» surge más o menos en el mismo periodo, pero afecta directamente a un estrato bastante diferente. La escala del cambio social en el periodo se ha exagerado mucho. Pero la adaptación de la sociedad a las condiciones de posguerra puso en marcha cambios sociales que fueron erosionando algunos de los modelos de vida tradicionales y, por lo tanto, los soportes de la cultura obrera tradicional. Este tipo de cambios se observaron en todas partes, y en ningún lugar se concentraron más sus efectos que en la erosión del barrio y la comunidad obrera «tradicional» y de su «núcleo duro»: la clase obrera respetable. (Por «tradicional» nos referimos aquí, como han argumentado Hobsbawm y Steadman-Jones, a ese modelo de vida de la clase obrera que se estableció en las últimas décadas del siglo XIX, algunos aspectos de los cuales Steadman-Jones ha tratado bajo el título de «nueva formación [remaking] de la clase obrera inglesa»).³³ En cierto sentido, la clase obrera inglesa «volvió a formarse», una vez más, en los años de posguerra. La remodelación urbana, los cambios en las economías locales, en la estructura de cualificaciones y empleos, el aumento de la movilidad geográfica y educativa, la relativa prosperidad apoyada por el boom de la recuperación de posguerra y una espectacularizada «religión de la abundancia», aunque en un sentido fueran procesos distintos, tuvieron un efecto combinado de descomposición, a largo plazo, sobre la respetable comunidad de clase trabajadora.³⁴ Las estrechas interconexiones entre la familia y el vecindario se aflojaron, sus lazos sufrieron la presión. Los espacios comunales y los controles sociales informales, que habían llegado a ser habituales en los barrios tradicionales, se debilitaron y quedaron indefensos. La respuesta cultural y política a estas fuerzas fue enormemente confusa, una confusión que, no hay ni que decirlo, se expresa de forma muy inadecuada en las conocidas quasi-explicaciones de la época: «aburguesamiento» y «apatía»; pero también en las modificaciones dentro de las ideologías obreras tradicionales del «laborismo». En parte, como hemos argumentado en otro lugar,³⁵ hubo una fuerte tendencia —producto de

³² Véase el elocuente retrato de R. Lewis y A. Maude, *The English Middle Classes*, Londres, Phoenix House, 1949. Se trata de un texto fundamental, escrito en este periodo, y que representa un importante y temprano *cri de coeur* moral.

³³ G. Steadman-Jones, «The Remaking of the English Working Class», *Journal of Social History*, núm. 7, verano de 1974.

³⁴ Véase Cohen, *Folk Devils and Moral Panics...*; y Clarke *et al.*, «Subcultures, Cultures and Class...».

³⁵ Clarke *et al.*, «Subcultures, Cultures and Class...».

una considerable manipulación ideológica de la realidad— a reducir este complejo y desigual proceso de cambio a la famosa «brecha generacional». La distancia —marcada por la guerra— entre las generaciones de antes y después de la guerra exageró la «sensación de cambio».

Las personas de mediana y avanzada edad experimentaron estos acontecimientos contradictorios principalmente como una «sensación de pérdida»: la pérdida del sentido de la familia, del sentido del respeto, la erosión de las lealtades tradicionales a la calle, la familia, el trabajo, la localidad. En formas difíciles de localizar con precisión, esa «sensación de pérdida» también tenía algo que ver con la experiencia de la guerra y el declive y la pérdida del Imperio, que había contribuido, a su manera, a la «unidad» ideológica de la nación. Muchos modelos familiares de ocio y vida estaban siendo reconstruidos por la comercialización del ocio y el inicio temporal de un consumo conspicuo y privatizado: la transformación y el declive del pub inglés es, en este sentido, una señal tan significativa como las exageraciones más publicitadas del ocio y la vida de los adolescentes. Los «resortes de la acción» se desencajaron, pero no adoptaron otra forma inmediatamente, sino que se produjo una especie de paréntesis, un grado de inquietud permanente. La integración local se debilitó, pero no a favor de solidaridades alternativas, fuera del ámbito del círculo familiar, a su vez más estrecho, más nuclearizado. Se decía y se pensaba que la pobreza como forma de vida estaba desapareciendo, aunque la propia pobreza se negaba a desaparecer; y de hecho, no mucho después, fue mágicamente redescubierta.

Se puede empezar a abordar este semillero de la angustia social en distintos puntos. Un acontecimiento que parece reunir todo tipo de hilos y exponer la existencia del descontento social desenfocado de posguerra de una forma particularmente aguda y visible, son los disturbios raciales de Notting Hill de 1958. Aunque se trataba abiertamente de la «raza», está claro que estos sucesos también sirvieron de foco de angustia social, tocando multitud de fuentes que no eran todas, en un sentido específico, raciales.³⁶ Dicho de otro modo, Notting Hill resultaba comprometido porque había que condensar tanto la violencia de los jóvenes blancos como señalar los malos hábitos de los inmigrantes que habían provocado la tensión. Por utilizar la terminología de Stan Cohen, no se sabía si los «demonios populares» eran los jóvenes blancos de clase trabajadora / teddy boys o los inmigrantes negros. Con el tiempo, la cuestión racial se aclararía, pero entonces todavía era confusa.

Ninguna de estas ambigüedades generales rodeaba a los «mods» y a los «rockers». Cohen señala muchas fuentes de inquietud que llegaron a centrarse en los grupos de adolescentes en conflicto en los lugares de playa:

³⁶ Véase R. Glass, *Newcomers: The West Indians in London*, Londres, Allen & Unwin, 1960.

Los mods y los rockers simbolizaron algo mucho más importante que lo que realmente fueron. Tocaron los delicados y ambivalentes nervios a través de los cuales se experimentaba el cambio social de la posguerra en Gran Bretaña. Nadie quería la depresión ni la austeridad, pero los mensajes de que «nunca se había estado tan bien» eran ambivalentes en el sentido de que algunas personas lo estaban teniendo demasiado fácil y demasiado rápido. El resentimiento y los celos se dirigían fácilmente hacia los jóvenes, aunque solo fuera por su mayor poder adquisitivo y su libertad sexual. Cuando esto se combinó con un incumplimiento demasiado descarado de la ética del trabajo y el ocio, con la violencia y el vandalismo, y con las amenazas (todavía) inciertas asociadas al consumo de drogas, se rompió algo más que la imagen de un puente festivo en la costa. Se podría sugerir que la ambigüedad y la tensión eran mayores a principios de la década de 1960. Las líneas aún no se habían trazado con claridad y, de hecho, la reacción formaba parte de este trazado de líneas.³⁷

Un auténtico sentimiento de desarticulación cultural llegó así a centrarse no en las causas estructurales, sino en las expresiones simbólicas de la desorganización social, por ejemplo, en la serie de subculturas juveniles de clase trabajadora. El hecho de que estas fueran a menudo «soluciones mágicas» a los mismos problemas culturales o estructurales —intentos de resolver, sin trascenderlas, las contradicciones inherentes a la clase— no fue la menor de las ironías.³⁸

Lo que en realidad eran desarrollos relacionados pero distintos, se fundieron en tres imágenes de inestabilidad compuestas y superpuestas: juventud, riqueza y permisividad. Era posible percibir estos desafíos a los patrones normales en términos de un número limitado de oposiciones: juventud indisciplinada *frente a* madurez; consumo conspicuo *frente a* modesta prosperidad; permisividad *frente a* responsabilidad, decencia y respetabilidad. Así, la resistencia residual a estas nuevas formas empezó a articularse como un movimiento de reforma y regeneración moral, ya fuera enraizado en el deseo de volver a las certezas concretas de la respetabilidad tradicional de la clase trabajadora, o en forma de campaña para la restauración del puritanismo de la clase media.

A medida que estos empujes contradictorios siguieron afectando y desafiando la moral dominante y que los ejes de la vida tradicional de la clase trabajadora continuaron inclinándose en un ángulo alarmante, el

³⁷ Cohen, *Folk Devils and Moral Panics...*, p. 192.

³⁸ Véase Clarke *et al.*, «Subcultures, Cultures and Class...»; J. Clarke, «Style» en Hall y Jefferson (eds.), *Resistance through Rituals...*; y P. Cohen, «Subcultural Conflict and Working Class Community», *Working Papers in Cultural Studies No. 2*, C.C.C.S., University of Birmingham, primavera de 1972.

sentimiento general de dislocación aumentó. Para los cruzados de la moral acostumbrados a formular su descontento de forma organizada, existía la posibilidad de unirse a movimientos para limpiar la televisión, barrer las calles de prostitutas o eliminar la pornografía. Pero para aquellos cuyas formas tradicionales de articulación local nunca habían asumido estas posturas más públicas y de campaña, solo quedaba lo que un escritor describió como una persistente amargura:

La mayoría de los ancianos que conocí expresaron su resentimiento hacia las fuerzas de la sociedad que les habían arrebatado la aplastante certeza de que todos sus vecinos compartían la misma pobreza y la misma filosofía y que estaban tan uniformemente desvalidos y sin recursos como ellos mismos [...]. Ahora se sienten engañados. Los valores y hábitos que surgieron de su pobreza han sido abolidos junto con la misma pobreza. Mientras seguían luchando por la justicia social y la mejora económica, no tuvieron en cuenta el cambio que se produciría en su estructura de valores: simplemente se trasladaron imaginariamente a la casa de los ricos, y supusieron que se llevarían consigo su vecindad y su falta de ceremonias, su orgullo por el trabajo, su dialecto y su sentido común. En lugar de imponer su propia voluntad sobre las condiciones cambiantes se dejaron manipular por ellas, no conservando nada de su pasado, entregándolo en cambio, como las víctimas de un gran desastre natural, que huyen ante los elementos y abandonan todo lo que han acumulado con esfuerzo. Tal vez, si hubieran entendido lo que estaba ocurriendo, habrían conservado algo de la vieja cultura, pero en lugar de ello alzaron la voz amenazando y quejándose de los jóvenes, o de los inmigrantes, o de cualquier otro fragmento de un fenómeno que solo está parcial y puntualmente a su alcance.³⁹

Seabrook se esfuerza en subrayar que esta hostilidad hacia los extranjeros no es un simple prejuicio, sino que se basa en la realidad social y la experiencia material de quienes tienen esos temores:

Los inmigrantes figuran como una legitimación perversa del miedo y la angustia inexpresables. Lo que está ocurriendo es solo secundariamente una expresión de prejuicios. Es ante todo un psicodrama terapéutico, en el que el desahogo emocional de sus protagonistas prima sobre lo que realmente se dice. [...] Es una expresión de su dolor e impotencia ante la decadencia y el abandono, no solo del entorno familiar, sino también de sus propias vidas, una expresión a la que nuestra sociedad no da salida. Sin duda, es algo más complejo y arraigado que lo que el progresista metropolitano descarta evasiva y fácilmente como prejuicio.⁴⁰

³⁹ J. Seabrook, *City Close-up*, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 62.

⁴⁰ Ibídem, p. 57.

Esta «expresión de dolor e impotencia» es una causa fundamental y un síntoma temprano de la angustia social.

En el vocabulario de la angustia social, la población negra y asiática era símbolo y síntoma de una sucesión de dislocaciones: en la vivienda, el vecindario, la familia, el sexo, el ocio, la ley y el orden. Para las comunidades acorraladas por un «sentimiento de pérdida», su raza y color quizás importaran menos que su simple *alteridad*, su extranjeridad. Decimos esto en parte porque, en este periodo, la angustia social no parece necesitar salir siempre de sus límites sociales y étnicos para descubrir los demonios de los que alimentarse. En algunas partes del país, el lenguaje de la raza y el lenguaje empleado sobre los forasteros son intercambiables.⁴¹ Y, aún más cerca de casa, para los miembros de la pobreza respetable se trata siempre de los *muy pobres*: la chusma, los marginales, los lumpen, los que van hacia abajo, los parias e inadaptados. Los lumpen-pobres, al estar demasiado cerca como para que la clase trabajadora respetable se consuele ante su sufrimiento, siempre han estado disponibles como punto de referencia negativo. Aquí, de nuevo, impulsados por el dolor y la impotencia, los puntos de referencia negativos se convierten en la fuente de una creciente sensación de pánico y angustia social:

Los que salen de la matriz colapsada y menguada de la vida tradicional de la clase trabajadora suelen creer que su ascenso es un gran logro personal. Tienden a adquirir las actitudes sociales de los grupos a los que aspiran [...] de forma bastante extravagante y extrema. En su ansiedad por identificarse con los que tienen éxito, a menudo muestran una gran falta de caridad y compasión con los pobres y los débiles. Los que tienen éxito parecen a menudo preñados de un sentimiento de culpa e indignación, que desahogan a gritos contra un amplio abanico de desviados sociales: los vagos, los jóvenes, los inmigrantes, los inmorales. [...] Las personas que tienen éxito creen que el éxito es un reflejo de cierta superioridad moral. Consideran que la diligencia y la iniciativa son las características humanas más valiosas, y que lo que llaman vagamente «falta de habilidad» o «falta de carácter» es lo más despreciable. Como su propio éxito proviene de la virtud, su opuesto debe ser cierto, que el fracaso proviene del vicio. Perciben a las personas que se encuentran en la parte inferior de la escala como una influencia vagamente amenazante, no de una manera revolucionaria obvia, pero sí que socavan las creencias que legitiman a quienes ocupan posiciones de superioridad. Por eso, las referencias a los delincuentes, a los que evaden, a los borrachos, son tan virulentas. Persiste la sospecha de que tal vez la atribución de la responsabilidad total a los fracasados no esté más justificada que la arrogación de esta por parte de los triunfadores.

⁴¹ Véase C. Critcher *et al.*, «Race and the Provincial Press», Informe para la UNESCO, 1975; también disponible como *C.C.C.S. Stencilled Paper nº 39*.

[...] No es la preocupación por la justicia social y el orden lo que lleva a la gente a invocar la horca, la vara y todos los demás medios de castigo y represión. Es el conocimiento de que cualquier atenuante que se le conceda al fracaso y al malhechor implicaría una consecuente disminución de su propia responsabilidad por sus logros. Y esta es una rendición que no están dispuestos a contemplar.⁴²

El demonio popular —sobre el que recaen todos nuestros sentimientos más intensos acerca de las cosas que van mal y sobre el que se proyectan todos nuestros temores sobre lo que podría socavar nuestras frágiles seguridades— es, como sugería antes Jeremy Seabrook, una especie de alter ego de la Virtud. En un sentido, el demonio popular aparece inesperadamente, de la oscuridad, de la nada. En otro sentido, es demasiado familiar; lo conocemos antes de que aparezca. Es la imagen inversa, la alternativa a todo lo que conocemos: *la negación*. Es el miedo al fracaso que se esconde en el corazón del éxito, el peligro que acecha en la seguridad, la figura despijarradora que tienta constantemente a la Virtud, la seductora vocecita interior que nos invita a alimentarnos de dulces y pasteles cuando sabemos que debemos limitarnos a raciones de hierro. Cuando las cosas amenazan con desintegrarse, el demonio popular no solo se convierte en el portador de todas nuestras angustias sociales, sino que volcamos contra él toda la ira de nuestra indignación.

El «atracador» era un demonio popular de este tipo; su forma y figura reflejaban con exactitud el contenido de los temores y angustias de quienes primero lo imaginaron y luego lo descubrieron: joven, negro, criado en (o surgido de) la «ruptura del orden social» de la ciudad; amenaza sobre la tradicional paz de las calles, la libertad de movimiento del ciudadano respetable ordinario; motivado por la pura ganancia, una recompensa que querría obtener sin trabajar ni un solo día de forma honrada; su delito es el resultado de mil ocasiones en las que los adultos y los padres no han corregido, civilizado y tutelado sus impulsos más salvajes; impulsado por una necesidad aún más aterradora de «violencia gratuita», es un resultado inevitable del debilitamiento de la fibra moral en la familia y la sociedad y del colapso general del respeto por la disciplina y la autoridad. En resumen, es el símbolo mismo de la «permisividad», encarnando en cada una de sus acciones y en su persona, sentimientos y valores que son lo opuesto a esas decencias y restricciones que hacen de Inglaterra lo que es. Es una especie de personificación de todas las imágenes sociales positivas, solo que *al revés*: negro sobre blanco. Sería difícil construir un demonio popular más apropiado.

⁴² Seabrook, *City Close-up...*, pp. 79-81.

El momento de su aparición es uno de esos momentos en la cultura inglesa en los que las respuestas reprimidas, distorsionadas o no expresadas ante 30 años de inquietante cambio social, que no encontraron expresión política, sin embargo afloran y adoptan forma tangible de un modo simbólico especialmente convincente. El carácter tangible del «atracador» —como el del teddy boy, el rocker y el skin antes que él—, su forma palpable, fue un catalizador inmediato: precipitó angustias, preocupaciones, inquietudes, descontentos, que antes no habían encontrado una articulación constante o clarificadora, ni habían promovido un movimiento social sostenido u organizado. Cuando el impulso de articular, captar y organizar las «necesidades» en una práctica colectiva positiva de lucha se ve frustrado, no desaparece sin más. Se vuelve sobre sí mismo y proporciona el semillero de «movimientos sociales» que son colectivamente poderosos aunque sean profundamente irracionales: irracionales, al menos hasta el punto de que se pierde todo sentido de la proporción entre la amenaza real percibida, el peligro simbólico imaginado y el grado de castigo y control que se «requiere». En las décadas de 1960 y 1970, estas corrientes de angustia social y torbellinos de indignación moral se arremolinaban y burbujeaban, en algún nivel justo debajo del flujo y reflujo superficial de la política electoral y el juego parlamentario. Seabrook comentaba:

La mayoría de las personas que conocí que decían ser socialistas ofrecían un relato ritual y mecanicista de sus convicciones, que no podía competir con el dramatismo de la derecha, que habla de las tripas de la nación horadadas por el Estado del bienestar, y de una generación mimada y acolchada de vividores y gandules, palabras con un poder emotivo que el léxico de la izquierda ha perdido. El ascenso de la derecha no es menos real por sus relativos fracasos a la hora de traducirse en patrones de voto: estos se han institucionalizado. La mayoría de la gente no es consciente de que existe una conexión entre sus creencias sociales y sus hábitos de voto.⁴³

Y esa es precisamente la brecha, la abertura en la boca del infierno, por la que fue convocado el atracador.

Sin embargo, esta combinación de la defensa de la visión tradicional del mundo con sus correspondientes chivos expiatorios no se produce por arte de magia. Hay que establecer las conexiones necesarias, forjarlas públicamente y articularlas: hay que trabajar ese «sentimiento de amargura» descrito por Seabrook para llegar a identificar sus chivos expiatorios. El trabajo ideológico es necesario para mantener la articulación de la experiencia de la clase subordinada con la ideología dominante. Las ideas «universales»

⁴³ Ibídем, pp. 198-199.

no llegan a serlo ni permanecen sin que estas conexiones se hagan y rehagan constantemente. En efecto, hay que *convocar* a los demonios.

En el periodo que nos ocupa, esto nos lleva a una segunda fuente de la visión tradicionalista: a una voz totalmente diferente y más poderosa que la de la clase obrera. Se trata de una voz que toma tanto la ideología dominante como las angustias subordinadas y las moldea juntas en un tono reconocible: el de la indignación moral y la indignación pública. Nos referimos a la «apelación al sentido común», a la «experiencia de la mayoría» (a menudo, hoy en día, llamada «mayoría silenciosa», solo para reforzar el hecho de que no se tiene suficientemente en cuenta en los consejos de los expertos y los responsables de la toma de decisiones), expresada por ciertos grupos sociales de clase media y, especialmente, de clase media baja o «pequeñoburgueses». Su presencia se ha hecho sentir cada vez más en los debates públicos sobre los problemas morales y sociales; han liderado la campaña contra la «permisividad» y son especialmente activos en la redacción de cartas a la prensa local y en la difusión de opiniones en programas «por teléfono». (Podemos pensar en esta voz, colectivamente, como la *audiencia ideal* para el programa de radio, *Any Questions*, o como los corresponsales ideales de *Any Answers*). El sentido común —el buen y robusto sentido común— es un poderoso bastión para aquellos grupos que han hecho muchos sacrificios a cambio de una posición subalterna «al sol» y que han visto cómo esta se erosiona progresivamente en tres frentes: por lo que consideran el «materialismo creciente» de las clases trabajadoras (demasiado ricas para su propio provecho); por los vagabundos y vagos que «nunca han tenido un trabajo honrado en su vida» —la «lumpenburguesía», así como el lumpenproletariado—; y por el estilo de consumo de alto gasto y la cultura progresista de las clases medias altas más ricas, más cosmopolitas y progresistas. Estos grupos pequeñoburgueses se han quedado un poco atrás en el ritmo de avance del cambio social; han permanecido relativamente estáticos en cuanto a empleos, posición, vínculos, lugares de residencia y actitudes. Siguen firmemente en contacto con los puntos fijos de referencia del universo moral: la familia, la escuela, la iglesia, la ciudad, la vida comunitaria. Estas personas nunca han tenido la recompensa de la riqueza de la clase alta ni la recompensa de la solidaridad de la clase trabajadora a la hora de equilibrar los sacrificios que han hecho para competir y triunfar. Todas las recompensas que han tenido son «morales». Han conservado las normas tradicionales de conducta moral y social; se han identificado —sobreidentificado— con el «pensamiento correcto» en todas las esferas de la vida; y han llegado a considerarse la columna vertebral de la nación, los guardianes de su sabiduría tradicional. Mientras que los trabajadores han tenido que buscarse la vida en los espacios negociados de una cultura dominante, este segundo grupo pequeñoburgués se

proyecta como la encarnación y la última defensa de la moral pública, como un ideal social. Aunque a menudo son similares a otros grupos intermedios de la sociedad, las viejas clases medias y la vieja pequeña burguesía (los «locales») se ven enfrentadas a los «cosmopolitas», que son los que más y más rápido se han movido en términos de empleos y actitudes en las últimas dos décadas, que se sienten «en contacto» con redes de influencia menos localizadas y que, por lo tanto, adoptan puntos de vista «más abiertos» y más progresistas sobre cuestiones sociales, ellos son los *verdaderos* herederos de ese grado de «abundancia» de posguerra que ha disfrutado Gran Bretaña. A medida que la marea de permisividad y de «suciedad» moral se iba acumulando y las clases media y alta bajaban las barreras de la vigilancia moral, empezando a «columpiarse» un poco con las tendencias permisivas, esta voz de la clase media-baja se ha vuelto más estridente, más arraigada, más indignada, más sacudida por la envidia social y moral y más vigorosa y organizada a la hora de dar expresión pública a sus creencias morales. Aquí está la punta de lanza de la reacción moral, los guardianes de la moral pública, los articuladores de la indignación moral, los emprendedores morales, los cruzados. Una de sus principales características es su tendencia a hablar, no en su propio nombre o en su propio interés, sino a identificar su moral particular *con toda la nación*, a vocear en nombre de todos. Si los intereses de las clases subalternas han llegado a proyectarse, cada vez más, como un grito universal de vergüenza moral, ha sido sobre todo esta voz pequeñoburguesa la que la ha dotado de su alcance universal. La cuestión, una vez más, no es que las dos fuentes del tradicionalismo —la clase obrera y la pequeña burguesía— sean la misma, sino que, a través de la mediación activa de los emprendedores morales, las dos fuentes se han soldado en una única causa común. Este es el mecanismo que se activa allí donde los guardianes de la moral afirman que lo que *ellos* creen es también lo que cree la «mayoría silenciosa».

La división dentro de la clase media, entre sus fracciones «local» y «cosmopolita», ha producido, desde la guerra, dos «climas de pensamiento» opuestos sobre cuestiones sociales centrales. La división se encuentra en el debate sobre la «permisividad» y la contaminación moral, el comportamiento sexual, el matrimonio, la familia, la pornografía y la censura, el consumo de drogas, la vestimenta, las costumbres y los modales, etc. La misma polarización es evidente también en el ámbito del bienestar social, la delincuencia, la doctrina penal, la policía y el orden público. Al promover algunas actitudes más progresistas respecto de la delincuencia y el castigo, así como al mostrarse más tolerante con los comportamientos morales y sexuales desviados, la opinión «progresista» —tal como la ven los tradicionalistas— ha contribuido directamente a la velocidad con que se han degradado los valores morales, a la erosión de las normas de conducta pública de la sociedad. Los

«progresistas» han preparado el terreno para la crisis moral y política que estamos viviendo. Es fácil entender por qué el lumpen quiere contaminar la moral respetable. Pero ¿cómo es posible que la gente buena, baluarte de la clase media, haya sido tan engañada? Una de las explicaciones es que ha sido engañada por una conspiración de intelectuales: el *establishment* progresista, unido en una conspiración contra las viejas y probadas formas de vida, aprovechándose de su gran corazón. Esta fue la *traison des clercs* que llevó al gobierno Nixon a justificarse a sí mismo los excesos del Watergate. Pero otra explicación aún más conveniente es que los «progresistas» simplemente han perdido el rumbo, porque han estado permanentemente sin contacto con lo que piensa y siente la gran mayoría silenciosa (que siente, por supuesto, de forma conservadora). Así, los progresistas han traicionado, y hablan y actúan *en contra del sentido común*. En este esquema de cosas, la mayoría silenciosa, el sentido común y las actitudes morales conservadoras son una y la misma cosa, o mutuamente intercambiables. De este modo, la referencia al «sentido común» como apelación moral final también adquiere afiliaciones bastante complejas en este debate más amplio. En esta convergencia, el sentido común está irremediablemente unido a una perspectiva tradicionalista sobre la sociedad, la moral y la preservación del orden social. La apelación al sentido común constituye así la base para la construcción de coaliciones y alianzas tradicionalistas dedicadas a avivar y dar expresión pública a la indignación y la rabia morales.

Lo que ha sido vital para este movimiento «revivalista» en la ideología tradicionalista es su capacidad para utilizar la estructura temática del «carácter inglés», que hemos discutido antes, con el fin de conectar y expresar las angustias y el sentimiento de malestar, no articulados de otro modo, de aquellos sectores de la clase trabajadora que han sentido que «la tierra se mueve bajo sus pies». Y es la potencia de esos temas e imágenes (el trabajo, la disciplina, la familia, etc.), más que cualquier especificación detallada de su contenido, lo que ha hecho posible esas conexiones.

En comparación, el «progresismo» que ha sido el *ethos* de la clase media cosmopolita no ha logrado tocar esas profundas raíces de la experiencia. Al identificarse con los avances «progresistas» de cualquier naturaleza, se ha presentado a todos los efectos como el principal impulsor y guardián de la «permisividad», con todas las afrentas que conlleva a los valores y normas tradicionales. Del mismo modo, su posición progresista sobre la delincuencia y los problemas sociales ha sido demasiado distante, demasiado académica para establecer conexiones con la experiencia cotidiana. Ha argumentado su caso con estadísticas, análisis abstractos y en los periódicos dominicales de «calidad», y no ha podido ofrecer nada comparable al impacto directo o a la inmediatez pragmática de la visión tradicionalista del mundo.

Es de vital importancia no confundir estas dos fuentes de tradicionalismo en la cultura inglesa en relación con el debate sobre la delincuencia, no tratar su aparición dentro de las formas públicas comunes como un proceso «natural». Es importante distinguir el «núcleo racional» del tradicionalismo de la clase obrera de su forma pequeñoburguesa. Dentro de esta corriente de pensamiento aparentemente única se expresan dos realidades de clase diferentes. Debemos recordar las raíces que ambas tienen en la experiencia social y material, real y concreta, de su subordinación.

Explicaciones e ideologías

Lo que hasta ahora hemos tratado de hacer en este capítulo es reconstruir la estructura profunda o la matriz social de las opiniones «tradicionalistas» sobre la delincuencia que resultaron tan decisivas en la reacción pública al «atraco» y que proporcionan el apoyo a las campañas populares conservadoras sobre la delincuencia en general. El pánico moral entra en juego cuando esta estructura profunda de angustia y tradicionalismo se conecta con la definición pública de la delincuencia de los medios de comunicación y se *moviliza*. Podemos volver ahora, por fin, a las preguntas que planteamos al principio sobre «las explicaciones y las ideologías». ¿Cómo se explica habitualmente la delincuencia? ¿A qué «vocabularios de motivos», a qué ideas sociales ya dispuestas en cadenas creíbles de explicación se recurre, en todo el espectro de clases y de poder, para dar cuenta de por qué el «atraco» apareció de repente de forma inesperada? ¿Qué ideologías generales sobre la delincuencia informan estas explicaciones?

En primer lugar, debemos aclarar qué entendemos por «explicación». No estamos hablando aquí de explicaciones del delito totalmente coherentes y adecuadamente teorizadas, como las que podríamos encontrar en las diferentes escuelas y tendencias que conforman la teoría criminológica. Veremos, al final, que los tipos de explicaciones más fragmentarios, más incoherentes y contradictorios, que tienen poder explicativo en el nivel del razonamiento judicial, las noticias y las presentaciones en los medios de comunicación, la opinión pública de expertos y «legos», etc., se relacionan con las «teorías criminológicas» más elaboradas que han ganado terreno en diferentes momentos en Gran Bretaña, y en otras sociedades capitalistas desarrolladas. Pero hemos empezado, de hecho, por el extremo opuesto. Cuando el periodista, o el juez, o los miembros del público ordinario tienen que responder ante (o explicar) sucesos preocupantes, como el «atraco», tienden a recurrir, a menudo de forma fragmentaria y no reflexiva, a las imágenes sociales, a las «ideas de la sociedad», a las fuentes de la angustia

moral, a los significados dispersos que enmarcan su experiencia cotidiana para construir, a partir de ellos, relatos sociales que tengan credibilidad. Estos relatos no se construyen de nuevo en la cabeza de cada individuo. Se basan en los «vocabularios de motivos» públicamente objetivados ya disponibles en el lenguaje público, el campo disponible de las ideologías prácticas. Encontrar una explicación a un acontecimiento inquietante, especialmente a un acontecimiento que amenaza con socavar el propio tejido social, es, por supuesto, el comienzo de una especie de «control». Si logramos entender las *causas* de estos acontecimientos, entonces estamos a medio camino de ponerlos bajo nuestro control. Dar un «sentido» a los sucesos impactantes y aleatorios es volver a situarlos en el marco del orden racional de las «cosas que entendemos», cosas con las que podemos trabajar, hacer algo, manejar, gestionar.

Las explicaciones que construimos no son «lógicas», en el sentido habitual. No son internamente consistentes ni coherentes. No obedecen a un protocolo lógico estricto. Esto se debe, en parte, a que (como veremos dentro de un momento) no construimos esas «explicaciones» de la nada. Trabajamos con los elementos de explicación ya disponibles, que tenemos a mano, que parecen tener alguna relevancia para el problema en cuestión. Estos trozos son en realidad los fragmentos de otras elaboraciones teóricas, a menudo anteriores, más coherentes y consistentes, que con el tiempo han perdido su consistencia interna, se han fragmentado, se han sedimentado en el «sentido común» ordinario. Gramsci las llama *huellas*: «El proceso histórico [...] ha dejado una infinidad de huellas reunidas sin la ventaja de un inventario».⁴⁴ Así pues, cuando utilizamos estos fragmentos de otros sistemas ideológicos para construir explicaciones, estamos operando más bien como el mitificador primitivo de Levi-Strauss, el *bricoleur*, que ensambla las rarezas y los fragmentos de su cultura, combinados de formas siempre nuevas, para construir significados y reducir el mundo a una forma ordenada y a categorías significativas: los ladrillos y la argamasa para una «casa de la teoría».⁴⁵ Está perfectamente claro, por ejemplo, que aunque en cierto sentido Gran Bretaña es ahora una sociedad completamente secularizada, apenas hay un argumento desarrollado o una actitud social o moral importante que podamos encontrar sobre, por ejemplo, el matrimonio o la sexualidad, que no se base o se refiera, de forma positiva o negativa, a modos de pensamiento religiosos —de hecho, a menudo específicamente cristianos—. El cristianismo sigue proporcionando «huellas» que permiten a los hombres seculares «pensar» su mundo secular. Tal y como observó

⁴⁴ Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks...*

⁴⁵ C. Levi-Strauss, *The Savage Mind*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1966 [ed. org.: *La Pensée sauvage*, París, Plon, 1962; ed. cast.: *El pensamiento salvaje*, Francisco González Aramburu (trad.), Ciudad de México, FCE, 1964].

Marx en una ocasión, «la tradición de todas las generaciones muertas pesa como una pesadilla en el cerebro de los vivos».⁴⁶

Cuando el público lego construye explicaciones, imagina que lo hace libre de restricciones ideológicas y sociales, lejos de la teorización y el discurso científico; pero, de hecho, todas las explicaciones se construyen, no a partir de la estructura interna de la mente, sino moldeada en los campos de explicación existentes, con los «vocabularios de motivos» mantenidos socialmente, objetivados a lo largo del tiempo. De estos «sistemas de pensamiento» más amplios se deriva, de hecho, su credibilidad, así como su coherencia.

Podemos simplemente indicar aquí los tres niveles principales en los que surgen las explicaciones del delito: en el poder judicial, en los medios de comunicación y entre el «público lego ordinario». Los jueces se explayan a menudo sobre el «significado» social y moral de los delitos que juzgan o de los delincuentes que condenan. Pero, en general, no ofrecen «explicaciones» muy elaboradas. Las principales tareas del juez son la retribución, la condena y la disuasión, no proporcionar explicaciones convincentes sobre el delito. Esto no significa que el acto de explicar no esté involucrado en los alegatos judiciales, solo que está extremadamente condensado y suele extraerse de un repositorio muy limitado. Una larga disquisición sobre las causas psicológicas o sociales de un delito se consideraría inusual y normalmente queda fuera de consideración por la «lógica» alternativa que opera en el poder judicial: la «lógica» del razonamiento judicial y del precedente legal, de la plausibilidad, no de la motivación. Los jueces entienden perfectamente el delito por lucro. Es una maldad, por supuesto, pero no requiere mucha más especulación. El delito por demencia requiere mucha más argumentación y habilidad a la hora de ser establecido por los abogados defensores y los jueces son notoriamente reacios a aceptar tales alegatos. Como en el caso Handsworth las motivaciones de los «atracadores» no podían encajar fácilmente en ninguno de estos modelos explicativos disponibles, Lord Chief Justice Widgery experimentó un considerable malestar lógico:

Su señoría también obtuvo cierta ayuda de las observaciones del juez James, el juez que rechazó las solicitudes (de apelación) en primera instancia. Señaló que, en el caso de Storey, el tribunal ignoraba por completo cuál era su motivación y que la única fecha en la que se podía afirmar con cierta seguridad que debía haber madurado por completo y haberse librado de cualquier defecto de personalidad que causara la

⁴⁶ K. Marx, «The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte» en *Marx-Engels Selected Works*, vol. 1., Londres, Lawrence & Wishart, 1951 [ed. cast.: «El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte» en Marx-Engels, *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 2016].

actividad era cuando llegara a los 30 años y «esta tendencia particular se hubiera extinguido».⁴⁷

Paul Storey lo habría tenido más fácil con el juez presidente del tribunal si sus acciones hubieran sido más convenientemente interpretables dentro de una u otra de las explicaciones ya establecidas del delito. [Observamos, al mismo tiempo, que una «teoría» del delito resultante de un defecto psicológico y la noción de que los delincuentes están a merced de impulsos incontrolables (que luego, en la madurez, «se consumen») están *implícitas* en las observaciones del juez; toda una teoría psicológica del delito está, de hecho, incrustada y condensada en las observaciones del juez presidente del tribunal].

Quizás los intentos más elaborados de desarrollar explicaciones sobre la delincuencia se produzcan en la prensa, especialmente en los artículos de fondo. Se debe, apuntamos, a que la función esencial de los artículos de fondo es indagar en el contexto y en las causas de los acontecimientos y explorar modelos explicativos. Como hemos visto antes, se diría que hay una variedad de modelos explicativos de la delincuencia en juego en la prensa, aunque en realidad la gama —considerada en términos de sus «lógicas» más que en términos de los argumentos específicos que despliegan— es mucho más limitada. Incluso las explicaciones «ambientales», que tienen una gran importancia en el caso del «atraco» de Handsworth, funcionan realmente dentro de un conjunto de restricciones muy rígido.

El abanico de paradigmas explicativos es, por lo tanto, muy limitado, y estas limitadas estructuras básicas de pensamiento sobre la delincuencia constituyen el marco dentro del cual hay que construir la variedad de explicaciones específicas. Estos paradigmas básicos operan proporcionando respuestas a un conjunto *común* de preguntas o problemas compartidos, que son los que plantean la «cuestión criminal» para estos paradigmas. Ya hemos visto cómo el debate en torno a las sentencias de Handsworth estuvo más o menos polarizado en torno a las posiciones «progresista» y «tradicionalista», en las diversas formas de tratamiento de la prensa, en los comentarios judiciales y en las cartas públicas y privadas. La razón por la que estas dos posiciones (y sus complejas variantes concretas) pueden adoptar el papel de posiciones *dentro de un «debate»* es que están fundamentalmente organizadas por el mismo conjunto de cuestiones y se dirigen a este conjunto.

En el centro de este conjunto de cuestiones se encuentra la «naturaleza» atribuida al delinquente —su motivación o estado mental—, que polariza las posiciones progresistas y tradicionales en torno al grado de elección

⁴⁷ *The Times*, 28 de junio de 1973.

que implica la acción o —en términos más legalistas— el grado de responsabilidad que tiene el delincuente. Esto conecta con supuestos más profundos sobre la concepción de la «naturaleza humana» que se atribuye al delincuente y, por lo tanto, con las concepciones de la *relación* entre el delincuente y la sociedad. Solo a partir de estas posiciones fundamentales sobre la naturaleza del delito, el individuo y la sociedad (es decir, los fundamentos de las explicaciones «causales» del delito) se puede responder a la pregunta final: cuál debe ser la respuesta de la sociedad al delito; los objetivos de la política penal y del castigo.

No encontramos respuestas elaboradas y extensas a estas cuestiones dentro de los diversos «trozos» de explicaciones legas que vimos anteriormente, pero, sin embargo, hay posiciones muy similares *implícitas* en la atribución de motivos, «naturaleza», causalidad, etc., al delincuente en el discurso cotidiano. En cualquier caso, estas no se derivan de la teorización criminológica o del razonamiento judicial, sino que son precisamente el intento de explicación lega que debe «dar sentido» al delito —conectarlo con su experiencia— en términos del sentido común: es decir, con cualquier «trozo» de conocimiento cultural que se tenga a mano y que se vea que tenga relación.

En esta sección final, vamos a intentar desarrollar una tipología de estas explicaciones que mostrará cómo las respuestas a las diferentes preguntas se cohesionan, pero, también, cómo lo que parecen ser las dos posiciones *polares* en el léxico de la delincuencia —la progresista y la tradicionalista— están a su vez interconectadas: cómo forman una «unidad en la diferencia» de las ideologías disponibles de la delincuencia. En términos muy simplificados, podemos identificar dos «ideologías legas» básicas de la delincuencia, dos marcos explicativos básicos.

La explicación *conservadora* de la delincuencia hace hincapié fundamentalmente en el carácter primitivo del delito y en el estado mental que conduce a él. Se basa en la eterna lucha entre el Bien y el Mal. La naturaleza humana es fundamentalmente desagradable, brutal y vil. Pero la semilla del Bien está plantada en todos nosotros. Por supuesto, requiere una vigilancia eterna por parte de la sociedad y de la conciencia. Todos estamos implicados en esta guerra espiritual perpetua contra el «mal que hay en nosotros». La mayoría de nosotros consigue someter al Diablo. Para la versión explícitamente religiosa, la sumisión a la autoridad de Dios y a la ley moral; para la versión secularizada, la sumisión a la autoridad social y a la jerarquía, son las corazas de la conciencia que nos ayudan a superar el Mal y a hacer el Bien. Sin embargo, el delincuente ha elegido no librarse del buen combate. Ha abrazado el Mal. Esto le sitúa fuera de la comunidad humana, le convierte en algo «menos que humano», algo prehumano, incivilizado. Esa es su elección; no obstante el precio de elegir el Mal es

muy alto. El criminal representa una amenaza para todos nosotros, tanto para nuestra seguridad física como para nuestro deber moral y nuestro código social. Debemos estar protegidos contra él. Y hay que lanzar una clara advertencia a todos los demás que, por ganancia, impulso o motivo vil, se sientan tentados a seguirle en este camino hacia la injusticia. Hay una especie de cálculo —divino y utilitario— por el que cuanto mayor es el delito, más severo es el castigo.

La teoría *progresista* del delito es diferente. En ella, el delincuente es visto como retrasado, o aburrido, o confundido, o ignorante, o pobre, o poco socializado: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen». Si la visión conservadora del delito es puro Antiguo Testamento, la visión progresista es el Nuevo Testamento en forma de evangelio social. El agente individual es un recipiente débil, a merced de fuerzas superiores a él. Solo los mecanismos de socialización y la buena fortuna mantienen a la mayoría de nosotros en el buen camino. Cuando estos mecanismos de «socialización» se rompen, todos somos vulnerables al resurgimiento de instintos e impulsos antisociales. La delincuencia es, en el fondo, un «problema social». Surge, no de algunas premisas fundamentales de todo el universo moral, y no de algún fallo estructural importante del sistema social o moral, sino de fallos particulares, lagunas particulares en una estructura que sigue siendo, en gran medida, sólida. Los problemas sociales requieren soluciones. Si los procesos sociales o psicológicos se pueden remediar y mejorar, se puede minimizar la posibilidad de que esos comportamientos se repitan. Mientras tanto, por supuesto (aquí la versión progresista hace su concesión vital a la mayor coherencia fundamental del paradigma conservador), hay que preservar la seguridad pública, castigar a los culpables (pues pocos están totalmente exentos de responsabilidad) así como rehabilitarlos y proteger a los inocentes.

Esto son caricaturas, nada más. No pretenden ser esbozos exhaustivos del contenido de la conciencia pública sobre la delincuencia; e, incluso como esbozos, son claramente inadecuados. Los ofrecemos simplemente para señalar uno de los principios más fundamentales de la estructuración del conjunto de actitudes comunes ampliamente difundidas en nuestra sociedad sobre el tema del crimen y el castigo. Proporcionan una línea de articulación que distingue entre la idea de que el delito es algo malo, parte de las fuerzas oscuras de la naturaleza y de la naturaleza humana, más allá de nuestro control racional, contra las que los hombres y la sociedad, en su profunda repugnancia, deben ser protegidos —una brecha fundamental en «el orden del universo moral»— y la idea de que el delito deriva de la debilidad y la falibilidad de las disposiciones humanas, ya sea de nuestra sociedad o de nuestra personalidad, parte de la estructura de la fragilidad humana, que, al castigar, también debemos rescatar, apuntalar, proteger y

fortalecer gradualmente mediante la reforma. Es difícil dar a estas imágenes raíz un contenido jurídico, ideológico o incluso histórico más preciso. Sin embargo, entre ellas ordenan y construyen la sintaxis esquelética, las formas elementales, del discurso mental colectivo sobre la delincuencia y su control de un gran número de ingleses.

Bajo las sombras de estas dos estructuras de pensamiento y sentimiento se reúnen una gran cantidad de ideas diversas y el «orden» que muestran no es en absoluto coherente en cuanto a la forma en que estas ideas encajan. Por ejemplo, la estructura «tradicional» o conservadora presenta muchos de los rasgos de un sistema de pensamiento religioso, aunque solo se relaciona de forma ambigua con temas e ideas religiosas y a estas alturas recurre explícitamente a las creencias religiosas de forma muy oblicua, si es que lo hace. El «orden del universo moral», al que se adscribe esta visión del delito, asume a menudo una forma jerárquica; conlleva un profundo compromiso con la idea de jerarquía y de orden social. Pero cuando nos preguntamos qué es lo que se encuentra en la cima de ese «orden» y lo garantiza en su defensa contra el mal y el desorden, nos resulta difícil decidir si se trata de alguna noción de Dios, o del «bien», si son los correlatos ideológicos de la Costumbre, la Tradición o de la propia Sociedad como entidad abstracta. Del mismo modo, cuando hablamos de la «fragilidad de las disposiciones humanas» —una idea central en la estructura progresista— debemos ser conscientes de que hay una enorme variedad de formas en las que esta «fragilidad» se revela: los enfermos y los locos son «débiles», pero también lo son los «pobres». Y la idea de que estos grupos de frágiles y vulnerables se han encontrado «en riesgo» en la lucha por la existencia humana puede implicar tres nociones contrarias: primero, que la debilidad está dentro de nosotros, es una vulnerabilidad de la mente, del espíritu, del carácter; segundo, que es el resultado de arreglos sociales que deben ser enmendados; tercero, que es el resultado de fuerzas sociales al margen de nosotros, que moldean «cómo queremos». Hay variantes psicólogistas, reformistas y deterministas en la ideología progresista sobre la delincuencia.

La mejor manera de considerar estas dos amplias estructuras de ideas de sentido común es como «elaboración» de nuestro conocimiento preteórico sobre la delincuencia. Encarnan la «suma total de lo que todo el mundo sabe» sobre la delincuencia; un «conjunto de máximas, moralejas, pepitas de sabiduría proverbial, valores y creencias, mitos y demás, cuya integración teórica requiere en sí una considerable fortaleza intelectual».⁴⁸ Estas son las categorías que la mayoría de nosotros, que no tenemos conocimiento profesional de la delincuencia ni responsabilidad en su control, empleamos para «pensar» la

⁴⁸ P. L. Berger y T. Luckmann, *The Social Construction of Reality*, Harmondsworth, Penguin, 1971 [ed. org.: Random House, 1966; ed. cast.: *La construcción social de la realidad*, Silvia Zuleta (trad.), Buenos Aires, Amorrortu, 1968].

realidad de la delincuencia a la que nos enfrentamos cada día. Son las *ideologías prácticas* que proporcionan «las normas de conducta institucionalmente apropiadas» para la mayoría.⁴⁹ Este es el nivel en el que las ideologías se hacen reales, entran en la experiencia, moldean el comportamiento, alteran la conducta, estructuran nuestra percepción del mundo: el nivel de las ideas como «fuerza material».⁵⁰ «Lo que se da por sentado como conocimiento en la sociedad llega a ser coextensivo con lo cognoscible o, en todo caso, proporciona el marco dentro del cual todo lo que aún no se conoce llegará a conocerse en el futuro».⁵¹ «Esa atmósfera de discurso interior y exterior no sistematizado y no fijado dota de significado a cada uno de nuestros comportamientos y acciones y a cada uno de nuestros estados “conscientes”».⁵²

Detrás de estas ideologías prácticas (y conformándolas), aunque no en una correspondencia simple, se encuentran las ideologías del delito más articuladas, «trabajadas», elaboradas y teorizadas, que han configurado el funcionamiento de los aparatos jurídicos del Estado y la labor de sus exponentes intelectuales a lo largo del tiempo. Una vez más, no podemos hacer más que esbozar de forma burda algunas de las principales posiciones que han surgido en este nivel más teórico. La razón de intentar esta complicada —y en gran medida no escrita— «historia social» de las teorías del crimen y el castigo de forma resumida es doble. En primer lugar, porque cuando intentamos dar al contenido de nuestras dos estructuras fundamentales de sentido común una mayor riqueza de detalles, nos vemos obligados a reconocer que estos detalles, y las lógicas que los conforman, han sido *tomados prestados* de forma imperfecta y aleatoria de los «universos» más amplios de los discursos sociales sobre el delito: las teorías del delito han dejado su «huella», aunque no su «inventario», como señaló Gramsci, en la estructura de las ideas de sentido común sobre el delito. Pero la segunda razón es que estas teorías no se elaboraron de la nada; no son solo construcciones mentales. Surgieron debido a necesidades particulares, a la posición histórica, de las grandes clases sociales y alianzas de clase que han tenido a su cargo el control y la contención (y, por lo tanto, la definición) de la delincuencia, en diferentes momentos del desarrollo de la formación social británica (y afines). O, más bien —ya que esta forma de expresarlo sugiere, erróneamente, que cada clase emergente lleva su concepción de la ley y el delito «como una matrícula en su espalda»⁵³—, son las grandes construcciones

⁴⁹ Ibídem.

⁵⁰ Sobre las ideologías del comportamiento, véase V. N. Volosinov, *Marxism and the Philosophy of Language*, Nueva York, Seminar Press, 1973 [ed. cast.: *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Tatiana Bubnova (trad.), Madrid, Alianza, 1992].

⁵¹ Berger y Luckmann, *The Social Construction of Reality*...

⁵² Volosinov, *Marxism and the Philosophy of Language*...

⁵³ Poulantzas, *Political Power and Social Classes*...; y Althusser, «Ideology and Ideological State Apparatuses...».

del delito y la ley que han surgido a través de la lucha entre las clases dominantes y subordinadas en momentos y etapas particulares del desarrollo de las formaciones sociales capitalistas y sus estructuras civiles, jurídicas, políticas e ideológicas: «Cada modo de producción produce sus relaciones jurídicas específicas, sus formas políticas, etc.».⁵⁴ Las leyes, afirmaba Marx, contribuyen a «perpetuar un determinado modo de producción», aunque la influencia que ejercen «en la conservación de las condiciones de distribución existentes y el efecto que con ello ejercen en la producción tiene que ser examinado por separado». Las formas de concebir el delito, la sociedad y la ley, elaboradas en estas diferentes perspectivas teóricas y materializadas en las prácticas y aparatos de los sistemas de justicia legal y penal, permanecen activas en la estructuración del sentido común y «pesan en el cerebro de los vivos». Así, de forma inconsciente, a menudo incoherente, cuando pensamos la cuestión del delito en el marco de las ideas del sentido común, la gran mayoría de nosotros no disponemos de otro equipo o aparato mental, de otras categorías sociales de pensamiento, aparte de las que se han construido para nosotros en otros momentos del tiempo, en otros espacios de la formación social. Así, cada una de las fases del desarrollo de nuestra formación social ha transmitido a nuestra generación una serie de ideas seminales sobre la delincuencia; y estas «formas dormidas» vuelven a activarse cada vez que se despliega el pensamiento del sentido común sobre la delincuencia. Las ideas e imágenes sociales de la delincuencia que se han plasmado en las prácticas jurídicas y políticas proporcionan históricamente los horizontes de pensamiento actuales dentro de nuestra conciencia; seguimos «pensando» la delincuencia *en ellas*, y ellas siguen pensando la delincuencia *a través de nosotros*. En conclusión, queremos identificar una o dos de estas ideas seminales que todavía parecen tener fuerza en nuestras ideas de sentido común sobre el delito y la ley.

Las primeras ideas sobre la ley estaban estrechamente ligadas a la noción de su origen y garantía divinos. Aunque la ley regulaba las relaciones de los hombres, incluida su vida secular, procedía de Dios o de los dioses; y, en la medida en que su dispensación e interpretación eran ejercidas por la casta sacerdotal o por el gobernante y el rey, estos preservaban el elemento divino, dado por Dios, en la ley —así como el elemento antidiávolo, rebelde contra el orden dado— que implicaba la noción de «delito». El derecho antiguo tenía otra fuente: la costumbre. Las costumbres y las formas populares del grupo o de la comunidad constituyan algo tan «sagrado» como la palabra de los dioses; y, de hecho, dado que la costumbre regulaba poderosamente buena parte de las relaciones seculares del hombre —especialmente las relaciones cruciales de parentesco y propiedad—, la «violación de la costumbre» (es decir, el hecho de ir en contra de las formas consuetudinarias

⁵⁴ Marx, *Grundrisse...*

del pueblo) conllevaba la más poderosa de las sanciones. Aunque ya está lejos de nosotros en el tiempo, no cabe duda de que algunas de estas ideas —transmitidas e integradas, de forma modificada, en los sistemas jurídicos y en las ideas más modernas sobre la delincuencia— constituyen la línea de base de muchos de los sentimientos, mal definidos pero poderosos, que conforman lo que hemos llamado la actitud «tradicionalista»: la creencia de que el delito es una infracción, tanto contra la ley moral divina como contra la comunidad; la asociación del delito con el Mal; el vínculo entre «la ley» y las «costumbres» tradicionales del pueblo; el concepto de castigo como sanción contra la desviación; sobre todo, la asociación de la ley y la conducta correcta con la jerarquía, la autoridad y con el peso y el precedente —la «sacralidad»— del pasado. Sería difícil comprender algunos de nuestros sentimientos más primitivos sobre la ley y el delito sin entender sus raíces en las antiguas ideas y formas de la ley.

Maine concibió el paso de las ideas antiguas a las modernas en el campo del derecho en términos de dos movimientos conectados: el paso «del estatus al contrato» y el paso, «que parte, como de un término de la historia, de una condición de la sociedad en la que todas las relaciones de las personas se resumen en las relaciones de la familia, [...] hacia una fase del orden social en la que todas estas relaciones surgen del libre acuerdo de los individuos».⁵⁵ Esta última concepción del derecho, que Maine denominó «sociedades contractuales», fue el producto de la Ilustración, o dicho de otro modo, formó parte de esa inmensa revolución en las estructuras y perspectivas que marcó la aparición de la sociedad burguesa. Las concepciones clásicas de la ley y la definición «clásica» del delito proceden de esta primera forma «progresista» de la sociedad burguesa. A ello contribuyeron los grandes exponentes del «individualismo posesivo» y los grandes teóricos del «contrato social» (Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau), así como los grandes codificadores del derecho penal (Beccaria). Se consagró al «individuo libre» en el corazón y en el centro de esta idea del derecho —así como de su opuesto, el delito—; el «individuo posesivo» no estaba impulsado por el «pecado», sino por el interés y el egoísmo; el derecho, el Estado y la «sociedad» eran las limitaciones autoimpuestas que los individuos libres y soberanos asumían —en forma de «contrato» en sociedad—. Esta concepción fue plasmada de forma clásica por Beccaria:

Las leyes son las condiciones bajo las cuales los hombres, naturalmente independientes, se unieron en sociedad. Cansados de vivir en un continuo estado de guerra [...] sacrificaron una parte de ella, para disfrutar del resto en paz y seguridad. Pero [...] también era necesario

⁵⁵ H. Maine, *Ancient Law*, Londres, Dent, 1917; citado en V. Aubert (ed.), *The Sociology of Law*, Harmondsworth, Penguin, 1969.

defenderla de la usurpación de cada individuo, que siempre se esforzaría no solo por apartar su propia porción de la masa, sino por invadir la de los demás. Por lo tanto, fueron necesarios algunos motivos que golpearan los sentidos para evitar que el despotismo de cada individuo sumiera a la sociedad en su antiguo caos. Tales motivos son los castigos establecidos contra los transgresores de la ley.⁵⁶

Aunque las concepciones clásicas de la ley y el delito a menudo se planteaban en términos «naturales» —derechos naturales, derecho natural—, los intereses particulares y el destino histórico de la burguesía emergente, vinculados a la protección de la propiedad, la racionalidad del mercado y la base «racional» del poder del Estado, del Leviatán, estaban claramente «universalizados» en su seno. Sin las huellas de estas ideologías y de las prácticas que las realizaban, literalmente no podríamos pensar ahora ciertos conceptos jurídicos modernos. La doctrina de la «responsabilidad individual», que es una piedra angular de la práctica judicial, comienza aquí; también lo hace el concepto de la inviolabilidad de los «contratos libremente celebrados», y del «contrato de los individuos libres entre sí en la sociedad», el fundamento sagrado y la garantía de todos los demás contratos; lo hace la equiparación en la ley de la «persona» con la propiedad privada; y lo hace la creencia fundamental de que la ley defiende y protege lo que, a su vez, *nos* protege y defiende *a nosotros* y que, por lo tanto, el delito es una señal de que el egoísmo ha escapado de los lazos disciplinarios de la vida social y se ha «desbocado». Dado que el «individuo libre» era soberano, los hombres podían elegir una conducta favorable o destructiva para la «sociedad», de ahí la doctrina de la responsabilidad por el delito. Pero, como los hombres también eran «racionales», renunciaron a algo para asegurar todo. La racionalidad del hombre se identificaba con el consenso social de los individuos libres, iguales ante la ley; también estaba «en la práctica siempre enfrentada a las pasiones de un interés propio irreflexivo».⁵⁷ Esta imagen tan específica de la racionalidad se convirtió en la base de una teoría del «hombre universal»: al igual que en su contraparte, la economía política, el hombre burgués se convirtió en el paradigma del hombre «natural», del hombre como tal.

Las concepciones de la libertad, del contrato, de la responsabilidad y de «lo racional» generadas en la revolución progresista o clásica constituyen el núcleo de algunas de nuestras ideas «modernas» más profundas sobre el derecho y el delito. Pero los procesos reales del sistema jurídico, en sus manifestaciones cotidianas, aunque se basan en estos presupuestos, han sido ampliamente modificados por un cambio posterior en la estructura de las ideas jurídicas: el impacto del positivismo y los inicios

⁵⁶ Citado en I. Taylor, P. Walton y J. Young, *The New Criminology: For a Social Theory of Deviance*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1973, p. 1.

⁵⁷ Ibídem.

de las «posiciones deterministas», que han configurado profundamente las nociones modernas del delito y que se han consagrado en el corazón del sistema penal en lo que se llamó la «revisión neoclásica». La revisión neoclásica fue el producto, no de la sociedad burguesa de mercado competitiva, sino del capitalismo industrial como sistema social corporativo cada vez más organizado. En las concepciones clásicas del contrato libre penetró gradualmente el sentido de todas aquellas fuerzas poderosas que modificaban y restringían el libre juego de las voluntades libres. Bentham, cuya racionalidad lo llevó a menudo más allá de los límites que la racionalidad del individualismo de mercado asumía en su época, había pedido, ya en 1778, un estudio sistemático de la delincuencia, así como estadísticas periódicas sobre los delincuentes; estas constituirían, dijo, «una especie de barómetro político».⁵⁸ Y, a medida que el capitalismo industrial rehacía el mundo a su imagen y semejanza, quedaba progresivamente claro que no era los individuos contratados, sino las clases contratadas, y las condiciones sociales en las que estas vivían y trabajaban, los organismos históricos determinantes. En este nuevo marco, las «clases trabajadoras» y las «clases peligrosas y criminales» asumieron una nueva y amenazante identidad: había comenzado lo que Chevalier ha llamado la metamorfosis de la «cuestión criminal en la cuestión social».⁵⁹ El impacto de Marx y Durkheim en las ideas jurídicas fue una consecuencia de este intento de pensar el delito en términos de sus orígenes sociales. En la tradición neoclásica, aunque la doctrina de la «responsabilidad individual» permaneció intacta en su centro, las acciones de los hombres parecían cada vez más moldeadas por fuerzas que no estaban bajo su control, en sociedades que, en su tamaño y complejidad, empequeñecían la razón y la voluntad del hombre. Las grandes investigaciones inglesas sobre las condiciones sociales de las clases industriales y criminales, desde Mayhew hasta Booth, y la gran acumulación de «estadísticas morales», utilizando el delito como «barómetro» de la desorganización social —a lo que contribuyeron los investigadores franceses, precursores de Durkheim— comenzó a remodelar las concepciones populares y jurídicas del delito. Había comenzado la era del positivismo biológico y psicológico y del determinismo sociológico —junto con la era del capitalismo industrial desarrollado—; al lado de la ley surgió la «ciencia del crimen»: la criminología, el estudio de las condiciones y la etiología del impulso criminal, con sus raíces en las anteriores «estadísticas morales».

Debemos señalar que los movimientos que dan forma a esta segunda transformación del pensamiento y la práctica jurídica —al igual que la primera transformación— no se producen *dentro* del aparato jurídico, sino

⁵⁸ Citado en L. Radzinowicz, *Ideology and Crime: A Study of Crime in its Social and Historical Context*, Londres, Heinemann, 1966.

⁵⁹ Chevalier, *Labouring Classes and Dangerous Classes...*

que lo modifican a través de su impacto en el mismo desde el exterior. Como ha señalado Pearson,⁶⁰ algunos elementos de esta nueva corriente de pensamiento sobre la delincuencia son visibles en el trabajo de muchos de los «investigadores morales» de la vida urbana del siglo XIX; pero su codificación y sistematización tuvo lugar dentro de la criminología y en sus relaciones con (y préstamos de) otras «ciencias humanas»: la sociología, la psicología y la psiquiatría. No podemos dejar aquí nuestro tema principal para seguir los cambios y desarrollos en la teorización de la etiología del delito,⁶¹ sino que nos limitamos a centrarnos en la aparición del determinismo psicologista y ambientalista como dos de las tendencias cruciales con las que se alineó la práctica jurídica.

No existe una transferencia directa y sencilla de estas ideas a la práctica jurídica desde la criminología, aunque, como ha argumentado Cohen,⁶² la naturaleza profundamente *pragmática* de la criminología inglesa ha promovido conexiones persistentes y estrechas con la elaboración de políticas, especialmente en la reforma humanitaria de las instituciones penitenciarias. Sin embargo, la modificación real de la ley para tener en cuenta esta «revolución positivista» dependía de la expansión y la intervención organizada de las agencias profesionales y semiprofesionales. Los dos aparatos cruciales con respecto del derecho penal son las «profesiones psiquiátricas» y el desarrollo de las agencias de trabajo social dentro del Estado. Estas instituciones han sido las «portadoras prácticas» de estas ideologías para la modificación de la ley. No solo las que han modificado las *ideas* de la responsabilidad penal en la ley, sino las que han proporcionado alternativas prácticas para la disposición del delinquente: alternativas terapéuticas y basadas en el tratamiento frente a la política penal «correccional». Si el derecho clásico se formuló dentro del Estado del *laissez-faire* del primer capitalismo, estas reformulaciones han tomado forma dentro de la organización de un Estado de bienestar intervencionista.

No podemos seguir rastreando el complejo desarrollo de estas dos vertientes principales en la modificación del derecho penal en este contexto.⁶³ Solo podemos señalar sus parámetros generales. En primer lugar, ambas están organizadas por un determinismo *individualista*. Los límites de sus horizontes teóricos se limitan en gran medida a la interacción psicológica del individuo y la familia, aunque el trabajo social es teóricamente más ambiguo que la psiquiatría clínica en este sentido. De hecho, la orientación

⁶⁰ Pearson, *The Deviant Imagination...*

⁶¹ Véase Taylor, Walton y Young, *The New Criminology...*; y S. Cohen, «Criminology and the Sociology of Deviance in Britain» en Rock y McIntosh (eds.), *Deviance and Social Control*.

⁶² Cohen, «Criminology and the Sociology of Deviance in Britain...».

⁶³ Para algunos de los elementos del desarrollo del trabajo social, véase, entre otros: G. Steadman-Jones, *Outcast London*, Oxford University Press, 1973; Pearson, *The Deviant Imagination...*; R. Bailey y M. Brake (eds.), *Radical Social Work*, Londres, Arnold, 1976.

(históricamente derivada) del trabajo social centrada en el individuo fue uno de los factores que predispusieron a su inmersión profesional bajo lo que se ha llamado el «diluvio psiquiátrico», con la psiquiatría como principal «organizador teórico» del trabajo social. Ambas perspectivas ocupan el mismo «espacio teórico» (el individualismo) aunque con orígenes y resultados bastante diferentes.

En segundo lugar, ambas vertientes han modificado históricamente el derecho penal, pero como «exenciones» de sus principios centrales, en lugar de transformar dichos principios. Funcionan sobre la base de demostrar que los *casos individuales* no cumplen los criterios de «responsabilidad individual» debido a *factores eximentes*: los individuos tienen en cierto sentido una «responsabilidad disminuida». En el caso de la psiquiatría, esto se demuestra «clínicamente»: el individuo necesita «tratamiento». Los principios de exención en el ámbito del trabajo social son más laxos: incluyen insuficiencias predisponentes de diversa índole y se ofrece al tribunal la posibilidad de que el individuo responda al contacto personal rehabilitador, es decir, a la supervisión. La única excepción a este estatus esencialmente *marginal* de las revisiones progresistas de las posiciones clásicas sobre el delito dentro del aparato legal se ha restringido a la esfera de funcionamiento del tribunal de menores, donde los niños han sido aceptados como incapaces de «responsabilidad penal» como *categoría social*.⁶⁴ Este es el único elemento del aparato jurídico en el que los principios del trabajo social han llegado a dominar a los principios jurídicos clásicos. (Las demandas actuales de reorganización del tribunal y de supresión o modificación de la *Children and Young Persons Act* [Ley de la Infancia y la Juventud] de 1969 tienen como objetivo, en parte, eliminar el predominio «asistencialista» en este sector).

En tercer lugar, debemos señalar que esta posición marginal del progresismo dentro del derecho se refleja en el fracaso de la «imaginación progresista» para afectar y reorganizar en lo fundamental las concepciones populares del delito y la ley. El marco psiquiátrico se conecta solo en el sentido más amplio —añadiendo algunos materiales e ilustraciones en la designación más fundamental de sentido común de lo incomprendible acerca de «cómo pueden haber actuado así»—, mientras que el desarrollo de trabajo social ha sido, más a menudo, visto como «blando», *excusando* al criminal por sus acciones. Se ha añadido combustible a esta concepción en los recientes y muy publicitados «juicios erróneos» y en los «errores» de los trabajadores sociales en relación con los casos de «palizas infantiles» y de la «sexualidad» de sus jóvenes acusados. Estos casos han proporcionado

⁶⁴ Véase J. Clarke, «The Three R's: Repression, Rescue and Rehabilitation: Ideologies of Control for Working Class Youth», *C.C.S. Stencilled Paper No. 41*, University of Birmingham, 1976.

una poderosa munición al ataque tradicionalista contra el «progresismo blando» de las agencias de bienestar.

Las conexiones de esta ideología progresista «reformista» con la clase obrera son extremadamente complejas. En el nivel más fundamental, la lucha organizada de la clase obrera ha desempeñado un papel crucial a la hora de forzar la expansión del Estado en una dirección orientada al bienestar. Sin embargo, la orientación de la política social del Partido Laborista (reformismo fabiano) ha sido moldeada masivamente por la nueva pequeña burguesía.⁶⁵ Las demandas socialdemócratas de igualdad, bienestar y de la «sociedad del cuidado» han tomado una forma fuertemente estructurada por las concepciones que sostienen estas profesiones y semiprofesiones liberales «desinteresadas».

Así, en un nivel, hay poderosas conexiones materiales entre esta ideología reformista y el reformismo socialdemócrata de gran parte de la política de la clase obrera inglesa: este toca demandas cruciales de mejora material, seguridad frente a los caprichos del capitalismo y mayor igualdad en la provisión de recursos materiales y culturales, etc. Pero hay ambigüedades cruciales en la forma en que la clase experimenta su propio logro aparente. La sospecha respecto de los «fisgones del Estado», la desconfianza en las actividades de los «buenistas» de clase media, los progresistas «compasivos» que se interesan en exceso por las «buenas causas», un Estado del bienestar que gasta su dinero en los inmigrantes y en los «gorrones» y que, al mismo tiempo, no ha cumplido sus promesas a los trabajadores diligentes y esforzados, todo ello recapitula tanto la división del trabajo «mental» y el trabajo «manual» que señalamos antes, como la segmentación interna de la propia clase obrera: los «respetables y la chusma» y el fraccionamiento «racial». Esta actitud contradictoria de la clase obrera ante el «reformismo del bienestar» en el ámbito jurídico-penal refleja una realidad fundamentalmente contradictoria, que difiere de las promesas del Estado del bienestar como medio para alcanzar el ideal de la «sociedad justa».

Además, la ideología progresista-reformista —aunque es la que más concretamente conecta con estas cuestiones materiales— es la menos segura en el terreno de la delincuencia. Ya hemos visto cómo cada uno de los temas centrales de la cosmovisión tradicionalista tocaba y atraía a su ámbito la cuestión de la delincuencia. La ideología progresista no consigue abordar de forma tan concreta la experiencia de la clase trabajadora con la delincuencia, sino que se mantiene distanciada y

⁶⁵ Véase E. J. Hobsbawm, *Labouring Men*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1964 [ed. cast.: *Trabajadores: estudios de historia de la clase obrera*, Ricardo Pochtar (trad.), Barcelona, Crítica, 1979]; I. Taylor, P. Walton y J. Young, «Critical Criminology in Britain: Review and Prospects» en Taylor, Walton y Young (eds.), *Critical Criminology...*

abstracta. Incluso en el seno del Partido Laborista, la alianza, por lo demás sólida, con la ideología progresista ha sido siempre profundamente ambigua en lo referido al tema de la delincuencia, lo que implica tanto una legislación «liberalizadora», por ejemplo, sobre el tribunal de menores, como medidas profundamente represivas, por ejemplo, la aplicación del informe Mountbatten sobre el alojamiento seguro para los presos de larga duración.⁶⁶ La relativa debilidad de la posición progresista sobre la delincuencia, en los diferentes terrenos que hemos examinado (dentro del aparato legal, en relación con la conciencia popular y en el nivel de la política organizada), constituye una característica crucial de esa posición: su naturaleza fundamentalmente *defensiva*. En relación con la delincuencia, el reformismo progresista se mantiene esencialmente a la defensiva: razonablemente fuerte en los buenos tiempos y capaz durante un tiempo de marcar el ritmo de la reforma, pero capaz también de verse rápidamente erosionado cuando los tiempos no son tan buenos y sometido a la presión de la estructura más convencional de creencias sobre la delincuencia. Uno de los rasgos más notables del episodio de los «atracos», por ejemplo, es el hecho de que, bajo la presión de un creciente temor público por los atracos, esta perspectiva progresista-humanitaria-reformista desaparece más o menos temporalmente, tal y como ocurre en los editoriales de los periódicos, y aparece en posiciones subordinadas y defensivas en otros lugares. Desde el punto de vista del imaginario del sentido común, las opiniones progresistas sobre la delincuencia representan una estructura de ideas frágil y compensatoria. En condiciones de tensión, no poseen una base social suficiente ni arraigo ideológico real como para determinar la naturaleza de las reacciones públicas ante la delincuencia, una vez que las categorías tradicionales de pensamiento se han movilizado por la vía de la angustia social y el emprendimiento moral.

En este capítulo hemos intentado reunir, de forma inevitablemente especulativa, una serie de temas y problemas. Al tratar de rastrear la reacción al delito desde su origen en los medios de comunicación (donde está sujeta a una compleja estructuración) hasta su variada expresión en la «opinión pública», hemos tratado de socavar dos proposiciones falsas, aparentemente opuestas, pero en realidad *complementarias*, que afectan a gran parte del pensamiento radical sobre la cuestión del delito. La primera es que el tradicionalismo del temperamento público sobre la delincuencia es el producto de una conspiración por parte de las clases dominantes y sus aliados en los medios de comunicación. La segunda es que existe realmente una única cosa llamada «cultura inglesa» o «pensamiento inglés»

⁶⁶ Sobre esta ambigua relación, véase Taylor, Walton y Young, «Critical Criminology in Britain...».

y que es abrumadoramente conservadora en su esencia. Ninguna de las dos cosas, argumentamos, explica adecuadamente el carácter contradictorio de las «ideologías inglesas». Por lo tanto, es de suma importancia intentar penetrar por debajo de estas «unidades» hasta sus antagonismos subyacentes. Esto nos lleva a explorar algunos de los procesos por los que las ideas han sido *hegemonizadas* por las clases dominantes en la sociedad capitalista. Esta crítica no romperá por sí misma las estructuras de la hegemonía, pero constituye uno de los primeros requisitos, una condición necesaria, de esa ruptura. Más allá de esa ruptura se encuentran alternativas que todavía se vislumbran solo parcial e irregularmente, que solo están presentes cuando las clases dominadas se alinean con su movimiento histórico y desarrollan estrategias de acción y modos de pensamiento que rompen las estructuras internas que fijan su subordinación. En ese espacio alternativo se encuentra *también* la finalización de los procesos de «criminalización» existentes: una visión alternativa del delito y la ley como producto de fuerzas sociales antagónicas, y de su incidencia y funcionamiento como uno de los principales medios por los que se asegura la dominación de clase. La ley sigue siendo una de las instituciones coercitivas centrales del Estado capitalista; y está *acoplada* de manera fundamental con la estructura del delito, con la forma en la que se percibe el delito y con la forma en la que el delito obliga a los subordinados de la sociedad a refugiarse bajo un orden hegemónico:

Pero cuando los hombres se separan o se sienten separados de las instituciones tradicionales, surge, junto con el espectro del individuo perdido, el espectro de la autoridad perdida. Los temores y las angustias recorren el paisaje intelectual, como perros sin amo. Inevitablemente, en tales circunstancias, la mente de los hombres se vuelve hacia el problema de la autoridad.⁶⁷

Al plantear este problema —el «problema de la autoridad»— nuestro análisis no puede quedarse en el nivel del análisis de las ideologías del delito. En este capítulo hemos intentado plantear y responder a preguntas sobre cómo las complejas ideologías del delito proporcionan la base, en ciertos momentos, para las alianzas entre clases en apoyo de la «autoridad». Pero la autoridad en sí misma no es algo que vayamos a descubrir aquí. Las condiciones y formas de su ejercicio, las condiciones bajo las cuales el *apoyo* a la autoridad necesita ser movilizado activamente, no pueden ser formadas sobre las ideologías del delito. El «problema de la

⁶⁷ R. Nisbet, *The Sociological Tradition*, Nueva York, Basic Books, 1966 [ed. cast.: *La formación del pensamiento sociológico*, Enrique Molina de Vedia (trad.), Buenos Aires, Amorortu, 1969].

autoridad» nos remite a otro nivel de análisis, a otro terreno de la organización social, como decía Gramsci:

Se habla de una «crisis de autoridad»: se trata precisamente de la crisis de hegemonía, o de la crisis general del Estado.⁶⁸

⁶⁸ Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks...*, p. 210.

TERCERA PARTE

VII

EL DELITO, LA LEY Y EL ESTADO

EN EL NIVEL MÁS SIMPLE, el término «atraco» se refiere a un delito; por lo tanto, la reacción al «atraco» puede entenderse como parte de las funciones habituales del poder judicial. Esta es la visión del sentido común del fenómeno del «atraco», y debemos reconocer, una vez más, la fuerza que tiene. Sin embargo, como explicación —como hemos intentado demostrar—, la perspectiva convencional del delito / control del delito es totalmente inadecuada. La referencia inmediata y de sentido común que conlleva el término «atraco» vuelve a ser de uso generalizado: un patrón de delitos callejeros contra víctimas inocentes perpetrados, a veces con una violencia inesperada, para obtener un beneficio. Pero, en el momento en que nos preguntamos de dónde procede el término, cómo se ha introducido en su uso de sentido común y qué significados y asociaciones moviliza, su inmediatez y transparencia se nublan. Aquí hay más de lo que parece. La policía alertó, en algún momento entre 1971 y 1972, de su creciente amenaza; la población se sensibilizó, especialmente en ciertas zonas urbanas (véase el capítulo 10). Pero en cuanto nos preguntamos qué grupos están más implicados, contra quiénes se moviliza la policía en este periodo, nos encontramos, de nuevo, en aguas más profundas de lo esperado. Hipotéticamente, las relaciones entre los jóvenes negros y la policía en las zonas del gueto *podrían* haber llegado al desastroso estado actual *porque* los jóvenes negros se han dedicado cada vez más al «atraco». Se trata de una deducción nada plausible. El largo deterioro de las relaciones entre la policía y los negros había comenzado a finales de la década de 1960 y no a principios de la de 1970; es previo al pánico a los «atracos». Las pruebas presentadas ante el Select Committee on Police / Immigrant Relations de la Cámara de los Comunes hacen referencia a una serie de cuestiones que contribuyen a la grave y mutua erosión de la confianza entre ambos grupos;¹ el «atraco» no ocupa un lugar destacado entre ellas. Los numerosos casos relatados en el libro de Derek Humphry, *Police Power and Black People*, son anteriores al pánico a los «atracos».² Si se puede deducir una secuencia simple de algún tipo, sería el deterioro de

¹ *Deedes Report...*

² Humphry, *Police Power and Black People...*

las relaciones entre la policía y la población negra, seguido de un aumento de los «atracos». Todavía no se trata de una secuencia causal; a la cadena de circunstancias le faltan todas las mediaciones necesarias. Pero la secuencia hipotética planteada anteriormente es en realidad más plausible que la de sentido común que ahora —creemos— está siendo ampliamente aceptada. El pánico al «atraco» surge, no de la nada, sino de un campo de extrema tensión, hostilidad y sospecha sostenido por las relaciones entre la policía y las comunidades negras. La delincuencia, por sí sola, no explica su génesis.

Una vez que apareció, el temor por los «atracos» en el periodo 1972-1973 tocó claramente un nervio de la angustia pública. De nuevo a primera vista, parece como si lo que ocurriera es que la delincuencia callejera aumentase, el público se alarmara y esa alarma desencadenara una respuesta oficial y judicial; esa es la opinión común. Tendría mayor credibilidad si el «atraco» hubiera sido el primer pánico de este tipo y si la génesis de la angustia pública se hubiera basado claramente en la «evidencia clara» de la tasa de aumento de la delincuencia callejera. Pero este no es el caso. Hemos señalado, y vamos a analizar con más detalle en breve, la *sucesión* de «pánicos morales» centrados en la desviación y el comportamiento antisocial de los jóvenes que se han sucedido a lo largo de todo el periodo de posguerra. En este ciclo, el «atraco» tiene una ocurrencia relativamente tardía. De hecho, surge en medio de un pánico moral general sobre el «aumento de la tasa de criminalidad»; lejos de desencadenar la existencia de lo que no existe previamente, se *centra* claramente en lo que ya existe y flota libremente. El *encaje*, aquí, entre una predisposición a descubrir el «delito» como la causa detrás de todo mal social general y la producción específica del «atracador» como demonio popular, es de hecho casi demasiado perfecto y conveniente para ser cierto. Pero entonces debemos preguntarnos, ¿por qué la sociedad *ya estaba* predisposta a tener pánico a la delincuencia? ¿Cómo se relaciona esta predisposición con la forma en que la sociedad reacciona cuando se descubre y se produce una causa tangible de preocupación, en las cifras «duras» y convincentes de los titulares sobre «atracos»? Estas preguntas nos llevan más allá del marco del sentido común. Plantean cuestiones que no pueden resolverse desde la perspectiva convencional de la delincuencia y su control. Subvierten la sabiduría ingenua y de sentido común sobre los «atracos». Por muy claro que parezca el caso, este resulta inadecuado. En el momento en que invertíamos el sentido común, más nos parecía que nos aproximábamos a la verdad. Por eso, nos hemos visto obligados a examinar de nuevo el fenómeno del «atraco», no solo sobre un fondo histórico mucho más amplio, sino, por así decir, a la inversa: a través de sus paradojas. Si una etiqueta precede a un delito y el brazo judicial del Estado se enzarza en una lucha con un sector de la comunidad que luego produce sus delincuentes; si la sociedad muestra una clara predisposición a entrar

en pánico por este aspecto del «aumento de la delincuencia» antes de descubrir un caso concreto del delito por el que entrar en pánico, entonces es necesario dirigirse, en primer lugar, no al delito, como a lo que parece más problemático: *la reacción al delito*. Planteamos así ahora el problema en su forma más paradójica: ¿podría ser posible —históricamente plausible— que una reacción ante la delincuencia por parte de la sociedad precediera a la aparición de un patrón de delitos?

Esta cuestión no implica —insistimos— una simple inversión. La exigencia de comenzar una explicación del «atraco» en algún lugar que no sea la pregunta de quién cometió primero qué y cuándo lo hizo, *no* implica defender que tal delito nunca existiera. *No* creemos que la policía o algún otro organismo del Estado se haya inventado los «atracos» y la delincuencia callejera de la nada. Sin duda, entre 1971 y 1973 y desde entonces, en las calles o en espacios abiertos se ha robado a personas, se les ha despojado de su propiedad, a veces sin que se dieran cuenta, pero a menudo acompañadas de un trato físico brusco; un cierto número de víctimas han sido agredidas en el curso del robo y algunas han sido heridas de gravedad. El «atraco» no se ha producido, «tal cual», desde la dirección de la cultura del control; no es simplemente una conspiración de la clase dirigente. Además, cuando va acompañado de violencia, tiene en ocasiones graves consecuencias físicas y emocionales para sus víctimas, muchas de las cuales son ancianas o no están en condiciones de soportar el trauma del encuentro y pocas de ellas nadan en la abundancia. No es un hecho social agradable de contemplar y no forma parte de nuestro argumento que este deba ser «excusado». De hecho, *no* nos dedicamos a hacer juicios morales individuales. Pero, para prevenir cualquier malentendido, dejemos claro que, al igual que no creemos que el «atraco» haya sido inventado por el Estado, tampoco creemos que la delincuencia callejera sea una aventura romántica desviada. Hay una posición política que sugiere que *cualquier cosa* que altere el orden social o incluso el tenor de la vida burguesa es *algo bueno*. Es una posición defendible, pero no es la nuestra. Con independencia de todo lo demás, ningún orden social existente que conozcamos se ha visto modificado por las hazañas de individuos que estafan a otros individuos de su propia clase subordinada. Nuestro argumento, simplemente, no se lleva a cabo dentro de este marco de referencia individual o dentro de los cálculos del sentido común, de la culpa o la alabanza individual. Culpar a las acciones de los individuos dentro de una estructura histórica determinada, *sin tener en cuenta esa estructura en sí misma*, es una forma fácil y habitual de ejercer una conciencia moral sin asumir ninguno de sus costes. Es el último refugio del progresismo [*liberalism*].

Insistimos, sin embargo, en que aún está lejos de demostrarse (i) que haya habido *más* delitos de este tipo en el periodo 1972-1973 que en cualquier otro momento anterior; y (ii) que cualquier tasa de aumento se corresponda exactamente con las cifras oficiales que arrojan las estadísticas criminales. Sin forzar demasiado el argumento en este momento, nos limitamos a sugerir un *escenario* alternativo, que debe tomarse en conjunción con la crítica anterior que hicimos a la naturaleza, presentación y «uso» de las estadísticas criminales (véase el capítulo 1). Un delito como el «atraco» —que, como hemos sugerido, tiene *muchas* similitudes con formas tradicionales y antiguas de delincuencia callejera (y que, de hecho, se está aplicando actualmente a lo que son claramente delitos de carterismo)³— *podría* convertirse fácilmente en el centro de la atención oficial y pública, no porque su número aumente, sino porque un grupo social muy distinto parece estar involucrado. Por ejemplo, supongamos que la inmensa mayoría de los delitos callejeros en los distritos urbanos de clase trabajadora empezaran de repente a ser perpetrados por chicos blancos de clase media-alta que asisten a institutos de élite; o supongamos que la mayoría de los delitos callejeros se acompañan de repente de un cartel con el lema «Por un Ulster libre y una República Irlandesa Unida». Los ejemplos son hipotéticos y descabellados. Pero ayudan a reforzar el punto de que un simple *aumento en el número de delitos cometidos* no es en absoluto la única razón por la que la atención pública podría centrarse repentinamente en una «nueva y dramática variedad de delitos». Esto también podría producirse debido a un cambio significativo en la composición social de los delincuentes, o si el delito se invistiera con un propósito y significado político manifiesto. Aquí, de nuevo, la visión del sentido común no resiste mucho tiempo a la inspección escéptica.

Nos hemos negado, por lo tanto, a movernos en los relatos aceptados y convencionales del pánico a los «atracos». No cabe duda de que en breve alguien escribirá un libro en el que nos dirá exactamente cuántos «atracos» se perpetraron, quiénes fueron las víctimas y quiénes los agresores. Nuestro relato no intenta apuntalar una serie de proposiciones de partida poco sólidas, sino interrogar el asunto desde su lado más problemático. ¿Por qué la sociedad reacciona al «atraco» como lo hace, cuando lo hace? ¿A qué, exactamente, se debe esta reacción? Este punto de partida deriva de una hipótesis inicial a la que apuntan todos los indicios, una vez libres del control del sentido común sobre ellos: se trata de que *parece haber una vigorosa reacción al «atraco» como fenómeno sociocriminal antes de que haya ningún «atraco» real al que reaccionar*. Vamos a explicar lo que implica este punto de partida alterado, el cambio de terreno que conlleva el nuevo punto de vista. ¿Por qué Gran Bretaña se encuentra inmersa en un remolino moral

³ Véase D. Humphry, *The Sunday Times*, 31 de octubre de 1976.

a propósito de la «delincuencia» a principios de la década de 1970? ¿Por qué la «cultura del control» está tan sensibilizada y movilizada contra una potencial amenaza de «atraco», y por qué esta sensibilización previa se produce contra un grupo social y étnico tan específico de la comunidad? ¿Por qué la mera idea del «atraco» desencadena temores y angustias sociales tan profundos en el público en general y en la prensa? En resumen, ¿cuál es el contenido social e histórico reprimido en el «atraco» y en la respuesta que provoca? ¿Qué nos dice esto sobre la naturaleza del control social, las ideologías del delito, el papel del Estado y sus aparatos, la coyuntura histórica y política en la que aparece este ciclo? Estas preguntas apuntan a aspectos y estratos de la sociedad muy alejados del terreno «normal» de la delincuencia «normal» y de su prevención «normal». Quizás el rasgo más inmediatamente preocupante sea la clara discrepancia entre la magnitud de la «amenaza» —incluso basándonos en los cálculos oficiales— y la magnitud de las medidas adoptadas para prevenirla y contenerla. Esa discrepancia por sí sola nos orienta hacia nuevas dimensiones de explicación.

Este cambio se caracteriza a veces como el paso de una visión criminológica tradicional a una visión transaccional de la delincuencia: el «atraco» se considera ahora la consecuencia, en gran medida, de la etiqueta de la desviación y como el resultado de los encuentros transaccionales entre los «atracadores» y las fuerzas del orden. No cabe duda de que estos procesos transaccionales estaban en marcha sobre el terreno y pueden haber provocado algunas de las consecuencias amplificadoras a las que las explicaciones transaccionales de la desviación han apuntado tan agudamente. Es plausible que las Anti-Mugging Squads, formadas específicamente para buscar y prevenir las hazañas delictivas en el metro de Londres, a través de la especialización y la concentración de recursos, así como a través de la anticipación policial, hayan producido más casos —y, por lo tanto, una tasa de criminalidad «más alta»— que si las estadísticas hubieran reflejado simplemente los casos rutinarios de «hurto», «robo» o «carterismo» denunciados por las víctimas. Si la Transport Police creía que los carteristas y los ladrones estaban aumentando en el metro de Londres, y se apostaban de paisano esperando a atrapar a los ladrones, no cabe duda de que encontró a algunos, y que el número pudo incluir a jóvenes que parecían sospechosos, amenazantes u hostiles a la policía por motivos generales, y cuyas acciones ambiguas se disolvieron, por lo tanto, en la conveniente categoría de «ladrones». En resumen, el inicio de un periodo de intensa vigilancia policial puede por sí mismo amplificar rápidamente el volumen de la delincuencia. Otro efecto del aumento de la intensidad del control y la vigilancia de la delincuencia es, a menudo, limpiar la zona de delincuentes potenciales: personas cuyo aspecto, porte y comportamiento podrían interpretarse como infractores de la ley. En este sentido —aparte del efecto

disuasorio del miedo a la detención y a la condena— la prevención y el control de la delincuencia a veces *funcionan*. Pero otro efecto alternativo del aumento del control policial, si las «definiciones políticas de la situación» aciertan en este sentido, es que los jóvenes que se ven a sí mismos como atrapados en una especie de batalla continua con las fuerzas de «la ley y el orden» —y no necesariamente porque ya sean delincuentes confirmados— pueden *dedicarse a robar* porque el robo se convierte, por así decir, en el lugar definido de la lucha continua con «la ley» y el sistema social que esta protege. Hay indicios, en el periodo posterior a 1973, de que el «atraco» *adquiere*, de hecho, un significado casi político de este tipo, en el contexto del conflicto continuo entre los jóvenes negros y la policía. Otra forma de decirlo es que el contenido social oculto de este delito puede haber salido progresivamente a la luz como resultado de las «transacciones» entre la policía y los delincuentes, y que este contenido puede haber sido apropiado positivamente por algunos delincuentes. Hay indicios de que se está produciendo esta evolución, tanto por cómo *cambian* los relatos de primera mano de los jóvenes negros «atracadores» entre 1972-1973 y 1975, como por la manera en que los trabajadores sociales y los activistas comunitarios debaten sobre los «atracos» en las zonas en las que se ha convertido en un tema de candente actualidad. De estas diferentes maneras, se obtiene algo importante al examinar las transacciones entre los «atracadores» y la policía, ya que las definiciones de la situación por parte de unos y otros se modifican. (El «affaire» Spaghetti House de 1975, en el que tres hombres negros secuestraron y tomaron como rehenes a varias personas en un restaurante italiano de Londres, identificándose en un momento dado como activistas políticos y no como simples delincuentes, aunque no fuera un incidente que implicara un «atraco», es uno de los casos más claros y publicitados de las cambiantes definiciones y del emergente contenido «social» de la delincuencia negra durante este periodo).

En general, sin embargo, hemos optado por sustituir una interpretación convencional del delito de «atraco», no tanto por un análisis «transaccional» del delito, como por una visión más histórica y estructural. En este periodo, sostendemos que existen claras fuerzas históricas y estructurales que configuran, por así decir, desde el exterior, las transacciones inmediatas sobre el terreno entre los «atracadores», los potenciales atracadores, sus víctimas y sus aprehensores. En muchos estudios comparables, estas fuerzas mayores y más amplias se limitan a ser señaladas y citadas; sin embargo, su relación directa e indirecta con el fenómeno analizado queda vaga y abstracta, formando parte del «fondo». En nuestro caso, creemos que estas llamadas «cuestiones de fondo» son, de hecho, exactamente las fuerzas críticas que *producen* el «atraco» en la forma específica en que aparece, y lo empujan a lo largo del camino que tomó desde 1972-1973

hasta el presente. Por lo tanto, nos dirigimos a este contexto configurador: intentamos precisar, sin simplificaciones ni reducciones, el resto de las conexiones contradictorias entre los acontecimientos específicos de tipo delictivo y de control del delito, y la coyuntura histórica en la que aparecen. Por supuesto, el punto de vista transaccional contiene importantes y críticos puntos de vista, y nos hemos beneficiado de ellos. Nos recuerdan que no existe la delincuencia, aquí, y la prevención de la delincuencia, allí; solo una *relación* entre ambas: delincuencia y control. Nos recuerdan que la desviación es un fenómeno social e histórico, no «natural»; que para que los actos sean «desviados» deben ser reconocidos, etiquetados y tratados como «delitos»; debe haber una sociedad cuyas normas, reglas y leyes sean transgredidas, instituciones de control cuya tarea sea hacer cumplir las normas y castigar al infractor. Pero la perspectiva transaccional tiende a considerar este proceso de etiquetado y reacción en gran medida a nivel de las microtransacciones, a partir de las cuales se construyen las relaciones entre la ley y el infractor. Sin querer negar que el «orden social» se construye y se mantiene, una y otra vez, en estas innumerables interacciones, sentimos la necesidad de un punto de vista que sea capaz de considerar el papel más amplio y a más largo plazo que desempeñan las instituciones jurídicas, a través del control de la delincuencia, en el mantenimiento de la estabilidad y la cohesión de toda la formación social en la que, en determinadas condiciones, se desarrollan los actos definidos como infracciones de la ley. Tampoco queremos contar la historia como si los actos iniciales de infracción de la ley y el delito no tuvieran ninguna razón o autenticidad. Porque esto sería volver, por un camino extrañamente tortuoso, a la visión estrictamente funcionalista de que, después de todo, la sociedad es un «todo» integrado y plenamente consensuado y que las infracciones, discrepancias y antagonismos dentro de ella son el resultado de las acciones de aquellos que no saben lo que hacen o —para invertir el caso— que sus acciones son las construcciones imaginarias de los controladores, de modo que la desviación se convierte simplemente en una pesadilla del Estado. De nuevo, para plantear el asunto en forma de paradoja: es importante rechazar la opinión de sentido común de que, al fin y al cabo, los atracadores atracaron, la policía los detuvo, los tribunales los encerraron y eso es todo. Pero también es importante insistir en que algunos atracadores atracaron, que el «atraco» *fue* un acontecimiento social e histórico real que surge de su propio tipo de lucha y que tiene su propia racionalidad y «lógica» histórica que debemos desentrañar.

Todo esto apunta a la necesidad de un análisis más diferenciado y situado históricamente. Debemos empezar a distinguir, aunque sea de forma provisional, entre los delitos que son «desviados» con respecto de sus medios, pero que están en consonancia con la estructura y las «normas»

generales de la sociedad, y los delitos que parecen expresar —aunque sea de forma incompleta— un elemento de protesta social o de oposición al orden existente. Tenemos que distinguir, de nuevo de forma provisional, entre aquellas ocasiones en las que la escala de la actividad delictiva y la escala de las medidas adoptadas para contener la delincuencia se encuentran en un equilibrio aproximado entre sí, en las que el control de la delincuencia se entiende mejor como parte de la «represión normalizada» del Estado y su defensa de la propiedad, el individuo y el orden público; y aquellas ocasiones en las que existe una discrepancia radical entre la naturaleza de la «amenaza» y la escala de «contención», o cuando la incidencia de ciertos tipos de delitos parece, de repente, aumentar o asumir un *nuevo* patrón, o cuando el ritmo de la represión y el control legal aumentan rápidamente. Pues estos últimos momentos tienden a coincidir, tanto en el pasado como en el presente, con momentos de una significación histórica más amplia que la contenida por el juego de la represión normalizada sobre la estructura de la delincuencia normal. Estos momentos de «alarma más que normal», seguidos del ejercicio de «control más que normal», han señalado, una y otra vez en el pasado, períodos de profunda agitación social, de crisis económica y de ruptura histórica.

Delincuencia «normal» y delincuencia social

Las complejas relaciones entre la delincuencia, los movimientos políticos y las transformaciones económicas no han recibido todavía la atención que parecen merecer por parte de los historiadores sociales, aunque los recientes trabajos de Hobsbawm, Rudé, Thompson y otros han supuesto un nuevo y bienvenido impulso. Las conexiones no son, por supuesto, sencillas; no se pueden trazar simples rastros evolutivos a través del tiempo histórico, como si los vínculos fueran simples y lineales. La conexión entre la protesta popular y el mantenimiento del orden público es relativamente fácil de ver en los siglos XVIII y XIX, tanto si se observan los disturbios por alimentos, las revueltas rurales, el destrozo de máquinas y las acciones de las «turbas» de la ciudad, como las asambleas políticas declaradas ilegales, los movimientos de reforma, la gran agitación cartista, el nacimiento de los sindicatos o la lucha política de la clase obrera. Pero en este caso, el contenido social y político es relativamente claro e indiscutible en retrospectiva, aunque resulte difícil de clasificar en su momento. Cuando a los movimientos reformistas de la década de 1860 se les prohíbe el derecho a la libertad de expresión en Hyde Park con el argumento de que los «Parques Reales están destinados al recreo y al disfrute del pueblo», pocos pueden dudar de que la imposición tenía un carácter político y no simplemente de «orden público». Se cuenta que en un mitin después de los disturbios de

Trafalgar Square en febrero de 1886 (el lunes negro), John Burns se dirigió a su audiencia como «amigos, camaradas y detectives».⁴ Paradójicamente, en este periodo son las acciones de los socialistas, los radicales y los pobres urbanos las que defienden la muy «burguesa» libertad de reunión. Sin embargo, Engels no tenía muy buena opinión de la filosofía política de la multitud: «los pobres diablos del East End», una «ensalada de chusma» que, una vez terminado su trabajo, volvían al East End cantando «Rule Britannia».⁵ Burns fue «acusado» de «algún tipo de sedición» (fue absuelto); muchos de los que descargaron su ira sobre la propiedad en los alrededores de Trafalgar Square fueron juzgados por lo penal: una cosa lleva a la otra. A lo largo de ese periodo, la labor de contención de la protesta popular, claramente política, se llevó a cabo bajo la ambigua cobertura del «orden público» y sus sanciones.⁶ La conexión es más difícil de establecer cuando la protesta popular asume una forma principalmente «delictiva» en lugar de política.⁷ Aún es más difícil cuando lo que se define como «delito» tiene un claro contenido social o económico que, sin embargo, permanece implícito⁸ o cuando el delito profesional está estrechamente entrelazado con el malestar social o aparece como su precursor literal o figurado.⁹

⁴ El «Black Monday» se refiere a los tumultos ocurridos el 8 de febrero de 1886, que se produjeron por el choque entre los asistentes a dos manifestaciones convocadas simultáneamente en Trafalgar Square aquel día: la de la Fair Trade League (una organización obrera de ideología conservadora) y la de la Social-Democratic Federation liderada por H. M. Hyndman, cuya ideología oscilaba entre un cierto marxismo y nacionalismo de tintes jingoístas. Esto explica seguramente la opinión negativa de Engels hacia los implicados en aquellos tumultos. [N. de E.]

⁵ Steadman-Jones, *Outcast London*.

⁶ Véase Hobsbawm, *Labouring Men..*; F. Mather, *Public Order in the Age of the Chartist*, Manchester University Press, 1959; G. Rudé, *Wilkes and Liberty*, Oxford University Press, 1962; G. Rudé, *The Crowd in History*, Nueva York, Wiley, 1964 [ed. cast.: *La multitud en la historia*, Ofelia Castillo (trad.), Madrid, Siglo XXI, 2009]; G. Rudé y E. J. Hobsbawm, *Captain Swing*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1969 [ed. cast.: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Ofelia Castillo (trad.), Madrid, Siglo XXI, 2009]; F. O. Darvall, *Popular Disturbance and Public Order in Regency England*, Oxford University Press, 1934; E. P. Thompson, «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past and Present*, núm. 50, febrero de 1971; F. Tilly, «Collective Violence in European Perspective» en H. Graham y T. Gurr (eds.), *Violence in America*, Task Force Report to the National Commission on the Causes and Prevention of Violence, 1969; y J. Stevenson y R. Quinault (eds.), *Popular Protest and Public Order*, Londres, Allen & Unwin, 1974.

⁷ Por ejemplo, E. J. Hobsbawm, *Bandits*, Harmondsworth, Penguin, 1972 [ed. cast.: *Bandidos*, Mª Dolores Folch Fornesa (trad.), Barcelona, Crítica, 2016]; E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class..*; E. P. Thompson, *Whigs and Hunters*, Londres, Allen Lane, the Penguin Press, 1975; D. Hay, P. Linebaugh y E. P. Thompson, *Albion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth Century England*, Londres, Allen Lane, Penguin Press, 1975.

⁸ Véase R. Samuel, «Conference Report», *Bulletin*, núm. 25, otoño de 1972, Society for the Study of Labour History; y L. Taylor y P. Walton, «Industrial Sabotage: Motives and Meanings», en Cohen (ed.), *Images of Deviance...*

⁹ Por ejemplo, Steadman-Jones, *Outcast London..*; Chevalier, *Labouring Classes and Dangerous Classes..*; y G. Lefebvre, *The Great Fear of 1789*, Nueva York, Vintage, 1973.

Los historiadores también han comenzado a identificar una distinción entre la delincuencia «ordinaria» y la delincuencia «social». Hobsbawm habla de «tipos de actividad delictiva que podrían clasificarse como “sociales” en el sentido de que expresan un desafío consciente, casi político, al orden social y político imperante y a sus valores», y se pregunta si «dicha criminalidad social podría distinguirse claramente de otras formas de delincuencia (todas las cuales, por supuesto, pueden definirse como “sociales” en un sentido sociológico más amplio)».¹⁰ Las diferencias son importantes, pero extremadamente difíciles de sostener de manera definitiva. Thompson ha comentado sobre la delincuencia del siglo XVIII que, «aunque hay una diferencia real de énfasis en cada polo» entre la delincuencia «normal» y la «social», las pruebas no permiten defender «una clara distinción entre dos tipos de delincuencia».¹¹ La delincuencia normal y la delincuencia social no son estatus fijos ni categorías «naturales» a las que se puedan adscribir permanentemente clases de personas. La asignación a una u otra categoría, y de hecho el propio uso de la etiqueta «delito», suele formar parte de una estrategia más amplia de represión y control, de la que solo algunos aspectos pertenecen al ejercicio de la prevención y el control de la delincuencia en cualquier sentido normal. Dar por sentada la definición dieciochesca de «delito» es dar por sentada la definición dieciochesca de la clase y del derecho de propiedad. Si analizamos los procesos en lugar de las categorías, las rutas que siguen los individuos para entrar y salir de la delincuencia son muy variadas. Más aún, lo que, en un determinado periodo histórico, lleva a ciertas clases de personas a adoptar lo que actualmente se define como «delito» en tanto parte de una estrategia colectiva frente a las condiciones en que se encuentran es una cuestión que requiere un juicio y una reconstrucción histórica minuciosa. Sobre todo, el estudio de las «subculturas criminales» como entidades distintas comete el fácil pero grave error histórico de separar las categorías sociológicas de una historia más amplia e inclusiva de las fracciones y estratos que componen una clase en su conjunto, en el sentido más fundamental del término. En una perspectiva así, es precisamente todo el *repertorio* de las luchas —estrategias, posiciones y soluciones— lo que debe integrar el análisis, y será lo que arroje una luz reveladora sobre aquellos sectores de la clase que adoptan o son conducidos por el camino específico de la «criminalización». El concepto de subcultura criminal puede ser un punto de partida fructífero o estéril para una investigación, dependiendo de si el «delito» se trata como una categoría dada, evidente, ahistórica y no problemática, o si sirve como categoría provisional a través de la cual construir los relatos más complejos y las «relaciones

¹⁰ E. J. Hobsbawm, «Conference Report», *Bulletin*, núm. 25, otoño de 1972, Society for the Study of Labour History.

¹¹ Hay, Linebaugh y Thompson, «Preface», en *Albion's Fatal Tree*, p. 14.

reales» de una historia de clase adecuada. Esto es, de hecho, cierto, no solo para el estudio de las subculturas criminales, sino para cualquier estudio de las culturas y «subculturas» de clase *tout court*. Deben relacionarse con la problemática de clase más amplia de la que son una parte históricamente diferenciada.¹²

Este punto es fácil de ilustrar a partir de la historia social del Londres del siglo XIX. Las «fraternidades» criminales del este de Londres eran claramente parte de ecologías de clase más amplias, de las culturas de clase y de las formaciones de clase del Londres de la época. Reservarlas para una categoría especial sería sencillamente perder de vista un aspecto central de la historia de la clase obrera urbana y de los pobres urbanos de la época. En un sentido histórico, el «delito» era una parte bien articulada del *repertorio* cultural de la clase trabajadora de la época. Era la forma en la que algunos miembros de la clase trabajadora y de los pobres ocasionales «vivían» la experiencia contradictoria y las relaciones de explotación que caracterizan las relaciones de clase en su conjunto, a las que otros miembros de la clase encontraban una variedad de «soluciones» personales y colectivas alternativas. Por supuesto, existían distintas redes criminales, con sus distintas actividades, territorios, submundos, especialidades profesionales y «oficios». En sus márgenes, y a veces dentro de ellos, algunos hombres, mujeres y niños se dedicaron a lo que solo puede describirse como auténticas «carreras delictivas», a menudo perseguidas muy a conciencia. Sin embargo, no se puede no reconocer que las actividades de los trabajadores pobres —especialmente del gran número de familias indigentes y de trabajadores intermitentes, hombres, mujeres y niños, que constituían una parte considerable de la población de la ciudad—, para asegurar los elementos básicos de la supervivencia física y material, a menudo abarcaban «habilidades» que las autoridades y los investigadores ciertamente describirían, y de hecho lo hicieron, como «delictivas» o ilegales. La contribución de los hijos de los pobres del East End a los escasos ingresos familiares incluía una serie de actividades: tareas, recados, trabajos de mensajería, actuaciones callejeras, mendicidad, compra de pan duro, recogida de sobras y fruta podrida, etc. Para los niños de las familias que habían llegado al final de la cuerda de la pobreza, el margen entre conseguir legalmente lo que necesitaban y gorronear donde y como pudieran debía ser muy estrecho, a menudo imperceptible; y el margen, a efectos prácticos, no estaba entre la «legalidad» y la «ilegalidad», sino entre la supervivencia y la pura indigencia.¹³

Al describir las formas habituales en las que los pobres del campo solían sobrevivir en el siglo anterior, Thompson ha observado que «si esto es una

¹² Véase Clarke *et al.*, «Subcultures, Cultures and Class...».

¹³ Véase H. Mayhew *et al.*, *London Labour and the London Poor*, vol. IV, Londres, Griffin, Bohn & Co., 1862.

“subcultura criminal”, entonces toda la Inglaterra plebeya entra en la categoría».¹⁴ Del mismo modo, si todas las cosas que los pobres del East End tenían que hacer para sobrevivir eran «delictivas», entonces esa convergencia entre las clases «trabajadoras» y las «peligrosas», que tanto obsesionó a las clases medias a principios de siglo, o entre los «respetables» y la influencia contaminante del «residuo casual» que volvió a rondar la mente oficial en las décadas de 1880 y 1890, tenía una base material real.¹⁵ De hecho, este sería un relato miserabilista, que desvincularía el «delito» de esa dialéctica de trabajo-pobreza-desempleo-delito que es la matriz definitoria del Londres obrero durante gran parte del siglo. Incluso cuando las intersecciones no eran inmediatas, el miedo a que pudieran llegar a producirse obsesionaba poderosamente y en todo momento a las clases dirigentes (véase el relato de Steadman-Jones sobre la *grande peur* que acompañó a las manifestaciones de los parados londinenses tras el «lunes negro»¹⁶). No cabe duda de que algunas personas salieron de la zona oscura que confundía la delincuencia y la pobreza, la supervivencia y la indigencia y se convirtieron en delincuentes a tiempo completo; y no cabe duda de que los propios habitantes del East End registraron la diferencia, en el complejo de sentimientos y actitudes que les permitía «dar sentido» a su situación y conducta. Se dice que los ladrones profesionales «regulares», que salían a su «trabajo» cada noche, como otros salían a los suyos por la mañana temprano, se referían a sí mismos como ladrones «honestos», para distinguirse del delito «informal» de los pobres. Pero toda esta historia de delito, trabajo y pobreza —un tema principal de la vida de las clases trabajadoras londinenses a lo largo del siglo XIX— difícilmente podría reconstruirse a menos que, junto a las diferenciaciones internas de los diversos estratos de la clase, la compleja unidad de la posición de la clase en su conjunto se articule continuamente a lo largo de un continuo diferenciado de respuestas y soluciones, lo que hemos llamado en otro lugar el «repertorio de la clase trabajadora».¹⁷

Este primer argumento sobre la relación entre la delincuencia y su contexto social está estrechamente relacionado con uno segundo: el punto obvio, pero a menudo descuidado, de que la «delincuencia» se *define* de forma diferente en distintos períodos (tanto en las ideologías oficiales como en las legales) y que esto refleja, no solo las actitudes cambiantes de los distintos sectores de la población hacia la delincuencia, así como los cambios históricos reales en la organización social de la actividad delictiva,¹⁸

¹⁴ Thompson, *Whigs and Hunters...*, p. 194; véase también E. P. Thompson, «Patrician Society, Plebeian Culture», *Journal of Social History*, núm. 9(4), 1974.

¹⁵ Véase Chevalier, *Labouring Classes and Dangerous Classes...*; y Steadman Jones, *Outcast London...*

¹⁶ Steadman-Jones, *Outcast London...*

¹⁷ Véase Clarke *et al.*, «Subcultures, Cultures and Class...».

¹⁸ Véase M. McIntosh, «Changes in the Organization of Thieving» en *Images of Deviance...*; y M. McIntosh (eds.), *The Organisation of Crime*, Londres, Macmillan, 1975.

sino también la *aplicación* cambiante de la propia categoría por parte de las clases gobernantes sobre distintos grupos y actividades, en el curso del ejercicio de la restricción legal y el control político, y a veces con el fin de preparar el terreno para este último. Además de las estructuras cambiantes de la delincuencia y de las actitudes populares hacia la misma, también debemos tener en cuenta el papel que desempeña *la criminalización* — la adscripción de la etiqueta de delictivas a las actividades de los grupos que las autoridades consideran necesario controlar — en la legitimación del ejercicio del control judicial. Como hemos argumentado antes, hay algo atractivo y sencillo en la «etiqueta penal»: resuelve las ambigüedades del sentimiento público. Las reivindicaciones del derecho a la libertad de reunión en las manifestaciones londinenses de 1886 y 1887 tocaron sin duda un nervio ambiguo entre las clases medias; pero ante la visión del «West End [...] durante un par de horas tomado por la multitud», *The Times* no tuvo ninguna duda. Los problemas de delincuencia son claros; los conflictos políticos son de doble filo. Pero una clase gobernante que puede asegurar al pueblo que una manifestación política acabará en un motín de masas que atacará la vida y la propiedad tiene mucho a su favor, incluido el apoyo popular a las «medidas duras». De ahí que la «criminalización» de los conflictos políticos y económicos sea un aspecto central del ejercicio del control social. A menudo va acompañada de un fuerte «trabajo» ideológico, necesario para cambiar las etiquetas hasta que se peguen, extendiendo y ampliando su referencia, o tratando de ganar a un sector etiquetado contra otro. (Se podría reconstruir una breve historia de la represión ideológica en torno a las transformaciones efectuadas entre las siguientes parejas: merecedor / desmerecido, trabajador / peligroso, «verdadero trabajador» / residuo, respetable / chusma, moderado / extremista).

En su estudio sobre la promulgación, más de un siglo antes, de la infame *Black Act* [Ley Negra] Thompson escribió:

Lo que está en cuestión no es si hubo tales bandas (que sí las hubo), sino la universalidad con la que las autoridades aplicaron el término a cualquier asociación de personas que cayera fuera de la ley, ya que la categoría «criminal» puede ser deshumanizadora y las categorías nos preparan exactamente para las conclusiones. El comportamiento de los «negros» era un «peligro real para los hombres pacíficos» y, por lo tanto, «las disposiciones de la Black Act tenían justificación en este momento». «Había que hacer algo». ¹⁹

Está claro que el uso del etiquetado y la criminalización como parte del proceso de legitimación del control social no se limita al pasado. En el

¹⁹ Thompson, *Whigs & Hunters...*

ámbito político ha tomado una y otra vez la forma de un miedo a las conspiraciones, o el descubrimiento de estas, ya sea desde dentro o desde fuera, por ejemplo, el típico «pánico comunista». Pero hay muchos otros ejemplos recientes en los que los controles legales se han sustentado precisamente en una inspirada convergencia de etiquetas criminales e ideológicas.²⁰ Por supuesto, no todas las convergencias son convergencias de etiquetas. Algunas marcan una evolución real e histórica. Hay muchos ejemplos históricos inequívocos de «grupos políticos que adoptan conscientemente estrategias y estilos tradicionalmente criminales»,²¹ desde la Banda Bonnot y otras fraternidades conspirativas en los márgenes del movimiento anarcosindicalista a principios de siglo, hasta la Angry Brigade, la Baader-Meinhof y otras formas más contemporáneas de la «banda política».²² Y, si estos se toman como ejemplos de la convergencia de las actividades políticas con las actividades delictivas, hay igualmente muchos ejemplos recientes significativos que se mueven en el sentido contrario, de lo delictivo a lo político: *La autobiografía de Malcolm X*²³ y la politización de los delincuentes negros en los recientes movimientos carcelarios estadounidenses,²⁴ son solo dos de los ejemplos más evidentes.

Para simplificar aún más la cuestión, en una sociedad de clases, basada en las necesidades del capital y la protección de la propiedad privada, los pobres y los que no tienen propiedades están *siempre*, en cierto sentido, en «el lado equivocado de la ley», tanto si la transgreden como si no: «La sanción penal es la última defensa de la propiedad privada».²⁵ Todo el control de la delincuencia (ya sea contra los delitos cometidos por motivos «sociales» conscientes o no) es un aspecto de ese ejercicio más amplio de la «autoridad social»; y, en las sociedades de clase, eso supone inevitablemente la autoridad social ejercida por los poderosos y los propietarios sobre los impotentes y los desposeídos. Podemos ver esto claramente, una vez más,

²⁰ Véase Cohen, «Protest, Unrest and Delinquency...»; Horowitz y Liebowitz, «Social Deviance and Political Marginality...»; Hall, «Deviancy, Politics and the Media...»; Rock y Heidensohn, «New Reflections on Violence...»; y T. Bunyan, «The Reproduction of Poverty», MS inédito, 1975.

²¹ Cohen, «Protest, Unrest and Delinquency...».

²² La banda de Bonnot fue grupo anarquista de vocación ilegalista liderado por Jules Bonnot. Activo entre 1910 y 1912, el grupo cometió varios robos y asaltos a bancos. La banda Baader-Meinhoff o Fracción del Ejército Rojo fue un grupo armado alemán operativo entre 1970 y 1998 y liderado por Andreas Baader y Ulrike Meinhoff. La Angry Brigade fue un grupo armado ultraizquierdista británico, activo entre 1970 y 1972. [N. de E.]

²³ Malcolm X y A. Haley, *The Autobiography of Malcolm X*, Harmondsworth, Penguin, 1968 [ed. cast.: *Malcolm X*, César Giudini (trad.), Ediciones B, 1992].

²⁴ Véase G. Jackson, *Soledad Brother*, Harmondsworth, Penguin, 1971 [ed. cast.: *Soledad Brother*, Óscar Caballero (trad.), Barcelona, Virus, 2018]; y E. Cleaver, *Soul on Ice*, Londres, Panther, 1970 [ed. cast.: *Alma encadenada*, Francisco González Aramburu (trad.), Buenos Aires, Siglo XXI, 1970].

²⁵ P. Linebaugh, «Conference Report», *Bulletin*, núm. 25, otoño de 1972, Society for the Study of Labour History.

en el siglo XVIII, donde la ley era, de una forma mucho más clara y explícita, un instrumento de dominación y autoridad de clase. El argumento de Thompson en *Whigs and Hunters* parece ser que los cazadores furtivos de ciervos y animales de caza en los parques y cacerías reales, disfrazados y con el rostro pintado de negro, y los «cazadores» whigs que se enfrentaron a ellos (apoyados por una de las medidas más amplias y draconianas jamás concedidas dentro del código penal inglés: la *Black Act*, respaldada por la junta de Walpole en el poder y rodeada de rumores de conspiraciones jacobitas y extrañas reuniones nocturnas), se vieron envueltos en una larga, profunda y prolongada lucha, en curso durante todo el siglo, entre los derechos y tradiciones consuetudinarios y la invasión de las nociones burguesas de propiedad y ley.²⁶ Los crímenes del bosque no fueron más que un episodio de la larga historia de la «reconstrucción» de la vida y la sociedad inglesas para adoptar su forma burguesa, un proceso que a menudo dependía más del uso selectivo del terror y la fuerza que de otras «influencias civilizadoras».²⁷

Desde otro punto de vista, parece que no se trata solo de la ampliación del «delito», sino también de una oligarquía consciente de la propiedad que redefine, a través de su poder legislativo, las actividades, los derechos de uso en común o en los bosques, las prebendas en la industria, como robos o delitos. Porque así como los delitos parecen multiplicarse también lo hacen los estatutos [...]. Y la ideología de la oligarquía gobernante, que otorga un valor supremo a la propiedad, encuentra su encarnación visible y material sobre todo en la ideología y la práctica del derecho.²⁸

Que la ley no siempre actuara en simple y perfecta consonancia con este propósito más amplio, y que el terror judicial se viera a menudo atenuado por la misericordia, no socava el argumento de que, en su trayectoria histórica general, durante el siglo XVIII, los conceptos y prácticas cambiantes de la ley y los conceptos y estructuras cambiantes de la propiedad burguesa se movieran en una «armonía aproximada» y que la ley se convirtiera en uno de los instrumentos privilegiados, no simplemente para imponer la conformidad de la población con las nuevas estructuras, sino para asegurar a la propiedad su dominio ideológico, su propia autoridad: «Los tribunales se ocuparon del terror, del dolor y de la muerte, pero también de los ideales morales, del control del poder arbitrario y de la misericordia hacia los débiles. De este modo, hicieron posible que gran parte del interés de clase

²⁶ Véase L. Radzinowicz, *A History of English Criminal Law and Its Administration from 1750*, vol. I, Londres, Stevens & Sons, 1948.

²⁷ Véase ibidem; Thompson, *Whigs and Hunters...*; y Hay, Linebaugh y Thompson, *Albion's Fatal Tree...*

²⁸ Hay, Linebaugh y Thompson, «Prefacio» a ibidem, p. 13.

se disfrazara de ley. La segunda fuerza de una ideología es su generalidad».²⁹ De ahí que cuando surgió la emergencia relativa a los «negros»:

Lo que hizo que fuera una «emergencia» fue la repetida humillación pública de las autoridades; los ataques simultáneos a la propiedad real y privada; la sensación de un movimiento confederado que ampliaba sus demandas sociales, especialmente bajo el «Rey Juan»; los síntomas de algo parecido a la guerra de clases, siendo el objeto del ataque la alta burguesía tradicionalista en las zonas en revuelta y lamentablemente sola en sus intentos de imponer el orden.³⁰

Las conexiones se hacen, sobre un lienzo más amplio, en el ensayo de Douglas Hay, «Property, Authority and the Criminal Law», ya citado, que argumenta que, en el siglo XVIII, «el terror por sí solo nunca podría haber logrado estos fines. Era la materia prima de la autoridad, pero el interés de clase y la estructura de la propia ley lo convirtieron en un instrumento de poder mucho más eficaz». ³¹ «A lo largo de todo el periodo», concluye Hay, «la importancia de la ley como instrumento de autoridad y reproductora de valores siguió siendo primordial». ³² «Una clase dominante organiza su poder en el Estado. La sanción del Estado es la fuerza, pero su fuerza es que está legitimada, aunque sea de forma imperfecta y, por lo tanto, el Estado también se ocupa de las ideologías». ³³ En este periodo, por lo tanto, la ley desempeñó un papel crucial, no solo en el mantenimiento de un cierto tipo de orden público al servicio de un determinado tipo de oligarquía gobernante —los representantes políticos de un capitalismo agrario— sino también como uno de los principales «educadores» públicos de una determinada idea de la propiedad: ahorcando a algunos, por así decirlo, con el objetivo más amplio de tutelar al resto. Y parte de esa tutela de la autoridad descansaba, precisamente, en la majestad de la ley, en su arbitrariedad, su panoplia y su ritual —ceremonias que encarnaban la propia noción de «autoridad», y que, como señala Thompson,³⁴ «estaban también en el corazón de la cultura popular»—; estaban, de hecho, situadas públicamente *en su corazón*, a través de los rituales de la corte, las visitas de los magistrados, las ejecuciones públicas, las baladas y los folletos, con su fuerza moral ejemplarizante. (Cuando decimos que en la ideología popular inglesa existe un poderoso respeto, si no por «la ley», sí por «La Ley», es bueno recordar cómo llegó allí, quién la puso y con

²⁹ D. Hay, «Property, Authority and the Criminal Law» en Hay, Linebaugh y Thompson, *Albion's Fatal Tree...*, p. 55.

³⁰ Thompson, *Whigs and Hunters...*, p. 191.

³¹ Hay, «Property, Authority and the Criminal Law...», p. 25.

³² Ibídem, p. 58.

³³ Ibídem, p. 62.

³⁴ Hay, Linebaugh y Thompson, «Prefacio...», p. 13.

qué propósito). Cuando, en el siglo XVIII, la propiedad se convirtió en la medida de todas las cosas, la ley fue una de las varas de medir más eficaces. Hay nos recuerda también la naturaleza de este concepto de «propiedad» en torno al cual la ley bordó su complicada madeja de respeto y obligación forzosas: un concepto definido así, por ejemplo, por Blackstone, uno de los juristas más destacados de su tiempo: «No hay nada que generalmente llame tanto la atención de la imaginación y despierte el afecto de la humanidad como el derecho de propiedad; o ese dominio único y despótico que un hombre reclama y ejerce sobre las cosas externas del mundo, con total exclusión de cualquier otro individuo del universo».³⁵ No se trataba simplemente de la consolidación legal del dominio de clase. Linebaugh, sobre el mismo periodo, ha señalado:

Si observamos la delincuencia desde el punto de vista del capital en el siglo XVIII, podremos apreciar mejor su importancia en «la lucha perenne entre el capital y el trabajo» [...]. La delincuencia del siglo XVIII fue un aspecto integral de la organización y creación de una fuerza de trabajo móvil «libre», de la formación de un mercado interno y de la transformación del salario: es decir, la delincuencia fue tanto el resultado como una parte de las principales tareas del desarrollo capitalista del siglo XVIII.³⁶

Sin embargo, como ha argumentado Thompson: «En las sesiones menores y trimestrales, los jueces sentenciaban por caza furtiva, por asaltos, por robo de madera [...] y por robo de gallinas. En los juicios de primera instancia, los jueces sentenciaban a estafadores, alborotadores, ladrones de ovejas y sirvientas que se habían escapado con la seda y las cucharas de plata de sus amas».

El carácter de clase de la ley, la administración de clase de la justicia, la articulación de ambas con los requisitos objetivos del capital, la distribución de la propiedad y lo que Gramsci llamó la «educación» a través de la ley de las clases subordinadas y desposeídas son asuntos complejos.³⁷ Su desarrollo no puede seguirse en una evolución lineal, basada en la suposición de un «ajuste funcional» necesario o una correspondencia natural entre los diferentes niveles de una formación social. Las articulaciones del siglo XVIII, en las que el derecho desempeñó un papel tan abierto, se modifican profundamente en los siglos siguientes. Esto no significa que el derecho haya mejorado de manera constante;

³⁵ W. Blackstone, *Commentaries on the Laws of England*, vol. II, Londres, T. Cadell, 1793-1795; citado en Hay, «Property, Authority and the Criminal Law...»

³⁶ Linebaugh, «Conference Report...»

³⁷ E. P. Thompson, «Conference Report», *Bulletin* 25, otoño de 1972, Society for the Study of Labour History, p. 10.

de hecho, durante el miedo jacobino y en el auge que siguió al final de la guerra napoleónica, se volvió, si acaso, más coercitivo y draconiano. Además, su evolución no puede contarse simplemente en términos de delito y ley, ya que precisamente una de las cosas que cambia es la *posición* de la ley, de los aparatos jurídicos y del Estado en la constitución de los modos de hegemonía característicos primero del *laissez-faire* y después del capitalismo industrial monopolista, en comparación con su papel en una formación social en la que domina el capital agrario. No se observa aquí una simple «ley de sucesión evolutiva».³⁸ El derecho se vuelve —gradualmente y, por supuesto, *de manera desigual*— menos arbitrario, más «imparcial», más racional en su conducta, más «autéonomo». El sanguinario código penal se moderniza: la identificación entre la alta burguesía rural y la magistratura se vuelve progresivamente menos directa; la policía regular y profesional sustituye al ejército, la caballería y las fuerzas del orden amateurs. No es menos cierto que, en todos los momentos políticos críticos del siglo XIX —la lucha contra el parlamento no reformado, la formación de los sindicatos, los disturbios de la década de 1820, la agitación cartista, las grandes manifestaciones populares de reforma de la década de 1860, las agitaciones por el desempleo de la década de 1880, los disturbios que acompañaron al nuevo sindicalismo finisecular, la oleada de militancia justo antes y después de la Primera Guerra Mundial— las «fuerzas del orden» (y luego la propia ley) estuvieron presentes, con un papel crucial: ser la última fortaleza y fortificación del estado de cosas existente, fuera cual fuera en ese momento. Pero la ley no solo se vio obligada, sobre todo por la creciente presencia de la clase obrera, a representar esta tarea de forma más circumspecta e «imparcial», legitimándose, no sobre las prerrogativas de una clase propietaria, sino mediante la apelación universal al «orden público» y al interés general; sino que se vio constantemente obligada a desempeñar una posición más imparcial. Cabe preguntarse si la ley seguía desempeñando el papel *educativo* directo que tenía un siglo antes.³⁹ Esta posición solo puede evaluarse adecuadamente cuando se sitúa en el marco de la transformación de los modos del capital, a medida que el régimen del capital industrial se impone gradualmente sobre el capital terrateniente, transformando todo a su paso, incluyendo aquello a lo que el papel y la posición del derecho deben referirse más directamente: la naturaleza y la posición del propio Estado capitalista,

³⁸ Véase K. Marx, «Introduction: Late August-Mid-September 1857», en *Grundrisse...*; L. Althusser, «Contradiction and Overdetermination», en *For Marx...*; Poulantzas, *Political Power and Social Classes...*; y S. Hall, «Marx's Notes on Method: A "Reading" of the "1857 Introduction"», *Working Papers in Cultural Studies No. 6*, C.C.C.S., University of Birmingham, otoño de 1974.

³⁹ Véase Hay, «Property, Authority and the Criminal Law...»

como centro organizador de un nuevo conjunto de alianzas de la clase dominante. En esta larga transformación, no debemos descuidar el efecto contradictorio de la progresiva «autonomización» del aparato judicial a través de la aplicación más rigurosa del «Estado de Derecho» y la «separación de poderes». Ya que aunque esto siguió ocultando la naturaleza de clase de la ley y su ejercicio, al mismo tiempo aseguró una medida *real* y significativa de justicia para los pobres y los carentes de poder, y distanció la práctica legal cotidiana de la influencia inmediata del ejecutivo.

El movimiento obrero debe considerar la ampliación del Estado de Derecho, la libertad de expresión y de reunión, el derecho a la huelga y a la organización en el lugar de trabajo, como sus propias victorias, y no simplemente como «concesiones burguesas» magnánimamente otorgadas. Tales avances fueron, por supuesto, ganados solo como consecuencia de una lucha más o menos continua en puntos y momentos clave. Esta historia truncada es la que ahora se suaviza retrospectivamente mediante el mito consolador del avance civilizador de la ley y de su contribución a la «conquista de la violencia». A largo plazo, en la fundamentación rutinaria del derecho civil sobre la inviolabilidad del contrato, y del derecho penal sobre la defensa de la propiedad privada y su labor represiva, de «orden público», en nombre de la estabilidad y el orden social frente a los movimientos sociales y la disidencia política, el Derecho siguió prestando un servicio al Estado. Las articulaciones entre el Derecho, la formación social burguesa y el avance del capital industrial se vuelven más complejas y con un carácter diferente al del siglo XVIII. Sin embargo, sería imposible sostener el argumento de que todo acoplamiento cesa, o que la conexión se disuelve por completo. Como ha argumentado recientemente John Griffith: «La neutralidad política del poder judicial es un mito, una de esas ficciones con las que nuestros gobernantes se deleitan, porque confunde y oscurece. Nuestro sistema político se nutre de ofuscaciones. Por supuesto, el poder judicial no dice que sus prejuicios sean políticos, o morales, o sociales. Los llama interés público».⁴⁰ En un momento dado, consideraremos algunos de estos desarrollos contradictorios, que no pertenecen tanto a la historia interna del derecho como a la historia «regional» del Estado capitalista y a los cambiantes modos de hegemonía. Pero, tanto en la historia como en el presente, ya debería estar suficientemente establecido que la delincuencia y la prevención del delito no son ámbitos discretos y autónomos; y, por lo tanto, que no puede ser solo la delincuencia «social» la que requiera una explicación histórica.

⁴⁰ J. Griffith, «The Politics of the Judiciary», *New Statesman*, 4 de febrero de 1977.

De la «cultura del control» al Estado

En un nivel, por supuesto, «la Ley» —el sistema legal, la policía, los tribunales y el sistema penitenciario— es parte manifiesta de la organización judicial del Estado capitalista moderno. Pero esto es así en gran medida en un sentido descriptivo o puramente institucional. La mayoría de las teorías criminológicas —incluida gran parte de la «criminología radical»— no tienen ningún concepto o teoría del Estado. En las teorías convencionales, el ejercicio del poder del Estado a través del funcionamiento de la ley se reconoce solo formalmente y su modo de funcionamiento se trata como no problemático. Esto resulta bastante insatisfactorio, incluso si nos mantenemos dentro de la perspectiva del sistema legal. Y, una vez que ampliamos la perspectiva para incluir las relaciones entre lo jurídico y otros niveles y aparatos del Estado, es evidente que necesitamos un marco más desarrollado que el proporcionado por la sabiduría de sentido común, triillada y repetida con frecuencia, de la teoría democrática progresista, que se inscribe en la más inglesa de las ideologías: el constitucionalismo británico. El propio Lord Denning lo ha reconocido así:

En teoría, el poder judicial es una fuerza neutral entre el Gobierno y los gobernados. El juez interpreta y aplica las leyes sin favorecer a ninguno de los dos [...]. Los jueces británicos nunca han practicado tal desprendimiento [...]. En el ámbito del derecho penal, los jueces se consideran a sí mismos como mínimo tan interesados como el ejecutivo en la persecución de la ley y el orden.⁴¹

En las primeras fases de este estudio, hemos analizado concretamente la relación entre los diferentes aparatos de control en relación con los «atracos»: la policía, el poder judicial y los medios de comunicación. Lemert ha utilizado el término «cultura de control social» para referirse a las acciones concertadas de dichos organismos en relación con determinados delitos. La «cultura de control social» es, en términos de Lemert, «las leyes, los procedimientos, los programas y las organizaciones que, en nombre de una colectividad, ayudan, rehabilitan, castigan o manipulan de cualquier otro modo a los desviados».⁴² Esta definición ha proporcionado un punto de partida útil para la generación de teorías más radicales sobre la delincuencia y la desviación. Ponía de relieve la relación entre las diferentes agencias de control como algo de importancia crítica en la designación y el control de la delincuencia. El término «cultura», en este contexto, también sirve para recordarnos que, en un nivel importante, estas agencias

⁴¹ Citado en ibídem.

⁴² E. M. Lemert, *Social Pathology*, Nueva York, McGraw-Hill, 1951.

estaban vinculadas, no solo por su función de control, sino por sus «definiciones del mundo» compartidas, sus perspectivas ideológicas comunes. Sobre todo, en comparación con las teorías más estrictamente «transaccionales», en las que la desviación y la delincuencia parecían depender del flujo y reflujo entre las diferentes «definiciones de la situación», más o menos igualadas en la escala de poder, el énfasis de Lemert sirve para recordarnos que, si el etiquetado es un aspecto importante de la identificación y el control de la desviación, entonces la cuestión de quién tiene el poder de etiquetar a quién —lo que Becker llegó a llamar posteriormente la «jerarquía de credibilidad»⁴³— tiene una importancia aún mayor. Así pues, la noción de una «cultura de control social», con base institucional, apoyada ideológicamente, con cierta estabilidad y continuidad en el tiempo y que refleja el reparto ampliamente sesgado del poder entre quienes hacen la ley y quienes la infringen, tuvo una importancia teórica considerable a la hora de neutralizar la incipiente tendencia de las teorías «transaccionales» a operar en un vacío histórico y material, desprovisto del concepto de poder (y, por lo tanto, de los conceptos complementarios de oposición, lucha, conflicto, resistencia y antagonismo).

Sin embargo, el enfoque de la «cultura del control» parece demasiado impreciso para nuestro objetivo. Identifica los centros de poder y su importancia para el proceso de control social, pero no los sitúa *históricamente*, por lo que no puede designar los momentos significativos de cambio. No distingue adecuadamente *entre* los distintos tipos de Estado o régimen político. No especifica el tipo de formación social que requiere y establece un tipo particular de orden jurídico. No examina las funciones represivas de los aparatos estatales en relación con sus funciones consensuales. Así, muchos tipos diferentes de sociedad —sociedades «plurales», en las que algunas son más plurales que otras, o «sociedades de masas», en las que el poder se distribuye supuestamente entre las élites o una «sociedad democrática» con poderes compensatorios— se vuelven compatibles con el concepto de «cultura de control social». Este no es un concepto históricamente específico. En resumen, no se basa en una teoría del Estado ni, menos aún, en una teoría del Estado en una fase concreta del desarrollo capitalista, por ejemplo, las democracias de clase en la era del «capitalismo tardío». Por estas razones, únicamente lo usamos para fines descriptivos generales.

En cambio, devolvemos la «Ley» al terreno clásico de la teoría del Estado. Las cuestiones generales de la ley y el delito, del control social y el consentimiento, de la legalidad y la ilegalidad, de la conformidad, la legitimación y la oposición, pertenecen y en última instancia deben ser

⁴³ Becker, «Whose Side Are We On?...»

planteadas sin ambigüedad en relación con la cuestión del Estado capitalista y la lucha de clases. Hemos sugerido que la ley, tanto en su papel civil como penal, y tanto en su modo rutinario como «excepcional», en las formaciones sociales burguesas, está conectada de manera central con el problema de los modos fundamentales de hegemonía. En nuestro caso, la forma de Estado en cuestión es su forma post *laissez-faire*, esto es, el Estado de bienestar, instalada en y a través de un tipo específico de régimen político (la democracia parlamentaria plenamente desarrollada), en una coyuntura histórica específica (lo que llegaremos a identificar más plenamente como una «crisis de hegemonía»). En esta parte del estudio, intentamos situar sistemáticamente el «atraco» en este *nivel* de análisis: en relación con el Estado, los aparatos político-jurídicos, la instancia política, los modos de consentimiento, legitimación, coerción y dominación, es decir, los elementos que contribuyen al mantenimiento o desintegración de un modo específico de hegemonía.

Al completar esta conexión entre el Estado y la delincuencia, hemos intentado trabajar y contribuir al desarrollo de una teoría específicamente marxista del Estado y de la relación entre la ley, la delincuencia y el Estado. Desgraciadamente, no hay ninguna teoría de este tipo plenamente elaborada en Marx y Engels. Los elementos de una teoría así están, por supuesto, presentes, pero requieren —a la luz de los acontecimientos contemporáneos— ser elaborados, no solamente extraídos y utilizados a voluntad. Como suele ocurrir en los ámbitos en los que el marxismo aún no está plenamente desarrollado, las fórmulas simples son a menudo demasiado sencillas, demasiado reductoras para nuestros fines. La idea, por ejemplo, de que, en términos generales, las normas y reglas legales en una sociedad burguesa reflejarán y apoyarán las relaciones económicas burguesas, o que, en las sociedades de clase, la ley será un instrumento de dominación de clase, puede proporcionar el primer paso básico en tal teoría, pero sigue siendo demasiado general, demasiado abstracta, demasiado reductora, demasiado esquemática y de época para ser de gran utilidad. Es un punto de partida útil pero no adecuado. Por lo tanto, es necesario, a riesgo de un desvío necesario hacia algunas cuestiones teóricas generales, que enunciemos de forma más completa y explícita los conceptos de derecho, delito y Estado sobre los que nos basamos para el análisis posterior.

Al situar los orígenes de su teoría materialista en una crítica a las formas del pensamiento idealista, Marx señaló que su investigación le había llevado a la conclusión de «que ni las relaciones jurídicas ni las formas políticas podían ser comprendidas por sí mismas o sobre la base del llamado desarrollo general de la mente humana, sino que [...] se originan en las condiciones

materiales de la vida»,⁴⁴ sobre esa totalidad que Hegel y los teóricos franceses e ingleses habían llamado la «sociedad civil»; la anatomía de la sociedad civil, «sin embargo, tiene que buscarse en la economía política». El nivel crucial de determinación de este complejo de relaciones sociales —la sociedad civil y el Estado (lo que Gramsci llamó «los dos grandes pisos de la superestructura»)— era el modo de producción y reproducción de la vida material. Esta proposición general tenía que concretarse históricamente: «Cada modo de producción produce sus propias relaciones jurídicas específicas, sus formas políticas, etc.».⁴⁵ El derecho, pues, al igual que otras formas superestructurales, servía para «perpetuar un determinado modo de producción». Sin embargo, insistía Marx, «la influencia ejercida por las leyes en la conservación de las condiciones de distribución existentes y el efecto que de este modo ejercen sobre la producción tienen que ser examinados *por separado*».⁴⁶ Pero el punto «realmente difícil», repite en la Introducción a los *Grundrisse*, «es cómo las relaciones de producción se desarrollan *de manera desigual* como relaciones legales. Así, por ejemplo, la relación del derecho privado romano [...] con la producción moderna» (las cursivas son nuestras).⁴⁷ Parece claro aquí que Marx está defendiendo tanto la determinación a largo plazo o «histórica» de un modo de producción sobre las relaciones jurídicas, como, *al mismo tiempo*, la ausencia de una correspondencia simple, transparente o inmediata, su «autonomía relativa», como dice la frase. Engels parece hacerse eco del concepto de «desigualdad» del segundo Marx, al menos en una de sus dimensiones, cuando, al debatir sobre la relación entre el desarrollo económico y el derecho, señala que en Inglaterra se da un contenido burgués a las «viejas leyes feudales»; mientras que un «código de derecho clásico de la sociedad burguesa» como el *Código civil* en Francia podría tener una forma jurídica lograda y en Prusia una forma jurídica mal adaptada al desarrollo capitalista. En otro contexto, es Engels quien señala que «una vez que el Estado se ha convertido en un poder independiente frente a la sociedad, produce inmediatamente otra ideología. En efecto, entre los políticos profesionales, los teóricos del derecho público y los juristas del derecho privado es donde se pierde para siempre la conexión con los hechos económicos. Ya que en cada caso particular los hechos económicos deben asumir la forma de motivos jurídicos para recibir una sanción legal [...].»⁴⁸ Aquí se plantea el problema crucial de un análisis marxista: cómo entender la naturaleza de la «correspondencia desigual» entre las relaciones jurídicas y otros niveles de

⁴⁴ K. Marx, «Preface to Critique of Political Economy» en *Marx-Engels Selected Works*, vol. 1 [ed. cast.: «Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política», en Marx-Engels, *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 2016].

⁴⁵ Marx, *Grundrisse...*

⁴⁶ K. Marx, *Critique of Hegel's Philosophy of Right*, Cambridge University Press, 1971 [ed. cast.: *Critica de la Filosofía del Estado de Hegel*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2010].

⁴⁷ Marx, *Grundrisse...*

⁴⁸ Engels, «Ludwig Feuerbach and the End of Classical German Philosophy...», p. 359.

una formación social; cómo comprender que el Estado puede servir «a la supremacía de tal o cual clase en última instancia, al desarrollo de las fuerzas productivas [...] y a las relaciones de intercambio», mientras que al mismo tiempo asume la apariencia de un poder independiente, «aparentemente por encima de la sociedad», moderando sus antagonismos contradictorios.⁴⁹

En *La ideología alemana* Marx y Engels subrayan que quienes gobernan, «además de tener que constituir su poder en forma de Estado, tienen que dar a su voluntad una expresión universal como voluntad del Estado, como ley».⁵⁰ Por lo tanto, el Estado no es independiente de la lucha de clases; pero es, o *llega a ser*, la estructura que permite a una alianza de la clase dominante «dar a sus ideas la forma de universalidad, y representarlas como las únicas racionales, universalmente válidas».⁵¹ Lenin también insistió en que el Estado es «el producto y la manifestación del carácter irreconciliable de los antagonismos de clase»; «crea el orden», continúa, «que legaliza y perpetúa esta opresión al moderar las colisiones entre las clases». Aquí se repite la misma aparente paradoja: el Estado es el producto de los antagonismos de clase y perpetúa un orden de clase aparentando moderar la lucha de clases.⁵² Así, el papel moderador y conciliador del Estado, «por encima de las clases», es en sí mismo una de las formas en las que *aparece* la naturaleza esencial de clase del Estado en un momento determinado del desarrollo histórico de la vida productiva de las sociedades capitalistas. En un momento dado, su «determinación en última instancia» —por decirlo paradójicamente— se ejerce de manera más eficaz *solo*, en y a través de su «autonomía relativa». (Althusser insiste, con razón, en que hay que captar estos «dos extremos de la cadena» a la vez). En el necesario intento de socavar cualquier «correspondencia» simple e inmediata entre el modo de producción, la forma del Estado y el carácter de la ley, y al subrayar el carácter necesariamente «desigual» de las relaciones entre los diferentes niveles de una formación social, a veces puede perderse por completo la necesidad de «pensar» la naturaleza precisa de sus correspondencias desiguales. Es importante observar que incluso Poulantzas, quien elabora con más fuerza la no correspondencia entre los diferentes niveles de una formación social (la «autonomía relativa» de lo económico, lo político y lo ideológico), tiene que volver necesariamente a la premisa clásica de que el dominio del «capitalismo privado implica un Estado no intervencionista y el capitalismo monopolista implica un Estado intervencionista».⁵³ La elaboración de Poulantzas de la «autonomía relativa» ha sido

⁴⁹ Ibídem.

⁵⁰ Marx y Engels, *The German Ideology...*

⁵¹ Ibídem, p. 66.

⁵² V. I. Lenin, *The State and Revolution*, Londres, Lawrence & Wishart, 1933, p. 13 [ed. cast.: *El Estado y la revolución*, Madrid, Alianza, 2012].

⁵³ Poulantzas, *Political Power and Social Classes...*, p. 150.

citada con demasiada frecuencia a expensas de cualquier reconocimiento de que fundamenta su análisis en lo que él mismo llama estas «combinaciones tendenciales».

Pero ¿cómo reaparece la lucha de clases a través del Estado, como la conciliación de la lucha de clases? El argumento gira en torno al uso que hace Marx del término «apariencia» y sus derivados.⁵⁴ Marx siempre utiliza «apariencia» en sentido fuerte. El concepto de «apariencia», tal y como lo utiliza Marx, no es el mismo que el significado de sentido común del término «falsas apariencias», si por ello entendemos algo que es simplemente una ilusión óptica, una fantasía en la imaginación de los hombres. El término «apariencia» en Marx implica una teoría de la *darstellung* o de la representación, una teoría según la cual una formación social es una unidad compleja, compuesta de diferentes niveles y prácticas, en la que no hay una identidad o correspondencia necesaria entre los efectos que una relación produce en sus diferentes niveles. Así, las «apariencias» en este sentido son falsas, no porque no existan, sino porque nos invitan a confundir los efectos superficiales con las relaciones reales. Como dice Gramsci: «Los términos “aparente” y “apariencia” significan precisamente esto y nada más. [...] Son la afirmación del carácter perecedero de todos los sistemas ideológicos, junto a la afirmación de que todos los sistemas tienen una validez histórica y son necesarios».⁵⁵ Así, el intercambio desigual de capital por fuerza de trabajo en la esfera de la producción capitalista *aparece como* —se transforma en— el «intercambio igual» de mercancías por su «valor» en la esfera del intercambio. Así, la extracción desigual de plusvalía en la producción aparece como «un salario justo por un día de trabajo justo» en el nivel del contrato salarial. Así, también, el trabajo «reproductivo» que el Estado capitalista realiza en nombre del capital asume la apariencia de la neutralidad de clase del Estado —que se sitúa por encima de la lucha de clases y la modera— en el nivel político-jurídico: «Para que estos antagonismos no se consuman a sí mismos y a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder que *aparentemente* se sitúe por encima de la sociedad con el fin de moderar el conflicto y mantenerlo dentro de los límites del “orden”».⁵⁶

Podemos ver esta teoría de la «representación» en funcionamiento en *El Capital*, por ejemplo, en la discusión de la «forma-salario». Tanto en la

⁵⁴ Véase N. Geras, «Marx and the Critique of Political Economy» en Blackburn (ed.), *Ideology in Social Science...*; J. Mepham, «The Theory of Ideology in Capital», *Working Papers in Cultural Studies No. 6*, C.C.C.S., University of Birmingham, otoño de 1974; M. Nicolaus, «Foreword» en *Grundrisse...*; Hall, «Marx's Notes on Method...»; y J. Rancière, «The Concept of Critique», *Economy and Society*, núm. 5(3), 1976.

⁵⁵ Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks...*, p. 158.

⁵⁶ F. Engels, «Socialism: Utopian and Scientific» en *Marx-Engels Selected Works*, vol. 2 [ed. cast.: «Del socialismo utópico al socialismo científico» en Marx y Engels, *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 2016].

vida cotidiana como en el sentido común burgués y en la economía política, el salario se «experimenta» y se teoriza como la forma de «intercambio igualitario» entre el capitalista y el trabajador, regulado únicamente por la «mano oculta» del mercado de trabajo. Marx sostiene que esta forma de «intercambio igual» se basa de hecho «en las profundidades», en las relaciones de producción, mediante las cuales el capitalista extrae el trabajo excedente en forma de plusvalía, relaciones que no son ni libres ni iguales. Sin embargo, estas relaciones son aparentemente «vividas» como relaciones mercantiles igualitarias. La relación salarial, en la esfera del intercambio, es una relación que «sustituye» a otra relación a la que, al mismo tiempo, oscurece. Está claro que esto no significa que la relación salarial sea un producto de la imaginación, una construcción imaginaria. La relación salarial es una relación tangible y necesaria para el capital. Los salarios existen. De hecho, son absolutamente necesarios para las «relaciones de producción» capitalistas, ya que son la forma en la que el capital adelanta parte de sí mismo —el capital «variable»— para que la fuerza de trabajo pueda reproducirse a través de la subsistencia en la familia, la esfera de la «reproducción». El salario es también el medio para atraer a los asalariados de un mercado de trabajo a otro y distribuirlos así por las distintas ramas de la producción. Así, los salarios son una parte del capital productivo, la parte necesaria que el capital adelanta para la reproducción de la fuerza de trabajo. Sin embargo, en las condiciones capitalistas asumen una «forma» que parece pertenecer únicamente a la esfera de la circulación y, por lo tanto, a la «justa recompensa» del trabajador por un «día de trabajo justo». La apariencia que asume el capital en esta esfera (es decir, el dinero) oculta o esconde al trabajador el hecho de que lo que se le paga es solo una parte de lo que ya produce, y que este pago favorece al capitalista porque permite al trabajador reproducir la fuerza de trabajo que necesitará para continuar el ciclo de producción:

Dentro de los límites de lo estrictamente necesario, el consumo individual de la clase obrera es, pues, la reconversión de los medios de subsistencia entregados por el capital a cambio de fuerza de trabajo, en nueva fuerza de trabajo a disposición del capital para su explotación. Es la producción y reproducción de ese medio de producción tan indispensable para el capitalista: el propio trabajador [...]. El mantenimiento y la reproducción de la clase obrera es, y debe ser siempre, una condición necesaria para la reproducción del capital.⁵⁷

Anteriormente, Marx ha señalado que «la conversión de una suma de dinero en medios de producción y fuerza de trabajo [...] tiene lugar en el mercado,

⁵⁷ K. Marx, *Capital*, vol. 1, cap. 23, Londres, Lawrence & Wishart, 1974, p. 572 [ed. cast.: *El Capital*, Vicente Romano (trad.), Madrid, Akal, 2022].

dentro de la esfera de la circulación». Sin embargo, añade: «La mera forma fundamental del proceso de acumulación se ve oscurecida por el incidente de la circulación que lo produce y por la división de la plusvalía».⁵⁸ La transacción del capital, sostiene, «está velada por la forma-mercancía del producto y por la forma-dinero de la mercancía». En este sentido, dice, «el economista burgués» tiene una «mente estrecha» y es «incapaz de separar la forma de la apariencia de la cosa que aparece». Las «formas» que «asume el capital en la esfera de la circulación», así como «las condiciones concretas de su reproducción», están «ocultas bajo estas formas».⁵⁹

Por lo tanto, el capital debe *pasar constantemente* por la red de circulación y por las formas que efectúan su transformación a ese nivel, para completar su circuito, «fluyendo con incesante renovación». Así pues, la esfera de la circulación es *necesaria* para el circuito del capital, aunque al mismo tiempo son precisamente sus formas de *intercambio* las que «ocultan el juego de su mecanismo interno». Evidentemente, las formas de intercambio no pueden expresar o captar *adecuadamente* las relaciones de producción entre el capitalista y el trabajador en su conjunto, ya que en el intercambio estas aparecen solamente como un «momento» de la realización del valor. Sin embargo, es acerca de esta esfera del intercambio sobre la que Marx observa: «Esta esfera, dentro de cuyos límites se realiza la compraventa de la fuerza de trabajo, es en realidad un Edén mismo de los derechos innatos del hombre. Solo allí rigen la Libertad, la Igualdad, la Propiedad y Bentham».⁶⁰ En definitiva, de esta apariencia unilateral que asume el capital en la circulación surgen todos los conceptos y discursos que organizan los dominios de las superestructuras: políticas, jurídicas e ideológicas.

Debemos tratar de pensar el problema del Estado capitalista por analogía con lo que Marx viene diciendo sobre la forma salarial en *El Capital*. El Estado, aparentemente independiente de cualquier interés de clase particular, compuesto por los aparatos político-jurídicos, encarnando el «interés general», los derechos y obligaciones «universales», es precisamente la forma (y, después de una cierta etapa en el desarrollo del modo de producción capitalista, la *única forma*) en la que los intereses de clase particulares pueden ser *asegurados como un «interés general»*.

En *El dieciocho de Brumario* y en el resto de sus escritos históricos, Marx analizó con detalle esta «independencia relativa» de la esfera de la política y del sistema jurídico con respecto del modo de producción. La crisis de diciembre de 1851 en Francia y el fracaso de una clase o alianza de clases para tomar el poder en el Estado, que condujo al estancamiento

⁵⁸ Ibídem, parte VII.

⁵⁹ Ibídem, cap. 23, pp. 568-569; parte VII, p. 565.

⁶⁰ Ibídem, cap. 6, p. 176.

«bonapartista», reflejaba, según Marx, el *atraso del modo de producción* francés en ese momento; el «subdesarrollo» de este último establecía los límites dentro de los cuales se llevó a cabo la resolución política «bonapartista». Pero no determinó el contenido de clase específico de cada momento de la crisis política, que, según demostró Marx, asumió una sucesión de diferentes formas de régimen —república social, república democrática, república parlamentaria—, cada una de las cuales representaba un intento de equilibrio entre diferentes fuerzas de clase, antes de recaer «en el despotismo de un solo individuo».⁶¹ Estas diferentes formas de régimen —en las que aparecían las relaciones de fuerzas de clase y las luchas entre ellas— se generaban en el plano de la *política*: cada etapa de la resolución producía, a su vez, una forma diferente de Estado. Cada una, a su manera —añadió Marx—, desarrolló «metódicamente» el Estado francés como poder independiente. Cuanto menos capaz de gobernar por sí misma se mostraba cada alianza de clases, más necesitaba un Estado fuerte que gobernara en su nombre; sin embargo, ninguna pudo liderar finalmente ese Estado y gobernar desde su base. La clase que finalmente estuvo más cerca de asegurar sus intereses a través del gobierno de Napoleón y sus «ideas» fue, en definitiva, un sector de una clase atrasada y en declive: los sectores conservadores del campesinado minifundista. Esta clase no podía gobernar por sí misma ni dirigir el Estado en su propio nombre. Por eso intentó «gobernar a través» de Napoleón. De hecho, Napoleón consiguió durante un tiempo gobernar a través de ella. Esta fracción de clase, observa Marx, «prosperó a lo grande» bajo Napoleón; pero, a largo plazo, sin duda, retrasó más que avanzó el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones capitalistas en Francia. *El dieciocho de Brumario*, el análisis más deslumbrante de la instancia política en la obra histórica madura de Marx, ofrece así una visión excepcionalmente lúcida de las complejidades de la «correspondencia desigual» entre las formas del Estado y otros niveles de la formación social. La crisis política que finalmente asumió su «resolución» bonapartista fue precipitada por el desarrollo contradictorio del modo de producción francés. El complejo de clases y fracciones de clase «en juego» en la crisis correspondía a la etapa subdesarrollada de ese desarrollo, al hecho de que el capital industrial aún no era dominante en la economía francesa y a que distintos modos de producción estaban todavía en una combinación desigual. El nivel de desarrollo del modo de producción francés establecía así ciertos *límites críticos* a las formas de resolución política posibles en ese momento de la historia francesa. La naturaleza peculiar del «bonapartismo» Marx la entendió claramente como una resolución del estancamiento que era también un aplazamiento: «Francia parece, pues, haber escapado del despotismo de una clase solo para volver a caer bajo

⁶¹ Marx, «*The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte...*»

el despotismo de un individuo».⁶² Esta «resolución» no avanza, sino que retrasa el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas. El ensayo es, por lo tanto, una brillante exposición del modo en que el ámbito político está «conectado con» y, al mismo tiempo, es «relativamente independiente de» los movimientos económicos de la sociedad. Es una lección objetiva sobre el intento de «pensar» la autonomía relativa / determinación en última instancia del nivel político-jurídico de una formación social.

El orden jurídico y político del Estado

Nos ocupan aquí principalmente los aspectos jurídicos y políticos del Estado capitalista. Aunque el Estado capitalista moderno se constituye principalmente a nivel político, tiene muchas otras funciones —incluso directamente económicas— que no pueden analizarse aquí. Por lo tanto, las observaciones que siguen no deben considerarse, ni siquiera a grandes rasgos, como una exposición *general* de los modos de funcionamiento del Estado moderno. Nuestra atención debe limitarse necesariamente al papel del Estado en el establecimiento de la hegemonía, tal y como se consigue en los ámbitos político, jurídico e ideológico, y dentro de la sociedad civil y sus asociaciones.

Gramsci, cuya obra ha ampliado considerablemente nuestra concepción del Estado y sus funciones, habla del Estado capitalista como «el instrumento para conformar la sociedad civil a la estructura económica». Es decir, el Estado desempeña un papel fundamental en la *conformación* de la vida social y política de manera que se favorezca la continua expansión de la producción y reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Esto puede considerarse una «función general del Estado en la medida en que, a partir del desarrollo de formaciones sociales relativamente complejas, ha sido necesaria alguna forma desarrollada de autoridad territorial y jurídica para organizar y consolidar las relaciones productivas básicas».⁶³ Pero la forma y la escala en que el Estado desempeña este papel *en el capitalismo* es históricamente específica y distinta de cualquier otro tipo de formación social conocida hasta ahora. El capitalismo es el primer modo de producción que se basa en la aparición y el dominio históricos del «trabajo libre»; es decir, del trabajo que no está vinculado por los lazos tradicionales, jurídicos o políticos de la fuerza, la obligación, la casta o la costumbre; que está desprovisto de sus propios medios de producción (lo que no ocurría en el trabajo bajo el régimen de producción doméstica); y que entra en una relación productiva con el capital en su forma «libre», organizada solo por

⁶² Ibídem.

⁶³ Véase Engels, «Socialism....».

el contrato y el mercado laboral, la compra y la venta de fuerza de trabajo. Del mismo modo, el intercambio de dinero por mercancías, en una sociedad de intercambio generalizado de mercancías, donde de nuevo solo rige la relación de mercado, y cada individuo aparece como «mutuamente indiferente» al interés del otro, representa una fase histórica bastante específica del desarrollo social. El primer aspecto pertenece a la esfera en expansión de la producción capitalista privada, el segundo al terreno en expansión de lo que se llamó «sociedad civil». Aunque el nivel económico es, en esta forma de sociedad, masivamente determinante, las relaciones sociales que caracterizan a estas sociedades de capital privado y de mercado no pueden sostenerse, recrearse y reproducirse solo en la esfera de la producción. Las condiciones para la producción capitalista y la reproducción de sus relaciones sociales deben articularse a través de *todos* los niveles de la formación social: económico, político, ideológico. Así, por ejemplo, una sociedad basada en el capital privado y el «trabajo libre» en la esfera *económica* requiere las relaciones jurídicas de la propiedad privada y el contrato. Por lo tanto, requiere un código legal en el que se institucionalicen estas relaciones; una ideología legal en la que estos motivos económicos puedan asumir la forma de «motivos jurídicos»; un aparato jurídico que pueda dar a la relación económica una expresión y sanción legal. En lo que respecta a la producción capitalista, lo que importa es el intercambio de capital por fuerza de trabajo y la extracción del excedente. Pero esta fuerza de trabajo tiene que ser físicamente reproducida. Nuevas generaciones de trabajadores deben sustituir a las viejas o a las muertas; el trabajador debe volver cada día lo suficientemente renovado como para trabajar de nuevo productivamente. El lugar de esta vertiente de la reproducción física y cultural de la fuerza de trabajo —de la que depende la producción económica— no está dentro de la producción, sino que (a través del instrumento del «salario digno») se lleva a cabo en realidad dentro de la esfera del consumo de la familia y, por lo tanto, en parte, a través de la división sexual del trabajo.

La fuerza de trabajo también tiene que reproducirse en el nivel de los conocimientos y habilidades que requiere la creciente división técnica del trabajo en la producción capitalista. Esta «tarea» se lleva a cabo cada vez más, no dentro de la producción, sino a través de la esfera separada del sistema educativo, sobre el cual, progresivamente, como un aparato separado, el Estado capitalista toma cada vez más el mando. La mano de obra también debe ser instruida en «las reglas de la moral, la conciencia cívica y profesional, lo que en realidad significa reglas de respeto a la división sociotécnica del trabajo y, en última instancia, a las reglas del orden establecido por la dominación de clase».⁶⁴ Esta «tarea» de conformidad ideológica es, cada vez más, el trabajo de los aparatos culturales, sobre los que, de nuevo, el Estado

⁶⁴ Althusser, «Ideology and Ideological State Apparatuses...», p. 127.

llega a ejercer una creciente influencia organizativa. Por lo tanto, incluso en una formación social sobredeterminada por las leyes del movimiento de la producción capitalista, las condiciones para esa producción —o lo que ha venido a llamarse *reproducción social*— se sostienen a menudo en las esferas aparentemente «improductivas» de la sociedad civil y del Estado; y, en la medida en que las clases, constituidas fundamentalmente en la relación productiva, también se disputan este proceso de «reproducción social», la lucha de clases está presente en todos los ámbitos de la sociedad civil y del Estado. Es en este sentido que Marx llamó al Estado «el resumen oficial de la sociedad»,⁶⁵ el «índice de los conflictos prácticos del hombre». Expresa «*sub specie rei publicae* (desde el punto de vista político) todos los conflictos, necesidades e intereses sociales».⁶⁶ Gramsci lo parafraseó llamando al Estado esencialmente «organizativo y conectivo».

Para Gramsci, el tipo de «orden» que el Estado impone y expresa es de un tipo muy específico: un orden de *cohesión*. Por supuesto, la cohesión puede lograrse de más de una forma. Una vertiente de la cohesión depende claramente de la fuerza y la coerción. En un sistema basado en la reproducción capitalista, la fuerza de trabajo tiene que ser *disciplinada*, si es necesario, a fin de que trabaje; en la sociedad burguesa, los desposeídos tienen que disciplinarse para respetar la propiedad privada; en una sociedad de «individuos libres», los hombres y las mujeres tienen que ser disciplinados en el respeto y la obediencia al marco general del propio Estado nación. La coerción es una cara o aspecto necesario del «orden del Estado». La ley y las instituciones jurídicas son la expresión institucional más clara de este «ejército de reserva» de la disciplina social impuesta. Pero es evidente que la sociedad funciona mejor cuando los hombres aprenden a disciplinarse a sí mismos; o cuando la disciplina parece ser el resultado del consentimiento espontáneo de cada uno a un orden social y político común y necesario: o cuando, al menos, el ejército de reserva de la coerción se moviliza con el consentimiento de todos.

En este sentido, Gramsci argumentaba que el Estado tenía otro aspecto o papel crucial, además del legal o coercitivo: el papel de liderazgo, de dirección, de educación y tutela. La esfera, no de la «dominación» por la fuerza, sino de la «producción de consentimiento». En realidad, el Estado debe ser concebido como un «educador», en la medida en que tiende precisamente a crear un nuevo tipo o nivel de civilización. Actúa según un plan, insta, incita, solicita y «castiga». El sistema jurídico —el lugar, aparentemente, de la coacción— también tenía un papel positivo y educativo que desempeñar a este respecto:

⁶⁵ Marx, *The Poverty of Philosophy*...

⁶⁶ Marx en una carta a A. Ruge.

Pues una vez creadas las condiciones en las que un determinado modo de vida es «posible», la «acción u omisión delictiva» debe tener una sanción punitiva, con implicaciones morales [...]. El Derecho es el aspecto represivo y negativo de toda la actividad positiva y civilizadora emprendida por el Estado [...]. Se premia la actividad meritoria y loable, así como se castigan las acciones delictivas (y se castigan de forma original, incorporando a la «opinión pública» como forma de sanción).⁶⁷

Para Gramsci, esta gestión del consentimiento no se había concebido simplemente como un truco o una artimaña. Para que la producción capitalista se expandiera, era necesario que todo el terreno de la actividad social, moral y cultural fuera llevado a su dominio en la medida de lo posible, desarrollado y remodelado según sus necesidades. Esto es lo que Gramsci quería decir con que el Estado «crea un nuevo tipo o nivel de civilización». El derecho, añadió, «será su instrumento para este fin».⁶⁸

Gramsci reconoció claramente que el Estado capitalista implicaba el ejercicio de *ambos* tipos de poder: la coerción (dominación) y el consentimiento (dirección). Incluso el lado coercitivo del Estado funcionaba mejor cuando se percibía como legítimamente coercitivo, es decir, con el consentimiento de la mayoría. El Estado impone su autoridad a través de ambos tipos de dominación; de hecho, los dos tipos están presentes en cada aparato del Estado.⁶⁹ Sin embargo, Gramsci sosténía que el Estado capitalista funcionaba mejor cuando operaba «normalmente», a través de la dirección y el consentimiento, con la coerción suspendida, por así decir, como la «armadura del consentimiento», ya que entonces el Estado era libre de emprender sus funciones más educativas, «éticas» y culturales, llevando todo el edificio de la vida social progresivamente a la conformidad con la esfera productiva. El Estado liberal democrático, argumentaba Gramsci, con su elaborada estructura de representación, con su organización de los intereses sociales a través del Parlamento y la formación de partidos, su representación de los intereses económicos en los sindicatos y las federaciones de empresarios, su espacio para la articulación de la opinión pública, su dominio organizativo sobre la multitud de asociaciones privadas de la vida civil, alcanzaba su forma *ideal*, su cristalización más plena, cuando se enraizaba en el consentimiento popular. Estas eran las condiciones previas esenciales para el ejercicio de lo que Gramsci llamaba «hegemonía». La hegemonía no era una condición automática; su misma *ausencia* en la vida política italiana fue lo que centró la atención de Gramsci en ella. Pero era la condición a la que «aspiraba» la sociedad liberal-burguesa. Y su logro —esta universalización de los intereses de clase— *tenía que pasar*.

⁶⁷ Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks...*, p. 247.

⁶⁸ Ibídem, p. 246.

⁶⁹ Véase Althusser, «Ideology and Ideological State Apparatuses...».

progresivamente por la mediación del Estado. Gramsci hablaba del «paso decisivo de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas». Solo cuando una fracción de clase dominante podía *extender* su autoridad en la producción a las esferas de la sociedad civil y del Estado, podía decirse que ejercía la «hegemonía». A través del Estado, una determinada combinación de fracciones de clase —un «bloque histórico»— podía «propagarse por toda la sociedad, provocando no solo una unidad de objetivos económicos y políticos, sino también una unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales se libra la lucha, no en un plano corporativo, sino “universal” y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados».⁷⁰

Gramsci pensaba que el nivel fundamental de determinación sobre una formación social se constituía, «en última instancia», en el nivel de las relaciones productivas; de ahí que hable de las clases fundamentales de la producción capitalista como «los grupos sociales fundamentales». Pero reconocía que no existe una formación tan simple y homogénea como *una, o la*, clase dominante; y reconocía que, en diferentes condiciones históricas, los intereses objetivos de tal «clase fundamental» en la producción solo podían realizarse a través de la dirección política e ideológica de *una fracción particular* de esa clase, o de una alianza de fracciones de clase. El Estado tenía, por lo tanto, una crucial importancia en la propia *formación* de tales alianzas gobernantes, incluyendo la soldadura de los intereses de los grupos *subalternos* bajo la autoridad de una alianza particular, formando así la base de un «bloque» que pudiera extender y ampliar su autoridad social sobre todo el *conjunto*. El Estado era también el terreno en el que las clases sociales *subalternas* podían ser «ganadas» para apoyar la autoridad de la alianza gobernante. Si se quería asegurar la hegemonía sin destruir la cohesión de la formación social y sin el ejercicio continuo de la fuerza bruta, había que extraer ciertos «costes» de la clase dominante a fin de asegurar el consentimiento de su base social y política. Solo el Estado podía, cuando fuera necesario, imponer estos costes políticos a los intereses más estrechos de la clase dominante. Sin duda, Gramsci creía que la forma liberal del Estado capitalista estaba bien adaptada a este complejo ejercicio de hegemonía. En y a través de la representación política, de los partidos, del juego de la opinión pública, había espacio para la representación formal de las necesidades e intereses de los grupos sociales subordinados dentro del complejo del Estado; por estos medios su lealtad y consentimiento podían ser «afianzados» para la fracción hegemónica. Del mismo modo, el «Estado de Derecho» establecía esa igualdad de todos los ciudadanos, otorgando a la ley una posición autónoma, al tiempo que le permitía realizar ciertas

⁷⁰ Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks...*, pp. 181-182.

tareas críticas, dentro del marco legalmente establecido del poder de la clase hegemónica. Lo mismo ocurría en el plano económico:

Sin duda, el hecho de la hegemonía presupone que se tengan en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los que se ejerce la hegemonía, y que se forme un cierto equilibrio de compromiso. [...] Los grupos dirigentes deben hacer sacrificios de tipo económico-empresarial. Pero tampoco cabe duda de que tales sacrificios y tal compromiso no pueden tocar lo esencial; pues aunque la hegemonía sea ético-política, debe ser también económica, debe basarse necesariamente en la función decisiva que ejerce el grupo dirigente en el núcleo decisivo de la actividad económica.⁷¹

Cada vez más, la formación de estos «equilibrios desiguales» ha sido la «tarea» peculiar del Estado.

El Estado es, por lo tanto, el instrumento clave que amplía el estrecho *dominio* de una clase particular a un liderazgo y autoridad de clase «universal» sobre toda la formación social. Su «tarea» es asegurar esta ampliación y generalización del poder de clase, asegurando al mismo tiempo la estabilidad y cohesión del *conjunto social*. La *independencia relativa* del Estado (la «autonomía relativa» de lo político respecto de lo económico) es, en las sociedades capitalistas, la *condición necesaria* para esta «tarea» de cohesión y unidad. Por esta razón, la visión del Estado capitalista como «el comité ejecutivo de la clase dominante» no es especialmente útil. Señala la naturaleza esencial de clase del Estado, pero oscurece lo que es específico del Estado bajo el capitalismo: la base de su independencia. La tentación es «leer» el nivel político del Estado como algo *que expresa siempre y directamente* las «necesidades» de las fuerzas productivas o los estrechos intereses de clase de una fracción de la clase dominante. Esto oscurece el hecho de que una clase fundamental puede ejercer el poder a través de la mediación, en el nivel político, de una fracción de clase dominante o «gobernante» diferente a ella. Hace ininteligible el hecho de que la burguesía industrial inglesa «gobernara» durante una parte importante del siglo XIX, *a través* de un Parlamento dominado por la aristocracia terrateniente; o que la clase obrera inglesa estuviera, durante un largo periodo, representada políticamente a través del ala radical del Partido Liberal. Solo una comprensión adecuada de la base de la forma de «independencia» que asume el Estado bajo el capitalismo nos permite reconciliar la observación de Perry Anderson de que la clase capitalista industrial inglesa nunca se convierte en la clase «gobernante»,⁷² con la insistencia de Marx y Engels en que

⁷¹ Ibídem.

⁷² Anderson «Origins of the Present Crisis...».

Inglaterra, en el siglo XIX, era la nación más burguesa de la tierra.⁷³ Este hecho, por lo demás desconcertante, tiene algo que ver con la insistencia de Marx en que la burguesía era la única «clase dominante» incapaz de gobernar por sí misma. Este punto se expone claramente en los escritos de Marx y Engels sobre Gran Bretaña y Francia.⁷⁴ Engels pensaba que era casi «una ley del desarrollo histórico que la burguesía no puede en ningún país europeo hacerse con el poder político [...] de la misma manera exclusiva en que la aristocracia feudal se hizo con este durante la Edad Media».⁷⁵ Y la razón de ello radica en la tendencia de los distintos capitales a entrar cada vez más en competencia entre sí, y a que estos conflictos internos se representen a través de luchas internas entre las distintas fracciones de la burguesía. De ahí que *el propio capital* —el capital social— acabe por requerir un Estado fuerte e intervencionista, capaz de funcionar como el «capitalista total ideal», «al servicio de los intereses de la protección, consolidación y expansión del modo de producción capitalista en su conjunto, por encima y en contra de los intereses conflictivos de [...] los muchos capitales».⁷⁶ El Estado, decía Engels, es una «máquina capitalista [...] la personificación ideal del capital nacional total».⁷⁷

En el sentido de Gramsci, pues, el Estado no es tanto una entidad, ni siquiera un complejo particular de instituciones, como un lugar o nivel particular de la formación social: con sus formas y «tareas» específicas, insustituible por cualquier otra estructura, aunque, en último término, sea superestructural. El Estado es el *organizador*. En su función económica ayuda a organizar para el capital, y lo hace cada vez más, a medida que el capitalismo pasa del *laissez-faire* a su forma de monopolio estatal. Asegura las condiciones para la reproducción del capital y mantiene la sociedad como lugar de inversión rentable. Pero también organiza a través de su función jurídica: el «conjunto de reglas que organiza los intercambios capitalistas y proporciona el marco real de cohesión en el que pueden tener lugar los encuentros comerciales».⁷⁸ Organiza ideológicamente, a través de la esfera cultural y el sistema educativo —una vez más, progresivamente ampliado y complejizado a medida que se desarrollan las necesidades productivas a las que sirve—; a través de los medios y soportes de comunicación

⁷³ Véase Thompson, «The Peculiarities of the English...»; y Johnson, «Barrington Moore, Perry Anderson and English Social Development...».

⁷⁴ K. Marx y F. Engels, *On Britain*, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1962.

⁷⁵ Engels, «Socialism....».

⁷⁶ E. Mandel, *Late Capitalism*, Londres, New Left Books, 1975, p. 479 [ed. org.: *Der Spätkapitalismus. Versuch einer marxistischen Erklärung*, Frankfurt, 1972; ed. cast.: *El capitalismo tardío*, Manuel Aguilar Mora (trad.), Ciudad de México, Ediciones Era, 1972/1979].

⁷⁷ F. Engels, *Anti-Düring*, Londres, Lawrence & Wishart, 1954, p. 386 [ed. cast.: *Anti-Düring*, José Verdes Montenegro y Montoro (trad.), Madrid, Editorial Ciencia Nueva, 1968].

⁷⁸ Véase Poulantzas, *Political Power and Social Classes...*, p. 53.

y de la orquestación de la opinión pública. Organiza cada vez más la vida civil y social de la sociedad, especialmente la familia y los pobres, a través de las estructuras «mediadas» del Estado del bienestar. Sobre todo, organiza, *a través de la política*, el sistema de partidos políticos y la representación política: a través del «mantenimiento del orden en el conflicto de clases políticas».⁷⁹ En efecto, esta organización de la dominación hegemónica a nivel de la política y del derecho es lo que, sobre todo, es específico de las funciones del Estado capitalista. A través de las vertientes política y jurídica de su actividad, el Estado asegura un cierto tipo de orden político, impone un cierto tipo de orden jurídico, mantiene un cierto tipo de orden social, al servicio del capital.

Uno de los efectos de erigir un complejo de aparatos estatales de esta manera es hacer invisible el aspecto económico de las relaciones de clase. Las clases se representan, políticamente, como si estuvieran compuestas únicamente por «ciudadanos individuales». La relación de los ciudadanos con el Estado se define en la ley (sujetos jurídicos) y a través de las instituciones políticas (sujetos políticos). El Estado se representa a sí mismo como el depositario de todas estas voluntades individuales (es la «voluntad general»), al tiempo que se sitúa por encima y al margen de la sórdida lucha entre intereses particulares. Reconstituye a los sujetos de clase como *sus propios sujetos*: él mismo como «la nación». El ámbito político-jurídico establece los puntos centrales de referencia para otras ideologías públicas. Los conceptos ideológicos de *esta esfera* predominan sobre los demás: el lenguaje de las libertades, «la igualdad, los derechos, los deberes, el Estado de Derecho, la nación, los individuos / personas, la voluntad general, en definitiva todos los eslóganes bajo los que la explotación de la clase burguesa entró y gobernó en la historia» se convierten en algo primordial.⁸⁰ Poulantzas sostiene incluso que, bajo el capitalismo, otras esferas ideológicas —la filosofía, la religión, el discurso moral— toman prestadas sus nociones clave del ámbito político-jurídico.

La «autonomía» del Estado capitalista liberal da así una forma universal a la dominación por parte de una sucesión de alianzas de clases dominantes. Esa «universalización» del Estado en el «interés general» se sustenta en su base en la representación popular y en el consentimiento popular. El Estado capitalista es el primero, históricamente, que se basa en el sufragio universal. Gradualmente, a través de una prolongada lucha política, las clases trabajadoras emergentes ganaron una posición en la «sociedad política» y, a principios del siglo XX, se incorporaron formalmente a esta. Este acercamiento gradual, desigual y a menudo amargamente resistido, de todas

⁷⁹ Ibídem, p. 53.

⁸⁰ Ibídem, p. 211.

las clases políticas al marco formal del Estado, amplió al mismo tiempo su base representativa (y, por lo tanto, su legitimidad), y le obligó a parecer cada vez más «auténtomo» de cualquier interés de clase particular. A ello siguió una recomposición fundamental de la forma del Estado capitalista. A partir de entonces, el Estado solo podía proporcionar el «teatro» para la organización de la hegemonía, trabajando *a través del consentimiento*. Su trabajo como «organizador del consentimiento» se vuelve así más crítico, al tiempo que más delicado, más problemático. Solo ganando consentimiento puede el Estado exigir tanto la obligación como la obediencia.

La ley también se «autonomiza» progresivamente como parte de esta recomposición general; pero sigue siendo parte integrante de la ecuación de consentimiento y cumplimiento. La ley es la sede del aspecto más coercitivo del Estado capitalista: pero este ejercicio de coerción sigue siendo legítimo porque la ley también se basa, en última instancia, en la representación popular y en la «voluntad del pueblo a través del Parlamento» que legisla. El respeto estricto e imparcial del «Estado de Derecho» y la doctrina clásica (enunciada hace tiempo por Montesquieu) de la «separación de poderes» son las expresiones formales de este pacto de asociación civil en el Estado y, por lo tanto, también el terreno en el que se asienta la imparcialidad de la ley. Hunt ha señalado que, debido a que la «separación de poderes» tiende a ocultar el carácter de clase del aparato judicial, sus críticos han estado equivocadamente tentados a exagerar la *coincidencia*, en todo momento, entre el Estado, las necesidades del capital, la clase dominante y la ley. Hemos sugerido las razones por las que esta simple inversión no es aceptable: no explica lo suficiente, ni lo explica adecuadamente. Por ejemplo, no puede explicar cómo y por qué la ley puede intervenir, y de hecho lo hace, en contra de los intereses manifiestos de una determinada fracción de la clase dominante. Ante esto, el punto de vista expresivo se ve abocado a una teoría de la conspiración. Del mismo modo, no puede explicar cuál es la base material de la creencia —a la que a menudo se adhieren los trabajadores (y que no puede ser descartada como «falsa conciencia»)— de que la ley *también* les ofrece cierta protección sobre su vida, su integridad física y su propiedad. De hecho, la naturaleza arbitraria y abiertamente clasista de la ley, comentada anteriormente con respecto del siglo XVIII, reflejaba la base *limitada* del consentimiento y la participación que sostenía las coaliciones del emergente Estado capitalista agrario (la «Vieja Corrupción»), al tiempo que demostraba lo imperfectamente desarrollado que estaba su carácter «burgués». Cuanto más amplios son los fundamentos políticos del Estado, cuanto más fuerte es la presencia en este de las grandes clases «sin derecho a voto», más la ley se dirige —lenta y desigualmente, por cierto—, en sus operaciones rutinarias, hacia la separación formal de la influencia directa de los intereses de clase de

la fracción gobernante de la clase dominante. Esta «recomposición» de la instancia jurídica dentro del Estado capitalista se produce a través de una dialéctica muy compleja. El desarrollo de la lucha política de clases obliga a la ley a parecer más independiente: esto proporciona un cierto «espacio» judicial del que las clases trabajadoras a veces se apropián para su propia defensa y protección; pero también da a la ley un grado de libertad, por así decir, para «vigilar» —y, por lo tanto, regular— al propio capital. Esta tarea de superintendencia y reconstrucción «desde arriba» es una función que, en ciertos momentos, las fracciones de clase dominantes requieren pero que no pueden llevar a cabo en su propio nombre, y que no siempre les gusta. La «autonomización» del derecho no significa, por lo tanto, que deje de realizar ciertas tareas judiciales críticas al servicio del desarrollo del modo de producción capitalista. En cierto modo, ahora posee una mayor libertad y legitimidad para hacerlo. Significa, sin embargo, que estas tareas tienen que ser realizadas de manera diferente, a través de estructuras e ideologías legales profundamente modificadas. Sugiere, en definitiva, cómo este «perfeccionamiento» de los aparatos jurídicos del Estado capitalista liberal fue un proceso impulsado por el intento de encontrar una solución, a un nivel superior, a las contradicciones que no podrían superarse de otro modo: una solución que —como el propio «Estado de Derecho»— sigue siendo contradictoria.

La consecuencia de este movimiento dialéctico para la posición del aparato jurídico dentro del Estado debe ser tenida en cuenta a la hora de entender lo que sigue, sobre todo por sus resultados contradictorios. Una «Ley» que está «por encima» del partido y de la clase puede y debe, de vez en cuando, imponer su autoridad legal a sectores del propio capital. Debe imponer sus normas legales universales y sanciones contra las transacciones capitalistas «ilegales». Por lo tanto, «las decisiones de los tribunales no siempre son del agrado de quienes detentan el poder estatal».⁸¹ Debe extender su influencia a todos los «sujetos legales», dando a todos un interés sustantivo en la preservación del orden legal. Los beneficios sustanciales que los trabajadores han obtenido de la aplicación del «Estado de Derecho» y otros derechos legalmente sancionados no deben ser pasados por alto en un desenmascaramiento apresurado si bien unilateral (véase la elocuente, pero en cierto modo unilateral, defensa de Thompson).⁸² Por otro lado, no debemos descuidar su ejecución —no necesariamente de forma oculta, sino a menudo de forma perfectamente abierta y «legítima»— al servicio del capital a largo plazo. La inscripción en sus formas jurídicas de las relaciones clave del capital —la propiedad privada, el contrato— no es un secreto bien guardado. Aunque la ley delimita las formas ilegales de apropiación,

⁸¹ A. Hunt, «Law, State and Class Struggle», *Marxism Today*, junio de 1976.

⁸² Thompson, *Whigs and Hunters...*, p. 258 y ss.

hace que las formas legales (la norma) sean públicas y visibles, al tiempo que las sanciona positivamente. Protege la vida y la integridad física. Pero también preserva el orden público y, bajo esta rúbrica, a menudo asegura, en momentos de confrontación abierta de clases, justo esa estabilidad y cohesión sin las cuales la reproducción constante del capital y el desarrollo de las relaciones capitalistas sería un asunto mucho más peligroso e impredecible. Preserva a la sociedad contra sus enemigos, dentro y fuera. Eleva las relaciones sociales existentes —por ejemplo, las derivadas de la división social y sexual del trabajo— al nivel de normas universales. Al operar estrictamente dentro de la lógica judicial, de las normas jurídicas de la evidencia y la prueba, pone constantemente entre paréntesis los aspectos de las relaciones de clase que destruyen su equilibrio e imparcialidad *en la práctica*. Iguala, a los ojos formales de la ley, cosas que no pueden ser iguales. En las famosas palabras de Anatole France: «En su majestuosa imparcialidad prohíbe a los ricos y a los pobres por igual dormir bajo los puentes de París». Se dirige a los «sujetos de clase» como personas individuales; en palabras de Althusser, «interpela constantemente al sujeto», al sujeto legal.⁸³ Incluso trata las estructuras corporativas como «personas». «Es importante recalcar», nos recuerda Hunt, «que las normas jurídicas no crean las relaciones sociales que conforman la sociedad capitalista. Pero, al enunciarlas como principios y hacerlas cumplir, el Derecho opera no solo para reforzar estas relaciones sino también para legitimarlas en su forma existente».⁸⁴ El Derecho viene así a representar todo lo más imparcial, independiente, por encima del juego de intereses partidistas, dentro del Estado. Es la representación más formal del consentimiento universal. Su «norma» viene a representar el orden social, la «sociedad» misma. Por lo tanto, desafiarla es un signo de desintegración social. En tales circunstancias, la «ley» y el «orden» se vuelven idénticos e indivisibles.

Modos de hegemonía, crisis de la hegemonía

Hasta ahora hemos hablado de ciertas características generales del Estado capitalista. En las primeras etapas del desarrollo capitalista, el Estado realiza su trabajo en nombre del sistema capitalista, no necesariamente asegurando puestos de trabajo dentro de sus burocracias o dentro de sus aparatos políticos para los hijos de una burguesía en ascenso, sino por otros medios. En primer lugar, destruyendo las estructuras, las relaciones, las costumbres y las tradiciones que, procedentes del pasado, de los modos de vida pasados, obstaculizan, encorsetan y limitan el «libre desarrollo»

⁸³ Althusser, «Ideology and Ideological State Apparatuses...».

⁸⁴ Hunt, «Law, State and Class Struggle...».

del capital; en segundo lugar, realiza la labor de tutelar, formar, moldear, cultivar, solicitar y educar activamente a las clases emergentes en las nuevas relaciones sociales, que permiten que la acumulación y la producción capitalistas comiencen a desarrollarse «libremente». Este es un punto de partida burdo pero *esencial* a la hora de abordar la cuestión más difícil de los diferentes *tipos* de Estado que, a lo largo del desarrollo histórico del capitalismo, realizan este «trabajo», y las diferentes *tareas* que surgen de los diferentes momentos en el desarrollo del capital; y, por lo tanto, de los diferentes *modos de hegemonía* que las alianzas de la clase dominante pueden establecer y organizar a través de la mediación del Estado.

Históricamente, regímenes políticos de todo tipo han sido compatibles con el modo de producción capitalista. Esto no socava el argumento de Gramsci de que ciertos mecanismos son cruciales para el Estado capitalista *en cualquiera* de sus formas «normales». El calificativo «normal» es importante. Aunque la naturaleza precisa de la relación entre el fascismo y el capitalismo en una fase degenerada sigue siendo objeto de considerable controversia, hay que reconocer ahora que el capitalismo también es compatible con —y puede requerir ser «rescatado» por— ciertas formas bastante *excepcionales* de Estado (por ejemplo, el Estado fascista), en las que se suspenden muchos de sus modos normales. Gramsci pudo comprender bien la importancia de estos momentos «excepcionales», ya que fue precisamente uno de esos Estados, el de la Italia fascista de Mussolini, el que le encarceló. Sin embargo, aún teniendo en cuenta esta posibilidad «excepcional», tenemos que retener el concepto de los modos «normales» del Estado liberal y posliberal. Y esto tiene que ver, de manera central, con el hecho de que, sea cual sea su organización real, el Estado capitalista tiende a fundar y establecer su dominio sobre la vida civil y la sociedad a través de *la combinación* de modos de consentimiento y modos de coerción, pero con el *consentimiento* como su soporte clave y legitimador. La forma en que este «gobierno a través del consentimiento» puede apuntalar tipos de Estado muy diferentes, o cómo una forma particular de Estado puede cambiar de una modalidad principal a otra en momentos de crisis, puede ilustrarse observando, de forma esquemática, tres momentos clave en su desarrollo histórico en Gran Bretaña.

Cada vez resulta más claro que la idea de una versión «pura» del Estado del *laissez-faire* no intervencionista en Gran Bretaña a mediados del siglo XIX es una ficción. En el apogeo del Estado «liberal» —aproximadamente, el periodo comprendido entre la derrota del cartismo a finales de la década de 1840 y el inicio de la Gran Depresión—, aunque el Estado tenía una posición de «no intervención» en los asuntos económicos y en el mercado, siguió siendo una importante fuerza educativa y reguladora en todo momento. Como sostiene Polanyi, para los liberales económicos de

mediados de siglo, el *laissez-faire* era un fin que debía alcanzarse —si era necesario mediante la intervención del Estado— y no una descripción de un estado de cosas existente.⁸⁵ Los utilitaristas radicales, siguiendo a Bentham, creían ciertamente en la intervención, precisamente para asegurar las condiciones en las que pudiera florecer el individualismo sin trabas. Este es, por supuesto, el periodo de la estabilización progresiva del capital industrial como modo de producción dominante en Gran Bretaña por encima de los demás modos, incluyendo gradualmente el del capital terrateniente; y es el periodo de la enorme expansión productiva del capital a través de la faz del globo, la creación por primera vez de esa «red global» que Marx predijo y que Hobsbawm, en *La era del capital*, ha recreado recientemente de forma tan vívida.⁸⁶ La introducción de lo que Marx llama «maquinofactura» a gran escala transforma la base de producción existente y, en el mismo momento, transforma los modos de trabajo existentes y recompone la fuerza de trabajo internamente. En este periodo, el papel del Estado es a la vez «mínimo» y crítico. A través del Estado y del Parlamento se desmantelan muchos de los acuerdos económicos tradicionales que todavía lastran el crecimiento del capital industrial; el momento crucial de la derogación de las Corn Laws es un ejemplo clave aquí, uno de los muchos. La derogación «cultiva» a las nuevas clases trabajadoras para adaptarse el régimen de trabajo asalariado estable, regular, regulado e ininterrumpido. El ataque del liberalismo económico, en su fase más agresiva, al «paternalismo» de las antiguas Poor Laws y la inclusión de los pobres e indigentes directamente en la red del «trabajo productivo» es otro ejemplo clave. Marx observa cómo el derecho penal y el sistema penitenciario se relacionan con este proceso de sometimiento de incluso los sectores más recalcitrantes de la fuerza de trabajo potencial a los hábitos del trabajo asalariado.⁸⁷ Al mismo tiempo, el Estado comienza a ocuparse —primero a través de la constatación de los hechos, luego mediante la intervención administrativa, la regulación y la inspección— de las *condiciones* de trabajo (la legislación fabril del periodo), y de las *consecuencias* de la agitación industrial (la reforma urbana de la salud, el saneamiento y la ciudad). Muchas de estas tareas son «recuperadoras»: sin ellas el capitalismo no podría ser tan autorregulado ni tan «automático». Algunas de ellas —por ejemplo, la legislación de fábrica sobre el trabajo infantil y femenino, y luego la restricción crítica de la jornada laboral— las realiza el Estado *en contra* de

⁸⁵ K. Polanyi, *The Great Transformation*, Boston, Beacon Press, 1957 [ed. cast.: *La gran transformación: Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Eduardo L. Suárez (trad.), Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1992].

⁸⁶ E. J. Hobsbawm, *The Age of Capital*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1973 [ed. cast.: *La era del Capital*, Carlo A. Caranci (trad.), Barcelona, Crítica, 2011].

⁸⁷ Véase D. Melossi, «The Penal Question», *Capital, Crime and Social Justice*, primavera/verano de 1976.

los intereses inmediatos a corto plazo del capital industrial. En este caso, el Estado tiene que adaptarse a la creciente fuerza, poder y presencia organizada de la clase obrera y, *aparentemente* a expensas del capital, promueve aquellas medidas legislativas que proporcionan un «equilibrio» estabilizador para que el dominio del capital continúe sin una revuelta masiva de la clase obrera. Podemos ver en este caso tanto el «trabajo» que el Estado hace *para* el capital, *contra* el capital, como sus consecuencias contradictorias. Porque los controles sobre la duración de la jornada laboral contravienen el medio crucial por el que el capital amplía su excedente: a través de la prolongación de la jornada laboral. Una vez establecida una barrera a este método, el capital se ve impulsado a otro modo de «autoexpansión»: el aumento de la productividad del trabajo a través de la extensión del trabajo «muerto» (máquinas) en relación con el trabajo «vivo»: ese cambio de la extracción de plusvalía «absoluta» a la extracción de plusvalía «relativa» que inaugura todo un nuevo ciclo de desarrollo capitalista. Así que la «autonomía relativa» del Estado tiene algunas consecuencias contradictorias para el propio modo de producción que supervisa.

En este periodo es *la política* la que proporciona el mecanismo clave del *consentimiento*; y la clase económica dominante ejerce su hegemonía a través del sistema político. Ya hemos mostrado lo importante que es que esta se ejecute, no en su propio nombre o persona, sino colocando fracciones del capital terrateniente en el gobierno y la política. Este desplazamiento del poder, de lo que Marx llamó la «clase económicamente dominante» a la «casta políticamente gobernante», resulta fundamental a la hora de comprender las cambiantes alianzas de la política de mediados de siglo. También es fundamental para entender cómo las clases trabajadoras llegaron, a lo largo de este periodo, a estar formalmente representadas, políticamente, como lo que Marx y Engels llamaron una «cola» o apéndice de la alianza whig-radical, un hecho que tendría enormes consecuencias para la «reeducación política» de las nuevas masas industriales.

El periodo se enmarca, en ambos extremos, por las dos grandes luchas por la reforma de las instituciones parlamentarias. Primero, la burguesía industrial se autoriza a sí misma y a sus «inquilinos»; luego, a lo largo del siglo, se ve obligada a extender progresivamente el derecho de voto a las clases trabajadoras. También este proceso es contradictorio. Por un lado, las reformas introducen a las clases trabajadoras en la representación política formal, modificando así el ejercicio del poder político en interés del capital (por lo que cada etapa de la emancipación es vigorosamente resistida); sin embargo, por otro lado, la emancipación de las masas (que, debemos recordar, no se completa hasta principios del siglo siguiente) crea esa base de consentimiento popular que hace legítimas las estructuras del poder económico y político. Funda finalmente el régimen del capital sobre

la base estable del «consentimiento universal». Esto no podría haber sucedido sin la *enorme expansión* de toda la esfera de operaciones del Estado, ya que solo en y a través de un Estado «universal», capaz de representarse a sí mismo como una instancia por encima de las luchas en disputa entre las clases y que las «concilia», podría el Estado proporcionar el puente entre la extensión del poder político formal en la base y el ejercicio de la dominación de clase limitada en su cúspide. En este desarrollo contradictorio, el propio Estado se recompone, se amplía, pero también se altera totalmente en su composición interna y en sus ámbitos de actuación. Este proceso es ya visible en la época, pero todavía no es más que una nube en el horizonte. Las reformas de la educación, que amplían gradualmente el papel del Estado en la distribución de habilidades y conocimientos, complementario a la creciente complejidad del proceso de trabajo industrial, que también tiene lugar en este periodo, es un aspecto de su expansión. Pero muchas de esas «tareas», que más tarde se convertirán en el ámbito privilegiado del poder estatal, se dejan todavía, de manera crucial, a la iniciativa privada de la «sociedad civil» y de sus asociaciones. La moralización de los pobres, la tradición del bienestar paterno, la religión de la domesticidad, el fomento del *ethos* de la «respetabilidad» y la autoayuda —esas tareas ideológicas críticas de mediados de siglo— son prerrogativas, no del propio Estado, sino de las instituciones y organizaciones benéficas religiosas y privadas. Igualmente importante es el delicado equilibrio, que ya empieza a establecerse, entre las iniciativas del Estado central y de los gobiernos locales. Sin este complejo de instituciones relacionadas pero «autónomas» y de relaciones descentralizadas, el Estado liberal clásico del periodo de *laissez-faire* no habría sido ni tan «libre» ni tan «residual» como, de hecho, parecía.

No podemos examinar aquí en profundidad la compleja historia del periodo intermedio entre el Estado «no intervencionista» de mediados del periodo victoriano y el Estado «intervencionista» instalado en nuestros días; pero constituye, por supuesto, un periodo crítico de *transición*. Lo que ya hemos identificado como el paso de la plusvalía absoluta a la plusvalía relativa, y los cambios necesarios para que el capitalismo se base en un nuevo modo de generar su excedente y garantizar la acumulación, proporcionan el estímulo interno para una modificación amplia y profunda de la sociedad inglesa de cabo a rabo; externamente, la disminución de la tasa de ganancia del capital, tras su primera y tumultuosa fase de expansión, y el surgimiento de capitales nacionales en competencia proporcionan un estímulo complementario. Lo primero conduce a ese profundo cambio en los procesos productivos del capitalismo en casa, que crea la base de un capitalismo moderno: el aumento de la productividad del trabajo, la aplicación de la ciencia y la tecnología como «fuerza material» directamente a la producción, las modificaciones en el propio proceso de trabajo y en el

régimen de trabajo y su subsunción real, la recomposición masiva de las estructuras del capital mediante la centralización, la concentración y la integración vertical. Lo segundo conduce a ese periodo de rivalidad intensificada entre los capitales nacionales, a la exportación febril de capital y la obtención de mercados y materias primas en el extranjero que produjo primero el «cénit» del imperialismo y luego la Primera Guerra Mundial y la Depresión.

Ambas cosas constituyen un *cambio de época* en la naturaleza del capitalismo y, por lo tanto, en el carácter, la posición y el modo de funcionamiento del Estado: lo que Lenin denominó la transición del *laissez-faire* al capitalismo «monopolista». En esa transición, los modos de funcionamiento del Estado cambian en sus dos frentes. En las confrontaciones directas con el movimiento obrero organizado, en el fermento revolucionario antes y después de la Primera Guerra Mundial, el Estado capitalista cumple una función más abiertamente coercitiva —intentando quebrar directamente a la clase obrera, diluir sus habilidades, recomponerla desde «arriba», destruir sus defensas organizadas— en mayor medida quizás que en cualquier momento anterior, al menos desde el final de la amenaza cartista. En este enfrentamiento con la clase obrera, la ley no está en absoluto ausente ni es estrictamente neutral. Esto se prolonga a lo largo del periodo de «retracción» y alcanza un punto culminante en la derrota impuesta a la Huelga General, de la que el movimiento obrero tardó veinte años en recuperarse. Sin embargo, en el mismo momento, a través de una esfera diferente del Estado, también se pone en marcha el ejercicio de contener, en lugar de romper, a la clase obrera. Los inicios del «Estado del bienestar» y el aumento del «salario social», al igual que los sinuosos movimientos de Lloyd George, su gran arquitecto, apuntan al mismo fin —si bien operan a través de un *modo diferente*— al que se dirigía el régimen coercitivo: establecer los *términos* en los que a las clases trabajadoras les debía ser *concedido el derecho a voto* (en el sentido ampliado, tanto social como políticamente) y al mismo tiempo tenían que ser *contenidas*. Una vez más, la expansión del Estado es un factor clave en este proceso: un intento de establecer una hegemonía sobre la clase obrera, mediante una combinación de fuerza y consentimiento, que *fracasa* en términos inmediatos, aun cuando se sientan las bases de su éxito a largo plazo. Todo este periodo está atravesado de punta a punta por la cuestión del «trabajo». Es una fase de transición en la que el Estado capitalista solamente puede *dominar* la lucha de clases, aunque no puede dirigirla.

Solo tenemos que recurrir al cambio de escala, posición y carácter del Estado capitalista de «bienestar» de la posguerra para reconocer la diferencia. El Estado capitalista se ha recomuesto completamente en el periodo intermedio y mediante los mismos procesos que también han

sido responsables de la transformación de Gran Bretaña en una formación social capitalista monopolista «fracasada» a partir de una formación capitalista *laissez-faire* «lograda». Esto se puede ver fácilmente, incluso si, por el momento, nos limitamos a un relato descriptivo de las esferas ampliadas de la intervención estatal. En *primer lugar*, en el periodo posterior a 1945, el propio Estado se ha convertido en un factor importante y directo en las relaciones económicas de la sociedad. Se hizo cargo de la «propiedad pública» de las industrias de apoyo, agonizantes y descapitalizadas, pero vitales, así como de los servicios públicos. El Estado se convirtió así en un importante empleador de mano de obra, tanto en los sectores productivos como en los «improductivos», de servicios o de bienestar. En *segundo lugar*, mediante el uso de técnicas neokeyanas, emprendió directamente lo que el capital, abandonado a sí mismo, ya no podía emprender: una supervisión de los principales movimientos de la economía, interviniendo directamente para regular el nivel de la demanda, para influir en la inversión, para proteger los niveles de empleo y, más tarde, para gestionar el movimiento de los salarios y de los precios y para supervisar la imposición diferencial de los «costes» de la recesión; es decir, el Estado amplió considerablemente su función global de gestión de las crisis y de supervisión de las «condiciones generales» de la producción y de la acumulación capitalistas, así como de defensa de la tasa de ganancia. En *tercer lugar*, para contener las presiones de la clase obrera que exigía mayor seguridad vital y laboral, y para consolidarse sobre la base del consentimiento popular, asumió la responsabilidad, a través de los impuestos y del «salario social», de grandes tramos de bienestar, redistribuyendo parte del excedente social y ampliando considerablemente sus burocracias administrativas al mismo tiempo. En *cuarto lugar*, impulsó una considerable expansión de la educación técnica y de otros tipos (incluyendo las esferas vinculadas de la investigación y el desarrollo científicos), en consonancia con las necesidades tecnológicas de la economía, la creciente división del trabajo y los requisitos de más habilidades intercambiables en el proceso laboral. En *quinto lugar*, el Estado adquirió mayor protagonismo en la esfera ideológica: trató de integrar al trabajador en la producción y el consumo capitalistas, y a la clase obrera organizada en la gestión de la economía como «interlocutor social»; buscó gestionar el consentimiento político y social; la difusión de los ideales de «crecimiento», la racionalización técnica y una política pragmática que «consigue que se hagan cosas»; la propagación de la imagen de una sociedad participativa y de una creciente «igualdad de oportunidades para todos». Estas y otras formas de reforzar ideológicamente la legitimidad de la nueva economía capitalista «mixta» se convirtieron, en mayor medida que antes, en responsabilidad directa, y no indirecta, del Estado. Su participación en el ámbito de la comunicación política, en la esfera cultural y en los medios de comunicación es una de las muchas características de esta

amplia intervención ideológica. Otra forma que adoptó esta intervención ideológica del Estado fue el intento de despolitizar la propia política y, por lo tanto, de desmantelar donde podía y de incorporar donde no podía la política de la clase obrera, las instituciones y las organizaciones laborales. En *sexto lugar*, promovió en gran medida la integración y la centralización del capital en los sectores económicos clave, tanto a través de la influencia indirecta, en los mecanismos administrativos de los comités conjuntos y las juntas de planificación, como a través de medidas activas para promover la racionalización. En *séptimo lugar*, auspició un importante cambio en el ejercicio del poder estatal, que pasó de la esfera política y parlamentaria a la administrativa y burocrática. En *octavo lugar*, a través de su participación en el complejo de instituciones y organismos internacionales, intentó armonizar los efectos globales de la competencia capitalista internacional en su conjunto, apuntalando algunas monedas en dificultades, estableciendo, entre otras cosas, zonas de libre mercado de producción especializada y comercio internacional, en un intento de mantener el sistema en su conjunto en una línea económica uniforme (aunque estos esfuerzos a nivel de los Estados nación capitalistas han sido persistentemente socavados por la renovada competencia entre ellos y aún más por el crecimiento de las grandes formas multinacionales de capital, por así decir, dentro o al lado del Estado, de los Estados dentro del Estado).

A medida que los límites del sistema se han ido haciendo más evidentes —la agudización de la competencia por los mercados mundiales en declive, los cambios en la relación de intercambio en contra de los países capitalistas metropolitanos desde los países en vías de desarrollo productores de materias primas, la tendencia a la caída de las tasas de ganancia en los países desarrollados, la profundización de los ciclos de auge y recesión, las crisis monetarias periódicas y el creciente nivel de inflación—, la *visibilidad* del Estado ha aumentado. Ha dejado de ser, si es que alguna vez lo fue, un «vigilante nocturno». Se ha convertido en una fuerza cada vez más intervencionista, que gestiona el capital allí donde este ya no puede gestionarse a sí mismo con éxito, *atrayendo así la lucha de clases económica cada vez más hacia su propio terreno*. Con este aumento de su papel social y económico, se ha producido un esfuerzo más abierto y directo por parte del Estado para gestionar la lucha de clases *política*. Cada vez más, los «pactos», que pretenden dar a las clases trabajadoras una «participación» en el sistema se hacen a través del Estado: aquí es donde el movimiento obrero organizado se ha incorporado progresivamente a la gestión de la economía como uno de sus principales apoyos corporativos; aquí se ha regulado el equilibrio entre las concesiones y las restricciones periódicas de tal manera que favorecen el crecimiento y la estabilidad del capital a largo plazo. Para garantizar estas condiciones para el capital en la vida productiva

y económica de las sociedades, el propio Estado también se ha ocupado cada vez más de las «ecuaciones sociales» que lo hacen posible: de las esferas de la reproducción social y cultural, así como de la propia producción económica. En Gran Bretaña, donde el intento de llevar a cabo esta transición con éxito ha tenido que hacerse en condiciones económicas extremadamente desfavorables, y frente a una clase obrera fuerte, aunque a menudo corporativa, con expectativas materiales crecientes y con una tradición de negociación dura, de resistencia y de lucha, cada crisis del sistema ha tomado, progresivamente, la forma abierta de una crisis en la gestión del Estado, de una *crisis de hegemonía*. Se diría que el Estado absorbe cada vez más en sí mismo todas las presiones y tensiones de la lucha de clases económica y política y se ve después afectado por su conspicua falta de éxito. Y, como el Estado ha asumido un papel mucho mayor, más autónomo y directo, como supervisor de las necesidades políticas y económicas de un capitalismo en crisis, las formas de la lucha de clases se han reorganizado progresivamente, apareciendo cada vez más como un conflicto directo entre las clases y el Estado. Progresivamente, las diversas crisis toman la forma de una crisis general del Estado *en su conjunto* y reverberan rápidamente hacia arriba, desde sus puntos de partida iniciales hasta los niveles superiores del orden jurídico y político.

En esta nueva forma de Estado capitalista «intervencionista», la obtención del consentimiento popular es más que nunca su *única* base de legitimidad. Los gobiernos y regímenes políticos que surgen dentro de este nuevo tipo de Estado son el resultado de un proceso formal de consulta, establecido a través de la representación política, al tiempo que se supone que responden ante este. Es este proceso el que se supone que hace que el Estado sea sensible a la «voluntad soberana del pueblo» y que, por lo tanto, la presente. Es cierto que esa «voluntad» se expresa a través del sistema electoral solo a intervalos periódicos. Las complejidades del gobierno y de la administración están cada vez más alejadas de ese tipo de presión desorganizada que los electores ordinarios pueden ejercer sobre las burocracias constituidas. Pero se dice que esta centralización del poder a través del Estado se ve contrarrestada por el juego de la opinión pública y la independencia de una prensa libre. Sin embargo, aunque no ha absorbido directamente las agencias de formación de opinión, está claro que los gobiernos, directamente a través de las decisiones que toman y de las políticas que ponen en práctica, a través de su monopolio de las fuentes de conocimiento y de la experiencia pública; e indirectamente a través de los medios de comunicación de masas, la comunicación política y otros sistemas culturales, ejercen el efecto más poderoso en la formación de ese «consentimiento popular» que luego consultan. La fuente del poder administrativo se ha desplazado progresivamente del Parlamento al ejecutivo,

así como a los grandes y poderosos batallones organizados dentro de la órbita del propio Estado. A la luz de estos cambios, las versiones más sencillas de la teoría liberal democrática han tenido que ser modificadas para tener en cuenta las simples discrepancias de poder que aparecen manifestamente entre las grandes instituciones corporativas de la economía y el Estado moderno, y el elector ordinario. De este modo, hoy en día se dice que el «consentimiento» depende del hecho de que las grandes entidades corporativas que compiten entre sí anulen o «contrarresten» la influencia de las demás. Hay un tercer significado más amplio que se da al consentimiento, que puede llamarse «sociológico». De hecho, se dice que ahora es este el que proporciona el necesario freno al ejercicio del poder arbitrario por parte del Estado. La idea no es que el poder se haya dispersado efectivamente en las sociedades democráticas modernas de masas, sino que la gran mayoría de la gente está unida dentro de un sistema común de valores, objetivos y creencias (el llamado «sistema central de valores»); y que este *consenso sobre los valores*, más que la representación formal, es lo que proporciona la cohesión que requieren estos complejos Estados modernos. Los intereses dominantes y poderosos son así «democráticos» no porque se rijan directamente en ningún sentido por la «voluntad del pueblo», sino porque ellos también deben referirse en última instancia y estar de algún modo vinculados a este «consenso».

Ahora, el consenso, como regulador invisible o «mano oculta» del Estado capitalista corporativo moderno, tiene una importancia crítica, aunque no exactamente en la forma en que aparece en los teóricos pluralistas de la democracia política. El consenso ha desempeñado un papel fundamental en la historia del Estado británico de posguerra. Fue este lo que proporcionó la base política para ese periodo de unidad y cohesión social en la década de 1950. Y, a medida que las «causas comunes», que constituyeron la base de este gobierno de centro, se han ido erosionando progresivamente, el clamor por el consenso, la búsqueda del consenso, la utilización del consenso como prueba última de todo problema y argumento político, se han hecho más pronunciadas. El consenso es pues importante para los modos de funcionamiento del Estado moderno. Lo definiríamos como la forma en que la se obtiene el *consentimiento* de la sociedad. ¿Pero se obtiene *para qué?* ¿Quién lo obtiene? Aunque no exista una «clase dominante» simple en un sentido homogéneo, la llamada «democratización del poder» en las sociedades capitalistas modernas no ha sustituido, en el plano económico y en ninguna parte de forma efectiva, siquiera a las fracciones fundamentales del capital y a sus representantes, así como tampoco, en el plano político, ha sustituido a la sucesión de alianzas de clases dominantes que lo organiza. Estas coaliciones de fracciones de clase, organizadas en bloque junto con ciertos intereses de clase subalternos, siguen constituyendo la base del

poder de la clase política capitalista. Y precisamente estos grupos son los que pueden utilizar la esfera ampliada del Estado para organizar su poder.

Cuando una alianza de la clase dominante ha logrado una autoridad e influencia indiscutible sobre todos estos niveles de su organización — cuando domina la lucha política, protege y amplía las necesidades del capital, dirige con autoridad en las esferas civil e ideológica y manda sobre las fuerzas de contención de los aparatos coercitivos del Estado en su defensa—, cuando logra todo esto sobre la base del consentimiento, es decir, con el apoyo del «consenso», podemos hablar del establecimiento de un periodo de hegemonía o de dominación hegemónica. Así pues, lo que el consenso significa realmente es que una determinada alianza de clases dominantes ha conseguido asegurarse, a través del Estado, una autoridad social tan total, una dirección cultural e ideológica tan decisiva sobre las clases subordinadas, que modela toda la dirección de la vida social a su imagen y semejanza, y es capaz de elevar el nivel de civilización hasta el punto que requiere el renovado ímpetu del capital; esto implica encerrar, durante un tiempo, el universo material, mental y social de las clases subordinadas dentro de su horizonte. Esta alianza se naturaliza a sí misma, de modo que todo parece favorecer «naturalmente» su dominación continua. Pero, como esta dominación se ha asegurado por consentimiento —sobre la base de un amplio consenso, como se dice—, esa dominación no solo parece ser universal (lo que todo el mundo quiere) y legítima (no ganada por la fuerza coercitiva), sino que su fundamento en la explotación *desaparece de la vista*. El consenso no es lo contrario de la dominación, es su cara complementaria. Es lo que hace que el dominio de unos pocos desaparezca en el consentimiento de los muchos. En realidad, consiste o se fundamenta en el dominio coyuntural de la lucha de clases. Pero este dominio se desplaza, a través de la forma mediadora del «consenso» y reaparece como la *desaparición* o la pacificación de todo conflicto; o bajo la rúbrica del «fin de la ideología» de la que tanto presumía en un momento dado la teoría del consenso. Cuando Harold Macmillan⁸⁸ obtuvo su tercera victoria electoral consecutiva para los conservadores en 1959, sobre la base de una amplísima convergencia en la sociedad, de manera que todas las tendencias económicas y sociológicas parecían favorecer «natural y espontáneamente» su continuo dominio de la escena política y, a través de él, la dominación de esa fracción del capital que había ganado terreno bajo su tutela política, no es de extrañar que anunciara (sin duda esperando que se convirtiera en una profecía autocumplida) que «la lucha de clases ha terminado». Quizás añadió, *sotto voce*, «y la hemos ganado».

⁸⁸ Harold Macmillan (1894-1986), político conservador británico, primer ministro entre 1957 y 1963. [N. de E.]

Gramsci habla en «El Estado y la sociedad civil» de ese punto «de su vida histórica» en el que «las clases sociales se desprenden de sus partidos tradicionales», que «ya no son reconocidos por su clase (o fracción de clase) como su expresión». Tales situaciones de conflicto, aunque tienen sin duda su momento de origen en lo más profundo de la estructura económica del propio modo de producción, tienden, en el plano político, a «reverberar fuera del terreno de los partidos [...] por todo el organismo del Estado». El contenido de tales momentos, según Gramsci, es:

La crisis de la hegemonía de la clase dominante, que se produce o bien porque la clase dominante ha fracasado en alguna empresa política importante para la que ha solicitado, o extraído por la fuerza, el consentimiento de las amplias masas [...]. O porque grandes masas han pasado repentinamente de un estado de pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que, en su conjunto, aunque no estén formuladas orgánicamente, dan lugar a una revolución. Se habla de «crisis de autoridad»: se trata precisamente de la crisis de hegemonía, o de una crisis general del Estado.⁸⁹

Nosotros defendemos que en Gran Bretaña se ha estado desarrollando de hecho una crisis de hegemonía o «crisis general del Estado», precisamente como la definió Gramsci, desde la espontánea y exitosa «hegemonía» de la inmediata posguerra. Una crisis que, clásicamente, asumió primero la forma de una «crisis de autoridad» y que, exactamente como se ha descrito, reverberó primero hacia fuera desde el terreno de los partidos de «representados y representantes».

Una crisis de hegemonía marca un momento de profunda ruptura en la vida política y económica de una sociedad, una acumulación de contradicciones. Si en los momentos de «hegemonía» todo funciona espontáneamente para sostener y reforzar una forma particular de dominación de clase, al tiempo que se invisibilizan las bases de esa autoridad social a través de los mecanismos de producción de consentimiento, los momentos en los que se altera el equilibrio del consentimiento, o en los que las fuerzas de clase contendientes están casi tan equilibradas que ninguna de ellas puede lograr ese dominio desde el que se puede promulgar una resolución de la crisis, son momentos en los que *toda la base de la dirección política y la autoridad cultural queda expuesta y disputada*. Cuando el equilibrio temporal de las relaciones de fuerzas de clase se altera y surgen nuevas fuerzas, las viejas fuerzas recurren a sus *repertorios* de dominación. Tales momentos señalan, no necesariamente una coyuntura revolucionaria ni el colapso del Estado, sino la llegada de los «tiempos de hierro». Tampoco se

⁸⁹ Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks...*, p. 210.

deduce que los mecanismos «normales» del Estado sean abrogados. Pero, en dichos momentos, la dominación de clase se ejercerá a través de una modificación en los *modos de hegemonía*; y una de las principales formas en que esto se registra es en términos de una inclinación en el funcionamiento del Estado, alejándose del polo del consentimiento hacia el polo de la coerción. Es importante señalar que esto no implica una suspensión del ejercicio «normal» del poder del Estado, no se trata de un movimiento hacia lo que a veces se denomina una forma de Estado totalmente excepcional. Se entiende mejor —por decirlo paradójicamente— como un «momento excepcional» en la forma «normal» del Estado capitalista tardío. Lo que lo hace «excepcional» es la mayor dependencia de los mecanismos y aparatos coercitivos ya disponibles en el *repertorio* normal del poder estatal, y la poderosa orquestación, en apoyo de esta inclinación de la balanza hacia el polo coercitivo, de un consenso *autoritario*.

En esos momentos, la «autonomía relativa» del Estado ya no es suficiente para garantizar las medidas necesarias para la cohesión social o para las tareas económicas más amplias que requiere un capital debilitado y en decadencia. Las formas de intervención del Estado se vuelven, por lo tanto, más manifiestas y directas. En consecuencia, estos momentos también están marcados por un proceso de «desenmascaramiento». Las máscaras del consentimiento liberal y del consenso popular se caen y revelan las reservas de coerción y fuerza de las que finalmente depende la cohesión del Estado y su autoridad legal; pero también se caen las máscaras de neutralidad e independencia que normalmente usan las distintas ramas y aparatos del Estado, la Ley, por ejemplo. Esto tiende a polarizar aún más la «crisis de hegemonía», ya que el Estado se ve progresivamente arrastrado, ahora en su propio nombre, a la arena de la lucha y de la *dirección*, y exhibe aquí más claramente que en sus manifestaciones rutinarias lo que es y lo que debe hacer para proporcionar el «cemento» que mantiene unida una formación social rota.

En los dos capítulos que siguen, tratamos de situar el fenómeno de los atracos en el marco de esta «crisis de hegemonía» históricamente desarrollada en el Estado británico. La reacción al «atraco», argumentaremos, es y sigue siendo una de las formas en las que se manifiesta esta «crisis de hegemonía».

VIII

LA SOCIEDAD DE LA LEY Y EL ORDEN: EL AGOTAMIENTO DEL «CONSENTIMIENTO»

EN ESTE CAPÍTULO y en los siguientes, nuestro objetivo es establecer con precisión en qué sentido y en qué contexto histórico puede decirse que la reacción al «atraco» constituye un aspecto de una «crisis de hegemonía» general del Estado británico. Dado que el «atraco» constituye nuestro punto de partida privilegiado, nuestro relato se sitúa en el nivel en el que se gana o se pierde la hegemonía, es decir, en las articulaciones civil, política, jurídica e ideológica de la formación social, en «las superestructuras». Esto da lugar inevitablemente a una explicación de la crisis británica de arriba a abajo. Así, nuestro análisis presta más atención a las relaciones de fuerza cambiantes en la lucha de clases política, a las configuraciones ideológicas cambiantes, al equilibrio cambiante dentro y entre los aparatos estatales, etc., que a los movimientos económicos fundamentales. Se trata de un énfasis necesario, pero unilateral. Todavía no existe ningún análisis coyuntural adecuado de la crisis de posguerra sobre el que podamos enganchar nuestras preocupaciones más inmediatas. Solo recientemente se ha iniciado un análisis de la formación social británica a nivel de la composición y estructura cambiante del capital, de la recomposición de las clases, de la división técnica del trabajo y del proceso laboral. Nuestro relato refleja estas ausencias por los propios límites en los que se mueve. De ello no se deduce que la hegemonía sea ajena a las contradicciones fundamentales de la estructura de las relaciones capitalistas. Todo lo contrario. La hegemonía, en el sentido de Gramsci, implica el «paso» de una crisis desde su base material en la vida productiva hasta «las complejas esferas de las superestructuras». Sin embargo, lo que la hegemonía asegura en última instancia son las condiciones sociales a largo plazo para la reproducción continua del capital. Las superestructuras proporcionan ese «teatro» en el que las relaciones de fuerzas de clase, por su forma fundamental en las relaciones antagónicas de la producción capitalista, aparecen y se resuelven por sí mismas.

En el análisis que sigue, el principal movimiento con el que relacionamos el pánico al «atraco» es el paso de una gestión «consensuada» a una más «coercitiva» de la lucha de clases por parte del Estado capitalista. El análisis rastrea la formación de un cierto equilibrio hegemónico

en el periodo de la inmediata posguerra; su erosión y ruptura; y después el intento de asegurar el «consentimiento» mediante un uso más coercitivo y no hegemónico de la «fuerza legítima». Este proceso está sujeto a una periodización aproximada: la construcción del consenso, como condición para la estabilización del capitalismo de posguerra en las circunstancias de la Guerra Fría; la instauración de un periodo de hegemonía extensiva en la década de 1950; la desintegración de este «milagro» del consentimiento espontáneo; el intento más rotundo, problemático e inestable de armar una variante del consentimiento esencialmente «laborista», recurriendo al *repertorio* socialdemócrata; su agotamiento, unido al aumento de la conflictividad social y política, la profundización de la crisis económica y la reanudación de formas más manifiestas de lucha de clases; el intento de apoyarse en una forma más «excepcional» de dominación de clase en la década de 1970 a través del Estado. El «atraco» y la reacción al mismo están estructural y cronológicamente vinculados a este último movimiento de ruptura de la hegemonía de la clase dominante.

El problema de la periodización de una coyuntura se plantea teóricamente, pero no se resuelve, dentro de la forma de reconstrucción analítica elegida. En la disposición de los temas, esperamos que el lector sea capaz de discernir la superposición de diferentes periodizaciones, de fuerzas estructuralmente diferentes que se desarrollan a diferentes tempos y ritmos de lo que son, de hecho, diferentes «historias». La profundidad de la crisis, en este sentido, ha de verse —algo que aquí solo podemos plantear a medias— en la acumulación de contradicciones y rupturas, más que en su neta identidad secuencial o cronológica. Las formas políticas, jurídicas e ideológicas en las que se apropiá la crisis proporcionan los momentos dominantes pero no el nivel determinante del análisis. Nos proporcionan nuestro enfoque clave: el Estado y la organización del poder de clase a través del Estado. En los últimos años, esta cuestión central de la teoría marxista ha atraído una mayor atención, después de haber sido descuidada durante demasiado tiempo. Suscribimos su centralidad. Pero, en contra de lo que podría parecer la lógica de nuestro propio análisis, debemos cuidarnos de hacer del «Estado» un cómodo cajón de sastre. Poulantzas, por ejemplo, cuyos escritos han estimulado e informado en gran medida nuestro trabajo, a veces parece ir al otro extremo y absorber prácticamente todo lo que no forma parte de la «anatomía económica» del capitalismo en el terreno del Estado. Esto difumina y oscurece distinciones clave que es necesario mantener. Muchos de los momentos a los que se refiere nuestra narrativa son, por supuesto, puntos de la cambiante modalidad del poder de clase representado en el Estado y movilizado a través de él. Esperamos que nuestro análisis penetre al menos lo suficiente como para sugerir los movimientos subyacentes detrás de estas formas superficiales a cuya «ausencia» apuntan.

La forma cambiante de los «pánicos»

En el relato truncado de la «crisis de la hegemonía» que hacemos a continuación nos vamos a ocupar de los diferentes momentos de las «relaciones de fuerzas», pero también de su significación ideológica. Ambas vertientes se han combinado en el análisis. Esta dimensión ideológica de la crisis es crucial, como hemos argumentado anteriormente. En las sociedades de clase formalmente democráticas, el ejercicio del poder y la garantía de la dominación dependen en última instancia de la ecuación del consentimiento popular. Se trata de consentir, no simplemente a los intereses y propósitos, sino también a las interpretaciones y representaciones de la realidad social generadas por aquellos que controlan los medios mentales, además de los materiales, de la reproducción social. No se pretende aquí una interpretación conspirativa. Como ha argumentado Althusser:

La clase dominante no mantiene con la ideología dominante, que es su propia ideología, una relación externa y lúcida de pura utilidad y astucia. Cuando, durante el siglo XVIII, la «clase ascendente», la burguesía, desarrolló una ideología humanista de la igualdad, la libertad y la razón, dio a sus propias reivindicaciones la forma de la universalidad, ya que esperaba enrolar a su lado, mediante su educación para este mismo fin, a los mismos hombres que liberaría solo para su explotación.¹

Así, «la burguesía vive, en la ideología de la libertad, la relación entre ella y su condición de existencia: es decir, su relación real (la ley de una economía capitalista liberal) pero invertida en una relación imaginaria (todos los hombres son libres, incluido el trabajador libre)». El consentimiento popular, que es la base de esta forma de Estado, es más importante aún en las democracias liberales en las que las clases trabajadoras han conseguido una representación política formal. En esas sociedades, la lucha de clases define, por lo tanto, lo que el Estado puede y no puede hacer para garantizar el interés nacional. El Estado capitalista no puede seguir basándose en la legitimidad de la representación popular y tomar medidas severas e inusuales para contener una amenaza a sus cimientos que la gran mayoría de la población no cree que exista. Debe así dar forma y estructurar continuamente ese «consentimiento» al que, a su vez, se refiere a sí mismo.

Los medios de comunicación no son la única fuerza, pero *sí son* una de las más poderosas, en la formación de la conciencia pública sobre temas controvertidos y de actualidad. El significado de los acontecimientos en los medios de comunicación es, por lo tanto, un terreno clave en el que se gana o se pierde el «consentimiento». Una vez más, como hemos argumentado

¹ Althusser, «Contradiction and Overdetermination....».

antes, los medios de comunicación son formal e institucionalmente independientes de la interferencia o de la intervención directa del Estado en Gran Bretaña. El sentido que se les da a los acontecimientos, de forma que reproduzcan las interpretaciones favorecidas por los que están en el poder, tiene lugar por lo tanto —como en otras ramas del Estado y sus esferas generales de actuación— a través de la «separación de poderes» formal; en el campo de la comunicación, esta viene mediada por los protocolos de equilibrio, objetividad e imparcialidad. Esto significa tanto que el Estado no puede ordenar directamente, aunque quisiera, la sintonía de la conciencia pública en un asunto concreto, como que otros puntos de vista acceden necesariamente y tienen cierto derecho a ser escuchados. Aunque se trata de un proceso fuertemente estructurado y restringido (véase nuestro análisis anterior en el capítulo 3), su resultado es hacer de la «reproducción de las ideologías dominantes» un proceso problemático y contradictorio, recreando así la arena de la significación como un campo de lucha ideológica. Al analizar la forma en que la crisis de posguerra llegó a ser significada, no esperaremos encontrar entonces un conjunto de interpretaciones monolíticas, generadas sistemáticamente por las clases dominantes con el propósito explícito de engañar al público. La instancia ideológica no puede concebirse de ese modo. Hay, en todo caso, pruebas suficientes para sugerir que, en este periodo, las propias clases dominantes creían sustancialmente en la definición de una crisis social emergente en propagación. Sin embargo, como ya hemos mostrado, existen mecanismos que tienden a asegurar la reproducción favorable y extensa de las interpretaciones de la crisis suscritas por la alianza de clases dominantes, incluso cuando los medios de comunicación colocan luego sus propias construcciones e inflexiones sobre estas en el proceso de darle un significado público. Por supuesto, no hay un consenso simple, ni siquiera aquí, en cuanto a la naturaleza, las causas y el alcance de la crisis. Pero la tendencia general es que la forma en que la crisis ha sido construida ideológicamente por las ideologías dominantes obtendrá el consentimiento de los medios de comunicación y, por lo tanto, constituirá la base sustantiva de la «realidad» a la que la opinión pública se referirá continuamente. De este modo, al «consentir» la visión de la crisis que ha ganado credibilidad en los escalones del poder, también se consigue que la conciencia popular apoye las medidas de control y contención que conlleva esta versión de la realidad social.

Las declaraciones de los portavoces clave —los que hemos llamado «definidores primarios»— y su representación a través de los medios de comunicación constituyen, por lo tanto, una parte central de nuestra reconstrucción. Para comprender, sin embargo, el papel que desempeñaron en el cambio de la naturaleza de la hegemonía dentro del Estado y del aparato político durante el periodo en cuestión, es necesario introducir una serie

de conceptos intermedios. El problema que tenemos que abordar es la relación del fenómeno descrito anteriormente como *pánico moral* con nuestro análisis, centrado en el nivel de los aparatos de Estado y el mantenimiento de las formas de dominación hegemónica. A primera vista, los conceptos de «Estado» y «hegemonía» parecen pertenecer a un territorio conceptual diferente al del «pánico moral». Y parte de nuestra intención es ciertamente situar el «pánico moral» como una de las formas de aparición de una crisis histórica más profunda y dotarle así de una mayor especificidad histórica y teórica. Esta reubicación del concepto en un nivel de análisis diferente y más profundo no nos lleva, sin embargo, a abandonarlo por completo como algo inútil. Más bien, nos ayuda a identificar el «pánico moral» como una de las principales manifestaciones superficiales de la crisis y, en parte, a explicar cómo y por qué la crisis llegó a *experimentarse* en esa forma de conciencia, y qué es lo que el desplazamiento de una crisis coyuntural a la forma popular de un «pánico moral» logra, en términos de la forma en que la crisis es gestionada y contenida. Por eso, hemos mantenido la noción de «pánico moral» como parte necesaria de nuestro análisis, intentando redefinirla como una de las formas ideológicas clave en las que se «experimenta y se combate» una crisis histórica.² Uno de los efectos de mantener la noción de «pánico moral» es la intuición que proporciona sobre los medios, en caso contrario extremadamente opacos, por los que las clases trabajadoras se ven arrastradas a procesos que se producen en gran medida «a sus espaldas», y se ven llevadas a experimentar y responder a desarrollos contradictorios de maneras que hacen que la operación del poder estatal resulte legítima, creíble y consensuada. Por decirlo crudamente, el «pánico moral» nos parece una de las principales formas de conciencia ideológica por medio de la cual una «mayoría silenciosa» apoya medidas cada vez más coercitivas por parte del Estado y presta su legitimidad a un ejercicio de control «superior al habitual».

En los primeros años de este periodo hay una tendencia a desarrollar una sucesión de «pánicos morales» en torno a ciertos temas clave y controvertidos que preocupan a la gente. En este primer periodo, los pánicos tienden a centrarse en cuestiones sociales y morales más que políticas (juventud, permisividad, delincuencia). Su forma típica es la de un acontecimiento dramático que concentra y desencadena una respuesta local y una inquietud pública. A menudo, como resultado de la organización local y la atmósfera moral, las potencias más amplias de la cultura del control son a la vez alertadas (los medios de comunicación juegan un papel crucial aquí) y movilizadas (la policía, los tribunales). La cuestión se considera entonces «sintomática» de temas más amplios, más preocupantes pero menos

² Véase K. Marx, «Population, Crime and Pauperism», *New York Daily Tribune*, 16 de septiembre de 1859 [ed. cast.: «Población, criminalidad e indigencia» en K. Marx, *Artículos periodísticos*, Isabel Hernández y Amado Diéguez (trads.), Barcelona, Alba, 2013].

concretos. El problema asciende en la jerarquía de la responsabilidad y el control, provocando quizás una investigación o una declaración oficial que apacigua temporalmente a los defensores de la moral y disipa la sensación de pánico. En lo que consideramos el periodo intermedio, a finales de la década de 1960, estos pánicos se suceden con mayor rapidez que los anteriores, y se les imputa una «amenaza para la sociedad» cada vez más amplia (drogas, hippies, clandestinidades, pornografía, estudiantes de pelo largo, vagabundos, vandalismo, violencia futbolística). En muchos casos, la secuencia se acelera tanto que pasa por alto el momento del impacto *local*; no resultó necesario un aumento de la presión popular para que la brigada antidroga se abalanzara sobre los fumadores de cannabis. Tanto los medios de comunicación como la «cultura del control» parecen estar más atentos a su aparición: los medios de comunicación recogen rápidamente el acontecimiento sintomático, y la policía y los tribunales reaccionan rápidamente sin una presión moral considerable desde abajo. Esta secuencia acelerada tiende a sugerir una mayor sensibilidad a los temas sociales problemáticos.

De hecho, en las últimas etapas se produce un «mapeo conjunto» de los pánicos morales en un *pánico general* sobre el orden social; esa espiral ha tendido a culminar, no solo en Gran Bretaña, en lo que llamamos una campaña de «ley y orden», del tipo que el gabinete en la sombra de Heath construyó en la víspera de las elecciones de 1970 y que alzó a Nixon y Agnew a la Casa Blanca en 1968. Esta fusión en una campaña concertada marca un cambio significativo en el proceso del pánico, ya que la tendencia al pánico se aloja ahora en el corazón del propio complejo político del Estado y, desde ese punto de vista, todas las rupturas por disenso en la sociedad pueden ser designadas más eficazmente como una «amenaza general a la propia ley y orden» y, por lo tanto, como una subversión del interés general (que el Estado representa y protege). El pánico tiende ahora a operar de arriba a abajo. Después de 1970, los defensores de la ley y el orden parecen haber sensibilizado eficazmente a los aparatos de control social y a los medios de comunicación sobre la posibilidad de una amenaza general a la estabilidad del Estado. Las formas menores de disidencia parecen proporcionar la base de los acontecimientos que sirven de «chivo expiatorio» para una cultura de control nerviosa y en alerta; y esto empuja progresivamente a los aparatos estatales a una postura de «control» más o menos permanente. Esquemáticamente, la secuencia cambiante en los pánicos morales puede representarse como sigue:

1. *Pánicos morales discontinuos* (principios de la década de 1960, por ejemplo, «mods» y «rockers»).

Acontecimiento dramático —> inquietud pública, iniciativas morales (sensibilización) —> actuación de la cultura de control.

2. *La «Cruzada»: el mapeo conjunto de los pánicos morales discretos para producir una secuencia «acelerada»* (finales de la década de 1960, por ejemplo, la pornografía y las drogas).

Sensibilización (iniciativa moral) → acontecimiento dramático
→ actuación de la cultura de control.

3. *Campaña posterior a «la ley y el orden»: una secuencia alterada* (después de 1970, por ejemplo, los atracos).

Sensibilización → actuación y organización de una cultura de control (invisible) → acontecimiento dramático → actuación intensificada de la cultura de control (visible).

Pero, ¿cuáles son los mecanismos de significación —en los medios de comunicación y en las fuentes de las que dependen— que sostienen estos cambios en la secuencia? ¿Qué «espirales de sentido» sostienen la generación del pánico moral?

Espirales de sentido

La *espiral de sentido* es una forma de dar un sentido a los acontecimientos que también aumenta intrínsecamente su amenaza. La noción de espiral de sentido es similar a la de «espiral de amplificación» desarrollada por algunos sociólogos de la desviación.³ Una «espiral de amplificación» sugiere que la reacción tiene el efecto, bajo ciertas condiciones, no de disminuir sino de aumentar la desviación. La espiral de sentido es una secuencia *autoamplificada en el ámbito del sentido*: la actividad o el acontecimiento del que se ocupa se *intensifica* —se hace más amenazante— en el curso del proceso de significación.

Una espiral de sentido parece contener siempre al menos algunos de los siguientes elementos:

1. La identificación de un tema de interés específico.
2. La identificación de una minoría subversiva.
3. La «convergencia», o la vinculación, mediante el etiquetado, de esta cuestión específica con otros problemas.
4. La noción de «umbral» que, una vez superados, pueden dar lugar a una amenaza creciente.
5. La profecía de que se avecinan tiempos más problemáticos si no se toman medidas (a menudo, en nuestro caso, mediante referencias a Estados Unidos, el ejemplo paradigmático).
6. Y la petición de «pasos firmes».

³ Por ejemplo, L. Wilkins, *Social Deviance: Social Policy, Action and Research*, Londres, Tavistock, 1964; y Young, *The Drugtakers...*

Hay dos nociones clave, «convergencia» y «umbrales», que son los mecanismos de escalada de la espiral.

Convergencia: en nuestro uso del término, la «convergencia» se produce cuando dos o más actividades se vinculan en el proceso de significación para establecer implícita o explícitamente un paralelismo entre ellas. Así, la imagen del «gamberrismo estudiantil» vincula la protesta «estudiantil» con el problema separado del «gamberrismo», cuyas características estereotipadas ya forman parte del conocimiento socialmente disponible. Esto indica el modo en que los *nuevos* problemas pueden describirse y explicarse aparentemente de forma significativa al situarlos en el contexto de un viejo problema con el que el público ya está familiarizado. Al utilizar la imagen del gamberrismo, esta significación equipara dos actividades distintas sobre la base de su denominador común *imputado*: ambas implican «violencia descerebrada» o «vandalismo». Otra forma de convergencia, relacionada con la anterior, consiste en enumerar toda una serie de problemas sociales y hablar de ellos como «parte de un problema subyacente más profundo», la «punta de un iceberg», especialmente cuando dicho vínculo se establece también sobre la base de denominadores comunes implícitos. En ambos casos, el efecto neto es la *amplificación*, no de los hechos reales descritos, sino de su «potencial de amenaza» para la sociedad. ¿Estas convergencias *solo* se dan en la mente del espectador significante? ¿Son totalmente ficticias? Por supuesto, se producen y se han producido convergencias significativas en algunos ámbitos de lo que la cultura dominante podría describir como «desviación política». Horowitz y Liebowitz han señalado que la distinción entre marginalidad política y desviación social es «cada vez más obsoleta» en los Estados Unidos de finales de la década de 1960.⁴ Del mismo modo, Hall ha argumentado que, con respecto de ciertos ámbitos de la política de protesta británica de finales de las décadas de 1960 y 1970, «la nítida distinción entre comportamiento social y políticamente desviado es cada vez más difícil de sostener».⁵

Las convergencias tienen lugar, por ejemplo, cuando los grupos políticos adoptan estilos de vida desviados o cuando los desviados se politizan. Se producen cuando las personas, pensadas en términos pasivos e individuales, emprenden acciones colectivas (por ejemplo, reivindicativas), o cuando los partidarios de campañas monotemáticas se incorporan a una agitación más amplia o hacen causa común. Puede haber convergencias reales (entre trabajadores y estudiantes en mayo de 1968), así como ideológicas o imaginarias. Sin embargo, las espirales de sentido no dependen de una correspondencia necesaria con los acontecimientos históricos reales.

⁴ Horowitz y Liebowitz, «Social Deviance and Political Marginality...».

⁵ Hall, «Deviancy, Politics and the Media...», p. 263.

Pueden representar esas conexiones reales con exactitud, o pueden desconcertar exagerando la naturaleza o el grado de la convergencia, o pueden producir identidades totalmente espurias. Por ejemplo, en la década de 1970 algunos homosexuales implicados en los movimientos de liberación gay pertenecían a la izquierda radical o marxista. Sin embargo, un sentido que implicara que todos los reformistas de los derechos homosexuales fueran «revolucionarios marxistas» sería una inflexión de una convergencia real en una dirección ideológica, una exageración cuya credibilidad dependería sin duda de su núcleo de verdad. Esa inflexión también sería una tergiversación, ya que no representaría ni a los numerosos reformistas que no tenían un compromiso político manifiesto, ni a la crítica que incluso los que eran marxistas hacían habitualmente a las actitudes tradicionales de la «izquierda» hacia las cuestiones sexuales. Una inflexión de este tipo sería «ideológica» precisamente porque daría sentido a un fenómeno complejo pero solo en cuanto a su parte problemática. También supondría una «escalada», ya que exageraría de forma desproporcionada el elemento más problemático y amenazante para el orden político establecido.

El ejemplo anterior del «gamberrismo estudiantil» funciona de forma muy parecida, esta vez conectando e identificando dos fenómenos casi totalmente discrepantes. Pero este ejemplo también cambia los términos políticos de la cuestión —la planteada por el emergente movimiento estudiantil— al resignificarla en términos de un problema más familiar y tradicional, no político (el gamberrismo); es decir, al traducir una cuestión *política* en una cuestión *penal* (el vínculo con la violencia y el vandalismo), facilitando así una respuesta legal o de control, en lugar de una respuesta política, por parte de las autoridades. Esta transposición de los marcos no solo despolitiza una cuestión al criminalizarla, sino que también destaca, de entre un complejo de diferentes vertientes, el elemento más preocupante: el violento. Así, el proceso de resignificación también simplifica cuestiones complejas, por ejemplo, «aclarando» mediante elisión lo que de otro modo tendría que justificarse con argumentos sólidos (por ejemplo, que todas las protestas estudiantiles son irracionalmente violentas). De este modo, el «gamberrismo esencial» del movimiento se convierte en una verdad fundamentada. Tales significados también llevan, incrustados en sí mismos, premisas y entendimientos ocultos (por ejemplo, los que se refieren a la relación extremadamente compleja entre política y violencia). Por último, al significar una cuestión política a través de su forma más extrema y violenta, la significación ayuda a producir una respuesta de «control» y hace que esa respuesta sea legítima. El público puede ser reacio a ver cómo se ejerce arbitrariamente el brazo fuerte de la ley contra los manifestantes políticos legítimos. Pero ¿quién se interpondrá entre la ley y una «panda de gamberros»? Las convergencias imaginarias cumplen, por lo tanto, una

función ideológica, y esa función ideológica tiene consecuencias reales, sobre todo en lo que se refiere a provocar y legitimar una reacción coercitiva tanto por parte del público como del Estado.

Umbrales: en la significación pública de los acontecimientos problemáticos, parece haber ciertos umbrales que marcan simbólicamente los límites de la tolerancia social. Cuanto más alto pueda situarse un acontecimiento en la jerarquía de los umbrales, mayor es su amenaza para el orden social y más dura y automática es la respuesta coercitiva. *La permisividad*, por ejemplo, constituye un umbral bajo. Los sucesos que rompen este umbral contravienen las normas morales tradicionales (por ejemplo, los tabúes sobre las relaciones sexuales prematrimoniales). Movilizan así las sanciones morales y la desaprobación social, pero no necesariamente el control legal. Pero las luchas que tienen lugar y las cruzadas morales que se organizan para defender el límite cambiante de la «permisividad» pueden resolverse si algún aspecto de un acto «permisivo» también infringe la ley, si rompe el *umbral legal*. La ley ilumina el área borrosa de la desaprobación moral y separa lo legalmente no permisible de lo moralmente desaprobado. La nueva legislación, ya sea de carácter progresista o restrictivo, es de este modo un barómetro sensible del auge y caída del sentimiento moral tradicional, por ejemplo, los cambios en torno a la cuestión del aborto.⁶ La transgresión del umbral legal eleva la amenaza potencial de cualquier acción; los actos no permitidos contravienen el consenso moral, pero los actos ilegales constituyen un desafío al orden legal y a la legitimidad social que este consagra. Sin embargo, los actos que suponen un desafío a la base fundamental del propio orden social o a sus estructuras esenciales casi siempre implican cruzar el *umbral de la violencia* o al menos se significan como algo que conducen inexorablemente a ello. Este es el límite más alto de la tolerancia social, ya que los actos violentos pueden ser vistos como una amenaza a la existencia futura del conjunto del Estado (que tiene el monopolio de la violencia legítima). Ciertas acciones, por supuesto, son violencia según cualquier definición: el terrorismo armado, el asesinato, la insurrección. Mucho más problemático es todo el abanico de actos políticos que no necesariamente propugnan o conducen a la violencia, pero que se consideran «violentos» debido a la naturaleza fundamental del desafío que plantean al Estado. Dichos actos casi siempre se definen en términos de su *potencial de violencia social* (violento es casi un sinónimo de «extremismo»). Robert Moss ha afirmado recientemente que «la conquista de la violencia es el logro más importante de las sociedades democráticas modernas».⁷ Por «conquista de la violencia» debe entenderse aquí no su desaparición, sino su confinamiento en el Estado, que ejerce el monopolio de la

⁶ Véase V. Greenwood y J. Young, *Abortion on Demand*, Londres, Pluto Press, 1976.

⁷ R. Moss, *The Collapse of Democracy*, Londres, Temple-Smith, 1976.

«violencia» *legítima*. Por lo tanto, toda amenaza que pueda significarse como «violent»a debe ser una señal de anarquía y desorden social generalizado, quizás la punta visible de una conspiración planificada. Cualquier forma de protesta así significada se convierte inmediatamente en una cuestión de orden público:

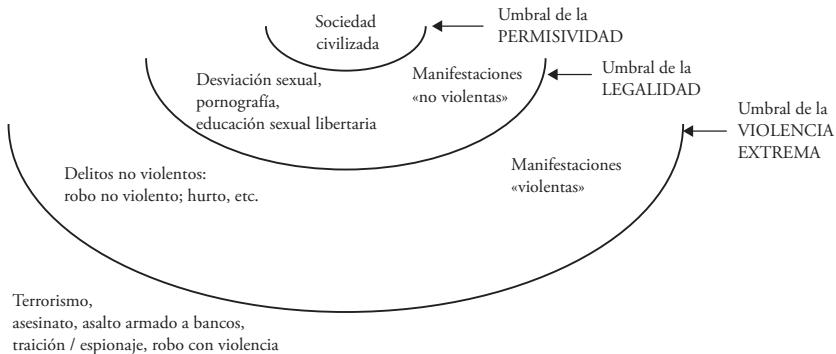
Cuando se percibe que el Estado no cumple esta función básica, ante un recrudecimiento grave y sostenido de la violencia —criminal o política— podemos estar seguros de una cosa: que, tarde o temprano, los ciudadanos de a pie se tomarán la justicia por su mano o estarán dispuestos a apoyar una nueva forma de gobierno mejor equipada para hacer frente a la amenaza.⁸

Podemos representar algunos de los umbrales empleados en las espirales de significación en forma de diagrama, como en la figura 8.1. El uso conjunto de convergencias y umbrales en la significación ideológica del conflicto social cumple una función intrínseca de *escalada*. Un tipo de amenaza o desafío a la sociedad parece más grande, más amenazante, si se puede cartografiar al lado de otros fenómenos aparentemente similares, especialmente si, al conectar una actividad relativamente inofensiva con otra más amenazante, la escala del peligro implícito parece más extendida y difusa. Del mismo modo, la amenaza para la sociedad puede intensificarse si un desafío que se produce en el límite «permisivo» puede resignificarse o presentarse como algo que conduce inevitablemente a un desafío en un umbral «superior». Al tratar un acontecimiento o a un grupo de actores no solo en términos de sus características intrínsecas, objetivos y programas, sino proyectando el «potencial antisocial», a través de los umbrales, hacia lo que *puede* causar (o, de forma menos determinista, conducir) es posible tratar el acontecimiento o grupo inicial como «el borde delgado de una cuña más grande». La «permisividad» de la contracultura parece mucho más amenazante cuando el «pelo largo» y el «sexo libre» se ven como los precursores inevitables del consumo de drogas, o cuando todo fumador de marihuana es señalado como un heroinómano potencial, o cuando todo comprador de cannabis es un camello en ciernes (es decir, involucrado en actos ilegales). A su vez, la amenaza de la ilegalidad se intensifica enormemente si el consumo de drogas hace inevitablemente a todo consumidor «propenso a la violencia» (ya sea porque las drogas le quitan la razón o le incitan al robo para mantener el hábito). Del mismo modo, las manifestaciones pacíficas se vuelven más amenazantes si se describen siempre como escenarios potenciales de enfrentamientos violentos. Lo importante es que, a medida que los temas y los grupos se proyectan a través de los

⁸ Ibídem.

umbrales, resulta más fácil montar campañas legítimas de control contra ellos. Cuando este proceso se convierte en una parte habitual y rutinaria de la forma en que se significa el conflicto en la sociedad, crea efectivamente su propio impulso para las medidas de «control más que habitual».

Figura 8.1



A continuación, vamos a tratar el surgimiento de una «forma de Estado de excepción» y el significado ideológico de la crisis que oculta este desarrollo como dos aspectos de la misma problemática. En aras de la concisión, hemos extraído la mayoría de nuestras referencias de dos periódicos, *The Sunday Express* y *The Sunday Times*, lo suficientemente diferentes (uno «popular», otro «serio»; uno conservador, otro progresista) como para captar la gama y la secuencia de significados a lo largo del periodo, así como para señalar las discrepancias de énfasis internas, si bien hemos consultado la prensa de forma mucho más amplia en la reconstrucción general del periodo y citamos con frecuencia otras fuentes.

La hegemonía de posguerra: la construcción del consenso

Sin duda, el hecho de la hegemonía presupone que se tengan en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los que se va a ejercer la hegemonía, y que se forme un cierto equilibrio de compromiso, es decir, que el grupo dirigente haga sacrificios de tipo económico-corporativo. Pero tampoco cabe duda de que tales sacrificios y tal compromiso no pueden tocar lo esencial; pues aunque la hegemonía es ético-política, debe ser también económica, debe basarse necesariamente en la función decisiva que ejerce el grupo dirigente en el núcleo decisivo de la actividad económica.

Gramsci⁹

⁹ A. Gramsci, «Modern Prince» en *Selections from the Prison Notebooks...*

El socialismo no es un movimiento de clase. No es el gobierno de la clase obrera; es la organización de la comunidad.

Ramsey MacDonald¹⁰

La guerra de clases ha terminado.

Harold Macmillan¹¹

La reconstrucción de una hegemonía de clase dominante en Gran Bretaña tras la guerra debe situarse, aunque sea brevemente, en la estabilización internacional del mundo capitalista. En este sentido, hay tres factores de importancia crítica. En términos económicos, la estabilización del capitalismo a escala mundial, con el trasfondo creado por la depresión mundial de la década de 1930, seguida de la guerra total, se llevó a cabo mediante modificaciones en la estructura interna del capital y mediante su posterior expansión global, lo que condujo a un periodo de crecimiento productivo sin precedentes, quizás el periodo de crecimiento más sostenido jamás experimentado en la historia del sistema. En términos políticos, este periodo fue también testigo de la estabilización general, especialmente en Europa, de la democracia parlamentaria basada en el aumento del papel del Estado en los asuntos económicos, un desarrollo que también había sido puesto en duda por el crecimiento del fascismo como una respuesta política extraordinaria a las circunstancias extraordinarias de la depresión económica. En términos ideológicos, nos encontramos con el reagrupamiento de las democracias occidentales frente al desafío del mundo comunista, y la generación de doctrinas renovadas de la «libre empresa» como contrapartida al poder soviético en las condiciones de la Guerra Fría. Gran Bretaña, a su manera especial y dentro de los límites de su propia posición histórica, entró en esta estabilización por una «ruta peculiar», a la que los dos partidos gobernantes —los laboristas en el periodo hasta 1951, y luego los conservadores, en un periodo de dominio hegemónico sin igual— hicieron contribuciones significativas, aunque distintas.

El gobierno laborista de 1945-1951 —que se suele conceptualizar como el punto álgido de la socialdemocracia y que sentó las bases para una transición pacífica y parlamentaria al socialismo— representó, de hecho, más que el principio, el final de algo; todo lo que había madurado durante las extraordinarias condiciones de una guerra popular, estaba entonces, incluso en su apogeo, empezando a desaparecer. Los laboristas construyeron el Estado del bienestar, nacionalizaron algunas industrias en declive y gestionaron la transición de una economía de guerra a la producción en

¹⁰ B. Barker (ed.), *Ramsay MacDonald's Political Writings*, Londres, Allen Lane, Penguin Press, 1972.

¹¹ Citado en A. Gamble, *The Conservative Nation*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1974.

tiempos de paz mediante el ejercicio de una feroz austeridad. Intentaron injertar ciertas ideas humanas de reforma social en un sistema de producción con dificultades para reconstruirse. R. H. Tawney dijo una vez que era posible pelar una cebolla capa a capa, pero no es posible desellejar un tigre raya a raya. El pleno empleo procedió de este modo. Pero la verdadera redistribución de la renta entre las clases tuvo lugar durante la guerra, no después de esta;¹² las clases trabajadoras se llevaron la peor parte de la severa congelación salarial de Cripps en 1948, así como una devaluación masiva en 1949, provocada por la inflación de la guerra de Corea. Esto estableció los parámetros exteriores del experimento laborista. Los laboristas también comprometieron firmemente a Gran Bretaña con el bando estadounidense en la Guerra Fría, que erigió una especie de «Muro de Berlín» alrededor de la vida política. Todo lo que se desviara del centro parecía estar en peligro inminente de caer en las garras del Kremlin. *Encounter* y el Congress for Cultural Freedom patrullaban este perímetro del «mundo libre». Todas las soluciones políticas estaban contenidas dentro de sus límites. En toda Europa Occidental, la Guerra Fría tuvo el efecto de llevar a todas las tendencias políticas importantes a un terreno intermedio, donde la vida política se estabilizó en torno a las instituciones clave de la democracia parlamentaria y la «economía mixta». Aunque en términos electorales la «izquierda» estaba en el poder en Gran Bretaña, ideológica y políticamente ya estaba de retirada. El sacrificio de las «recetas gratis» por el programa de rearme marcó el final del camino. En 1951, la falta de garra desalojó a los laboristas y se acabó el interludio socialdemócrata.

Sin embargo, los fundamentos del consenso de posguerra se establecieron en este crítico interludio. Fueron, en resumen: la construcción del Estado del bienestar; la adaptación del capitalismo, del movimiento obrero, a la solución de la «economía mixta»; y el compromiso con el bando de la «libre empresa» de la Guerra Fría. Todo ello estableció los límites de un nuevo tipo de contrato social, cuyo principal efecto fue confinar al movimiento obrero en el marco de la estabilización capitalista. Sobre la base de la seguridad del empleo y del bienestar —desterrando los espectros gemelos de la Depresión— el movimiento obrero se comprometió a encontrar una solución a la lucha de clases en el marco de una economía mixta en la que el capital privado marcaba el ritmo, también de las estructuras parlamentarias del Estado capitalista. En contra de algunas apreciaciones, esta trayectoria de acomodación fue una característica del laborismo desde sus inicios;¹³ pero su reconocimiento abierto puso en marcha una profunda modificación de la socialdemocracia de posguerra.

¹² R. Titmuss, *Essays on the Welfare State*, Londres, Allen & Unwin, 1958.

¹³ Véase R. Miliband, *Parliamentary Socialism*, Londres, Allen & Unwin, 1961; T. Nairn, «Anatomy of the Labour Party» en Anderson y Blackburn (eds.), *Towards Socialism...*;

Los laboristas plantaron la semilla, pero los tories recogieron la cosecha. A la construcción del consenso hicieron su propia contribución. Aceptaron el Estado del bienestar como un «coste social necesario» —un principio modificador— del nuevo capitalismo: el capitalismo «con rostro humano». Lo mismo ocurrió con el principio del pleno empleo. Con estas concesiones, bajo el liderazgo de un partido reformado bajo el mando de Lord Woolton y los «nuevos hombres», el conservadurismo pagó su cuota y se adentró en el territorio del centro. Aunque volvió al poder en 1951 con la promesa de quemar los controles y restaurar la libre empresa, su éxito fue el triunfo de un nuevo «conservadurismo», más que la renovación del antiguo.¹⁴ Los nuevos conservadores reconocieron que el Estado debía asumir la responsabilidad de la gestión general del empleo y de la demanda. La nacionalización dentro del marco de un pequeño sector público no supuso ninguna molestia para estos «hombres nuevos», excepto cuando, en el caso del acero y del azúcar, amenazó a la propia industria productiva; y en estos casos lo recondujeron con éxito. De este modo, se pusieron «del lado del futuro», asegurando al mismo tiempo las condiciones para el retorno a una economía orientada a los imperativos del capitalismo de libre empresa. Las concesiones sobre el bienestar y el pleno empleo aseguraron la medida de legitimidad popular precisa que requería el renacimiento del capitalismo. Desde esta base centrista —proféticamente denominada «butskellismo»¹⁵— se lanzó la expansión de un capitalismo popular de consumo.

Los analistas han tenido a veces la tentación de leer la contribución de los laboristas al establecimiento de esta base para la expansión sin precedentes del capitalismo como una especie de complot. No fue así. Es cierto que el bienestar supuso una incursión en el capitalismo desenfrenado llevada a cabo a expensas de la clase trabajadora; pero el pleno empleo era importante para una clase acostumbrada desde hacía tiempo al paro y a la cola del desempleo. Lo importante es que estas innovaciones se hacían dentro de la lógica del desarrollo capitalista, no en su contra. Y esto permitió que los avances que representaban fueran *redefinidos en la práctica* por el partido del capital para convertirlos en sus apoyos clave y en su legitimación. El capitalismo se ha desarrollado con frecuencia a través de estas consecuencias imprevistas, impulsado por las contradicciones, que afloran a menudo por el aumento de la fuerza de la clase obrera, y que este debe superar. Al absorber estas estructuras contradictorias, el capitalismo británico se ha visto obligado a

J. Saville, «Labourism and the Labour Government» en R. Miliband y J. Saville (eds.), *Socialist Register 1967*, Londres, Merlin Press, 1967; y D. Coates, *The Labour Party and the Struggle for Socialism*, Cambridge University Press, 1975.

¹⁴ Véase Gamble, *The Conservative Nation...;* y N. Harris, *Competition and the Corporate Society*, Londres, Methuen, 1972.

¹⁵ Término satírico acuñado a partir de los apellidos Butler y Gaitskell, ministros de Economía conservador y laborista respectivamente. [N. de la T.]

recomponerse, avanzando en ese largo camino desde el *laissez-faire* hasta el monopolio iniciado en los últimos años del siglo XIX; y, al hacerlo, se ha visto también obligado a recomponer el propio Estado capitalista y las estructuras políticas de la clase obrera. La revolución taylorista y «fordista», iniciada en los primeros años del siglo y ampliada en el periodo de entreguerras (a caballo de la depresión), que introdujo a muy amplia escala nuevos métodos productivos que ampliaron enormemente la productividad y la intensificación del trabajo, llegó a su culminación en la posguerra. La adopción gradual de los instrumentos keynesianos de regulación económica no solo hizo posible el abandono del *laissez-faire* doctrinario en interés del propio capital, sino que proporcionó la palanca con la que se pudo remodelar todo un nuevo marco institucional para el moderno desarrollo del capitalismo. Así se posibilitó la moderna economía de altos salarios, de producción en masa y orientada al consumidor doméstico, bajo el gobierno de un «Estado regulador» ampliado e intervencionista. Y esto, a su vez, proporcionó la base para la expansión económica de la posguerra. Los instrumentos keynesianos permitieron, durante un tiempo, contrarrestar la tendencia capitalista al auge y la recesión incontrolados. El abandono de una economía de mano de obra barata y del control del desempleo por parte del mercado hicieron posible una gran expansión del mercado interno de productos de consumo de masas. La base de este auge productivo fueron las empresas corporativas «gerencialistas» de la posguerra, basadas en la explotación de la energía barata y las nuevas tecnologías.¹⁶ Este tipo de desarrollo capitalista requería una importante remodelación del Estado capitalista. La expansión de un «Estado intervencionista» se puso, por lo tanto, en marcha a partir de funciones económicas mucho más fundamentales para el capital de lo que sugiere su asociación habitual con la formación del Estado del bienestar. Ya no se trataba del Estado de los «capitales competitivos», sino de supervisar una forma de capital que requería una coordinación masiva y un marco institucional de armonización, si fuera necesario, a expensas de los capitalistas individuales. El ámbito de esta armonización progresiva era a menudo el Estado ampliado, el Estado de lo que Marx llamaba el *capital social* como «fuerza concreta».¹⁷ La coordinación del propio mercado, del consumo, de una estrategia para el capital —así como la incorporación y contención de una clase obrera cuya fuerza política tenía que ser acomodada, pero cuyos salarios ya no eran tan fácilmente controlables a través del desempleo y los recortes salariales y tenían que ser disciplinados de otra manera— se convirtieron en procesos estratégicos clave alojados en el propio Estado capitalista.

¹⁶ Véase G. Kay, *Development and Underdevelopment*, Londres, Macmillan, 1975; y E. J. Hobsbawm, «The Crisis of Capitalism in Historical Perspective», *Marxism Today*, octubre de 1975.

¹⁷ Citado en Kay, *Development and Underdevelopment...*

En el plano del consumo y del intercambio, el aumento de los salarios nominales y el auge de los bienes de consumo sirvieron, en la década de 1950, para enmascarar esos cambios cruciales en el proceso de trabajo y la consiguiente división del trabajo, a través de los cuales el sistema trataba de lograr, una vez más, rentabilidad productiva a una nueva escala. A través del mercado de masas, de las compras a plazos y del presupuesto doméstico bien calculado, también hizo depender a la clase obrera del éxito del Partido Conservador en las urnas. La suerte del sistema y la del Partido Conservador estaban ahora indisolublemente unidas. En el curso de esta renovada oleada productiva, todo vestigio de las innovaciones laboristas fue remodelado y redefinido en apoyo de un nuevo «capitalismo popular» y de un vigoroso populismo tory. Testigo de ello fue Anthony Eden: «Nuestro objetivo es una democracia propietaria a escala nacional. Mientras que el propósito socialista es la distribución de la propiedad en manos del Estado, la nuestra es la distribución de la propiedad entre el mayor número posible de individuos».¹⁸

Esta fue la primera etapa de la construcción del consenso de posguerra. La segunda fue su realización política —la «política de la abundancia»—, que Harold Macmillan presidió con tan consumada habilidad. En 1955, los tories se presentaron bajo el lema «Invertir en el éxito». El eslogan de Macmillan, «Nunca nos fue tan bien», se dio a conocer en un discurso en Bradford en 1957. Se mantuvo, con creciente seguridad y mucho trabajo de relaciones públicas, en el periodo previo a las elecciones clave de 1959, captando directamente la experiencia pura y embriagadora de la aparentemente interminable curva ascendente de la fortuna de la nación expresada en su vulgar oportunismo. «Te fue bien. Haz que te vaya mejor. Vota a los conservadores». Y se les votó. A estas alturas, los tories se habían identificado con toda tendencia social favorable. «En resumen», admitió Gaitskell, «el carácter cambiante del trabajo, el pleno empleo, las nuevas viviendas, el nuevo estilo de vida basado en la televisión, el frigorífico, el coche y las revistas de moda, todo ello ha tenido su efecto en nuestra fuerza política». «Los tories se identificaron con la nueva clase obrera mejor que nosotros», comentó otro ministro laborista (Patrick Gordon-Walker). El resumen de Macmillan era más conciso y directo. Observó que había «salido bastante bien». Además, demostraba que «la guerra de clases está obsoleta». Los laboristas estaban sumidos en la noche oscura del alma: no se produjo un giro electoral a corto plazo, pero toda la sociología del capitalismo de posguerra parecía estar en su contra.

¹⁸ Citado en M. Pinto-Duschinsky, «Bread and Circuses: The Conservatives in Office, 1951-64», en V. Bogdanor y R. Skidelsky (eds.), *The Age of Affluence: 1951-1964*, Londres, Macmillan, 1970.

La tercera fase estuvo constituida por la fabricación de la ideología (la religión) de la «sociedad de la abundancia». Su éxito radicó principalmente en la forma en la que parecían sostenerla las fuerzas económicas que escapan al control de cualquiera. También se basó en los cambios inmediatos en la vida social que trajo consigo el resurgimiento del capitalismo en su nueva forma. El boom, el inicio de una movilidad social más rápida y el desdibujamiento temporal de las distinciones de clase tuvieron el efecto inmediato de disminuir la intensidad de la lucha de clases. También contribuyeron a esto los cambios en la vivienda, en los modelos de vida de la clase trabajadora en las nuevas urbanizaciones, así como la ampliación de las oportunidades para algunos mediante la expansión de la educación estatal. El nivel de vida de la clase obrera parecía estar permanentemente apuntalado desde abajo por el bienestar y estimulado desde arriba por el aumento de los salarios monetarios. Una vez que los grandes sindicatos, bajo el liderazgo de aquellos a los que Addison llamó, con justicia, «patriotas sociales moderados»,¹⁹ se alinearon detrás de la solución de la economía mixta, ciertos cambios estructurales se cerraron temporalmente; parecía que se podía ganar más presionando dentro del sistema que derribándolo. El capital parecía ahora sostener el nivel de vida de las clases trabajadoras, en lugar de mermarlo. Las nuevas empresas corporativas, con sus programas de expansión autofinanciados, sus nuevas tecnologías y sus élites directivas ascendentes y con conciencia pública, eran difíciles de equiparar con las anteriores implacables corporaciones sistémicas. A un nivel más profundo, las nuevas tecnologías y las modificaciones en el proceso laboral habían producido nuevas estructuras en la división técnica del trabajo, generando nuevos estratos y culturas dentro de los oficios de la clase trabajadora. El auge de los sectores estatal y terciario amplió el tamaño de esas clases intermedias, que, aunque tampoco tenían nada que vender salvo su fuerza de trabajo, tenían una organización del trabajo diferente de la típica del trabajador especializado de antes de la guerra. Estos cambios sociales desarticularon muchas pautas tradicionales de las relaciones de clase en la esfera inmediata de la vida social, reorganizando algunas actitudes y aspiraciones, desmantelando algunas de las formas estables de la conciencia y la solidaridad de la clase obrera y dejando de lado algunos de los hitos familiares de la sociedad tradicional de antes de la guerra. Las distinciones entre las antiguas regiones industriales en declive del «norte» y las nuevas y bulliciosas industrias «científicas» del «sur» acentuaron la impresión de que lo nuevo sustituía a lo viejo de forma desigual. Los medios de comunicación captaron y transfirieron, en términos visuales gráficos, el flujo superficial del cambio social, al tiempo que proporcionaron el reflejo inmediato de una agitación social no planificada. Pero el factor clave fue

¹⁹ P. Addison, *The Road to 1945*, Londres, Cape, 1975.

el efecto de estos cambios, combinados, para confinar parcialmente a la clase trabajadora y al movimiento obrero dentro de los límites del sistema: la contención de la política de la clase trabajadora dentro de la lógica del desarrollo capitalista. Esta incorporación parcial no era en absoluto incompatible con una militancia salarial vigorosa e instrumental, aprovechando las ventajas del sistema: una forma de prolongación de la lucha de clases «por otros medios» que se vio oscurecida, durante un tiempo, por las formas más personalizadas y privatizadas de «hacerla» dentro del sistema. La deriva hacia un consenso centrista en la política, con su consiguiente fragmentación de las formas clásicas de la lucha de clases, tuvo como consecuencia a largo plazo el desplazamiento del lugar de la lucha: lejos del frente institucionalizado y hacia un tipo de política más localizada y sindicalista. En el centro, lo que unía a la gente —ya fuera en términos de logros reales o de aspiraciones no realizadas— parecía más fuerte que lo que la dividía. Sobre esta base apareció espontáneamente un consenso general que se produciría y después se reproduciría hasta el infinito: una hegemonía conservadora permanente.

Poco a poco, se instaló una lectura ideológica de la condición de posguerra. En el embriagador clima económico de la época, el cambio social no planificado pasó a designarse, ideológicamente, como las señas de identidad de la nueva sociedad poscapitalista de consumo «sin clases». La irregularidad del cambio social, experimentado de forma serializada y fragmentada, se resolvió en una forma ideológica: el mito de la abundancia. A medida que el ritmo del cambio se aceleraba, el propio cambio se convertía en una preocupación nacional. En este caso, la idea de Estados Unidos —ahora la principal nación capitalista— proporcionaba el reconfortante punto de referencia; incluso la visión de Crosland sobre «el futuro del socialismo» se parecía en último término a un cruce entre Harlow New Town²⁰ y un enclave suburbano del Medio Oeste estadounidense. El consenso se construyó ideológicamente sobre este desconcertante barrido de la transformación social. Había que convencer a la gente de que el capitalismo había cambiado de naturaleza, de que la prosperidad duraría para siempre. Dado que, evidentemente, el paraíso no había llegado para la mayoría, se requería una ideología que cerrara la brecha entre la distribución desigual real de la riqueza y el poder, y la «relación imaginaria» de su futura igualación. Esta inflexión de la realidad contradictoria en la ilusión de un progreso permanente por venir se injertó en algo real; pero también transformó ese núcleo racional. Como todos los mitos sociales, la «opulencia» contenía su subestrato de verdad: las transformaciones de las estructuras del capitalismo y la recomposición del Estado capitalista y su política. Pero esta realidad antagónica fue sistemáticamente inflexionada

²⁰ Ciudad planificada en el condado de Essex, creada en 1947. [N. de la T.]

en una dirección consensuada. Extrapoló el presente a un futuro solo por su lado favorable, hacia una «tendencia» sin contradicción ni ruptura histórica. El mito, nos recuerda Barthes, es un discurso deshistorizado, despolitizado.²¹ Suprime la naturaleza histórica y el contenido antagónico de aquello que significa, las condiciones temporales de su existencia, las posibilidades de su trascendencia histórica. Convierte la discontinuidad en continuidad, la Historia en Naturaleza. La operación del mito de la opulencia —de la «religión de la opulencia»— sobre la contradictoria realidad de la reconstrucción capitalista de posguerra se llevó a cabo precisamente mediante un profundo desplazamiento ideológico de este tipo. Dentro de sus términos, el capitalismo monopolista se representó como «la era poscapitalista». La incorporación de la propiedad capitalista se convirtió en «la revolución gerencial». El Estado del bienestar se transcribió como «la abolición de la pobreza». El aumento de los ingresos monetarios se convirtió en la «redistribución de la riqueza». La convergencia política en un terreno intermedio, dictado por los ritmos fundamentales de la producción y la circulación capitalista, se disfrazó del «fin de la ideología». El descenso de los objetivos políticos se glosó como el nacimiento del «realismo político», el arte de lo posible. El cierre ideológico al que se aspiraba fue completo. Sobre todo, las transformaciones que conllevaba parecían surgir, de forma espontánea, de la nada, de una tendencia natural de todos los hombres buenos y verdaderos a unirse de forma consensuada para apoyar los mismos objetivos y celebrar los mismos valores: ganar y gastar, salir adelante, espacio privado en un mundo de construcción personal, una nueva forma de individualismo posesivo democratizado. Pero, aun cuando Harold Macmillan fuera la encarnación astuta de este «consenso sin lágrimas» —¡mira, mamá, sin manos!—, toda la empresa requería una gestión política y económica muy hábil. Había que mantener las principales tendencias económicas que apuntalaban la ilusión del bienestar. También había que mantener las tendencias sociales que favorecían la continuidad de la hegemonía de los pocos que seguían ejerciendo el poder sobre la mayoría impotente, sobre todo, la estabilización del compromiso institucional de las masas con el sistema, atando al pueblo al *statu quo* mediante aros de acero consensuados. La primera fue obra de los gestores económicos (y ahora también del Estado), que controlaban las condiciones para la realización continuada del capital. La segunda se logró mediante la profunda conversión del laborismo en un partido alternativo del capitalismo. La tercera fue, principalmente, el objeto de la ideología de la opulencia. Esta última fue el terreno de Macmillan y su séquito: nada menos que la escenificación de la *producción del consentimiento popular*.

²¹ Barthes, *Mythologies...*

Por supuesto, el cierre nunca se completó ni se aseguró. En parte, su base económica era poco sólida en términos estructurales. Gran Bretaña participó en el auge capitalista mundial, pero de forma más lenta y vacilante que sus principales rivales. La larga herencia imperialista, unida a la antigüedad de su infraestructura industrial y a la lentitud de la innovación tecnológica, la colocaban en una notable desventaja. En términos económicos, era una potencia posimperial de tercera categoría, no una nueva potencia capitalista de primera. La inflación comenzó a aumentar, aunque, debido a la fuerza relativa de la mano de obra, se alcanzaron acuerdos salariales durante un tiempo, a niveles cada vez más altos. Al final, por supuesto, la inflación se comió los salarios reales: «La inflación es el enemigo económico del *consenso*».²² La inflación de los costes también empezó a devorar los márgenes de beneficio. A esto se añadía el escaso nivel de inversión. La posición competitiva de Gran Bretaña disminuyó, lo que se tradujo en una cuota cada vez menor del mercado mundial de productos manufacturados. La fuerte dependencia de las «exportaciones invisibles» produjo una importante brecha en su tasa de crecimiento en comparación con sus competidores. El ascenso de la fracción financiera de la clase dominante produjo la exportación regular de capital al extranjero en busca de beneficios a corto plazo y la defensa a ultranza de la libra esterlina como moneda mundial. El fracaso de la inversión técnica frenó la recomposición del capital y produjo una tasa de beneficio decreciente. Los gestores económicos conservadores hicieron gala de cierta magia a corto plazo al vincular los presupuestos a las posibilidades electorales. Pero cada «marcha» tenía su «parada», y cada «parada» era acompañada de paquetes inflacionistas más perjudiciales que inducían a un mayor estancamiento estructural generalizado. El Estado se vio cada vez más obligado a intervenir para mantener la economía nacional como lugar de inversión rentable.

Además, el consenso se construía a través de fenómenos muy paradójicos. El punto álgido de la «abundancia» en 1956 coincidió con acontecimientos tan poco consensuados como la aventura de Suez (con su profundo impacto en el movimiento laborista), la revolución húngara (con sus dramáticos efectos en el Partido Comunista), el nacimiento de la Nueva Izquierda, *The Uses of Literacy, Look Back in Anger* y Elvis Presley. La recuperación de parte de la intelectualidad radical de los calambres conformistas de la Guerra Fría, el nacimiento de la política extraparlamentaria en el movimiento antinuclear, la aparición de una floreciente cultura juvenil patrocinada comercialmente: todos eran fenómenos discrepantes en una «sociedad de la abundancia» que flotaba en la marea consensual. Aquí y allá, parecía claro que el consenso, la abundancia y el consumismo habían producido, no el sosiego de la preocupación y la angustia —su disolución

²² Kay, *Development and Underdevelopment...*

en el flujo del dinero, los bienes y la moda— sino su reverso: una profunda e inquietante sensación de malestar moral. La deslumbrante actuación de Macmillan en la cuerda floja se llevó a cabo sobre el mundo tan poco eduardiano de los supermercados y las autopistas, las gramolas y los aviones a reacción, los vaqueros y las guitarras, los patinetes y las televisiones, las manifestaciones en las calles y el vilipendio sistemático de las clases medias desde el escenario de la Royal Court. Aunque el consumo era un motivo económico real y efectivo, los británicos seguían sintiéndose incómodos con el evangelio del materialismo desenfrenado. Uno de los miembros más duros del gobierno había advertido en el Congreso del Partido Tory que el éxito económico debía «ayudar a satisfacer el deseo del hombre de servir a una causa fuera de sí mismo». Pero no era en absoluto evidente que un «capitalismo del pueblo» proporcionara, junto a la cornucopia de bienes, un propósito moral. Cuando *The Economist* instó a los «conservadores modernos» a mirar hacia arriba, «a las antenas de televisión que brotan por encima de los hogares de la clase trabajadora» y «hacia abajo, a las amas de casa con pantalones ajustados yendo a Brighton en verano» y encontrar en ellas «una gran poesía», tuvo que admitir que todavía existía el «conservador anticuado que mira los bienes de consumo que se han hecho posibles gracias al aumento de los ingresos y a la revolución de la compra a plazos, y siente vagamente que los trabajadores [...] se están subiendo a las barbas».²³ A finales de la década de 1950 y principios de la década de 1960, los dos temas que se esperaba captaran la imaginación de los conservadores de base en el Congreso del Partido eran la delincuencia y la inmigración, temas perturbadores, no de consenso y éxito. Importantes grupos sociales se sentían abandonados por la disputa de unos pocos por el terreno intermedio acomodado y «progresista», y se sentían amenazados por el creciente materialismo de los de abajo; en medio de la «sociedad a la que nunca le fue mejor», anhelaban un propósito moral más firme. Proporcionaron la columna vertebral a las iniciativas de la indignación moral.

Este mecanismo es crucial para nuestra historia. En la superficie, todo parecía «ir bien». Desplazada de su centro en el discurso moral público, e incapaz de encontrar un punto de apoyo en la política pragmática y progresiva del consenso, una angustia moral generalizada sobre «el estado de las cosas» tendía a encontrar expresión en temas que al principio parecían marginales respecto de los principales movimientos de la sociedad. Este es el origen del «pánico moral» de posguerra. Cristalizó primero en relación con la «juventud», que llegó a proporcionar, durante un tiempo, una metáfora del cambio social y un índice de la angustia social.²⁴ Todos

²³ *The Economist*, 16 de mayo de 1959; citado en S. Hall, «The Condition of England», *People and Politics* (Notting Hill Community Workshop Journal), 1960.

²⁴ Véase el debate más extenso en Clarke *et al.*, «Subcultures, Cultures and Class...».

los rasgos problemáticos del cambio social de posguerra se refractaron en su prisma altamente visible. En la juventud, el cambio social no se proyectó simplemente, sino que se magnificó. Herederos del Estado del bienestar, precursores del mundo de posguerra, los «jóvenes» eran, a la vez, la vanguardia de la Edad de Oro y el partido de vanguardia del nuevo materialismo, del nuevo hedonismo. Todo el cambio social se inscribía, en forma de microcosmos, en su rostro inocente. La respuesta del público fue, como era de esperar, ambivalente. Dicha ambivalencia quedó registrada en el «pánico moral» que suscitaron los teddy boys a mediados de la década de 1950,²⁵ cuando la opinión pública dio rienda suelta a su horror colectivo ante el espectáculo de la juventud de la clase baja blanca, con sus crecientes ambiciones sociales y su violencia expresiva, ataviada en los grandes almacenes con versiones cutres de estilo eduardiano, bailando al ritmo de lo que Paul Johnson describió en una ocasión como «música de la jungla», que salía de su propio hábitat en la parte alta de la ciudad y se expandía por los enclaves respetables, las salas de baile y los cines y, ocasionalmente, se desbocaba al ritmo de *Rock Around The Clock*.²⁶ El vínculo con la violencia proporcionó el *escalofrío* que alimenta el pánico moral. Unos años más tarde, lo que quedaba de los teds llegó a las calles de Notting Hill en los primeros disturbios raciales a gran escala jamás vistos en Gran Bretaña. El editorial de *The Times* («Hooliganism is Hooliganism») hizo la transposición directa del gamberrismo y la «violencia adolescente» a la anarquía y la ilegalidad. El crecimiento del racismo fue ignorado, pero la existencia de los negros como «problema» fue tácitamente reconocida.²⁷

El consenso de la abundancia se fundaba, pues, sobre una base inestable. Su carrera estaba, en cualquier caso, destinada a ser de corta duración. Comenzó a desintegrarse poco después del triunfo de Macmillan en las urnas de 1959. A mediados de 1960 se produjo una enorme crisis de la balanza de pagos, una crisis que desenmascaró la profundidad del verdadero declive económico de Gran Bretaña. Vinieron después los enormes recortes presupuestarios de Selwyn Lloyd de 1961, una purga en el gabinete, la crisis de Cuba, el fracaso de la candidatura británica para entrar en la Comunidad Económica Europea y el aumento de la tasa de desempleo hasta el 4 %. En un frente más amplio, los críticos habían empezado a desenterrar el lado oscuro de la abundancia, inscrito en una serie de informes y estudios —Galbraith, Titmuss, Albemarle, Buchanan, Pilkington, Milner-Holland, Crowther, Robbins, Plowden— que se sumaron al «redescubrimiento de la pobreza». En el frente cultural, la legitimidad del *establishment* se hundió

²⁵ Véase P. Rock y S. Cohen, «The Teddy Boy», en Bogdanor y Skidelsky (eds.), *The Age of Affluence...*

²⁶ Para un análisis del estilo teddy-boy, véase T. Jefferson, «Cultural Responses of the Teds», en Hall y Jefferson (eds.), *Resistance through Rituals...*

²⁷ *The Times*, 5 de septiembre de 1958.

bajo una ola de cinismo e incredulidad, especialmente en los movimientos «satíricos». En marzo de 1960, George Wigg, basándose en un artículo de *The Private Eye*, planteó el «asuntillo» de un escándalo «que implicaba a un miembro de la bancada del gobierno». El escándalo Profumo puso en escena a toda la compañía de actores de la «abundancia»: un antillano, tres prostitutas, un especulador inmobiliario, un osteópata bien relacionado con las casas señoriales, un secretario de Estado y un agregado naval soviético. Cuando el asunto Profumo llegó a su sórdida conclusión, el «Macmillenium» también se había acabado. Como suele ocurrir, lo que había comenzado en la política y la economía culminó en un derroche de indignación moral.

Consenso: la variante socialdemócrata

El carácter peculiar de la socialdemocracia se resume en el hecho de que las instituciones democrático-republicanas se exigen como un medio, no para eliminar dos extremos, el capital y el trabajo asalariado, sino para debilitar su antagonismo y transformarlo en armonía.

Marx²⁸

El periodo entre 1961 y 1964 es un periodo de transición, no entre primeros ministros, sino entre dos variantes de la gestión consensuada del Estado. La cohesión espontánea y autorreguladora de la vida social y política británica, apuntalada por el auge del consumo, fue destruida durante esta transición. En su lugar, los laboristas intentaron —aprovechando un *repertorio* alternativo— construir una variante «socialdemócrata», basada en la apelación, no al individualismo, sino al «interés nacional», y en una prosperidad por la que habría que luchar, que había que defender en casa y en el extranjero, y para la que habría que apretarse el cinturón —especialmente el de las clases trabajadoras—. Esto domina el periodo, hasta la victoria de Heath en 1970. De hecho, hubo muchos solapamientos entre las dos fases. La planificación indicativa no fue introducida por Wilson, sino por Selwyn Lloyd. El crecimiento, del que solo se podía obtener «más», y la modernización, sin la cual el trabajo no podía ser productivo, ya se habían convertido en objetivos nacionales antes de que Wilson los reformulara en la nueva letanía socialdemócrata. Pero estos solapamientos —mediante los cuales, silenciosamente, maduraron las nuevas estructuras del capitalismo y del Estado corporativo moderno— ocultan la calidad del «salto» que los laboristas iniciaron a su regreso al poder.

Lo que Macmillan nunca ensayó y solo los laboristas estaban en condiciones de iniciar era el deslizamiento completo hacia el *corporativismo*.

²⁸ Marx, «*The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte...*».

Los laboristas no tenían ninguna estrategia alternativa para gestionar la crisis económica. Al comprometerse con las estructuras capitalistas, habían garantizado la distribución de la desigualdad existente. Dado que el equilibrio actual no podía ser perturbado sin destruir la gallina de los huevos de oro, solo un salto global en la producción —el crecimiento— podía proporcionar lo que la clase obrera (más) demandaba, preservando al mismo tiempo los mecanismos existentes de realización del excedente y la rentabilidad. El secreto era aumentar la productividad: hacer más productivo el trabajo, lo que, en condiciones de baja inversión, significaba aumentar la tasa de explotación del trabajo. La agudización potencial de los conflictos de intereses entre las clases solo podía amortiguarse subsumiendo a todas en la unidad ideológica «superior» del interés nacional. Panitch ha llamado a esta teoría de una «redistribución» que no tocaba las desigualdades de poder de clase existentes, la «doctrina del socialismo en una sola clase».²⁹ Ha definido la subsunción de los intereses de clase dentro del interés nacional como la «síntesis nación-clase» del laborismo. Y añadía: «El nuevo contrato social en este contexto es un contrato no solo entre desiguales, sino uno en el que el garante del contrato —el Estado— no es ni puede ser desinteresado y neutral entre las clases».³⁰

La única manera de alcanzar políticamente estos objetivos era atrayendo a todas las partes a una asociación activa con el Estado: hacer que el trabajo y el capital tuvieran los mismos «intereses» bajo la presidencia imparcial del Estado «neutral»; comprometer a cada parte con los objetivos económicos nacionales; persuadir a cada una de ellas de que regulara la parte que tomaba del fondo común; y así establecer una negociación corporativa tripartita en el centro de la vida económica de la nación, basada en la armonización de intereses entre el capital, el trabajo y el pueblo, apareciendo este último bajo el pesado disfraz del Estado. Esto debía proporcionar la base para una estrategia corporativa común para el capital en su conjunto: el capital social. Cada parte tenía su circunscripción; cada una sus deberes, que principalmente consistían en disciplinar. El capital defendía a las empresas y sería recompensado con beneficios. El trabajo defendía al trabajador y sería recompensado con un mayor nivel de vida. El Estado representaba al «resto» —la nación— y estabilizaba el contrato, haciéndolo cumplir a la comunidad. Esta idea de una alianza permanente —«por el bien nacional»— entre el trabajo, el capital y el Estado era la idea central, la base práctica, del experimento socialdemócrata de construcción de consenso: el consenso corporativo de los «grandes batallones». El «contrato social» de Callaghan no es más que otra variante de la misma estrategia, adaptada a las condiciones de asedio. Dependía, sobre todo, de

²⁹ L. Panitch, *Social Democracy and Industrial Militancy*, Cambridge University Press, 1976.

³⁰ Ibídem.

disciplinar a la nación para que diera su consentimiento, así como de la institucionalización de la lucha de clases. El capital restringiría a sus aventureros de la libre empresa, comprometiéndolos con objetivos nacionales. Los sindicatos disciplinarían a sus militantes de planta. Ambos elementos antagónicos podrían ser «ganados para el centro». El Estado se encargaría de establecer la red de marcos institucionales dentro de los cuales se podrían alcanzar «los acuerdos». De esta forma, el Estado, aunque parezca que asume los intereses de todos, de hecho asume firmemente el control de las condiciones a largo plazo del capital, a expensas, si es necesario, de los intereses mercantiles a corto plazo de los capitalistas individuales.

Esta pacificación y armonización de la lucha de clases se logró en parte mediante la generación de su propia ideología distintiva. Fue anunciada e indexada por la retórica wilsoniana de la «modernización», de la «unión de todas las partes», con su clarificador llamamiento a los «trabajadores que producen con sus manos y con sus mentes», y su sonora denuncia de los «atrasados» de todas las partes: librepensadores no regenerados aquí, delegados sindicales militantes e izquierdistas allá. La modernización tuvo el efecto ideológico clave de traducir el declive económico de Gran Bretaña únicamente en sus aspectos *técnicos*. El crecimiento subsumió lo histórico en lo tecnológico. Dentro de esta forma de «neolengua» política, la racionalidad técnico-pragmática se instaló como la única forma de política que quedaba. Esta convergencia ideológica se apoyó en uno de los intentos más heroicos de la posguerra —un giro decisivo— para armar un nuevo *bloque* social: una alianza entre los gerentes industriales modernizadores y la nueva clase obrera técnica. La «Nueva Gran Bretaña» debía «forjarse al calor de la revolución tecnológica». En un primer momento, en el periodo previo a las elecciones y en el posterior, esta destortalada configuración social parecía poder tener éxito. El nuevo evangelio laborista era lo suficientemente eficaz, lo suficientemente vago como para forjar una alianza temporal entre gerentes, técnicos y los pocos grupos fragmentados que perseguían el cambio social creados por el «redescubrimiento de la pobreza». No tenía ninguna otra lógica ni base histórica. De hecho, ninguna de las partes de la alianza podía sacar provecho de su participación sin perturbar el acuerdo y, por lo tanto, interfiriendo en su base fundamental: la generación y redistribución del excedente a favor del capital. En cuanto las presiones económicas se agudizaron, la mezcolanza comenzó a desmoronarse. Una vez puesta a prueba, reveló su verdadera lógica interna: el intento de conservar el capitalismo británico y gestionar la crisis mediante la construcción de una forma disciplinada de consentimiento, principalmente bajo la gestión del Estado corporativo.

Una vez más, este esfuerzo por construir un consenso disciplinado parecía sorprendentemente contrario a los movimientos sociales y al espíritu de la época. 1964 fue también el año del ascenso de los Beatles al trono cultural,

de las ventas masivas de discos y del boom «beat», de los estilos «mod», del floreciente capitalismo artesanal de las boutiques de Kings Road y de todo el fenómeno del *swinging London*. Para quienes se identificaban con una ética protestante más antigua o que respondían a la llamada del «nuevo metodismo» de Wilson, con sus triviales contrastes entre lo Antiguo y lo Moderno, el narcisismo de los «mods», la sexualidad ostentosa de los Rolling Stones, las transformaciones de la masculinidad en la moda y el hedonismo generalizado, se registraron como un profundo choque. Una vez más, las angustias sociales acumuladas se desplazaron del centro a la periferia y asumieron la forma de una justa indignación moral. Los enfrentamientos escenificados entre los «mods» y los «rockers» en las ciudades playeras atrajeron la atención masiva del público, la sobreinformación de la prensa y una campaña de intensa reacción social por parte de los guardianes de la moral, la policía y los tribunales.³¹ El espectáculo se tematizó en términos de la continua lucha moral entre los guardianes de la sociedad y la abundancia, el aburrimiento, la indisciplina, el hedonismo, el vandalismo y la «violencia sin sentido» de la «juventud». Se trataba de una especie de recapitulación, en clave menor, de los temas que Wilson estaba orquestando en otros lugares.

Los laboristas heredaron el mayor déficit en la balanza de pagos de la historia británica en tiempos de paz. La respuesta fue un regreso a la melodía más antigua del libro: la religión de la libra esterlina. «Lo primero que hay que tener», dijo el primer ministro, «es una economía fuerte. Solo esto nos permitirá mantener el valor de la libra». Pero cuando las cosas se pusieron feas, esa congregación de almas leales de la City vendió la libra esterlina por su máximo valor. Los laboristas acudieron en su defensa y los financieros internacionales, que eran los únicos que podían rescatar al gobierno, pusieron su precio. Congelación salarial, recortes en el gasto público, sabotaje del «paquete social», que era lo único que había ligado al ala radical del laborismo a la estrategia corporativa. El gobierno se endeudó furiosamente y persuadió al TUC para que aceptara una política salarial restrictiva. Las elecciones de 1966 se ganaron con holgura. La política de rentas se convirtió en el pilar central del Nuevo Testamento laborista. El filo de la política laborista se volvió contra los sindicatos, contra la anarquía de la negociación salarial y las prácticas restrictivas. Se hizo un nuevo llamamiento a la disciplina. Entonces, en medio de esta campaña revivalista, llegó la huelga de los estibadores.

La huelga de los estibadores puso en entredicho toda la estrategia. Lo que estaba en juego, dijo el primer ministro, era nada menos que «nuestra política nacional de precios e ingresos». Solo una derrota de los huelguistas convencería a los inversores extranjeros de «nuestra determinación de hacer efectiva la política». Wilson puso entonces en juego el gran paradigma del control social que, con la ayuda de los medios de comunicación, iba a dominar la significación

³¹ Cohen, *Folk Devils and Moral Panics...*

ideológica del conflicto industrial desde ese momento hasta el presente. Elevó el nivel de amenaza a proporciones nacionales: la huelga, dijo, iba contra el interés nacional, porque iba «contra el Estado, contra la comunidad», una convergencia fatídica. Por lo tanto, era (en sentido figurado), y podía significarse (en sentido literal) como una *conspiración*: «Este grupo estrechamente unido de hombres con motivaciones políticas [...] que ahora están decididos a ejercer presión a hurtadillas, imponiendo grandes dificultades a los miembros de los sindicatos y a sus familias, y poniendo en peligro la seguridad de la industria y el bienestar económico de la nación». Una y otra vez, en la década siguiente, la lucha de clases iba a ser reconstruida ideológicamente en estos términos: la conspiración contra la nación, que mantiene a los inocentes como rehenes; el marcado contraste entre la camarilla subversiva y el trabajador inocente y su familia; los seductores y los seducidos. ¿De qué otra manera, en un mundo consensuado, en el que el Estado se había convertido, a efectos prácticos, en la nación, podría si no explicarse el conflicto? La larga trayectoria de esos dos demonios ideológicos —extremistas y moderados— a los que los medios de comunicación han prestado su asiduo apoyo tuvo su punto de partida en la posguerra, justo aquí.

La «amenaza roja» fue un éxito inmediato: los portuarios se conformaron. Pero la credibilidad de los laboristas como partido reformista de la clase obrera se evaporó con esta «victoria». El «bloque histórico» de Wilson se desmoronó. Peor aún, la carrera por la libra esterlina comenzó de nuevo. Siguieron dos paquetes deflacionistas. El laborismo se erigía ahora como el último gobernador, no muy convincente, de la crisis económica, el bastión de los sectores más atrasados del capital británico. La magia del consenso socialdemócrata empezó a desaparecer silenciosamente. Wilson —con un aspecto más eclesiástico a cada hora que pasaba— presidía ahora lo que solo puede describirse como un *disenso gestionado*.

La caída en el disenso

La crisis de la hegemonía de la clase dominante [...] se produce o bien porque la clase dominante ha fracasado en alguna empresa política importante para la que ha solicitado o extraído por la fuerza el consentimiento de las amplias masas [...] o porque [...] grandes masas [...] han pasado súbitamente de un estado de pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que, en su conjunto, aunque no estén formuladas orgánicamente, se suman a una revolución. Se habla de una «crisis de autoridad»: se trata precisamente de la crisis de hegemonía, o crisis general del Estado.

Gramsci³²

³² Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks...*

1966 constituye una especie de punto de inflexión temprano en el paso que describe Gramsci del «momento del consentimiento» al «momento de la fuerza». Es observable, tanto en las esferas de la autoridad moral y la sociedad civil como en el ámbito de la política y el Estado. El ambiente más fluido y abierto de la década de 1950 y de principios de la década de 1960 había tenido su apoteosis oficial, si es que la hubo, en las reformas liberalizadoras identificadas con el periodo de Roy Jenkins en el ministerio del Interior, en el ámbito de la censura, el divorcio, el aborto, la concesión de licencias, los domingos de guardar, etc. Pero a mediados de la década de 1960, la inocencia calculada del *swinging London* había sido redefinida, por los guardianes populistas de la moral pública, como la «Gran Bretaña pornográfica». La reacción moral había comenzado. La Police Federation —a la que una reclamación salarial perdida, la amenaza de abolición de la pena capital y el asesinato de tres policías por parte de Harry Roberts había puesto en contra del gobierno— advirtió que la policía estaba «perdiendo la guerra contra la delincuencia». El debate sobre la pena capital se convirtió, de hecho, en uno de los ejes de la reacción popular. De forma más amplia, los «asesinatos de los Moors» se interpretaron como el resultado inevitable de la sociedad pornográfica. El argumento, expuesto de forma persuasiva por Pamela Hansford-Johnson en *On Iniquity*,³³ fue recapitulado por la prensa y los portavoces públicos. El ex jefe de Scotland Yard, Sir Richard Jackson, en una serie autorizada en la prensa dominical, expresó su disgusto por «el rápido crecimiento de la bazofia y el sentimiento público sobre los criminales y de la propaganda contra la policía, los tribunales y todas las formas de orden establecido, así como por la extraña y mestiza jauría de progresistas equivocados y de corazón blando».³⁴ En el mismo artículo, Percy Howard acusó a los «líderes de la revolución permisiva» de responsabilidad moral por los asesinatos de los Moors («¿Son Brady y Hindley los únicos culpables?»).³⁵ Los medios de comunicación no solo empezaron a establecer estas reveladoras conexiones en torno al umbral de la «permisividad», sino que adoptaron la explicación paradigmática de la que Sir Richard se había servido: los «progresistas» blandos y equivocados que conducían a un público inocente a la decadencia, el «núcleo duro» que limpiaba el desastre a su paso, mientras la vida moral se hundía en un antro de iniquidad. La forma conspirativa de este paradigma coincidía, en la esfera moral, con la figura explicativa que el primer ministro manipulaba en el ámbito político. La caza de las «minorías subversivas» y de los «incautos progresistas» había comenzado.

El giro de la marea contra el progresismo, en la frontera de la «permisividad», estaba teniendo lugar, simultáneamente, en otros frentes. Mientras

³³ P. Hansford-Johnson, *On Iniquity*, Londres, Macmillan, 1967.

³⁴ *The Sunday Express*, 16 de enero de 1966.

³⁵ *The Sunday Express*, 8 de mayo de 1966.

que en la década de 1950 el ejemplo estadounidense era el presagio de todo lo bueno que estaba por venir, en la década de 1960 fue la «crisis» estadounidense la que marcó el ritmo: los movimientos estudiantiles, las campañas contra la guerra de Vietnam, las rebeliones por los derechos civiles y la creciente resistencia negra, el florecimiento de la generación hippie y del *flower power*. Entre 1966 y 1967, estos temas empezaron a tener su resonancia «en la tierra natal», en Gran Bretaña. 1967 es el año del gran «pánico» inglés por el consumo de drogas,³⁶ identificado con toda la escena hippie: en julio de este año se formaron las nuevas Regional Drug Squads. Al igual que otros pánicos, este también fue auspiciado por un incidente espectacular: el juicio a Mick Jagger por posesión en junio. No había figura mejor diseñada para encajar en el estereotipo y desencadenar la alarma moral: andrógino y abiertamente sexual, extravagante, hedonista... y culpable. En el ámbito de las drogas —como sugerimos antes— los empresarios morales descubrieron el filo criminal de la permisividad. Poco después, Marianne Faithfull fue detenida tras una sobredosis y otro Rolling Stone, en su primera detención, fue condenado a nueve meses por fumar marihuana indica. La prensa lo calificó de «martirio ejemplar». Como parte de su programa liberalizador, Jenkins había impulsado la *Race Relations Act* [Ley de relaciones raciales] en 1965. Pero las elecciones de Smethwick de 1964 marcaron la aparición del racismo abierto en la política electoral oficial de Gran Bretaña por primera vez en posguerra. Tál y como documenta claramente el estudio de Paul Foot, la podredumbre racista había penetrado profundamente en la base del propio movimiento laborista.³⁷ También aquí, el progresismo de Jenkins fue rápidamente superado por los acontecimientos. Ante la inminente llegada de la primera oleada de keniatas-asiáticos con pasaporte, el lobby antiinmigrante salió a la palestra por primera vez. La observación de Powell de que, aunque «la comparación con Estados Unidos no es exacta [...] es sorprendente»; la advertencia amistosa de Sir Cyril Osborne de que «el pueblo inglés ha empezado a suicidarse por motivos de raza»; el temor de Sandy de que «la cría de millones de niños mestizos [...] produzca una generación de inadaptados»; la amable estimación de Cordle de que «en treinta años seremos una nación de color café». Todos ellos proceden de lo más profundo del territorio oficial de los conservadores.³⁸ Cuando surgieron los problemas en la London School of Economics por el nombramiento del Dr. Adams como director, la prensa atribuyó instantáneamente los problemas a «un puñado de estudiantes agitadores».³⁹ Cuando comenzaron las protestas

³⁶ Analizado en Young, *The Drugtakers...*

³⁷ P. Foot, *Immigration and Race in British Politics*, Harmondsworth, Penguin, 1965.

³⁸ P. Foot, *The Rise of Enoch Powell: An Examination of Enoch Powell's Attitude to Immigration and Race*, Harmondsworth, Penguin, 1969.

³⁹ Véase Hall, «Deviancy, Politics and the Media...»; y Young, «Mass Media, Deviance and Drugs...»

británicas contra la participación estadounidense en Vietnam, Hogg,⁴⁰ comentando la «bien engrasada maquinaria de la indignación», observó que «se ha activado cuando los comunistas se han ocupado del asunto. Ha sido silenciosa e ineficaz cuando no lo han hecho».⁴¹ La deriva a través de los umbrales también había comenzado.

1968 / (1848): cataclismo. La nación se divide

Un espectro recorre Europa, el espectro del comunismo.

Marx y Engels, *Manifiesto comunista*.⁴²

Un espectro recorre Europa, el espectro de la revuelta estudiantil.

Danny y Gabriel Cohn-Bendit, *El comunismo obsoleto*.⁴³

1968 es el año de un notable cataclismo, de la separación de las aguas. Como su predecesor (1848), fue una «revolución» incompleta e inacabada. Su impacto sísmico reverberó más allá de su terreno principal en la vida social y política; sus réplicas aún no se han agotado del todo. Consistió sobre todo en el intento de instigar la «revolución desde arriba», de transmitir la chispa de la rebelión desde el «pequeño motor» de la revuelta estudiantil al gran motor inerte de las masas trabajadoras, concebidas como los «alegres robots» de Marcuse en su sueño «unidimensional». Era un asalto a la cultura y la superestructura del capitalismo tardío montado por la propia vanguardia del sistema, una «lumpen burguesía», una fracción de clase sin una base productiva tangible. En la medida en que esta fracción encarnaba ciertas contradicciones y antagonismos del sistema, eran las que se derivaban del «sistema nervioso superior», el «cerebro social» superdesarrollado del capitalismo tardío. Era una revuelta *en*, pero también *de*, las superestructuras. Impulsó, por un acto de voluntad colectiva, las rupturas derivadas de la rápida expansión de la ideología, la cultura y las estructuras civiles del nuevo capitalismo, en forma de «crisis de autoridad».

Una vez más, Estados Unidos se puso a la cabeza. El «verano dorado» hippie había esparcido las semillas de la desafiliación a lo largo y ancho, junto con el rock ácido, el *flower power*, los abalorios, los caftanes y las

⁴⁰ Quintin Hogg (1907-2001), aristócrata y político conservador. Miembro de diferentes gobiernos conservadores, con cargos ministeriales y como Lord Chancellor con Macmillan y Douglas-Home de 1957 a 1964; con Heath de 1970 a 1974 y posteriormente con Thatcher de 1979 a 1987. [N. de E.]

⁴¹ *The Sunday Express*, 1 de enero de 1967.

⁴² K. Marx y F. Engels, *The Communist Manifesto* en *Marx-Engels Selected Works*, vol. 1 [ed. cast.: *El manifiesto comunista*, José Ovejero (trad.), Madrid, Galaxia Gutenberg, 2021].

⁴³ G. Cohn-Bendit y D. Cohn-Bendit, *Obsolete Communism: The Left-wing Alternative*, Londres, Deutsch, 1968.

campanas, el «subidón» de LSD y el «bajón» de Haight Ashbury. Poco a poco comenzó el gran éxodo de las «mentes más brillantes» de Estados Unidos desde los senderos culturales del Medio Oeste y el Estado liberal-corporativo, en paralelo a los movimientos estudiantiles organizados, con su origen libertario, y —ahora en una trayectoria separatista— la rebelión negra en las ciudades. Norman Mailer ya había previsto esta coyuntura: «En lugares como Greenwich Village se completó un *menage-à-trois*: el bohemio y el delincuente juvenil se encontraron con el negro y así el *hipster* apareció en la vida americana».⁴⁴ No fue solo Estados Unidos lo que se encontró «efímeramente, en una condición revolucionaria».⁴⁵ De Berlín a Nápoles, de París a Tokio, la universidad —la «fábrica» ideológica— se convirtió en la pieza central de una sorprendente inversión y confrontación. Se generó un *repertorio* totalmente novedoso de tácticas de confrontación, de inspiración teatral y dramatúrgica. Temporalmente, la política de la calle sustituyó a la política de la convención y de las urnas. La calle y la comunidad se convirtieron en los lugares de una serie de acontecimientos político-culturales. En Francia y Alemania Occidental el movimiento fue más «ortodoxo»: la sólida presencia del partido comunista, en uno, y la corriente crítica de las teorías marxistas, en el otro, marcan una dimensión de la diferencia. Ambos comenzaron con el desmantelamiento ideológico del progresismo corporativo desde la izquierda: la «crítica de la tolerancia pura». Tras el levantamiento masivo de los estudiantes de la Sorbona, una ola de huelgas y manifestaciones obreras se extendió por toda Francia. Pero aunque los «acontecimientos de mayo» fueron lo que más se acercó a dar vida a un movimiento obrero, salvo en Italia, siguieron siendo esencialmente una «fiesta de los oprimidos», es decir, de los oprimidos en sentido figurado: el sueño revolucionario de la participación, el control obrero y la creatividad ocuparon un papel más central que las concepciones leninistas del partido de vanguardia y el poder del Estado. Esta misma vacilación ante la fortaleza del Estado iba a ser su perdición. La legitimidad del Estado gaullista, agravada por la «legitimidad» del Partido Comunista Francés, conspiró, en una extraña coalición, para convertir el flanco de la revolución en reformas. Cuando, en respuesta a los crecientes signos de colaboración obrera-estudiantil, el General incorporó la «participación» a sus propuestas de referéndum, 200.000 personas se concentraron en protesta en la explanada de la Gare de Lyon. Entonces Pompidou soltó al CRS, aconsejando: «Aplastadlos, sin debilidad». Los jóvenes —trabajadores y estudiantes— se llevaron la peor parte. Un millón de franceses respetables se manifestaron a favor del gaullismo. Se reanudaron las negociaciones y las elecciones.

⁴⁴ N. Mailer, «The White Negro» en *Advertisements for Myself*, Londres, Deutsch, 1961 [ed. cast.: *El negro blanco*, Isabel Vericat (trad.), Barcelona, Tusquets, 1973].

⁴⁵ *The Sunday Express*, 7 de abril de 1968.

El Estado gaullista había sobrevivido al Armagedón. La contrarrevolución había comenzado. Poco después, los «ejércitos de la noche» de Mailer se retiraron ante el avance de la madrugada gris del triunfo de Nixon-Agnew en las urnas: la venganza de la «mayoría silenciosa». El lema bajo el que avanzó esta contrarrevolución fue «ley y orden».

Al igual que en 1848, Gran Bretaña se adentró en este cataclismo con más cautela y tranquilidad. Ningún trabajador se manifestó, ninguna fábrica fue ocupada, las porras de la policía rompieron pocas cabezas. Lo que en París dividió a la capital, en Gran Bretaña solo tendió a polarizar los salones. Sin embargo, a su «peculiar» manera, Gran Bretaña vivió su «1968». La polarización social y política que caracteriza la década siguiente comenzó a partir de este momento. Como en otros lugares, Gran Bretaña se vio profundamente conmocionada por el «gran rechazo» de aquellos mismos hijos e hijas que el sistema había elegido. Habían socavado la moral y la sociedad civil; ahora desafían los cimientos del Estado. La resolución del Estado de resistir y el pánico y el miedo de la «mayoría silenciosa» al ver amenazado y destrozado su rutinario modo de vida tuvieron una *cita fatídica*. De esta convergencia nació la deriva hacia la reacción y el autoritarismo. En Gran Bretaña, la mayor víctima fue la desintegración del progresismo. Superado por su izquierda estudiantil, el progresismo intelectual tiró la toalla sin luchar y muchos de sus destacados incondicionales, elocuentes sobre la libertad académica en general, siempre que no estuviera amenazada ninguna libertad real y particular, emigraron rápidamente a la extrema derecha, para convertirse en los jinetes de la disciplina. Esta reacción resultó de lo más sorprendente ya que la amenaza no provenía de un grupo guerrillero entrenado en la Mongolia Exterior, sino de los propios hijos de la abundancia, los destinados a heredar la tierra neocapitalista: los aprendices de gestores del mundo.

Aunque el casi cataclismo de 1968 sacudió las ciudadelas del Estado, la sociedad civil se mostró notablemente impermeable. Cada noche, las imágenes de policías antidisturbios con cascos y escudos avanzando sobre filas de estudiantes con cintas en la cabeza y chaquetas militares, mirando las bocas de las ametralladoras o dispersándose ante los gases, inundaban las pantallas de televisión, proporcionando un espectáculo a los sobrios ciudadanos sentados ante el televisor. A menudo, las escenas contenían, por un lado, a manifestantes y policías enzarzados en un combate y, por otro, a ciudadanos particulares que se dirigían a sus casas a través de los escombros, ocupándose de sus asuntos privados. Se ha escrito mucho sobre la apatía y la privatización que marcó la vida civil bajo el capitalismo corporativo de este periodo, sobre la enorme disyuntiva entre el «mundo privado» del ciudadano y los aparatos y procesos del Estado. La barricada del «pequeño mundo» de los deseos y necesidades privadas, de

la familia y el hogar, aparecía como una defensa contra las invasiones de las burocracias abstractas de la política, la economía y la administración; pero ambos mundos estaban, sin embargo, íntimamente coordinados, la plenitud de uno compensaba el «vacío» del otro. La «apatía» y la consolidación del Estado capitalista corporativo eran compañeros de cama. Sin embargo, parecían no estar relacionados: el aumento del papel del Estado en el centro solo se experimentaba en los márgenes como un conjunto de quejas privadas y repetitivas. La división se recogía en la retórica de la ideología pública: los trabajadores durante el día volvían a casa solo para que los políticos y los anunciantes se dirigieran a ellos por la noche como seres totalmente diferentes: consumidores. La propia política se fue «privatizando» progresivamente. A su manera, la revuelta estudiantil se montó como un desafío a *esta* hegemonía del Estado sobre la esfera privatizada. Gran parte de la violencia y la confrontación, al igual que las consignas participativas, se dirigieron contra los muros invisibles que convertían a los ciudadanos en cómplices involuntarios de su propia impotencia. También lo era la presión comunitaria y la convocatoria a reapropiarse del poder en la base. A la postre esta trayectoria no se cruzó ni penetró en el velo del reino privatizado; esta fue la medida de su falta de centralidad objetiva. Pero la novedad de su contenido y sus formas, y su focalización en la «revolución de la vida cotidiana», no era irrelevante, como suponían los revolucionarios ortodoxos (el Partido Comunista Francés llamó a los militantes de 1968 «aventureros mimados»). El situacionismo —una simple «negación»— estaba directamente relacionado con las nuevas formas de poder estatal, y este dejó su profunda huella en la cultura revolucionaria, aunque hubo muy pocos «situacionistas».

La trayectoria interna del ataque del movimiento estudiantil fue, sin embargo, un regalo del cielo para el propio Estado y para los medios de comunicación, ya que ofreció material suficiente a los esfuerzos masivos y abrumadores de los propios medios y sus portavoces autorizados a la hora de resolver todo este complejo escenario en los términos simplificadores de la «violencia». Frente a la primera gran manifestación contra Vietnam en Grosvenor Square en abril, *The Observer* fue lo suficientemente frío como para comentar que «estas manifestaciones estudiantiles no son movimientos políticos serios que persiguen objetivos reales: son más bien una versión intelectual del gamberrismo futbolístico». Pero cuando, después de «mayo», la prensa se enfrentó a la manifestación aún más masiva de octubre, *The Sunday Express* pudo observar, sin temor a contradecirse, que «esto no es principalmente una manifestación contra la guerra de Vietnam. Es un ejercicio frío y deliberado de violencia por parte de hombres malvados que utilizan a jóvenes ingenuos para sus propios fines. Es un esfuerzo calculado por parte de hábiles agitadores de izquierda para desacreditar a nuestra policía y aterrorizar a la

comunidad». Esta reducción de todas las formas de disidencia o protesta a la búsqueda de camarillas de agitadores que se dedican a la violencia, junto con la aritmética del consenso, en la que las «mayorías» se enfrentan continuamente a las «minorías», marca todo el significado ideológico de la protesta estudiantil en Gran Bretaña. Poco a poco se convertiría en un paradigma de significación dominante⁴⁶ para toda la gama de conflictos sociales y problemas políticos. También marca un cambio en la espiral de significación (ya comentada anteriormente) más allá de los umbrales de su perímetro exterior. Cuando llegó la segunda manifestación contra Vietnam, en octubre, la convicción de que se trataría de un «enfrentamiento violento entre las fuerzas del orden y las fuerzas de la anarquía» resultó ser una «estructura inferencial» tan abrumadora en las mentes colectivas de los políticos, la policía y los medios de comunicación que (como ha demostrado el estudio de Leicester, *Demonstrations and Communication*)⁴⁷ determinó toda el formato de la cobertura posterior, al igual que dominó los valores informativos, aunque la mayor parte de la marcha transcurriera de forma pacífica: «Hoy el corazón de Londres estará en estado de sitio [...]. ¿Y por qué? ¿Porque los manifestantes están muy preocupados por lo que ocurre en Vietnam? Tonterías».⁴⁸ Cuando no se produjo la violencia que la propia prensa había predicho, se felicitó a la policía por haberla evitado: «La policía gana la batalla de Grosvenor Square», «El día en el que la policía fue increíble».⁴⁹ El rostro que apareció en varias portadas animando a las tropas era el del nuevo ministro del Interior, quien en consonancia con la época había sustituido al «progresista» Sr. Jenkins: alguien destinado a cosas más elevadas, «Honest Jim» Callaghan.

La aparición de un renovado pánico a la raza, en el mismo momento de esta intensa polarización de la escena política y justo cuando se produce el paso de una variante de consenso gestionada a otra más coercitiva, no puede ser del todo fortuita. En 1967, Enoch Powell había señalado, a propósito de la cuestión racial, que «debemos actuar y actuar pronto. No nos atrevemos a mirar al otro lado del Atlántico y decir, mientras nos sentamos mano sobre mano: “Esto no puede ocurrir aquí”».⁵⁰ Ahora, en 1968, al abrirse las compuertas de la disidencia social, la raza —no será la última vez— se convierte en un tema destacado: un tema capaz de acarrear emociones públicas intensas pero subterráneas en una ola de reacción.

En comparación con los grandes temas abstractos del movimiento estudiantil —«democracia participativa», «poder comunitario»—, el tema racial era concreto e inmediato. Su referencia a la «vida cotidiana», tal y como

⁴⁶ Véase Hall, «Deviancy, Politics and the Media...».

⁴⁷ Halloran, Elliott y Murdock, *Demonstrations and Communication: A Case Study*.

⁴⁸ «End this Menace», *The Sunday Express*, 27 de octubre de 1968.

⁴⁹ *The Times* y *The Daily Mirror*, 28 de octubre de 1968.

⁵⁰ «Can we afford to let our Race Problem Explode?», *The Sunday Express*, 9 de julio de 1967.

la viven las «mayorías silenciosas» de los ciudadanos privados en las partes visiblemente en decadencia de la ciudad posimperial, era *directa*. Afectaba a las aspiraciones defraudadas y a las esperanzas frustradas de los miembros de las clases «respetables» y medias bajas, que habían invertido sus últimos ahorros en la «democracia inmobiliaria» de Harold Macmillan, solo para que la familia igualmente respetable (pero negra) que se mudaba a la casa de al lado hiciera caer en picado el valor de las propiedades. Ninguna de las primeras generaciones de inmigrantes se sacrificó tanto por la «vida tranquila» como los primeros inmigrantes negros de Gran Bretaña en la década de 1950. Sin embargo, objetivamente, estaban destinados a representar el lado oscuro del «sueño de la abundancia», a encarnar el contenido reprimido de la pesadilla de la abundancia. Su afición por los grandes coches americanos —expresión directa de la exageración del subdesarrollo de su tierra natal— caricaturizaba el modo de vida de la abundancia. Sus fiestas de los sábados por la noche eran un recordatorio constante de los sacrificios exigidos por el régimen de trabajo y el tabú del placer que la ética protestante consagraba. Su presencia en la cola para pedir trabajo recordaba un siglo de desempleo y despidos sumarios, prueba de que unos pocos años de «pleno empleo» no pueden liquidar toda una experiencia de clase de inseguridad económica. El inmigrante negro se trasladó a las zonas en decadencia de la ciudad, donde los «ingleses olvidados» de Gran Bretaña vivían en los márgenes más estrechos; entró en esta «pequeña y estrecha isla» de respetabilidad de la clase media-baja y obrera blanca, y, con cada uno de sus rastros —su aspecto, su ropa, su pigmentación, su cultura, sus costumbres y sus aspiraciones— anunció su «alteridad». Su presencia visible era un recordatorio de la incesante escualidez de la que había surgido ese céntimo imperial. El simbolismo del tema raza-inmigración resonaba por su fuerza subliminal, por su capacidad de poner en marcha los demonios que acosan el subconsciente colectivo de una raza «superior»; desencadenaba imágenes de sexo, violación, primitivismo, violencia y excrementos. Allá afuera, en el gran mundo suburbano del dinero y el poder, donde pocos hombres y mujeres negros andaban, se podía adoptar una visión convenientemente altisonante de la «integración racial» en las profundidades inferiores; lo que estos hombres y mujeres blancos temían, por encima de todo, era perder repentinamente su posición y su poder, convertirse de repente, en todos los sentidos de la palabra, en *los pobres*. Lo que los blancos pobres temían, sin embargo, era que, después de todo este tiempo, pudieran convertirse en *negros*. (Cada estrato social, apunta Fanon, utiliza el estrato inferior como material para sus sueños, fantasías o pesadillas). Cuando la polarización y la revuelta empezaron a transmitir ondas de choque a través del cuerpo político del Estado, los que estaban en el poder sintieron que el *statu quo* en el que se apoyaban se *desplazaba*; sintieron que la tierra se movía. Pero lo que sus portavoces más elocuentes decidieron decir a sus electores no

fue que la «tierra» de la política de consenso se había *movido*, sino que los negros se estaban *mudando*. Powell dio en el clavo cuando ofreció a los periodistas su historia de la ancianita blanca de Wolverhampton (a la que nadie encontró nunca), a la que «le metieron excrementos por el buzón» y soportó los abusos racistas de «encantadores *piccaninni* de ojos grandes y sonrientes»; o la triste historia del «trabajador bastante corriente», que de repente confesó: «Si tuviera dinero para irme, no me quedaría en este país; dentro de 15 o 20 años el hombre negro tendrá la mano del látigo sobre el hombre blanco». Estas historias y frases se cruzan directamente con las angustias de los hombres y mujeres corrientes que afloran cuando la vida pierde repentinamente su rumbo y las cosas amenazan con descarrilarse. Un grupo de marginados, una tendencia a cerrarse en la cultura del control, una angustia pública generalizada: el propio Powell proporcionó el «acontecimiento dramático». No es de extrañar que, a diferencia de Heath, haya despreciado tanto el efímero movimiento «I'm Backing Britain» [Respaldo a Gran Bretaña], que surgió y se desvaneció en cuatro días. Los políticos que se precien deben saber qué cuestiones conectarán, qué temas movilizarán una corriente popular, lanzarán una cruzada, sacarán a las tropas. Powell tenía pruebas de lo que él mismo había llamado «material combustible».⁵¹

De hecho, la mayoría de la población negra, que conocía la situación a nivel local, hacía tiempo que habían renunciado a la promesa de «integración», incluso cuando Jenkins la defendía con elocuencia. Los inmigrantes de la primera generación abandonaron silenciosamente la «integración» como aspiración práctica y se dedicaron a otras cosas, como ganarse la vida y lograr una vida tolerable para sí mismos, entre su propia gente y en sus propias zonas. Pero el estado de ánimo de la segunda generación, que salía de la difícil experiencia de una educación inglesa en un mercado laboral en declive, era muy diferente. Cuanto mejor equipados, educados, capacitados, lingüísticamente adaptados y aculturados estaban, más aguda era su percepción de las realidades de la discriminación y el racismo institucionalizado, más militante era su conciencia. Puede que el rock ácido de la costa oeste estadounidense hiciera flipar a los jóvenes blancos, pero allí abajo, en el gueto, el disco más popular era «Shout it Loud, I'm Black And Proud». Había llegado el Black Power. Los veranos de 1967 y 1968 fueron cruciales para la penetración en los sectores más avanzados y conscientes de la juventud negra de las ideas y conceptos de la revolución negra estadounidense. Durante varios meses, los medios de comunicación y los funcionarios de relaciones raciales se negaron a creer que algo tan «violento» y poco británico como el Black Power pudiera arraigar entre «nuestros amigos antillanos». Típicamente, tildaron de «racista» y «extremista» a cualquiera

⁵¹ Citas recogidas en Foot, *The Rise of Enoch Powell...*

que intentara describir o influir en los jóvenes negros de las ciudades. Un grupo de presión antiinmigrante, bien organizado y con energía, se desarrolló rápidamente dentro del Partido Conservador. En su discurso en Walsall, el 9 de febrero de 1968, Powell pidió terminar con el sistema de cuotas de entrada y pidió que se congelara la entrada de los asiáticos de Kenia. El grupo de presión ganó inmediatamente terreno. El gobierno laborista, en respuesta a los cálculos más inmediatos, pragmáticos e interesados, impulsó un proyecto de ley en el Parlamento que introducía un sistema de vales de entrada para los asiáticos de Kenia. Esto no hizo más que despertar el apetito de los grupos de presión antiinmigrantes. En abril, mientras el presidente Johnson anunciaría una «pausa» de los bombardeos en Vietnam y su propia decisión de retirarse —ambas victorias significativas para la izquierda antibélica—, un asesino blanco mató a Martin Luther King. Siguió en Estados Unidos una prolongada pesadilla de saqueos e incendios provocados, lo que *Time* describió como un «tumulto negro que sometió a Estados Unidos al espasmo de desorden racial más prolongado de su violenta historia». Esto tuvo un fuerte impacto entre los militantes negros de Gran Bretaña. El 20 de abril, en vísperas de la *Race Relations Bill*, Powell pronunció su discurso de los «ríos de sangre» en Birmingham. «Los dioses enloquecen primero a quienes desean destruir. Debemos estar locos, literalmente locos, como nación para permitir la entrada anual de unos 50.000 dependientes. [...] Es como ver a una nación ocupada en amontonar su propia pira funeraria». La discriminación, continuó Powell, no la sufren los negros, sino los blancos, «los que estaban donde estos han llegado». Esta invocación —que apunta directamente a la experiencia del desarraigo en una vida establecida, al *miedo al cambio*— es el gran tema emergente del discurso de Powell. Son los blancos los que han «encontrado a sus esposas incapaces de obtener camas de hospital en el parto, a sus hijos incapaces de obtener plazas escolares, sus hogares y vecindarios transformados más allá del reconocimiento, sus planes y perspectivas para el futuro derrotados». El río Tíber, terminaba diciendo, «desbordaba de sangre». «Ese trágico e intratable fenómeno que observamos con horror al otro lado del Atlántico está llegando a nosotros por nuestra propia voluntad [...]. De hecho, casi ha llegado».⁵²

A largo plazo, el «powellismo» era sintomático de cambios más profundos en el cuerpo político. Powell escribió en una ocasión que el conservadurismo era «una visión establecida de la naturaleza de la sociedad humana en general y de la nuestra en particular». Pero, gradualmente, a lo largo de la década de 1960, y luego de forma explosiva en 1968, la sociedad inglesa se había vuelto claramente *inestable*. El pragmatismo sin paliativos de Wilson y de Heath en

⁵² E. Powell, M. P., texto del discurso pronunciado en Birmingham, 20 de abril de 1968, *Race X* (1), julio de 1968.

este periodo fue un testimonio vivo de la bancarrota de la política de consenso en un periodo de renovado conflicto social. El vacío se llenó desde la derecha. Powell utilizó la raza —como posteriormente utilizaría Irlanda, el Mercado Común, la defensa del libre mercado y la Cámara de los Lores— como *vehículo* para articular una definición del «carácter inglés», una receta para mantener unida a Inglaterra.⁵³ En cuanto a la raza, Powell ha sido acusado a menudo de sesgar «los hechos», de ser ilógico. Esto es no entender en absoluto el significado de su intervención política. Los temas fundamentales —un sentido burkeano de la tradición, el «genio» de un pueblo, el fetichismo constitucional, un nacionalismo romántico— no obedecen a los imperativos pragmáticos de una «lógica» wilsoniana o heathiana. Están ordenados por sentimientos y pasiones nacionalistas más subliminales. Uno de los dones de Powell era su capacidad de encontrar una retórica populista que, en la era del pragmatismo desenfrenado, dejara de lado el tema pragmático y hablara directamente —a su manera metafórica— de los miedos, las angustias, las frustraciones, del inconsciente colectivo nacional, de sus esperanzas y temores. Fue un torpedo lanzado directamente contra la sala de máquinas de la propia política de consenso.

El país empezó a escorarse hacia la derecha, un movimiento puntuado con los recurrentes disturbios en los campus universitarios, estrechamente relacionados con los acontecimientos en otros lugares. En Estados Unidos, por ejemplo, los movimientos de la izquierda abrieron grietas dentro del Partido Demócrata: McCarthy en el ala radical, Wallace en la derecha, los estudiantes, los negros, los Yippies y las tropas del alcalde Daley en el parque: «Semanas antes [de la Convención Demócrata] ya huele a derramamiento de sangre».⁵⁴ Pero fue la candidatura de Nixon-Agnew la que reunió estos hilos en una plataforma de ley y orden que movilizó a las mayorías silenciosas: un ejemplo que no pasó desapercibido para el gabinete conservador en la sombra. Las encuestas revelaron que la derecha tenía una mayoría sustancial en Gran Bretaña en todas las cuestiones sociales importantes. El consenso, se dijo, había sido socavado por el «extremismo» de ambos lados.

El periodo está tan salpicado de sobresaltos y alarmas que parece gratuito concluir con una referencia a dos cuestiones, aún no mencionadas, que emergen con fuerza hacia finales de 1968, y que no solo agravaron entonces la crisis, sino que dominarán cada vez más la escena. En septiembre, la huelga en la planta de Ford en Halewood hizo de 1968 el peor año de paros industriales en la industria del motor, e inició un periodo de prolongada y encarnizada lucha con el gigante multinacional. En octubre y noviembre, el recién creado movimiento por los derechos civiles de Irlanda

⁵³ Véase T. Nairn, «Enoch Powell: The New Right», *New Left Review*, núm. 61, 1970.

⁵⁴ *The Sunday Times*, 14 de julio de 1968.

del Norte organizó una serie de manifestaciones de «fuerza moral» contra la ascendencia protestante y la discriminación orangista en la provincia, a las que se opusieron el reverendo Paisley y la Royal Ulster Constabulary. No es la primera vez en la historia de Inglaterra que la llegada de la «edad de hierro» se anuncia con disturbios en el Ulster.

1969: la «revolución cultural» y el giro hacia el autoritarismo

Si el Underground realmente pretende pasar a la clandestinidad y convertirse en un movimiento de resistencia activo, debe intentar descubrir sus verdaderas raíces en las condiciones específicas de la estructura social inglesa. Debe exponer el proceso de pacificación que mantiene todo junto [...]. Pero cualquier intento de hacer estallar esta estafa [...] es a su vez sofocado como «violencia» y luego aplastado con toda la violencia real del proceso legal y/o terapéutico. [...] La única fuerza actualmente capaz de devolver el golpe son los niños que intentan luchar para salir de la cultura de sus padres, ya sea de la clase trabajadora o de la clase media. [...] Para dejar de jugar a este tipo de juegos, el underground debe empezar por disolver la división ideológica entre sus «sectores» políticos y culturales.⁵⁵

La ruptura que 1968 marca con el pasado inmediato se mantiene en 1969. La polarización avanza con mayor rapidez y en nuevos ámbitos. Muchos de los mismos temas que sirvieron de punto de apoyo a la reacción oficial y popular en los dos o tres años anteriores se reanudan de nuevo en 1969, pero ahora en lo que, desde el punto de vista del Estado, debió parecer una fase avanzada de desintegración social. Este estado avanzado de la crisis viene marcado ideológicamente —como era de esperar— por amplias convergencias entre sus diferentes temas. Los temas de la protesta, el conflicto, la permisividad y la delincuencia empiezan a confluir en una gran «amenaza» indiferenciada; se trata nada más y nada menos que de los fundamentos del propio orden social. Tal vez, después de todo, los estudiantes no precipiten una toma de las fábricas por parte de la clase obrera en el clásico escenario revolucionario. Pero hay más de una manera de hacer que una sociedad se derrumbe como un castillo de naipes. Su fibra moral puede ser carcomida por el cáncer de la permisividad, o eso es lo que afirma insistentemente la señora Whitehouse. Puede ser invadida por el crimen organizado, como cree *The Sunday Express*. Puede ser subvertida por «criminales ideológicos» (es decir, militantes estudiantiles), como afirmó el fiscal

⁵⁵ Carta abierta al movimiento Underground de la London Street Commune; citada en P. Stansill y D. Z. Mairowitz (eds.), *BAMN: Outlaw Manifestoes and Ephemera, 1965-70*, Harmondsworth, Penguin, 1971, p. 224. (El estilo, el punto de vista y la retórica muestran inequívocamente la mano del «Dr. John» del 144 Piccadilly Squat).

general estadounidense, John Mitchell (que posteriormente fue barrido por la marea «no ideológica» del Watergate). Puede ser «secuestrada» por la militancia industrial, como los cruzados de la legislación sobre relaciones industriales están convenciendo a la nación. Puede ser «suavizada» hasta la muerte, como Quintin Hogg sigue advirtiendo a sus lectores del domingo. Sobre todo, puede ser ultrajada y maltratada por la violencia y la anarquía. Estos dos temas son realmente los *umbrales* superiores de la crisis; ponen en juego la crisis, no en este o aquel ámbito, cuestión, problema o pregunta, sino como una condición *general* que se deteriora progresivamente. La violencia es el límite exterior. Marca el punto en el que la organización social civilizada desciende a la fuerza bruta. Es el fin del *Derecho*. La anarquía es su resultado: la desintegración del orden social. Powell lo expresó sucintamente en septiembre: «La violencia y la ley de la mafia se organizan y se expanden por sí mismas. Los que las organizan y difunden no buscan persuadir a la autoridad para que actúe de forma diferente, para que sea más misericordiosa o más generosa. Su objetivo es repudiar la autoridad y destruirla».⁵⁶

Volvamos al tema racial negro. Si la primera respuesta de la comunidad negra ante la embestida, encabezada por Powell y los grupos de presión de la «derecha radical» en el seno del Partido Conservador, fue la conmoción, el miedo y la consternación, la segunda respuesta fue un grado de politización y de organización *en profundidad* desconocido hasta entonces en la historia de la migración negra de la posguerra. Este es el periodo de la formación de grupos y agrupaciones militantes negras —el British Black Panther Party, la Black People's Alliance, etc.— la organización de manifestaciones contra el acoso policial y el reclutamiento, especial pero no exclusivamente, de negros de segunda generación en la órbita del «Black Power», así como una conciencia cultural negra más militante. El disco rastafari de Desmond Dekker, *Israélite*, con su milenarismo cabalista, estaba en lo más alto de las listas de los discos negros de la época. De otra parte, el «reggae» empezó a penetrar en la sociedad blanca a través de los medios de comunicación y mediante su paradójica adopción entre los jóvenes blancos «skinheads». El cálculo de Dilip Hiro de que en esta época no solo se habían ampliado enormemente las filas de las organizaciones militantes negras, sino que había una docena o más de simpatizantes por cada activista negro comprometido, no ha sido cuestionado seriamente.⁵⁷ Por otro lado, la presión blanca también se «endureció». Se abandonaron los eufemismos y las anécdotas; Powell dirigió el ataque hacia la dura negociación sobre los «números» y su corolario igualmente duro: la repatriación. Aquí, como en otros lugares, la iniciativa pasó, más o menos definitivamente,

⁵⁶ *The Sunday Times*, 28 de septiembre de 1969.

⁵⁷ Hiro, *Black British, White British...*

del centro progresista bien intencionado a los puntos más extremos de la brújula; y los extremos ejercieron un efecto retroactivo sobre el centro. Paul Foot nos ha recordado que solo dos meses separaron la condena de Heath del discurso de Powell como «intento de asesinato de un grupo racial» y la adopción por parte de Heath de la idea de que las admisiones de inmigrantes debían ser «para un trabajo específico en un lugar específico, durante un tiempo específico», con permisos anuales renovados y sin «derecho absoluto a traer a sus familiares, por muy cercanos que sean»: la nefasta distinción «nacionalizable / no nacionalizable» que se consagraría en el proyecto de ley tory de inmigración de la Commonwealth de 1971.⁵⁸

En 1969, los medios de comunicación de Estados Unidos y las conexiones entre el *black power* y la delincuencia negra tocaron sin duda una fibra sensible británica. Una comprobación al azar en dos periódicos arroja «24 horas de robos a mano armada y delincuencia callejera en Washington» de Henry Brandon;⁵⁹ el clásico de Mileva Ross «Vivo con el crimen en la ciudad de la diversión»;⁶⁰ «Pesadilla en Nueva York» de Allen Brien;⁶¹ y los reportajes del Henry Fairlie en *The Sunday Express*. Estas piezas no solo fijaron las mentes británicas en la compleja cadena que conectaba raza, política y delincuencia, sino que extrajeron lecciones explícitas para Gran Bretaña, al tiempo que elucubraban posibles escenarios de reacción: la plataforma de la ley y el orden, el atractivo de la candidatura de Wallace, la propuesta de Nixon de transferir a los tribunales de adultos a los delincuentes juveniles violentos, etc.

El delito en sí mismo también ofrece uno de sus clímax en nuestro país en 1969, con el sensacional juicio y encarcelamiento de los infames gemelos Kray, esos arquetípicos villanos del East End, cuya combinación de profesionalidad y psicopatología los mantuvo semana tras semana en los titulares. Más significativa es la persistente preocupación por la cuestión de la delincuencia, la autoridad y la sociedad, que sube y baja como un cuadro de fiebre a lo largo del año. En febrero, Heath, anticipándose a la revisión prevista para 1970, pidió un estudio serio de los efectos de la abolición de la pena capital. Antes de que acabara el mes, él y Quintin Hogg se enzarzaron en un debate con Callaghan sobre el supuesto fracaso de los laboristas en la «lucha contra la delincuencia». La pena capital, la tasa de asesinatos, el aumento del número de delitos violentos, la tendencia a suavizar las penas..., estas preocupaciones, ahora arquetípicas del ámbito de las noticias sobre la delincuencia, siguieron dominando el debate público. *The Sunday Times* fue lo suficientemente previsor como para predecir que

⁵⁸ Foot, *The Rise of Enoch Powell...*

⁵⁹ «Living around the Crime Clock», *The Sunday Times*, 9 de marzo de 1969.

⁶⁰ *The Sunday Express*, 23 de febrero de 1969.

⁶¹ *The Sunday Times*, 6 de abril de 1969.

el debate sobre la delincuencia y la pena capital de 1969 era una especie de ensayo para el «agudo debate sobre la ley y el orden» que se produciría en 1970.⁶² En octubre Hogg retomaba su campaña electoral basada en el delito, acusando al laborismo, así en general, de contribuir a la derrota de *toda* moral y autoridad.⁶³ A finales de año —después de una okupación en Piccadilly y una gira de los Springboks— la retórica de Hogg se había intensificado en sus ya familiares contraposiciones duras y simples: la ley frente a la amenaza de la anarquía. Su tendencia a ampliar y expandir la naturaleza de cualquier amenaza al «orden», deslizando cosas muy diferentes bajo una misma rúbrica quedó clara aquí: «Cuando los sindicatos, cuando los profesores universitarios y otros, cuando los estudiantes, cuando los manifestantes de diversos tipos, cuando los diputados laboristas y progresistas anuncian su rechazo deliberado de todas las formas de autoridad, salvo sus propias opiniones, ¿cómo se puede esperar que la policía y los tribunales apliquen la ley?». ⁶⁴

Aquí, como parece ser el caso siempre que las cuestiones, categorías y problemas separados comienzan a difuminarse en una convergencia ideológica general y engañosa, se puede asumir que las presiones hacia medidas de control más estrictas, aplicadas de forma más amplia e indiscriminada, también están aumentando. También podemos suponer que los temas explícitos mencionados están empezando, ideológicamente, a dar una especie de «cobertura» a otras preocupaciones. Naturalmente, el recurso a la ley como última defensa —tanto en el sentido práctico como en el abstracto— pasa a primer plano a medida que se extienden estas formas de amplificación. Vamos a ver todo esto en funcionamiento, más adelante, cuando pasemos a los otros frentes activos de la permisividad y la protesta. Mientras tanto, el papel de los umbrales legales y los de la violencia, que trazan líneas de distinción cada vez más nítidas entre lo permisible y lo no permisible, que cortan y atraviesan la creciente marea de conflictos sociales, reduciéndolos a oposiciones extremas, se hace más insistente.

Sir Alec Douglas Home,⁶⁵ cuando escribió a principios de año en *The Sunday Express* sobre el Ulster, dio un buen ejemplo de ello: «La violencia civil en las condiciones modernas simplemente abre el camino a los saqueadores, cuyo negocio es el caos social. [...] En una democracia como la del Reino Unido y la de Irlanda del Norte, el deber del gobierno es sostener la constitución y la ley». Lo mismo se puede percibir también, ese mismo mes, sobre un tema bastante diferente y a partir de una fuente

⁶² *The Sunday Times*, 23 de febrero de 1969.

⁶³ *The Sunday Times*, 26 de octubre de 1969.

⁶⁴ *The Sunday Times*, 7 de diciembre de 1969.

⁶⁵ Alec Douglas Home (1903-1995), aristócrata y político conservador. Primer ministro entre 1963 y 1964. [N. de E.]

tradicionalmente mucho más progresista. Un editorial de *The Sunday Times* argumentaba que, una vez que se destruyera el «tótem enquistado» de la inmunidad sindical frente a la sanción legal, la acción gubernamental sobre las huelgas podría tener lugar en una «atmósfera más racional»: «Solo la reforma legal puede reforzar la validez de los convenios colectivos [...] y proteger el empleo de miles de hombres que la huelga salvaje hace peligrar [...] fortalecer el liderazgo del sindicalismo oficial».⁶⁶ En un editorial posterior, *The Sunday Times*, si bien reconocía que la introducción de la ley en los asuntos sindicales no era *la* respuesta, saludaba las propuestas en ese sentido que empezaron a sonar en el futuro frente tory con la idea de que la ley era el primer paso necesario para combatir las recientes cifras de huelgas que «describen un tipo de anarquía».⁶⁷ El lenguaje de la delincuencia, la violencia, el caos, la anarquía y la Ley, apostrofada de esa manera, estaba empezando a deslizarse como una niebla dickensiana sobre lugares inesperados.

El informe Wootton sobre las drogas se publicó a finales de 1968. Proponía una distinción más firme en las sentencias entre la posesión y la venta de marihuana y una recategorización del cannabis en un grupo diferente al de la heroína y otras drogas peligrosas. Sus propuestas eran modestas, su linaje impecable, sus precedentes (el informe estadounidense era, si acaso, más audaz) prometedores. La prensa popular, sin embargo, lo calificó de «Conspiración de los drogados» (*The Daily Mirror*), de «Carta de los drogadictos» (*The Evening News*). También hubo una «conspiración» por el otro lado —en el Parlamento— cuando se debatió el informe. Callaghan atribuyó sus disparates al efecto contaminante sobre el Comité de un «lobby de las drogas blandas» y defendió su decisión de rechazar sus principales conclusiones con la observación de que se sentía satisfecho de haber contribuido a «detener la marea de avance de la llamada permisividad».⁶⁸ Su homólogo en el gabinete en la sombra, Hogg, solo podía seguir de buen grado los pasos de su maestro. El flujo y reflujo de este debate dejó su huella en el resto del año. Los opositores a la permisividad también se impusieron en el rechazo del informe del Arts Council que recomendaba la derogación de la Obscenity Law (como si estuviera de acuerdo con la advertencia de Whitehouse de que cualquier político que promoviera este «Paraíso de los pornógrafos» estaría cometiendo un «suicidio político»)⁶⁹ y en el nuevo proyecto de ley sobre drogas presentado por Callaghan, contrario en espíritu y práctica al Informe Wootton.^{⁷⁰}

^{⁶⁶} *The Sunday Times*, 20 de abril de 1969.

^{⁶⁷} «Anarchy at Large», *The Sunday Times*, 2 de noviembre de 1969.

^{⁶⁸} *The Sunday Times*, 27 de julio de 1969.

^{⁶⁹} M. Whitehouse, *Who Does She Think She Is?*, Londres, New English Library, 1971, p. 107.

^{⁷⁰} Véase el análisis de este periodo en Young, *The Drugtakers...*

El apogeo de la permisividad «oficial» se alcanzó cuando Roy Jenkins intentó redefinir la palabra «permisividad» como «civilización», es decir, «la consecución de la reforma social sin alteraciones [...] evitando tensiones sociales excesivas».⁷¹ A partir de entonces, la permisividad se aseguró una prensa universalmente adversa y hostil. Cuando, a finales de agosto, toda la contracultura se reunió en la Isla de Wight para el primer festival pop británico, los medios de comunicación construyeron una imagen del evento que contenía un resumen de casi todos los demonios permisivos que rondaban la imaginación de los indignados morales: «100.000 fans amenazaron con amotinarse», «los guardias de seguridad con perros corrieron», «casi un pandemónium», «repleto de hippies y raritos», «era un caos», «hippies nadando desnudos», «73 personas arrestadas por drogas», un «joven encontrado gravemente herido al pie de los acantilados», «consumo de drogas», «jóvenes escasamente vestidos», y —no mucho después— «un extraño *happening* en el que chicos y chicas bailan salvajemente desnudos», «una buena excusa para una orgía masiva», etc. Esta «pesadilla a lo Woodstock» fue contrapuesta por los medios de comunicación a los «residentes locales» y a la «gente sedentaria de la isla»⁷² —las «mayorías silenciosas» de 1970, aquí a solo un pelo de distancia de un cuerpo desnudo—. Sin embargo, ¿no habían advertido constantemente los empresarios morales que las consecuencias inevitables de una sentencia indulgente aquí, un intelectual corrupto allá, u otro informe «blando», serían la desnudez, las drogas, las orgías en la calle, una «dieta de depravación»? ¿No nos había recordado elocuentemente Whitehouse los sorprendentes paralelismos con «la decadencia de la República de Weimar, que había allanado el camino a la Alemania de Hitler»?⁷³

La ola de disturbios estudiantiles no se desvaneció en 1969. En enero, la London School of Economics se cerró de nuevo tras el «asunto de las puertas», un incidente que acabó con sanciones y despidos de personal. También provocó uno de los mejores ejemplos de lo que hemos llamado en otro lugar «el juego de los números»: el intento de separar a los moderados de los extremistas, para presentar a los primeros como inocentes y bienintencionados incautos y a los segundos como «una pequeña camarilla de hombres con motivaciones políticas». Short, secretario laborista de Educación explicó, por ejemplo, en un convincente despliegue estadístico ante la Cámara de los Comunes, que la «LSE tiene unos 3.000 estudiantes. Los disturbios que se han producido afectan probablemente a unos 300 de ellos. Los verdaderos autores son un pequeño puñado de personas

⁷¹ *The Sunday Times*, 20 de julio de 1969.

⁷² D. Phillips, «The Press and Pop Festivals: Stereotypes of Youthful Leisure» en Cohen y Young (eds.), *The Manufacture of News...*, pp. 323-333.

⁷³ Whitehouse, *Who Does She Think She Is?...,* p. 107.

—menos de la mitad del 1 %— que son los matones del mundo académico».⁷⁴ Añadió, por si acaso, la reflexión de que eran «revolucionarios de la marca x». Los actos de «gamberrismo, vandalismo y terrorismo en Keele»,⁷⁵ los disturbios de Garden House, en Cambridge, la lectura pública de los expedientes del vicerrector de Warwick⁷⁶ y la casi ruptura en cámara lenta de Essex, estaban aún por llegar.

Políticamente, en Gran Bretaña, como en cualquier otro lugar, el periodo 1968-1969 representa un punto de inflexión: todo el fulcro de la sociedad gira y el país entra, no en una ruptura temporal y pasajera, sino en un prolongado y continuo estado de semiasedio. Su significado, sus causas y sus consecuencias no se han tenido completamente en cuenta, tampoco han sido liquidados. La polarización política que precipitó y fracturó a la sociedad en dos campos: la autoridad y sus «enemigos». Este espectáculo hipnotizó a la derecha, al centro y a los apolíticos, precisamente porque se negaba a asumir las formas reconocidas del conflicto de clases clásico y la política asociada a él. Pero también marcó a la izquierda; y sus legados permanecen, activos y sin exorcizar, en el espectro de la política radical y revolucionaria hasta el día de hoy. En su momento supuso, en efecto, dos desarrollos separados si bien relacionados: la transmisión de la chispa de la política estudiantil a un electorado más amplio y a un campo de contestación —la «política de la calle»—; y la politización parcial de la contracultura. Aunque la primera se asemeja en cierto modo a un escenario anarcolibertario salvaje y la segunda adopta a veces la forma de «la revuelta de la burguesía», en realidad no había ninguna receta para ninguna de las dos en los clásicos libros de cocina revolucionarios. Un ejemplo de lo primero está relacionado con la cuestión racial: las manifestaciones en la Rhodesia House en enero de 1969 y el intento, tácticamente brillante, de Stop The Seventies Tour (S.T.S.T.) durante la gira de rugby de los Springboks a partir de octubre. Este último exhibió toda la fuerza concentrada de una campaña sobre un solo tema, limitada en su alcance, pero lo suficientemente amplio como para involucrar a los jóvenes progresistas. Provocó —tal era el ambiente del momento— una respuesta energética y, en algunas ocasiones, despiadada (en Swansea, la policía pareció dar cabida a patrullas antimanifestantes para que maltrataran a quienes participaban; posteriormente, el ministro del Interior tuvo que intervenir para limitar el alcance de los «delegados» del rugby).⁷⁷ El STST era una coalición de fuerzas bastante extraña, sin duda. El periódico sudafricano *Die Beeld* lo describió clásicamente como un «grupo de izquierdistas, trabajadores y refugiados de

⁷⁴ A. Arblaster, *Academic Freedom*, Harmondsworth, Penguin, 1974, p. 29.

⁷⁵ B. Benewick y T. Smith, *Direct Action and Democratic Politics*, Londres, Allen & Unwin, 1972, p. 206.

⁷⁶ Véase E. P. Thompson, *Warwick University Ltd.*, Harmondsworth, Penguin, 1970.

⁷⁷ Véase P. Hain, *Don't Play with Apartheid*, Londres, Allen & Unwin, 1971.

pelo largo», recogiendo perfectamente todos los clichés. Pero un número muy considerable de jóvenes, sensibilizados por los acontecimientos de 1968, fueron reclutados para la política de la protesta por la claridad de su llamamiento contra el apartheid.

La politización de la contracultura fue más complicada y desigual. La prensa clandestina, que se inspiraba en buena parte en la «prensa forajida» estadounidense, en el estilo de vida de la senda hippie y en el «verano del amor», proponía una crítica radical de la sociedad bienpensante, pero al principio mantuvo una postura ambivalente respecto de la política de protesta. En cualquier caso, la contracultura defendía una «política» profundamente antiautoritaria y libertaria, que transfería las cuestiones públicas al lenguaje y el sentimiento de lo personal, política difundida en la red de instituciones «alternativas» —los Arts Labs, la Free University, la red Gandalf's Garden, con sus teatros callejeros y activistas comunitarios—, transformando lo que Peter Sedgwick llamó «estas vulgares negativas y afirmaciones» en algo más parecido a la «Nación Invisible» de Abbie Hoffman. En algún momento de este periodo, la contracultura estadounidense se encontró con el espectro de la «tolerancia represiva» en su forma demasiado real de las State Troops y perdió su virginidad política. Algunos volvieron a la vida en comuna, a los alimentos integrales y al campo: otros siguieron construyendo «el Movimiento». En septiembre, cuando empezó el juicio por la conspiración de Chicago, se pudo ver todo el espectro de los enemigos del Estado. En una de esas largas tardes en la cárcel, Abbie Hoffman explicó al líder de las Panteras Negras, Bobby Seale, que «el Yippie es el aspecto político del movimiento Hippie y el hippie es la parte del grupo que todavía no se ha convertido en política».⁷⁸ Sin embargo, en octubre, Seale comparecía atado y amordazado ante el juez Hoffman.

La ruta británica fue, como de costumbre, más sosegada. La redada contra las drogas y este estilo de vida, así como el acoso policial a la prensa alternativa fueron las principales formas en las que la contracultura se enfrentó por primera vez a la ley. En marzo, Jim Morrison fue detenido por obscenidad. En mayo, Jagger y Marianne Faithfull fueron detenidos de nuevo por posesión. En julio, se ahogaba Brian Jones, de los Rolling Stones: una muerte ejemplar conmemorada en Hyde Park por un cuarto de millón de jóvenes. En octubre, la policía hizo una redada en Oz. Un momento ejemplar de la escalada del conflicto entre la sociedad bienpensante y los desafiliados —y que revela cómo se logró la politización parcial de la contracultura— fue la okupación del 144 de Piccadilly por parte de la London Street Commune en septiembre. Se planificó conscientemente

⁷⁸ B. Seale, *Seize the Time: The Story of the Black Panther Party*, Londres, Hutchinson, 1970 [ed. cast.: *Agarrar el tiempo*, Héctor Gutiérrez Delicado (trad.), Madrid, Postmetrópolis editorial, 2020].

como una «improvisación» diseñada para reunir a varias corrientes diferentes de la contracultura: cuasi anarquistas, «hombres duros» políticos, hippies colgados, vagabundos de clase obrera, bohemios duros y los ángeles del infierno. Para disgusto de los organizadores, los «skinheads» finalmente se alinearon en el exterior con la policía y los periodistas: su entrada en la okupación habría completado su «lógica». Tomaron prestada una antigua forma de política obrera —la okupación— y la adaptaron a las condiciones «poscapitalistas» (ocupando una residencia urbana de moda) para los *nuevos sin techo*: la comunidad de jóvenes perdidos de Londres. Fue un espectáculo calculado para escandalizar a las moralistas tradicionales como Whitehouse, a los políticos tradicionales como Lord Hailsham, a los académicos tradicionales como John Sparrow, pero también a los grupos marxistas tradicionales como los International Socialists y a los okupas «tradicionales» como Jim Radford. La policía disolvió la comuna con energía, permitiendo a los «skinheads» montar un poco de «bronca» primero.

La contraofensiva había comenzado. La mayoría silenciosa se vio animada por los empresarios morales más activos en las campañas de «limpieza» de Gran Bretaña (comenzando, simbólicamente, con la BBC). Más propiamente sobre el terreno se empujó a la policía a actuar, especialmente en lo que respecta a las drogas, la prensa alternativa y la obscenidad. La contracultura se aclimató poco a poco a la presencia continua de «la ley». El sueño de que la «sociedad bienpensante» pudiera simplemente abandonar la lucha, tirar la toalla y volver por donde había venido, resultó ser un espejismo: uno que había sobrevivido demasiado tiempo, solo porque la propia contracultura no comprendía plenamente la naturaleza de la sociedad que pretendía subvertir, ni su vulnerabilidad. El Manifiesto de la London Street Commune, destinado a acabar con esta inocencia, afirmaba que reivindicaban «las miserables calles capitalistas» porque «son el único espacio posible desde el que podría tener lugar la reorganización del Underground».⁷⁹ En 1969 la policía comenzó a reprimir esta ocupación informal de las calles. Esto hizo que la contracultura se enfrentara a la «madera»; y, más que ninguna otra fuerza, la «madera» casi consiguió convertir el Underground en un movimiento de resistencia política activa. La contracultura había calificado de «enemigo» a la sociedad bienpensante, a las actitudes y estilos de vida convencionales y al individualismo posesivo. No reconocieron que esas cosas eran el armazón de la sociedad burguesa hasta que sus agencias de defensa —la policía— cambiaron un tipo de «represión» por otro.

La consecuencia fue un considerable reclutamiento de una parte de la contracultura en las filas de los grupos y sectas de la izquierda revolucionaria: International Socialists, el recién creado International Marxist

⁷⁹ Stansill y Mairowitz, *BAMN...*

Group, los anarquistas, Solidarity, las diversas fracciones maoístas. Como ya ocurriera, por ejemplo, en el «otoño caliente» italiano de 1969, había surgido una izquierda, pequeña pero activa e influyente, en el flanco exterior del Partido Comunista. Las influencias políticas más amplias —de los comités de solidaridad contra la guerra de Vietnam, de los desarrollos guevaristas y otros en el Tercer Mundo— jugaron a favor de este ambiente prerrevolucionario. Desde *dentro*, las variaciones parecían infinitas: desde el estilo de vida político, la música rock y la psicodelia, hasta el trotskismo, el libertarismo y la política comunitaria sin afiliación conocida. Un escenario aparentemente desconcertante y diverso de intenso activismo, carente de cohesión, claridad teórica o perspectiva táctica. Sin embargo, desde *el exterior*, presentaba el espectáculo de una conspiración con cabeza de hidra contra *toda una forma de vida*. Su falta de organización, su carácter espontáneo y libre constituía precisamente su amenaza para una vida civil estable y ordenada: el regreso de King Mob.⁸⁰ Un sector de esa criatura en gran medida invisible, la *intelligentsia* inglesa, se había soltado de sus propias amarras, se había desprendido de su modo tradicional de inserción cultural y flotaba, en un fermento prerrevolucionario, suspendido en su propio medio. Los guardianes populistas esperaban algo más: su precipitado como fuerza abiertamente política.

Esto no siempre iba a ocurrir donde sus patrocinadores o sus oponentes esperaban. *Oz* e *IT* estaban sólidamente «a favor» de la revolución sexual, pero esta era, sin duda, una revolución prevista desde la posición masculina dominante, una fantasía de «polvos» interminables. En la primavera de 1968, una mujer llamada Lil Bilocca había encabezado una campaña militante entre las esposas de los pescadores de Hull para mejorar la seguridad de los arrastreros. Al mismo tiempo, Rose Boland lideró un grupo de obreras textiles en la fábrica de Ford Dagenham en una huelga por el derecho de las mujeres a trabajar en máquinas y en oficios especializados hasta entonces reservados a los hombres. Como *movimiento*, la liberación de la mujer tuvo sin duda sus propios orígenes, si bien se precipitó dentro del mismo «medio de oposición» que hemos estado describiendo. La versión radical del feminismo que comenzó a desarrollarse tuvo que ser arrancada de los corazones machistas de sus propios hombres «revolucionarios»: el feminismo de posguerra comenzó como una «revolución dentro de la revolución». Sin embargo, su impacto fue profundo. Internamente, dentro de sus filas, concretó la conexión entre lo «personal» y lo «político» que la contracultura había avanzado a menudo solo en términos abstractos; señaló los

⁸⁰ King Mob, la expresión alude originalmente a las Gordon Riots de Londres en 1780. Se refiere también al espectro de una «mchedumbre» o «chusma» reinante, caos, anarquía, etc. En el Londres de la década de 1970, la expresión dio nombre a un colectivo radical, Up Against the Wall Motherfucker, con influencias situacionistas y anarquista-dadaísticas. [N. de E.]

mecanismos específicos que articulaban la «opresión ideológica» abstracta con las formas específicas de una cultura capitalista fundada en el principio del patriarcado. Externamente, a través de su crítica, tocó temas tan cercanos a las células nerviosas de la sociedad civil bajo el capitalismo como cualquier otro elemento del catálogo más escandaloso de «happenings» alternativos: la sexualidad, la familia, la dominación masculina. Surgió en el mismo momento en que la cultura capitalista entraba en uno de sus momentos más peligrosos: un periodo de *degeneración represiva*.

El año 1969 representó el último momento en el que la «revolución cultural», a diferencia de otras vertientes de la lucha política, podría haber cristalizado como una fuerza política autónoma. Ese precipitado no se produjo. Si hubiera *coincidido* con las formas de lucha que vendrían en la década de 1970, su subsunción en una trayectoria más amplia podría haber tenido consecuencias revolucionarias. No fue así. La historia de la política radical en este periodo es la historia de las coyunturas perdidas. Pero ¿por qué tendría que haber cristalizado? ¿Qué *significó* la amenaza de su precipitado, en términos de la capacidad del capitalismo para mantenerse como una forma de vida viable?

La contracultura era «superestructural» en dos sentidos. En cuanto a su composición social, la mayoría de sus portadores probablemente procedían de entornos de clase media, de padres que no se dedicaban al trabajo productivo especializado o no especializado en el sentido tradicional; aunque algunos de sus reclutas más activos procedían de estratos que habían experimentado recientemente la movilidad social: productos de la «revolución educativa», niños de la primera generación de los institutos de secundaria y del bachillerato, de la escuela de arte o de la educación superior, así como chicos y chicas de la universidad. Cualquiera que fuera su origen de clase, eran reclutas potenciales de la *nueva intelectualidad orgánica*: formados para ocupar posiciones intermedias o subalternas, pero con tareas críticas que realizar en términos de reproducción social, a los que la cada vez más compleja división social y técnica del trabajo bajo el capitalismo necesitaba tanto reclutar (realmente) como ganar (ideológicamente) si quería sobrevivir.

Pero el golpe de la contracultura también se dirigía a las superestructuras del capitalismo moderno. Por su carácter, era intrínsecamente «antiburguesa»: pretendía el derrocamiento del hombre protestante, la instauración de un nuevo reino de la Razón, que presidiera una Era de Acuario del Placer. Exigía, sobre todo, una revolución *de la conciencia*, porque era, en esencia, una revolución *de la conciencia*. Amenazaba con dar un vuelco a las superestructuras, a la ideología, donde se cimentaba y reproducía la vida civil burguesa; y aunque, en sus preocupaciones centrales y en su crítica y modo de lucha, tendía consecuentemente hacia un

idealismo radical, esta es forzosamente la tendencia dominante cuando las contradicciones sociales se acumulan en las superestructuras, cuando la lucha ideológica «asume el mando» por el momento. Fue una revolución dirigida por una fracción clave de la clase dominante, contra la cultura hegemónica a la que, bajo cualquier lógica, esa fracción debería haber sido leal. Por lo tanto, supuso una severa ruptura *dentro de* la ideología hegemónica, una ruptura que, como ha argumentado Juliet Mitchell, es probable que estuviera dirigida, en primera instancia, «desde dentro de la clase ideológicamente dominante».⁸¹ Las superestructuras, como ha argumentado Gramsci, tienen la función de asegurar la reproducción de un cierto tipo de civilización, de producir un cierto tipo de «hombre» y «ciudadano», una cierta «ética» que se corresponda con las necesidades a largo plazo de la estructura económica, aunque sin ningún grado de ajuste funcional —con lo que, de hecho, Althusser ha llamado una «armonía que a veces rechina los dientes»—. Especialmente a través de su organización en el Estado, su tarea es establecer la siempre problemática y contradictoria conformidad de la sociedad social, política y civil con las necesidades y requerimientos del propio modo de producción.⁸² Esta es la esfera que hemos llamado *reproducción social*: la «reproducción de las condiciones sociales de producción». La «cimentación» de la sociedad, en este sentido más amplio, requiere sus propios modos y mecanismos. Cualquier reestructuración profunda de la organización y composición internas de las relaciones capitalistas —como la que caracteriza la larga transición del *laissez-faire* al monopolio, o el tramo más intenso de este arco en el que se encontró el capitalismo británico en la posguerra— requiere y precipita una consiguiente «recomposición» de todo el tegumento social e ideológico de la formación social.

Nunca se ha podido determinar con exactitud por qué se produjeron estas rupturas, justo en ese momento, en el nivel superestructural de las formaciones sociales capitalistas, a pesar de la abrumadora tendencia del movimiento al autoanálisis. El «68» nunca ha sido comprendido a fondo, antes bien se ha obviado en gran medida. Ciertamente, la ideología del ahorro, la respetabilidad y la seguridad, a través de las cuales las clases medias se habían asociado moral e ideológicamente con el sistema y se habían aclimatado a sus necesidades, se vieron en este periodo constantemente erosionadas por los llamamientos al consumo y la autogratificación que apuntalaron el boom de la abundancia de la posguerra. A un nivel más profundo, el carácter burgués y la familia burguesa, con sus patrones de restricciones emocionales y represiones introyectadas, su «ética

⁸¹ J. Mitchell, *Woman's Estate*, Harmondsworth, Penguin, 1971 [ed. cast.: *La condición de la mujer*, Julieta Diéguez (trad.), Barcelona, Anagrama, 2006].

⁸² Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks...*, y Althusser, «Ideology and Ideological State Apparatuses...».

protestante» del trabajo, la dedicación racional y la realización a través de la propia vocación, su énfasis en la autodisciplina y la autoridad interiorizada y su tabú sobre el placer, que formaban el denso tegumento ideológico de la sociedad civil del modo de producción capitalista en desarrollo, se *desarticularon* a medida que el capitalismo avanzaba hacia una forma de monopolio más avanzada.

En las primeras fases del capitalismo, un determinado tipo de racionalidad, relacionado de forma compleja con ciertas formas de sexualidad y ciertos estilos de autoridad y disciplina, había sido tan necesario para su capacidad de reproducirse como las propias relaciones de producción capitalista. De hecho, estas *eran* también «relaciones sociales» del capital fuera de la esfera productiva, y sin embargo vitales para su continuidad. Estos hilos enmarañados empezaron a desenredarse en la posguerra. En las esferas del trabajo (productivo e improductivo) y, sobre todo, en las esferas en expansión del Estado en su forma capitalista de Estado de bienestar, el capitalismo llegó a asumir progresivamente una forma burocrática e impersonal, rutinizando y regulando cada vez más el mundo privado y personal a medida que el Estado capitalista asumía la responsabilidad y la dirección de los ámbitos que el Estado del *laissez-faire* había dejado a la sociedad civil. Esta apoteosis del «individualismo posesivo» y del «hombre burocrático», bajo la dirección de un Estado cada vez más intervencionista y corporativo, hizo que la vida cotidiana pareciera, al mismo tiempo, regimentada y vacía. En el plano más estructural, la naturaleza compleja de las sociedades capitalistas avanzadas planteaba problemas más radicales en lo que se refiere a garantizar el consentimiento y la afiliación de todos sus miembros a su lógica. Ya hemos considerado antes esta «crisis de legitimación», pero en este contexto supuso una enorme extensión de los aparatos ideológicos, lo que el propio Enzensberger ha llamado las «industrias de creación de conciencia». Además, estas industrias tenían una base material real en las tecnologías e infraestructuras productivas del nuevo capitalismo, tal y como han demostrado Enzensberger y otros. No solo estaban vinculadas a la nueva frontera de la «tercera revolución industrial» —la basada en la electrónica y en las fuentes de energía baratas— sino que también estaban coordinadas con la cambiante organización social del proceso de trabajo, la gestión y el sistema de circulación del propio capital. En la recomposición del capital, los medios de comunicación y los aparatos educativos (ahora mucho más directamente supervisados por el Estado) fueron apoyos «productivos» clave y, en consecuencia, se ampliaron masivamente.

La organización de la ciencia y la técnica, su aplicación práctica a la producción, con la consiguiente recomposición de las competencias, del trabajo y del proceso laboral, resultaban impensables sin «un desarrollo decisivo de las fuerzas de producción intelectual», del «universo

intelectual», de los medios y técnicas de reproducción intelectual e ideológica, y del tamaño y carácter de la «nueva intelectualidad». Los sectores de esa «nueva intelectualidad» se vieron, por un lado, favorecidos respecto de los trabajadores productivos especializados y semiespecializados, pero también se coordinaron más estrecha y «orgánicamente» que nunca con los procesos técnicos de reproducción capitalista. Los más «brillantes y mejores», formados en los horizontes de conocimiento en expansión abiertos en los sectores terciarios de la educación, se enfrentaron a menudo a las perspectivas de lo que ha llegado a reconocerse como el fenómeno de la proletarización intelectual: un nuevo tipo cualitativo de desespecialización. En general, «cuanto mayor es el desarrollo del capital, mayor es la tasa de reproducción necesaria para mantenerlo».⁸³ Y, «el “capitalismo avanzado” [...] es imposible [...] sin una expansión paralela del “cerebro” social y de los nervios de la comunicación».⁸⁴

La contracultura fue la traducción de este desarrollo desigual a nivel ideológico y de superestructura. Apareció primero en las propias instituciones que la habían formado y luego las tomó como objetivo. Atacó y criticó los propios objetivos y valores a los que estas instituciones habían intentado adherirse. En especial, se centró en las instituciones que fabrican el «apego», que tratan de interiorizar el consentimiento, que producen y reproducen la ideología dominante:

Las mujeres, los hippies, los grupos de jóvenes, los estudiantes y los escolares cuestionan las instituciones que los han formado e intentan erigir su anverso: una comuna colectiva que sustituya a la familia burguesa; «comunicaciones libres» y contra-medios de comunicación; antiuniversidades: todos atacan las principales instituciones ideológicas de la sociedad. Los ataques son específicos, localizados y relevantes. Sacan a la luz las contradicciones.⁸⁵

La lista podría ampliarse infinitamente. La contracultura no surgió de la experiencia de la represión, sino de la «tolerancia represiva» del Estado liberal-capitalista. *Redefine* este progresismo, esta tolerancia, este pluralismo, este consenso, *como represivo*. Rebautizó el «consenso» como «coerción»; llamó a la «libertad» «dominación»; redefinió su propia riqueza relativa como una especie de pobreza alienada y espiritual. Convocados a la vocación intelectual, los estudiantes eligieron verse a sí mismos como un «nuevo tipo de trabajadores». Rebautizaron las «instituciones de enseñanza superior» —la «comunidad de eruditos» liberal— como una máquina técnica

⁸³ Mitchell, *Woman's Estate...*

⁸⁴ T. Nairn, «Why it Happened» en A. Quattrochi y T. Nairn (eds.), *The Beginning of the End*, Londres, Panther, 1968.

⁸⁵ Mitchell, *Woman's Estate...*, p. 32.

burocrática: la «multiversidad». Dijeron que la sociedad era una farsa, rompieron su encubrimiento. Una de las consecuencias imprevistas fue que, al desafiar a las «instituciones para la propagación del consenso», desataron su reverso, «los poderes de la violencia estatal coercitiva que siempre están ahí como apoyo de fondo».⁸⁶ Este punto de origen *dentro de* la crisis de la cultura dominante puede ayudar a explicar por qué la «contracultura» no pudo mantenerse por sí misma como formación política. Su impulso podría definirse mejor como una «inversión sistemática», un giro simbólico, desde dentro, de toda la ética burguesa. Algunos de sus compromisos más agudos se engendraron, no tomando «otro» camino, sino llevando las tendencias contradictorias del interior de la cultura burguesa a sus extremos, tratando de subvertirlas desde dentro, a través de *una negación*. Esto también puede explicar por qué la «revolución cultural» osciló tan rápidamente entre los extremos: la «oposición» total y la asimilación. La clandestinidad siempre parecía estar a punto de ser contenida o superada por su propia dialéctica. Aunque se esforzaba por hacer una *crítica total* de la vida burguesa, conservaba el carácter de una *desafección* masiva. Y, como proyectaba sus «alternativas» desde algunos de los puntos más avanzados de esa cultura dominante, sus proyecciones aparecían frecuentemente como «utopías», ensayos fragmentarios del futuro.

Fueron los desarrollos contradictorios dentro del propio capitalismo los que proporcionaron la base material para esta «ruptura» cualitativa en la cultura y en el universo mental de la sociedad del capital, una «ruptura» que se expresó, en parte, como una *cesura* entre la vieja ética dominante y una nueva ética emergente. Algunos aspectos que la «vieja guardia» definía como un ataque a los valores tradicionales eran simplemente signos de una profunda adaptación de la cultura dominante a las nuevas y contradictorias necesidades de un capital en expansión. Marcuse, por ejemplo, acertó ciertamente al definir la «permisividad» como, en origen, nada más que el resultado de esta *necesaria modificación* de la ideología dominante: un signo de su tolerancia represiva, o lo que él llamó «desublimación represiva».⁸⁷ Solo posteriormente la «permisividad» proporcionaría la plataforma para una crítica y una práctica más sostenidas y subversivas. Esta crítica práctica, al tomar en serio lo que la sociedad había pretendido a medias, rompió algunas de las categorías y las trastocó. El contenido positivo de la *liberación* cristalizó dentro de los límites negativos de la filosofía permisible, «liberada», el «haz lo que quieras». El capitalismo artesanal de la sociedad alternativa, que producía sus manifestaciones estéticas, prestó un servicio

⁸⁶ Ibídem, p. 32.

⁸⁷ H. Marcuse, *One Dimensional Man...* y H. Marcuse, *Eros and Civilization*, Londres, Sphere, 1969 [ed. cast.: *Eros y civilización*, Juan García Ponce (trad.), Barcelona, Ariel, 2010].

a la industria de la moda al asumir los costes de la innovación estilística, trabajando, por así decir, en ambos lados de la calle. Un vistazo a algunas de las nuevas revistas que fueron producto de esta época —como *Playboy* o *Playgirl*— sugiere la facilidad con la que el sexo libre podía ponerse al servicio del *statu quo*. Hay muchos indicios de que el propio capitalismo exigía una cierta reestructuración de los estrechos lazos de la vida familiar (aunque la reacción en defensa de la familia, cuando el movimiento feminista llevó su crítica a sus límites, sugiere que, como todas las demás tendencias liberadoras, esta también fue diseñada para detenerse dentro de unos límites bien definidos). Mirando hacia atrás, podemos ver ahora que la «crisis de autoridad», asociada en los primeros tiempos de la abundancia a la «juventud», fue la primera reacción sintomática de la vieja guardia de una cultura dominante ante una ruptura de *sus propias formas tradicionales*. Los que identificaban el capitalismo con su ética anterior se resistieron a la aparición de la nueva ética en nombre de la defensa de los saberes y modos de vida tradicionales. Así, se vieron obligados a considerar que los defensores de la «revolución cultural» constituyan una conspiración impuesta a la sociedad desde el exterior (principalmente, como siempre, desde Estados Unidos). No podían ver que los vínculos de un régimen moral burgués más austero se estaban disolviendo en parte *desde dentro*, como subproducto de la propia «madurez» contradictoria del capitalismo. La contracultura no produjo ninguna fuerza política material, aunque se infiltró e influyó, permanentemente, en cualquier otro movimiento radical con el que hubiera contraído una alianza. Pero lo que sí produjo fue el espectro del «enemigo» en las cabezas de sus oponentes. Si su primera fase escandalizó el imaginario burgués, la segunda —incluyendo su reclutamiento en la política de la calle— pareció desafiar su unidad ideológica y su hegemonía, reconstruyéndose gradualmente en una conspiración moral contra el Estado: ya no se trataba simplemente de conseguir y gastar, de ropa y de discos, de diversión y juegos, sino de drogas, delincuencia, renuncia al trabajo, sexo desenfrenado, promiscuidad, perversión, pornografía, anarquía, libertinaje y violencia. Se convirtió en una fuente de contaminación moral-política, propagando una infección en todas sus formas: la conspiración para la rebelión. En un sentido profundo, la cultura dominante —frente a este espectáculo— se vio fuera de control.

Los temblores que recorrieron la sociedad británica en 1969, que contribuyeron a la construcción de una reacción autoritaria, no fueron todos engendrados desde el propio cuerpo político. De hecho, la constante atención a los acontecimientos internacionales sugiere que lo que aceleró la reacción fue la convergencia de fuerzas dentro y fuera de la sociedad que tendían a perturbar su equilibrio. La evolución de la crisis de Irlanda del Norte es de vital importancia en este caso, aunque nos

concierne principalmente por su impacto sobre la «cultura del control» nacional. La propia crisis fue el producto de la larga y desastrosa historia de represión que ha caracterizado las relaciones históricas de Gran Bretaña con Irlanda durante cuatro siglos o más. Se derivó de los complejos intereses económicos que vinculan a sectores de la economía británica y a sus clases dirigentes con las estructuras atrasadas de la vida económica y social al norte y al sur de la frontera. Más inmediatamente, se derivó de la naturaleza extremadamente atrasada de la ascendencia política en el Ulster para cuya consolidación política Gran Bretaña había conspirado. Este triste episodio de la historia reciente del Ulster —sus héroes reaccionarios, las amenazas chantajistas del UDI, etc.— proporcionó algunos de los «mejores momentos» del conservadurismo del siglo XX. La cuestión que encendió la antorcha en el Ulster fue la represión sistemática y la privación económica de la minoría católica a manos del dominio protestante, una forma sintonizada, apuntalada por el nacionalismo y la religión, de la explotación más profunda de la clase obrera del Ulster en su conjunto. Se dice que incluso el reverendo Ian Paisley reconoció la base de la desafección católica en su única conversación privada con Bernadette Devlin en 1969, aunque añadió: «Preferiría ser británico antes que justo».⁸⁸ No es de extrañar que Marx hubiera escrito a Kugelman, exactamente un siglo antes:

Me he convencido [...] de que nunca se podrá hacer nada decisivo aquí en Inglaterra hasta que separe su política con respecto de Irlanda, de la manera más tajante, de la política de las clases dominantes. [...] Y, en efecto, esto debe hacerse, no como una cuestión de simpatía con Irlanda, sino como una exigencia, hecha en interés del proletariado británico. De lo contrario, el pueblo inglés seguirá en las filas de las clases dominantes, porque debe unirse a ellas en un frente común contra Irlanda.⁸⁹

La visión de la izquierda sobre la crisis de Irlanda del Norte era que se trataba simplemente de un episodio más en la larga historia del fascismo británico en Irlanda. La visión oficial de la crisis era que se debía únicamente a la aparición de los irracionales «pistoleros y bombarderos» del IRA. Ambas simplifican demasiado. Fue el movimiento por los derechos civiles el que desencadenó la crisis. Su agrupación principal, People's Democracy, tenía una crítica y apoyaba una estrategia en Irlanda, más avanzada y menos limitada a la lógica de la bomba casera, que todo lo que ha surgido desde entonces. La plena implicación del IRA en el Norte fue un asunto lento y torpe. Enfrentados al desafío de los Derechos Civiles, los laboristas apoyaron primero al capitán O'Neill y a la «reforma moderada», destinada

⁸⁸ Insight Team del *The Sunday Times, Ulster*, Harmondsworth, Penguin, 1972.

⁸⁹ En Marx y Engels, *On Britain...*

a mejorar la suerte cotidiana de los católicos, al tiempo que se preservaba la estructura de los intereses capitalistas bajo la hegemonía del poder protestante. Fue este ejercicio contradictorio de reformismo lo que se derrumbó bajo la presión del extremismo protestante. Cuando la marcha por los derechos civiles sufrió una emboscada por parte de los hombres de Derry en el puente de Burntollet, fue la Royal Ulster Constabulary, técnicamente las fuerzas del orden, la que se lanzó al ataque en el Bogside. Esto se convirtió en algo habitual, apoyado políticamente por la transferencia del poder en Stormont⁹⁰ a manos de un reformista más duro, Chichester Clarke. A medida que se acercaban las provocadoras marchas rituales de los orangistas en otoño, el dilema de los laboristas acabó por cristalizar. Habían decidido que la reforma debía llegar a través del «instrumento constitucional». Pero Stormont no era un órgano constitucional ordinario: era un símbolo del nexo de poder de la dominación orangista. En cuanto a la cuestión de si debían entrar las tropas, y de quién debía ordenarlas, los laboristas estaban en manos de Stormont y este se había comprometido a mantener el poder de la minoría por todos los medios necesarios. Una vez más, la provocación protestante atravesó estas circunvalaciones legales. En los disturbios de agosto, el RUC, que ahora apoyaba abiertamente a los manifestantes protestantes, invadió el Bogside, utilizando en esta ocasión, por primera vez, gas lacrimógeno contra ciudadanos del Reino Unido y, en Belfast, disparando contra los contramanifestantes católicos desde vehículos blindados. Al otro lado de las barricadas, nació «Free Derry», y la causa católica cayó, una vez más, en manos de aquellos capaces de defenderse físicamente: los provos.⁹¹ El 14 de agosto, las tropas británicas entraron en Derry. El 15 de agosto entraron en Belfast. Su objetivo mínimo era «interponerse» entre las turmas amotinadas. Era uno de los muchos eufemismos irlandeses que usaba Gran Bretaña. De hecho, Gran Bretaña tenía ya su propio «Vietnam» en el patio trasero. Uno de los principales factores que precipitaron fue la naturaleza y el contenido contradictorios de la socialdemocracia cuando lidera en una colonia desde una base política y económica en declive y pretende servir de «gobierno responsable» del Estado dentro de la lógica del capital. Desde el otro lado del mar, al espectador de la televisión británica, apenas recuperado de los escenarios de los enfrentamientos estudiantiles, se le acostumbraba ahora al espectáculo nocturno de «nuestros muchachos», frente a una insurrección urbana doméstica a gran escala. Era un espectáculo calculado para endurecer los corazones británicos.

⁹⁰ El Castillo de Stormont, al este de Belfast, sirvió entre 1921 y 1972 como residencia oficial del Primer Ministro de Irlanda del Norte. Como metonimia, designa el ejecutivo de la región. [N. de E.]

⁹¹ Provos era una denominación informal para los militantes del IRA, tomada de su nombre original: Provisional Irish Republican Army. No se debe confundir con el movimiento libertario y contracultural holandés de los años sesenta del siglo XX. [N. de E.]

La resistencia de la clase obrera: «¡Bien cavado, viejo topo!»

En los signos que desconciertan a la clase media, a la aristocracia y a los pobres profetas de la represión, reconocemos a nuestro valiente amigo, Robin Goodfellow, el viejo topo que puede trabajar en la tierra tan rápido, ese digno pionero: la Revolución.

Marx⁹²

Todo «se une» en 1970; es un punto de inflexión, un punto de ruptura. Aquí comienzan a cruzarse todas las contradicciones. En aquel momento, parecía que solo Gran Bretaña había escapado al cataclismo que sacudió a las otras grandes sociedades capitalistas occidentales en 1968. Pero, en su habitual forma difusa, dispersa y fragmentaria, también Gran Bretaña pasó por el horno de una profunda crisis. Los cimientos se movieron. Luego, las fuerzas de la estabilidad, de la restauración, cobraron impulso. El objetivo contra el que se movilizó parecía, al principio, compuesto principalmente por la izquierda estudiantil y la contracultura. A esto, en 1969, se añadió la degeneración del conflicto de Irlanda del Norte en una guerra urbana abierta. Estos hilos dispares convergieron entonces, en la conciencia colectiva, en forma de Némesis: una amenaza para la cohesión, la estabilidad y el equilibrio de la propia sociedad civil. Como respuesta, la balanza de la cultura de control comenzó a oscilar, lentamente al principio, y luego bruscamente, hacia una posición más abiertamente represiva. Lo que había estado hirviendo y supurando no muy lejos de la superficie, estalló entonces en su mismo centro, transformando y redefiniendo todo el equilibrio de las relaciones de fuerza en la sociedad. Lo que dirige la transición de este endurecimiento del control a finales de la década de 1960 al «cierre» represivo total de 1970, presidiendo el nacimiento de una versión británica de la sociedad de «la ley y el orden» y redefiniendo toda la forma del conflicto social y el disenso civil a su paso, es la reaparición de la lucha de clases en el escenario histórico, de forma visible, abierta y en escalada. Una cosa es una sociedad que se desvía por la «permisividad», la «participación» y la «protesta» hacia la «sociedad alternativa» y la «anarquía». Otra cosa es que la clase trabajadora vuelva a tomar la ofensiva en un estado de ánimo de militancia activa. Decir «toma la ofensiva» podría sugerir que, durante un tiempo, estuvo ausente de las relaciones de fuerza, resistencia y consentimiento en la sociedad. Nada más lejos de la realidad. Pero la forma que asumió la lucha de clases en el periodo del laborismo fue diferente de la forma que empieza a asumir —a asumir de nuevo— a comienzos de la década de 1970. En tanto el intento de un gobierno socialdemócrata de

⁹² K. Marx, Discurso en el aniversario del *People's Paper* en *Surveys from Exile*, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 300.

gestionar el Estado mediante una versión organizada del consenso se estaba agotando para quebrar finalmente entre 1964 y 1970, así gradualmente la lucha de clases salía cada vez más a la luz, asumiendo una presencia más manifiesta. Esta evolución es electrizante. Una de sus consecuencias pasa por trasladar una lucha que surge a nivel de la sociedad civil y de las instituciones de la superestructura (principalmente la forma de la crisis durante el periodo comprendido hasta nuestro «1968» e inmediatamente después) directamente al terreno del capital y del trabajo y, por lo tanto, —en la era del capitalismo tardío organizado— al terreno del Estado. Ese momento concentra maravillosamente la mente de la clase dominante y de sus partidos, ya sean de derecha o de izquierda. De hecho, su impacto en estas dos alas es diametralmente opuesto.

La aparición de una lucha de clases abierta, en un Estado temporalmente bajo el mando de un gobierno de carácter socialdemócrata, socava y destruye la *razón de ser* de dicho gobierno. La única justificación para confiar la gestión del Estado capitalista corporativo a la socialdemocracia es, o bien (i) que en un aprieto pueda obtener mejor la colaboración de las organizaciones de la clase obrera al Estado, si es necesario, a expensas de su propia clase; o bien (ii) que si va a haber una crisis económica, es mejor que dicha crisis se identifique indeleblemente con otro fracaso histórico del laborismo. Cuando un gobierno de este tipo *fracasa* manifiestamente en ganar esta colaboración de clase —como fracsó el gobierno Wilson de 1966-1970— o cuando no consigue frenar la marea de la crisis económica, sus días están contados. El impacto de una escalada de la lucha de clases en el otro lado —los verdaderos ejecutores de la clase capitalista en el poder— es muy diferente. En un periodo de crisis política, este ala puede ser fuerte, resistir en profundidad, reclutar a la población para la defensa activa de la estabilidad y el orden. En una crisis económica, puede ser decisiva, incluso brutal en sus medidas, reuniendo a «la nación» en un último esfuerzo para «salvar el barco que se hunde». De cualquier manera, su mano se fortalece de forma incommensurable, su voluntad se endurece —al mismo tiempo que la mano y el nervio de la socialdemocracia se debilitan y destruyen— por la perspectiva de una próxima lucha de clases. El resurgimiento de la militancia de la clase obrera, combinado con lo que la derecha considera una lenta erosión de la propia sociedad civil y (en el caso de Irlanda del Norte) la perspectiva de una insurrección armada en las provincias cercanas tendió a llevar al «bloque» gobernante a una postura mucho más dura y coercitiva. La vuelta al gobierno de Heath, junto con la resolución que parecía ofrecer a los temores, amenazas y angustias sin nombre que se extendían por la propia sociedad civil, produjo una especie de clímax, una eyaculación de control.

En ese momento, en torno a 1970, con el gobierno de Heath encargado de asumir y estrangular en su lecho el resurgimiento de la militancia obrera

organizada, la larga «crisis de autoridad» que marca la década de 1960 fue finalmente absorbida por la propia «crisis del Estado». Aquí terminó el último vestigio de una hegemonía del consentimiento. Las apelaciones a «la nación», al «pueblo británico», al «interés nacional», no terminan, por supuesto. De hecho, se multiplican. Pero cuanto más se afirman, menos se refieren a algo parecido a un consenso de opiniones existente que mantenga unidos a todos los extremos de la sociedad bajo un conjunto de propósitos dominantes y de gobierno, más parecen gestos rituales, invocaciones, cuyo significado y propósito no es referirse, sino invocar, crear y dar vida a un consenso que, de hecho, se ha evaporado casi por completo. El nacimiento del gobierno Heath con el disfraz de «sindicato de la nación» es un momento de profunda crisis en el ejercicio de la hegemonía. El grupo dominante casi ha agotado su función de unir y conciliar los intereses en conflicto en el marco de su pabellón ideológico; su *repertorio* de respuestas está a punto de agotarse; los mecanismos de consentimiento han sido decisivamente socavados. No queda más que una vigorosa imposición de los intereses de clase, una lucha a muerte, el giro a la represión y el control. Es lo que Gramsci llama el momento de la coacción: de las medidas policiales, de la reacción popular y del recurso a la ley, de los rumores de conspiraciones contra el Estado, del pánico, de los *golpes de Estado*, del cesarismo desde arriba. 1970 es un momento así. El Estado, que deja de mantenerse unido por consentimiento espontáneo o patrocinado (como bajo Wilson), debe consolidarse mediante el ejercicio de un cierto tipo de fuerza: Heath como «Bonaparte».

En 1970 podemos señalar cómo esta «deriva» de la crisis de hegemonía llega hasta el nivel del Estado. Pero es crucial observar toda la trayectoria, todo el arco del movimiento. El capitalismo organizado en su forma corporativa «tardía» requiere una recomposición de todo el aparato estatal y de las relaciones entre las diferentes ramas del Estado, y entre el propio Estado y la sociedad civil. Este es el comienzo del Estado que «enreda, controla, regula, supervisa y tutela a la sociedad civil desde sus manifestaciones más amplias de vida hasta sus más insignificantes agitaciones, desde sus modos de ser más generales hasta la existencia privada de los individuos».⁹³ Pero como este Estado ampliado no solo se convierte él mismo en una parte directa del sistema productivo, sino que es el principal medio por el que una u otra alianza de la clase dominante puede intervenir desde arriba en la lucha de clases, la recomposición del Estado capitalista es también, e inevitablemente, la recomposición «desde arriba» de la clase obrera. Sin embargo, el hecho de que el «bloque» dominante intervenga en la lucha de clases a través de la intermediación del Estado significa que el Estado «vela sobre la lucha de clases». Todo este proceso no debe equipararse con

⁹³ Marx, «*The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte...*», p. 258.

los cambios de suerte política de determinados partidos o con su rotación en el poder parlamentario. Debemos mirar detrás o a través de esta oscilación en el terreno de la política parlamentaria para discernir lo que Marx llamó «la fisonomía peculiar del periodo». La recomposición del Estado capitalista y de la lucha de clases en este periodo se juega ahora a través del laborismo, ahora a través del conservadurismo. No se trata de hacer una simple equiparación entre estos dos «partidos» del capital, como tampoco Marx equiparó sin más a los orleanistas con los legitimistas o con los socialdemócratas. Pero, en su notable ensayo *El dieciocho de Brumario*, muestra cómo, a través de la sucesión de partidos, se perfecciona metódicamente una forma particular de poder estatal. En este periodo, los dos principales partidos parlamentarios contribuyen, en sus diferentes formas, a la reconstrucción del Estado capitalista «tardío». Esta evolución no es, ciertamente, ni fluida ni está exenta de contradicciones. Sobre todo para el partido de la socialdemocracia, que no puede convertirse en uno de los principales artífices del Estado del capital sin generar profundos antagonismos. De hecho, en el caso británico la adaptación del conservadurismo a esta tarea fue casi, si no igualmente, traumática.

Paradójicamente, pues, ambos gobiernos presiden el nacimiento de ciertas estrategias clave de gestión empresarial. Una estrategia clave es la contención de los salarios y, ocasionalmente, de los precios dentro de los límites de la productividad: la estrategia de la «política de rentas», que, en sus múltiples variantes, absorbió gran parte de las energías parlamentarias de ambos bandos y contribuyó a agotar sus *repertorios* de control. Cuando, al final de la década, este ejercicio de consentimiento guiado llega a su fin, son un gobierno laborista, primero, y uno conservador, después, los que introducen el instrumento de la regulación legal y lo «perfeccionan»: Wilson, a duras penas, retirándose en el último momento; Heath, glorificándose y deleitándose en el enfrentamiento final. Este proceso se lleva a cabo a espaldas del «espectáculo teatral» de la política parlamentaria y, de hecho, como también argumentó Marx, a sus expensas. Esta profunda reconstrucción del poder estatal y de su ejercicio tiene profundos movimientos complementarios también en la sociedad civil (ya hemos señalado algunos) y en el aparato jurídico. El cambio cualitativo en el modo de funcionamiento del Estado —del consentimiento a la coerción—, que es el sector principal del arco que nos ocupa, es así un resultado complejo, no solo de la evolución del Estado, sino de todo el carácter del ejercicio de la dominación hegemónica.

Sin embargo, lo que constituye la *base* de este arco es la persistente y creciente debilidad de la estructura económica del capitalismo británico. A pesar de la reactivación del comercio mundial en la posguerra, la cuota de Gran Bretaña en las exportaciones mundiales de productos

manufacturados se ha reducido a la mitad entre 1954 y 1970. Su nivel de inversión y su tasa de crecimiento económico son persistentemente bajos. Los gigantes estables como Estados Unidos y Francia, los nuevos competidores —Alemania Occidental, Japón e Italia— superan los resultados británicos en todos los niveles. Entre 1960 y 1972, la inversión como porcentaje del producto nacional bruto se mueve para Japón, por término medio, entre el 30 % y el 35 %, para Gran Bretaña entre el 16 y el 18 %. Entre 1955 y 1968, Japón tiene una tasa de crecimiento anual del 9,7 %, Alemania Occidental del 5 % y Gran Bretaña del 2,8 %. En la década de 1960 se produce una importante afluencia de inversiones extranjeras, que favorece la conversión de algunos sectores del capital en una forma más «multinacional», pero no se corresponde con la salida de inversiones directas e indirectas al extranjero. El declive estructural histórico del capitalismo británico es incuestionable. Todo lo demás que ocurra en estos años debe juzgarse con este telón de fondo.⁹⁴

En este periodo, el sistema capitalista occidental en su conjunto sufre una grave crisis de «rentabilidad», unida a una creciente inflación. El aumento de la competencia capitalista, los diversos mecanismos de rescate ideados por el FMI y otros organismos financieros internacionales, la expansión de las multinacionales, la formación de la CEE, todo ello se debe en parte a esta búsqueda mundial de mayores cuotas en el mercado mundial para compensar la disminución del alza de posguerra y la clásica tendencia incipiente a la caída de la tasa de beneficio. Gran Bretaña también llega tarde o con retraso a cada una de estas medidas compensatorias. Por consiguiente, se encuentra «a la cabeza de la crisis de rentabilidad».⁹⁵ No podemos entrar aquí en la importante discusión sobre las raíces estructurales más profundas de la crisis. Ciertamente, la «militancia salarial» se mantiene y tiene un éxito relativo durante un tiempo, aunque en términos reales se ve progresivamente erosionada por la inflación. Esto nos lleva directamente a las «soluciones políticas» que examinamos a continuación. La tasa de ganancia es, por supuesto, diferente, en un sentido clásico, de la masa de ganancias (esta última puede incrementarse incluso cuando la primera disminuye). Está relacionada, no con la «rentabilidad», sino con la composición cambiante del propio capital⁹⁶ y con el creciente papel económico del sector estatal.⁹⁷ Pero el aumento de la militancia salarial puede

⁹⁴ Por ejemplo, A. Glyn y B. Sutcliffe, *British Capitalism, Workers and the Profits Squeeze*, Harmondsworth, Penguin, 1972; D. Yaffe, «The Crisis of Profitability: A Critique of the Glyn-Sutcliffe Thesis», *New Left Review*, núm. 80, 1973; Mandel, *Late Capitalism...;* y P. Bullock y D. Yaffe, «Inflation, the Crisis and the Post War Boom», *Revolutionary Communist*, núm. 3/4, 1975.

⁹⁵ Yaffe, «The Crisis of Profitability...», p. 53.

⁹⁶ Ibídem.

⁹⁷ I. Gough, «State Expenditure in Advanced Capitalism», *New Left Review*, núm. 92, 1975; y Bullock y Yaffe, «Inflation, the Crisis and the Post War Boom...».

afectar a la parte de los beneficios, limitando la cantidad que la industria se siente capaz de destinar a la inversión y, por lo tanto, a la capacidad del capital para compensar una caída a largo plazo.

Sean cuales sean sus causas y consecuencias más profundas, no cabe duda de que el incremento de los salarios en las décadas de 1950 y 1960 es visto por el capital como un debilitamiento de la ya vulnerable base competitiva de la economía.⁹⁸ Esto se convierte en el símbolo ideológico más visible de Gran Bretaña como «sociedad estancada»: es la primera manifestación de la «crisis». En torno a este polo se organiza el disciplinamiento de la clase obrera: primero, por la «planificación capitalista»; luego, por la «política de rentas»; finalmente, por el control legal y reglamentario. En torno a este eje se monta toda la ofensiva contra la clase obrera organizada. A través de este «operador» se le pide cada vez más a la clase obrera que asuma los costes de la crisis. Este es el punto de apoyo en torno al cual gira la política del periodo.

En primer lugar, debemos esbozar los contornos de esta ofensiva, y las etapas a través de las cuales se agota gradualmente el *repertorio* de restricciones voluntarias. Beer ha argumentado que la gestión empresarial de la economía capitalista moderna «depende de que los gobiernos y los grupos de productores sean capaces de llegar a acuerdos y de que cada grupo pueda y quiera aplicar su parte del trato».⁹⁹ El acuerdo entre el capital, el trabajo y el Estado debe ser tal que garantice la supervivencia y la rentabilidad del capital a largo plazo, generando al mismo tiempo un crecimiento que permita a cada elemento obtener algo para su grupo. La parte del trabajo debe estar, no obstante, fundamentalmente en línea con la «productividad» global del capital y ser disciplinada por ella.¹⁰⁰ El Estado británico se adaptó finalmente a esta estrategia en el periodo de deflación severa de 1956-1957, uno de los periodos de «estancamiento» más formidables que haya experimentado la economía. La apurada deflación duró lo justo para asegurar las elecciones de 1959 a los tories. Después, el déficit de la balanza de pagos volvió a aparecer, los precios y los salarios comenzaron de nuevo su ascenso y se reintrodujo el *stop-go*. La conversión de Selwyn Lloyd a la «planificación capitalista indicativa» data de este periodo. Posteriormente confesó Dorfman (en una entrevista en 1969) que, además de desarrollar «el apoyo del TUC a una política de rentas permanente en el consejo de planificación», había un «valor educativo» para el TUC en estar constantemente expuesto a las «implicaciones más amplias de las acciones del

⁹⁸ Glyn y Sutcliffe, *British Capitalism, Workers and the Profit Squeeze...*

⁹⁹ S. H. Beer, *Modern British Politics: A Study of Parties and Pressure Groups*, Londres, Faber, 1965.

¹⁰⁰ G. A. Dorfman, *Wage Politics in Britain, 1945-1967: Government vs TUC*, Iowa State University Press, 1973.

gobierno». Y, lo que es más importante, creía que al TUC le resultaría más difícil desempeñar un papel intransigente mientras participaba en la toma de decisiones del consejo. Se había abierto la gran ofensiva «educativa» para incorporar a la clase obrera a través de su institución representativa más corporativa: el TUC.¹⁰¹

La «conversión a la planificación» no se inició de forma favorable. Comenzó, en cambio, con la crisis y la recesión de 1961. La pausa salarial se interrumpió antes de que terminara formalmente (sobre todo por la adjudicación del Electricity Council), pero cuando se anunció su final, surgió el National Economic Development Council (NEDDY), y el TUC aceptó unirse a él. NEDDY no fue un éxito rotundo. No se convirtió en la solución, sino en la víctima —se ha sugerido— y en el síntoma del «estancamiento pluralista». La segunda fase —bajo Harold Wilson— fue más decididamente intervencionista. También tuvo característicamente dos caras. El gobierno laborista descubrió un déficit de la balanza de pagos de 800 millones de libras y tomó la decisión fundamental de defender la libra esterlina sin devaluación, a toda costa. Esto hizo que el asunto de las negociaciones con los sindicatos fuera a la vez más convincente y más difícil: más palo (es decir, recesión) y menos zanahoria («crecimiento»). Los laboristas, sin embargo, tenían una importante fuerza de reserva, el factor que ha hecho de la socialdemocracia el partido «natural» del capital durante gran parte del periodo de posguerra. Esta fuerza era su larga alianza con los sindicatos. La «planificación» permaneció como un frente gubernamental (de hecho, el primer y último plan quinquenal se publicó en esta fase, aunque ahora pocos podrían recordar sus convincentes objetivos). Pero lo más importante fue la construcción *política* de una «política voluntaria de rentas a largo plazo» en la que participaran los sindicatos.

El «pacto de rentas a largo plazo» fue el último intento global, hasta el Social Contract de 1974, de ejercer y hacer cumplir la limitación de los salarios y de la clase obrera *por consentimiento*. En esta fase, se aprovecha todo para ganar a los sindicatos a la plena colaboración con el Estado en el disciplinamiento de la clase obrera. Fue un fracaso. Fue una estrategia acosada desde el principio por las contradicciones. Los laboristas estaban totalmente inmersos en la teología del parlamentarismo. Al identificar la defensa de la libra esterlina con la defensa de la nación, se asimilaron al objetivo del ala más retrógrada, pero más poderosa, del capital. Esto significaba ceder a las severas condiciones impuestas por los acreedores internacionales. La política de rentas era así, para el gobierno, una «larga parada» que permitiría al país salir de la crisis con la producción por delante de los salarios y con un acuerdo social permanente con el sindicalismo en

¹⁰¹ Ibídem, pp. 101-102.

el bolsillo, resolviendo así la crisis y asegurando su base política de una sola vez. Los sindicatos, aunque políticamente estuvieran muy alineados con esta perspectiva, ocupan una posición estructuralmente diferente: más «corporativa», en el sentido de Gramsci. Por mucho que estén inmersos en la maquinaria del Estado, si en cierta medida no resulta visible que defienden los intereses económicos corporativos de sus miembros, no tienen *razón de ser*. El TUC tenía, por eso, como prioridad la reanudación inmediata del crecimiento (y, por lo tanto, del empleo y los salarios); eso significaba conseguir que la inversión volviera a funcionar de inmediato. Temporalmente, las dos perspectivas contradictorias parecían estar reunidas en el mismo objetivo: una visión de expansión permanente construida sobre la base de la alianza laborista. De hecho, este acuerdo se firmó y se entregó formalmente en la *Joint Statement on Productivity, Prices and Incomes* [Declaración conjunta sobre productividad, precios y salarios].¹⁰² Pero esto tampoco fue posible. La crisis de la libra esterlina volvió en junio de 1965. En contra de la opinión del TUC, el gobierno introdujo un sistema obligatorio de alerta temprana sobre los salarios. En respuesta, un descontento George Woodcock ofreció al TUC que volviera «voluntariamente» a intentar una «revisión» de los salarios: «La última oportunidad», dijo, para demostrar que los sindicatos podían gestionarse a sí mismos, que eran los amos de su casa, y así «contrarrestar la legislación que de otro modo amenazaba».¹⁰³ Sin embargo, la «investigación» fue, en la práctica, un ejercicio vacío. Simplemente, por razones que examinaremos más adelante, el TUC no tenía poder para llevarla a cabo. La inflación salarial condujo directamente a la gigantesca crisis de la balanza de pagos de 1966, a la huelga de los portuarios y a un paquete deflacionario de inmensa gravedad. El TUC se encontraba ahora al borde del abismo. Se vio exprimido por todos lados como un limón. En una terrible situación, desplomándose con una aquiescencia disfrazada de ofrenda ante el altar del «interés nacional», el TUC reconoció que «los intereses tanto del sindicalismo como de la nación en su conjunto les obligaban a aceptar la propuesta del gobierno».¹⁰⁴ Aceptaron la paralización «a disgusto, en la creencia de que, en este momento, las necesidades de la nación deben prevalecer necesariamente sobre las demandas sectoriales».¹⁰⁵

Aún quedaba algo peor en la recámara: un estancamiento de los salarios, y por ende —la diferencia se le escapó a la mayoría de los asalariados— una «severa restricción»; una segunda crisis, unida a la devaluación; más deflación y una «norma cero» sobre los salarios. La congelación legal paralizó los

¹⁰² Firmado en diciembre de 1964.

¹⁰³ Citado en R. Hyman, *Strikes*, Londres, Fontana, 1972, p. 22.

¹⁰⁴ Ibídem, p. 121.

¹⁰⁵ Dorfman, *Wage Politics in Britain, 1945-1967...*, p. 140.

salarios; el desempleo creció. La norma cero duró hasta 1968. Cuando la congelación se levantó oficialmente, fue solamente por una subida del 3,5 %, que se permitió romper en solo unas pocas excepciones (de las cuales los bajos salarios y los acuerdos de productividad fueron, significativamente, los tipos principales). A lo largo de este periodo, el primer ministro señaló que «nuestra propia gente demostró una gran lealtad».¹⁰⁶ Sin embargo, en este clima económico de tipo ártico, el voluntarismo como estrategia empresarial se marchitó en la rama. Vino socavado, en primer lugar, por la propia crisis económica. En segundo lugar, la voluntarismo tenía un precio y el Estado no estuvo a la altura. Bajo el liderazgo de Woodcock, el TUC no expresó ninguna oposición de entrada a la absorción voluntaria por parte del Estado. A cambio, exigió una contrapartida empresarial por esta colaboración. Como dijo Hugh Clegg: «Los sindicatos solo podían dar al gobierno la paz industrial y la cooperación económica que este necesitaba a condición de que el gobierno permitiera a los sindicatos suficientes concesiones económicas para evitar que sus miembros se revolvieran demasiado».¹⁰⁷ El gobierno no estaba en condiciones de hacerlo. Pero, en tercer lugar, incluso si el Estado hubiera podido pagar su «precio», cabe dudar de que el acuerdo hubiera salido adelante. Porque el hecho es que, a lo largo de esta fase, la imposición de la disciplina sobre la clase obrera que requería el gobierno no estaba en manos del TUC. No fue el TUC ni los grandes liderazgos sindicales los que defendieron y promovieron los intereses de la clase obrera en este periodo. La dinámica real había pasado a otro nivel, uno sobre el que los sindicatos y el TUC ejercían relativamente poco poder o influencia. Lo que sostenía la «militancia salarial» no eran «los sindicatos», sino la infernal coalición entre la pura cabezonería de las bases y la «irresponsabilidad» de los delegados sindicales. Fue esta dialéctica —este materialismo oculto— la que socavó el «voluntarismo». Cuando el Estado no consiguió ganar al TUC para su ofensiva, adoptó un método más quirúrgico, directamente sobre el origen del cáncer. Desde mediados de la década de 1950 hasta finales de la década de 1960, el Departamento de Empleo calculó que el 95 % de las huelgas registradas eran «no oficiales». La cuestión de la «huelga no oficial», como observan Lane y Roberts, se elevó durante el periodo de gobierno laborista a la categoría de problema crítico, estrechamente vinculada con «la opinión de que la industria británica era especialmente propensa» a los problemas de indisciplina laboral, la «enfermedad británica». Esta interpretación «quedó firmemente arraigada en la conciencia popular».¹⁰⁸ El hecho más importante del periodo fue el desplazamiento masivo del lugar del conflicto de clase en la industria, que

¹⁰⁶ H. Wilson, *The Labour Government, 1964-70*, Harmondsworth, Penguin, 1974, p. 591.

¹⁰⁷ H. A. Clegg y R. Adams, *The Employers' Challenge: A Study of the National Shipbuilding and Engineering Disputes of 1957*, Oxford University Press, 1957, p. 20.

¹⁰⁸ T. Lane y K. Roberts, *Strike at Pilkington's*, Londres, Fontana, 1971.

pasó de las disputas entre la dirección y el sindicato a las disputas entre la dirección y la plantilla, y la inclinación de la balanza de la mesa de negociación entre el sindicato y la dirección a la militancia de base, impulsada por la organización de la plantilla, el crecimiento de una «conciencia de fábrica» y los delegados sindicales.

La causa inmediata de este cambio en la organización social de la militancia obrera no es difícil de encontrar:

Con la reactivación del comercio nacional e internacional después de 1945 y la disposición del Estado a regular la economía, los sindicatos se dividieron prácticamente en dos partes. A nivel nacional, los líderes sindicales se convirtieron en una parte establecida del proceso político: las estrategias económicas del gobierno requerían la cooperación de los sindicatos. Así pues, los líderes sindicales fueron cooptados individualmente como «consultores» y colectivamente como participantes en la maquinaria auxiliar del gobierno. A nivel local, los trabajadores descubrieron que su fuerza residía en la fábrica. Las secciones sindicales, los comités de distrito y los delegados sindicales jugaban en el mercado con todo el vigor de los empresarios del siglo XIX. Así, mientras los dirigentes intentaban ayudar a los gobiernos a introducir un capitalismo ordenado, las bases seguían las políticas tradicionales del *laissez-faire*, aprovechando el mercado para todo.¹⁰⁹

La política de «cooptación», llevada a cabo con tanta energía y coherencia bajo el régimen laborista, tuvo así consecuencias profundas, si bien no intencionadas. Lejos de seguir a sus líderes a los brazos del Estado o —como predecían algunas variantes de la «tesis de los trabajadores ricos»— desaparecer simplemente de la faz de la tierra y fundirse en las clases medias, los trabajadores industriales de base encontraron otro punto de antagonismo frente a la estructura de la gestión capitalista, creando alrededor de ella una organización defensiva formidable, flexible y militante. En el trabajo de las fábricas a gran escala, las condiciones locales podían ser explotadas y las ventajas locales aprovechadas al máximo, especialmente en la ingeniería, donde, como resultado de la compleja división del trabajo, un paro de diez hombres en una sección podía hacer que toda la línea de montaje se detuviera. Esta vulnerabilidad de la industria a gran escala aumentó en condiciones de pleno o casi pleno empleo con escasez de mano de obra cualificada. Sin duda, también debía algo a la ideología de la «prosperidad», que los medios de comunicación y los partidos políticos habían propagado de forma persistente y eficaz.

¹⁰⁹ T. Lane, *The Union Makes Us Strong*, Londres, Arrow, 1974, p. 155.

La estructura oficial de la negociación colectiva implicaba la celebración de negociaciones periódicas e institucionalizadas a nivel nacional entre «el sindicato o los sindicatos interesados y la federación o asociación de empresarios correspondiente. Los acuerdos nacionales resultantes especifican las tarifas salariales, las horas de trabajo y otras condiciones de empleo para el sector. En teoría, este proceso de negociación nacional determina todos los aspectos importantes de la relación laboral». Sin embargo, en realidad, «los acuerdos nacionales son menos importantes, ya que establecen una norma mínima para los salarios y sobre las condiciones laborales; para conseguir condiciones aceptables, el trabajador depende principalmente de la organización en el taller».¹¹⁰ En el centro de este proceso de negociación y *aplicación* de los detalles cotidianos de los convenios nacionales estaban los delegados sindicales y la organización local de los trabajadores. El poder de este nivel de organización dependía directamente de la voluntad de los trabajadores de base de respaldar a los delegados mediante un paro repentino y sin previo aviso, cuanto más rápido y menos esperado, mejor. Así pues, la legitimidad de los delegados no se derivaba de la estructura sindical, de la que, en el sentido formal, en las primeras etapas eran, en el mejor de los casos, una parte residual y marginal, sino de la inmediatez y la cercanía del delegado a las «experiencias y quejas en el punto de producción».

A medida que la huelga salvaje «no oficial» fue predominando sobre la estructura oficial de las negociaciones entre sindicatos y patronal como forma paradigmática del conflicto de clase industrial, el modelo de conflicto de clase en ciertos sectores industriales clave llegó a pivotar en torno a dos grandes cuestiones, ambas surgidas, por así decir, en la brecha entre los sistemas de control «formal» e «informal». La primera se situó en la línea de la «*aplicación y las condiciones*»: ¿cómo y en qué condiciones precisas debían hacerse operativos los convenios nacionales en una u otra parte de la fábrica en un momento determinado? Detrás de esta «frontera de negociación local» había una cuestión más amplia que puso en juego este traslado de la centralidad del poder al taller en el marco de la lucha de clases: la cuestión del poder de los trabajadores para definir directamente, mantener a raya y, si era posible, interrumpir o hacer retroceder el ejercicio del «poder y la prerrogativa de la dirección» sobre el propio proceso laboral. En su forma más dinámica, pero inmediata y localizada, se trataba ni más ni menos que de la cuestión crítica del *control sobre la producción y la tasa de explotación del trabajo*.¹¹¹ Los convenios salariales establecían criterios y niveles mínimos. Superaron la división del trabajo real, en un intento de orquestarla. En realidad, cada puesto de trabajo o cada parte

¹¹⁰ Hyman, *Strikes...*, p. 144.

¹¹¹ Véase el excelente estudio de H. Beynon, *Working for Ford*, Harmondsworth, Penguin, 1973.

del trabajo, dividido como estaba, de forma diferente en cada fábrica, entre secciones y plantas de componentes y talleres auxiliares, tenía una tarifa salarial negociable taller por taller, trabajo a destajo por trabajo a destajo; y la tarifa dependía, no de lo que se había escrito y firmado a nivel nacional, sino del «poder de intervención» que podía organizarse en la planta. Por supuesto, algunos sectores de la industria eran más vulnerables que otros a la explotación de esta brecha «formal / informal». Los trabajadores de cuello blanco de las industrias de servicios públicos y los trabajadores manuales de las empresas de servicios públicos, por ejemplo, no pudieron desarrollar una «frontera de control» tan fuerte y, por lo tanto, sus salarios quedaron por detrás de los sectores líderes de la industria manufacturera y de la ingeniería. El punto en el que se demostró el éxito relativo de la estrategia de los talleres —y el hecho que más llegó a simbolizar tanto la erosión de la disciplina sindical sobre sus trabajadores como la fuga de capital y beneficios— fue el fenómeno del «desvío salarial».

El «desvío salarial» es la diferencia entre los ingresos (excluyendo las horas extras) en una planta o taller concreto y las tarifas salariales acordadas a través de las negociaciones salariales oficiales y los convenios colectivos. Representa, por lo tanto, el grado en que el poder y la organización de la clase obrera localizada ha logrado erosionar los acuerdos institucionales sobre salarios y condiciones de trabajo alcanzados a nivel nacional. El «gráfico» del desvío salarial en este periodo es revelador. Después de 1958, los ingresos semanales medios reales no solo son sistemáticamente más altos que las tarifas acordadas oficialmente para los trabajadores manuales, sino que la diferencia entre ambos se amplía significativamente a favor de los trabajadores, hasta la imposición de la congelación. Esta cifra demuestra, por sí sola, no solo el fracaso de toda la estrategia de la política de rentas, sino su principal causa y origen: «Cuanto más insistentemente se centró el gobierno laborista en la política de rentas como medida correctiva inmediata, más perjudicó la política de rentas a la capacidad del TUC para aplicarla de forma eficaz en cualquier contexto».¹¹²

Así, poco a poco —desconcertados, al principio, por sus propios mitos de aburguesamiento y apatía, luego víctimas de sus propias ilusiones de «una nación» y de la incesante ideología de la «moderación»—, paso a paso, las fracciones de la clase dominante se enfrentaron a la cabezonería, al «materialismo oculto», de la clase obrera británica. No había aquí, ciertamente, ninguna estrategia global, ninguna trayectoria contrahegemónica, poca dirección estratégica, ninguna filosofía para fundar un «nuevo orden» o para ejercer el poder proletario. Sin liderazgo, sin estrategia ni perspectiva política a largo plazo, sin órganos de influencia

¹¹² Dorfman, *Wage Politics in Britain, 1945-1967...*, pp. 133-134.

en el mercado de la opinión, con pocas alianzas con intelectuales orgánicos para dar forma teórica a su práctica material, esta clase no disponía de más armas que las tradicionales de la resistencia para combatir la reestructuración del capitalismo. Sus dirigentes entran y salen de conferencias llenas de humo con los empresarios en el 10 de Downing Street; el propio «partido del trabajo», casi hundido sin dejar rastro bajo el peso de los tópicos santurrones y del doble discurso wilsoniano; el marxismo es aún un juguete lejano de la nueva *intelligentsia* radical; una clase, en resumen, que se ha replegado a esos impulsos subterráneos de reserva anarcosindicalista que, en los malos tiempos, parecen servir de último baluarte de la clase obrera británica contra las fuerzas que están dispuestas a acabar con ella. Esta es la clase obrera que, escarbando a lo largo de la década de 1960, sale a la superficie para tomar aire en 1970, vislumbra a Heath y su banda de esperanza, con la mirada de «prosperidad» en sus ojos mirando al horizonte lejano, armado con toda la majestad de la ley, y que decide, si es necesario, enfrentarse a él.

Fue el ascenso y descenso de las mareas del voluntarismo —el cuadro febril, por así decir, de la «enfermedad británica»— lo que ocupó las primeras páginas de la atención pública en la década de 1960. Pero, a medida que los apoyos a una tregua salarial voluntaria fueron derribados, uno tras otro, las estrategias alternativas de la disciplina de clase, más sutiles, llegaron a proporcionar la esencia de la respuesta socialdemócrata a la crisis. Podemos dividirlas, a grandes rasgos, en dos tipos. En primer lugar, estaban las estrategias de contención en el propio proceso laboral: acuerdos de productividad, sistemas de trabajo por días medidos, controles estrictos sobre las tarifas y los acuerdos salariales, junto con un ataque táctico, en ciertos sectores clave (la industria del motor, por ejemplo), sobre las tropas políticas de primera línea: los delegados. En segundo lugar, hubo estrategias de racionalización y control a nivel macroeconómico: la promoción de fusiones, adquisiciones y quiebras «planificadas»; la redistribución y la reconversión de la mano de obra; la invitación abierta al capital extranjero —especialmente estadounidense— para que entrara e instalara un régimen de gestión y financiación más duro, para el que la mayoría de los directivos británicos aún no tenían estómago; la búsqueda de inversiones y mercados extranjeros.

El principal acuerdo de productividad —el acuerdo de Esso Fawley— se firmó en 1960; pero los años comprendidos entre 1967 y 1970 fueron testigos de lo que se ha descrito como una «avalancha de acuerdos de productividad», que a mediados de 1968 llegó a ser de hasta 200 al mes. El objetivo del acuerdo de productividad, en el contexto del declive de la posición productiva y comercial de Gran Bretaña, era fundamentalmente reducir los costes unitarios, ya fuera haciendo un uso más intensivo de la

mano de obra (es decir, intensificando la tasa de explotación) o cooptándola, a través de los sindicatos, a fin de que colaborara en la sustitución pacífica de los hombres por las máquinas (la descomposición de la mano de obra). Este fue el principal instrumento de la recomposición desde arriba de la clase obrera y del proceso de trabajo. Pero los acuerdos de productividad también se dirigían al «desvío» de los niveles salariales reales por encima de las normas nacionales negociadas. En este caso, el acuerdo de productividad tenía por objeto vincular firmemente los salarios a la productividad y en relación fija con ella: si no hay aumento de la producción, no hay aumento de los salarios. Esta era la punta de lanza política de la estrategia. Una de las formas clave a través de las cuales se ejerció esta disciplina fue el intento de sustituir el trabajo a destajo por tarifas y salarios fijos (reduciendo así el espacio para la negociación planta por planta y recortando la deriva salarial), una medida que, a su vez, implicaba el uso generalizado de procedimientos de trabajo por días medidos. Estos procedimientos implicaban una evaluación estricta del trabajo, clasificar, calificar y cronometrar, así como la imposición de un estricto «estándar de producción» para cada parte del proceso productivo. Era un avatar más de aquellas técnicas de «gestión científica» que habían encabezado la reestructuración del capital y del proceso laboral en los primeros años de la transición al capital monopolista.¹¹³ Su contenido político, sin embargo, no pasó desapercibido en su momento. El decano de las relaciones industriales y veterano militante fabiano, Alan Flanders, lo dijo claramente: «La característica común y distintiva de todos los grandes acuerdos de productividad es que son intentos de reforzar el control de los directivos sobre los salarios y el trabajo a través de la regulación conjunta».¹¹⁴

En el otro extremo de la escala, se tomaron medidas decisivas para reconstruir la forma de la industria británica en un molde más racional y corporativo. Los apóstoles de las soluciones estatistas y los genios tecnócratas, como Wedgwood Benn (nada menos) en el ministerio de Tecnología, y Charles Villiers en la Industrial Reorganisation Corporation, presidieron una oleada masiva de fusiones inducidas, adquisiciones y liquidaciones, diseñada —en la férrea filosofía de la IRC— para «crear gigantes industriales». Esta estrategia de monopolización apoyada por el Estado consistía en empujar o inducir a las empresas capitalistas competitivas a una gran concentración de activos, promoviendo una racionalización y un adelgazamiento de las principales unidades productivas de cada sector hasta su forma totalmente oligopólica. El objetivo era reducir los costes de producción, reorganizar y racionalizar la mano de obra, proteger las tasas

¹¹³ Véase H. Braverman, *Labor and Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1975.

¹¹⁴ Citado en T. Cliff, *The Employers' Offensive*, Londres, Pluto Press, 1970, p. 140.

de ganancia y reforzar la confianza de la élite industrial en el feroz clima competitivo internacional de la era de las multinacionales y de «Europa». Su consecuencia fue la descualificación de importantes sectores de la clase obrera, así como su recomposición parcial. En el primer semestre de 1968, el auge de las adquisiciones y fusiones fue superior (1.750 millones de libras) al total de todas las ofertas y fusiones realizadas en 1967, año del gran despegue de las fusiones.

No era suficiente. Nada era suficiente. Había que agarrar con la mano la ortiga de las demandas de clase. «El precio de garantizar una política de rentas en Gran Bretaña», predijo claramente el órgano más persuasivo de la empresa moderna, *The Economist*, ya en junio de 1963, «será la voluntad de enfrentarse a las huelgas».¹¹⁵ «Paradójicamente», ese mismo año el principal comentarista económico, Sam Brittan, predijo con optimismo: «Uno de los argumentos más fuertes a favor de un gobierno laborista es que, bajo las capas de terciopelo, podría estar más preparado para enfrentarse a los sindicatos». Esta arma de restricción forzosa —la última en el repertorio laborista— se retrasó infinitamente; y uno de los principales mecanismos de retraso fue el nombramiento de la Royal Commission on Trade Unions and Employers' Associations: la Comisión Donovan. Donovan tardó tres largos años en presentar su informe pero, finalmente, en 1968, salió a la luz. En él se calificaba de forma clara e inequívoca a la huelga no oficial y a los delegados sindicales como los dos demonios de la crisis británica. Sin embargo, Donovan se mantuvo firme. Sus consignas fueron orden, regulación y disciplina: la integración de lo que él llamaba el «poder inflado de los grupos de trabajo y de los delegados sindicales» en lo que Cliff describió acertadamente como un «consenso de planta».¹¹⁶ Donovan propuso incorporar el papel de los delegados sindicales a la estructura formal de la dirección y soldar así el poder de la planta y el de la línea en una sola estructura. Era una estrategia de incorporación intensificada. La huelga no oficial quedó excluida de la protección de la ley y expuesta a los caprichos de los empresarios en los tribunales; pero, a última hora, no se propuso ninguna sanción legal como tal contra las «combinaciones temporales» no oficiales de trabajadores. El epitafio final sobre Donovan fue pronunciado por ese incondicional ministro de Trabajo laborista y excéntrico acuñador de lemas bíblicos, Ray Gunter: «Demasiado poco», dijo, «demasiado voluntario, demasiado tarde».

A los siete meses del informe Donovan, los conservadores habían publicado su manifiesto sobre la reforma de las relaciones laborales, *Fair Deal At Work* [Un acuerdo justo en el trabajo], y el gobierno había respondido con

¹¹⁵ *The Economist*, 5 de junio de 1965.

¹¹⁶ Cliff, *The Employers' Offensive...*, p. 126.

su malogrado paquete, el fiasco Wilson-Castle, *In Place of Strife* [En lugar de conflicto]. Con este último documento, la socialdemocracia, agotada su retórica de la contención, del esfuerzo productivo y de la fibra moral, recurrió vacilantemente a la «disuasión final» de la obligatoriedad. *In Place of Strife* era un documento confuso y vago con un núcleo conceptual pequeño pero extremadamente peligroso y dañino. Desgraciadamente para sus promotores y defensores, la dirección reconoció enseguida este núcleo implícito y se precipitó en un esfuerzo por hacer cruzar al gobierno la línea de una postura disciplinaria explícitamente antisindical. Esto expuso la lógica interna del documento y destrozó su cáscara socialdemócrata. El paquete Wilson-Castle fue abandonado en favor de un voluntarismo de papel en el que ni el gobierno, ni el TUC, ni el electorado tenían mucha fe. Aunque el desenlace electoral se pospuso casi un año más, el interregno de 1964 llegó realmente a su fin, y con él —temporalmente— la versión laborista de un consenso gestionado.

El enfrentamiento que de hecho marcó su desaparición fue clásico. Involucró a la agresiva dirección de la Ford, de estilo estadounidense, que había sido pionera en la cruzada de la dirección contra el poder de los sindicatos durante la década, así como a las tropas de primera línea más disciplinadas y militantes de este periodo: los delegados sindicales de Dagenham y Halewood. En pocas palabras, la dirección de Ford propuso, con el apoyo del Joint Negotiating Committee de los sindicatos de Ford, un paquete de medidas basado en el Libro Blanco de Barbara Castle, que combinaba aumentos salariales a largo plazo y un plan para compensar la pérdida de ingresos por despidos, además de mayores beneficios en las vacaciones, siempre que no se produjera una «acción constitucional». La planta de Halewood se declaró en huelga. Aunque el Joint Committee reafirmó su postura, los grandes sindicatos —la AEF y el TGW— declararon la huelga oficial. Con los sindicatos apoyando a los delegados contra el paquete de medidas y la línea de producción detenida, todo parecía preparado para la victoria. Entonces, fiel a su inspiración en *In Place of Strife*, la dirección de Ford interpuso una orden judicial contra los sindicatos. Cuando los autos llegaron finalmente al Tribunal Superior, se oyó al juez Lane decir que «suspiro, y suspiro solo porque todo el asunto no es una simple cuestión de derecho. Se complica por lo que hará inevitablemente la gente con independencia de lo que la ley diga que es una amenaza. El asunto está teñido por la relación entre la patronal y la mano de obra».¹¹⁷ Sin embargo, *The Times*, que había instado desde el principio a que el asunto se resolviera de forma sangrienta, aconsejó al gobierno: «Es la hora de la verdad [...] Si el gobierno necesita convencerse de la urgencia de hacer que los sindicatos cumplan los acuerdos y mantengan a sus

¹¹⁷ Citado en P. Jenkins, *Battle of Downing Street*, Londres, Charles Knight, 1970, p. 58.

miembros bajo control, ahora es el momento».¹¹⁸ Pero ni el gobierno ni los tribunales lo hicieron. El 20 de marzo se alcanzó un compromiso para salvar la cara, y los hombres volvieron al trabajo.

La huelga de la Ford puso, sin embargo, de manifiesto una dura opción: o bien el Estado intervenía, claramente y sin ambigüedades, si era necesario con el apoyo y la majestuosidad de alguna parte del aparato legal específicamente rediseñado para ello, para hacer valer la «voluntad nacional» frente a la conciencia de clase sectorial y el materialismo militante; o bien el poder defensivo de los trabajadores, especialmente cuando estaban apoyados por un liderazgo oficial, resultaba imparable. La huelga de la Ford constituyó un puente entre las huelgas «no oficiales» características de la década de 1960 y la nueva ola de huelgas «oficiales», que se convertirían en una característica de la era Heath posterior a 1970. Ante todo, presagió el intento del Estado de poner la ley directamente al servicio de la gestión de la lucha de clases, una estrategia que precipitó uno de los períodos más amargos de confrontación de clases que se recuerdan. Marcó «la *línea divisoria* entre las décadas de 1960 y de 1970».¹¹⁹

Sin embargo era Heath, y no Wilson, quien estaba destinado a presidir la transición. En el verano siguiente al acuerdo con Ford, el primer ministro inició su «larga retirada». En junio, el congreso extraordinario del TUC en Croydon apoyó el *Programme for Action* contra el programa gubernamental *In Place of Strife*. Wilson informó de un «progreso positivo» en sus conversaciones con el TUC. Solo quedaba un problema: «La huelga inconstitucional en la que tal vez un puñado de matones puede arruinar un sector vital de nuestro comercio de exportación». A cinco minutos de la medianoche, un acuerdo «solemne y vinculante» sustituyó a la amenaza de coacción. El abandono de este último intento de enfrentamiento con la militancia industrial fue seguido de una avalancha de reivindicaciones salariales, especialmente en las industrias del sector público que hasta entonces no habían estado en la vanguardia de la lucha salarial, brotando a través de la brecha que los sectores más militantes habían abierto: el fenómeno que se conoció como «la revuelta de los peor pagados» (profesores, funcionarios, basureros, trabajadores auxiliares de los hospitales), una respuesta a la rápida inflación de los precios, al aumento del desempleo y a un periodo de crecimiento cero, un ensayo de la «explosión de la huelga» que seguiría en 1970. La visión endureció el corazón de Heath, que se preparó con sus colegas para la travesía del desierto, para un periodo de confrontación abierta con la clase obrera. Su epitafio en *In Place of Strife* llevaba toda la promesa de esta lucha más fuerte y dura que se avecinaba: «El poder», observó, «reside en otra parte».

¹¹⁸ Citado en Beynon, *Working for Ford...*

¹¹⁹ Ibídem, p. 243.

IX

LA SOCIEDAD DEL ORDEN: HACIA EL «ESTADO DE EXCEPCIÓN»

1970: el hombre de Selsdon. El nacimiento de la sociedad de la ley y el orden

En cuanto el grupo social dominante ha agotado su función, el bloque ideológico tiende a desmoronarse; entonces la «espontaneidad» puede ser sustituida por la «coacción» en formas cada vez menos disimuladas e indirectas, culminando en medidas policiales directas y golpes de Estado.

Gramsci¹

La crisis es permanente. El gobierno es provisional.

Marx²

El 4 de enero de 1970, *The Sunday Times* señalaba: «Entre los incipientes guetos de Gran Bretaña, Handsworth, en Birmingham, presenta los síntomas clásicos: viviendas precarias, un sistema educativo en dificultades, hogares que luchan por llegar a fin de mes y pocos servicios sociales. Además, cuenta con los habituales buscavidas, prostitutas y maricas. La segunda generación de negros empieza a mostrar resistencia a toda autoridad». Este esbozo profético se basó en el informe de Gus John al Runnymede Trust, que posteriormente constituiría la base de su libro *Because They're Black*, escrito con Derek Humphry.³ El artículo se titulaba —señalando el ya necesario vínculo— «¿Debe venir Harlem a Birmingham?». En menos de dos semanas, Powell se encargó de responder, por así decir, a la pregunta. Desafiando a la dirección del Partido Tory, a fin de que sacara a la luz la cuestión racial «sin evasivas ni excusas», Powell advirtió que «por sus propios pecados de omisión», Gran Bretaña estaba «amenazada por un problema que, al ritmo actual, será de magnitud similar al de Estados Unidos a finales de siglo». Powell añadió que, salvo en el marco de una

¹ A. Gramsci, «Notes on Italian History» en *Selections from the Prison Notebooks...*, p. 61.

² K. Marx, «The Crisis in England and the British Constitution» en *On Britain...*, p. 424.

³ D. Humphry y G. John, *Because They're Black*, Harmondsworth, Penguin, 1971.

enérgica campaña de repatriación, las medidas de ayuda especial a las zonas con gran número de inmigrantes serían «positivamente perjudiciales en su efecto neto». Se refirió a su profecía, 20 meses antes, del derramamiento racial de sangre que se avecinaba. No hizo nuevas predicciones. En su lugar, citó a un abogado de Leeds, a un subsecretario del ministerio del Interior y al Boletín del Manchester Community Relations Council (Consejo de Relaciones Comunitarias de Manchester) para demostrar que otros portavoces responsables compartían su opinión de que «la violencia racial podría estallar en cualquier lugar de Gran Bretaña».⁴ Una semana antes, más o menos, se había iniciado la ofensiva de primavera contra la gira de los Springboks sudafricanos. El diputado progresista David Steel, que había ayudado a organizar una manifestación pacífica, se encontró de repente con «un pequeño grupo de unas 40 personas que coreaban y agitaban pancartas», que «tomaron posiciones frente a los torniquetes [...] y procedieron a lanzar improperios bastante virulentos tanto a los espectadores como a la línea de cuatro policías estacionados». Cuando preguntó a uno de los miembros del grupo quién estaba al mando, recibió la respuesta: «Nadie está al mando [de nosotros]». «Los procesos irracionales», observó Steel, «producen reacciones irrationales».⁵

En este clima cada vez más crispado, el gabinete tory en la sombra se reunió en cónclave secreto en Selsdon Park.⁶ El estado de ánimo y el espíritu con el que se llevó a cabo esta preparación para el poder y los vigorosos temas de cruzada preelectoral que surgieron de sus deliberaciones eran inequívocos. El correspondiente de *The Sunday Times*, Ronald Butt, tituló la plataforma emergente «Amable publicidad de la ley y el orden».⁷ Aquí, las comparaciones con EEUU —esta vez con la campaña de Nixon-Agnew— ya no eran indirectas e implícitas. El tema de la ley y el orden «permite al partido asegurar la mayoría silenciosa que comparte su preocupación». El concepto clave fue ampliamente desplegado. Se refería a la «interferencia en la libertad de las personas que se dedican a sus actividades ordinarias por parte de las minorías que se manifiestan». Se propagaron rumores —lo que pronto se convertiría en una práctica real escandalosa y generalizada— sobre el recurso a los cargos de conspiración, el endurecimiento de la ley de allanamiento y la capacidad de la magistratura. Butt relacionó directamente las manifestaciones con el «vandalismo y el aumento del crimen organizado». El hombre de Selsdon tenía, en cualquier

⁴ Carta del Manchester C.R.C. en *The Sunday Times*, 18 de enero de 1970.

⁵ *The Guardian*, 7 de febrero de 1970.

⁶ Selsdon Park es un exclusivo hotel de lujo ubicado en una mansión de campo victoriana en la localidad de Selsdon, cerca de Londres. A partir del encuentro de 1970, se estableció en 1973 el llamado Selsdon Group, un grupo de presión en favor políticas de libre mercado y con una línea ideológica marcada por el libertarismo capitalista, que continúa activa hasta día de hoy. [N. de E.]

⁷ *The Sunday Times*, 8 de febrero de 1970.

caso, otra cara igualmente importante. Era la cara orientada hacia la política industrial y económica, para la que se proponían medidas abrasivas, ligadas a una estricta disciplina del mecanismo de mercado, con el fin de recuperar y reorganizar la industria británica; medidas unidas, por supuesto, a la promesa de una acción dura para frenar el poder de los sindicatos y para acabar con la huelga no oficial. Impulsado por una ola de entusiasmo popular y populista, el gabinete en la sombra se dirigió al electorado y abordó los pueblos y ciudades de Gran Bretaña con su tormenta preelectoral.

El impacto de la cuestión de la ley y el orden resultó inmediato. Es cierto que, como señaló *The Guardian*, «la ley y el orden» de Heath no era exactamente la del presidente Nixon: «El derecho de los ciudadanos a caminar por sus propias calles, libres del miedo a los atracos, robos o violaciones». Es cierto que la versión de Selsdon apuntaba a un nebuloso paquete de miedos y estereotipos populares, lo que *The Guardian* denominó «un galimatías de distintos temas: disturbios estudiantiles, manifestaciones políticas, la sociedad permisiva, el pelo largo, el pelo corto y quizás, con el tiempo, también la media melena».⁸ Es cierto que «introducir cargos de conspiración para los manifestantes, como algunos han sugerido, sería un vergonzoso abuso de la ley [...]. La tolerancia circula en dos direcciones». Pero los temas relativos a la ley y el orden, orquestados al alimón, en la tenue penumbra moral de Selsdon Park, no estaban destinados a la comodidad de los lectores indudablemente progresistas, indudablemente minoritarios, de *The Guardian*. No había ninguna mayoría silenciosa que ganar allí. *The Sunday Express* pensó, en cambio, que la cuestión era lo suficientemente potente como para dar, al cónclave de Selsdon Park, un título en primera plana el domingo siguiente: «LA DEMO SE APAGA SI LOS TORIES REGRESAN».⁹ La cruzada estaba cobrando impulso en el país. Lord Hailsham, para quien Selsdon Park había sido una inyección de energía moral, relacionó la interrupción de los procedimientos del Tribunal Supremo por parte de «un grupo de jóvenes gamberros», la muerte a golpes de Michael de Gruchy por «un grupo de jóvenes», el aumento de la proporción de delitos en los que se utilizaban armas de fuego y el hecho de que «una parte cada vez mayor de la vida de cada policía consiste en agresiones, insultos y provocaciones que le lanzan cada noche gamberros desde las esquinas» con la cuestión de la ley y el orden. Esta abigarrada obra se titulaba «La amenaza de los salvajes». Estos temores, aseguraba a su público, no solo los sufrían «mujeres imaginarias con sombreros de flores y dientes prominentes». La delincuencia organizada y la violencia, sugirió, «no pueden separarse de la deshonestidad privada o de la manifestación pública en desafío a la ley». Geoff Hammond, condenado a cadena perpetua por «golpear maricas»; Peter Hain, que apoyaba hacer agujeros en los campos de cricket;

⁸ *The Guardian*, 7 de febrero de 1970.

⁹ *The Sunday Express*, 1 de febrero de 1970.

«la Welsh Language Society (Sociedad de la Lengua Galesa) y todos aquellos que están dispuestos a poner sus propias opiniones [...] por encima de la ley [...] socavan todo el tejido de la sociedad, desafiando el propio sistema de leyes del que todos nosotros dependemos al final».¹⁰ La construcción de pesadillas había comenzado en serio. Esa semana, el futuro Lord Canciller atacó salvajemente a los laboristas por «presidir con complacencia» la mayor ola de criminalidad del siglo. Invitó al ministro del Interior a declarar que «no pondría en libertad condicional a los asesinos deliberados ni a los agresores de policías, guardias, testigos inocentes y transeúntes». «La sociedad permisiva y sin ley», añadió, creando una nueva y conveniente relación, «es un subproducto del socialismo».¹¹ «Estas cuestiones de la ley y el orden», dijo Heath a su audiencia de *Panorama*, «son de inmensa preocupación para [...] casi todos los hombres y mujeres de este país».¹² O pronto lo serían, con la ayuda de sus amigos. Lord Hailsham añadió: «La cuestión es la seguridad del ciudadano que está en su casa, con su esposa e hijos, que va por la calle, que asiste a sus lugares de diversión [...] que intenta acumular propiedades para su familia y para su vejez libre de fraudes, que trabaja, juega y vota».¹³

En esta atmósfera, que los comentaristas más comedidos solo podían describir como una histeria pública creciente, a menudo cuidadosamente organizada, los estudiantes de la Universidad de Warwick ocuparon los edificios de la administración y empezaron a consultar los archivos personales y políticos que esta «comunidad de eruditos» había estado guardando sobre ellos mismos. Un grupo de estudiantes de Cambridge interrumpió ruidosamente una cena privada que se estaba celebrando para festejar el éxito de los coroneles griegos en el Hotel Garden House. Esta renovación de la protesta estudiantil movió a Heath a contribuir con uno o dos ladrillos más a la construcción de la cruzada populista. En su discurso recorrió todo el terreno de la autoridad (sindicatos, universidades, gobierno) frente al desorden (huelgas, sentadas) en un poderoso acoplamiento de las dos grandes temáticas del hombre de Selsdon: «Las grandes fábricas, los ferrocarriles, los aeropuertos se paralizan por la huelga. [...] Las grandes sedes de la enseñanza [...] son perturbadas por estudiantes rebeldes». Sin embargo, los dos se inclinaban por una conclusión política, en realidad, electoral: «Nosotros [es decir, los conservadores] no vamos a convertirnos en una nación de pusilánimes».¹⁴ Era una amenaza que pretendía cumplir.

¹⁰ *The Sunday Express*, 8 de febrero de 1970.

¹¹ *The Sunday Express*, 22 de febrero de 1970.

¹² Citado en *The Sunday Times*, 8 de febrero de 1970.

¹³ Lord Hailsham, citado en *The Guardian*, 12 de febrero de 1970.

¹⁴ *The Sunday Express*, 8 de marzo de 1970.

A principios de año, Powell reapareció como otro de los significantes clave de la crisis. En abril calificó al profesorado, en huelga por aumentos de sueldo, de «salteadores de caminos» que «amenazaban el tejido de la ley y el orden».¹⁵ Una semana antes de las elecciones, en Northfield, Birmingham, advirtió sobre el «enemigo interior invisible», los estudiantes que «destruyen» las universidades y «aterrorizan» las ciudades, «derribando» gobiernos; del poder de la «forma moderna» de muchedumbre —la manifestación— que hace «temblar» a los gobiernos; del éxito del «desorden, fomentado deliberadamente para su propio provecho» en la casi destrucción del gobierno civil en Irlanda del Norte; y de la acumulación de «material combustible» de «otro tipo» (es decir, racial) en este país, «con una intención deliberada en algunos sectores». Denunció la capitulación del gobierno ante la campaña antiapartheid contra la gira de cricket sudafricana: «Puede haber sido una feliz casualidad que este particular triunfo del desorden organizado y el lavado de cerebro anarquista coincidiera con el comienzo de la campaña para las elecciones generales. Para muchas personas esto ha alzado el velo; por primera vez ha podido atisbar al enemigo y su poder».¹⁶ Esa misma semana, en Wolverhampton, había insinuado que las cifras de inmigración habían sido subestimadas de forma tan sistemática que «uno empieza a preguntarse si el ministerio de Asuntos Exteriores es el único departamento de Estado en el que se infiltran los enemigos de este país». No es necesario reiterar aquí cómo se estaban tramando temas discordantes, cómo los motivos del desorden organizado y de un «enemigo interior», con su ambigua insinuación de subversión y traición, estaban sirviendo para elevar la némesis de la anarquía al nivel del propio Estado. Sin embargo, es importante observar cómo la cuestión racial se ha tematizado a un nivel superior en el nuevo escenario de Powell. El problema, afirmó en Northfield, había sido deliberadamente «mal llamado raza». La raza se estaba utilizando para desconcertar y confundir a la gente. El verdadero objetivo era la gran conspiración progresista, dentro del gobierno y de los medios de comunicación, que tenía secuestrada a la gente corriente, haciéndola temer que dijera la verdad por miedo a que la llamaran «racista», y «literalmente le hicieran decir que lo negro es blanco». Era la raza, pero ahora como eje de «este proceso de lavado de cerebro mediante la repetición de absurdos manifiestos», la raza como arma secreta «privándoles de su ingenio y convenciéndoles de que lo que creían correcto es incorrecto»: en resumen, la raza como parte de la conspiración de silencio y chantaje contra la mayoría silenciosa. El intenso populismo de esta línea de ataque llegó a oídos de los interesados, especialmente en los caladeros de Powell en las West Midlands.

¹⁵ *The Sunday Times*, 5 de abril de 1970.

¹⁶ *The Sunday Times*, 14 de junio de 1970.

La penetrante retórica de Powell en estos dos discursos giraba en torno al «enemigo y su poder»: el enemigo y su cómplice, la «conspiración de las Causas Progresistas»; el duro centro conspirador y su periferia blanda, torpona e ilusa. Era inútil preguntar cuál era exactamente la forma de este «enemigo». La cuestión era precisamente su cualidad proteica: en todas partes y, aparentemente, en ninguna. La existencia de la nación estaba amenazada, el país estaba siendo «atacado por fuerzas que aspiran a la destrucción real de nuestra nación y nuestra sociedad», como cuando la Alemania Imperial construía acorazados; pero la nación seguía, erróneamente, «viéndolo como una flotilla de barcos o unos escuadrones de aviones». No veían su forma actual, «en su manifestación estudiantil», en «el desorden, fomentado deliberadamente en su provecho como instrumento de poder» en la provincia del Ulster, quizás en el corazón mismo del gobierno.¹⁷ Al dispersar al «enemigo» por todos los rincones y aspectos de la vida nacional, y al concentrar y cristalizar simultáneamente sus proteicas apariciones en el único espectro de «la conspiración interior», Powell, en su extraordinaria manera habitual, destiló la esencia de ese movimiento por el que el pánico generalizado de una nación y la cruzada organizada de los populistas surgen en un momento crucial del tiempo, en la figura ideológica de una «cruzada de la ley y el orden». Sin embargo, es muy importante tener en cuenta que, aunque pocos oradores en la primera mitad de 1970 lograron un alcance y un poder de referencia tan completo como Powell en esta ocasión, él solo estaba llevando a cabo un proceso al que muchos, dentro y fuera del gobierno conservador en la sombra, habían contribuido, articulando lo que muchos miembros de base de la «mayoría silenciosa» pensaban, sentían y pedían en esos aterradores meses. Sería totalmente erróneo atribuir a Powell el nacimiento de la sociedad de «ley y orden». Sus parteras fueron muchas y variadas. Powell simplemente saludó su aparición con un asombroso despliegue de fuegos artificiales retóricos, sellando su existencia con fuego y azufre.

Era el fin de semana anterior a las elecciones; y Wilson, cuya imperturbabilidad en estas ocasiones no conoce límites, todavía albergaba la ilusión de que los laboristas podían ganar...

Las elecciones de junio de 1970 marcaron la oscilación oficial del péndulo, el cambio de posiciones, la aparición formal del «teatro de la política», de un profundo cambio en las relaciones de fuerza entre las clases contendientes y, por lo tanto, en el equilibrio entre consentimiento y coerción dentro del Estado, iniciado a un nivel más profundo en los años anteriores. Este cambio en el carácter de la «dominación hegemónica» o, mejor dicho, la profundización en la crisis de la hegemonía, que asume una

¹⁷ Ibídem.

forma cualitativamente nueva después de 1970, no debe pasarse por alto, ni sus características específicas deben ser malinterpretadas o simplificadas.

Los laboristas habían conservado la ilusión parlamentaria de que, gobernando con el consentimiento del movimiento sindical en el bolsillo, podían llevar a cabo la disciplina «por consentimiento voluntario» que los tories no podían. Los tories lo sabían, en parte porque esta opción no estaba abierta para ellos. Pero esta importante diferencia en la perspectiva política y en la composición de las alianzas sociales favorecidas por cada partido no debe ocultar el hecho de que, desde 1967 en adelante, el Estado —cuálquiera que sea la coloración política que asumiera, y ya fuera con un disfraz de poli bueno o de poli malo— estaba, *estructuralmente*, caminando hacia la colisión con el movimiento obrero y la clase trabajadora.

Esto nos lleva a lo que puede parecer una característica paradójica del cambio que marcan las elecciones de junio. Casi al filo de las propias elecciones, el paso del regreso de los tories al poder vino marcado por la campaña de la ley y el orden. En los días inmediatamente anteriores, sin embargo, los temas tradicionales de la política electoral británica —inflación, precios, economía, salarios, etc.— volvieron a cobrar protagonismo; y las propias elecciones *parecieron* decidirse, después de todo, con criterios más sensatos, tranquilos, racionales y razonables. No ha sido la primera vez, ni mucho menos la última, que un estado de ánimo preelectoral de «miedo» da paso de repente a cuestiones electorales más estables y, una vez finalizado el escrutinio, el «pánico» parece que fue intrascendente. Entonces, ¿todo el montaje de la ley y el orden no fue más que «ruido y furia, que no significan nada»? Es cierto, como señaló Hugo Young en *The Sunday Times*, que, aunque el manifiesto tory ofrecía «una liberación general» de todo tipo de amenazas, también marcaba «un claro retroceso respecto a la estridencia de Selsdon Park».¹⁸ Estas discrepancias entre la realidad del peligro planteado, la generalidad de la forma en que se percibe y los remedios propuestos son una característica del pánico moral, que precisamente se alimenta de esas lagunas de credibilidad. Sin embargo, es cierto que el gobierno que regresó no adoptó ninguna medida rápida y radical de «orden público». Mientras justos indignados como Heath vestían el manto de primer ministro, los apóstoles del fundamentalismo como Powell se retiraban a los bancos traseros y los partidarios del rearne moral como Lord Hailsham se ponían la peluca y la toga y se acercaban al Woolsack, era fácil imaginar que todo este peliagudo episodio no había sido más que un *divertimento* de primavera para levantar el ánimo de los seguidores del Partido.

¹⁸ *The Sunday Times*, 7 de junio de 1970.

Esto puede resultar engañoso. En primer lugar, debemos recordar una «peculiaridad» de la trayectoria inglesa: la tendencia inglesa a hacer suave, pragmáticamente y por partes lo que otros países hacen de una sola vez y de forma dramática; al igual que Gran Bretaña se fue acercando a su «1968», también se acercó, poco a poco, a un estado de ánimo de «ley y orden», ahora avanzando, ahora retrocediendo, moviéndose de forma parecida a un cangrejo, de lado, hacia el Armagedón.

En segundo lugar, el *ritmo* de la reacción *no* disminuye, sino que se acelera y, lo que es más importante, cambia de dirección y de carácter. En este segundo periodo comienza la escalada regular e inmediata de *cada* cuestión conflictiva por la jerarquía del control hasta el nivel de la maquinaria estatal: cada asunto es inmediatamente apropiado por los aparatos de la política, el gobierno, los tribunales, la policía o la ley. Lo que antes de enero era un movimiento en espiral hacia arriba —una cruzada local que empujaba a las autoridades hacia una mayor represión— se convierte, tras el vuelco de mediados de 1970, en un movimiento de pinza automático e inmediato: la presión moral popular desde abajo y el empuje de la restricción y el control desde arriba *se producen juntos*. El propio Estado se ha movilizado, se ha sensibilizado ante la aparición del «enemigo» en cualquiera de sus múltiples disfraces; la respuesta represiva está lista, se mueve rápidamente, se mueve formalmente, a través de la ley, la policía, la norma administrativa, la censura pública, y a una velocidad creciente. Esto es lo que entendemos por el lento «paso al control», el movimiento hacia una especie de *cierre* en los aparatos de control y represión del Estado. Los mecanismos decisivos en la gestión del control hegemónico en el periodo posterior a junio de 1970 se basan regular y rutinariamente en los aparatos de coacción. Este *desplazamiento* cualitativo en el equilibrio y las relaciones de fuerza es un cambio profundo, que todas las señales de moderación y repliegue, de responsabilidad y razonabilidad en los consejos de gobierno no deben ocultar ni por un momento.

Sobre todo (y además de facilitar la rutinización de la represión), la campaña de ley y orden de 1970 tuvo la abrumadora consecuencia de legitimar el recurso a la ley, a la coacción y al poder legal, como el *principal*, de hecho el único, medio eficaz que quedaba para defender la hegemonía en condiciones de grave crisis. Preparó a la sociedad para el ejercicio extensivo de la vertiente represiva del poder del Estado. Hizo que esta rutinización del control resultara normal, natural y, por lo tanto, correcta e inevitable. Legitimó el deber del propio Estado, en las zonas cruciales del conflicto, de «entrar en batalla». El primer objetivo fueron las fuerzas del «desorden organizado y lavado de cerebro anarquista» que decía Powell. En los meses siguientes, toda la fuerza represiva del Estado se volvió abierta y sistemáticamente contra *este* flanco anarquista de desorden. Pero, de manera

menos obvia, la licencia para batallar del Estado obtuvo una «recompensa» en áreas que a primera vista parecían alejadas del enemigo del desorden anarquista: a saber, en el intento, que entonces estaba cobrando fuerza, de disciplinar, restringir y coaccionar, también dentro del marco de la ley y el orden, no solo a los manifestantes, criminales, okupas y drogadictos, sino a las sólidas filas de la propia clase trabajadora. Esta clase recalcitrante —o al menos sus minorías desordenadas— también tenía que ser encauzada hacia el «orden». Si lo que nos preocupa aquí no es el simple desenmascaramiento de una «conspiración del Estado» temporal, sino sus movimientos más profundos y estructurales, entonces es de vital importancia entender precisamente qué es lo que *conecta*, detrás de todas las apariencias, la apertura de una campaña oficial de ley y orden en enero de 1970, y la publicación del *Industrial Relations Bill* [Proyecto de Ley de Relaciones Industriales] en las últimas semanas de diciembre.

Lo que realmente había unido al Partido Conservador en el periodo preelectoral no era tanto la retórica del desorden, como un énfasis más tradicionalmente formulado en «la necesidad de mantenerse firme», de no ceder, de devolver la *autoridad* al gobierno. Este tema de la unidad nacional y de la autoridad proporcionó una imprescindible faceta positiva a los temas más negativos de «ley y orden». Poco antes de las elecciones, Heath se había dirigido al electorado con la afirmación de que «el Partido Conservador es el partido de una nación. [...] El próximo gobierno conservador [...] salvaguardará la unidad de la nación a través de un gobierno honesto y una política sólida». El objetivo era reafirmar que la nación estaba unida en torno a un conjunto de objetivos comunes —y moderados— que el gobierno de Heath encarnaba y expresaba mejor que nadie. Todos los que se situaron fuera de esta «unión de la nación» fueron estigmatizados como «extremistas». Las actividades minoritarias de los okupas y los manifestantes encarnaban de forma muy vívida esta tendencia. Pero el creciente «extremismo» de la militancia de la clase obrera —que se descargó sobre el nuevo gobierno mediante una sucesión de nuevas demandas salariales de los estibadores, los mineros, los trabajadores manuales de los ayuntamientos, los trabajadores del sector eléctrico y los basureros— era sin duda la tendencia más amplia y profunda. Amenazaba directamente la nueva estrategia económica de Heath. Planteaba un desafío directo a la autoridad del gobierno; y —con el espectro de mayo de 1968 aún no desterrado de la mente colectiva del gabinete— despertaba el temor a la posibilidad de la mortal alianza «estudiante-trabajador». Fue contra este flanco contra el que finalmente el gobierno dirigió su campaña de «ley y orden». A las seis semanas de tomar posesión, el nuevo ministro de Trabajo, Carr, comunicó al CBI que el gobierno apoyaría a los empresarios que se enfrentaran a una

huelga por demandas salariales. El ministro de Hacienda, Barber, le dijo al TUC en términos muy claros que «tiene que haber un enfriamiento constante y progresivo. A partir de ahora, los patronos tienen que mantenerse firmes». ¹⁹ A continuación, Carr esbozó los elementos del Industrial Relations Bill, con la idea tranquilizadora de que después de todo los sindicatos eran instituciones responsables y no actuarían voluntariamente en contra de la legislación nacional, que las sanciones legales solo se utilizarían en casos excepcionales y que la responsabilidad personal solo se produciría cuando los individuos actuaran fuera del control y la autoridad de su sindicato.

Esta aplicación a la lucha de clases del lado afilado de la cuña legal fue apoyada abrumadoramente por los medios de comunicación, por ejemplo (por tomar los dos periódicos que observamos más de cerca), tanto por *The Sunday Express* como por *The Sunday Times*: el primero en su forma histérica e intuitiva, el segundo con su voz más sobria y racional. Ambos aceptaron la «explicación» paradigmática del gobierno para el descontento industrial: mientras *The Sunday Express* veía histéricamente a los militantes rojos detrás de cada huelga —en los muelles, en Pilkingtons, en las minas— así como la llegada del «agitador ambulante»; *The Sunday Times*, tras la publicación del *Industrial Relations Bill*, apoyó silenciosa pero decisivamente la legislación y de una manera totalmente alineada con la versión conspirativa que se convirtió rápidamente en doctrina política recibida: «La identificación de los militantes como los principales impulsores de la inflación y como los principales objetivos del proyecto de ley ha sido ahora claramente explicitada». ²⁰

Es difícil, en el cálculo de la coerción, medir con precisión el efecto combinado de la deriva de «la ley y el orden» desde arriba, el aumento de la maquinaria legal contra la clase trabajadora desde el corazón del propio gabinete, la filtración constante de una lectura conspirativa de los «problemas» de Gran Bretaña a través de los medios de comunicación, y la lenta pero segura escalada de control contra objetivos potencialmente perturbadores sobre el terreno. No hay pruebas de una campaña concertada, pero la trayectoria general es inconfundible.

En julio, el juez Melford Stevenson impuso penas de prisión de entre 9 y 18 meses a seis de los estudiantes de Cambridge acusados por la manifestación de Garden House contra los coroneles griegos y condenó a otros dos a penas de reformatorio. Esta fue la primera ocasión después de las elecciones en la que se vio toda la fuerza de la ley en funcionamiento contra las manifestaciones políticas, uno de los puntos centrales de la campaña

¹⁹ *The Sunday Times*, 11 de agosto de 1970.

²⁰ *The Sunday Times*, 6 de diciembre de 1970.

de «ley y orden». Los resultados no fueron muy propicios. De los 400 participantes, 60 fueron identificados (con la ayuda de los procuradores), pero solo una quincena fue imputada en representación para dar ejemplo. Los cargos contra ellos se fueron agravando progresivamente en el periodo previo al juicio. Y, aunque el jurado solo condenó a aquellos contra los que se pudo probar algún acto ilícito concreto, a los primeros condenados se les encerró sumariamente.²¹ Stephen Sedley, uno de los abogados defensores, escribió, tras el fracaso de la apelación

Esta tendencia ha animado a la policía y a la fiscalía a golpear cada vez más duramente a través de los tribunales a quienes consideran que representan una amenaza para la ley y el orden: manifestantes, activistas del Black Power, okupas, estudiantes. Esta tendencia a la persecución por motivos políticos ha experimentado un claro repunte. El año 1970 ha sido hasta ahora el punto álgido, pero es probable que lo peor esté por llegar.²²

La referencia de Sedley a los «activistas del Black Power» y a la ley no era un comentario casual. La militancia del Black Power avanzó, sin duda, en Gran Bretaña gracias a las constantes noticias procedentes de Estados Unidos. Pero el aumento de la fiebre de la raza no requirió ninguna transfusión de energía desde el otro lado del charco, y tampoco fue un proceso de simple imitación lo que hizo que la grave erosión de las relaciones entre blancos y negros volviera a los titulares en la segunda mitad de 1970. Este deterioro no era nada nuevo, como hemos visto; lo que sí era nuevo era el hecho de que la crisis general de las relaciones raciales asumía ahora, casi sin excepción, la forma particular de un enfrentamiento entre la comunidad negra y la policía. El acertado estudio de John Lambert sobre esta situación en deterioro se publicó en 1970.²³ Fue seguido por el cauteloso pero bien documentado y condenatorio relato de Derek Humphry, *Police Power and Black People*,²⁴ que demostró claramente el repentino y agudo aumento de la confrontación, que llegó a su punto álgido en el verano de 1970, y que se extendió, en una curva cada vez mayor, hasta 1971 y 1972. El Liverpool Community Relations Council [Consejo de Relaciones Comunitarias de Liverpool], creado en junio de 1970, se vio casi inmediatamente desborrado por las quejas de la población negra sobre acoso policial. Un programa de una hora de duración sobre este tema, emitido por Radio Merseyside, en el que se aludía al hecho de que «en algunas comisarías, sobre todo en el centro de la ciudad, la brutalidad, la imputación de delitos de drogas y

²¹ Véase *The Sunday Times*, 12 de julio de 1970

²² *The Listener*, 8 de octubre de 1970.

²³ Lambert, *Crime, Police and Race Relations...*

²⁴ Humphry, *Police Power and Black People...*

el acoso a los grupos minoritarios tienen lugar con regularidad», pasó sin que la policía local se defendiera.²⁵ Hubo enfrentamientos entre negros y la policía, en agosto, en Leeds, en Maida Vale y en la comisaría de Caledonian Road, entre otros. Notting Hill se convirtió en el escenario de una batalla campal. La policía hizo una redada tras otra en el restaurante Mangrove, que —como un agente dijo al tribunal— «en lo que a mí respecta» era el cuartel general del «Black Power Movement». (Cuando se le preguntó en el tribunal si sabía lo que era el *black power*, respondió: «Sé más o menos lo que es el *black power*: es un movimiento planeado para ser muy militante en este país». Eso pareció ser suficiente).

En octubre, las Black Panthers británicas convocaron una rueda de prensa para quejarse de lo que creían era una campaña consciente para «eliminar a los militantes negros» e «intimidar, acosar y encarcelar a los negros dispuestos a salir a la calle y manifestarse». La acusación fue repudiada por Scotland Yard; pero, como señala Humphry, «la encomiable altura de miras de la Oficina de Prensa de Yard no concuerda con la realidad de la situación».²⁶ La presión no cesó.

También se produjeron movimientos siniestros en el ámbito de la legislación y en los tribunales. La preocupación de los tories por los disturbios civiles llevó al gabinete en la sombra a pedir a Sir Peter Rawlinson, el fiscal general en la sombra, que elaborara una nueva legislación sobre «allanamiento» para «combatir los excesos de los manifestantes».²⁷ Pocos abogados envidiaron su tarea; pero algunos al menos —si hubieran podido prever el resultado de su fracaso— le habrían deseado mejor suerte. El fracaso en la mejora de la ley de allanamiento —que, en este caso, pretendía ser un elemento legal disuasorio contra hazañas como las actividades de Peter Hain y sus manifestantes anti-sudafricanos, y la rápida propagación de la campaña de okupación en Southwark y otras partes del sureste de Londres²⁸— no disuadió en absoluto al gobierno. Al contrario, lo reforzó y amplió sus intenciones. La posterior reactivación de la antigua ley de *conspiración*, la principal forma en la que la coerción legal se impuso finalmente sobre los movimientos de protesta y la militancia industrial en los dos o tres años siguientes, fue la consecuencia directa del relativo fracaso de esta primera etapa a la hora de formar una «maquinaria» legal alternativa desde el gobierno. A lo largo de 1970, la necesidad de un nuevo impulso a los antiguos cargos de derecho común de «reunión ilegal y desórdenes» proporcionó a la campaña de «ley y orden» sus primeros chivos expiatorios políticos: los estudiantes de Cambridge detenidos en el juicio de Garden House.

²⁵ Ibídem.

²⁶ Citas de ibídem.

²⁷ *The Sunday Times*, 1 de febrero de 1970.

²⁸ Véase R. Bailey, *The Squatters*, Harmondsworth, Penguin, 1973.

Sin embargo, si «Garden House» fue, desde este punto de vista, el juicio más siniestro del año, «la ley y el orden» también tuvieron otro significado, menos político, en la sala del tribunal, como demuestra el siguiente informe: «Una sentencia DISUASORIA no está pensada para el delincuente, sino para el delito», dijo el juez Ashworth en el Tribunal de Apelación el lunes. «Cuando se dicta una sentencia disuasoria es ocioso entrar en los antecedentes de cada individuo», se hizo eco el presidente del tribunal supremo, Lord Parker. Con estas palabras, sus señorías confirmaban sentencias uniformes de tres años para 18 jóvenes de Birmingham que habían participado en peleas de bandas. No se tuvo en cuenta el hecho de que tres de ellos no tenían ninguna condena previa, que a ninguno de ellos se le había encontrado un arma ofensiva y que la policía había admitido que no había conseguido acorralar a los cabecillas. Lo más importante, quizás, es que uno de los jóvenes había estado en tratamiento psiquiátrico desde un mes antes de la pelea.²⁹

Si en 1970 todo se mueve en el umbral de la «ley», algunos comentaristas ya apuntaban al umbral que iba a dominar cada vez más la década de 1970: el umbral de la violencia. Preguntando «¿quién está a salvo en este mundo de violencia?», Angus Maude enumeró ejemplos de todo el mundo para demostrar su tesis de que ahora habitamos un «nuevo mundo de violencia»: el lanzamiento de dos botes de gas en la Cámara de los Comunes; los disparos con una pistola de aire comprimido por parte de puertorriqueños en el Congreso de Estados Unidos; los disturbios de Garden House; Bernadette Devlin en el Ulster; la prohibición de la gira de cricket sudáficana; y «la serie de atentados contra las líneas aéreas y los secuestros de embajadores occidentales en Sudamérica».³⁰ La violencia, añadió, era una enfermedad sin sentido que se autoperpetúa, utilizada «con demasiada frecuencia» por «minorías débiles» para «chantajear a las mayorías». En 1970, en nombre de la mayoría —desgraciadamente todavía demasiado silenciosa— el Estado se organizó para contraatacar.

1971-1972: la movilización de la ley

El gobierno de Heath imprimió un «nuevo rumbo» a la gestión de la crisis capitalista, un rumbo marcadamente distinto de la estrategia wilsoniana de «moderación voluntaria» y mucho más en sintonía con los sentimientos primitivos que germinaban en el Partido Tory con su sólido centro en la burguesía financiera e industrial. Era una vía arriesgada, dirigida a una «solución final» de la crisis británica. Esencialmente tenía tres puntas. La

²⁹ *The Sunday Times*, 18 de octubre de 1970.

³⁰ *The Sunday Express*, 26 de julio de 1970.

primera consistía en orientar firme e irrevocablemente al capitalismo británico por el camino de la integración europea y, en consecuencia, tomar cierta distancia de la «relación especial» con Estados Unidos que había constituido la piedra angular de la política económica exterior de Wilson.³¹ La segunda era la estrategia económica para el capitalismo británico dentro del país. Aquí Heath planeó una línea de ataque robusta y abrasiva. Los laboristas habían intentado, a través de la Industrial Reorganisation Corporation, forjar gigantes económicos más eficaces y competitivos mediante una política de fomento de fusiones y monopolios. Desde el punto de vista de Heath, esto solo había servido para proteger a los sectores débiles y poco competitivos. Las fuerzas del mercado, creía, debían ser liberadas para que hicieran el trabajo sucio; si era necesario, los «patos cojos» debían hundirse en la bancarrota y liquidarse para que «la gran mayoría que no necesita ayuda, que es muy capaz de velar por sus intereses y solo exige que se le permita hacerlo», pudiera seguir adelante y expandirse productivamente (tal y como expuso con tanta lucidez Davies, el instrumento de esta vertiente de la política de Heath, en un debate sobre las navieras de Upper Clyde).³² De ello se desprendía que todo el intrincado mecanismo de «armonización» del capital, el trabajo y el Estado, pieza central de la estrategia económica a lo largo de la década de 1960, debía abandonarse y, si es posible, desmantelarse. Para asombro y disgusto de los gestores de los intereses políticos del capital —nuevos y viejos— que habían pasado tanto tiempo entrando y saliendo de Downing Street durante la década de 1960, Heath no se reunió con el TUC y el CBI, en una negociación abierta, hasta mediados de 1972, cuando la regresión a una filosofía de *laissez-faire* renovada había empezado a naufragar. Ante la incredulidad de *The Times*, del CBI, del TUC, del National Economic Development Council (Consejo Nacional de Desarrollo Económico), de figuras prominentes como Fred Catherwood o Sir Frank Figgures, de muchos funcionarios económicos de Whitehall, de *The Financial Times*, del Banco de Inglaterra e incluso de miembros del propio Gabinete de Heath como Reginald Maudling, se permitió que los vínculos institucionales centrales, en su momento defendidos por el Estado con el fin de gestionar la vida económica del capitalismo tardío, entraran ellos mismos, temporalmente, en «liquidación». En su lugar, en una cabezona carrera de última hora por el crecimiento —a cualquier coste en términos de inflación—, Heath comenzó a levantar las restricciones, prometiendo desmantelar todo el aparato de planificación. Pero la estrategia de restricción voluntaria había sido el principal medio por el que (una vez terminado el breve interludio de prosperidad de la posguerra) se

³¹ Véase R. Blackburn, «The Heath Government: A New Course for Capitalism», *New Left Review*, núm. 70, 1971.

³² Citado en A. Buchan, *The Right to Work*, Londres, Calder & Boyars, 1972, p. 49.

había disciplinado la presión sobre los salarios y los beneficios y las demandas políticas de la clase obrera. ¿Qué es lo que ahora mantendrá a los trabajadores a raya? Esto nos lleva al tercer aspecto. La presión económica del trabajo debe ser contenida permitiendo que el desempleo, la inflación, el aumento de los precios y la expansión de la oferta monetaria hagan estragos. Pero lo más importante es que la fuerza de trabajo sea disciplinada mediante *la ley*: un marco estricto de restricciones legales en el ámbito de las relaciones industriales, respaldado por los tribunales y las multas; un ataque a la acción de los piquetes; si es necesario, algunas detenciones ejemplares. Preparar el terreno para este salto a la regulación coercitiva del trabajo, requería un despliegue duro y brutal del «gobierno firme»: en última instancia, uno o dos enfrentamientos estratégicos. Dos sectores del trabajo organizado estaban en primera línea: los trabajadores del sector energético y los de Correos. Uno u otro tendría que servir de ejemplo.

Se trataba de una estrategia de alto riesgo, del tipo que suscitaba en las voces más cautelosas de la clase dirigente, como *The Times*, la paradójica opinión de que Heath estaba destinado a ser al mismo tiempo «el mejor y el peor primer ministro conservador que hayamos tenido jamás».³³ Los acontecimientos posteriores —incluyendo la posterior conversión y el giro de Heath, y el regreso, bajo los gobiernos de Wilson y Callaghan después de 1974, a la «negociación social»— sugieren que también estaba fundamentalmente desajustado con el tipo de estrategias estatales y gubernamentales que hubiera requerido un capitalismo británico débil. Tanto sus consecuencias económicas como políticas se revelaron pronto como desastrosas para el capital. Para consolidar su más bien insustancial base social, Heath se vio obligado a recuperar enormes desgravaciones fiscales. No consiguió bajar los precios «de golpe»; de hecho, en esos meses, la inflación empezó a acelerarse a ritmo febril. Las subidas de precios debilitaron aún más la competitividad británica, y las quiebras produjeron un asombroso aumento del desempleo, antes de que apareciera el ansiado aumento productivo. El único sector que se benefició de la nueva liberación de las fuerzas del mercado fue el ala especulativa del capital financiero, produciendo enormes plusvalías especulativas de la noche a la mañana y una bonanza incomparable en el mercado inmobiliario: un resultado que mostró de mala manera «la cara inaceptable del capitalismo» sin tocar en absoluto el núcleo de la crisis económica. La apuesta de Heath no funcionó.

En el frente político, sin embargo, 1971 se abrió de forma más auspiciosa para Heath. La lucha de los trabajadores del sector energético a finales de 1970 se vio perjudicada, sobre todo por los medios de comunicación, que habían estado «más preocupados por asaltar a los espectadores

³³ *The Times*, 22 de julio de 1972.

con miedos sobre las máquinas de diálisis, las incubadoras y las ancianas que mueren de hipotermia que por descubrir los hechos o demostrar [...] que el sindicato se había ocupado mucho de que los hospitales se vieran afectados lo menos posible».³⁴ Los carteros presentaron una reclamación de aumentos salariales del 15 %, pero se quedaron aislados, no pudieron paralizar los servicios de comunicación y, tras aguantar 44 días, cedieron. En el mismo momento, los trabajadores de la Ford perdieron su lucha por la «paridad» y tuvieron que acceder a un acuerdo alcanzado con la ayuda de Jack Jones, Scanlon y Henry Ford II. En la primavera, tras estas derrotas, el terreno para la pieza central de la estrategia de Heath, el proyecto de ley de relaciones laborales, había quedado allanado.

El ataque directo a la clase obrera y al trabajo organizado que representaba la *Industrial Relations Act* tuvo un profundo efecto en la agudización de la lucha de clases; pues, si bien la política de «restricción voluntaria» del gobierno de Wilson dividió y confundió al movimiento obrero, las restricciones legales, promulgadas por un gobierno tory, hicieron que incluso las direcciones sindicales oficiales y el TUC se opusieran y, de este modo, inclinaron objetivamente el punto de apoyo de la política sindical oficial hacia la izquierda. Situar a todo el movimiento sindical (incluyendo a las direcciones moderadas) en la órbita del estigma de «extremista» y «saboteador» se convirtió en una práctica rutinaria de los medios de comunicación, lo que incluía a un reticente TUC, obligado por la lógica de su situación a proponer manifestaciones contra la legislación propuesta y «días de no cooperación» con la misma. La inmensa manifestación de febrero contra la *Industrial Relations Act* fue un acontecimiento que batió récords. Sir Fred Hayday, ese modelo de moderación, describió a los manifestantes de marzo como «anarquistas y alborotadores profesionales que promueven la ruina de la ley y el orden». El gobierno —se quejaría más tarde Norman Buchan, diputado laborista— «ha hecho respetable la lucha de clases».³⁵ Heath siguió presionando.

La *Industrial Relations Act* exigía el registro oficial de los sindicatos, con multas en caso de incumplimiento; socavaba el principio del taller cerrado (la contratación de trabajadores sindicados); definía un ámbito amplio y ambiguo de «prácticas industriales desleales» —con lo que se refería a las «huelgas»— y cercaba con condiciones, retrasos y posibles acciones legales el derecho tradicional de los trabajadores a retirar su mano de obra. Sobre todo, estableció el Tribunal de Relaciones Industriales, con Sir John Donaldson al mando, como «motor» clave para la reforma disciplinada del trabajo.

³⁴ Stuart Hood en *The Listener*, 25 de febrero de 1971.

³⁵ Citado en Buchan, *The Right to Work...*, p. 71

Toda la movilización de los instrumentos legales contra el trabajo, la disidencia política y los estilos de vida alternativos parecía dirigirse al mismo propósito general: conseguir por *decreto* lo que ya no se podía ganar por consentimiento, la sociedad disciplinada. En 1971, toda la sociedad se vio progresivamente preocupada por (fijada en) la cuestión de la ley. Solo en un número limitado de casos se refiere esta preocupación a lo que podríamos llamar su funcionamiento rutinario. También suponía la elaboración de nuevas leyes; el rescate de antiguos estatutos y su activación en nuevos escenarios; la aplicación de leyes que, en épocas más permisivas, se habían interpretado libremente o se habían dejado caducar, así como la ampliación de ciertos términos legales cruciales de referencia. Implicaba también un endurecimiento en la administración práctica real de la ley: sentencias más largas y ejemplares; el uso de la fianza y las costas para desanimar a los acusados en el desarrollo de su defensa; una extensión del brazo de la ley a través de procedimientos administrativos y un sesgo a favor de la policía y la fiscalía en la interpretación de las normas de los jueces.³⁶ Suponía la ampliación y el endurecimiento de todo el uso «anticipatorio» de la policía: la activación de las Special Squads, el aumento de la vigilancia y la recopilación de información por parte de las mismas, las redadas al amanecer, los interrogatorios intensivos, el uso de testimonios «verbales» que producían dudas cuando se presentaban ante el tribunal, las restricciones a la libertad de reunión, la fuerte vigilancia de las manifestaciones, el libre uso de las órdenes judiciales, el uso de presuntas acusaciones con el fin de «barrer» a grupos y sectores enteros de la población, la recogida de literatura y documentos privados con excusas poco convincentes.³⁷ Este uso más que normal, más que rutinario, de los instrumentos legales represivos del Estado precipitó un cambio en todo su modo de funcionamiento, llevando por lo general a una situación que se aproxima a la corrupción progresiva del aparato legal en interés de la necesidad política, así como a la erosión constante de las libertades civiles, la igualdad judicial y el Estado de Derecho ante la fuerza más imperiosa de la *raison d'état*. Sin duda, al igual que en el periodo del Watergate en Estados Unidos (al que, a pesar de su forma más suave, se parece mucho este periodo en Gran Bretaña), esta corrupción constante de los «controles y equilibrios» formales del Estado capitalista se llevó a cabo desde el «más elevado» de los motivos: la creencia de que la conspiración debe ser respondida con conspiración. De hecho, este fue el punto de vista y el marco legal en el que se organizó y produjo esta degeneración: la idea de conspiración.

Rudi Dutschke, el líder estudiantil alemán convaleciente en Cambridge de un atentado contra su vida, fue, de hecho, acusado y juzgado ante una

³⁶ Véase B. Cox, *Civil Liberties in Britain*, Harmondsworth, Penguin, 1975.

³⁷ Véase Bunyan, *The History and Practice of the Political Police in Britain...*

audiencia especial, no ante un tribunal; esta audiencia se reunió a menudo en sesiones secretas, de las que tanto Dutschke como su abogado fueron excluidos; escuchando las pruebas de personas no identificadas y sin nombre que claramente le habían estado espiando. Se consideró que las visitas de estudiantes y amigos habían «superado con creces las actividades sociales normales», fueran estas las que fuesen. No solo se expulsó a Dutschke, sino que, sobre la base de este precedente (que incluso el fiscal general dijo que había que pasar «tanto si uno lo encontraba atractivo como si no»), se suprimió el procedimiento de apelación en materia de inmigración en los casos de militantes políticos y sospechosos de terrorismo urbano; era el comienzo de ese largo deslizamiento que terminaría en 1974 con la suspensión ocasional del *habeas corpus* y la *Prevention of Terrorism Act* [Ley de Prevención del Terrorismo].³⁸

Durante el interludio progresista de mediados de la década de 1960, la ley relativa a la pornografía —la nueva *Obscene Publications Act* [Ley de Publicaciones Obscenas]— se dejó en barbecho, al tiempo que las fronteras y los límites de esta turbia área se dejaron muy abiertos a la aplicación práctica local: lo que Cox describe como «una guerra de guerrillas entre la policía local y los moralistas privados, por un lado, y las librerías radicales y el mundillo literario progresista, por otro». ³⁹ Pero a medida que la lucha entre los guardianes de la moral y la contracultura se convertía en una guerra a gran escala, la «revuelta contra la permisividad» (tal y como la denominó el arzobispo de Canterbury) adquirió una forma más organizada adoptando la forma más tangible de un ataque contra un estado general de «contaminación moral». En agosto, el editor de *The Little Red Schoolbook* fue condenado por los magistrados de Lambeth. La Obscene Publications Squad hizo redadas en la prensa clandestina con regularidad durante este periodo, estrechándose sobre ellas y sus impresores, incautando cartas, archivos de suscripciones y cualquier otra cosa que pareciera incriminatoria. A mediados de año, el Tribunal de Apelación confirmó las sentencias contra *The International Times* por el cargo de conspiración para corromper la moral pública. En julio, los editores de *Oz* fueron llevados a juicio por la misma acusación en relación con su número para escolares, *Oz 28*. *The Daily Telegraph* informó a sus lectores, citando a un policía de alto rango, que «tiene que haber un interés policial constante en todas estas publicaciones debido al volumen de quejas del público y a las implicaciones de estas revistas. Sospechamos que detrás de la campaña se esconden actividades de extrema izquierda». ⁴⁰ Maude ya se había pronunciado anteriormente en el sentido de

³⁸ Véase, para las citas, Stuart Hood en *The Listener*, 14 de enero de 1971.

³⁹ Cox, *Civil Liberties in Britain...*

⁴⁰ Citado en T. Palmer, *Trials of Oz*, Londres, Blond & Briggs, 1971.

que «los partidarios extremos de la libertad sexual se dedicaban a la destrucción total de todas las normas, la autoridad y las instituciones».⁴¹ Resulta un poco exagerado concebir que Richard Neville y sus coeditores desenredaran toda la madeja de la sociedad burguesa: y, en la *cause célèbre* de Oz, el jurado desestimó de hecho la acusación de conspiración aunque, mientras los editores estaban en prisión preventiva para someterse a pruebas médicas antes de ser condenados por otros cargos, «los guardias de Wandsworth les cortaron el pelo a la fuerza».⁴²

Así, la ley, en sus diferentes ramas, fue reclutada para completar el trabajo político informal de censura y control. Esto se acompañó de una oleada de reacción populista y popular. En 1971, detrás del motor legal de la maquinaria estatal represiva que funciona a toda velocidad, aparecen una vez más los guardianes de la moral, al tiempo que ambos comienzan a engranarse: es el inicio de una reacción moral organizada, una cruzada de ley y orden. Esta convergencia se simboliza en diferentes puntos. Lord Hailsham, que había contribuido a iniciar dicha cruzada desde el exterior del aparato legal, fue ahora instalado en su más alto cargo legal, como Lord Canciller. En la cúspide simbólica del complejo jurídico se encontraba una figura que a lo largo de la década de 1960 había insistido obstinadamente, con un sentido transparente e inquebrantable de su propia rectitud moral, en que estas complejas cuestiones podían comprenderse mejor reduciéndolas a unas pocas y sencillas verdades morales. Esto quedó simbolizado en distintos momentos: por ejemplo, en la manifestación del Festival of Lights a principios de 1971, organizada conjuntamente por el jefe de policía de Lancashire y el Obispo de Blackburn, que apareció a la cabeza de 10.000 hombres (sin mujeres) en lo que *The Sunday Times* llamó acertadamente la «Marcha de la Ley y el Sagrado Orden».⁴³ Muchos grupos eclesiásticos y cívicos de inclinación tradicionalista se congregaron en las calles en esta cruzada de rectitud. Cuando Malcolm Muggeridge se dirigió a una reunión similar el año siguiente en Londres, describió su propósito como hacer que «las relativamente pocas personas que son responsables de este colapso moral de nuestra sociedad» supieran que «se enfrentan, no solo a unos pocos reaccionarios, sino a todas las personas que tienen esta luz».⁴⁴ Muggeridge, archicínico de la década de 1950, hizo una carrera brillante, aunque tardía, fustigando la mala influencia moral de la televisión en la televisión. ¡Más vale tarde que nunca!

⁴¹ *The Sunday Express*, 2 de mayo de 1971.

⁴² Cox, *Civil Liberties in Britain...*

⁴³ *The Sunday Times*, 3 de enero de 1971.

⁴⁴ M. Muggeridge, «Foreword» en F. Dobbie, *Land Aflame*, Londres, Hodder & Stoughton, 1972.

No solo los que tienen un ojo práctico para la resonancia política de las cuestiones morales, como Lord Hailsham y Maude, apuntaron la conexión entre el orden moral y «la ley y el orden». La National Viewers and Listeners Association, la organización de Whitehouse, fue ampliando gradualmente el alcance de su campaña para incluir las cuestiones más amplias de la pornografía y la educación sexual. En la revista de la Asociación, *Viewers and Listeners*, Whitehouse especulaba con que «la obscenidad en los libros de bolsillo y las revistas y en la pantalla de cine» era «un factor básico que contribuye a la violencia»;⁴⁵ el número de otoño de *Viewers and Listeners* argumentaba que «la “sociedad permisiva”, con su tan cacareada “libertad”, se ve ahora como lo que es: algo amargo y destructivo. Las artes se degradan, la ley se desprecia y el deporte se ensucia con brotes de vandalismo y violencia. Las arcas nacionales soportan la presión de un servicio sanitario sobrecargado por el aumento de los abortos, la drogadicción, los trastornos mentales, el alcoholismo y una epidemia de enfermedades venéreas».⁴⁶ El carácter cada vez más abiertamente político de esta reacción moral se pone de manifiesto en los objetivos sobre los que Whitehouse protestó públicamente: ahora incluían a todos aquellos grupos que «podrían querer destruir la sociedad»,⁴⁷ Jerry Rubin y los hippies,⁴⁸ Bernadette Devlin y Tariq Ali.⁴⁹

Ya hemos comentado el papel especial que desempeñaron en la década de 1960 algunos sectores de la clase media empresarial y de la pequeña burguesía «tradicionalista» en la articulación de la indignación moral de base. En la década de 1970, la protesta moral deja de ser un asunto minoritario y marginal, y gana una publicidad realmente masiva en todos los sectores de la prensa y la televisión. Cualquiera que lea la autobiografía de Whitehouse, *Who Does She Think She Is?*,⁵⁰ quedará impresionado no solo por la infatigable energía y el compromiso de la buena señora, sino por el enorme número de ocasiones públicas en las que fue llamada a defender sus puntos de vista en el periodo 1970-1971, la publicidad que atrajo, así como las figuras prominentes que ganó para su causa. Su autobiografía está dedicada al primer presidente de la Asociación, el diputado de las Midlands, James Dance, cuyas opiniones se situaban en la extrema derecha, incluso del Partido Conservador de Heath. La primera convención de

⁴⁵ *Viewers and Listeners*, verano de 1970 (NVALA Newsletter).

⁴⁶ Véase R. Wallis, «Moral Indignation and the Media: An Analysis of NVALA», manuscrito inédito, Universidad de Stirling, 1975.

⁴⁷ *The Times*, 21 de diciembre de 1970.

⁴⁸ *Viewers and Listeners*, primavera de 1971.

⁴⁹ *The Times*, 27 de abril de 1972. [Jerry Rubin (1938-1994) fue un activista, artista y escritor, también figura del movimiento hippy y contracultural. Bernadette Devlin (1947) es una política y abogada de derechos civil norirlandesa, en aquellos años parlamentaria por el partido Mid Ulster. Tariq Ali (1943) es un escritor, intelectual y activista político pakistaní, miembro del comité editorial de la *New Left Review*. N. de E.]

⁵⁰ Whitehouse, *Who Does She Think She Is?*...

la Asociación, celebrada en 1966, contó con la intervención de William Deedes, diputado conservador, que más tarde se encargaría de la información en el gobierno Heath y que actualmente es director de *The Daily Telegraph*. Muggeridge fue, en todo momento, un consejero constante y cercano («Destruye el mito de Dinamarca, Mary», le aconsejó cuando, en marzo de 1970, Granada TV la invitó a ir a la Feria del Sexo de Dinamarca).⁵¹ Cuando en abril de 1971 invitó a Lord Longford a que la acompañara a la proyección privada de la película de educación sexual *Growing Up* del Dr. Martin Cole, estaba en pleno proceso de ayudar a Longford a preparar su intervención en la Cámara de los Lores sobre la pornografía.⁵² El Comité Longford, con su lista de «los buenos», y su predominante, aunque ligeramente excéntrico, aroma a *establishment*, se creó inmediatamente después, en mayo. El propio Lord Longford llamó la atención sobre el momento, en 1971, cuando las cuestiones en torno a las cuales se centraba su Comité se precipitaron en un «motivo de preocupación» de alto nivel.⁵³ Con motivo de la publicación de *Oh, Calcuta*, de Tynan, Ronald Butt, de *The Sunday Times*, recordó a sus lectores que existía «la mayoría que desea llevar una vida decente [...] y que ahora se ve obligada en todo momento a acobardarse ante los supuestos que rechaza».⁵⁴ Fue también en ese periodo cuando la Obscene Publications Squad cobró protagonismo, empezando, en 1970, por la redada en el Open Space Theatre Club y la incautación de *Flesh* de Warhol. Le siguieron los juicios de *The Little Red Schoolbook*, *IT* y *Oz*. Tony Smythe ha descrito acertadamente esta intensificación de la presión legal y policial como «en última instancia [...] política». Fue, en definitiva, un «verano de represión».⁵⁵

El periodo de 1971 nos permite ver, en miniatura, el movimiento dialéctico por el que el pánico a «la ley y el orden» se institucionaliza plenamente como una forma de «Estado de excepción». Por comodidad, podemos condensar este movimiento en tres fases estrechamente conectadas. En primer lugar, la abrumadora tendencia del Estado a moverse en la dirección de la ley (la mera amplitud de la actividad legislativa de apoyo en este periodo, toda ella culminando en un endurecimiento de las sanciones legales, es asombrosa); en segundo lugar, la movilización, y el empleo extendido y rutinario de los organismos encargados de hacer cumplir la ley en el ejercicio del control «informal»; el tercer punto, ademas de culminante, es la tendencia de todas las cuestiones a converger, ideológicamente, en el umbral de la «violencia». Citamos aquí solo algunos ejemplos de cada uno, como forma de captar el carácter de toda la trayectoria.

⁵¹ Ibídem, p. 110.

⁵² Ibídem.

⁵³ Lord Longford, *The Longford Report: Pornography*, Londres, Coronet, 1972, p. 26.

⁵⁴ Citado en ibídem, p. 22.

⁵⁵ Cox, *Civil Liberties in Britain...*, p. 117.

Los tres aspectos, por ejemplo, pueden verse en funcionamiento en Irlanda del Norte. La asunción de una definición exclusivamente militar de la crisis del Ulster condujo a la *Emergency Powers Act* [Ley de Poderes de Emergencia], de agosto de 1971, que reintrodujo el encarcelamiento indefinido sin juicio (internamiento). Esto colocó al ejército en un papel casi judicial, precipitando las redadas generalizadas de sospechosos así como la apertura de campos de detención. Es precisamente en estas circunstancias cuando se difumina la delgada línea que separa el ejercicio legal de la represión «informal» de la represión arbitaria. De hecho, en el plazo de un mes, tuvo que crearse la Comisión Compton para investigar las acusaciones de tortura, incluyendo la «capucha», el interrogatorio continuo, la privación de sueño, el «ruido blanco» y otras «técnicas de desorientación» perfeccionadas en guerras coloniales más lejanas. Aunque Heath aseguró a Brian Faulkner que «las acusaciones carecen sustancialmente de fundamento»,⁵⁶ el Informe Compton —que llamaba a la tortura con un nombre más eufemístico— apoyó sustancialmente la acusación, al igual que, mucho más tarde (en 1976, con la mínima ayuda del Gobierno de Su Majestad), lo haría el Comité Internacional de Juristas. Tal y como Lewis Chester de *The Sunday Times* (quien desempeñó un papel encomiable y valiente en este caso, bajo una fuerte presión oficial) comentó sobre Compton: «Ahora parece que las acusaciones [...] tenían sustancialmente fundamento. En algunos aspectos pueden haber sido subestimadas».⁵⁷

La tendencia a «criminalizar» toda amenaza a un orden social disciplinado y a «legalizar» (es decir, elevar al umbral legal) todo medio de contención se observa en ámbitos legislativos tan dispares como la nueva *Misuse of Drugs Act* [Ley sobre el Uso Indebido de Drogas] o la nueva *Criminal Damage Act* [Ley de Daños Penales], ambas de nuevo cuño y de alcance notablemente amplio. La primera relaciona el castigo por posesión ilegal con la supuesta nocividad de la droga, y eleva la pena por «posesión ilegal con intención de suministrar» hasta 14 años por tráfico de cannabis. Sin embargo, la «ayudita de las madres» —los barbitúricos altamente adictivos que regulan el estado depresivo de las mujeres— no figuraba en la lista de drogas controladas. La *Drugs Act* enfundó en la santidad de la ley la muy discutida teoría de la «escalada en el consumo de drogas» —el fumador de marihuana de hoy, el heroinómano de mañana: una tesis que los propios asesores del gobierno rechazaron en su informe oficial— con un retraso de dos semanas más o menos a la hora de sortear la promulgación real. La *Criminal Damage Act* «moderniza y simplifica la ley de Inglaterra y Gales en lo que se refiere a los delitos de daños a la propiedad, al tiempo

⁵⁶ *The Times*, 18 de octubre de 1971.

⁵⁷ *The Sunday Times*, 21 de noviembre de 1971.

que racionaliza las penas».⁵⁸ Subordinaba los medios de perjuicio utilizados y la naturaleza de la propiedad perjudicada a la simple idea de un delito básico: dañar la propiedad de otro sin excusa legal tiene una pena máxima de diez años. Los «perjuicios agravados» conllevaban la recomendación de «cadena perpetua». La okupación, el piquete y la manifestación caían potencialmente bajo su sombra.

La nueva *Immigration Act* [Ley de Inmigración], aprobada en 1971, representa una combinación ligeramente diferente de los mismos elementos. La Ley debe situarse en el contexto del constante avance del lobby anti-inmigración dentro de la derecha del Partido Conservador, así como del rápido aumento del ritmo de la guerra no declarada en las zonas gueto entre la población negra y la policía. A medida que las redadas en los clubes y centros sociales de los barrios negros y el «registro por sospecha» de cualquier persona negra en la calle, sola, a altas horas de la noche, se volvían un aspecto rutinario de la vida en las zonas «coloniales», se convertía en norma de la calle, que, en todos esos encuentros, la policía se empleara con fuerza; gradualmente, también se convertía en norma que los negros devolvieran el empujón. La nueva Ley proporcionó cobertura legal a estas formas rutinarias de presión informal. Al centrar el golpe en los «inmigrantes de la Commonwealth», en su conjunto, la Ley exceptuaba de hecho a los blancos de la «antigua Commonwealth», convirtiendo así en legal lo que hasta entonces había sido solo una parte del sistema de ejercicio práctico en las calles. Se permitía la entrada de mano de obra masculina en un número estrictamente controlado, siempre que tuvieran un contrato, permanecieran en el lugar durante un tiempo y renovaran sus permisos. La ley se ensañó especialmente con las mujeres, los niños, las personas a su cargo y las familias, muchas de las cuales fueron disueltas en medio de violentas escenas en los puertos de entrada. Algunos intentaron entrar por debajo de esta red. La batalla contra la entrada ilegal se unió al barrido de las comunidades de inmigrantes en busca de presuntos ilegales. El proyecto de ley original había propuesto que los trabajadores inmigrantes se registraran en la policía. La oposición parlamentaria suprimió esta cláusula objetable. Pero, como ha demostrado Bunyan,⁵⁹ esta fue una victoria pírica y formal. Ya que, sin referirse al Parlamento, se creó la Unidad Nacional de Inteligencia sobre Inmigración (junto con la Unidad Nacional de Inteligencia sobre Drogas, ambos sectores especializados en una sección de coordinación de la información, vigilancia y registro muy ampliada, creada por el ministerio del Interior y Scotland Yard). Cuando se le preguntó, el ministerio del Interior calificó esta ampliación del sistema

⁵⁸ Current Law Statutes Annotated 1971, Londres, Sweet & Maxwell, 1971.

⁵⁹ Bunyan, *The History and Practice of the Political Police in Britain...*

de vigilancia como parte de las «actividades operativas de la policía que normalmente no están sujetas a control parlamentario».⁶⁰

El desarrollo más contradictorio de todos —y el factor que más sirvió para dar un apoyo plausible a la construcción de dramatizaciones de pesadilla dentro de los aparatos represivos del Estado— fue la convergencia en torno a la cuestión de la violencia. El libro del brigadier Kitson, *Low Intensity Operations*, que contribuyó a convertir al ejército en una instancia de «contrainsurgencia» plenamente implementada, se publicó en 1971.⁶¹ En el contexto de la situación de Irlanda del Norte, este estudio tuvo consecuencias prácticas muy alejadas del ámbito de la revisión filosófica de las estrategias militares al que aparentemente se dirigía. El libro de Kitson —que permitía echar un vistazo raro y privilegiado a ese objeto reticente, la «mente» del Ejército en un periodo de escalada del conflicto político interno— distinguía entre disturbios civiles, insurgencia, guerra de guerrillas, subversión, terrorismo, desobediencia civil, guerra revolucionaria comunista e insurrección. El ejército, argumentaba el brigadier Kitson, con considerable claridad y fuerza, debería realmente afrontar el hecho de que, en condiciones de equiparación nuclear, sus principales objetivos serían cada vez más la «subversión: [...] todas las medidas con excepción del uso de la fuerza armada tomadas por un sector del pueblo de un país para derrocar a los que gobernan en ese momento o para obligarlos a hacer cosas que no quieren hacer», y la «insurgencia: [...] el uso de la fuerza armada por un sector del pueblo contra un gobierno con los fines mencionados anteriormente».⁶² La unión de estos dos conceptos constituye un acontecimiento siniestro, especialmente cuando la «subversión» (definida de forma tan amplia que incluía prácticamente cualquier forma de acción política que no fuera votar o presentarse al Parlamento) se entendía como un peldaño inferior en la misma escalera que conducía inexorablemente a la insurgencia armada y al terrorismo. Pero esta lógica fue ganando terreno rápidamente, no solo en los manuales estratégicos, y no solo en el contexto del Ulster. En 1970 se creó el influyente Instituto para el Estudio de los Conflictos.⁶³ Bajo su paraguas, expertos en contra-subversión mundial, como su director, Brian Crozier, decanos de la contrainsurgencia como el general de división Clutterbuck y el brigadier W. F. K. Thompson, ex diplomáticos del Foreign Office, oficiales de inteligencia y personal de alto rango del ejército como Sir Robert Thompson (ex Jefe de Seguridad de Malasia), industriales de alto nivel y académicos, se asociaron para producir análisis «eruditos» de la «subversión y la violencia revolucionaria desde

⁶⁰ Véase ibidem.

⁶¹ F. Kitson, *Low Intensity Operations*, Londres, Faber, 1971.

⁶² Ibídem.

⁶³ Véase *Time Out*, 29 de agosto – 4 de septiembre de 1975; *The Guardian*, 16 de julio de 1976.

Santiago hasta Saigón».⁶⁴ También fueron influyentes y eficaces en el desarrollo de «una red de contactos en Whitehall, entre la policía, los servicios de inteligencia y las fuerzas armadas»⁶⁵ a través de la cual propagaron su evangelio de la subversión mundial.

El Ulster fue uno de los contextos que dio credibilidad a esta visión. Aunque la ruptura de Stormont y la deriva hacia el gobierno directo no se produjeron hasta 1972, 1971 fue el año en que la crisis del Ulster asumió su forma terminal: una guerra de guerrillas urbana entre el ejército británico y los provos. A raíz del Informe Compton, el libro de The Sunday Times Insight Team sugirió que la cuestión más delicada que planteaba la participación británica en el Ulster era, en efecto, la conducta del ejército.⁶⁶ Richard Clutterbuck, que no era en absoluto el más reaccionario del nuevo *establishment* de la contrainsurgencia, describió el libro como «antiejército», «ampliamente simpatizante del IRA». El telón de acero empezó a caer también sobre el pensamiento británico en cuanto se planteó la cuestión de la violencia política. El segundo contexto era lo que Clutterbuck denominó «guerrillas urbanas en todo el mundo», e Ian Greig, otro especialista, lo llamó, más sencillamente, «la política del derramamiento de sangre». A medida que el ritmo de la revolución colonial y la política de clase poscolonial se aceleraba en el mundo en desarrollo, estas asumían cada vez más la forma de la lucha armada o «guerra popular». Cuba, Argelia, seguidas por la guerra de Vietnam, el nacimiento de los movimientos de liberación primero en el Congo y luego en el África portuguesa y meridional, pertenecían a esta categoría; y produjeron, en los escritos de Ho Chi Minh, del general Giap, de Amílcar Cabral, del Che Guevara y otros, una poderosa literatura sobre cómo llevar a cabo una guerra política popular. La oleada de movimientos armados de liberación en la siguiente fase —sobre todo, latinoamericana (los tupamaros en Uruguay, los movimientos de Marighella en Brasil, la lucha armada en Venezuela, etc.)— no fue la de los *focos* rurales, sino la de los levantamientos de vanguardia en las ciudades. Si los primeros eran intrínsecamente autóctonos, los segundos eran más trasladables a las condiciones del mundo urbano desarrollado. La adopción de tácticas de guerrilla en los centros metropolitanos o en sus cercanías y el uso de ataques terroristas en sus ciudades vulnerables aceleraron el proceso de «traer de vuelta la violencia política». El Ulster y el Frente de Liberación de Quebec fueron ejemplos de lo primero; el secuestro de empresarios y diplomáticos, y los secuestros y ataques terroristas por parte de «Septiembre Negro» y el Frente de Liberación de Palestina (FLP) fueron ejemplos tangibles de lo segundo. A los cuatro secuestros sucesivos del FLP,

⁶⁴ *Time Out*, 29 de agosto – 4 de septiembre de 1975.

⁶⁵ *The Guardian*, 16 de julio de 1976.

⁶⁶ The Sunday Times Insight Team, *Ulster*, Harmondsworth, Penguin, 1972.

en 1970, que acabaron con la captura de una de sus militantes más destacadas, Leila Khaled, le siguió el secuestro de Dawson Field, que obligó a liberar a Khaled. Diplomáticos británicos fueron secuestrados en Canadá y Uruguay. Este imaginario de guerrilla urbana alimentó, sin duda, tanto los amplios preparativos contra la posible aparición de tales movimientos dentro del país por parte del ejército, la policía y las fuerzas de inteligencia, como la exacerbación de los temores y especulaciones populares. Se entró aquí en una espiral clásica: la «militarización» de la respuesta de control proporcionaba exactamente la prueba, para el terrorista urbano, del rostro autoritario que se escondía tras la máscara progresista: el crecimiento de la simpatía por tales movimientos y las identificaciones simbólicas con ellos tendían a «sancionar la violencia en apoyo al *statu quo*; el uso de la violencia pública para mantener el orden público; el uso de la violencia privada para mantener las concepciones populares del orden social cuando los gobiernos no pueden o no quieren».⁶⁷

Lo que vino a continuación fue su apoteosis real y viva en nuestro propio terreno. Los elementos que condujeron a la aparición de la Angry Brigade en Gran Bretaña en este preciso momento son demasiado complejos para desentrañarlos aquí. Deben incluir: el reconocimiento, por parte de la izquierda libertaria, de una conexión real entre las «alienantes condiciones de vida» en Occidente y las estructuras reales de la explotación capitalista corporativa; la creencia de que la lucha antiimperialista, en el interior, podría vincularse estratégica y tácticamente con el conflicto doméstico; la identificación simbólica con la imagen romántica de la «guerrilla urbana», intensificada por las rutinas de la apatía doméstica privatizada con la que se comparaba. Hubo algunos escenarios de lucha —la guerra de Vietnam y el papel de los movimientos de liberación africanos en el fortalecimiento del Black Power en Estados Unidos fueron dos ejemplos— en los que sí se pudieron forjar esas conexiones: «Traer la guerra de vuelta a casa». Hubo otros en los que lo real y lo metafórico son difíciles de desentrañar; en los que la determinación de llevar la lógica de la lucha hasta su conclusión más extrema —un «vanguardismo» producido por el aislamiento de cualquier tipo de lucha de masas— y la frustración por las reformas a ritmo de caracol, culminaron en la formación de bandas terroristas urbanas: los Weathermen en Estados Unidos, el grupo Baader-Meinhof en Alemania Occidental, el grupo del Ejército Rojo japonés y la Angry Brigade fueron manifestaciones comunes de esta tentación de vanguardismo.

Carr, en su estudio sobre la Angry Brigade, sostiene que fue la participación del grupo en «la criminalidad normal» lo que resultó su perdición.^{⁶⁸}

^{⁶⁷} T. Rose (ed.), *Violence in America*, Nueva York, Random House, 1969.

^{⁶⁸} G. Carr, *The Angry Brigade*, Londres, Gollancz, 1975.

Y ciertamente fue un rastro de cheques falsos y tarjetas bancarias robadas lo que llevó a la policía hasta Jake Prescott y, por lo tanto, hasta Ian Purdie, que compareció ante el tribunal en noviembre, acusado del atentado contra las casas de Carr y de John Davies. Más importante aún, el rastro condujo, a través de las redes de la sociedad alternativa: las comunas, los colectivos, las okupas y las «escenas» en las que se cruzaban la lucha libertaria contra el *Industrial Relations Bill* y movimientos como Women's Lib y Claimants' Union. Según Carr, el inspector Habershon confesó: «Tuve que infiltrarme entre esta gente porque la responsabilidad del atentado estaba claramente en esa zona». La policía, sin embargo, estaba «conmocionada por las condiciones que veía [...]. No podían entender cómo la gente podía vivir de esa manera por elección. [...] Aumentaba y confirmaba los prejuicios ya existentes entre la policía contra la llamada sociedad alternativa». Los comunicados que precedían o seguían a cada explosión de la Angry Brigade intentaban vincular los atentados con una cuestión de clase clave: Irlanda, la *Industrial Relations Act*, el cierre de Rolls-Royce, la «liquidación» de los trabajadores de Correos o la huelga de la Ford. Pero la naturaleza «abstracta» de la crítica que informaba la estrategia era inconfundible. Poco después de las explosiones en la boutique de Biba y en la casa del presidente de la Ford, se formó la Bomb Squad, al tiempo que el inspector Habershon se puso a leer la extravagancia hegeliana y situacionista de Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*. Cuando cayó el hacha, Purdie y Stuart Christie fueron absueltos. Prescott, declarado culpable por escribir las direcciones en los sobres de la Angry Brigade, fue condenado a 15 años por el juez Melford Stevenson. En mayo siguiente, otros cuatro fueron condenados por veredicto mayoritario a diez años.

En cualquier caso, el episodio de la «Angry Brigade» fue un asunto trágico. Surgió de una profunda convicción de las manifiestas injusticias humanas del sistema; y puesto que, en el pensamiento libertario, la operación del Estado es siempre directa y no mediada, solo podía afrontarse por medios directos y no mediados. El recurso a la bomba era así *una* posible resolución del guión libertario inscrito en el cataclismo de «1968». Pero la deriva hacia la resistencia total en una coyuntura no totalmente revolucionaria fue, en última instancia, una muestra de aislamiento y debilidad, no de fuerza; y el fracaso de la chispa para encender a otros militantes, o para conectar con cualquier agitación de masas más amplia, indicó el fallo en la naturaleza abstracta de la línea táctica. No obstante, el episodio tuvo profundas consecuencias imprevistas. Sin saberlo, el vínculo inextricable, la cadena consecuente, entre la política de la sociedad alternativa y la amenaza violenta al Estado caló en la conciencia pública. Hizo que lo posible pareciera inevitable. Dio a las fuerzas de la ley y el orden el pretexto que necesitaban para caer sobre la red libertaria como

una tonelada de ladrillos. Reforzó la voluntad de los ciudadanos de a pie, para quienes las explosiones nocturnas eran una vívida profecía autocumplida, de apoyar a las fuerzas del orden para que «hicieran lo que tenían que hacer», pasara lo que pasara. La Angry Brigade proporcionó así, sin saberlo, un punto de inflexión crítico en la deriva hacia una sociedad de «ley y orden». Proporcionó la prueba que parecía necesaria de que existía una conspiración violenta contra el Estado, y que se encontraba en la desafección masiva de la juventud o cerca de ella. Dio un contenido a los temores vacíos del extremismo, revistiéndolos con la imagen de explosiones y depósitos de armas y detonadores. Elevó la reacción a un nuevo nivel.

La segunda mitad de 1971 fue, en efecto, un «preludio», pero de una lucha de un orden muy diferente, que se movía al ritmo de una lógica diferente; y aunque la forma principal y dramática en que este preludio se anunció —la adopción por parte de la lucha de la clase obrera en los astilleros de Upper Clyde en Clydebank, UCS (y luego en otros lugares: Pesseys, Fisher-Bendix, Norton Villiers, Fakenham, etc.) de la táctica de la sentada, iniciada a finales de la década de 1960 por la izquierda estudiantil— podría haber sugerido todo tipo de convergencias entre la política de la clase obrera y la de la clase media, el hecho es que, entre 1971 y 1972, la dirección de la lucha pasó decisivamente a manos diferentes y a un teatro de lucha diferente.

El gobierno anunció en junio el cierre de los astilleros UCS, un gigante cuyo antecesor en el cargo había justificado su existencia. En julio, tras varias y muy numerosas manifestaciones en Escocia contra el creciente desempleo, los delegados sindicales ocuparon los astilleros para evitar el cierre y proteger los puestos de trabajo. La táctica, más defensiva que ofensiva, fue dirigida y organizada de forma muy sólida, principalmente a través de una dirección comunista. Esta captó la imaginación del creciente número de trabajadores atraídos, a través de la oposición a la *Industrial Relations Act* y los atrajo en un movimiento cada vez más rápido contra el gobierno de Heath. Los mineros pasaron entonces a primera línea con una importante reivindicación salarial. Con este pulso comenzó el enfrentamiento decisivo entre el «rumbo» de Heath y la clase obrera organizada.

1972: el momento del «atracador»

Los atracos son cada vez más frecuentes, sobre todo en Londres. Como resultado, los ciudadanos decentes tienen miedo de utilizar el metro a altas horas de la noche y, de hecho, tienen miedo de utilizar los pasos subterráneos por temor a los atracos. Nos dicen que en Estados Unidos la gente tiene miedo incluso de caminar por las calles a altas horas de la

noche por temor a los atracos. Se trata de un delito para el que deberían dictarse sentencias disuasorias. (Juez Alexander Karmel, Q. C.)⁶⁹

1972 es, desde cualquier punto de vista, un año extraordinario: un año de conflicto de clases sostenido y abierto, sin parangón desde el final de la guerra; y de choques y convulsiones, de violencia y enfrentamiento en otros lugares. Es el año en el que la sociedad se divide en secciones profundamente polarizadas, y el consenso se pone en una cámara frigorífica semipermanente. «Fue un año que comenzó y terminó en violencia», señala desconsoladamente el repaso anual de *The Times*.⁷⁰ Se abrió con el Domingo Sangriento, en el que, en los momentos finales de una marcha por los derechos civiles en el Bogside, el Primer Batallón del Regimiento de Paracaidistas perdió la cabeza y, en lo que supuso un «motín militar» temporal, disparó salvaje e indiscriminadamente contra una multitud católica, matando a 13 personas. Terminó con las noticias cotidianas sobre Vietnam, pulverizado desde los cielos por «el mayor asalto de los bombardeos estadounidenses que la guerra —o, de hecho, cualquier guerra moderna— haya visto jamás». También fue, según *The Times*, «el año del terrorista internacional», cuando el terrorismo, «que ya no se limitaba a las fronteras de la ocupación colonial, golpeó el tejido blando y abierto de las sociedades occidentales». También fue el año en que «los trabajadores estuvieron [...] dispuestos a recurrir a métodos armados para garantizar sus demandas» y los sindicatos «a llevar la oposición a la *Industrial Relations Act* hasta el punto de desafiar deliberadamente al tribunal creado por la Ley para impartir derecho».⁷¹ Fue, de hecho, el año en el que la clase obrera, prácticamente sin ningún tipo de liderazgo político estratégico, en el punto álgido de la pura resistencia sindical, se enfrentó, derrotó y anuló toda la estrategia de confrontación de Heath, dejándola en ruinas, y precipitando ese brusco giro que condujo, a través de las tres fases de una política salarial respaldada por la ley, y la oscura noche de la Emergencia, a la destrucción política del gobierno en la segunda confrontación con los mineros en 1974. En este año se perdieron más días por huelga que en cualquier otro desde 1919, además de incluir la primera huelga nacional de mineros desde la Huelga General de 1926.

La introducción del poder coercitivo de la ley directamente en la gestión del trabajo y de la economía bajo la forma de la nueva ley no se moderó por la severa oposición parlamentaria laborista, ni se modificó por las responsables representaciones del TUC, ni se suavizó por las enmiendas progresistas, ni tampoco la enfrió la prensa progresista. Esta última, en las primeras

⁶⁹ Citado en *The London Evening Standard*, 25 de septiembre de 1972.

⁷⁰ *The Times*, 30 de diciembre de 1972.

⁷¹ Citas de ibídem.

etapas de la estrategia, animaba a Heath. Los trabajadores organizados cogieron el asunto por los cuernos; la ley fue detenida en seco y estrangulada en la última zanja, por una oposición obrera muy sangrienta. Esta se inició en los muelles. La empresa de contenedores, Heaton's Transport, a la que los trabajadores que protegían sus puestos de trabajo contra las incursiones de la racionalización promovida por la containerización negaron el acceso a los muelles de Liverpool, aceptó la nítida invitación del nuevo Industrial Relations Court [Tribunal de Relaciones Laborales] de invocar el imperio de la ley para doblegar a los trabajadores y llevar a cabo la containerización. Los estibadores desobedecieron la orden del Tribunal de permitir el acceso. El 29 de marzo, el Tribunal impuso al sindicato una multa de 5.000 libras por desacato y, el 20 de abril, otra multa de 50.000 libras. El sindicato se negó a pagar. Los contenedores sellados se extendieron a los muelles de Londres. En una serie de notables reveses legales, el Court of Appeal [Tribunal de apelación] anuló la sentencia del Industrial Court y las multas, para que la Cámara de los Lores revocara a su vez su propia sentencia en julio y restableciera las multas. Mientras tanto, se dictó una orden de ingreso en prisión contra tres estibadores que lideraban la lucha en Londres. Una vez más, la ley vacilaba ante su claro deber político: el Official Solicitor, una figura mítica del sistema jurídico inglés, rara vez vista antes de esta ocasión y casi nunca desde entonces, rescató a los hombres cuando el Court of Appeal anuló una vez más la sentencia de un tribunal. Pero el presidente del Industrial Court, Sir John Donaldson, no iba a dejarse apartar tan a la ligera y, el 21 de julio, en medio de escenas de protesta masiva, cinco estibadores fueron encarcelados acusados de desacato. El apoyo de la clase obrera a los cinco hombres fue abrumador, paralizando la publicación de los periódicos nacionales durante seis días, y produciendo, sin duda, otro revés: la reimposición de las multas a la TGWU, si bien se liberó a los cinco hombres. Dos días después, en medio de escenas de considerable amargura entre los hombres y sus líderes sindicales, el intento de una solución de compromiso en los muelles —el plan de «modernización» Jones-Aldington— fue rechazado, comenzando la huelga portuaria a nivel nacional.

La ley no había conseguido hacer daño. Dependía para su éxito del poder arbitrario y de la majestad del Tribunal, además de la división en el seno de la clase obrera; el primero había perdido su aura en el curso de ser reclutado directamente a la lucha de clases y la segunda sería superada por un asombroso despliegue de solidaridad. Cuando, posteriormente, el Tribunal volvió a apostar por la «mayoría silenciosa» y obligó a los ferroviarios a respetar un periodo de reflexión de 14 días y a someter su reclamación a una votación, los ferroviarios votaron por más de cinco a uno a favor de la acción industrial. Más tarde, cuando el Tribunal, al considerar el caso

del buen señor Goad (un miembro recalcitrante del sindicato al que se le había negado la admisión a las reuniones de la sucursal), impuso multas y una amenaza de secuestro a la AUEW, esta, simplemente, se negó a pagar.

Se trataba esencialmente de una lucha *defensiva* dirigida a mantener a raya el poder coercitivo de la ley y a proteger el derecho sindical básico de asociación. El compromiso directo con el poder de la clase política había ya tenido lugar en julio. Los mineros hicieron una reclamación salarial masiva de aumentos de entre cinco y nueve libras, que el gobierno rechazó. Por supuesto, esperaba que un sector moderado de la dirección del sindicato les ayudara a hacer «prevalecer la razón» (también, sin duda, para aislar a los mineros, como habían hecho con los carteros, al tiempo que obligaban a mantener muchos servicios auxiliares en funcionamiento para que la huelga resultara ineficaz). Una vez más, el gobierno de Heath calculó mal. Aunque las zonas mineras «moderadas» se mostraron reticentes a emprender acciones, los sectores más combativos de las cuencas mineras, fuertemente apoyados por las esposas de los mineros y reforzados por la solidaridad tradicional en estas comunidades, avanzaron sin contemplaciones. Es más, en esta ocasión, la dirección del sindicato estaba, por una vez, claramente detrás de la reivindicación, argumentando con fuerza que los mineros se habían quedado rezagados en términos de nivel de vida como resultado de un largo periodo de responsabilidad salarial; existía un liderazgo fuerte y activo en las localidades y comunidades: la acción de huelga estaba efectivamente coordinada. Además, los mineros llevaron el ataque al exterior, obteniendo la solidaridad de otros sectores. La lucha clave fue impedir el movimiento de suministros hacia y desde los almacenes, y así imponer la huelga en el punto de origen; la táctica clave fue ganar el apoyo de otros sectores obreros relacionados y, sobre todo, montar piquetes eficaces. Con diversas fuentes de apoyo, incluidos los estudiantes, los mineros desarrollaron la táctica del piquete volante, que maximizaba la presión y hacía más eficaz el despliegue de las fuerzas disponibles en puntos clave como los puertos, las centrales eléctricas y los depósitos. Pero esto colocó la huelga en la línea de tiro de ese otro lado de «la ley» —la policía— que se enfrentó a los piquetes con el fin de mantener el suministro de carbón. Este enfrentamiento abierto llegó a su punto álgido en el depósito de coque de Saltley, en Birmingham, donde los mineros, apoyados por cientos de refuerzos llegados desde distintas partes, pudieron establecer una presencia masiva, detener los camiones y cerrar las puertas. Cuando las fuerzas policiales empezaron a concentrarse, los delegados de Birmingham llamaron a los obreros de la ingeniería en su apoyo: miles de trabajadores bajaron las herramientas, deteniendo las fábricas de Birmingham en otra abrumadora muestra de solidaridad de clase; buena parte de ellos se dirigió a engrosar las filas de los piquetes. La policía retrocedió y, rápidamente, a su paso,

también lo hizo el gobierno. Se declaró a los mineros como un «caso especial» y se abrió la Investigación Wilberforce. Además se acudió igualmente al Official Solicitor, para ayudar al gobierno a poner la cara más airosa posible ante la derrota. Fue una demostración de fuerza sobresaliente, además de un formidable catalizador. Dio una transfusión de confianza de clase a las fuerzas que ahora se desplegaban contra el gobierno. Hizo retroceder a Heath y lo enfiló en su ruta alternativa hacia el control legal de los ingresos. Precipitó el giro a la izquierda dentro del Partido Laborista. Sin duda, también reforzó silenciosamente la decisión del primer ministro de poner en su sitio a los mineros, en algún momento del futuro, una venganza que nunca olvidó, a la que volvió como una polilla a la llama en 1974 y que fue lo que políticamente lo destruyó.

Uno de los resultados de la resistencia de los mineros fue la inclusión en la ley de relaciones laborales de una nueva legislación dirigida a prohibir el uso de piquetes volantes, una respuesta a una derrota de la restricción legal mediante la elaboración de más restricciones legales que abocaría, en 1973, a más arrestos y acusaciones de conspiración. Otro resultado fue hacer que Heath, con extrema reticencia y desagrado, volviera a los trillados caminos que tan despectivamente había despreciado: la reconstrucción de la negociación colectiva. Las puertas del número 10 de Downing Street se abrieron a regañadientes para admitir a varios representantes del TUC y del CBI, en una nueva ronda de «discusiones completas y francas». Heath ofreció un límite máximo de dos libras; el TUC, con su recién descubierto espíritu de militancia, lo rechazó. Una vez más, con su instinto regulador intacto, Heath recurrió a la congelación legal de salarios y precios. La primera fase de esta ventisca económica impuesta empezó propiamente en noviembre. Le sucedió, en 1973, la segunda fase (un límite de una libra más el 4 %), que estimuló una oleada de resistencia a la huelga, liderada, sin embargo, en gran medida, por los sectores de salarios bajos y los servicios públicos (funcionarios, trabajadores de hospitales, trabajadores del gas, profesores), que no estaban en posición estratégica de ganar. Con el mantenimiento de esta línea, Heath trasladó la muesca a la tercera fase y, una vez más, respaldado por la majestad de la ley y el motor de la acusación de conspiración, trató de preparar el terreno para cualquier otro encuentro importante. En Shrewsbury, 24 trabajadores de la construcción, donde la táctica del «piquete volante» había sido empleada de nuevo con buenos resultados, fueron enviados a juicio. Entonces los mineros presentaron su segunda reclamación masiva.

Detrás de las barricadas y de los carteles de «no pasar» en Irlanda del Norte, los provos llegaron a establecer durante un tiempo un liderazgo indiscutible sobre la minoría católica; y los encuentros diarios y nocturnos entre los católicos y el ejército, que habían comenzado como peleas

callejeras y lanzamientos de piedras, burlas y represalias mutuas, se convirtieron gradualmente en enfrentamientos armados regulares. Esta rápida deriva apuntaba a una resolución inevitablemente trágica y la marcha de la Civil Rights Association en Londonderry el 30 de enero proporcionó la ocasión. Mientras los antidisturbios empezaron a disparar balas de goma contra la multitud, los manifestantes seguían llegando para preparar la concentración en Free Derry Corner. Entonces, las tropas sustituyeron las balas de goma por balas reales, los rezagados se dispersaron en busca de refugio y, cuando la confusión se disipó, había no menos de 13 católicos muertos en la calle. El «Domingo Sangriento» no solo proporcionó el pretexto para una escalada masiva de la violencia, sino que endureció el corazón de los católicos de la zona y los unió a sus protectores provos. La lucha asumió entonces su forma completa y simplificada de lucha nacionalista (católica) republicana contra una fuerza de ocupación imperialista. Lo que impactó aún más en el estado de ánimo del público *en casa* fue la colocación de una bomba, en represalia por el «Domingo Sangriento», en el exterior del comedor de oficiales del cuartel general de paracaidistas en Aldershot, que mató a seis personas y de la que se libró por pocos minutos el brigadier Frank Kitson, el arquitecto de la teoría de las «operaciones de baja intensidad». La guerra en Irlanda finalmente había «vuelto a casa». La campaña de bombardeo de los provos comenzaba ahora en serio. «Sistemáticamente, calle por calle, casa comercial por casa comercial, continuaron haciendo pedazos la zona comercial de la ciudad. “Estamos llenando los huecos”, decían. Se volvieron muy buenos en eso».⁷² Stormont fue suspendido y Westminster asumió la responsabilidad directa de la provincia, derribando la última barrera de mediación entre el gobierno británico y la persecución directa de una guerra contra los terroristas y los dinamiteros. En respuesta, los grupos paramilitares protestantes, que llevaban mucho tiempo preparándose, salieron a la luz del día y levantaron sus propias barricadas defensivas. Al ejército británico y al nuevo secretario de Estado para Irlanda del Norte, Whitelaw, no les quedó más remedio que intentar destruir a los provos y, con ellos, a la resistencia católica, por cualquier medio directo que poseyeran para evitar una declaración unilateral de independencia protestante. Hubo un breve alto el fuego, que terminó con una oleada de nuevos bombardeos que, en un solo día en Belfast, causaron 11 muertos y 130 heridos. Era una guerra hasta el final.

Los medios de comunicación también estuvieron muy implicados en la desesperada estrategia de Whitelaw de aislar a los «pistoleros» del grueso de la «población civil». Fue un espectáculo calculado dirigido a helar el corazón de los espectadores británicos y a despertar el temor concomitante de que el terrorismo, que se percibía lentamente como acechante en un país

⁷² E. McCann, *War and an Irish Town*, Harmondsworth, Penguin, 1974.

tras otro, a paso lento pero seguro, estaba ya encaminándose al corazón de las principales ciudades británicas. La opinión constantemente repetida de que toda la situación cargada de terror y de explosiones era «insensata», producto de esa locura e irracionalidad colectiva llamada «Irlanda», hizo más que quizás cualquier otro factor para significar que la crisis del Ulster estaba más allá de la comprensión, no tenía razón ni fundamento, era una locura sin sentido. Cuando, a finales de año, el gobierno de Lynch, en el sur, introdujo un controvertido proyecto de ley antiterrorista —precursor de una sucesión de leyes de emergencia antiterrorista que se seguirían en un país de Europa occidental tras otro—, una oportuna explosión en Dublín (dificilmente rastreable hasta la puerta del IRA, ya que sin duda jugaba en contra de sus intereses), que mató a dos personas e hirió a muchas más, barrió la oposición en el Dáil y aseguró la aprobación de la ley. Fue la primera bomba de Dublín en la actual crisis. Sirvió para confirmar a la opinión británica de que algún factor o factores desconocidos e innombrables habían desencadenado un monstruo entre los intachables ciudadanos de países pacíficos y respetuosos de la ley. Esta combinación —de inocencia de los justos, frustración, miedo ante la aleatoriedad del peligro y ante la escala de su persecución— ayudó considerablemente a encender las ascuas en las que el público británico empezó a abrasarse por completo.

Los secuestros políticos no fueron en ningún sentido una creación de 1972 (se calcula que hubo más de 200 secuestros de aviones entre 1967 y 1971, de los cuales solo diez fueron políticos en el sentido directo de ejercer presión política sobre los gobiernos).⁷³ Pero el año estuvo marcado por algunos ejemplos especialmente dramáticos y escalofriantes. En marzo, un grupo guerrillero turco secuestró a tres técnicos de la OTAN, dos de los cuales eran británicos. En el transcurso de la emboscada, los rehenes fueron asesinados. En mayo se produjo una importante escalada en este tipo de actividad terrorista. Tres miembros del Ejército Rojo Japonés, actuando en nombre de la guerrilla palestina, abatieron a 24 pasajeros en la sala de espera del aeropuerto israelí de Lydda. La matanza se consideró suicida, indiscriminada y «casi incomprendible para las mentes occidentales»,⁷⁴ aunque no cabe duda de que fue un ataque en venganza por la muerte de tres secuestradores palestinos que habían tomado a un centenar de pasajeros como rehenes a bordo de un avión belga en el mismo aeropuerto tres semanas antes y que fueron abatidos cuando las tropas israelíes asaltaron el avión. De hecho, la situación de los palestinos (que, por mucho que a uno le repugne el uso del terror indiscriminado como arma política, no es ciertamente «incomprendible») constituyó la principal fuente para el crecimiento del terrorismo internacional, al que fueron especialmente

⁷³ R. Clutterbuck, *Protest and the Urban Guerrilla*, Londres, Cassell, 1973, p. 234.

⁷⁴ Ibídem.

vulnerables todas las grandes compañías aéreas internacionales y los aeropuertos, así como los países avanzados en general. En este periodo, fue el grupo Septiembre Negro, que surgió junto al grupo Baader-Meinhof, la fracción japonesa del Ejército Rojo y otros, en lo que rápidamente se consideró una conspiración internacional, que vinculaba a Palestina, el Ulster y otros centros de guerra urbana, quien acaparó los titulares de los periódicos británicos. Esta renovada preocupación por la vulnerabilidad metropolitana ante el terrorismo alcanzó su punto álgido con la invasión por parte de Septiembre Negro de la villa olímpica, la toma de nueve rehenes israelíes y el fusilamiento de otros dos. Aquí, una vez más, la emboscada salió mal y en el tiroteo murieron cinco de los ocho terroristas al igual que todos los rehenes. La prensa y los servicios de televisión del mundo, presentes allí para cubrir hasta la saturación la amistad internacional y la armonía a través del deporte, recogieron en cambio las reverberaciones de la muerte y el caos que surgía rápidamente y sin previo aviso desde Baviera. Unas semanas más tarde, los tres terroristas capturados fueron liberados cuando un avión de Alemania Occidental fue secuestrado con éxito en Zagreb. En ese momento, cada uno de los dos millones de pasajeros al mes que pasaban por el aeropuerto de Londres sintió, al salir a la pasarela, que podía estar caminando directamente hacia el ojo de la tormenta de un holocausto internacional.

El hecho de que, en octubre de 1966, Duncan Sandys planteara al ministro del Interior laborista, Roy Jenkins, el peligro de una nueva afluencia de inmigrantes asiáticos procedentes de Kenia, y que se le pidiera que se abstuviera de hacer públicas sus preocupaciones, puede dar una idea de la distancia recorrida en cuestiones de raza e inmigración entre mediados de la década de 1960 y mediados de la década de 1970. «Por el momento», comentaba Powell en 1967, «hay una sensación de estabilización, y el tema ha desaparecido bajo la superficie de la conciencia pública».⁷⁵ Pero, prometió: «Habrá fases posteriores, en las que el problema volverá a ocupar su lugar en la preocupación pública y de forma más intrincada».⁷⁶ Powell volvió a la cuestión en octubre: «Cientos de miles de personas en Kenia, que nunca soñaron con pertenecer a este país, empezaron a pertenecer a él como usted y como yo».⁷⁷ La cuestión —planteada por *The Daily Mirror* en un titular de primera página como una opción: «Sobre la inmigración: ¿una batalla campal? ¿O el control del gobierno?»⁷⁸— reaparecía ahora, pero cada vez más de forma más dramática, como el espectro de una «inundación incontrolada», o como lo que *The Sunday Times* llamaba

⁷⁵ *The Daily Telegraph*, 16 de febrero de 1967.

⁷⁶ Hiro, *Black British, White British...*, p. 222.

⁷⁷ Ibídem.

⁷⁸ *The Daily Mirror*, 15 de febrero de 1968.

«un diluvio».⁷⁹ La *Commonwealth Immigrants Bill* [Proyecto de ley de Inmigrantes de la Commonwealth] de 1968 llegó casi inmediatamente, imponiendo controles más estrictos a la entrada y al derecho de las personas dependientes a reunirse con sus familiares. El proyecto de ley se convirtió en una ley con una prisa indecente. El periodo comprendido entre las leyes de inmigración de 1968 y 1971 marca un nadir en las relaciones raciales en Gran Bretaña; y, aunque el foco de atención en este periodo recayó sobre la amenaza que suponían los inmigrantes que ya estaban aquí y sobre la posibilidad de repatriarlos, el peligro de una posible nueva llegada masiva desde el extranjero de asiáticos procedentes de África Oriental en posesión de pasaportes británicos no hizo sino echar más leña al fuego. Una de las principales formas de retirar el viento de las velas powellitas era garantizar un control más estricto del número de personas; y, a raíz de la nueva ley, el trato a los nuevos inmigrantes, especialmente a los asiáticos, por parte de los funcionarios de inmigración en los puertos de entrada se volvió notablemente más áspero.⁸⁰ Pero las profecías anteriores se cumplieron con creces cuando, el 4 de agosto de 1972, el presidente Amin anunció que ya no había sitio en Uganda para 40.000 asiáticos británicos. En cuestión de semanas, los asiáticos ugandeses, que llevaban encima pasaportes británicos pero poco más, empezaron a aparecer en gran número, y el gobierno tuvo que poner en marcha un programa de choque de alojamiento y búsqueda de empleo. La situación de los nuevos apátridas asiáticos era muy confusa, ya que muchos de ellos se encontraban atrapados entre las interpretaciones de los gobiernos ugandés y británico sobre la validez de su ciudadanía. En este periodo, a medida que el «zarandeo» de inmigrantes individuales desde y hacia su lugar de origen creció hasta convertirse en un flujo constante, las familias desamparadas eran separadas o llevadas a una especie de existencia en el limbo en uno de los campos de tránsito apresuradamente erigidos. En agosto, todas las señales de emergencia racial estaban claramente puestas en «estaciones de pánico»; abundaban lo que Dilip Hiro ha llamado las «metáforas marítimas» —de inundaciones, diluvios, maremotos, etc.—. La prensa, capaz de convencerse a sí misma de que había cometido una injusticia con el pueblo británico al dar deliberadamente un perfil bajo a las relaciones raciales, poniéndose así fuera de contacto con el sentimiento popular «ordinario» sobre el tema, se despojó de su velo progresista y se entregó a un ataque de sana franqueza realista: Gran Bretaña estaba siendo invadida.

El «acoso» realmente duro a las comunidades de inmigrantes —las «expediciones de pesca» de la policía en busca de inmigrantes ilegales, la inspección de pasaportes y documentos, el «desplazamiento» rutinario de

⁷⁹ *The Sunday Times*, 18 de febrero de 1968.

⁸⁰ Véase R. Moore, *Racism and Black Resistance in Britain*, Londres, Pluto Press, 1975.

grupos de jóvenes negros, la fuerte vigilancia de las zonas de gueto, las redadas en los centros sociales negros— data de este periodo, al igual que el regreso de un gobierno conservador, con un lobby anti-negro bien organizado y un vociferante sentimiento anti-inmigrante que crecía entre los incondicionales de su partido, haciendo honor a sus promesas electorales a la derecha. La Ley de 1971 fue descrita por Jenkins como «un proyecto de ley muy objetable, mal concebido en principio y perjudicial en la práctica»; pero, cuando recuperaron el gobierno en 1974, los laboristas no la derogaron, y el pánico en torno a la inesperada ruptura del control sobre el número y la entrada precipitada por la expulsión de Amin se intensificó.⁸¹ Sin insistir demasiado en la coyuntura, vale la pena señalar que el comienzo del pánico ante una nueva «avalancha» de asiáticos ugandeses y el pánico ante los «atracos» se produjeron en el mismo mes: agosto de 1972.

En 1972, la palabra comodín, «crisis», ya no parece una mera hipérbole periodística. Está claro que Gran Bretaña está entrando en una gran crisis social, económica y política. La crisis se percibe de forma diferente, se explica de forma diferente, según el punto de vista que se aplique. Pero ya no es simplemente una máscara de bruja con la que asustar a los niños. La forma en que se significó la crisis ha estado ligada a nuestra narrativa en todo momento. Pero el verdadero sabor de 1972, desde el punto de vista que aquí nos concierne principalmente, no se puede comunicar adecuadamente sin examinar brevemente este aspecto. El año está absolutamente dominado de principio a fin por dos simples términos abstractos, unidos en un solo pareado ideológico, y que abarcan todas las cuestiones, controversias, conflictos o problemas. Todo el año puede resumirse, por así decir, entre estos dos términos: «violencia» y «ley». Ya hemos observado antes cómo, al dar un significado a la expresión «problemas», la prensa o los portavoces definidores de la política, el gobierno, la vida pública o la moral, caracterizaban constantemente los temas de la disidencia social o las cuestiones de interés público con metáforas convergentes cada vez más amplias. En 1970, «el enemigo» se ha convertido en una figura única y compuesta, y su presencia, que se cierne ominosamente sobre todo, anuncia la posibilidad de un desorden social a gran escala. Su significante al comienzo de la década de 1970 es la «anarquía». Pero la «anarquía» —la amenaza general de caos social— sigue siendo algo menos que lo que sigue (si bien hay una clara línea que conecta una cosa con la otra): la aparición tangible de las fuerzas de la anarquía en forma de violencia. La violencia es *el eje* en torno al cual gira la significación pública de la crisis en 1972. Es, como hemos argumentado, el umbral final, el último. Porque, en la violencia, la anarquía aparece por fin bajo su auténtico ropaje: una conspiración contra

⁸¹ Véase, entre otros, ibídem, o *Race Today, passim*, para una relación de los efectos inmediatos de todo esto en las comunidades negras.

el propio Estado, una conspiración real o potencialmente impulsada por el uso de la fuerza armada. La violencia amenaza así, no este o aquel aspecto del orden social, sino el fundamento mismo del orden social. La violencia es, por lo tanto, la cresta de la ola, a lo que tendía, natural e inevitablemente, todo lo que había sucedido en Gran Bretaña desde mediados de la década de 1960 a fin de socavar y erosionar el «modo de vida»: el final del camino, la separación de los caminos. También fue, ideológicamente, la convergencia definitiva. Porque una vez que una sociedad se obsesiona con la «violencia» —una categoría que es notoriamente difícil de definir, pero que tiene el valor ideológico de parecer bastante simple, directa y clara (es en lo que «todos» estamos, en última instancia, *en contra*, todas las numerosas variedades de disidencia y conflicto pueden reducirse a esto)—, se convierte en el mínimo común denominador, que convierte todas las amenazas en «*la amenaza*». En 1972, la crisis es significada recurrentemente en términos de su violencia; y, cabe señalar, se trata de una violencia de cierto tipo: la violencia anárquica. Es una violencia colectiva, una violencia sin sentido ni razón, una violencia para la que no se puede concebir ninguna razón (ni siquiera la que aborrecemos): una violencia lunática, una violencia irracional, una violencia por gusto, sin sentido e incomprensible.

En febrero, la columnista de *The Sunday Express*, Anne Edwards, escribió lo siguiente sobre el Domingo Sangriento: «Este tipo de hooliganismo lunático y bocazas está supurando por todo el país». El hooliganismo lunático está relacionado con su «hermana fea»: la «violencia sin sentido». «Quizás deberíamos habernos dado cuenta antes de que la violencia de las turbas, que se excusa alegando una causa, tiene una hermana fea. Y es el daño inútil infligido por personas que no tienen otro propósito que golpear, romper, herir y destrozar solo por el gusto de hacerlo».⁸² La periodista está aquí «enlazando», a través del nexo de la violencia, el incendio de una embajada en la capital de un país, la defensa de la violencia por parte de un diputado minero, la amenaza de dos jóvenes con un cuchillo a unos escolares y la rotura de las fotografías del marido de una viuda en un barrio pobre de Londres por parte de unos matones. Los hechos descritos no son agradables, civilizados ni humanos. Tampoco son, de manera muy concreta, políticos. En cualquier caso, los ingleses son muy reacios a aceptar que la violencia política esté *alguna vez* justificada, aunque sean los herederos de un Estado que ha conseguido su riqueza y ha asegurado su posición en el mundo por muchos medios, entre ellos la conquista, el trabajo forzado y, a veces, la violencia. Sin embargo, el artículo no se basa en un argumento tan sofisticado. El hecho es que las cosas que se utilizan aquí como gancho para colgar una tesis no están «conectadas» de ninguna manera tangible o concreta, excepto *retórica*, ideológicamente. Puede que formen parte de la

⁸² *The Sunday Express*, 6 de febrero de 1972.

misma pesadilla: solo son, de la manera más metafórica, parte del mismo fenómeno histórico. No es la similitud de los acontecimientos, sino la similitud de la sensación de pánico subyacente en la mente del espectador lo que proporciona la verdadera conexión. Lo que hay, de hecho, en común aquí es una *sensación de crisis*. Y esto, mediante una serie de deslizamientos, elisiones, devaneos y giros metafóricos, se proyecta a través del «Domingo Sangriento», un suceso titulado por el reportero de *The Sunday Express* como «Cuando los canallas se esconden tras una causa».⁸³ No es necesario ser simpatizante de la política militar del IRA o ser partidario del terror indiscriminado como arma política para apoyar la opinión de que, independientemente de lo que ocurriera, un día o una hora antes o después del «Domingo Sangriento», el suceso en sí mismo del que se habla fue un enorme error de las *indisciplinadas tropas británicas*; y sus consecuencias, política y militarmente, desde el punto de vista británico, fueron un desastre sin paliativos, en gran parte porque confirmó de forma transparente a los ojos de los católicos lo que de otro modo era bastante más difícil de probar de forma concluyente: que ahora existía una definición militar de la crisis del Ulster a ambos lados de las barricadas que impedían el paso, y que, cuando una lógica militar toma el mando en una situación «colonial», los paracaidistas frustrados y ávidos de acción desencadenarán cuestiones políticas actuando dentro de un marco de referencia exclusivamente militar, es decir, violento. Este argumento fue presentado con solidez, sobre la base de pruebas sustanciales, por un periódico rival de *The Express*: *The Sunday Times*. Incluso se puede ver en el informe oficial sobre el «Domingo Sangriento» elaborado por el presidente del Tribunal Supremo, Widgery, que, lejos de ser «blando con los provos», fue ampliamente considerado como un trabajo de encubrimiento para el Ejército.

Nos centramos pues en el periódico que, después de todo, había llevado a cabo una audaz cruzada en toda una serie de cuestiones progresistas y de derechos civiles, sin excluir el delicado ámbito de la raza y a Powell, y que (a diferencia de su antiguo rival «progresista», *The Observer*) había corrido algunos riesgos reales y financieros para defender su posición independiente. He aquí un editorial de *The Sunday Times* de la misma época:

Martha Crawford, Serajuddin Hussein y John Law fueron asesinados a miles de kilómetros de distancia. En la muerte adquirieron una terrible unidad. Todos fueron víctimas, con la mayor inocencia, en disputas en las que no tuvieron parte. Una era una espectadora, otro era un rehén, otro era un periodista. Ninguno estaba armado, ninguno se defendía, ninguno estaba implicado en las luchas políticas por las que se les quitó la vida casualmente. Una era ama de casa, otro era técnico, otro era

⁸³ Ibídem.

editor. Cada uno llevaba una vida tan modesta e inofensiva como cualquier hijo de carpintero. Ahora son víctimas, tres entre decenas, de la barbarie que distingue a esta época.⁸⁴

También este sutil pasaje practica una especie de simplificación. Los conflictos políticos reales y terribles, *concretos*, de los que estas muertes inoportunas y trágicas son uno de los muchos resultados, se disuelven en la abstracción con la que se elevan al nivel de la pura violencia. La «terrible unidad» es una unidad falsamente impuesta. El único factor que estas muertes tan particulares pueden compartir aquí es que son el resultado del uso de la violencia. A esta «violencia» se contrapone otra abstracción: la total inocencia de las víctimas. El casi anonimato del pasaje sirve principalmente para subrayar la absoluta *falta de sentido* de todos los conflictos que terminan así. Todo se eleva aquí al nivel abstracto de la «gente corriente», confirmado en la falta de necesidad de la muerte: pero se logra a expensas de toda contextualización histórica y política. Sin embargo, en algún lugar detrás de estas muertes, están esos otros innumerables muertos palestinos sin nombre, que *The Sunday Times* no puede nombrar, ni siquiera a efectos simbólicos, porque, hasta hace muy poco, la historia los había olvidado por completo. No es del todo descabellado ver que, cuando la violencia institucional o política se perpetra sistemáticamente contra un pueblo explotado como el palestino, provocará violencia de vuelta. Fanon ha escrito con elocuencia y verdad sobre este punto. En la profunda connivencia —no individual, por supuesto, sino colectiva— que los británicos han tenido en este entierro histórico de la cuestión palestina, no quedan, por desgracia, «*inocentes no implicados*». Pero *The Sunday Times* prescinde firmemente de esta lógica fanonista. Considera que el argumento «carece de todo fundamento». Estos son «los dispositivos por los que se desplaza toda la culpa, y se reclama el martirio valiente, para los actos de cobardía sin fondo. Las imperfecciones del “sistema”, ese *vademécum* de los extremistas modernos, excusa cualquier ataque, por brutal que sea, a cualquier ciudadano, por muy ajeno que sea». Estos son principios impeccables, humanitarios y progresistas. No nos asustan y aterrorizan, como hacía la retórica de *The Sunday Express*, para que veamos y creamos lo que simplemente no existe. Pero, a su manera racional, también perpetran una especie de «falsedad». La política es un maestro de ceremonias más difícil de lo que se sueña en las salas de redacción de *The Sunday Times*. Las «imperfecciones del sistema» se parecen un poco menos a un *vademécum* para el extremismo vistas desde la franja al oeste del Jordán. Solo en el mundo abstracto del liberalismo clásico se puede dividir tan fácilmente el mundo en el yo público, que tiene derechos y deberes, y el yo privado,

⁸⁴ *The Sunday Times*, 2 de abril de 1972.

apolítico, que está totalmente «desvinculado». La «política» de la violencia surge de la nada y nos golpea entre los ojos, no a pesar del hecho de que estemos «desinvolucrados», sino *porque* los vínculos de explotación que nos conectan colectivamente a través de la cadena imperialista con otra parte lejana, olvidada y abandonada de la humanidad, se han pasado por alto durante mucho tiempo, a espaldas de todos. Esta es una verdad difícil. Sus resultados no son nada agradables de observar o contemplar.

El opuesto binario de la violencia no es la paz, ni el amor, ni la restitución: es la ley. «Esto no solo pone a prueba la fortaleza del gobierno. Es una prueba para todo el tejido de nuestra sociedad. La inmensa mayoría de los británicos quiere paz y justicia. Solo la ley, administrada de forma justa y legal, puede al final garantizarlas».⁸⁵ «Puede que la ley necesite ser modificada. Puede producir resultados que sus creadores no pretendían. Sus efectos sociales pueden ser perjudiciales. Incluso puede ser una ley completamente mala. Pero sigue siendo la ley; y aunque un Estado medieval pueda ser considerado inoperante por la falta de un consentimiento social moderno, una ley que solo ha existido durante cuatro meses difícilmente puede ser desechada de forma similar. [...] Así que incluso las malas leyes deben ser acatadas».⁸⁶ La procesión continúa durante todo el año. «Pero, buena o mala, por el momento es la ley, y el fundamento de una sociedad democrática es tolerar las leyes que no le gustan hasta que pueda cambiarlas constitucionalmente. [...] Tiene que haber una sanción legal definitiva o el imperio de la fuerza sustituiría al imperio de la ley».⁸⁷ «No debería haber ninguna duda en cuanto a la cuestión que ahora enfrenta el país. No tenía ni tiene nada que ver con los muelles o con el despido de los estibadores. Ni siquiera tiene que ver con la diferencia entre las políticas tory y socialista. Es una simple cuestión de si este país va a vivir bajo la ley o bajo la fuerza bruta de la anarquía».⁸⁸ ¿Y cuál es la amenaza para contener *estos* simples y crudos llamamientos a la «ley»? ¿El asesinato político? ¿El fusilamiento de rehenes? ¿El secuestro de inocentes? ¿El bombardeo indiscriminado de civiles? ¿La discreta carta-bomba en el correo de la mañana? ¿Hordas de hooligans bolcheviques en las calles? Los cuatro editoriales y artículos citados están, de hecho, montados en defensa de la *Industrial Relations Bill* del gobierno de Heath, una de las piezas más directas e indismuladas de la legislación legal de clase promulgada en este siglo por parte de una alianza de la clase política dominante contra la fuerza organizada y la unidad de la clase obrera.

⁸⁵ A. Maude, «Now Anarchy Has Show Its Face», *The Sunday Express*, 30 de julio de 1972.

⁸⁶ Editorial de *The Sunday Times*, 8 de junio de 1972.

⁸⁷ Editorial de *The Sunday Times*, 23 de julio de 1972.

⁸⁸ Editorial de *The Sunday Express*, 30 de julio de 1972.

Se ha argumentado que, al invocar la ley de forma tan amplia y abierta en la resolución de la crisis, Heath destruyó la necesaria ficción de la independencia del poder judicial. Barnett ha argumentado que la imparcialidad jurídica, consagrada en todas las formas desarrolladas del Estado capitalista, proporciona un marco de igualdad y autonomía jurídica que ayuda a enmascarar las continuas desigualdades sociales y económicas derivadas de las relaciones de producción.⁸⁹ Pero, una vez que el Estado se ve obligado a intervenir más directamente, tales intervenciones —especialmente cuando adoptan la forma excepcional de reclutar claramente a la ley para la defensa abierta de los intereses de clase— «corren el riesgo de hacer manifiesta y evidente la desigualdad “invisible” de la relación real entre trabajadores y capitalistas». La necesidad imperiosa que tiene el capitalismo contemporáneo de alcanzar un nuevo grado de intervención estatal en la economía [...] encierra, pues, un peligro para la burguesía: se arriesga a poner al descubierto la mistificación ideológica central del sistema, sobre la que descansa el consentimiento de las masas al reinado del capital».⁹⁰

Esto explica en parte por qué la introducción de la ley en la esfera clásicamente «neutral» de las relaciones económicas e industriales en 1972 no sirvió para pacificar sino para desencadenar y detonar una respuesta de clase masiva. En general, aunque consideramos que la ortodoxia de la «nueva izquierda» estadounidense de la década de 1960 —que el capitalismo liberal es simplemente una fachada para la represión fascista— es una simplificación errónea, es cierto que la presencia más visible y activa que, en la década de 1970, asumieron las fuerzas legales y los tribunales en la vida política y social *sí tuvo* en parte el efecto de despojar de ciertas capas de mistificación al modelo clásico de la beneficencia del Estado y del poder estatal que había prevalecido anteriormente. El caso podría extenderse al ámbito de la intervención pública en general. Hemos sugerido que uno de los profundos cambios estructurales que se están produciendo a lo largo de todo nuestro periodo, y que queda enmascarado por las formas más inmediatas y fenoménicas de la «crisis», es efectivamente la reconstrucción masiva de la posición, el papel y el carácter del Estado capitalista en general. Esto ha implicado la intervención progresiva del Estado en esferas —los mecanismos económicos del propio capital, por un lado, y toda la esfera de las relaciones ideológicas y de la reproducción social, por otro— que hasta ahora se consideraban formalmente como pertenecientes al ámbito independiente de la «sociedad civil». Así, la extensión de la ley y los tribunales al plano de la gestión política del conflicto y la lucha de clases vino acompañada, en otro plano, de la extensión del Estado a

⁸⁹ A. Barnett, «Class Struggle and the Heath Government», *New Left Review*, núm. 77, 1973.

⁹⁰ Ibídem.

la economía en general y a las condiciones para la expansión del capital; y, todavía en otro plano más, a las nuevas esferas del bienestar y la reproducción doméstica de la fuerza de trabajo. De hecho, es difícil decir, por el momento, si la forma precisa que ha adoptado esta reconstrucción del Estado capitalista en el caso británico es una característica de la evolución del modo de producción capitalista avanzado como tal, algo que Gran Bretaña comparte con todos los demás países capitalistas desarrollados, o es específica de las características más «nacionales», como el hecho de que Gran Bretaña intente llevar a cabo esta reconstrucción sobre una base económica extremadamente débil y frente a la clase obrera industrial más madura de la historia del capitalismo. Pero no se pueden negar los *efectos* de este cambio; y el hecho de que se haya producido, con importantes diferencias nacionales, tanto allí donde el capitalismo es débil (Gran Bretaña) como donde hasta ahora ha sido fuerte (Estados Unidos), sugiere que lo que estamos presenciando no es un epifenómeno. Procede de las contradicciones en la base del propio sistema capitalista mundial en un periodo de desarrollo contradictorio y desigual, y no simplemente de las «relaciones de fuerza» políticas de uno u otro país.

Caso de operar solo de este modo nos arriesgaríamos, sin embargo, a ignorar los aspectos más coyunturales. Si esta recomposición del Estado, incluido el papel alterado de su brazo jurídico, es realmente una de las causas subyacentes de las inestabilidades que hemos estado analizando, entonces también debemos reconocer que, en Gran Bretaña, ha asumido *formas* significativamente diferentes. El «consenso gestionado» de las fases anterior y actual del laborismo, con su mecanismo ideológico absolutamente central del «interés nacional», y sus estrategias ideológicas complementarias de dividir el mundo en «moderados» y «extremistas» fue *también* una consecuencia de la extensión del «Estado intervencionista», si bien bajo una forma diferente de la que asumió bajo el mandato de Heath. La diferencia, por lo tanto, no es que el extraordinario interludio de Heath representara el intervencionismo, en contraste con otros periodos de nuestra revisión, sino que, de manera crucial, marcó la conclusión de *un importante desplazamiento interno en la naturaleza del balance o equilibrio en el que se basa el poder estatal capitalista contemporáneo*. Y, aunque la estrofa básica del cambio puede derivar de un nivel más profundo de la estructura, *esta* diferencia —entre una forma de régimen represivo enmascarada y otra más abierta— surge con mayor intensidad en el nivel de la propia lucha de clases política. El aumento de la disidencia política, a partir de mediados de la década de 1960, y luego la reanudación de una forma más militante de la lucha política de la clase obrera a finales de la década, junto con la debilidad generalizada de la base económica británica, hicieron imposible, durante un tiempo, gestionar la crisis políticamente sin una escalada en

el uso y las formas del poder estatal represivo. Y la culminación de este cambio crítico en la naturaleza de la crisis hegemónica es lo que constituye el «servicio» que Heath prestó al capitalismo, aunque en realidad recibiera poco crédito por ello. Hay que señalar dos puntos más. Aunque desde entonces hemos vuelto a una forma de intervencionismo más justa y regulada, «contractual», la apertura al uso represivo de la parte legal del Estado no ha desaparecido. El consenso sigue siendo una construcción forzada y no espontánea; y, en sus manifestaciones rutinarias de mediados de la década de 1970, asume un rostro aparentemente permanente de fuerza represiva del que carecían sus variantes anteriores. El segundo punto, no suficientemente reconocido, es el poder movilizador del reclutamiento de «la ley» a fin de adherir a la mayoría silenciosa a una definición de la crisis que sustente regular y rutinariamente una forma más autoritaria del Estado. La interposición de la ley directamente en las relaciones de clase puede haber destruido algo de su eficaz «cobertura» neutral. Pero también ha tenido el efecto contrario: hacer más legítima la captación activa de la «opinión pública» de forma abierta y explícita a favor del «Estado fuerte». Cualquiera que dude de esto puede sintonizar un programa de radio «popular» al azar y captar el flujo y reflujo del populismo autoritario en defensa de la *disciplina social*, o puede escuchar atentamente las cadencias del sucesor de Heath. Heath arriesgó mucho en su última carrera hacia la meta en 1972. Pero el efecto ideológico de este periodo «extraordinario» le ha sobrevivido y no se ha agotado en absoluto.

El año 1972 es el momento en que el pánico al «atraco» hace su aparición por primera vez; y, por lo tanto, donde la narrativa histórica más amplia se cruza con nuestras preocupaciones más concretas. La fecha no tiene ningún otro significado especial. En términos de la desintegración del «rumbo de Heath», del aumento de la confianza y de la militancia de la lucha de la clase obrera, 1972 es simplemente un punto medio. Desde el punto de vista histórico, el «momento del atraco» es solo *un* momento de esta larga historia.

Sin embargo, su posición y su momento no son accidentales. Por supuesto, no intentamos forzar esta convergencia en un ajuste demasiado apretado o limpio. Nuestro objetivo es exponer la acumulación, en un punto de ruptura de una serie de contradicciones diferentes. Aunque la reacción al «atraco» excede la deriva del Estado, bajo la crisis de la hegemonía, hacia una postura excepcional, no es, en un sentido simple, el *producto* directo de esa evolución. La reacción al atraco tiene su propia «historia interna», dentro de las esferas jurídica e ideológica: el control de la delincuencia, la policía y los tribunales, la opinión pública y los medios de comunicación. Si se relaciona con la «crisis de la hegemonía», solo puede ser a través del equilibrio cambiante y las relaciones internas entre los diferentes aparatos

del Estado en relación con la gestión de la crisis. Están por construir las historias internas de estos aparatos en este periodo, vinculadas a una historia general del Estado capitalista. En su ausencia, no debemos empujar la plausibilidad más allá de lo que pueda llegar. En otros momentos de la posguerra *podría* haberse producido una fuerte reacción judicial a la «delincuencia callejera». Al fin y al cabo, la «recaudación del incremento de la tasa de criminalidad» ha sido una de las principales preocupaciones durante casi dos décadas. Durante la mayor parte del periodo, se ha podido escuchar a algunos sectores de la opinión pública pedir la vuelta a la pena capital o a los castigos corporales, al endurecimiento de las penas y al endurecimiento de los regímenes penitenciarios. La raza ha sido el juguete de la política del partido al menos desde las elecciones de Smethwick de 1964. La reorganización de las fuerzas policiales, que actúa con tanta eficacia y eficiencia contra las colonias negras y la disidencia política, se puso en marcha ya en 1963, y lo hizo por razones «organizativas» que, a primera vista, parecen muy alejadas de las amenazas más manifiestas. La crisis de autoridad, que gira en torno a la juventud, la familia y la conducta moral, se localiza más en la década de 1950 que en la de 1970. Así pues, las semillas del «pánico al atraco» estuvieron germinando durante mucho tiempo. Pero, sin duda, ese pánico tiene mucho más sentido —una vez situado en el contexto de la década de 1970— que en un periodo anterior. Como ya hemos visto, dependía de al menos cinco condiciones esenciales: un estado de movilización y «preparación» anticipada en los aparatos de control; una sensibilización de los círculos oficiales y de la opinión pública a través de los medios de comunicación; un «peligro percibido» para la estabilidad social —como cuando la tasa de criminalidad se interpreta como un índice de un colapso general de la autoridad y el control social—; la identificación de un «grupo objetivo» vulnerable (por ejemplo, los jóvenes negros) implicado en incidentes dramáticos («atracos») que desencadenan la alarma pública; la puesta en marcha de los mecanismos por los que los demonios conspirativos y los demonios populares criminales se proyectan en el escenario público. Todas estas condiciones se cumplen plenamente en el momento en que se precipita el «pánico a los atracos».

El hecho de que estas condiciones no operaran exclusivamente en relación con la delincuencia negra es ciertamente parte de nuestro caso, ya que esto es lo que sugiere la conexión entre la reacción estatal ante manifestaciones *particulares* de conflicto político y descontento social, y la crisis *general* de hegemonía. Creemos pues que la naturaleza de la reacción al «atraco» solo puede entenderse en términos de la forma en la que la sociedad —más especialmente, las alianzas de la clase dirigente, los aparatos del Estado y los medios de comunicación— respondió a una crisis económica, política y social cada vez más profunda. Dado que el fenómeno que pretendemos

situar emana más directamente del complejo jurídico-político, hemos rastreado esta crisis predominantemente en el nivel del Estado. Así, una crisis que merece un análisis más completo y fundamental en términos del modo de producción capitalista en condiciones de una recesión global sincronizada, se presenta aquí, principalmente —y con pleno conocimiento de las limitaciones— en el nivel, o en la forma, de la lenta construcción de una sociedad de «ley y orden» suave.

Las consecuencias: vivir con la crisis

El periodo comprendido entre 1972 y 1976 debe tratarse de forma más resumida. Sería un error presentar una historia concluida y redonda, ya que los acontecimientos precipitados en el periodo 1972-1974 no han llegado en absoluto a su culminación. Identificamos aquí cuatro aspectos principales: la crisis política, la crisis económica, el «teatro» de la lucha ideológica y la interpelación directa de la cuestión racial en la crisis de la vida civil y política británica. Los cuatro temas deben entenderse como desenrollándose dentro de una coyuntura orgánica cuyos parámetros están sobredeterminados por dos factores: el rápido deterioro de la posición económica de Gran Bretaña; y la perpetuación de una forma política de «ese Estado de excepción» que surgió gradualmente entre 1968 y 1972 y que ahora parece haberse instalado de forma permanente.

El regreso de Heath a la negociación corporativa después de 1972 se llevó a cabo ante una enorme derrota política. Se llevó a cabo con poca gracia; y todo indica que en la mente de Heath el enfrentamiento final simplemente fue pospuesto. Además, a medida que la recesión, tras el «boom de la crisis» mundial de 1972-1973, empezaba a afectar seriamente, las cifras de desempleo aumentaban, la inflación alcanzaba proporciones propias de la República de Weimar y todo el equilibrio del capitalismo mundial se tambaleaba por la sacudida de los precios del petróleo árabe; quedaba poco en la caja para «negociar». La fase 1, por lo tanto, impuso una congelación total de los salarios durante seis meses; la fase 2, un límite de una libra más el 4 %. La fase 3, iniciada en el otoño de 1973, con sus «cláusulas de relatividad» diseñadas para permitir a los sectores más combativos «ponerse al día», se enfrentó a la fuerza y la unidad reavivadas de la reivindicación de los mineros: 35 libras para los trabajadores de superficie, 40 libras para los trabajadores de interior, 45 para los picadores. El enfrentamiento había llegado. En respuesta, Heath desencadenó un ataque ideológico. Señaló la acción antipatriótica de los mineros al hacer coincidir sus reivindicaciones con el embargo petrolero árabe. Estaban «chantajeando a la nación». Los medios de comunicación no tardaron en aprovechar esta pista: después

de todo, los ataques a los que actúan contra el «interés nacional» ya no parecían contravenir el protocolo de cobertura informativa equilibrada e imparcial. Desde 1972 hasta hoy, cuando el «interés nacional» se identifica inequívocamente con cualquier política que el Estado esté llevando a cabo, la realidad del Estado ha acudido para proporcionar la *razón de ser* a los medios de comunicación; una vez que cualquier grupo que amenace esta estrategia delicadamente equilibrada ha sido expulsado simbólicamente del cuerpo político —a través de los mecanismos del paradigma moderado / extremista— los medios de comunicación han considerado muy legítimo intervenir, abierta y vigorosamente, del lado del «centro». El fenómeno del «terror rojo» está, por supuesto, bien documentado en la historia británica, y su éxito ha dependido hasta ahora de una hábil orquestación de los políticos y la prensa. Pero la virulencia de su reaparición en este periodo es digna de mención. En ese momento la prensa comienza de nuevo su profunda exploración para desenterrar a los «hombres con motivaciones políticas» del sindicato de mineros; más tarde (1974) conspiraría en una persecución organizada de la «amenaza roja» en la persona de McGahey, el líder de los mineros escoceses; después (1976) retrató a Wedgwood-Benn como el «Lenin» del Partido Laborista; durante todo el periodo inicial del «contrato social», intervino abiertamente una y otra vez para balancear las elecciones dentro de los sindicatos clave del polo «extremista» al polo «moderado»; más tarde quedó hipnotizada por el espectro del «marxismo». Todo esto era información buena, objetiva e imparcial. En ocasiones, la prensa abrió sus columnas a los rastreadores de la subversión comunista: el Institute for the Study of Conflict, la National Association for Freedom, el Aims of Industry Group, la Free Enterprise League, la campaña Let's Work Together. Más tarde, no se necesitó ninguna picana para dar tratamiento de primera plana a todos y cada uno de los portavoces que pudieran discernir la presencia de otro «marxista totalitario» dentro del Partido Laborista.

Heath empezó entonces su «solución final», dictada enteramente por el objetivo político de romper la clase obrera en su punto más fuerte. Sus perjudiciales consecuencias económicas precipitaron el declive económico de Gran Bretaña hacia la «depresión con inflación». Había que derrotar a los mineros, ahorrar combustible; y lo que es más importante, había que movilizar a la «nación» contra los mineros proyectando la crisis en el corazón de cada familia británica. A la economía se la hizo pasar por una semana de tres días de «emergencia» y el país se sumió en la penumbra. En un golpe brutal, los «costes» de las acciones de los mineros se generalizaron a la clase obrera así como al país en su conjunto, con la esperanza de que esto abriera divisiones internas en sus filas: haciendo que la presión de los laboristas y del TUC recayera sobre el NUM, y que la presión de las mujeres, que tenían que arreglárselas con salarios reducidos, recayera

sobre sus hombres en huelga. Las divisiones no llegaron a materializarse. Cuando finalmente se forzó al NUM para hacer una votación, el voto a favor de la huelga fue del 81 %. El «miedo a la crisis», generado con éxito, no logró romper esa solidaridad de clase que se había templado en la temporada abierta de dos años de guerra de clases con el conservadurismo de Heath. Con el acompañamiento de esta campaña de «miedo a los rojos», «rojos bajo la cama», plenamente movilizada, Heath convocó y perdió las elecciones de febrero. Las elecciones de febrero de 1974 «fueron más claramente una confrontación de clases que cualquiera de las elecciones previas desde la Segunda Guerra Mundial».⁹¹ También fue la victoria más rotunda, no para los laboristas (que regresaron en una débil posición minoritaria, una vez que se pudo convencer a Heath de que llamara a los hombres de la mudanza), sino para la clase obrera organizada. Habían tumbado al gobierno.

La situación de la lucha de clases política en los dos años siguientes puede resumirse brevemente observando tres vertientes: primero, el nivel de militancia sostenido durante el resto de 1974 a raíz de la victoria de los mineros; segundo, la vuelta a la gestión socialdemócrata de una crisis capitalista cada vez más profunda, principalmente a través de otra variante del mecanismo del «contrato social»; en tercer lugar, la articulación de una recesión capitalista en toda regla, con tasas de inflación extremadamente altas, una moneda en caída libre, recortes en el salario social y en el gasto público, un desbaratamiento de los niveles de vida, y un sacrificio de la clase obrera en el altar del capital, todo ello gestionado por un gobierno laborista con su cara estoica centrista (Callaghan) mirando al muro de sus acreedores internacionales y su cara beligerante (el Sr. Healey) mirando hacia sus propias filas. El «contrato social» es la última forma con la que la socialdemocracia británica ha intentado gestionar y capear los efectos contradictorios de un capitalismo en declive. Al igual que sus formas anteriores, el «contrato social» es la versión laborista de ese acuerdo corporativo, organizado dentro del Estado capitalista, y celebrado entre la dirección formal del movimiento obrero (un gobierno laborista en funciones), los representantes formales de la clase obrera (el TUC) y (en esta fase un socio silencioso y escéptico) los propios representantes del capital. Una vez más, de esta manera, la crisis del capitalismo se trasladó directamente al territorio del Estado. En las concesiones, hechas en los primeros días del «contrato», para «lograr un cambio fundamental en la distribución de la riqueza», reconociendo que la totalidad del «salario social» era ahora el ámbito que había que negociar, el «contrato social» marcó la fuerza relativa y la cohesión de las demandas de la clase trabajadora, al tiempo que

⁹¹ I. Birchall, «Class Struggle in Britain: Workers against the Tory Government, 1970-1974», *Radical America*, núm. 8(5), 1974.

otorgó a los sindicatos cierta capacidad de voto formal sobre las políticas del gobierno. Esa fuerza, por supuesto, se vio sistemáticamente mermada en las condiciones posteriores de severos recortes en el bienestar y el gasto público, recortes que la clase trabajadora soportó con mala cara, se resistió hasta cierto punto, pero que —una vez más desconcertada y confundida por el espectáculo de ser conducida a la pobreza y el desempleo por los suyos— no consiguió limitar.

Esta inestable base social del actual contrato social ha tenido consecuencias contradictorias: compromisos formales «a la izquierda», suficientes para asegurar el «consentimiento» de sindicalistas de izquierda como Scanlon de la AEWU y Jones de la TGWU y para garantizar cierta credibilidad al retrato que hace la prensa del Partido Laborista como un partido de «izquierdistas irresponsables»; lo suficientemente centrista como para persuadir a la clase obrera de que en la práctica se deje empujar e intimidar por los pragmáticos laboristas, al tiempo que tolera un aumento dramático de la tasa de desempleo y una reducción dinámica y escalonada del nivel de vida de la clase obrera.⁹² De este modo, los laboristas han «capturado» para su gestión de la crisis, para el capitalismo, esa parte de apoyo obrero y sindical necesario para representarse a sí mismos como el único «partido de gobierno creíble»; mientras, la propia presencia de los sindicatos tan cerca del centro de su inestable equilibrio es suficiente para permitir que el gobierno sea representado como «en manos de los barones sindicales», legitimando así la huelga de inversión de capital en el país y asustando a los brokers de divisas en el extranjero. (Algunos de los ejemplos más virulentos provienen de socialistas emigrados como Paul Johnson).⁹³ Difícilmente se puede imaginar una «resolución» política más inestable.

Lo «que manda» en esta posición de estancamiento es, por supuesto, el profundo pozo económico en el que finalmente ha caído Gran Bretaña. En 1975, la primera recesión mundial sincronizada del capitalismo estaba en pleno apogeo, una recesión que manifestaba una forma inusual de caída de la producción unida a una inflación creciente. Hasta dónde caerá el capitalismo mundial en la recesión es aún una conjeta abierta. Pero sus consecuencias para Gran Bretaña ya no son dudosas. Los «juncos débiles» de la alianza capitalista —Gran Bretaña e Italia especialmente— han quedado dañados de forma irreversible. Todo el aparato keynesiano de control de la recesión está hecho trizas, sin que exista un mínimo consenso entre los

⁹² AUEW (Amalgamated Union of Engineering Workers), liderado entonces por Hugh Scanlon. TGWU (Transport and General Workers Union), liderado en aquel entonces por Jack Jones. Ninguno de los dos sindicatos existe como tal hoy en día, al haberse fusionado con otras formaciones sindicales en la década de 1990. [N. de E.]

⁹³ P. Johnson, «The Know-Nothing Left», *The New Statesman*, 26 de septiembre de 1975; y P. Johnson, «Towards the Parasite State», *The New Statesman*, 3 de septiembre de 1976.

economistas sobre si la oferta monetaria tiene algo o nada que aportar a la reducción de la tasa de inflación. Al mismo tiempo, se intenta trasladar los costes sobre las espaldas de la clase trabajadora. Esto ya no es la descripción de una economía que sufre debilidades endémicas. Se trata de una economía que está siendo constantemente golpeada hasta la pobreza, gestionada por un gobierno que reza en silencio para poder realizar la transferencia de la crisis a la clase trabajadora sin despertar la resistencia política de las masas y así crear ese espejismo de los gobiernos socialdemócratas británicos: «condiciones de inversión favorables». Si recorta demasiado rápido, los sindicatos se verán obligados a echar el cerrojo al «contrato social», y se destruirá la frágil base social y política de la socialdemocracia; si no recorta rápido y con fuerza, los banqueros internacionales simplemente cortarán el crédito. Si sube los impuestos, las clases medias —ahora en un estado de excitación irritable, como el de Thatcher— emigrarán en masa o empezarán, al estilo chileno, a golpear las cacerolas; si no cobra impuestos, desaparecerán los últimos restos del Estado del bienestar y con ellos cualquier esperanza de comprar la conformidad de la clase trabajadora. La Gran Bretaña de la década de 1970 es un país para cuya crisis no quedan soluciones capitalistas viables, y en el que, hasta ahora, no existe una base política para una estrategia socialista alternativa. Es una nación encerrada en un estancamiento mortal: un estado de decadencia capitalista imparable.

Esto ha tenido consecuencias ideológicas mortíferas y profundas. Aunque, bajo la tutela de la socialdemocracia, Gran Bretaña retrocedió un poco en el Estado de la «ley y orden» cuya construcción estaba muy avanzada entre 1972-1974, la forma de Estado de excepción capitalista, que asumió en ese periodo, no ha sido desmantelada. La movilización de los aparatos de Estado en torno a los polos correctivo y coercitivo ha ido acompañada de un dramático deterioro del clima ideológico en general, favoreciendo un régimen mucho más duro de disciplina social: esta última es la forma en la que se obtiene el consentimiento de este estado de cosas «excepcional». Este impulso ideológico es difícil de delinear con precisión, pero sus principales temáticas y mecanismos no resultan difíciles de identificar.

Entre 1972 y 1974, finalmente, los gobiernos de turno, los aparatos represivos del Estado, los medios de comunicación y algunos sectores articulados de la opinión pública se apropiaron de la «crisis» como un conjunto entrelazado de *conspiraciones* planificadas u organizadas. La sociedad británica quedó poco menos que obsesionada con la idea de una conspiración contra «el modo de vida británico». Los desplazamientos psicológicos colectivos que requiere esta fijación son casi demasiado transparentes como para necesitar un análisis. En pocas palabras, «la conspiración» es la forma

necesaria y requerida en la que la disidencia, la oposición o el conflicto tienen que ser explicados en una sociedad que, de hecho, está hipnotizada por el *consenso*. Si la sociedad se define como una entidad en la que todos los conflictos de clase fundamentales o estructurales se han reconciliado, si el gobierno se define como el instrumento de la reconciliación de clases, si el Estado asume el papel de organizador de la conciliación y el consentimiento y la naturaleza de clase del modo de producción capitalista se presenta como lo que puede, con buena voluntad, ser «armonizado» en una unidad, entonces, claramente, el conflicto *debe* surgir porque una minoría malvada de hombres subversivos y políticamente motivados entran en una conspiración para destruir por la fuerza lo que no pueden desmantelar de ninguna otra manera. ¿De qué otra manera se puede explicar «la crisis»? Por supuesto, esta lenta maduración del espectro de la conspiración —como la mayoría de los paradigmas ideológicos dominantes— tiene consecuencias materiales. Su propagación legitima la represión oficial de todo lo que amenaza o es contrario a la lógica del Estado. Su premisa, por lo tanto, es la identificación de toda la sociedad con el Estado: el Estado se ha convertido en la encarnación burocrática, el poderoso centro organizador y la expresión del consenso desorganizado de la voluntad popular. Así, todo lo que hace el Estado es *legítimo* (aunque no sea «correcto»); y *quien amenaza el consenso amenaza al Estado*. Esta es una mezcla fatídica. A lomos de esta ecuación, el Estado de excepción prospera.

Desde 1974 hasta hoy, esta visión conspiratoria del mundo —que en su día fue prerrogativa del *East-West Digest*, de Aims of Industry, de la Economic League y de otros habitantes de la extrema derecha— se ha convertido en doctrina. Aparece en las columnas de correspondencia de *The Times*, se considera con peso en *The Economist*, se reflexiona en la Cámara de los Comunes y se debate en la Cámara de los Lores. Las noticias del sector industrial informan sistemáticamente en términos como «Escasa esperanza para la izquierda en la encuesta sindical de Leyland».⁹⁴ Cualquier conflicto industrial —como lo fue el conflicto de Chrysler con Wilson— es susceptible de ser tachado como el resultado de una «acción político-industrial».⁹⁵ A parlamentarios como Lord Chalfont se les concede espacio para perorar contra los «gusanos y termitas» comunistas que se dedican a aplastar la democracia: ¡una tesis apoyada por la proposición de que en Gran Bretaña ya se han cumplido todas las condiciones previas de Lenin para la revolución!⁹⁶ Directores de universidades polítécnicas, como el Dr. Miller en el norte de Londres, que se enfrentan a las protestas de los estudiantes a los que llama «malignos», confiesan: «Me siento en

⁹⁴ *The Guardian*, 12 de enero de 1976.

⁹⁵ *The Guardian*, 21 de mayo de 1975.

⁹⁶ *The Sun*, 27 de febrero de 1975.

mi oficina y me pica la posibilidad de decir: “¡Colgad a los cabecillas!”».⁹⁷ *The Daily Telegraph*, que ahora es abiertamente un órgano de la extrema derecha, publica en su suplemento reportajes a todo color que describen el «crecimiento sigiloso, insidioso y canceroso» del comunismo, la «traición, el engaño y la violencia de una pequeña minoría y [...] el subterfugio dirigido desde el extranjero». *The Birmingham Evening Mail* considera el reportaje tan definitivo que lo reproduce íntegramente.⁹⁸ La opinión pública es *tutelada* constantemente y sin descanso hacia posturas sociales autoritarias por el método de los «pánicos morales» patrocinados: el pánico hábilmente agudizado que envuelve a los centros de educación integral, el descenso del nivel educativo y los «rojos» en las aulas es uno de los ejemplos más eficaces y dramáticos; un ejemplo de cómo, a través de un tema aparentemente «no político», el terreno de la conciencia social se prepara para exactamente ese desenlace político requerido por la «edad de hierro» hacia la que nos dirigimos. Mientras tanto, el arzobispo de Canterbury, en una declaración ampliamente interpretada como «religiosa», *no* política (los militantes sindicales son siempre «políticos», no «laborales»), proporciona un barniz espiritual sobre la deriva nacional hacia la «inseguridad y la angustia» que raya en la desilusión y el miedo.^{⁹⁹}

No es de extrañar que el derecho se pusiera al servicio de la restauración de «la ley y el orden» mediante —literalmente— la bandera de la acusación de conspiración, un antiguo y desprestigiado estatuto, recuperado y desempolvado para la ocasión. En 1971, unos estudiantes de Sierra Leona que ocuparon su Embajada fueron acusados y condenados por conspiración. Apelaron y el Lord Canciller, Lord Hailsham, denegó su petición en la infame decisión de Karama (julio de 1973). Esta decisión, que sentó un formidable precedente en un ámbito conflictivo, y que fue una auténtica contribución legislativa por parte de los tribunales y no del Parlamento, respondía inequívocamente a una cadena de razonamiento político más que jurídico. Como observó John Griffith: «El poder del Estado, de la policía o de la sociedad organizada puede ahora ser aprovechado para la supresión de grupos minoritarios cuyas protestas habían sido anteriormente imputables solo a los tribunales civiles».⁹⁰ Encarna perfectamente la opinión del Lord Canciller de que «la guerra de Bangladesh, Chipre, Oriente Medio, el Septiembre Negro, el Black Power, la Angry Brigade, los asesinatos de Kennedy, Irlanda del Norte, las bombas en Whitehall y en Old Bailey, la Welsh Language Society, la masacre en Sudán, el atraco en el metro, las huelgas de gas, las huelgas en los hospitales, los paros,

^{⁹⁷} *The Guardian*, 9 de junio de 1975.

^{⁹⁸} *The Birmingham Evening Mail*, 12 de junio de 1975.

^{⁹⁹} *The Guardian*, 17 de octubre de 1975.

^{¹⁰⁰} J. Griffith, «Hailsham - Judge or Politician?», *New Statesman*, 1 de febrero de 1974.

las sentadas, la guerra del bacalao en Islandia» estaban todos «detenidos o tratando de detenerse en diferentes partes de la misma pendiente resbaladiza». ¹⁰¹ La visión conspirativa del mundo no puede expresarse de forma más completa. «En ese sentido», señaló el profesor Griffith, «Karama fue una decisión política tomada por un juez político». Muchos otros entraron a través de la brecha así abierta. Los editores de *IT* fueron acusados de «conspiración para ultrajar la decencia pública», los editores de *Oz* de «conspiración para corromper la moral pública». Bennion y su Freedom Under the Law Ltd. se presentaron como acusación particular contra Peter Hain por «conspiración para obstaculizar e interrumpir» la gira del equipo de rugby sudafricano. El juez estuvo de acuerdo en que Hain había interferido ilegalmente con el derecho del público en «un asunto de interés público sustancial, algo importante para los ciudadanos que están interesados en el mantenimiento de la ley y el orden». A los terroristas de Aldershot y a la Angry Brigade se les añadió la palabra «conspiración» a sus cargos. Lo mismo ocurrió con los manifestantes de la Welsh Language Society que, de hecho, no habían invadido la propiedad de la BBC. Y lo mismo ocurrió con los trabajadores de la construcción que habían adoptado con tanto éxito la táctica del «piquete volante» en las luchas de 1972-1973. Cuando su abogado defensor señaló que era difícil probar una conspiración entre los piquetes de Shrewsbury que nunca se habían reunido, el juez Mais le recordó que «para conspirar, no hace falta que se reúnan o se conozcan». ¹⁰² Por «conspirar para intimidar a los trabajadores a destajo», Dennis Warren fue condenado a tres años, «una pena 12 veces mayor que la máxima prevista por la ley para la intimidación directa». ¹⁰³

Como ha demostrado Robertson, la acusación de conspiración estaba perfectamente adaptada a la *generalización* del modo de control represivo: era enormemente amplia, sus términos altamente ambiguos, estaba diseñada para atrapar a grupos enteros de personas, estén o no directamente implicadas en complicidad, era conveniente para la policía a la hora de imputar la culpabilidad cuando las pruebas sólidas eran escasas, estaba dirigida tanto a romper las cadenas de solidaridad y apoyo como a disuadir a otros, se podía dirigir contra formas enteras de vida —o de lucha—. Robertson describe copiosamente la conspiración de la «rueda de carro», la conspiración de la «célula de la amistad» y la conspiración del «cigarrillo», de la que incluso Lord Diplock comentó que era «el dispositivo para acusar a un reo de estar de acuerdo en hacer lo que hizo en lugar de acusarle de hacerlo». El profesor Sayre calificó la conspiración como una «doctrina vaga en sus contornos e incierta en su naturaleza fundamental,

¹⁰¹ Citado en ibidem.

¹⁰² J. Arnison, *Shrewsbury Three*, Londres, Lawrence & Wishart, 1975.

¹⁰³ G. Robertson, *Whose Conspiracy?*, Londres, N.C.C.L. Publications, 1974.

una verdadera arena movediza de opiniones cambiantes y pensamientos poco meditados». Sin embargo, Lord Hailsham, en defensa de la sentencia Karama, admitió: «Personalmente prefiero un derecho común que sea un poco peludo en los bordes».¹⁰⁴ El derecho «peludo» de la conspiración iba a desempeñar un papel clave en los conflictos laborales de 1973 y 1974. En esos años se convirtió en un «motor de la política estatal». Su historia se convirtió —como señaló C. H. Rolph— en «la historia de la lucha de clases y de la regulación de los salarios».¹⁰⁵

Cabría esperar que los pragmáticos progresistas, como el jefe de policía Sir Robert Mark, que conoce la accidentada historia de la relación entre la policía y la disidencia política,¹⁰⁶ se hubieran alejado un poco de este descarado reclutamiento de la ley. Pero continuó sosteniendo —a pesar de una gran cantidad de pruebas— que las absoluciones eran demasiadas y que los criminales se escapaban a través de las «prácticas corruptas de los abogados»,¹⁰⁷ al tiempo que criticaba los juicios con jurado (con algunos indicios de éxito en, por ejemplo, el informe del Comité James).¹⁰⁸ Mark acusó a los magistrados de «fomentar efectivamente el robo y la delincuencia» y de no desalentar «el gamberismo y la violencia con las penas impuestas»,¹⁰⁹ así como de «ser demasiado indulgentes con los manifestantes violentos».¹¹⁰ En un llamamiento a la prensa para que fuera más crítica con las protestas violentas, dijo: «Se puede pensar también que la policía, desalentada por la aparente tolerancia de la magistratura con la violencia ilegal de los manifestantes y cansada del acoso por igual de los denunciantes, periodistas y movimientos políticos, se haya inclinado a mostrar una excesiva tolerancia». Cuando se le preguntó por los problemas policiales en el ámbito del orden público, definió el principal problema como «la incomodidad», unida a una violenta minoría sin escrúpulos.¹¹¹ Un periodo de aumento de la disidencia política es claramente un periodo de difícil gestión para la policía —y por lo tanto uno en el que la policía solo puede defenderse de la acusación de connivencia con la represión mediante el trazado de líneas más escrupuloso posible—. En cambio, en este periodo, la policía y el ministerio del Interior llegaron a aprobar la constante difuminación de todas las distinciones, cuando no a deleitarse con ella. La legislación de emergencia, al igual que la legislación antiterrorista, llevó a la policía a ese territorio ambiguo entre la sospecha y la prueba. El caso

¹⁰⁴ Ibídem.

¹⁰⁵ *The New Statesman*, 3 de agosto de 1973.

¹⁰⁶ Véase J. C. Alderson y P. J. Stead (eds.), *The Police We Deserve*, Londres, Wolfe, 1973.

¹⁰⁷ *The Observer*, 16 de marzo de 1975.

¹⁰⁸ Véase *The Guardian*, 26 de noviembre de 1975.

¹⁰⁹ *The Guardian*, 7 de noviembre de 1975.

¹¹⁰ *The Guardian*, 18 de marzo de 1975.

¹¹¹ *The Observer*, 23 de marzo de 1975.

Lennon puso de manifiesto la turbia franja que había entre la actuación policial sobre el terreno y las actividades de la Special Branch. Una serie de ocasiones muy publicitadas pusieron de manifiesto la deriva constante hacia el armamento de las fuerzas policiales británicas.¹¹² La llamativa erosión de las libertades civiles que esto implicaba, cuando fue señalada por organismos como el National Council of Civil Liberties, NCCL [Consejo Nacional de Libertades Civiles], solo logró que diputados conservadores como Biggs-Davison gruñeran que el NCCL debería ser rebautizado como «Consejo Nacional para la Licencia Criminal». Cuando *The Daily Telegraph* afirmó que «la Gran Bretaña que principalmente apreciamos y que el mundo admira ha surgido de un instinto de libertad, tolerancia, justicia y legitimidad de gobierno», no hacía más que mover las fichas ideológicas más poderosas a su alcance. La defensa práctica de las «libertades» y la «tolerancia» no era, obviamente, su preocupación.

Ya nos hemos referido a la aparición, en el punto álgido de la polarización de clases, de la conspiración del «terror rojo». Este no es, por supuesto, un fenómeno reciente. Solo en este siglo, Lloyd-George lo conjuró en el periodo 1919-1921; apareció en la forma de la carta de Zinoviev durante el gobierno de la minoría laborista; en el momento de la Huelga General de 1926; en el asunto Laski; fue omnipresente durante un tiempo en las profundidades de la Guerra Fría; recibió una confirmación abierta en las revelaciones de la penetración comunista en los sindicatos eléctricos; Wilson lo resucitó en la huelga de los estibadores.¹¹³ En el periodo 1974-1976, se puso prácticamente las botas. En el periodo previo a la campaña de las elecciones de 1974, Heath lo presentó a una audiencia televisiva voraz en la propia persona de Arthur Scargill. Desde entonces, ha surgido en torno a figuras tan destacadas como Benn y Scanlon; ha ensombrecido cada elección clave dentro de toda ejecutiva sindical importante; se ha convertido en parte de la moneda corriente con la que comercian los reporteros y comentaristas políticos de los medios de comunicación. Cualquier cuestión que afecte al grado de militancia de una huelga, o a una elección o votación sindical que *pueda* inclinar la balanza de fuerzas

¹¹² Robertson, *Whose Conspiracy?...*; y Bunyan, *The History and Practice of the Political Police in Britain...*

¹¹³ La «carta de Zinoviev» fue un documento falso consistente en una carta dirigida al Partido Comunista de Gran Bretaña y en la que el líder soviético instaba a la organización a preparar todo tipo de actividades sediciosas. Fue «encontrada» y publicada por los medios de la derecha británica cuatro días antes de las elecciones generales de octubre de 1924, tumbando así el gobierno laborista en minoría de Ramsay Macdonald, que se había establecido en aquel febrero. El asunto Laski se refiere a las acusaciones dirigidas por Churchill hacia Harold Laski, importante figura intelectual del laborismo, en el contexto de las elecciones de 1945. Con el fin de dañar la imagen del candidato laborista, Clement Attlee, Churchill sugirió que Laski (entonces declarado estalinista) podía convertirse en el poder en la sombra del gobierno laborista. [N. de E.]

hacia la izquierda y, por lo tanto, poner en peligro el «contrato social», se ha reformulado en términos de «rojos en la ejecutiva», «trotskistas bajo la cama» o «moderados / extremistas». Cuanto más tensa está la correa con la que se dirige a la economía británica, cuanto más fino es el equilibrio entre el cumplimiento y el derrocamiento del «contrato social», mayor es el poder que la metáfora conspirativa ha ejercido sobre el discurso político. Acontecimientos tan aparentemente inconexos como la educación progresista en la escuela primaria William Tyndale, la indisciplina en las aulas o la agitación ante los recortes educativos se reducen instantáneamente al cálculo conspirativo. Cualquier oposición a cualquier cosa que no asuma la forma de la pregunta parlamentaria bien planteada es susceptible de ser reconstituida como la obra de un puñado de subversivos detrás de la escena. El Partido Laborista discute enteramente en términos de subversión por parte de los «marxistas de izquierda» en cada circunscripción; las historias de desprecio, como las que ha lanzado el diputado Ian Sproat sobre los ministros laboristas que viajan, han sido minuciosamente examinadas en la prensa. La BBC por su cuenta ayudó a patrocinar todo el pánico del «Archipiélago Gulag», promoviendo las desinformadas opiniones de Solzhenitsyn sobre Occidente como la base para un debate serio sobre la erosión de las libertades británicas.

Esta paranoia colectiva de los enemigos conspiradores del Estado es solo la cara más evidente de la polarización ideológica en la que ha caído el país. Hay otros temas que se encuentran en su matriz de propuestas. Uno de ellos es la acusación de que, a pesar de todas las apariencias, el país ha sido víctima del avance sigiloso del colectivismo socialista. Este tema —con su atractiva contraposición del «pequeño hombre», el ciudadano privado, contra los tentáculos anónimos y corporativos del Estado— ha ganado muchos adeptos. Aunque capta algo de la auténtica realidad de un Estado intervencionista bajo las condiciones del capitalismo monopolista, lo que se tematiza oscuramente dentro de esta prestidigitación populista es el asalto lentamente madurado al Estado del bienestar y a cualquier tendencia hacia la igualdad social. Durante mucho tiempo el objetivo del ataque ideológico encubierto de la derecha ha sido, y ahora por supuesto también lo es, el espacio donde la socialdemocracia, en condiciones de recesión económica, se ve obligada a hacer profundas incisiones quirúrgicas. Bajo el disfraz de la ortodoxia monetaria, el intento de desmantelar el Estado del bienestar ha recibido ahora el manto de la respabilidad económica. (Está por ver qué hará exactamente el capital monopolista sin un enorme edificio estatal que garantice las condiciones sociales y políticas de su supervivencia). Un tema relacionado es la acusación de que el gobierno (y, de hecho, toda la sociedad) está ahora «dirigido por los sindicatos». Se trataba de un desarrollo del tema, lanzado en la era de Heath, de que los

sindicatos «chantajeaban a la nación», pero que ahora entraba también en la ortodoxia pública; tema peculiarmente conspicuo en un periodo en el que la supervivencia de los laboristas dependía exactamente del grado en que los sindicatos estuvieran en *su* bolsillo.

Podemos encontrar un impulso ideológico más poderoso en el giro coordinado hacia una *disciplina social* más dura, detrás del cual se está iniciando un viraje general hacia la derecha en la vida civil y social. Por primera vez desde que los Nuevos Conservadores se tragaron el «butskellismo»,¹¹⁴ hay un ataque abierto y frontal a toda la idea de igualdad, una defensa descarada del elitismo y una renovación completa de la ética competitiva. Sir Keith Joseph no ha dudado en dar a esto su plena justificación filosófica: «Dado que el interés propio es un motivo primordial en el comportamiento humano, cualquier acuerdo social para nuestra época debe contener, armonizar y encauzar los egoísmos individuales y corporativos si quiere tener éxito. [...] ¿Seguramente podemos aceptar que las clases menos educadas de la población estén menos abiertas a nuevas ideas, más fijadas en la experiencia pasada? De todos modos, el conservadurismo, como el egoísmo, es inherente a la condición humana».¹¹⁵ La recesión económica ha servido de cobertura para volver a esos temas «agresivos» de los tories: «El patriotismo, la familia, la ruptura de la ley y la sociedad permisiva».¹¹⁶ Su artículo en *The New Statesman*, con su defensa del pequeño empresario («Ejerce la imaginación [...]. Asume riesgos, es sensible a la demanda, lo que a menudo significa que lo es ante la gente») o su anterior discurso en Birmingham en defensa de la familia tradicional de tamaño modesto, hábitos moderados, ahorro y autosuficiencia, y su nocivo ataque a «las madres, los menores de 20 años en muchos casos, los progenitores solteros de las clases 4 y 5», «menos aptas para traer niños al mundo», que ahora producen «un tercio de todos los nacimientos», articulan una propaganda virulenta y sin disculpas de lo que se llama eufemísticamente «valores sociales de mercado» que pocos políticos se habrían arriesgado a pronunciar en público hace diez años. Estos temas, en los que se avanza con fuerza en el desmantelamiento del Estado del bienestar, están como de costumbre cruzados negativamente —«embarazos adolescentes, [...] borracheras, delitos sexuales y crímenes de sadismo»—, todos ellos achacables a la filosofía del bienestar, apoyada por los «matones de la izquierda», jaleados por algunos universitarios, «cucos en nuestro nido democrático».¹¹⁷ El objetivo no disimulado aquí es «revertir la mayor parte de los detritus acumulados del socialismo». La agresión constante a los «gorrones

¹¹⁴ Butskellismo: expresión satírica para referirse al consenso social, político y económico en Gran Bretaña tras la Segunda Guerra Mundial, véase la nota 15 de la p. 337. [N. de E.]

¹¹⁵ *The New Statesman*, 13 de junio de 1975.

¹¹⁶ Así se describe en *The Spectator*, el 26 de abril de 1975.

¹¹⁷ *The Sunday Times*, 20 de octubre de 1974.

y vagabundos del bienestar» que se ha desarrollado a raíz de esta línea de ataque es bastante coherente con este objetivo. Era una reacción moral contra las vastas masas de desempleados que supuestamente viven a costa de la Seguridad Social en la Costa Brava. También es evidente en la amplia contraofensiva contra la contaminación moral liderada por Whitehouse y otros («Inspirémonos en esa notable mujer», aconsejó Sir Keith), que alcanza su punto álgido en las campañas contra el aborto, ante las que los propios laboristas han capitulado en parte.

Otro ámbito en el que el talante autoritario es ahora muy evidente es, como ya hemos señalado, el de la educación pública. La reacción contra la educación progresista ha entrado en pleno apogeo con la elección de la escuela William Tyndale como lugar de la última batalla de Custer («¡Fascinante! Más poder para ti. Creo que podemos cambiar el rumbo», escribió Rhodes Boyson a uno de los principales instigadores del asunto William Tyndale).¹¹⁸ Boyson —segundo al mando de Thatcher en materia de educación— es, por supuesto, una de las voces más elocuentes en este frente, promoviendo la educación de élite y el sistema de vales, estimulando el pánico en torno a la violencia en las aulas, el vandalismo, el absentismo escolar y la caída de los niveles académicos y de alfabetización. Todo el Estado del bienestar, dice, está destruyendo «la libertad personal, la responsabilidad individual y el crecimiento moral» y «minando la fibra moral colectiva de nuestro pueblo como nación». Estos sustos se atribuyen a los «pequeños *gauleiters*» que muestran a los «jóvenes ignorantes, frustrados y sin rumbo» cómo canalizar «su frustración en acciones violentas para promover los objetivos revolucionarios» (la señora Walker, de la escuela William Tyndale).¹¹⁹ Estos temas han sido hábilmente orquestados, a alto nivel, por los Black Papers sobre educación, y por medio de hábiles manipuladores del «poder de los padres», como St John Stevas. Mientras tanto, los ayuntamientos conservadores están haciendo una última y conmovedora resistencia (como en Tameside) para frenar la comprehensividad y defender hasta el final a los sectores de la educación privada y de élite.

Lo que lleva a una fuerza política a derivar hacia un «evangelio social» autoritario y activo es la aparición, por primera vez desde la guerra, de una fracción organizada y articulada de derecha radical *dentro de la dirección del propio Partido Conservador*. Con la elección de la Sra. Thatcher y de su entorno, esta fracción ya no pertenece a los márgenes y a la trastienda tory. Se ha instalado en su centro intelectual y político. Su principal coartada ha sido la doctrina de la restricción monetaria, los recortes del gasto público y la vuelta a la disciplina del libre mercado, que es la principal tabla

¹¹⁸ *The Guardian*, 5 de febrero de 1976.

¹¹⁹ Véase ibidem.

antiinflacionista defendida por los doctrinarios monetaristas que se han agrupado en el bando de Thatcher:

Cuanto más han intervenido los gobiernos para sacar las decisiones económicas del mercado y llevarlas a la arena política, más han enfrentado a un grupo con otro, a una clase con otra y al interés sectorial con el interés público. La politización de un área tan amplia de las actividades económicas del país ha creado tensiones que amenazan su cohesión social. En resumen, lo que el país afronta ahora no es una crisis de la economía de mercado, sino una crisis de la interferencia del gobierno en la economía de mercado.¹²⁰

Esto va de la mano con la defensa del pequeño empresario, de la respetabilidad de la clase media baja, de la autosuficiencia y de la autodisciplina que propagan constantemente Thatcher, Sir Keith Joseph, Maude y el resto del liderazgo tory. Sus ideólogos resultan vociferantes en otros sitios: en la columna de Worrall en *The Sunday Telegraph*,¹²¹ en *The Spectator* de Cosgrave —ahora prácticamente la casa de papel de Thatcher—, en *The Economist*. Tiene sus ventrílocos más populistas en las campañas de Clean-Up Television, Anti-Abortion, el Festival of Light, los lobbies como la National Association of Ratepayers Action Groups, la National Association for Freedom, la National Federation of the Self-Employed, la National Union of Small Shopkeepers o Voice of the Independent Centre, que dan al nuevo autoritarismo de la derecha una considerable profundidad de penetración popular en las excitadas clases medias, así como en sectores pequeñoburgueses.

Una de las paradojas del extraordinario interregno tory es que, al jugar con las alternativas extremistas, aunque solo hasta cierto punto, Heath —un «extremista» de tipo *moderado* y, probablemente, en última instancia, un hombre del centro conservador más que de la extrema derecha— contribuyó, sin embargo, a dejar salir al extremismo de la caja. Parece que esperaba llevar a estas peligrosas fuerzas hasta la derrota de la clase obrera, pero no tener que elaborar plenamente (en interés de las fuerzas conservadoras más centristas, que también formaban parte de su coalición) el programa político-moral de la derecha pequeñoburguesa. El espectáculo de un choque frontal con la clase obrera —un choque que parecía condenado a perder— ahuyentó a su apoyo centrista en el Partido y a su apoyo industrial en la patronal. Pero la consecuencia de su derrota, y de la desintegración de la extraña alianza de clases que ensambló en 1970, fue liberar

¹²⁰ Center of Political Studies, *Why Britain Needs a Social Market Economy*, Londres, folleto del C.P.S.

¹²¹ Véase «Why High Marx Means Low Marks», *The Sunday Telegraph*, 12 de octubre de 1976.

a la auténtica extrema derecha para que tuviera vida propia. Él y sus partidarios están ahora en la picota como contribuyentes involuntarios en la deriva hacia el «colectivismo rastreño». El liderazgo de Thatcher-Joseph-Maude, en su ruptura con la derecha, ha reunido estas cuestiones flotantes del extremismo y la conspiración en un programa político alternativo. Dice algo de la capacidad del capital británico para reconocer sus propios intereses a largo plazo el hecho de que, después de 1974, volviera a optar por una gestión de la crisis por parte de sus «gobernantes naturales»: un partido socialdemócrata. Pero dice algo del transformado clima ideológico y político del Estado de excepción que esos espectros a medio formar que una vez rondaron los márgenes de la política británica propiamente dicha hayan sido ahora totalmente politizados e instalados en la vanguardia, como base viable para la hegemonía, por el «otro» partido del capital, los conservadores. A medida que se erosiona la amplitud de la frágil base laborista, este es el «bloque» histórico preparado para heredar la siguiente fase de la crisis. Es una coyuntura que muchos preferirían pasar por alto.

Quienes recuerden la temática de la «ideología inglesa» que antes hemos analizado con cierto detalle, no habrán pasado por alto la reaparición de lo que esencialmente son estos grandes temas ideológicos pequeñoburgueses en la escena política. No cabe duda de que, a medida que la recesión agudiza los instintos competitivos, la ética civil pequeñoburguesa ejerce un mayor atractivo para el público en general. En ausencia de un impulso bien fundado y sostenido para democratizar la educación, algunos padres de clase trabajadora se sentirán ciertamente atraídos por las promesas del «poder de los padres» y el «sistema de vales», si por estos medios pueden asegurar que las oportunidades de educación, que se reducen rápidamente, pueden ser canalizadas hacia sus propios hijos. La vieja pequeña burguesía —el pequeño comerciante, el oficinista y el trabajador de traje, el pequeño asalariado y el pequeño empresario— ha sido ciertamente exprimida por el creciente poder de las empresas corporativas, el Estado y las multinacionales. Las clases medias han sufrido una fuerte caída de su nivel de vida y puede que tengan que soportar más antes de que la crisis termine. Por supuesto, estas no constituyen una fracción viable de la clase dirigente en la que la derecha pueda basar un poder político estable. Podrían proporcionar los subalternos vociferantes en tal alianza de clase, su vanguardia política; pero es difícil ver con qué fracciones del capital podrían combinarse en una forma de «resolución de la crisis» bajo gestión de la derecha radical. No obstante, un interés capitalista reorganizado, decidido a impulsar una solución económica radical de la crisis a expensas de la clase obrera, que opere —como ha ocurrido antes en la historia europea de este siglo— detrás de una ideología pequeñoburguesa rampante, la ideología de «una pequeña

burguesía en rebelión»,¹²² podría proporcionar la base para un formidable desenlace temporal. Esta *regresión* del capitalismo a una ideología pequeñoburguesa en condiciones de estancamiento político y económico es uno de los rasgos que hacen del equilibrio en el que se encuentra el Estado capitalista posterior a 1970 un momento «de excepción».

Dentro del submarino amarillo

Cuando nos embarcamos en este estudio, el uso de la palabra «crisis» para describir la actual «condición de Gran Bretaña» aún no había adquirido nada parecido a su estatus actual. Ahora, igual demasiado oportunamente, está de moda. Cuando comenzamos nuestro trabajo sobre el contexto histórico del «atraco», nos resultó extremadamente difícil imponer esta lectura de la situación general en relación con nuestras preocupaciones más delimitadas. La recesión económica, al menos en este sentido, ha servido para centrar el tema. Ahora es de rigor referirse a «la crisis británica», a menudo sin especificar en qué aspectos existe tal «crisis». Es necesario, pues, que definamos cómo entendemos esa «crisis» cuyo desarrollo hemos estado delineando. En primer lugar, es una crisis del y para el capitalismo británico: específicamente es una crisis de una nación capitalista industrial avanzada, que intenta estabilizarse en unas condiciones globales y nacionales en rápida transformación sobre una base económica posimperial extremadamente débil. Se ha convertido, también progresivamente, en un aspecto de la recesión económica general del sistema capitalista a escala mundial. La razón de esta debilidad global del capitalismo está fuera de nuestro alcance. Pero debemos señalar que, históricamente, el capitalismo de posguerra en general solo sobrevivió a costa de una importante reconstrucción del capital, del trabajo y del proceso laboral del que depende la extracción y realización del excedente: esa profunda recomposición que supuso el paso al capitalismo «tardío». Todas las economías capitalistas del mundo emprendieron esta «reconstrucción» interna de formas diferentes en el periodo inmediatamente anterior e inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial; la historia comparada de este periodo de reconstrucción capitalista está aún por escribir. Gran Bretaña también intentó una transformación profunda de este tipo, sobre una base industrial y económica extremadamente débil y vulnerable; y este intento de adecuar una economía capitalista industrial atrasada a las condiciones de una economía productiva avanzada creó, durante un tiempo, un clima y unas condiciones económicas de invernadero, conocidas popularmente y experimentadas erróneamente como «abundancia». Su éxito fue extremadamente limitado

¹²² Poulantzas, «Marxist Political Theory in Great Britain», *New Left Review*, núm. 43, 1967.

y efímero. Gran Bretaña —en los términos del capitalismo tardío— sigue teniendo un desarrollo desigual, permanentemente atascado en «la transición». Los efectos de esta posición de estancamiento, de esta transición no completada, se han experimentado en *todos* los niveles de la sociedad en el periodo posterior. Esta condición principal subyacente es la que señalamos continuamente en nuestro análisis, pero que no podemos, dado el alcance de nuestro trabajo y nuestra competencia, completar o desarrollar, ni darle un peso y dimensión adecuados. Sin embargo, no por ello debe descuidarse su carácter central en el conjunto de la coyuntura.

En segundo lugar, se trata de una crisis de las «relaciones de fuerzas sociales» engendrada por esta profunda ruptura en el plano económico: una crisis de la lucha de clases política y de los aparatos políticos. Aquí, de nuevo, la cuestión es extremadamente complicada y debemos conformarnos con una simplificación: el punto en el que la lucha política desemboca en el «teatro político» se ha experimentado como una crisis de «Partido», es decir, tanto de los partidos de la clase dominante como de los partidos de la clase obrera. Desde el punto de vista político, la cuestión clave ha sido qué peculiar alianza de fuerzas de clase, organizada en el terreno de la política y el Estado en términos de un «equilibrio» específico de fuerzas e intereses, es capaz de proporcionar un liderazgo político hegemónico en la «transición» y a través de ella. La cuestión del «Partido» es aquí crucial, en el sentido de Gramsci: no en el nivel del juego parlamentario, sino en el nivel más fundamental de los intereses políticos organizados y de las trayectorias de las fuerzas de clase fundamentales. No hemos podido delinear con precisión la sucesión de alianzas de clase históricas que han apostado por el poder en este periodo, ni sobre qué tipo de concesiones se han construido tales alianzas. Una vez más, esta historia de los partidos y de los bloques (que es algo muy diferente de una historia del Partido Conservador o del Partido Laborista como tales, o de la interacción de los partidos en el Parlamento) está por escribir. No podemos hacerlo aquí. Solo podemos señalar que, en efecto, ha habido una sucesión de «bloques» de clase construidos históricamente desde 1945; solo tenemos que pensar en la particular alianza popular que se aglutinó en la avalancha laborista de 1945; la que apuntaló el exitoso periodo de «gobierno hegemónico» de Macmillan en la década de 1950; en las peculiares alianzas de clase alternativas tras las que Wilson intentó volver al poder en 1964 («trabajadores intelectuales y manuales», incluyendo a los revolucionarios de bata blanca y a los gestores del capital de mentalidad moderna); así como la curiosa alianza que apoyó el regreso de Heath al poder en 1970. Pero, sin duda, para nuestro propósito, el rasgo más importante de este nivel de la crisis es el papel del «laborismo», específicamente del Partido Laborista, pero también el reparto laborista de las instituciones organizadas de la clase

obrera. El laborismo ha surgido como un partido alternativo del capital y, por lo tanto, como un gestor alternativo de la crisis capitalista. En el nivel político más fundamental —y dando forma a todos los rasgos de la cultura política anterior— para la clase obrera la crisis del capitalismo británico ha sido también una crisis de la clase obrera organizada y del movimiento obrero. Esto ha tenido un efecto muy profundo, no solo en términos de la batalla para incorporar a las clases trabajadoras al Estado capitalista y, por lo tanto, como socios menores en la gestión de la crisis, sino también en términos de las consiguientes divisiones dentro de la clase, del crecimiento de la conciencia fraccional de clase, del economicismo, el sindicalismo y el oportunismo reformista. En esto ha tenido una profunda importancia que las principales estrategias para hacer frente a la crisis y contener sus efectos políticos se hayan extraído en gran medida *del repertorio socialdemócrata* y no del partido tradicional de la clase dominante. Las dislocaciones que esto ha producido en el desarrollo de la crisis, así como las resistencias a la misma y, por lo tanto, a las posibles formas de su disolución, apenas se han empezado a calcular.

En tercer lugar, se trata de una crisis *del Estado*. La entrada en el «capitalismo tardío» exige una reconstrucción profunda del Estado capitalista, una ampliación de su esfera, de sus aparatos, de su relación con la sociedad civil. El Estado ha pasado a desempeñar nuevas funciones en distintos niveles críticos de la sociedad. Ahora tiene un papel económico decisivo, no indirecto sino directo. Asegura las condiciones para la continua expansión del capital. Asume así un papel importante en la gestión económica del capital. Por lo tanto, los conflictos entre las fuerzas de clase fundamentales, que hasta hace poco se formaban principalmente en el terreno de la vida y la lucha económica, y solo gradualmente, en puntos de conflicto extremo, «escalaban» hasta el nivel del Estado, se precipitan ahora inmediatamente en el terreno del propio Estado, donde se hacen todas las negociaciones políticas críticas. Ni que decir tiene que este estilo «corporativo» de gestión de la crisis, en el que el Estado desempeña un papel activo y principal en nombre del «capital en su conjunto», y al que se adhieren cada vez más capitales independientes, representa un *cambio importante* en todo el orden económico y político. Sus consecuencias ideológicas —por ejemplo, el papel que el Estado debe desempeñar en la movilización del consentimiento detrás de estas estrategias particulares de gestión de crisis y, por lo tanto, en la construcción general del consentimiento y la legitimidad— son también profundas.

En cuarto lugar, se trata de una crisis de legitimidad política, de autoridad social, de hegemonía y de las formas de la lucha de clases y de la resistencia. Esto afecta de manera crucial a las cuestiones del consentimiento y de la coerción. La construcción del consentimiento y la conquista

de la legitimidad son, por supuesto, los mecanismos normales y naturales del Estado capitalista liberal y posliberal; y sus instituciones están especialmente bien adaptadas a la construcción del consentimiento por estos medios. Pero el consentimiento también tiene que ver con el grado y la forma de la «autoridad social» que la alianza particular de fuerzas de clase que está en el poder puede ejercer sobre todos los grupos subordinados. En resumen, tiene que ver con el carácter concreto de esa forma de hegemonía social que en cada momento resulta posible instalar y sostener por parte las clases dominantes. Nos acercamos aquí a nuestras inquietudes inmediatas en lo que se refiere al «atraco». El grado de éxito en el ejercicio de la hegemonía —el liderazgo basado en el consentimiento y no en el exceso de fuerza— tiene que ver precisamente, en parte, con el éxito en la gestión global de la sociedad; y esto resulta cada vez más difícil a medida que las condiciones económicas se vuelven más difíciles. Pero también tiene que ver con el desarrollo de fuerzas de oposición coherentes y organizadas, de todo tipo, y con el grado en que *estas* son reclutadas, neutralizadas, incorporadas, derrotadas o contenidas: es decir, tiene que ver con la contención de la lucha de clases. Aquí, la cuestión de la periodización se vuelve imperativa. Nos parece que, por muy inciertas y efímeras que fueran las condiciones que lo hicieron posible, a mediados de la década de 1950 se produjo efectivamente un periodo de «hegemonía» exitosa (antes hemos intentado explicar en qué condiciones y a qué precio). Pero este periodo de consenso comienza a desmoronarse, al menos en su forma natural y «espontánea», a finales de la década de 1950. El Estado se vio entonces obligado a recurrir en gran medida a lo que hemos descrito como la variante «social-demócrata» de la hegemonía consensual. No debemos dejarnos confundir por esto. Resulta decisivo que, por muy «reformista» que fuera su método, la crisis capitalista de la década de 1960 solo pudo ser gestionada a «costa» de reclutar al partido del trabajo en la sede de la dirección.

Sin duda, el hecho de la hegemonía presupone que se tengan en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los que se va a ejercer la hegemonía, y que se forme un cierto equilibrio de compromiso, es decir, que el grupo dirigente haga sacrificios de tipo económico-corporativo. Pero tampoco hay duda de que tales sacrificios y tal compromiso no pueden tocar lo esencial.¹²³

En cualquier caso, es difícil saber si este periodo puede calificarse propiamente de un periodo de consenso, de hegemonía. Se parece más a lo que hemos caracterizado como «disenso gestionado»: esa autoridad social indiscutible que constituye la «hegemonía» en sentido propio ya no existe.

¹²³ Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks...*, p. 161.

El consentimiento se obtiene, a regañadientes, solo a expensas de sucesivas rupturas y quiebras, paradas y arranques, con mecanismos ideológicos que trabajan a toda máquina para conjurar de la nada un «interés nacional» —sobre el que podría volver a descansar el consenso— que ya no puede ganarse de forma natural o espontánea. Ya no se trata de un periodo de hegemonía de la clase dominante: se trata de la apertura de una grave «crisis de hegemonía». Y aquí, por supuesto, no solo comienzan a multiplicarse las contradicciones sociales en ámbitos que van mucho más allá de las relaciones económicas y productivas, también comienzan a reaparecer las diversas formas de resistencia, de lucha de clases y de disidencia. Ciertamente, estas formas de resistencia no tienen una coherencia global; de hecho, en sus primeras manifestaciones, se niegan resueltamente a asumir una forma explícitamente política. Tal vez la crisis británica es peculiar precisamente por el *desplazamiento* masivo de la lucha de clases política hacia formas de protesta y disidencia social, moral e ideológica, así como por el resurgimiento, después de 1970, de un tipo de «economicismo» peculiarmente intenso: un sindicalismo obrero defensivo. Sin embargo, en sus diversas y proteicas formas —el Estado, la dirección política, los líderes de opinión, los medios de comunicación, los guardianes del orden—, la sociedad oficial *vislumbró*, primero de forma irregular y luego (a partir de 1968) cada vez más claramente, la forma del *enemigo*. Las crisis deben tener sus causas; las causas no pueden ser estructurales, públicas o racionales, ya que surgen en la mejor, la más civilizada, la más pacífica y tolerante sociedad de la tierra, así que deben ser secretas, subversivas, irrationales, un complot. Los complots deben ser desmantelados. Hay que tomar medidas más contundentes: una oposición superior a la «normal» requiere un control mayor que el habitual. Este es un momento extremadamente importante: el punto en el que, agotado el *repertorio* de la «hegemonía a través del consentimiento», entra en juego la deriva hacia el uso rutinario de las características más represivas del Estado. Aquí el péndulo dentro del ejercicio de la hegemonía se inclina, de manera decisiva, desde la situación en la que el consentimiento anula la coerción, hasta la condición en la que la coerción se convierte, por así decir, en la forma natural y rutinaria en la que se asegura el consentimiento. Este cambio en el equilibrio *interno* de la hegemonía —del consentimiento a la coerción— es una respuesta, dentro del Estado, ante la creciente polarización de las fuerzas de clase (reales e imaginarias). Es exactamente así como se expresa una «crisis de hegemonía».

El control llega a implantarse, progresivamente, en lentas etapas. Se impone de forma diferente en las distintas «áreas problemáticas» en las que se sedimenta la crisis. Lo interesante y significativo es que se produce en dos niveles, tanto por arriba como por abajo. De ahí que asuma la

forma de una gestión coercitiva del conflicto y la lucha, que —paradójicamente— también cuenta con el «consentimiento» popular, esto es, que ha ganado legitimidad. No debemos abandonar ni por un momento la forma específica en la que el Estado británico se desliza hacia una situación «de excepción». Limitarse a gritar «fascismo» es aquí más inútil que nunca: esto encubre, convenientemente, todo lo que es más importante tener en cuenta. Una sociedad en la que el Estado se abroga mediante la toma del poder estatal, por ejemplo, mediante un golpe de Estado armado, en el que las fuerzas represivas toman abiertamente el mando y se imponen por decreto y por la fuerza de las armas, el terror oficial y la tortura, donde se instala un régimen represivo (Chile y Brasil son ejemplos), es algo muy diferente de una sociedad en la que cada paso hacia una postura más autoritaria va acompañada de una poderosa oleada de legitimidad popular y en la que el poder civil y todas las formas del Estado posliberal permanecen sólidamente intactas y al mando. Una vez más, tenemos pocas herramientas teóricas y analíticas, o pruebas comparativas, con las que caracterizar de un modo más profundo el lento desarrollo de dicho Estado de *coerción legítima*. En su ausencia, nos hemos conformado con un término más sencillo y descriptivo: lo hemos llamado «el nacimiento de una sociedad de la ley y el orden». Está claro, si miramos al otro lado del charco, a Estados Unidos, o al establecimiento de «leyes de emergencia» en un país de Europa occidental tras otro que, a pesar de sus rasgos peculiarmente británicos, no se trata de un desarrollo idiosincráticamente británico. La aplicación de la ley directamente sobre el terreno político no ha sido, por supuesto, indiscutible. La intensa resistencia de la clase obrera que llevó a la derrota de la *Industrial Relations Act* y a la desgracia política del gobierno de Heath marca, en este contexto, un desarrollo de profunda importancia; pero, en muchos departamentos de la vida social, ha ocurrido de manera constante, aunque aparentemente al azar. Todo el tenor de la vida social y política ha sido transformado por ella. Se ha creado un clima ideológico claramente nuevo.

Una vez más, hemos tratado de rastrear este movimiento —la «historia social de la reacción social»— desde sus primeras manifestaciones. Esquemáticamente, comenzó con las ambigüedades y contradicciones no resueltas de la abundancia, del «acuerdo» de posguerra. Se experimentó, en primer lugar, como un malestar social difuso, como un ritmo de cambio social anormalmente acelerado, como un desajuste de los patrones estables, de los puntos de referencia morales. Se manifestó así como una oleada de angustia social no localizada. Esta se fijó en diferentes fenómenos: en la cultura hedonista de la juventud, en la desaparición de las marcas tradicionales de clase, en los peligros del materialismo desenfrenado, en el propio cambio. Más tarde, pareció centrarse en objetivos más tangibles:

concretamente, en la naturaleza antisocial de los movimientos juveniles, en la amenaza que suponía el inmigrante negro para la vida británica y en la «fiebre en aumento» de la delincuencia. Luego, cuando las principales revueltas sociales de la contracultura y los movimientos políticos estudiantiles se organizan como fuerzas sociales, surgió en forma de una «angustia social» más centrada en torno a estos puntos de perturbación. Nombró lo que estaba mal en términos generales: la *permisividad* de la vida social. Finalmente, a medida que la crisis se profundizaba, y las formas de conflicto y disidencia asumían una forma más explícitamente política y una forma de clase más claramente delineada, la angustia social también se precipitó en su forma más política. Se dirigió contra el poder organizado de la clase obrera, contra el extremismo político, contra el chantaje sindical, contra la amenaza de la anarquía, los disturbios y el terrorismo. Se convirtió en el polo reaccionario de la lucha de clases ideológica. Aquí coincidieron y convergieron las angustias del público lego y las amenazas percibidas por el Estado. El Estado vino a proporcionar justo esa «dirección» que el público lego siente que la sociedad ha perdido. Las ansias de la mayoría se combinan con la necesidad de control de unos pocos. El interés de «todos» solo encuentra su armadura adecuada sometiéndose a la tutela de los que dirigen. El Estado puede ahora, pública y legítimamente, *hacer campaña* contra los «extremos» en nombre y en defensa de la mayoría, los «moderados». La sociedad de «la ley y el orden» se ha instalado en su lugar.

Cuidémonos, una vez más, de hacer una lectura conspirativa de este proceso. La sociedad está mucho más polarizada, en todas sus partes y facetas, en la década de 1970 que en la de 1950. Los conflictos, reprimidos y desplazados en un momento anterior, salen a la luz y dividen a la nación. La «crisis» no es una crisis que solo está en las cabezas de los conspiradores de la clase dominante; es la forma que asume la lucha de clases en este periodo. Lo importante, sin embargo, son las distorsiones e inflexiones que son endémicas a las formas en las que esta crisis, y las fuerzas de resistencia y oposición que se enfrentan a ella, son *percibidas* y señaladas ideológicamente por los que están en el poder, y cómo esos errores de reconocimiento se comunican a la conciencia popular y llegan a formar la base de conceptos erróneos sobre la crisis en esta conciencia. La ideología es una inflexión o tergiversación de las relaciones reales, un desplazamiento de la lucha de clases; no son mitos conjurados a partir de cuentos de hadas. La «ideología de la crisis», que conduce, apoya y finalmente encuentra su realización en una sociedad de «ley y orden», se refiere a *una crisis real*, no a una crisis falsa. Es la forma en la que se percibe y controla esa crisis real la que contiene las semillas de la distorsión política e ideológica. Es, pues, finalmente, una crisis en la ideología y de la ideología. Las ideologías «de consenso» de la década de 1950 son claramente

inadecuadas para un periodo de agudización de los conflictos y de declive económico; en general, estas ideologías, construidas en torno a los temas clave del poscapitalismo, dan paso a ideologías más belicosas organizadas en torno a las cuestiones de la unidad nacional y del «interés nacional». Así pues, no solo se produce una ruptura en los marcos ideológicos dominantes, sino que se desarrolla una enorme variedad de ideologías de oposición y contraideologías, que desafían con diferentes grados de fuerza, coherencia y eficacia a las ortodoxias asumidas. Estos momentos de ruptura y transformación ideológica nunca son sencillos; el «trabajo» ideológico necesario se hace patente, al igual que las rupturas y dislocaciones. Sobre todo está la cuestión de cómo se significan e interpretan la progresiva polarización de la sociedad y la «crisis» del capitalismo en el marco de estas construcciones ideológicas contrapuestas. Es de suma importancia analizar, precisamente, los mecanismos a través de los cuales se significa públicamente la inclinación en la crisis de la hegemonía, desde el consentimiento hasta la coerción: cómo *gana legitimidad* al aparecer fundamentada y conectada, no simplemente en mitos, temores y especulaciones, sino en la realidad experimentada por la gente común. El paso ideológico real a una sociedad de «ley y orden» conlleva un proceso de un tipo bastante específico. De manera crucial, en los primeros años de nuestro periodo, se sustenta en lo que llamamos un *efecto de desplazamiento*: la conexión entre la crisis y la forma en la que se apropiá de la experiencia social de la mayoría —la angustia social— pasa por una serie de falsas «resoluciones», tomando principalmente la forma de una sucesión de *pánicos morales*. Es como si cada oleada de angustia social encontrara un respiro temporal en la proyección de los miedos y en ciertas cuestiones cargadas de angustia: en el descubrimiento de los demonios, la identificación de los demonios populares, el montaje de campañas morales, la expiación de la persecución y el control —en el *ciclo del pánico moral*—. Ninguno de estas proyecciones de la angustia social tiene éxito durante mucho tiempo. El «problema» de la juventud no se apacigua con la condena en los tribunales de teddy boys, «mods» y «rockers»; vuelve a surgir después en torno al gamberrismo, el vandalismo, el pelo largo, las drogas, el sexo promiscuo, etc. Los temores sobre la raza no se expían con una sucesión de pánicos sobre los negros, ni se canalizan mediante la retórica powelliana, ni se calman con medidas cada vez más duras de control de la entrada de inmigrantes. Aparecen una y otra vez, ahora sobre «el gueto», ahora sobre las escuelas negras, sobre los parados negros o sobre la delincuencia negra. Lo mismo podría decirse de toda una serie de «pánicos morales» sobre áreas similares de preocupación social a lo largo de la década de 1960, sin excluir en absoluto ese pánico público perenne y continuado a la propia *delincuencia*. La primera forma fenoménica que asume la «experiencia de la crisis social» en la conciencia pública es así el pánico moral.

La segunda etapa es donde convergen y se superponen pánicos morales particulares: donde el enemigo se vuelve multifacético y a la vez «uno»; donde la venta de drogas, la difusión de la pornografía, el auge del movimiento feminista y la crítica de la familia se experimentan y se significan como el borde fino de esa cuña más grande: la amenaza al Estado, la ruptura de la vida social en sí misma, la llegada del caos, el inicio de la anarquía. Ahora los demonios proliferan, pero lo que es más amenazante, pertenecen a la misma familia subversiva. Son «hermanos bajo la piel»; son «parte de lo mismo». Esto parece, a primera vista, un conjunto de temores más concreto, porque aquí la angustia social puede citar a un enemigo específico, dar nombres. Pero, de hecho, este nombramiento es engañoso. Porque el enemigo está al acecho *en todas partes*. Él (o, cada vez más, ella) está «detrás de todo». Aquí es donde la crisis aparece en su forma más abstracta: como una «conspiración general». Es «la crisis», pero disfrazada de Armagedón.

Es aquí donde el ciclo *de pánico moral* desemboca directamente en una *sociedad de la ley y el orden*. Porque si la amenaza a la sociedad «desde abajo» es al mismo tiempo la subversión del Estado desde dentro, entonces solo un ejercicio general de autoridad y disciplina, solo un mandato muy amplio al Estado para «poner orden» —si es necesario a expensas de la suspensión temporal de algunas de esas libertades de las que, en tiempos más relajados, todos disfrutábamos— es probable que tenga éxito. De esta forma, una sociedad famosa por su tenaz aferramiento a ciertos derechos de libertad bien ganados, consagrados en el Estado liberal, se atornilla a la desagradable tarea de atravesar una «edad de hierro». Se oye por todas partes el sonido de la gente acostumbrándose ante el desagradable pero necesario ejercicio de «una ley mayor que la habitual» para asegurar, en un momento de crisis, «un orden mayor que el habitual». Thatcher lo dice de una manera; Sir Keith Joseph lo dice de otra; el arzobispo de Canterbury hace valer la autoridad de la Iglesia de otra manera; también hay una variante populista y otra socialdemócrata. En estas voces dispares podemos oír el cierre que se está produciendo: los mecanismos se ensamblan, las puertas se cierran con estrépito. La sociedad se prepara para el «largo recorrido» de la crisis. Hay luz al final del túnel, pero no mucha, y está muy lejos. Mientras tanto, el Estado se ha ganado el derecho, y de hecho ha heredado el deber, de actuar con rapidez, de pisar fuerte y decidido, de escuchar, de inspeccionar discretamente, de saturar y ensuciar, de acusar o retener sin cargos, de actuar sobre sospechas, de empujar y cargar, para mantener a la sociedad en el buen camino. El liberalismo, ese último freno al poder arbitrario, está en retirada. Está suspendido. Los tiempos son excepcionales. La crisis es real. Estamos dentro del Estado de «la ley y el orden». Ese es el contenido social, ideológico, de la reacción social de la década de 1970. Es también el *momento del atraco*.

CUARTA PARTE

X LA POLÍTICA DEL «ATRACO»

ESTE ES UN LIBRO sobre «atracos»; pero *no es* un libro sobre por qué o cómo los atracadores atracan, en tanto individuos. Aunque utiliza los relatos disponibles de primera mano, no intenta reconstruir desde dentro los motivos o la experiencia del «atraco». No cabe duda de que ese libro debe ser escrito, pero hay muchos que están en mejor posición que nosotros para hacerlo. Hemos evitado deliberadamente ese tipo de reconstrucción del relato porque queríamos mostrar el «atraco» como fenómeno social bajo una luz diferente. Nuestro objetivo ha estado en examinar el «atraco» desde la perspectiva de la sociedad en la que se produce. Incluso en este último capítulo, en el que nos enfrentamos a lo que significa el «atraco», nuestro objetivo no es proporcionar respuestas definitivas, en términos de las biografías individuales de los «atracadores» y sus víctimas, sino trazar el terreno en el que se puede buscar una respuesta a la pregunta, así como identificar los elementos que debe incluir dicha explicación.

Esto requiere que examinemos la posición del grupo social con el que, en el periodo comprendido entre 1972 1973 y el presente, ha llegado a identificarse ambiguamente el «atraco»: los jóvenes negros. Por supuesto, no todos los condenados por delitos denominados «atracos» son negros. Las estadísticas oficiales del periodo más reciente, citadas anteriormente, revelan un aumento significativo de los delitos denominados «atracos» en algunas zonas de ciudades en las que no hay una población negra importante; y la prensa sigue informando de «atracos» cometidos por jóvenes tanto blancos como negros. Sin embargo, poca gente negará que, a efectos prácticos, los términos «atraco» y «delincuencia negra» son ahora prácticamente sinónimos. En el primer pánico de los «atracos», tal y como hemos demostrado, aunque la cuestión de la raza y la delincuencia planeaba continuamente, rara vez este vínculo se hacía explícito. Ya no es así. Los dos están indisolublemente unidos: un término hace referencia al otro tanto en la conciencia oficial como en la opinión pública. Ambos se identifican con ciertas zonas con alta densidad de población negra, especialmente en el área metropolitana de Londres. Powell, cuyas opiniones sobre estas cuestiones también se han hecho más explícitas, ha señalado que «el atraco es un

fenómeno delictivo asociado a la composición cambiante de la población de algunas de las principales ciudades de Gran Bretaña». En el seminario de la Federación de Policía en el Emmanuel College de Cambridge, Powell dijo que «se quedó fascinado cuando se dio de cuenta que la policía había empezado no solo a decir, sino a criticar a quienes se negaban a permitir que se afirmara un hecho tan manifiesto [...]. Por usar una palabra cruda pero efectiva: es racial».¹ Veremos en un momento las condiciones que han producido esta identificación.

Aun así, no está en absoluto claro qué *significa* exactamente esta ecuación entre «atraco» y «delincuencia negra». Tal vez haya más jóvenes negros implicados en ese tipo de delincuencia callejera que se denomina comúnmente y de forma casual «atracos». Hay algunas pruebas de que esto es así, especialmente en las estadísticas oficiales de delincuencia. También puede ser que a cualquier tipo de delito menor en el que estén implicados jóvenes de raza negra se le adjudica la temible etiqueta de «atraco». Hay algunas pruebas de ello, también en la forma en que los robos, los carteristas y los hurtos callejeros parecen atraer la etiqueta «atraco». Es posible que ahora se entienda que el «atraco» es, por lo general, un delito «negro», incluso cuando ocasionalmente lo cometan jóvenes blancos. También hay algunas pruebas de ello. Por eso, incluso la escalada de «atracos» en algunas zonas urbanas no es el simple «hecho» que parece. Aparentemente hay al menos dos procesos implicados. En primer lugar, en algunas zonas urbanas, los jóvenes negros están implicados —en un grado que, a partir de las estadísticas, es imposible medir con precisión— en delitos menores, incluidos los que se denominan «atracos». Pero, en segundo lugar, el «atraco» ha llegado a asignarse inequívocamente como un delito negro, enclavado en las condiciones de vida de las zonas urbanas negras y derivado de ellas. Examinemos primero esta segunda evolución.

El retorno de lo reprimido

Como hemos mostrado, el «atraco», importado a Gran Bretaña como etiqueta para ciertos tipos de delitos en el periodo de 1971-1972, ya tenía una profunda connotación racial. En la primera etapa, no obstante, este aspecto se manejaba con discreción, mediante eufemismos. La identidad étnica mixta de los tres chicos condenados en el caso de Handsworth contribuyó a dar visibilidad a esta cuestión hasta entonces silenciada. Sin embargo, hemos argumentado que incluso aquí quedó parcialmente anulado o subsumido por una «imagen pública» que evocaba y desviaba al

¹ *The Daily Telegraph*, 12 de abril de 1976.

mismo tiempo el elemento racial. Se trata de la imagen del «gueto», de la que hablamos en la conclusión del capítulo 4. En esta fase, el «atraco» y la raza juegan a un elaborado juego de escondite.

Inmediatamente después de la epidemia de «atracos» de 1972-1973, el término desaparece prácticamente de los titulares. A partir del otoño de 1974, sin embargo, reaparece una vez más de forma irregular y espontánea. Vuelve a utilizarse de forma muy imprecisa, como una etiqueta que engloba el gamberrismo sin sentido, más que algo concretamente reconocible como «atracos» en su forma más clásica. Así, se relaciona, por ejemplo, con el problema de los ataques al personal de los autobuses y del metro. Algunos titulares e historias de la época —todos ellos tomados de *The Daily Telegraph*— ilustran el abanico:

Los gamberros de bus y metro se llevan su merecido (21 de octubre de 1974).

Los atracadores del metro reciben un duro golpe (21 de octubre de 1974).

«Duro con los violentos» dice el jefe de Transportes (5 de noviembre de 1974).

«Acaben con la violencia», dice Elwyn Jones (16 de noviembre de 1974).

Vigilancia con cámaras para los gamberros del metro (15 de diciembre de 1974).

Jenkins habla sobre la violencia en los autobuses (31 de enero de 1975).

«Los atracadores encuentran víctimas fáciles en el metro», dice la policía (11 de febrero de 1975).

El tema de la raza aparece aquí también de forma muy desigual. Algunos relatos se refieren al gamberrismo futbolístico, un delito «blanco» más que negro. Al menos en un caso, el conductor de autobús agredido era negro y sus agresores blancos. Sin embargo, la especificación de ciertos *lugares* reactiva asociaciones anteriores y posteriores: Brixton, Clapham. En el mismo periodo en que la *delincuencia negra* parece tener un perfil bajo, los enfrentamientos entre la policía y los jóvenes de las zonas urbanas negras asumen una forma más abierta y politizada. Uno de los incidentes más denunciados, de los muchos que se produjeron en esta época, fue el de Brockwell Park. En este caso, la comunidad negra adulta intervino activamente en una contienda entre los jóvenes negros y la policía, transformando el incidente en un problema de toda la comunidad. De hecho, este espectáculo de fuegos artificiales en Brockwell Park, a menos de un kilómetro del centro de Brixton, terminó en una refriega, durante la cual un joven blanco fue apuñalado. La policía llegó al lugar, se vio rodeada y superada por una multitud negra «hostil»; se produjeron empujones, insultos y una pelea, en la que los agentes de policía parecieron perder la calma, se enfadaron y se

enzarzaron en refriegas con algunos negros de la multitud, algunos de los cuales salieron de la melé muy golpeados. Cuando llegaron los refuerzos de la policía, uno o dos jóvenes negros fueron arrestados y acusados; la noticia de estas detenciones precipitó una prolongada e intensa batalla campal entre la policía y la multitud negra frente al parque. Varios jóvenes fueron acusados de graves delitos de agresión; la policía acudió a un juicio en Old Bailey y, en marzo de 1974, obtuvo duras condenas.

Hay, sin embargo, tres cosas que distinguen este incidente del ensayo, ya habitual, de la «vida cotidiana en el gueto». En primer lugar, la polarización que surgió entonces entre la policía y el conjunto de la comunidad negra, incluidos los adultos. En segundo lugar, la resistencia firme, organizada y política comunitaria que acompañó a las sentencias y al llamamiento de respuesta que incluyó manifestaciones de apoyo y una huelga de escolares negros.² En tercer lugar, el incidente tuvo el efecto de señalar el origen de los problemas y el descontento específico de las localidades urbanas negras. *Localizó y situó* la delincuencia negra, geográfica y étnicamente, como algo propio de los jóvenes negros de los «guetos» del centro de la ciudad. A principios de 1975, este incidente prefiguró una cascada de noticias sensacionalistas orientadas exclusivamente al problema de la «delincuencia negra en el sur de Londres». Así, los tres temas, sutilmente entrelazados en el tratamiento anterior del «atraco» (véase nuestro análisis en el capítulo 4), se fusionaron entonces en un solo tema: la delincuencia, la raza y el gueto. A partir de este punto, los paradigmas explicativos cambian, sacan a la luz de forma más explícita que antes las condiciones previas, sociales, económicas y estructurales del problema de la delincuencia negra, y contribuyen de este modo a dar forma al último eslabón de la cadena que fusionaba la delincuencia y el racismo con la crisis.

El incidente de Brockwell Park no debe considerarse de forma aislada. Ya en diciembre de 1973, el *Libro blanco* sobre las relaciones entre la policía y los inmigrantes advertía de la necesidad, en los próximos meses, de distinguir a «la gran mayoría de ciudadanos que trabajan y respetan las leyes» de la «pequeña minoría de jóvenes de color», descontentos con la falta de oportunidades laborales y «aparentemente con ganas de imitar el comportamiento de la comunidad negra en Estados Unidos».³ La frase «que trabajan» no era una referencia casual. En este periodo se fueron acumulando pruebas no solo de la magnitud sustancial del desempleo juvenil negro en estas áreas, sino de una creciente desafección hacia el «trabajo», e incluso de un activo «rechazo al trabajo», especialmente entre los negros de segunda generación: lo que *Race Today* ha articulado

² Véase el relato completo y detallado en *Race Today*, junio de 1974.

³ Véase I. MacDonald, *Race Today*, diciembre de 1973.

y desarrollado como la «revuelta de los sin oficio». Este fue también el periodo en el que los inmigrantes que todavía tenían trabajo se involucraron plenamente en la acción industrial militante. A mediados de 1974, la prolongada huelga de Imperial Typewriters, sostenida por la notable militancia de las trabajadoras asiáticas, duró 14 semanas y sus efectos se extendieron hasta el año siguiente.⁴

En enero de 1975, se reanudó el pánico a los atracos. Comenzaba una nueva fase del ciclo. Derek Humphry empezó su artículo sobre la delincuencia negra en el sur de Londres expresando la esperanza de que los hechos que relataba no fueran utilizados para alimentar los prejuicios.⁵ Pero era una batalla perdida. Los problemas básicos que subyacen a las cifras de la delincuencia, tal y como los veía Humphry —«la pobreza, las viviendas precarias, la falta de empleo y las familias desestructuradas»— eran menos dramáticos o reseñables que el hecho de que la delincuencia callejera en Lambeth «se había triplicado en cinco años y que 1974 fue el peor año registrado» o que «de los 203 atracos» en Lewisham en 1974, «172 fueron cometidos por jóvenes negros». Aunque cuidadosamente redactado, el artículo invitaba a la cita selectiva, tanto por cómo había elegido el tema altamente polémico de la «delincuencia» como su principal punto de entrada, como por el hecho de que no había señalado la naturaleza institucionalizada del racismo que subyace a «los problemas básicos». Provocó, de este modo, la hostilidad de los propios negros, en parte por la forma en que se entendió. Cuando *The London Evening News* inauguró el primero de sus cuatro días de «divulgación» sobre el tema, el lenguaje y el tono eran ya mucho menos cautelosos y las calificaciones menos cuidadosas. El primer desplegable, del 12 de enero, fue bastante escabroso: «La violenta verdad de la vida en Londres». Se abría con una comparación bastante familiar: «Es más probable que te asalten en Lambeth que en Nueva York». Seguía una lista de incidentes recientes, con una versión truncada de las estadísticas de *The Sunday Times*. De hecho, los reportajes de *The London Evening News* no estuvieron del todo a la altura de sus titulares. Aunque el artículo de John Blake, del 12 de enero, se centraba en los «residentes locales asustados», citaba a varios funcionarios locales que no querían en absoluto «asustar a la gente»; y, tanto este como otros artículos que lo acompañaban ponían mucho más énfasis que la mayoría de los artículos de la fase anterior del ciclo en las causas «medioambientales»: «No hay juego, no hay vacaciones, no hay regalos, los jóvenes empiezan mal»; «la creciente sensación de aislamiento que sienten los negros»; «atrapados entre un sistema educativo que parece incapaz de entender sus problemas y una sociedad blanca que parece imponerles identidades humillantes».

⁴ Véase F. Dhondy, *Race Today*, julio de 1974; véase también *Race Today*, marzo de 1975.

⁵ «Danger Signals from the Streets of Lambeth», *The Sunday Times*, 5 de enero de 1975.

Este cambio de patrón no fue universal. Cuando, en el mismo periodo, *The Birmingham Evening Mail* volvió a tratar el tema —incluyendo dos portadas entre diciembre de 1974 y enero de 1975— su uso generalizado de la etiqueta «atraco» no se distinguía ya del patrón de 1972-1973: «Matones, atracadores, vándalos y exhibicionistas han hecho suyo el metro».

Pero, en otros lugares, se *había* producido un notable cambio en el patrón de significación. El hasta ahora ambiguo escenario de la delincuencia negra se aclaró y centró. Su delimitación racial era ahora inequívoca: las víctimas son blancos de mediana edad; los atacantes son negros; los sucesos se producen en lugares específicos del sur de Londres. Las cuestiones de política penal que dominaban el debate anterior estaban en gran medida ausentes; se había adoptado casi universalmente una perspectiva de *problema social*.

Este cambio en el énfasis y en la explicación debe remontarse a sus fuentes. Lo que desencadenó el artículo de Humphry fue un informe especial (que nunca se hizo público en su totalidad) sobre la delincuencia callejera en el sur de Londres, preparado por Scotland Yard y transmitido al ministro del Interior. Tanto el pánico ante las crecientes cifras de delincuencia negra *como* las explicaciones de la delincuencia ambientalistas y centradas en los problemas sociales aparecen en este informe, así como en los posteriores comentarios oficiales que se hicieron al respecto. Las cifras que Humphry y otros citaron del informe revelaban en primer lugar (un hecho importante pero hasta ahora no reconocido sobre las estadísticas de la delincuencia) que la policía estaba ahora registrando la raza de las víctimas y de los agresores por «razones operativas»; en segundo lugar, ofrecían una serie de estadísticas comparativas que daban miedo. Estas sugerían que la delincuencia callejera era casi tan alta en otros distritos del sur de Londres como en Lambeth y Lewisham; que «el 80 % de los agresores son negros y el 85 % de las víctimas son blancas»; que los delitos de «robo a la persona» ya habían superado el pico de 1972 y que una mayoría significativa de estos eran cometidos por negros. *Pero* también se dice que el informe sostenía que «no es un problema policial; el aumento de la delincuencia callejera está causado por la alienación generalizada de los jóvenes antillanos respecto de la sociedad blanca».⁶ Y cuando el Comandante Marshall, entonces jefe del Departamento de Relaciones Comunitarias de la Policía Metropolitana, comentó las cifras, se esforzó en citar factores como las tensiones urbanas, el alto desempleo, la brecha generacional, los problemas de identidad cultural y la influencia de las «voces extremistas negras». Según Humphry, sus entrevistas confirmaron esta línea de argumentación: «Ahora se dice que no hay muchos puestos de trabajo disponibles y que los

⁶ Citas de *The Sunday Times*, 5 de enero de 1975.

negros en cualquier caso no los ocuparán» (cita de un trabajador juvenil de Peckham, Norris Richards). Lo que llama la atención es que se adoptan simultáneamente dos perspectivas distintas y aparentemente contradictorias: una perspectiva de control de la delincuencia por parte de la policía y una perspectiva de problema social. Si el resto de la prensa se fijó primero en las cifras electrizantes, pocos dejaron de comentar que «por primera vez, la policía ha puesto las estadísticas de población, vivienda, escuela y empleo junto a sus datos sobre la delincuencia».

El uso de esta doble perspectiva —en comparación con los diferentes énfasis del periodo 1972-1973— requiere un examen más profundo. La polarización y la hostilidad entre la comunidad negra —especialmente entre los jóvenes— y la policía en las zonas del gueto habían seguido creciendo. Pero el ritmo y el carácter de la *respuesta negra* al acoso policial ocasional estaba cambiando. La respuesta se había vuelto más aguda, más rápida, más dura y, sobre todo, más organizada, colectiva y *politizada*. Esta politización de la conciencia étnica también se había vuelto más *localizada* en las zonas negras. Desde principios de la década de 1970, la policía se encargó, efectivamente, de controlar y contener esta desafección generalizada entre la población negra, intentando confinarla a las zonas negras. Sin embargo, en el periodo posterior a 1974, esta situación de incipiente revuelta negra se vio agravada por un nuevo conjunto de factores. En efecto, la creciente recesión económica hizo que la mano de obra negra —por su posición estructural en la fuerza de trabajo, especialmente en lo que se refiere a los jóvenes negros que abandonaban la escuela y buscaban empleo por primera vez— pasara a constituir una *fracción de clase étnicamente diferenciada*, la *más expuesta* al azote del paro. A ello se sumaron los signos de una creciente militancia industrial entre los trabajadores negros. Además, la recesión conllevaba recortes en el gasto público y en el Estado del bienestar, una vez más, calculados para incidir más directamente en las zonas urbanas del interior, que también eran zonas de alta concentración de población negra. Así, un sector de la población, ya movilizado en términos de conciencia negra, era ahora también el sector más expuesto al ritmo acelerado de la recesión económica. En resumen, lo que estamos presenciando aquí es nada menos que la sincronización de los aspectos de raza y clase de la crisis. La vigilancia sobre *los negros* amenazaba con unirse al problema de la vigilancia de *los pobres* y de los *desempleados*: los tres se concentraban precisamente en las mismas zonas urbanas, hecho que, por supuesto, aportaba ese elemento de homogeneidad geográfica que facilita el germen de una conciencia militante. El problema permanente de vigilar a los negros se había convertido, a efectos prácticos, en un sinónimo del problema más amplio de *gobernar la crisis*. (Esta conclusión, desgraciadamente, fue plenamente confirmada por los ataques policiales a los parados,

durante la *Right to Work March* del 19 de marzo de 1976). Frente a este cambio fundamental en el ejercicio de la presencia policial, no es de extrañar que la policía y el ministerio del Interior quisieran que las dimensiones sociales y económicas del problema racial se hicieran evidentes, y que los costes potenciales del malestar social fueran asumidos por el nivel del Estado responsable de la situación general: el gobierno y los políticos. De ahí los pasos para desplazar el problema hacia arriba en la jerarquía de responsabilidad y ampliar su marco de referencia, para incluir, por ejemplo, cuestiones de ayuda urbana y trabajo social correctivo, así como cuestiones de delincuencia y orden público. Es a esta *sincronización de los diferentes aspectos de la crisis*, a la que apunta la referencia a los indicadores sociales junto a los indicadores de delincuencia. Al contrario de lo que sugirieron Marshall y otros, fue *porque* los negros y las zonas negras amenazaron con convertirse en un problema policial de gran alcance por lo que las condiciones sociales alienantes de los negros se convirtieron de repente en una preocupación «de la policía».

Esto también ayuda a explicar la naturaleza de la respuesta oficial. A medida que la recesión económica se agrava, se observa una doble estrategia, que coincide con la doble perspectiva que hemos señalado. Las estrategias están diseñadas para «enfriar la situación»: la ampliación de los programas de ayuda urbana, una asistencia más directa en los planes de bienestar «de base» de los negros, la malograda fase de los Community Development Projects, incluso la más reciente elección de los «anillos interiores» como receptores de ayudas económicas extraordinarias, tanto por Shore, ministro de Medio Ambiente, como por Whitelaw, su homólogo en el gabinete en la sombra; así como las medidas para mantener un control duro, insistente e intenso a través de la intensificación de la policía de calle, específicamente en los «puntos problemáticos» urbanos. Esta estrategia combinada —financiación centrada en la pobreza *más* refuerzo del orden público— define la naturaleza precisa del periodo de incremento de la «preocupación social» iniciada por el regreso del gobierno laborista. Su carácter estaba «sobredeterminado», no obstante, desde otra dirección. Los laboristas fueron probablemente más comprensivos con la renovada presión de las instituciones de relaciones comunitarias, de relaciones raciales y de los progresistas blancos, activos a la hora de señalar el deterioro de la situación en los guetos. Pero, precisamente en este periodo, tenemos pruebas sólidas de que la resistencia de base y comunitaria dentro de las comunidades negras se desarrollaba en paralelo a una pérdida de credibilidad, confianza y legitimidad en los organismos profesionales de relaciones raciales, y, finalmente, a un traspaso de la iniciativa a organizaciones negras más activistas y a estrategias negras más politizadas. El desarrollo de la prensa negra, con fuertes raíces en las comunidades y en los grupos de apoyo a los militantes negros en este periodo es una parte crucial —e

impresionante— de este panorama. Pero esto suponía que, más arriba en la jerarquía, había también que tomar algunas contramedidas para reforzar la legitimidad de estos organismos cruciales en las «relaciones comunitarias», que mediaban entre el Estado y la comunidad negra, para que la iniciativa no pasara totalmente a manos más militantes. El mantenimiento del programa de ayuda urbana, a pesar del deterioro de la coyuntura económica, y la reconstrucción del *statu quo* de las relaciones raciales a través de la nueva Equal Opportunities Commission, son producto de esta misma estrategia de enfriamiento y contención. A lo largo de este periodo pues, iniciado por los acontecimientos de 1974, el emparejamiento de las perspectivas del «control social» y del «problema social» parece fluir empujado por fuerzas muy contradictorias dentro del problema racial urbano, intensificado y agravado por la crisis. Sin embargo, a medida que la crisis se fue alargando y profundizando, incluso este último ejercicio de «contención disciplinada» perdió sus límites oficiales, y la sociedad se vio obligada a asumir por completo la coincidencia imprevista del problema racial-clasista en el marco de una crisis que se escapaba a su control. Como en todos los demás momentos de la larga «crisis de la hegemonía» que hemos estado trazando, *la raza* ha llegado a proporcionar el correlato objetivo de la crisis, el escenario en el que los complejos temores, tensiones y angustias, generados por el impacto de la totalidad de la crisis en su conjunto sobre toda la sociedad, pueden proyectarse de forma más conveniente y explícita y, como se dice con un eufemismo, «trabajarse».

Característicamente, ese «trabajo» comenzó en un tribunal británico. Al condenar a cinco jóvenes antillanos a cinco años de cárcel, en mayo de 1975, el juez Gwynn Morris, en unas observaciones que se describieron no exageradamente como «una declaración de guerra contra los jóvenes negros», observó, en referencia a Brixton y Clapham:

En nuestro recuerdo, estas zonas eran pacíficas, seguras y agradables para vivir. Pero el reasentamiento de inmigrantes que se ha producido en los últimos 25 años ha transformado radicalmente ese entorno. Quienes se ocupan del mantenimiento de la ley y el orden se enfrentan a inmensas dificultades. Este caso ha puesto de manifiesto y ha subrayado los peligros a los que se enfrentan las mujeres honradas, inocentes y trabajadoras que se encuentran en la calle al caer la noche. Me percate de que ninguna mujer antillana fue agredida.⁷

En el revuelo que siguió a este amplio y exhaustivo ataque contra toda la población urbana negra, el juez trató de sugerir que «no estaba atacando a la gran mayoría de los inmigrantes que se han establecido en este país y que han demostrado ser ciudadanos respetuosos de la ley y a los que

⁷ Citado en *The Daily Mail*, 16 de mayo de 1975.

no se puede criticar». Pero es difícil, como mínimo, cuadrar esta glosa con el contenido del discurso. En cualquier caso, fueran cuales fueran las intenciones de las declaraciones, estas marcaron el inicio de lo que solo puede describirse como un «pánico negro» a gran escala, que se mantuvo sin altibajos durante el resto de ese año y cada vez con mayor intensidad, hasta 1976.

En octubre de 1975, el National Front organizó una marcha por el East End; estaba dirigida específicamente contra los *atracos de los negros* —sin calificaciones, sin comillas, sin vacilaciones—. Se enfrentó a una contramarcha, organizada por los negros. Ambas se mantuvieron separadas solo gracias a la vigilancia policial. La cuestión racial había salido a la calle. Las organizaciones abiertamente fascistas, centradas en los negros como antes de la guerra se habían centrado en los judíos, habían estado, por supuesto, pescando alrededor de la cuestión racial desde principios de la década de 1950. Los acólitos de Mosley habían participado activamente en los disturbios raciales de Notting Hill en 1958. Las organizaciones antiinmigrantes, que difundían propaganda racista, habían estado cultivando el terreno de los prejuicios durante toda la década de 1960. En 1966 se formó oficialmente el National Front, una amalgama de cinco grupos de extrema derecha (la League of Empire Loyalists, el Greater British Movement, el British National Party, la Racial Preservation Society y el English National Party). Bajo el liderazgo de John Tyndall y Martin Webster, el National Front se ha convertido en el agente más activo en la propagación de un fascismo racial explícito y desde abajo. El National Front ha estado reclutando miembros de forma continua, en zonas de clase trabajadora y de clase media-baja, así como en las escuelas. La venta de sus publicaciones, *Spearhead* y *British National News*, se ha incrementado. En 1968, presentó a su primer candidato, Fountaine, en las elecciones parciales de Acton, pero perdió. Desde entonces, sin embargo, ha conseguido importantes logros electorales. Se presentó a las tres elecciones generales siguientes, cada vez con más candidatos e incrementando su cuota de votos. El partido, o sus simpatizantes, han obtenido varios escaños en los ayuntamientos. Su participación en las elecciones locales de mayo de 1976 (en las que presentó 176 candidatos en 34 distritos y obtuvo 49.767 votos) tuvo un éxito sorprendente. En 21 distritos superó el voto progresista. En Leicester, obtuvo el 23,2 % de los votos; en Haringey, el 13,1 %; en Islington, el 9,4 %. Un simpatizante, Read, fue elegido para el consejo local de Blackburn. Su apoyo está creciendo en zonas tan diversas como Londres, las West Midlands, Leicestershire, Yorkshire y Lancashire.⁸ Al tiempo que abandonaba los viejos temas asociados con el fascismo de preguerra, el Front National ha adoptado una política explícitamente racista y antiinmigrante,

⁸ *The Times*, 2 de julio de 1976.

abogando por la repatriación total y las políticas de línea dura sobre la ley y el orden, combinando estos temas con algunos clásicos temas pequeño-burgueses del repertorio nacional-socialista —antibanqueros, anti grandes empresas y sindicatos, a favor del «hombre común» oprimido— calculados para alimentar el resentimiento de la clase trabajadora blanca no organizada durante un periodo de recesión económica. Por supuesto, este partido ha dado la bienvenida a la publicidad y a la polémica que suponen los enfrentamientos callejeros con los grupos negros y con las organizaciones de la izquierda antifascista. Su limitada pero potente aparición en la escena política (que no se limita en absoluto a sus flecos extraparlamentarios) ha sido una de las fuerzas más poderosas que han polarizado los sentimientos populares en una dirección abiertamente racista. El Front National ha participado o se ha aproximado a cada estallido de racismo capaz de producir temblores a través del cuerpo político desde comienzos de 1976. Y este ha sido un año en el que no se necesitan argumentos sofisticados para mostrar las *conexiones internas* entre la crisis general y el cuadro febril del racismo. Es una situación que tienta a la forma más extrema de reduccionismo económico, ya que cada movimiento en los indicadores políticos y económicos de la crisis ha venido acompañado instantáneamente por un bandazo en los indicadores raciales.

Es difícil comunicar, adecuada y brevemente, la secuencia y la gravedad de los problemas raciales que, en forma de temblores sísmicos, ha sufrido la sociedad en 1976; así como la escala, el carácter y la intensidad de la cobertura mediática, nacional y local que han recibido. En marzo, la Community Relations Branch de la Policía Metropolitana llevó a cabo un nuevo estudio que se presentó a modo de memorando ante el Select Committee on Race Relations de la Cámara de los Comunes. Centrado exclusivamente en Brixton, reveló que las observaciones de las víctimas sobre la identidad étnica de sus atracadores coincidían con las reveladas por los detalles de las detenciones policiales: ambas indicaban que los robos en la zona cometidos por negros eran «del orden del 80 %».º Powell pronunció en el «seminario sobre delincuencia» de la Federación de Policía en Cambridge el discurso citado anteriormente, en el que declaró rotundamente que los atracos eran consecuencia «de una sociedad dividida y asociada a la desintegración social. [...] Aunque hay aspectos del atraco que son continuos, permanentes y antiguos», admitió Powell —matizando únicamente para confirmar la orientación general de sus observaciones— «esta palabra describe algo particularmente nuevo. La novedad está relacionada con el cambio en la composición de la población de algunas de

^º *The Sunday Times*, 28 de marzo de 1976; véase también M. Phillips, «Brixton and Crime», *Nueva Sociedad*, 8 de julio de 1976.

nuestras grandes ciudades».¹⁰ En el mismo seminario, John Alderson, jefe de policía de Devon y Cornualles, y antiguo Comandante de la Academia de Policía de Bramshill, propuso que la delincuencia callejera podría combatirse con la ayuda de «patrullas de voluntarios especialmente formados que podrían proceder de las filas de los desempleados». Entre abril y principios de mayo llegó la noticia de que varios asiáticos de Malaui, expulsados y con pasaporte británico, buscaban establecerse en Gran Bretaña. Al igual que en el caso anterior de los asiáticos de Uganda, esta noticia provocó una respuesta de pánico de notable profundidad, articulada sistemáticamente por algunas secciones en la prensa nacional. Desde 1973, las normas de inmigración relativas a la entrada de dependientes asiáticos se habían administrado con un rigor especial tanto en el extremo asiático como en el británico de la cadena de inmigración; el número de personas que esperaban la entrada había crecido, las quejas sobre las largas investigaciones que, en los puertos de entrada, precedían al permiso y los procedimientos, a menudo humillantes, se habían multiplicado (por ejemplo, ser enviaron 1.722 cartas de queja de los diputados a los ministros por los retrasos de 1974).¹¹ Pero el espectro de una nueva «avalancha» de asiáticos desplazados puso en marcha una nueva ola de reacciones. Esta vino desencadenada por una historia ya clásica de chivo expiatorio: el caso de las familias Suleman y Sacranie, alojadas temporalmente por los Servicios Sociales de Crawley en un hotel de cuatro estrellas: una historia que, al fusionar el «miedo a las inundaciones» asiáticas con el «pánico» a los gorrones de la asistencia social, proporcionó la coartada perfecta para una «temporada abierta» de histeria racista. *The Sun* publicó la noticia: «Escándalo de los inmigrantes de 600 libras a la semana: una factura gigantesca para dos familias que viven en un hotel de cuatro estrellas». Le siguieron otros («Queremos más dinero, 600 libras a la semana»): *The Daily Mail*, 5 de mayo de 1976; «Los migrantes vienen por los subsidios»: *The Daily Telegraph*, 5 de mayo de 1976). Otros 4.000 están en camino», prometía *The Sun*. *The Daily Express* advirtió a finales de mes que podrían llegar a ser 145.000. «Los Arnold están vendiendo su adosado para alejarse de los vecinos indios. Los Barringtons toleran a los Singhs en la casa de al lado», decía el *Mail*, «pero desearían que no estuvieran allí».¹² En este ataque sostenido de la prensa, con su interferencia de temas antirraciales y antibienestar, se identifican una vez más dos aspectos de la crisis.

Dentro de este caldero, Powell lanzó otro explosivo. En un notable golpe de efecto, Powell obtuvo y difundió un informe privado del Ministerio de Asuntos Exteriores preparado por Donald Hawley, un subsecretario adjunto

¹⁰ *The Times* y *The Guardian*, 12 de abril de 1976.

¹¹ Véase *Race Today*, junio de 1976.

¹² *The Daily Mail*, 24 de mayo de 1976.

con responsabilidad especial en asuntos de inmigración, que argumentaba que las normas de inmigración estaban siendo violadas y socavadas en Asia y aplicadas con demasiada ligereza en Gran Bretaña, lo que conducía a la amenaza de una «mareja creciente de inmigrantes» procedentes del subcontinente indio. Este informe fue, de hecho, el producto de un conflicto interno dentro del gobierno. Alex Lyon, secretario de Estado laborista en el Ministerio del Interior, también con responsabilidad especial en materia de inmigración, llevaba tiempo preocupado por la creciente cola de dependientes asiáticos, al tiempo que se había propuesto «lograr algo de justicia para los negros en este país». ¹³ Fue despedido del gobierno por sus esfuerzos. Argumentó enérgicamente contra la base fáctica del documento de Hawley, y el informe fue, de hecho, aguda y agudamente diseccionado en *The Sunday Times*. ¹⁴ Pero en el debate de los Comunes que siguió a la filtración de Powell, Bottomley, antiguo vicepresidente laborista del Select Committee, declaró que «hay mucha verdad en este informe». ¹⁵ La mayor parte de la prensa informó de esta sensacional filtración bajo títulos como «La verdad saldrá a la luz» (*Telegraph*), «Inmigrantes: cómo se estafa a Gran Bretaña», «Cómo se engaña a Gran Bretaña», «Cuando el fraude tuvo que parar», «La inmensa cola de personas que planean entrar en Gran Bretaña», «El filón de las novias» (estos cinco en *The Daily Mail*). ¹⁶

En este periodo, toda la cobertura mediática de la raza fue, por fin, objeto de una crítica mordaz y amarga por parte de periodistas negros y de algunos analistas de los medios de comunicación. ¹⁷ En el debate de los Comunes sobre la filtración de Hawley, Roy Jenkins deploró el pronóstico de Powell de que la violencia racial en las ciudades británicas alcanzaría las proporciones de Belfast. Sin embargo, el ex Labour Whip, Mellish, comentó que ya era suficiente: «Nuestra propia gente tomará medidas que todos lamentaremos». ¹⁸ Ese mismo día, el *Telegraph* informaba de que, en zonas como Brent, Lewisham y Brixton, o Bradford y Liverpool, el desempleo de los negros era «al menos el doble de la media nacional» y en algunas partes de Londres «el desempleo de los inmigrantes llega al 50 %».

En el editorial del 14 de mayo con el que el *Birmingham Evening Mail* concluía su serie de reportajes de una semana de duración sobre «Handsworth - The Angry Suburb» se expresaba la opinión de que «los jóvenes negros desempleados y enfadados [...] son las víctimas de la recepción, no las causas de la misma». El periódico invitaba a sus lectores a

¹³ *The Daily Telegraph*, 26 de mayo de 1976.

¹⁴ «The Facts and Myths», *The Sunday Times*, 30 de mayo de 1976.

¹⁵ *The Daily Telegraph*, 26 de mayo de 1976.

¹⁶ *The Daily Mail*, 25 de mayo de 1976.

¹⁷ Véase C. Husband (ed.), *White Media and Black Britain*, Londres, Arrow, 1975; y Critcher et al., *Race and the Provincial Press*.

¹⁸ *The Daily Mirror*, 25 de mayo de 1976.

culpar, en cambio, a los responsables de la desaparición de puestos de trabajo en las West Midlands: «Los políticos testarudos, los malos gestores, los sindicalistas marxistas, los trabajadores perezosos y todos los que hemos sido demasiado codiciosos en nuestras demandas». «Birmingham», aseguró, «siempre ha sido una ciudad multirracial». Sin embargo, tras el golpe de Powell, Bill Jarvis, concejal laborista y presidente del West Midlands County Council, hizo un llamamiento para suspender toda inmigración hacia la zona de las West Midlands. De hecho, en esta zona la cuestión racial había estado en el candelero semanas antes de las revelaciones de Powell. A principios de mayo, un tal Robert Relf colocó un cartel de «Se vende a una familia inglesa» en la puerta de su casa de Leamington. Relf fue juzgado por infringir la Racial Relations Act y, tras negarse a la orden judicial de retirar el cartel, fue encarcelado por desacato. Se puso en huelga de hambre. Y fue inmediatamente adoptado por el National Front como emblema del «británico» hecho a sí mismo, dispuesto a defender la raza y el país —un «Des Warren de la derecha», lo llamaba el Front—. Las diversas comparecencias de Relf ante el tribunal sirvieron de escenario para una serie de amargos enfrentamientos entre el National Front y los grupos antifascistas y negros, que terminaron en una batalla campal frente a la prisión de Winson Green. Relf fue puesto en libertad, por decisión del juez, el 21 de junio, sin renunciar a su cartel y con el aplauso del National Front.¹⁹ El terco individualismo británico había vuelto a triunfar. Solo más tarde *The Sunday Times* reveló la naturaleza profunda y deliberada del racismo de Relf. «Cerdo negro hinchado», escribió a un inválido de África Oriental que recibía prestaciones de la seguridad social que él consideraba demasiado elevadas. «Odiosa escoria negra venérea, si por mí fuera, le haría un favor al Estado y a los demás trabajadores ingleses poniéndote una soga alrededor de ese cuello grasiendo y baboso».²⁰

El 4 de junio, un joven punjabí de 18 años, Gurdip Singh Chaggar, fue asesinado por una banda de jóvenes blancos en Southall. Esta fue la culminación de una oleada de agresiones de jóvenes blancos a jóvenes asiáticos, que se intensificó gradualmente a principios de año y alcanzó una especie de *crescendo* en medio de la «histeria sobre los inmigrantes de Malawi en hoteles de cuatro estrellas». La comunidad asiática, hasta ahora estereotipada como la más tranquila y menos militante de las dos comunidades «negras», estalló en una ola de protesta comunitaria, tan intransigente en sus actitudes como los movimientos de protesta similares protagonizados por sus hermanos antillanos, supuestamente «más salvajes» y, si acaso, mejor organizada. Este punto de inflexión crítico en el papel político de la comunidad asiática —cuyas consecuencias aún no se han dejado sentir plenamente en la lucha

¹⁹ Véase *The Birmingham Evening Mail*, 21 de junio de 1976.

²⁰ *The Sunday Times*, 4 de julio de 1976.

racial en Gran Bretaña— y toda la secuencia de ataques salvajes que condujeron y precedieron al asesinato de Chaggar, apenas fueron objeto de un análisis serio en la prensa popular. El «asedio asiático» al cuartel general de la policía de Southall y el «desenfreno de la venganza» fueron, por supuesto, objeto de amplias portadas (*The Sun*, *The Daily Mirror*). En la fiesta oficial de agosto, el tradicional carnaval caribeño de tres días en Notting Hill terminó en un predecible y feroz disturbio abierto e incontenible entre los negros y la policía, en el que se lanzaron piedras y botellas. La comisaría de Notting Hill fue asediada, 95 policías resultaron heridos y más de 75 personas fueron detenidas. Las insoportables condiciones de vida en el gueto de Notting Hill / Ladbroke Grove, que llevaba casi una década en un estado de sitio más o menos permanente, culminaron en un enfrentamiento previsible: el *segundo* motín racial de Notting Hill en dos décadas de «relaciones comunitarias». En octubre, Powell propuso que el gobierno ofreciera a cada familia de inmigrantes una recompensa de 1.000 libras esterlinas a cambio de la repatriación a su tierra natal. La propuesta se presentó como una especie de disimulada «ayuda a los países en desarrollo». En un ejemplo exacto de cómo, en cada punto de inflexión en las relaciones raciales de la Gran Bretaña de posguerra, las declaraciones extremistas han establecido con éxito una nueva línea de base aceptable para el debate público —cada vez más cerca de la adopción oficial de una política de discriminación racial—, los medios de comunicación comenzaron a preguntarse en voz alta si no habría algunas familias negras emprendedoras dispuestas y ansiosas de aceptar tal oferta. Entonces llegó el anuncio: «Aumento masivo de los atracos, según los informes de Scotland Yard», atribuible en su mayor parte a «adolescentes antillanos, inmigrantes de segunda generación, sin trabajo ni perspectivas».²¹ Poco después, el juez Gwyn Morris se convirtió, una vez más, en el centro de la controversia cuando tomó la inusual medida de posponer la sentencia de seis jóvenes antillanos (de 16-17 años) por robar a mujeres blancas de mediana edad y ancianas en el sur de Londres, con el fin de considerar el «inmenso problema social» que creaban esas «bandas», a la luz de los «cientos de cartas» de mujeres «petrificadas» de la zona que él mismo afirmaba haber recibido.²² El resultado de sus deliberaciones en ese fin de semana —aparte de una sentencia aplazada— fueron sentencias que iban desde el ingreso en un reformatorio hasta siete años para el «líder» de 17 años a la sugerencia de que «tal vez [...] sería necesario formar algún tipo de patrullas de vigilancia [...].»²³

Al igual que en el periodo anterior, este nuevo ciclo ascendente de preocupación por la delincuencia negra se sustenta y se ve salpicado por una secuencia de indicadores cuantitativos. Entre 1969 y 1973, Scotland Yard

²¹ *The Sunday Telegraph*, 17 de octubre de 1976.

²² Véase *The Daily Telegraph*, 23 de octubre de 1976.

²³ Véase *The Daily Mail*, 26 de octubre de 1976.

informó de que los «atracos» en Lambeth habían aumentado un 147 % y los robos a personas un 143 %. En su inmensa mayoría, se trataba de delincuentes negros contra víctimas blancas. No vamos a repetir aquí la crítica general de las estadísticas de delincuencia sobre «atracos» que se ha expuesto anteriormente. Las cifras, calculadas como se calcularon y publicadas de este modo (lo que más tarde atrajo la censura del propio Sir Robert Mark por destacar indebidamente el elemento étnico), proporcionaron la base cuantitativa «dura» para las espirales de preocupación moral y control correctivo, independientemente de su base fáctica, y rápidamente se convirtieron en una parte de la espiral que pretendían explicar. En un sentido más amplio, las cifras son irrelevantes, aunque podrían ser más fiables. Es evidente que los jóvenes negros están implicados en algunos delitos menores y callejeros en estas zonas y es posible que la proporción sea superior a la de una década antes. La comunidad negra y los trabajadores sociales de estas zonas creen que es así, lo que resulta una impresión más fiable que las cifras. Precisamente la cuestión no es cuántos, sino *por qué*. ¿Cuál es el significado, la importancia, el contexto histórico de este hecho? Este índice de criminalidad no puede aislarse de otros indicadores relacionados, caso de que realmente queremos desentrañar este rompecabezas. Cuando se examinan en su contexto, estos diversos índices señalan una intersección crítica entre la delincuencia negra, el trabajo negro y el deterioro de la situación en las zonas negras. Incluso estos deben ser contextualizados, situándolos en un marco adecuado: la crisis económica, social y política en la que se está sumiendo la sociedad. Estas cifras relativas a la población negra aumentan a medida que sube la temperatura económica y política. El cambio no es pues estadístico sino cualitativo. Es una cuestión de investigación estructural, no cuantitativa.

El rasgo más destacado de este cambio cualitativo es la *localización* del problema. El «atraco» se identifica ahora, de forma incuestionable, con una fracción de clase o una categoría de mano de obra específica (los jóvenes negros) y con un tipo de zona específica: las zonas pobres, en muchos sentidos, del centro de la ciudad. En este gesto localizador, se visibilizan los aspectos sociales y económicos de la «delincuencia negra», incluso para los organismos de lucha contra la delincuencia. Las zonas especificadas son los clásicos «puntos conflictivos» urbanos, que presentan problemas de asistencia social, de prevención y control de la delincuencia, pero también de disciplina social y de orden público. Aquí, el tristemente célebre «ciclo de la pobreza» afecta sistemáticamente a los sectores más pobres de la clase trabajadora y a los pobres ocasionales y negros. Estas son las áreas de captación de los nuevos ejércitos de desempleados, así como de los residuales. Aquí es donde los «gorrones del bienestar» de Thatcher y las «madres solteras» de Sir Keith Joseph habitan en números cada vez mayores. Aquí es donde la presión sobre

el bienestar y el gasto público, sobre la educación y el apoyo social, golpea con mayor eficacia. Mientras las clásicas zonas «propensas a la delincuencia» que tanto gustan a los criminólogos también son —en las condiciones de una recesión económica cada vez más profunda— potenciales caldos de cultivo para el descontento social, en las grandes ciudades, las zonas negras lo son también de forma abrumadora. Y la población negra se encuentra en la intersección de todas estas fuerzas: un sector alienado de la población civil, ahora también un sector significativo del creciente ejército de los no asalariados, y un sector vulnerable a la aceleración de la pauperización social. Muchos agoreros nos recuerdan constantemente que una crisis económica puede corroer los soportes de las sociedades democráticas de clase y poner al descubierto sus contradicciones internas. Estas profecías de una «solución latinoamericana» están diseñadas principalmente para adornar un relato político conveniente; pero no carecen totalmente de fundamento. Como descubrió Heath en 1972, y como descubrirán pronto los conservadores si intentan poner en práctica plenamente la «filosofía social de mercado» que propugnan en un periodo de desempleo creciente, las crisis pueden agudizar los antagonismos y despertar las defensas aparentemente abandonadas. Las crisis pueden dislocar los mecanismos «normales» de consentimiento y agudizar la lucha de clases acerca de cómo y dónde se deben asumir los costes de la gestión de la crisis. Hay que poner remedio a las crisis, contener o mitigar sus peores efectos. También hay que controlarlas. Por decirlo crudamente, hay que *gobernarlas*. Este es un papel que la policía desempeña —sensible a la erosión de su posición tradicional como «guardián de la paz» del Estado—, pero que no le gusta. Puede ser una de las razones por las que están empeñando a hablar más abiertamente de sus dimensiones sociales y económicas. A su manera, tanto el gobierno como la oposición en la sombra también lo saben. La construcción de un consenso autoritario sobre un amplio abanico de cuestiones sociales ya ha proporcionado la plataforma sobre la que, si fuera necesario, podría lanzarse una iniciativa de este tipo con apoyo público.

De este modo, la crisis se abate ahora directa y brutalmente sobre las zonas «coloniales» y la población negra. Sus consecuencias son contradictorias. A medida que aumentan los despidos y que la gran mayoría de los negros que no han terminado los estudios se ven abocados a un desempleo semipermanente, la distinción tradicional dentro de la comunidad negra entre la mayoría trabajadora y la minoría reacia al trabajo se equilibra. Al mismo tiempo, las diferencias entre los negros y los blancos pobres se exacerbaban. No se trata de una tendencia singular. En muchos de los principales conflictos laborales que «ha creado» la crisis —en la industria del motor, por ejemplo— los trabajadores negros y blancos han participado en una lucha común. De hecho, hay más hombres negros con empleo afiliados a sindicatos (61 %) que sus homólogos blancos (47 %). Sin embargo

fuerza de la situación laboral, los lazos de solidaridad están atravesados por la virulencia de un racismo persistente. Aunque objetivamente los negros y los blancos pobres se encuentran en la misma situación, habitan un mundo ideológicamente tan estructurado que cada uno de ellos puede proporcionar al otro su grupo de referencia negativo, la «causa evidente» de su mala suerte. A medida que las circunstancias económicas se endurecen, aumenta la lucha competitiva entre los trabajadores, y una competencia estructurada en términos de distinciones de raza o color tiene mucho recorrido. El National Front está ahora tocando justamente este nervio, y con un efecto considerable. De este modo, la crisis de la clase obrera se reproduce, una vez más, a través de los mecanismos estructurales del racismo, como una crisis *dentro y entre* las clases obreras. Enfrenta a un sector colonizado con otro. El Partido Laborista, habiendo transformado hace tiempo sus ramas locales en puras máquinas electorales, bastante ineficientes, no tiene medios de penetración política a su alcance para frenar la marea de este efecto, incluso si así lo quisiera. En estas condiciones, los negros se convierten en los «portadores» de estos efectos contradictorios; y la delincuencia negra se convierte en el *significante* de la crisis de las colonias urbanas.

Las estructuras de la «subalternidad»

La crisis intensifica la difícil situación de los negros en la sociedad, especialmente de los jóvenes negros; pero no debe permitirse que esto oculte las fuerzas y los mecanismos estructurales que han actuado en relación con la mano de obra negra a lo largo de todo el periodo de migración de posguerra. Esto se mide con frecuencia en términos de índices de «discriminación» contra la población negra por motivos de color y raza. La discriminación es una realidad importante para la población negra en esta sociedad, su incidencia se ha documentado ampliamente y con frecuencia. Pero las formas de medir la discriminación tienden a sugerir que los hombres y las mujeres negros no se encuentran realmente en una posición diferente frente a las estructuras clave de la sociedad británica en comparación con sus homólogos blancos, con la excepción de ese número —lamentablemente grande— que se enfrenta a prácticas discriminatorias en la vivienda, la educación, el empleo o la vida social cotidiana. Creemos que esto da una imagen falsa, ya que trata el racismo y las prácticas discriminatorias como excepciones individuales a una «regla» por lo demás satisfactoria. En su lugar, queremos examinar cuáles son las estructuras regulares y rutinarias y cuáles han sido sus efectos a lo largo de este periodo, con especial referencia a los jóvenes negros.

La escuela y el sistema educativo son los principales encargados de «capacitar» selectivamente a los diferentes sectores de la clase obrera y asignar a los negros su lugar aproximado en la jerarquía de las profesiones. El sistema educativo reproduce al asalariado dentro de la división del trabajo estructurada por clase, distribuye las competencias culturales más o menos adecuadas a cada sector dentro de la división técnica del trabajo e intenta construir esa identidad y disposición cultural colectiva adecuada a las posiciones de subordinación y subalternidad a las que está destinada la mayoría. La escuela puede cumplir bien o mal esta función de «reproducir al trabajador» y las condiciones de su trabajo: obteniendo conformidad o produciendo resistencia. Pero estas diferencias operativas no disminuyen su función general en relación con el mundo del trabajo. Paul Willis ha argumentado recientemente que incluso esas «culturas de resistencia» que las escuelas parecen generar, a pesar suyo, entre los menos inclinados académicamente (sean capaces o no de obtener logros académicos —y muchos de los que eligen no obtenerlos, *son capaces*—), pueden proporcionar una especie de espacio cultural intermedio que *permite* llevar a cabo la transición al problemático, y también subordinado, mundo obrero del trabajo manual poco cualificado.²⁴ En relación con la juventud negra, el sistema educativo ha servido efectivamente para debilitar las oportunidades generales de empleo y avance educativo y, por lo tanto, ha tenido como resultado la «reproducción» del joven trabajador negro como mano de obra en el extremo inferior del empleo, de la producción y de la capacitación. Superficialmente, puede parecer que hay poca diferencia en este sentido entre los chicos y chicas de la clase trabajadora blanca y negra. Aunque como tendencia general esto resulta cierto, sería un error descuidar la especificidad de este proceso. El sistema educativo tiene un efecto diferente en los dos sexos dentro de la clase trabajadora, reproduciendo la división sexual del trabajo como una característica estructural de la división social del trabajo determinada por la clase y lo mismo debe decirse de la juventud negra, masculina y femenina. En la educación, la reproducción de la desventaja educativa de los negros se lleva a cabo, en parte, a través de una variedad de mecanismos racialmente específicos. El «capital cultural» de este sector negro es constantemente expropiado, a menudo involuntariamente, a través de su devaluación práctica. A veces, esto se traduce en las actitudes paternalistas, estereotipadas o racistas de algunos profesores en las aulas; otras veces, en el desconocimiento fundamental de la historia y la cultura, tanto en la «cultura» general de la escuela como, específicamente, a través de los programas de estudio y los libros de texto. Este es el caso, sobre todo, de las escuelas negras o casi negras de las zonas predominantemente negras que, a pesar de la identidad étnica y la cultura de sus alumnos, siguen

²⁴ Willis, *Learning to Labour...*

siendo escuelas «blancas», orientadas exclusivamente a la reproducción, con un bajo nivel de competencia, de las habilidades culturales y técnicas de los blancos. Otra dimensión importante es la de la lengua. La lengua es la principal portadora del capital cultural y, por lo tanto, el medio clave de reproducción cultural. Las medidas que podrían diseñarse formalmente para desarrollar competencias adicionales en la lengua hablada y escrita de una nueva cultura, esencialmente extranjera, suelen convertirse, en cambio, en el medio por el que se desmantelan y expropián las competencias lingüísticas existentes, como «habla pobre». En lugar de añadir el inglés estándar como segunda lengua necesaria a la versión patois o criolla que habla el alumnado, a menudo se elimina simplemente esta última como habla inferior. La resistencia que se está planteando, en muchas escuelas negras, puede equipararse en intensidad con el crecimiento y la difusión del criollo caribeño; y esto entre una generación que, a diferencia de sus padres, nunca lo han oído hablar a su alrededor como «habla normal». Esta *resistencia a través de la lengua* hace que la escuela sea, literalmente, un campo de batalla cultural. Las enormes dislocaciones y discontinuidades de habilidades y competencias que se producen aquí se manifiestan en el número desproporcionadamente alto de niños negros asignados, a falta de medidas correctivas más eficaces, a la categoría de deficientes o «subnormales» educativos.²⁵ Las escuelas predominantemente negras rara vez reflejan, como opción positiva, los diferentes afluentes culturales que las alimentan. Cualquiera que sea su cultura «de origen», se empuja a los alumnos a través de un estrecho filtro hacia una corriente cultural única, unilateral y prescrita. El espectáculo de la incorporación sistemática de los niños negros a las identidades culturales blancas es representativo. El hecho de que sea en gran medida una consecuencia involuntaria de la forma en que están siendo «escolarizados» en Gran Bretaña no importa.

Los vínculos entre la escuela, el rendimiento educativo y el estatus profesional están bien establecidos. Estos han servido, sobre todo, para asignarles de forma abrumadora a determinados puestos laborales. Los trabajadores negros son mayoría entre los «trabajadores no especializados», también están sobrerrepresentados en el grupo de los semiespecializados. Están bien representados en lo que se denomina «trabajo especializado», aunque la distribución sectorial en este caso es significativa, como apuntaremos más adelante, en donde existen importantes concentraciones y ausencias. En todos los puestos superiores en la jerarquía, los negros están infrarrepresentados. La siguiente caracterización general es muy acertada: «Dentro de la clase obrera, tienden a formar el estrato más bajo, concentrándose principalmente en las ocupaciones no cualificadas y semicualificadas, mientras

²⁵ Véase B. Coard, *How the West Indian Child is Made Educationally Sub-Normal in the British School System*, Londres, New Beacon Books, 1971.

que los trabajadores autóctonos ocupan con mayor frecuencia los puestos cualificados».²⁶ La distribución de la mano de obra negra entre los distintos sectores del capital es, sin embargo, aún más significativa. La mano de obra negra está muy concentrada en algunos sectores de la industria pesada, en los trabajos de fundición, en el sector textil, como peones especialmente en el sector de la construcción, en el transporte, entre los empleos de bajos salarios de las industrias de servicios y en los servicios sanitarios. Tres tipos de trabajo son característicos de su estatus profesional, especialmente si se incluye aquí la mano de obra asiática. El primero es el trabajo productivo a pequeña escala en condiciones de explotación, a menudo asociado al pequeño o mediano capital. Este trabajo se caracteriza por el trabajo a destajo con salarios bajísimos, escasa sindicalización y una feroz competencia entre grupos de trabajadores. A menudo, talleres enteros parecen haber sido «subcontratados» a mano de obra inmigrante, muchas veces mujeres, que tienen que recibir instrucciones en su lengua materna. El segundo tipo es el de las largas jornadas de trabajo en condiciones enervantes, típicas del trabajo poco cualificado en el sector de la hostelería y los servicios. Gran parte de este trabajo, aunque se trate de ocupaciones de «servicios», está organizado de forma «masificada» (por ejemplo, el personal de restauración a gran escala o de limpieza del aeropuerto de Londres). El tercero es el trabajo altamente mecanizado, fuertemente capitalizado, rutinario y repetitivo de la cadena de montaje, a menudo en la rama «local» de una de las empresas de componentes de grandes plantas industriales o de las multinacionales. Se trata de sectores industriales altamente capitalizados, con una organización avanzada del proceso de trabajo en cadena, dirigida a garantizar la máxima explotación de la mano de obra por medio de una costosa maquinaria. A pesar de estas condiciones aparentemente «avanzadas», este tipo de trabajo implica principalmente la aplicación de «destrezas» relativamente pobres e intercambiables, y el trabajo en turnos regulares con el fin de garantizar el flujo constante de la producción. Aunque este tipo de «trabajador en cadena» se emplea en algunos de los *principales* sectores de la producción moderna —por ejemplo, la industria del automóvil—, es exactamente el tipo de trabajo que ha sido objeto de despiadados procesos de «descualificación» y «masificación».²⁷ En contra de lo que cabría esperar, el 43 % de los trabajadores negros están empleados en plantas de más de 500 trabajadores, en comparación con el 29,5 % de los trabajadores blancos autóctonos. «Casi un tercio de los trabajadores negros trabajan por turnos, en un porcentaje que *duplica* el de los trabajadores blancos».²⁸

²⁶ S. Castles y G. Kosack, *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*, Londres, Oxford University Press / Institute of Race Relations, 1973, p. 116.

²⁷ Véase Braverman, *Labor and Monopoly Capital...;* y A. Gambino, «Workers Struggles and the Development of Ford in Britain», *Red Notes Pamphlet*, I, 1976.

²⁸ C.I.S. e Institute of Race Relations, *Racism: Who Profits?...* [la cursiva es nuestra].

La importante presencia de mano de obra negra en estos sectores avanzados de la producción moderna revela la intensidad de la tasa de explotación de la mano de obra negra en general. Muchas de las empresas implicadas son internacionales y multinacionales, con fábricas distribuidas, no solo por todo el país, sino a escala internacional. En este caso, la mano de obra negra de Gran Bretaña se encuentra precisamente en la misma relación con el capital internacional moderno que la mano de obra «blanca» barata de la mitad meridional de Europa con respecto de los trabajadores del «triángulo de oro» (los prósperos países capitalistas del norte de Europa). En los últimos años, por lo tanto, los trabajadores negros, lejos de estar confinados en los remansos de la industria británica, han constituido un sector significativo de su «vanguardia», participando sustancialmente en algunos de los principales conflictos industriales (por ejemplo, Ford, Courtauld, ICI, Imperial Typewriter, Standard Telephone, Mansfield Hosiery).

Se ha dado curso aquí a dos procesos, con el doble efecto de una importante descomposición y recomposición del trabajo negro, siempre con consecuencias muy significativas. El primero es el impacto más inmediato de la recesión y el desempleo. A medida que la recesión se ha profundizado, el desempleo se ha convertido en una característica de la industria británica en crisis, con un impacto inmediato en la mano de obra negra ya residente en Gran Bretaña. Las cifras del departamento de Empleo sugieren que «el desempleo de los inmigrantes puede ser el doble de la media nacional situada en el 5,5 % [...] habiendo crecido a un ritmo correlativo más rápido desde 1975». ²⁹ El desempleo entre los negros que salen de la escuela es cuatro veces superior a la media nacional y, en muchas zonas urbanas, más del 60 % de quienes acaban de terminar la escuela están ahora sin trabajo. Esta escasez de oportunidades de empleo tiene el efecto de forzar a la población negra a descender en la jerarquía de las ocupaciones cualificadas. Cuando termine la recesión, es muy probable que su posición general en la población activa se haya por lo general deteriorado en comparación con los trabajadores autóctonos.

El segundo proceso se realiza a más a largo plazo, pero a la postre resulta más significativo. A principios de la década de 1950, cuando la industria británica estaba en expansión y disponía de poca mano de obra, se absorbió excedente de mano de obra del Caribe y del subcontinente asiático. La correlación en este periodo (y, de hecho, a lo largo de todo el ciclo) entre el número de trabajadores inmigrantes y las ofertas de empleo es misteriosamente estrecha. En los períodos de recesión, y especialmente en la fase actual, el número de inmigrantes ha disminuido; llegan menos y una mayor proporción de los que ya están aquí se ven abocados al paro.

²⁹ Ibídem.

En resumen, la «oferta» de mano de obra negra en el empleo ha subido y bajado en relación directa con las necesidades del capital británico. La mano de obra negra ha sido literalmente absorbida y expulsada en relación directa con los vaivenes de la acumulación de capital.

En este proceso convergen factores económicos, políticos e ideológicos. Lo que ha regido principalmente el «flujo» de mano de obra negra son los ritmos y las exigencias subyacentes del capital británico. Pero lo que ha regulado el flujo es, por supuesto, la acción legislativa (es decir, política). Y lo que ha preparado el terreno para este uso de la mano de obra negra como factor fluido e infinitamente «variable» en la industria británica es el crecimiento del racismo (ideología). En este caso, la situación de la mano de obra negra debe situarse en el contexto mucho más amplio de la recomposición de los sectores del propio capital. Cada vez más, la Europa capitalista en su conjunto ha llegado a depender del sistema de mano de obra inmigrante del sur de Europa: Italia, Portugal, España, Turquía y el norte de África. Estos «trabajadores invitados» son unidades económicas extremadamente baratas, ya que no son residentes, no traen a sus dependientes y viven esa existencia temporal tan gráficamente descrita en *Un séptimo hombre* de John Berger.³⁰ Son reclutados en la plenitud de su vida productiva. Pero el capital avanzado no asume ninguno de los costes de la reproducción de su fuerza de trabajo. No solo su «flujo» puede ser ajustado y regulado de forma más fina en relación con las necesidades de mano de obra de la industria en los sectores avanzados, sino que su transitoriedad, dependencia y aislamiento los convierte en fuerza de trabajo vulnerable y dócil, fácilmente adaptable a las necesidades de la cadena de montaje.

Hasta mediados de la década de 1960, el modelo británico era diferente y producía un acuerdo «peor» para Gran Bretaña en comparación con otros países europeos, ya que su mano de obra inmigrante eran colonos, con derechos de ciudadanía y personas a su cargo. Gran Bretaña se hacía responsable de los «costes de reproducción» de esta mano de obra (educación, derechos sanitarios, pensiones, etc.). La legislación sobre inmigración a partir de mediados de la década de 1960 debe entenderse así como un ataque a los derechos de ciudadanía y al estatus de los trabajadores negros, en tanto condición previa para una regulación más estricta de la oferta de mano de obra inmigrante. La serie de gestos legislativos en el ámbito de la inmigración ha rebajado y a la vez ha endurecido, de este modo, los requisitos para determinadas cualificaciones: la severa restricción de la entrada de personas dependientes y una transformación del estatus de la mano de obra inmigrante —a través de las distinciones *patrial / non patrial* y *Old /*

³⁰ J. Berger, *The Seventh Man*, Harmondsworth, Penguin, 1975 [ed. esp.: *Un séptimo hombre*, Eugenio Viejo (trad.), Madrid, Capitán Swing, 2015].

New Commonwealth— del estatus de colono al de «trabajador invitado». En el mismo periodo, al restringirse gravemente el flujo de mano de obra negra, se produce un fuerte aumento de los pases que se conceden a los «extranjeros propiamente dichos», es decir, a los «trabajadores invitados» de los países europeos más pobres. Como Sivanandan ha expresado sucintamente: «Los que vinieron de la Commonwealth antes de la Ley de 1971 no son inmigrantes, son colonos, colonos negros. Hay otros que vinieron después de la Ley; son simplemente trabajadores inmigrantes, trabajadores inmigrantes negros».³¹

Las restricciones políticas a los negros, el crecimiento de la ideología racista y de las organizaciones explícitamente antiinmigrantes, el endurecimiento de la disciplina social en las zonas residenciales de la población negra, el «desasosiego» general de la población negra no pueden, por lo tanto, atribuirse únicamente a «actitudes discriminatorias» por parte de individuos o empresarios concretos. Es un rasgo estructural de la forma en la que la mano de obra negra ha sido subsumida en el capital metropolitano de posguerra. Como ya ha sucedido antes, las condiciones de la recesión económica están siendo utilizadas para impulsar una importante recomposición del trabajo negro por parte del capital, a través de las fuerzas políticas e ideológicas alineadas con sus «necesidades» a largo plazo. Por lo tanto, no tiene sentido tratar de entender la situación de los trabajadores negros y su trabajo en términos de las contingencias inmediatas de la «discriminación». De lo que se trata aquí es de una característica estructural del capital moderno, y del papel fundamental que el trabajo negro desempeña ahora en las metrópolis capitalista en una fase importante de su recomposición. Castles ha argumentado recientemente que lo que hemos esbozado aquí representa una tendencia *estructural* del capital monopolista (aunque habría que situarlo en el contexto de las migraciones anteriores y del movimiento de entrada y salida del empleo remunerado de la mano de obra femenina a fin de poder evaluar con precisión la novedad del fenómeno).³² Y ha añadido que la mano de obra migrante constituye actualmente el sector laboral sometido a la *mayor* tasa de explotación, una característica que adquiere mayor relevancia en un periodo de monopolio, con la marcada tendencia a la baja de la tasa de ganancia en esta fase. El trabajo migrante en general está, por lo tanto, estrechamente integrado a los movimientos cílicos de expansión y recesión de un tipo de producción capitalista fuertemente capitalizado (es decir, con una elevada tasa de composición orgánica del capital). También, sugiere, desempeña un papel fundamental como factor deflacionario en los periodos de recesión capitalista, es uno

³¹ A. Sivanandan, *Race, Class and the State*, Londres, Institute of Race Relations, 1976.

³² Castillos y Kosack, *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe...*

de los mecanismos fundamentales de gestión de la crisis en una economía caracterizada por la «depresión con inflación».

La concentración residencial de la población negra inmigrante es uno de los rasgos más significativos de su posición estructural. Los trabajadores antillanos se concentran de forma abrumadora en las zonas del centro de la ciudad, el único lugar en el que, en los primeros momentos, podía alquilar viviendas relativamente baratas, susceptibles de ser ocupadas por varios inquilinos. Las migraciones posteriores han reforzado este modelo. También lo han hecho otros factores como la búsqueda de lazos de amistad, parentesco y solidaridad, la brecha entre los bajos niveles salariales de los negros y el elevado coste de la vivienda en otras zonas, las políticas de vivienda de las alcaldías urbanas y las prácticas discriminatorias de algunos agentes inmobiliarios y compañías hipotecarias. La decadencia y el abandono de la propiedad por parte de propietarios negligentes, que obtienen un beneficio corto y especulativo de un parque de viviendas deteriorado, y las tácticas de mano dura de los propietarios extorsionistas —a veces ellos mismos inmigrantes, ya sean blancos o negros, que explotan la posición vulnerable de la familia negra— han sido características constantes de las condiciones de la vivienda de la población negra mayoritaria. Durante la inflación de los precios de la vivienda en la década de 1970, los propietarios, acorralados por la nueva legislación sobre las viviendas de alquiler, a menudo encontraron más fácil demoler y reconstruir estas propiedades, o venderlas para su reurbanización, promoviendo así aún más la disminución de la disponibilidad de propiedades en alquiler, exactamente en el tramo del mercado de la vivienda más relevante para la familia negra. De este modo, se ha vuelto más difícil que nunca conseguir un alojamiento decente para los hombres y mujeres negros solteros, o para que las nuevas familias accedan a su primera vivienda.³³ A medida que la situación de los adultos negros en materia de vivienda ha ido empeorando, la situación de los jóvenes negros solteros que desean abandonar su hogar se ha deteriorado a un ritmo aún más rápido. A los jóvenes adultos negros les resulta prácticamente imposible conseguir un alojamiento decente a precios modestos; en cualquier caso, en tanto una proporción cada vez mayor de ellos está en paro no pueden pagar los alquileres que se piden, incluso cuando son «razonables». El creciente fenómeno del «vagabundeo por las calles», de dormir a la intemperie y del «sinhogarismo», así como la ocupación de viviendas, se ha visto apuntalado por la posición estructural de los negros en el mercado de la vivienda de la ciudad industrial británica contemporánea.

³³ Véase Notting Hill People's Association Housing Group, *Losing Out*, 1972, Notting Hill People's Association Housing Group, 60 St Evan's Road, Londres W.10; y J. Greve, D. Page y S. Greve, *Homelessness in London*, Edimburgo, Scottish Academic Press, 1971.

En cada una de las áreas estructurales tratadas hasta ahora, podemos ver que la forma general en la que se reproduce la posición de clase y la división del trabajo para la clase obrera en su conjunto asume una forma específica y diferenciada en relación con el estrato del trabajo negro. Existen mecanismos específicos que reproducen lo que casi parece ser una «división racial del trabajo» dentro de la división general del trabajo en tanto característica estructural de la misma. Estos mecanismos no solo son específicos de la raza, sino que tienen un impacto diferenciado en los distintos sexos y generaciones *dentro de* la mano de obra negra. Sirven así para apuntalar y apoyar la fragmentación política de la clase en clases o fracciones de clase racialmente segmentadas, en competencia entre sí. Por eso, es importante considerar la raza como una característica estructural de la posición y la reproducción de esta mano de obra negra, así como una categoría experiencial de la conciencia de clase. La raza, para la mano de obra negra, es una estructura fundamental del orden social del capitalismo contemporáneo.

La historia juega un papel importante en esta historia. El periodo de explotación comercial colonial, seguido del periodo de imperialismo militar y económico, cumplió una importante función a la hora de asegurar la posición económica pasada y presente de Gran Bretaña. También impuso la supremacía racial en la superficie de la vida social inglesa, dentro y fuera de la esfera de la producción y de la expropiación de excedente. El debate sobre si la clase obrera británica en su conjunto o, si no toda, al menos cierta «aristocracia del trabajo», se benefició económicamente del «neoimperialismo» prosigue todavía. Es cierto que el colonialismo, además de establecer relaciones internas de oposición y competencia dentro de la clase obrera británica (por ejemplo, entre los trabajadores de la industria del algodón frente a otros sectores), también activó relaciones de oposición entre la clase obrera metropolitana británica en su conjunto y las fuerzas de trabajo coloniales. Además, el periodo imperial proporcionó a las clases dominantes una de las armas ideológicas más eficaces y penetrantes con las que, en el divisivo periodo de conflicto de clases que llevó a la Primera Guerra Mundial, trataron de extender su hegemonía sobre un proletariado cada vez más fuerte, unido y confiado, especialmente a través de las ideologías del imperialismo popular y de la superioridad racial. Durante el declive del Imperio y el auge de los movimientos de independencia nacional de posguerra, estas «relaciones coloniales» fueron internalizadas por medio de la importación de mano de obra inmigrante. La estructura diferenciada de intereses de clase entre las clases trabajadoras británicas y coloniales se reprodujo entonces, de forma compleja, dentro de la economía nacional, mediante el empleo de mano de obra inmigrante importada, en condiciones de pleno empleo, a menudo para cubrir trabajos que la mano de obra autóctona ya no hacía. Hasta el día de hoy, el capitalismo ha seguido

reproducido de esta forma una mano de obra dividida internamente. Un aspecto significativo de este proceso en el periodo de posguerra han sido los avances en la lucha de los sectores más avanzados de la mano de obra blanca a expensas de la negra. La raza es uno de los principales mecanismos por los que, dentro y fuera del propio lugar de trabajo, se ha llevado a cabo esta reproducción de una fuerza de trabajo dividida internamente. Los «beneficios» que también han obtenido las clases dominantes en Gran Bretaña, a la luz de esta historia, deben incluir, por lo tanto, no solo la explotación directa e indirecta de las economías coloniales de ultramar y el complemento vital que esta mano de obra colonial supuso para la fuerza de trabajo indígena en el periodo de expansión económica, sino también las divisiones y los conflictos internos que han mantenido a esa fuerza de trabajo segregada según criterios raciales en un periodo de recesión y declive económico, en un momento en el que solo la unidad de la clase en su conjunto podría haber obligado al país a adoptar una «solución» económica distinta a la del desempleo, la jornada reducida, los recortes en el paquete salarial y el salario social.

Hemos discutido brevemente el modo en que las diferentes estructuras se combinan para «reproducir», en una forma histórica específica, ese proletariado negro del que la juventud negra de las ciudades es una fracción muy visible y vulnerable. Queremos subrayar que nos hemos ocupado de algo bastante diferente de la catalogación de las prácticas discriminatorias basadas en estereotipos y actitudes racistas que, en todo momento, tienden a marcar las relaciones sociales entre los diferentes grupos étnicos, por muy miserables, degradantes y deshumanizadoras que sean esas actitudes. Nuestro énfasis también difiere de la crítica al «racismo institucionalizado» que se hace a menudo, aunque los hechos ciertamente apoyan el argumento de que el racismo *no* se limita al nivel de las relaciones sociales y las actitudes, sino que está integrado en el tejido de ámbitos institucionales como los mercados de la vivienda y el empleo (es decir, el racismo es una característica sistemática del funcionamiento de estos mercados y no debe atribuirse simplemente a la «perspectiva racista» del personal que los administra). Sin embargo, hemos estado señalando la forma en que las diferentes estructuras *funcionan coordinadamente* para reproducir las relaciones de clase de toda la sociedad de una forma específica y a gran escala; y hemos estado observando la forma en la que la raza, en tanto característica estructural de cada sector en este complejo proceso de reproducción social, sirve para «reproducir» esa clase trabajadora de una forma racialmente estratificada e internamente antagónica. Por lo tanto, queremos distinguir nuestro enfoque de los muchos tipos de reformismo ambiental que (como señalamos anteriormente en nuestra revisión de los medios de comunicación de masas) tratan estructuras que de hecho están

inextricablemente conectadas como conjuntos de instituciones separados y discretos, y que entienden estas estructuras, no en términos de la tarea que realizan en la reproducción de las condiciones sociales objetivas de una clase, sino en términos de sus incidentales (y, por lo tanto, eminentemente reformables) «actitudes personales discriminatorias». Nos preocupan las estructuras que, funcionando dentro de la «lógica» dominante del capital, producen y reproducen las condiciones sociales de la clase trabajadora negra, configuran el universo social y el mundo productivo de esa clase, y asignan a sus miembros y agentes a lugares de subordinación estructurada dentro de ella. Hemos intentado demostrar que las estructuras que realizan esta tarea crítica de «reproducir las condiciones de producción» para la clase obrera británica en su conjunto también funcionan de tal manera que producen esa clase de forma racialmente dividida y fragmentada. La raza, hemos argumentado, es un componente clave de esta reproducción de las relaciones de clase, no simplemente porque los grupos que pertenecen a una categoría étnica traten a otros grupos de forma racialmente discriminatoria, sino porque la raza es uno de los factores que proporciona la base material y social sobre la que florece el «racismo» como ideología. La raza se ha convertido en un elemento crucial en las estructuras económicas y sociales dadas que cada nueva generación de clase trabajadora encuentra como un aspecto de las condiciones materiales «dadas» de su vida. La juventud negra, en cada generación, no comienza como un conjunto de individuos aislados que casualmente se educan, viven y trabajan de determinadas maneras, y que se topa con la discriminación racial en el camino hacia la edad adulta. La juventud negra parte en cada generación de una determinada posición de clase, producida de forma objetiva por procesos determinados, no de su acción; y esa posición de clase es, al mismo tiempo, una posición racial o étnica.

Pero la raza cumple una doble función. Es también la principal modalidad en la que los miembros negros de esa clase «viven», experimentan, dan sentido y, por lo tanto, toman *conciencia* de su subordinación estructurada. A través de la modalidad de la raza, la población comprende, maneja y luego comienza a resistir la explotación que es una característica objetiva de su situación de clase. Por lo tanto, la raza no es solo un elemento de las «estructuras»; es un elemento clave en la lucha de clases —y, por lo tanto, en las *culturas*— del trabajo negro. Es a través de la contraideología de la raza, el color y la etnia como la clase obrera negra toma conciencia de las contradicciones de su situación objetiva y se organiza para «luchar contra ella». Esto es ahora especialmente cierto para la juventud negra. Es la raza la que proporciona el vínculo mediado entre la posición estructurada de subalternidad y subordinación que es el «destino» inscrito en la posición de este sector de la clase, y la experiencia, la conciencia de ser gente de segunda

clase. Es en la modalidad de la raza donde aquellos a quienes las estructuras explotan, excluyen y subordinan sistemáticamente se descubren como clase explotada, excluida y subordinada. Por lo tanto, es principalmente en y a través de la modalidad de la raza donde la resistencia, la oposición y la rebelión se expresan *por primera vez*. En el nivel más simple, obvio y superficial, se puede captar esta centralidad de la raza para las estructuras de la conciencia en los relatos y expresiones inmediatas de los propios jóvenes negros: cómo la raza estructura, desde dentro, toda su experiencia social. He aquí, por ejemplo, a Paul, de 18 años, hablando del trabajo:

Siempre te pasa lo mismo, como cuando fui a un trabajo y el hombre me dijo: «No te importe que te llamemos negro cabrón o maricón o negro o lo que sea porque es solamente una broma». Le dije que se quedara con su trabajo. Dice eso de «No tengo prejuicios de color» y todo eso... Pero es una tontería que un tipo te diga algo así, directamente.

O Leslie, hablando de la experiencia de Paul:

Paul fue buscando trabajo y el blanco le dijo: tienes un corte de pelo afro y tienes que cambiarte el peinado. Si hubiera sido yo, le habría dado una patada. Le habría dado una patada en el trasero. Lo habría pateado los cojones. Jodido imbécil. No quiero trabajar para un hombre blanco. Los negros han trabajado para ellos durante mucho tiempo. No quiero trabajar para ellos. No solía odiar a los blancos. Todavía no los odio a todos. Pero son ellos los que me enseñan a odiar.³⁴

Cultura, conciencia y resistencia

Pasamos ahora a examinar más a fondo esta segunda dimensión cualitativa: los cambios de conciencia, ideología y cultura, en los modos de resistencia y rebelión de los negros. Aquí, es importante señalar una vez más la diferente posición que ocupan los jóvenes negros antillanos en comparación tanto con sus propios padres como con sus homólogos asiáticos. Los asiáticos, hombres y mujeres, habitan un universo *estructural* similar al que se ha esbozado anteriormente para los trabajadores antillanos. En cierto modo —a través de los mecanismos de separación física en las fábricas «asiáticas», etc.— los asiáticos han sido objeto, si acaso, de una explotación más sistemática por motivos raciales. Tal vez, como consecuencia de esto, su modo de lucha asumió una forma industrial colectiva organizada desde una etapa

³⁴ Citas del relato de P. Gillman sobre la juventud negra en el albergue Harambee de Holloway: «I blame England», *The Sunday Times*, suplemento en color, 30 de septiembre de 1973.

anterior. Sin embargo, la cultura «migrante» asiática es el producto de un colonialismo y una economía dependiente diferentes a los del Caribe. A través del trasplante temprano, de la esclavitud y de la sociedad de plantación, esta última sufrió un proceso más severo de fragmentación cultural. La cultura asiática resulta, sin embargo, más cohesionada y solidaria para con sus jóvenes. Además de los asiáticos empleados en el trabajo productivo, existe un importante sector independiente —comerciantes, tenderos, pequeños comerciantes — y este sector ofrece a sus jóvenes un abanico más amplio de posibles tipos de empleo, incluido el de autónomo independiente, que el disponible para los jóvenes antillanos. Hay sin embargo claros indicios de que estas distinciones están empezando a romperse en la segunda generación. La posición de los jóvenes negros afrocaribeños difiere también hoy en día de manera significativa de la de los emigrantes de primera generación procedentes del Caribe. El destino de la mano de obra caribeña —tanto la empleada como la desempleada estacional o permanentemente— estuvo ligado durante mucho tiempo a la economía de la metrópoli. La depresión económica del periodo de entreguerras, unida al largo declive del azúcar antillano, el principal cultivo de exportación, afectó al Caribe más tarde que a Gran Bretaña. Los hombres y mujeres atraídos por una economía ávida de mano de obra en las condiciones de posguerra eran, en muchos sentidos, el reverso, la cara alternativa, de la prosperidad metropolitana de posguerra: los desempleados coloniales, los trabajadores ocasionales y los desempleados de la ciudad caribeña, los trabajadores rurales de las plantaciones, los agricultores de subsistencia procedentes de las masas rurales del interior. El desempleo y el subempleo son una característica general y aparentemente permanente de sus condiciones materiales de vida. Empujados a la emigración por la pobreza colonial endémica, necesitados desesperadamente de las recompensas económicas y sociales que sus propias islas nativas no podían proporcionar, fueron disciplinados masivamente al entrar por medio del salario. Darcus Howe cita un revelador extracto de un número de *Punch* (21 de agosto de 1965) en el que se expone la despiadada lógica del capital con respecto al trabajo negro en este periodo inicial:

Cada inmigrante representa una reserva de capital. Cuesta 4.000 libras esterlinas criar, educar y formar a una persona para un empleo productivo y esta suma se transfiere como una exportación gratuita dondequiera que se produzca la migración. [...] Gran Bretaña, con pleno empleo y un inmenso programa de reconstrucción a abordar, necesita inmigrantes urgentemente. Tenemos una población de 50 millones, una población trabajadora de 25 millones y este grupo productivo es el que alimenta y viste y da cobijo a todos nuestros niños y pensionistas. Cada nuevo inmigrante que trabaja ayuda a mantener a la mitad improductiva de la población. Pregunten a los alemanes

cómo han conseguido lograr la prosperidad desde la ruina de 1945. ¿Trabajo duro? Sí. Pero con una mano de obra reforzada por millones de inmigrantes.³⁵

El salario era bajo y la disciplina dura. Los inmigrantes encontraban trabajo, aunque a menudo el peor y el peor pagado. Encontraban alojamiento en cualquier lugar, en las infraviviendas en ruinas de los barrios bajos de los centros urbanos. Se instalaron en un clima y una cultura inhóspitos a la hora de «buscarse la vida»: un pesado trabajo en las fábricas; largas horas y duras jornadas en el transporte londinense; trabajo caluroso y laborioso para las mujeres en las cocinas y otras industrias de servicios; peones, barrenderos, trabajo fabril poco especializado. Se trata de un episodio dramático y doloroso en la historia de la «reconstrucción» de la clase obrera caribeña. En este periodo, su destino estuvo sistemáticamente sobredeterminado por el trabajo y los salarios, los salarios y el trabajo. Sin embargo, en las zonas de alta concentración de población negra —en Paddington, o Brixton, o Moss Side—, a pesar de la dureza de su trabajo, comenzó a florecer lentamente la vida obrera caribeña en la «colonia». En los respetables hogares de la clase trabajadora caribeña, esto era, al principio, un asunto privado: cortinas corridas contra el frío y la oscuridad; entradas y salidas discretas frente a las miradas indiscretas de los vecinos; mujeres tapadas que salían de las tiendas después del trabajo; niños que volvían en penumbra de la escuela; tardes de invierno que empezaban a las cuatro. Pero en algunas zonas empezó a tomar forma una cultura de «colonia» más variada, que expresaba no solo los modestos logros de los «respetables», sino los ritmos autóctonos más coloridos y nativos de los desempleados urbanos, los semidesempleados, los porteros de discoteca y los hombres jugando al dominó. En estos lugares se recreaba un poco el barrio de chabolas autóctono de West Kingston o de Port of Spain:

La casa de juego donde reinaba el parapinto (el juego de dados jamaiquino) era una institución en la que el salario del trabajador circulaba hacia los bolsillos de los desempleados y a través de ellos. [...] Los antillanos que se dedicaban realmente a la producción directa encontraban allí una alternativa a los horarios bien definidos de los bares y las salas de bingo, instituciones que se regían por las leyes estatales y que debían estar en armonía con la jornada laboral. Así, los horarios de juego de los garitos que funcionaban fuera y en contra del ritmo de la jornada laboral y de forma independiente de las leyes estatales, resultaron ser un gran obstáculo para la tendencia del capital a controlar al trabajador, no solo en la fábrica, sino en todas las horas de su vida. En 1955 estas

³⁵ D. Howe, «Fighting Back: West Indian Youth and the Police in Notting Hill», *Race Today*, diciembre de 1973.

instituciones estaban bien establecidas en Notting Hill. [...] En 1957, un titular del periódico gritaba «Hombres negros, burdeles y droga» y pedía «una supervisión más estricta de la plaga de clubes que están surgiendo en la comunidad antillana». ³⁶

Entonces llegó el primer ataque abiertamente racista contra la comunidad antillana, los disturbios raciales de 1958. Ya hemos tratado con más detalle este punto de inflexión en la historia de la posguerra del trabajo caribeño en Gran Bretaña. Es importante aquí recordar simplemente el hecho de que, aunque las peleas, los lanzamientos de piedras y los insultos en la calle, la rotura de ventanas y la pintada de esvásticas en las puertas de los hogares antillanos, fueron encabezados por jóvenes blancos, alentados, en una intervención cuidadosamente planificada por el movimiento fascista organizado, los disturbios representaron una importante ruptura de las «relaciones amistosas», no solo entre los negros y los teddy boys, sino entre las comunidades negra y blanca. Así, se marcó la línea divisoria entre las aspiraciones de los negros a un acuerdo de acomodación —la política del «vive y deja vivir»— y la realidad tangible, más dura. «Notting Hill» no solo presentó el espectáculo de la comunidad negra asediada, lo que propició la primera respuesta política organizada de la comunidad negra, la reunión de organizaciones y grupos locales caribeños, sino que también introdujo a la policía —y, poco después, el temor a la discriminación policial— como fuerza de control directa en los barrios negros, estableciendo una presencia que nunca se ha retirado.

A finales de la década de 1950, aunque seguía siendo un objetivo de la política social progresista, la estrategia de *asimilación de los negros* había sido ya descartada, por la gran mayoría de ellos, como un modo realista de supervivencia. Aunque quisieran, los negros no podían convertirse en hombres y mujeres «blancos», en cuanto a su aspecto, estilo y cultura, y pocos lo hicieron. No podían, en parte porque sencillamente no es posible que un grupo o clase se desprenda de su identidad cultural solo con el pensamiento; en parte porque objetivamente se encontraban en un terreno muy diferente, habían sido asignados a un universo social y económico significativamente diferente al de aquellos sectores de la población blanca que habrían tenido que proporcionar los modelos de asimilación; y, en parte, porque la sociedad blanca a la que habrían tenido que asimilarse no quería, en ningún caso, que esto sucediera en la práctica, dijeron lo que dijeron sus líderes y portavoces. En un puesto más bajo de la escala estaba la estrategia de *aceptación*. La aceptación significaba que la comunidad negra asumiera y aceptara como propio el papel de ciudadano de segunda clase que se le había propuesto; también implicaba que la comunidad blanca estuviera

³⁶ Ibídem.

dispuesta a aceptar que los negros, que seguirían siendo diferentes y distintos, vivieran entre ellos. De lo que se trataba principalmente con esta solución de compromiso era la *incorporación diferencial* de la comunidad negra a la clase trabajadora respetable blanca. Su resultado habría sido, no la fusión con, sino la «segregación informal» dentro de la cultura de una clase subordinada. Muchas familias antillanas de la primera generación se decantaron, con mayor o menor éxito, por esta solución negociada. Entre ellas se encontraban las familias antillanas pioneras y abnegadas del periodo de la transición: luchando a su manera, pero junto a sus homólogos blancos respetables, dentro de la disciplina del salario, para conseguir una «vida decente» para ellos y sus hijos, manteniéndose a sí mismos. No era una gran vida, pero podía soportarse en la creencia de que la experiencia del rechazo y el relativo fracaso no sería necesariamente el destino sistemático de su raza, y que «los niños» tendrían una oportunidad de triunfar en formas en las que sus padres estaban destinados a fracasar. Este es el ya trillado camino de la eterna paciencia negra.

Otra estrategia posible era desarrollar y ampliar la *separación* y marginalidad endémicas de la solución de «aceptación» en algo más completo. Pero para que una «cultura antillana» echara raíces y sobreviviera en Gran Bretaña, necesitaba un marco sólido y una base material: la construcción de una comunidad y enclave antillanos, el nacimiento de la *sociedad de la colonia*. En cierto nivel, la formación de la «colonia» del gueto fue una respuesta defensiva y corporativa. Implicaba que la comunidad negra se replegara sobre sí misma. Este énfasis en el espacio defensivo se acentuó ante el racismo público, que se desarrolló rápidamente en la sociedad, fuera de los límites de «la colonia», durante la década de 1960. La «vida de la colonia» fue, en una de sus manifestaciones, sencillamente una reacción defensiva —un cierre de filas— contra el racismo oficial, salpicado por las elecciones de Smethwick de 1964, la legislación antiinmigración de mediados de la década de 1960, el powellismo y el nacimiento del lobby de la repatriación. En otro sentido, la fundación de la *sociedad de la colonia* significó el crecimiento de la cohesión cultural interna y la solidaridad dentro de las filas de la población negra y en los límites corporativos del gueto: la conquista de un espacio cultural en el que pudiera florecer una vida social negra alternativa. Las colonias internas proporcionaron así la base material para este renacimiento cultural: en primer lugar, de una «conciencia antillana», que ya no se mantenía simplemente viva en la cabeza o en la memoria, sino que era visible en la calle; en segundo lugar (tras las rebeliones negras americanas), de una poderosa y regenerada «conciencia negra». Aquí comenzó la «colonización» de ciertas calles, barrios, cafés y pubs, el crecimiento de las iglesias evangelistas, las misas cantadas de los domingos al mediodía y los bautismos masivos en las piscinas locales, el despliegue de

frutas y verduras caribeñas en las tiendas indias, el garito clandestino y la fiesta de blues de los sábados por la noche, la construcción de *sound systems*, las tiendas negras de discos que vendían blues, ska y soul: el nacimiento del «barrio nativo» en el corazón de la ciudad inglesa.

La reconstrucción de la «colonia» negra abrió un nuevo abanico de estrategias de supervivencia dentro de la comunidad negra. La mayoría sobrevivía saliendo de la colonia todos los días para trabajar; pero otros sobrevivían fijando su residencia permanente dentro del gueto. Los salarios del trabajo negro respetable tendían ahora a circular cada vez más a través de la propia «colonia» negra, proporcionando así la base económica para un distintivo mundo social negro. La «colonia» también proporcionó la base material y social para un nuevo tipo de conciencia: una identidad cultural negra generada internamente. Los negros se mataban para llegar a fin de mes, eran emigrantes permanentes en una tierra que no era la suya, pero ya no se disculpaban por ser lo que eran: gente caribeña, con una patria y un patrimonio, también negros. Como dijo una antillana: «Si me llaman negra bastarda, digo: "Soy negra y estoy orgullosa de serlo, pero bastarda no soy"».³⁷

La «vida en la colonia» también abrió la posibilidad de modos de supervivencia *alternativos* a la ruta respetable del trabajo duro y los bajos salarios: sobre todo, una amplia gama de tratos informales, prácticas semi-legales, chanchullos y delitos de poca monta que se conocen clásicamente en toda la vida del gueto como el *trapicheo*. El trapicheo es una estrategia de supervivencia tan común, necesaria y familiar para los habitantes de las «colonias» como ajena y extraña para quienes no la conocen. A menudo se piensa, erróneamente, que es sinónimo de delincuencia profesional. La opinión progresista ha llamado frecuentemente la atención sobre el hecho de que los negros estaban proporcionalmente infrarrepresentados en las cifras anuales de delincuencia. Pero a finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, la «colonia» pasa a identificarse con *una serie particular* de delitos menores, de los cuales los más comunes eran la prostitución, el vivir de las ganancias inmorales y el menudeo de drogas. Darcus Howe cita un memorando del Ministerio del Interior de marzo de 1957 en el que se exigía a la policía que aportara pruebas sobre la «delincuencia a gran escala», el «grado de mezcla con la población blanca», los «hechos de ilegitimidad», la «gestión de los burdeles» y las «condiciones en las que viven» en las «colonias» negras.³⁸ También recuerda que, cuando el ministro del Interior hizo su declaración sobre los disturbios raciales de 1958, lo predeció de una referencia a las «dificultades» surgidas «en parte por el vicio»,

³⁷ Citado en Gillman, «I blame England...».

³⁸ Howe, «Fighting Back...».

y sugirió que el gobierno podría asumir competencias para deportar a los «indeseables». Esta distinción entre los negros respetables y el «elemento indeseable» se ha convertido en un lugar común en la sintaxis de la raza (que se hace eco de los intentos anteriores, discutidos anteriormente, de abrir una brecha entre los diferentes sectores de la clase, como entre los «pobres mercedores» y las «clases peligrosas» a principios del siglo XIX, y entre la «clase obrera respetable» y los «desechos» a finales de ese siglo). Sin embargo, al igual que la simple identificación del «trapicheo» con la delincuencia, esta distinción entre «negros buenos» y «negros indeseables» distorsiona la naturaleza de la opción que el trapicheo ofrece a los condenados a vivir en la «colonia».

Trapichear es algo bastante diferente de la delincuencia profesional u organizada. Ciertamente, tiene lugar en el lado más extremo u oculto de la ley. Quien trapichea vive de su ingenio. Por ello, se ve obligado a moverse de un terreno a otro, a abandonar viejos chanchullos y a crear otros nuevos para seguir en el ajo. De vez en cuando, «el ajo» puede consistir en chanchullos, proxenetismo o pequeños robos. Pero las buscavidas son también las personas que mantienen intactas las conexiones y la infraestructura de la vida de la «colonia». Son personas que siempre conocen a alguien, que pueden conseguir cosas, que tienen acceso a bienes escasos, que pueden «negociar» y atender las «necesidades» menos respetables del lado respetable de la sociedad de la «colonia». Se pasean por los clubes, organizan las fiestas de blues, organizan el juego de dominó, saben qué día producen las destilerías ilegales de ron blanco. Horadan el sistema, pero también lo hacen funcionar. Son indispensables para la «colonia», ya que, a diferencia de los que viven en la «colonia» pero trabajan en otro lugar, han elegido vivir en la propia «colonia» y sobrevivir de ella. Al renunciar a un trabajo estable y rutinario, se conforman con los altibajos de una existencia económica más inestable. Cuando las cosas van bien, las buscavidas se pasean por la calle *con estilo*, mostrando visiblemente su buena fortuna temporal: son «cool cats». Pero muy pocos tienen éxito durante mucho tiempo. Malcolm X, uno de los más famosos buscavidas del gueto, recuerda que, tras su «conversión» de la vida de la calle a seguir a Elijah Muhammad, regresó a las guaridas de antaño:

Escuché los destinos habituales de tantos otros. Balas, cuchillos, prisión, drogas, enfermedades, locura, alcoholismo [...] muchos de los supervivientes a los que conocí siendo hienas y lobos de las calles en los viejos tiempos eran ahora lamentables. Habían conocido todos los ángulos, pero debajo de esa superficie eran negros pobres, ignorantes y sin formación; la vida les había mimado y encumbrado. Me topé con cerca de 25 de estos veteranos que había conocido bastante bien y que, en el espacio de nueve años, se habían visto reducidos a los pequeños

oficios del gueto para arañar dinero para el alquiler de una habitación y la comida. Algunos trabajaban ahora en el centro de la ciudad, como mensajeros, conserjes y cosas por el estilo.³⁹

Malcolm escribía sobre Harlem, el gueto mejor establecido, más próspero y organizado de Estados Unidos.

En las «colonias» inglesas de las décadas de 1950 y 1960, no había tal exuberancia para quienes se dedicaban a trabajar en la calle. Había un cierto estilo; y no debemos subestimar el capital cultural tan cargado que el estilo de «ser cool» e «irte bien» proporciona a los hombres rodeados por los signos demasiado evidentes de personas que luchan por sobrevivir de una manera más respetable, y que apenas llegan a fin de mes. La deriva, el desempleo y la falta de hogar, con poco o nada de romanticismo, eran más característicos de los buscavidas ingleses que los trajes pachucos y los tradicionales zapatos de banquero de Malcolm. En la «colonia» inglesa hay menos buscavidas a tiempo completo y con éxito. El «trapicheo» debería verse más como una «estrategia de supervivencia». Una estrategia, en su mayoría, para quienes simplemente no pueden conseguir un trabajo fijo; se dedican al trapicheo porque son los sectores desempleados de la clase, la avanzadilla del «ejército de reserva» de los trabajadores negros. Para este grupo, la delincuencia a pequeña escala o incidental, o la participación en los chanchullos, marca la diferencia entre la supervivencia y la inanición. Por eso, el número de personas de la «colonia» que viven del trapicheo ha aumentado constantemente con la curva ascendente del desempleo negro. Otra clase de personas que se dedican al trapicheo son aquellas que simplemente no pueden o no quieren someterse a la rutina del trabajo para «el Hombre [blanco]». Prefieren probar fortuna trabajando en la calle que aceptar el «trabajo de mierda» del hombre blanco o hacer la colas del paro. Su número también ha aumentado. Un tercer grupo son los que mantienen la vida de la «colonia» en movimiento, engrasan los engranajes, aceleran la rotación de toda la gama de actividades culturales marginales que hacen de la «colonia», a pesar de su empobrecimiento material, una comunidad sustitutiva, algo parecido a un hogar. Repartidos entre estos tres tipos se encuentran los pequeños delincuentes, los estafadores, los chulos y los chantajistas. En un sentido más amplio, todos los que viven en «la colonia» están metidos en el «trapicheo». Las familias negras respetables dependen de los trapicheos tanto como los buscavidas; si estos últimos necesitan «estar en el ajo» para sobrevivir económicamente, los primeros lo necesitan para sobrevivir culturalmente. Naturalmente, hay partes desagradables de las redes de trapicheo que las familias antillanas respetables y practicantes prefieren no conocer. El compromiso de los inmigrantes de

³⁹ Malcolm X y Haley, *The Autobiography of Malcolm X...*, pp. 315-316.

primera generación con el trabajo estable, aunque poco gratificante, y el de la segunda generación con la vida en la calle y el trabajo a domicilio, son las *principales* formas en las que se articula la «brecha generacional» en la comunidad negra. Sin embargo, a medida que aumentan las presiones sobre la comunidad de la «colonia» —por parte de la vigilancia y el control policiales, del desempleo y del racismo oficial o institucional—, la división entre jóvenes y mayores o entre los que han elegido la vía respetable y los que han optado por el chanchullo y la supervivencia, se erosiona. Existe una tendencia creciente a cerrar filas internamente, ante una amenaza común y hostil. La «colonia», inicialmente una reacción defensiva ante el universo amenazante de la hostilidad blanca generalizada, se ha convertido en una base defensiva para las nuevas estrategias de supervivencia de la comunidad negra en su conjunto.

La juventud negra ha tenido que sobrevivir y ganarse la vida eligiendo entre el abanico de estrategias que la primera oleada de inmigrantes puso en marcha. Pero se encuentran con su subordinación en una etapa diferente de la evolución histórica de su clase. Las respuestas económicas y culturales que han desarrollado colectivamente difieren, por eso, significativamente de las que tenían originalmente sus padres. La primera ola construyó la «colonia»; la segunda generación nació en la «colonia». Son su primera y verdadera progenie. No tienen otro hogar. Sus padres son portadores de esa doble conciencia común a todas las clases migrantes en el periodo de transición; la segunda generación es portadora de la conciencia exclusiva de la «colonia» negra. Su primera experiencia es la de un enclave negro sitiado en el corazón de una sociedad blanca. Han crecido con la segregación racial como un hecho vital. Como ha señalado Dilip Hiro, los jóvenes negros no ven signos visuales de integración social entre razas en el mundo de los adultos que habitan; no ven grupos de adultos con mezcla racial caminando por las calles o saliendo del pub; no hay amigos blancos que visiten a sus familias; los únicos blancos con los que tienen contacto son personas que desempeñan un trabajo (carteros, profesores, lectores de contadores) o funcionarios de asistencia social y trabajadores sociales.⁴⁰ La población negra en las escuelas ha crecido; pero ha tendido a segregarse de mutuo acuerdo por líneas étnicas. La juventud negra también ha tenido una experiencia de la que sus padres no tuvieron: la expropiación cultural a través del sistema escolar. Mejor equipados en términos de habilidades educativas para ocupar su lugar, junto a los compañeros blancos de su propia clase, en las filas de la mano de obra cualificada y semicualificada, sienten más claramente cómo se les cierra la estructura ocupacional y de oportunidades —por motivos no de competencia, sino de raza—. El racismo inglés, como estructura material y como presencia ideológica, no se explica para ellos como una aberración

⁴⁰ Hiro, *Black British, White British...*, p. 81.

temporal, resultado de un ataque de despiste de los blancos. Es así como funciona el sistema. Según su experiencia, la sociedad inglesa *es «racista»: funciona a través de la raza*. No pueden aprovechar la principal fuente de optimismo de los inmigrantes de primera generación: que todo mejora con el tiempo. De hecho, las cosas han empeorado palpablemente. A la discriminación ocasional y a la pérdida de oportunidades de trabajo hay que añadir ahora la movilización política de la hostilidad blanca, las nuevas restricciones legales que rigen la libertad de movimiento de sus familiares y, sobre todo, la presión constante del acoso policial en las calles. Nada hace que uno sea tan consciente de que vive en una «colonia» como la presencia permanente de una «fuerza de ocupación». No tienen mejores recuerdos de su tierra a los que volver: Su «tierra» es Willesden Junction, Handsworth, Paddington, Moss Side, St Annes. Estas personas son exiliados internos permanentes. Como dijo «Paul» a Peter Gillman:

Llamo mi tierra a Barbados. Esta no es mi tierra. Llamo tierra a África. Esa es mi tierra. Porque no pertenezco aquí. Aunque nací aquí, no pertenezco aquí y no me llamo a mí mismo inglés. No me llamo nada que tenga que ver con la raza inglesa de hecho. Me ven como un extraño, así que me veo como un extraño en su país.⁴¹

Esta imagen negativa no necesita explicarse más. También es cierto, en el lado más positivo, que esta generación de la «colonia» está menos superada que sus padres por la realidad de la vida en la metrópoli: menos dispuestos a aguantar y sobrevivir con paciencia; son menos deferentes con la sociedad blanca; y están más agresivamente seguros de lo que son. En este sentido, la «colonia» ha proporcionado una base para la construcción de identidades culturales alternativas positivas. Muchos negros de primera generación tuvieron que pasar dolorosamente por este punto de transición. Lo expresa con elocuencia la autobiografía del carpintero antillano Wallace Collins:

Decidí abandonar el desencanto, la implacable y sin embargo grosera monstruosidad de la sociedad de los blancos. Esta metamorfosis se produjo en mí sin que yo lo supiera, hasta que empecé a mezclarme con los míos. Me sentí querido y deseado por los míos [...]. Yo pertenecía.⁴²

La segunda generación *es* simplemente una generación negra, que sabe que es negra y que no va a ser otra cosa que negra. Su conciencia ha recibido lo que los rastafaris llamarían su «enraizamiento» en ese conocimiento fundamental y necesario. Por lo tanto, es muy poco probable que esta generación se encamine, voluntariamente, por la senda de la asimilación.

⁴¹ Citado en Gillman, «I blame England....».

⁴² Citado en Hiro, *Black British, White British...*, p. 80.

Como solución colectiva, la opción de la asimilación no solo ha sido oficialmente cerrada por la sociedad blanca, sino que los negros han cerrado activamente la puerta desde dentro por sí mismos y luego han tirado la llave. Lo que hemos llamado estrategia de «aceptación» tampoco tiene mucho de lo que presumir. La juventud negra ha llegado a considerar que la resistencia infinita de sus padres es una solución demasiado silenciosa, ya que a menudo implica ceder, doblegarse, ante «el Hombre». Uno de los principales ámbitos en los que la juventud negra se resiste y rechaza lo que involuntariamente sus padres tuvieron que aceptar, es en la propia esfera del trabajo. Un aprendiz de ingeniería de 17 años le contó a Dilip Hiro la historia de cómo «el capataz me dijo que cepillara el suelo. Había un obrero blanco (era su trabajo) que no hacía nada, así que me negué. Me despidieron. Se lo conté a mi padre y me dijo: "Deberías haber barrido". Le dije a mi padre: "Te has blanqueado, esos ingleses te han corrompido la mente"».⁴³ El joven «Paul», de 18 años, le dijo a Peter Gillman: «Me echaron de mi casa. A mi viejo no le gustaba mi forma de actuar. Me dedicaba a trapichear, a buscar dinero aquí y allá, sin trabajar, y a él no le gustaba, así que le dije que me iba. Salí el sábado por la noche y cerré la puerta con llave y no me dejó volver a entrar».⁴⁴ Otro joven lo expresó de otra manera:

Mi ambición es sacar a mi padre del transporte de Londres. No me avergüenzo porque trabaje allí, eso no es nada, porque es un hombre trabajador y ha sacado adelante una gran familia y hay que respetarlo por ello. Lo que pasa es que está todo el día en ese autobús repartiendo billetes y eso no es nada bueno. Me gustaría acercarme a él una vez y decirle: «Papá, dales tus tarjetas y descansa, coge tus tarjetas y descansa». Dice que está orgulloso de trabajar duro y todo eso, pero realmente ¿a quién le gustaría salir con el autobús con el frío que hace en este país? A nadie. Y no importa lo que haya dicho, lo sé porque lo miro y sé que no le gusta. Pero él sabe que es demasiado tarde para decir, «mira, chico, no voy a trabajar, voy a hacer esto o voy a tocar música, voy a ser artista o jugador». Es demasiado tarde. Tiene responsabilidades, pero si eres joven tienes que mirarlo y decir: «Mira a mi viejo, vino a este país buscando una fortuna y está en un autobús todos los días subiendo y bajando las escaleras al grito de "¡billetes!"». Tienes que decirle que, tal y como funciona este sistema, yo solo estaré un escalón por encima de eso y entonces mi hijo tendría que estar un escalón por encima de lo que yo estaba y así sucesivamente. Tiene que haber uno en la familia que salte, para que toda la familia suba.⁴⁵

⁴³ Ibídem.

⁴⁴ Citado en Gillman, «I blame England....».

⁴⁵ «The Black Youth Speak», *Race Today*, abril de 1975.

Mientras el mercado laboral pudo absorber a los negros que abandonaban la escuela, tendía a asignarlos sistemáticamente a lo que ellos llaman el extremo del «trabajo de mierda» del espectro ocupacional. Pero, a medida que el desempleo se profundiza, los que se dirigen al extremo inferior de la mano de obra se convierten en el ejército de reserva desempleado de su clase. El sistema que los necesitaba como trabajadores ya no los necesita ni para eso, por lo que su posición objetiva se deteriora. Pero el factor dinámico es el cambio en la forma de entender y resistir colectivamente este proceso objetivo. Así, el contenido social y el significado político de la «falta de trabajo» se está transformando por completo desde dentro. Los que no pueden trabajar están descubriendo que no quieren trabajar en esas condiciones. Los desempleados están desarrollando una nueva forma de «conciencia negativa» en torno a la condición de no poder trabajar. Por supuesto, puede tratarse de una situación temporal y, por lo tanto, de una forma transitoria de conciencia; más adelante discutiremos si, de ser así, sería posible organizar desde esa posición algo más que una negación temporal del sistema. Mientras tanto, este sector negro de la clase «en sí» ha comenzado a experimentar ese proceso de convertirse en una fuerza política «para sí»:

Las condiciones económicas [...] transformaron por primera vez a la masa de la población del país en trabajadores. La combinación del capital ha creado para esta masa una situación común, unos intereses comunes. Esta masa ya es una clase frente al capital, pero aún no lo es para sí misma. En la lucha, esta masa se une y se constituye como una clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política.⁴⁶

El cambio es trascendental. No sigue, por supuesto, la línea clásica esbozada por Marx. Es la experiencia común de la «falta de trabajo», más que la disciplina en la producción social, la que parece proporcionar el catalizador, aunque, para los sectores que todavía trabajan, el ritmo de la militancia también ha avanzado considerablemente. Este cambio cualitativo no se ha producido de forma espontánea. Tiene una historia. Comenzó con el descubrimiento de la identidad negra, más concretamente con el redescubrimiento, dentro de la experiencia de la emigración, de las raíces africanas de la vida de la «colonia». El renacimiento «africano» en la población de la «colonia» fue alimentado y apoyado por las revoluciones nacionalistas africanas de posguerra. Pero derivó su contenido positivo —así como su clara materialización dentro de la vida y los confines de la «colonia»— de los movimientos de liberación negra de Estados Unidos a partir de principios de la década de 1960, así como de las rebeliones negras que se extendieron

⁴⁶ Marx, *The Poverty of Philosophy...*

en los guetos, detrás de eslóganes movilizadores como «lo negro es hermoso» y «black power»:

Antes pensaba que era igual que los demás. Pero luego empecé a darme cuenta. La primera vez fue en 1965, cuando se produjeron los disturbios de Watts. Empecé a ver todas las cosas del mundo y me di cuenta de que tenía que actuar como un hombre negro y que tenía que estar orgulloso de ello y de todo.⁴⁷

Este es también el periodo más intenso de politización activa de la comunidad negra por parte de los activistas, e incluye las visitas a Gran Bretaña de Stokely Carmichael y Malcolm X. Fue el estilo de resistencia negra desarrollado por grupos como los Panteras Negras y las imágenes positivas de la etnicidad generadas por líderes como Seale, Cleaver, Newton, George Jackson y Angela Davis, más que el «black power» como doctrina política, lo que se apoderó por primera vez de la imaginación de la juventud negra de la «colonia». Uno de los puntos más significativos de identificación entre los desarrollos británicos y estadounidenses fue precisamente la forma en que este último movimiento se basó en la «política de supervivencia del gueto», dando un nuevo significado político al «buscavidas». Este papel estereotipado, totalmente negativo de la clase trabajadora negra, fue redefinido positivamente en el renacimiento cultural negro de la década de 1960. No solo muchos de los líderes y portavoces prominentes de la rebelión negra estadounidense habían comenzado sus carreras en la vida de la delincuencia callejera, sino que todo el impulso de este movimiento estaba diseñado para construir un movimiento político entre los negros desde la base, y eso significaba desde una base dentro de la «colonia», desde el espacio defensivo del gueto. Las únicas «tropas» que los Panteras Negras podían aspirar a comandar eran los negros lumpen de la clase obrera del gueto. Los «compañeros de armas» eran los hermanos y hermanas de las calles.

Entre finales de la década de 1960 y la de 1970, las semillas de la resistencia cultural no solo han brotado en los «Harlem» británicos de todo el país, sino que han florecido, pero ahora en una forma claramente afrocaribeña. No había necesidad de tomar prestados, literalmente, estilos o imágenes del gueto norteamericano, ya que la vida callejera tenía sus propias raíces distintivas en el suelo afrocaribeño. El resurgimiento entre los negros de las «colonias» de la religión-política apocalíptica del rastafarismo, los sonidos de la música anglo-caribeña de las «colonias» —el blue-beat, el ska y el reggae— y el estilo «duro» del «rude boy» jamaicano, se combinaron para proporcionar un nuevo vocabulario y una nueva sintaxis de rebelión mucho más ajustada a la existencia material, así como a la

⁴⁷ Citado en Gillman, «I blame England...».

conciencia emergente de los condenados a la vida a la deriva de las calles. A través de la imaginería evangélica de los «rastas», la música de los desposeídos (desposeídos, hay que añadir, tanto en Kingston como en Brixton o Handsworth) y el insistente e impulsivo ritmo de los sistemas de sonido reggae llegó la esperanza de la liberación de «Babilonia». La «cultura» de la secta de la vuelta a África, de los rastafari, es crucial en este caso; tanto en Brixton como en Kingston, en los últimos años, han sido la vestimenta, las creencias, la filosofía y el lenguaje de este grupo, antaño marginal y despreciado, lo que ha proporcionado la base para la generalización y la radicalización de la conciencia negra entre sectores de la juventud negra de las ciudades: la fuente de un intenso nacionalismo cultural negro. Es esta «religión de los oprimidos», encarnada en el ritmo y la imaginería del reggae, lo que ha arrasado en las mentes y los cuerpos de los jóvenes negros.⁴⁸ Gran Bretaña, el país donde los negros están oprimidos, están «sufriendo», la tierra *en la que* están pero *de la que no son*, el país del extrañamiento, la desposesión y la brutalidad, recapitula perfectamente la «Babilonia» del credo de Ra's Tafari. Dentro de su propia «casa», los hermanos pueden saludarse con «paz y amor». Pero para «Babilonia», la música promete la «vara de la corrección» y, para los hermanos, promete «poder»: «*que caiga el poder*». En la estela de esta agitación cultural, que recorre Lambeth y West Kingston por igual, que invierte y transforma todo signo de dominación blanca en su negativo y opuesto, que relee la cultura de la opresión desde «las raíces» como la cultura del sufrimiento y la lucha, cada actividad que se toca adquiere un nuevo contenido, dotado de un nuevo significado. Es el punto de origen ideológico de un nuevo movimiento social entre los negros, el germen de una rebelión política no organizada. La amplitud de la vigilancia policial de las «colonias», la arbitrariedad y la brutalidad de la «persecución» de los jóvenes negros, la creciente inquietud de la opinión pública y el pánico moral ante los «jóvenes inmigrantes» y la delincuencia, así como el tamaño de los proyectos sociales y comunitarios destinados a aliviar la tensión y a «enfriar» los problemas del gueto, no hacen más que reforzar la impresión, tanto dentro como fuera de la «colonia», de que, de alguna manera aún no definida, se está creando un campo de batalla «político».

Muchos adultos negros respetables siguen considerando la vida a tiempo completo de la «falta de trabajo» y la pequeña delincuencia como una solución desesperada e ilegal a los problemas de supervivencia a los que se enfrenta la comunidad. Esperan y rezan para que sea temporal. Al mismo tiempo, están cada vez más enfadados por el nivel de explotación

⁴⁸ Véase D. Hebdige, «Reggae, Rastas and Rudies: Style and the Subversion of Form», *CCCS Stencilled Paper No. 24*, CCCS, University of Birmingham, 1974; reimpreso, en forma más breve, en Hall y Jefferson (eds.), *Resistance through Rituals...*; y R. Nettleford, *Mirror, Mirror*, Londres, Collins-Sangster, 1970.

que progresivamente está empujando a los jóvenes de la «colonia» hacia esta opción, y por la opresión arbitraria que es ahora la respuesta política rutinaria para aquellos que no pueden sobrevivir de ninguna otra manera. Para parte de la población de la «colonia», ya adulta, entrar y salir de la delincuencia se ha convertido en un aspecto estable de su inestable y precaria existencia económica. La situación de los jóvenes negros parece diferir de estas dos disposiciones. Es imposible saber, por ejemplo, cuántos jóvenes negros que abandonan la escuela no pueden conseguir trabajo, cuántos no aceptarían ese tipo de trabajos y cuántos se niegan a trabajar como estrategia positiva y política. La incertidumbre de la vida de los «buscavidas» puede ser preferible a la previsible monotonía del trabajo no especializado en las fábricas. En cualquier caso, hoy por hoy, no es una elección para la mayoría de los que han entrado en el mercado laboral por primera vez. El intento, en estas circunstancias, de establecer distinciones tan finas puede ser un ejercicio infructuoso. No tiene en cuenta el modo en que se condicionan las elecciones. Trata las cuestiones materiales concretas de la supervivencia como si estas pudieran someterse a un cálculo claro de elección racional por parte de agentes libres. Reduce el comportamiento social al nivel de las decisiones racionales, tomadas en términos de criterios morales universales, que casualmente coinciden con la forma en que se trazan actualmente los límites legales. La ambigua relación de los jóvenes negros con la delincuencia no puede entenderse de este modo. Los relatos disponibles muestran claramente que son pocos los jóvenes negros que se enfrentan a una elección clara entre las opciones del trabajo duro y la delincuencia, y se decantan definitivamente por una u otra estrategia. Uno de los factores precipitantes es precisamente una diferencia de actitud ante los problemas de supervivencia entre las dos generaciones. Los jóvenes negros, incapaces o no dispuestos a trabajar, y atraídos por la vida más libre de la calle, se ven incapaces de vivir sin conflictos en el hogar paterno. Pero una vez fuera de este, no hay lugares donde vivir, así como ninguna fuente de ingresos estable con la que sobrevivir al desempleo. El trapicheo o el hurto ocasional constituyen una solución temporal inmediata y totalmente previsible a esta condición, al igual que la falta de vivienda, el «vagabundeo» y la deriva. Cada zona de colonias negras tiene sus espacios, cafés o albergues, a veces proporcionados por el sector público, más a menudo simplemente ocupados —colonizados—, donde jóvenes negros despiertos e inteligentes, con sus abrigos y gorros de punto, se limitan a pasar la crisis. A menudo, el propietario de un café negro local se ha apiadado de ellos y ha habilitado una habitación o un espacio en el que al menos puedan estar calientes. En otras zonas, los trabajadores sociales de la comunidad negra, prácticamente sin recursos, intentan organizar el «tiempo libre» permanente de estos jóvenes en algún tipo de actividad útil o rentable. Pero el ir y venir, la precariedad, resulta interminable. Esta

fracción de la clase trabajadora negra se dedica a la actividad tradicional de los sin oficio y sin trabajo: no hacer nada, pasar el tiempo, tratar de sobrevivir. En este contexto, no es excesivo decir que la pregunta «¿por qué se convierten en delincuentes?» es una obscenidad.

Han empezado a surgir también ciertos patrones. El primer paso en la zona de penumbra de la delincuencia se produce a través de hurtos esporádicos: en puestos al aire libre o en supermercados. El segundo es un botín más grande: meter mano en una cesta de la compra, el robo de una cartera. Las posibilidades son mayores, y el botín más grande, en la calle, en los espacios urbanos ambiguos y en los solares, o en el laberinto de una estación de metro. Comienza así una cierta deriva «hacia arriba», al tiempo que la actividad —trabajar en parejas u organizar una cadena para pasar una cartera robada— requiere más organización social, una red más estable. La vida pasa a depender cada vez más de estos éxitos. Una fracción de la clase está *siendo criminalizada*. Todo indica que el número de personas que se ven obligadas a sobrevivir de este modo al margen de la vida legal aumenta directamente en consonancia con el número de desempleados, y que el límite de edad de los implicados disminuye. Algunos de estos chicos están ahora maduros para ser reclutados en la vida de la delincuencia profesional, donde el delito —no el robo imprevisible y esporádico, sino el allanamiento de morada planificado, a menudo a plena luz del día— promete convertirse en una ocupación habitual, un *empleo sustituto*. El número de implicados en pequeños hurtos y robos se circunscribe a un rango de edad limitado. Más allá de eso, la tendencia es o bien dejarlo, sobre todo si se tiene la suerte de conseguir un trabajo, o bien pasar a un estilo de vida delictivo más asentado. Todos los datos apuntan claramente al hecho de que, aunque todavía están involucrados en la «zona ambigua» de la delincuencia, la mayoría de los jóvenes siguen buscando regularmente un empleo. El «atraco», la forma más violenta, planificada y despiadada de la delincuencia de supervivencia, representa solo una pequeña fracción de este patrón más amplio. Solo lo practica el sector más endurecido de la población a la deriva y tiende a ser abandonado por aquellos que se ven obligados a pasar a la delincuencia convencional o a marcharse.

La forma en que estas opciones, sobredeterminadas de forma masiva, son recuperadas y transformadas en la conciencia por quienes están atrapados en sus lógicas es una cuestión diferente. Porque no se trata de chicos y chicas blancos corrientes, con una conciencia de subordinación bien desarrollada y a su disposición. Son un grupo negro excluido de un mundo blanco dominante. Y su creciente conciencia negra les ha dado, aunque sea de forma rudimentaria, una suerte de conciencia de la naturaleza sistemática de las fuerzas que les empujan hacia ciertos caminos, así como del principio estructurador del racismo del que son víctimas. Pocos jóvenes

negros *eligen* conscientemente la delincuencia como forma de venganza política contra la sociedad blanca. Pero la conciencia y los motivos no funcionan así. Es más probable que, al verse a la deriva o empujados a una de las pocas estrategias de supervivencia que les quedan, desarrollem una definición colectiva de su situación; y que, al hacerlo, recurran a la reserva disponible de sentimientos y emociones sobre el racismo y su sistema. Las razones y los razonamientos, los vocabularios de acción, el significado o el motivo, en la experiencia concreta, siguen más que preceden a las acciones prácticas. Esto no significa que se trate simplemente de excusas convenientes, tapaderas. Significa que ciertos patrones de acción pueden ser glosados retrospectivamente y reinterpretados a la luz de los significados que van surgiendo progresivamente. Lo que al principio parece producto de las circunstancias (el destino) pasa a entenderse como producto de disposiciones sociales e históricas concretas. Los modos de existencia, habitados por inercia como inmutables, «dados» en las estructuras que inscriben a los hombres como portadores de sus condiciones, pueden, de este modo, transformarse en una agencia o práctica más positiva. Las actitudes y la comprensión de la delincuencia por parte de los jóvenes negros siguen siendo así profundamente ambiguas, impregnadas del *ethos* del racismo que rodea su vida por todas partes, pero sin una estrategia política consciente u organizada. Algunos de los implicados en la delincuencia parecen no tener ningún sentimiento especial al respecto. Viven así; el trabajo de la policía es prevenir o detenerlos. Saben que, si se les detiene, pueden ser objeto de un trato especial, duro y violento. Como condición de su existencia, la preocupación del delincuente profesional es mantenerse lejos del alcance de la policía. Pasar por la cárcel es uno de los riesgos del oficio. Sin embargo, para muchos otros, la sensación de verse presionados hacia la ambigua zona de la delincuencia solo tiene sentido como parte de una configuración más amplia. Los blancos con los que entran en contacto —ya sean las víctimas o la policía— son vistos como representantes, «personificaciones», de una sociedad que los explota y excluye sistemáticamente. Así, la delincuencia se reviste ambiguamente de sentimientos e ideas más politizadas. Se relaciona con el estatus tradicional del «chico de barrio» y del «hombre duro», al mismo tiempo que expresa —a menudo de forma apagada, generalizada o apocalíptica— un nuevo medio de lucha y de resistencia contra la opresión blanca. Ambas estructuras de sentimiento coexisten dentro del mismo patrón de actividad. Esto puede verse en la forma en que se combina la imprudencia descarada del robo a plena luz del día en lugares concurridos, con la elección deliberada de víctimas blancas, y la explotación planificada fuera del gueto dirigida a obtener ganancias más provechosas en el West End de Londres:

«No tocamos a nuestra propia gente. Nunca pensé en hacérselo a un negro», confesó un joven. «Un negro no me lo haría. Pero sé que un blanco me lo haría. Un negro sabe que todos sufrimos lo mismo. Todos nos buscamos la vida a nuestra manera», observó un segundo.⁴⁹

La vida de la pequeña delincuencia puede tener un cierto glamour temporal, pero los relatos de los que tienen que sobrevivir de esta manera durante mucho tiempo, o los que ahora languidecen en centros de detención o en la cárcel, muestran claramente que no hay nada remotamente romántico en ella. Es una existencia precaria, azarosa, desesperada, siempre al borde de una violencia que embrutece a todos los que se dedican a ella, por los motivos que sean. Conlleva la atención y el acoso constantes de la policía, que incluye en esta categoría a cualquier joven negro que se encuentre en la calle al anochecer. La causa común, la raíz, se remonta a la simple y pura necesidad material. El hermano Herman, del Harambee de Londres, tenía razón cuando observaba:

No hay ninguna intención criminal profesional. Lo que ocurre es que en algún momento tienen hambre y necesitan dinero; un chico está en la calle y no tiene comida ni lugar donde vivir. Voy a los tribunales todos los días y en el tipo de chicos que veo y en la naturaleza del delito, no veo ninguna capacidad criminal en absoluto. Pero no creo que los tribunales reconozcan su situación.⁵⁰

Aunque no es posible reconstruir el camino biográfico particular que ha seguido cada joven negro hasta llegar a la solución del «atraco», es bastante fácil construir una biografía típica de este tipo. He aquí el adolescente negro a punto de dejar la escuela: «Cuando vas a la escuela, te das cuenta de la diferencia, te lo hacen ver. Ellos (los niños blancos) se meten contigo. Primero intentas sobornarlos: caramelos, helados, todo. Pero un día no puedes soportarlo más. Te vuelves agresivo, muy agresivo, y les das una paliza»⁵¹ (La violencia del «atraco» que ese chico puede llegar a cometer algún día, y que los titulares de prensa, la homilía del juez y el estadístico del Ministerio del Interior abstraerán de su contexto, ya está inscrita en esta biografía, por muy lejos que esté todavía de su mente la posibilidad de una carrera criminal). Sus perspectivas no son demasiado buenas y van a peor. Si tiene suerte, una serie de trabajos «sin salida» intercalados con largos períodos de desempleo; pero cada vez más ni siquiera eso. Sus padres saben que lo está pasando mal, pero también saben por amarga experiencia lo que le espera si no encuentra un empleo estable. Empieza a vagabundear

⁴⁹ Citado en Gillman, «I blame England....».

⁵⁰ Ibídem.

⁵¹ Hiro, *Black British, White British...*, p. 79.

con sus amigos y las discusiones en casa se vuelven más agudas y frecuentes. Ya es demasiado mayor para estar en casa, demasiado pobre para una vida independiente; pero tarde o temprano, si nada cambia, se irá de casa. Ahora está permanentemente en la calle. Puede que se vaya a vivir con un amigo, que encuentre una cama en uno de los albergues para negros o que duerma a la intemperie. No se le puede ver demasiado a menudo en la calle. Si la policía lo encuentra al anochecer, lo detendrá y lo interrogará, tal vez lo registre. No tiene una dirección permanente. Todavía no ha cometido ningún delito, pero un grupo de jóvenes negros que merodean sin ninguna intención, buena o mala, al anochecer, son un blanco fácil. A la policía no le gusta su aspecto, su forma de caminar, sus gorras de punto, sus modales y su insolencia. A los jóvenes no les gusta mucho el aspecto de esa cara blanca oficial bajo el casco. Cada uno espera que el otro salte. En la mayoría de las ocasiones, alguien lo hace. (Este chico todavía no es «un delincuente», todavía no es un «perturbador de la paz»; pero ambas identidades, que el sargento de guardia jurará y el juez ensayarán contra él, ya están inscritas en su destino). Se produce una pelea con los «policías» y los chicos escapan. Ahora están huyendo; pero no hay ningún lugar al que huir, excepto ir calle arriba. El «cacareo de los negros» sigue flotando en el aire nocturno: «De repente ves a este tipo y dices, pues claro [...]».⁵²

Pero ¿puede la delincuencia proporcionar la base de una resistencia capaz de transformar o incluso modificar las circunstancias que obligan a cada vez más jóvenes a alistarse en sus filas? ¿Son el trapicheo y la pequeña delincuencia la base potencial de una estrategia de clase viable? ¿O la «conciencia criminal» está destinada a seguir siendo solo una forma cuasipolítica de conciencia que, además de proporcionar la base inmediata y espontánea para la oposición, también permite *una acomodación* a las propias estructuras que están produciendo y reproduciendo el delito como una «solución» viable? ¿No es el delito precisamente la forma que, al mismo tiempo que engulle a la parte excluida de la clase trabajadora excedente, hace que, al atarla a su destino, al *criminalizarla y embrutecerla*, esa parte quede inactiva políticamente? No es una pregunta que pueda responderse solo en términos de conciencia. No es una cuestión que pueda resolverse mediante una preocupación exclusiva por el delito como tal.

Delincuencia negra, proletariado negro

Debemos apartarnos, en este punto, de la lógica inmediata que lleva a ciertos sectores de la juventud negra a la «solución del atraco». Para evaluar

⁵² Citado en Gillman, «I blame England»; véase también V. Hines, *Black Youth and the Survival Game in Britain*, Zulu Publications, 1973.

la viabilidad del «delito» como estrategia política, debemos reexaminar la parte criminalizada de la fuerza de trabajo negra en relación con la clase obrera negra en su conjunto, y las relaciones que rigen y determinan su posición, sobre todo en términos de su posición fundamental en la etapa actual del modo de producción capitalista, de la división social del trabajo y de su papel en la apropiación y realización del trabajo excedente. Debemos incluir estas relaciones estructurales en nuestra evaluación de la relación del delito con la lucha política en la coyuntura actual.

En los últimos años, los historiadores sociales han prestado cada vez más atención a las formas de rebelión social e insurgencia política adoptadas por clases distintas a la del clásico proletariado de las sociedades capitalistas industriales desarrolladas de Europa occidental. Esto es el resultado, en parte, de la larga contención política de la clase obrera en dichas sociedades, junto con el hecho de que las grandes transformaciones históricas en otros lugares han sido encabezadas por clases distintas del proletariado (el papel del campesinado en la Revolución china es solo el ejemplo más significativo). Además del estudio de las revoluciones campesinas y de las cuestiones de estrategia que se plantean en las sociedades que cuentan con importantes sectores obreros campesinos e industriales en desarrollo (por ejemplo, en América Latina), también se han estudiado otras formas de rebelión social: los disturbios y las rebeliones preindustriales, las turbas urbanas, los disturbios rurales, el bandolerismo social, etc. A pesar de todo esto, sin embargo parece prevalecer la opinión ortodoxa de que, en lo que respecta a las sociedades industriales desarrolladas, las «rebeliones» de los pobres y de las clases lumpen, o las formas de resistencia quasi-política inscritas en las actividades de los elementos criminales y de las «clases peligrosas», no pueden tener mucho interés a largo plazo para quienes se ocupan de los principales movimientos sociales. El profesor Hobsbawm, que ha hecho una importante contribución a los estudios mencionados anteriormente (con sus libros sobre los rebeldes primitivos, las insurrecciones entre el proletariado sin tierra y el bandolerismo social⁵³) ha expuesto estos límites en términos admirablemente claros. Los submundos criminales, afirma, «son antisociales en la medida en que oponen deliberadamente sus valores a los imperantes». Pero:

Los bajos fondos (a diferencia de, por ejemplo, los bandidos campesinos) rara vez participan en movimientos sociales y revolucionarios más amplios, al menos en Europa occidental. Hay coincidencias evidentes, sobre todo en determinados entornos (barrios de chabolas de las

⁵³ E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Manchester University Press, 1959 [ed. cast.: *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Joaquín Romero Maura (trad.), Barcelona, Editorial Crítica, 2001]; Hobsbawm, *Labouring Men...*; Hobsbawm, *Bandits...*

grandes ciudades, concentraciones de pobres semiproletarios, guetos de minorías «marginales», etc.) y los delincuentes no sociales pueden ser un sustituto de la protesta social o ser idealizados como tal sustituto pero, en general, este tipo de delincuencia solo tiene un interés marginal para el historiador de los movimientos sociales y laborales.⁵⁴

Esto se debe a que, en las sociedades capitalistas industriales avanzadas, la clase revolucionaria fundamental es el proletariado, que no solo se ha formado en y por el capital, sino que su lucha contra el capital se organiza —se hace colectiva y «metódica»— porque es la lucha de una clase educada por la disciplina del salario y por las condiciones y relaciones del trabajo social. Hay aquí una historia escalonada o por etapas del conflicto de clases que hace de las luchas del trabajo organizado la agencia histórica de la forma de lucha más avanzada en la etapa actual del desarrollo del capitalismo: a medida que se desarrolla un movimiento social consciente y especialmente el movimiento obrero, el papel de las formas «criminales» de protesta social disminuye; excepto, por supuesto, en la medida en que implican un «delito político». Para el historiador de los movimientos obreros, el estudio de la «criminalidad social» es importante durante los períodos prehistóricos y formativos de los movimientos de los trabajadores pobres, en los países preindustriales y posiblemente durante los períodos de gran efervescencia social pero, por lo demás, solo se ocupará de ella de forma muy marginal.⁵⁵

En otro lugar, Hobsbawm ha argumentado:

El submundo (como su nombre indica) es una antisociedad, que existe invirtiendo los valores del mundo «correcto» —está, según su propia expresión, «torcido»— pero, por lo demás, es parasitario de aquel. Un mundo revolucionario es también un mundo «correcto» [...]. Los bajos fondos solo entran en la historia de las revoluciones en la medida en que las clases peligrosas se mezclan con las clases trabajadoras, principalmente en ciertos barrios de la ciudad, y porque los rebeldes e insurrectos son tratados a menudo por las autoridades como criminales y forajidos; pero, en principio, la distinción es clara.⁵⁶

Este argumento plantea cuestiones de gran importancia. Hobsbawm y otros apuntan a las condiciones que parecen hacer que los movimientos de los «delincuentes pobres» sean lo que Gramsci llamaba «coyunturales» y no «orgánicos». Esto conlleva tres proposiciones. Las clases criminales no pueden desempeñar un papel fundamental en tales movimientos sociales, primero, porque su posición es marginal respecto de la vida y las relaciones

⁵⁴ Hobsbawm, «Conference Report...».

⁵⁵ Ibídem.

⁵⁶ Hobsbawm, *Bandits...*, p. 98.

productivas de las formaciones sociales de este tipo; segundo, porque históricamente se han convertido en marginales en relación con el proletariado que los ha sustituido en el centro del teatro de la lucha política; tercero, porque la forma de conciencia tradicionalmente desarrollada por este estrato no se adecua a la que requiere una clase que pretende suplantar un modo de producción por otro. Así pues, aunque la vida y los valores de las «clases peligrosas» representen una inversión del mundo burgués, en última instancia siguen estando encerrados en él, confinados por él y, por lo tanto, al final, parasitados por él. Se ha observado el efecto de esta interpretación ortodoxa en el desarrollo de una «teoría marxista del delito». Alvin Gouldner, por ejemplo, señaló en una ocasión:

Puesto que consideraba a los criminales y a los desviados como un *lumpenproletariado* que no jugaría ningún papel decisivo en la lucha de clases y que, de hecho, era susceptible de ser utilizado por las fuerzas reaccionarias, los marxistas no tenían ninguna motivación para desarrollar una teoría sistemática del delito y la desviación. En resumen, al no ser ni proletarios ni burgueses, y situarse en la periferia de la lucha política central, los delincuentes y los desviados eran, en el mejor de los casos, los mayordomos y las criadas, los portadores de lanzas, los actores pintorescos quizás, pero sin nombre y, lo peor de todo, carentes de una «misión» histórica. Podían ser ignorados, incluso debían serlo, por quienes se dedicaban al estudio de cuestiones más «importantes»: el poder, la lucha política y el conflicto de clases.⁵⁷

Algunos autores marxistas argumentarían, de hecho, que los mismos conceptos necesarios para «pensar» los problemas de la delincuencia y la desviación son ajenos al campo conceptual de Marx, a la problemática del materialismo histórico como teoría. Hirst argumenta, sobre esta base, que *no puede* haber por definición «una teoría marxista del delito».⁵⁸ En su obra de madurez —esencialmente en *El Capital*—, sostiene Hirst, Marx adopta un punto de vista sobre el delito que rompe con una crítica moral; se basa, en cambio, en las proposiciones científicas desde un punto de vista plenamente materialista. Dentro de este marco, el delito (el robo) es meramente redistributivo; como la prostitución, el juego o el chantaje, es una forma de trabajo «improductivo» más que «productivo» y, aunque puede ser «ilegal» con respecto de las normas que rigen las relaciones capitalistas normales, la mayoría de las veces tiene una forma «capitalista» (por ejemplo, en las empresas criminales organizadas), es decir, adaptada al sistema del que es parásito. Este análisis de la posición «marginal» de la delincuencia puede

⁵⁷ A. Gouldner, «Foreword» en Taylor, Walton y Young, *The New Criminology...*, p. xii.

⁵⁸ P. Q. Hirst, «Marx and Engels on Law, Crime and Morality», en Taylor, Walton y Young (eds.), *Critical Criminology...*

ampliarse examinando el papel y la naturaleza que Marx atribuyó a las «clases criminales». La centralidad del proletariado para cualquier transformación del modo de producción capitalista reside en su papel en la producción como fuente de plusvalía. Esta posición viene atribuida al proletariado por el mismo modo de producción. Es esta posición —y no el proceso de toma de conciencia como agente histórico colectivo, del que hablaba Marx en *La miseria de la filosofía*⁵⁹ y en otras obras anteriores— la que define al trabajo productivo como la única clase capaz de llevar a cabo la lucha por transformar el modo capitalista en socialismo. Ahora bien, el proletariado y la burguesía son, en este esquema, las fuerzas políticas fundamentales. Existen otras clases, como resultado de la combinación dentro de cualquier formación social de más de un modo de producción; pero no pueden ser las fuerzas decisivas en la lucha política de clases. Marx sugiere no obstante que, en ciertos momentos de la lucha, el proletariado buscará alianzas con otras clases subordinadas; y estos aliados pueden ser la pequeña burguesía, el *lumpenproletariado* de las ciudades, los pequeños campesinos o los jornaleros agrícolas. Pero, concluye Hirst, Marx creía que el *lumpenproletariado* era un aliado de clase poco fiable. Dado que, mediante el robo, la extorsión, la mendicidad, la prostitución y el juego, el *lumpenproletariado* tiende a vivir parasitariamente de la clase obrera, «sus intereses son diametralmente opuestos a los de los trabajadores». Además, debido a su precaria posición económica, son sobornables por «los elementos reaccionarios de las clases dominantes y del Estado». Por lo tanto, el argumento es que los actos individuales de delincuencia son los actos sin voluntad de las víctimas del capitalismo, que «no son, en efecto, formas de rebelión política contra el orden existente, sino una acomodación más o menos reaccionaria al mismo».⁶⁰ Incluso los delitos más evidentemente «políticos», como la rotura de máquinas de los luditas, representan formas de lucha inmediatas y espontáneas, pero en última instancia inadecuadas, ya que se dirigen «no contra las condiciones de producción burguesas, sino contra las propias condiciones de producción». En tanto base para una lucha revolucionaria, tales actos son inútiles; la única tarea es «transformar esas formas e ideologías de lucha».⁶¹

¿Hasta qué punto el análisis de Marx sobre la composición y la naturaleza del *lumpenproletariado* era históricamente específico? Él y Engels parecen haber tenido claramente en la cabeza a las «clases peligrosas» de la Inglaterra victoriana y del París de la época mientras escribían. Uno de los pasajes clave es el análisis de su papel en la crisis de 1851 que Marx ofreció en *El dieciocho de Brumario*. El *lumpenproletariado* aparece en ese gráfico

⁵⁹ Marx, *The Poverty of Philosophy...*

⁶⁰ Hirst, «Marx and Engels on Law, Crime and Morality...», p. 218.

⁶¹ Ibídem, p. 219.

pasaje como el detritus criminal de *todas* las clases, los *déclassés* en el fondo de la muchedumbre humana:

Junto a *roués* decadentes de dudosos medios de subsistencia y de dudosa procedencia, junto a vástagos arruinados y aventureros de la burguesía, estaban los vagabundos, los soldados licenciados, los carceleros licenciados, los galeotes fugados, los estafadores, charlatanes, *lazzaroni*, carteristas, embaucadores, jugadores, chulos, porteadores, *literati*, organilleros, traperos, afiladores de cuchillos, caldereros, mendigos, en fin, toda la masa indefinida y desintegrada, tirada por aquí y por allá, que los franceses llaman *la bohème*.⁶²

Esta lista resuena con las páginas de *La condición de la clase obrera en Inglaterra* de Engels⁶³ o con las crónicas de Mayhew sobre la vida en el East End de Londres.⁶⁴ Cabe preguntarse si un estrato de clase con esta precisa composición social podría identificarse tan fácilmente en las condiciones del capitalismo monopolista. Esto no es simplemente una forma de decir que las predicciones históricas y políticas de Marx están desfasadas. La vieja pequeña burguesía, sobre la que Marx y Engels fueron ocasionalmente más optimistas como aliados del proletariado, todavía sobrevive, aunque muy reducida en número. Cuando aparece en la escena política, tiende a desempeñar el papel reaccionario que Marx creía predecible a partir de su posición —por ejemplo, en los diversos tipos de poujadismo en Francia y en el ascenso del fascismo en Alemania en la década de 1930—. Pero, junto a esto, y como consecuencia de la reorganización fundamental de la producción capitalista que ha supuesto el paso a las formas de monopolio, han surgido nuevos estratos, los que a veces se denominan la «nueva pequeña burguesía». Su identificación económica y su carácter político e ideológico plantean problemas reales y complejos para la teoría marxista contemporánea. Estos cambios internos en los estratos y en la composición de las clases se ajustan perfectamente a las reflexiones maduras de Marx. Este estaba a punto de sumergirse en su complejidad allí donde el manuscrito de *El Capital* se interrumpe. La cuestión, pues, de quién y qué se corresponde con el *lumpenproletariado* en las formaciones sociales capitalistas contemporáneas no constituye una especulación ociosa. Y la cuestión adicional de si todos los implicados en la delincuencia como forma de vida pertenecen, analíticamente, a la categoría del «lumpen» es un asunto que requiere un serio trabajo teórico y de definición, no un problema de simple observación empírica.

⁶² Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte...*, p. 267.

⁶³ F. Engels, *The Condition of the Working Class in England*, Londres, Panther, 1969 [ed. org.: *Die Lage der Arbeitenden Klasse in England*, 1845; ed. cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Akal, 2020].

⁶⁴ Mayhew et al., *London Labour and the London Poor...*, vol. IV.

La relación entre las clases constituidas en las relaciones económicas de la producción capitalista y las formas en que aparecen como fuerzas políticas en el teatro de la lucha de clases política tampoco es una cuestión sencilla, especialmente cuando se considera desde el punto de vista de la teoría más madura de Marx. Pero el trabajo posterior —el análisis de las formas y relaciones económicas de la acumulación de capital realizado en *El Capital*— difiere de algunos de los escritos previos de Marx, especialmente en la posición de la clase obrera con respecto de las «leyes del movimiento» de la producción capitalista. Mientras que anteriormente Marx se había inclinado por considerar al proletariado como la clase «oprimida» en la lucha política con los opresores, *El Capital* reconstituye completamente su argumento en el terreno de la propia producción capitalista y en el circuito de su autoexpansión. Es la explotación del trabajador dentro de la producción, la identificación de la fuerza de trabajo como la «mercancía» sobre la que descansa todo el proceso, la que encuentra en el trabajo excedente la fuente de la plusvalía que se realiza como «capital»; esto proporciona la base de la «inmensa revolución teórica» de Marx en *El Capital*. El capital tenía a su disposición muchas formas de explotar la fuerza de trabajo y de extraer excedente: primero, alargando la jornada laboral; después, intensificando la explotación de la fuerza de trabajo mediante el aumento de la potencia productiva de la maquinaria avanzada, en forma de capital constante, en la que el trabajador está cada vez más directamente subsumido. Pero, sea cual sea la forma, el capital no podía existir ni un día sin producción; y la producción no era posible sin la explotación del trabajo productivo en las relaciones estructuradas de clase de la producción capitalista. Marx alojó entonces el mecanismo fundamental de las sociedades capitalistas en las contradicciones que surgieron en esta relación fundamental: la existente entre las «fuerzas» y las «relaciones» de producción. Fueron necesarias muchas otras formas, fuera de la esfera de la producción propiamente dicha, para asegurar el «circuito del capital»: las relaciones de mercado, de intercambio y de circulación; las esferas de la familia, donde, a través del salario, se renovaba la fuerza de trabajo; el Estado que supervisaba la sociedad en la que se instalaba este modo de producción; etc. En última instancia, todo el circuito de la producción capitalista dependía de estas otras esferas relacionadas —lo que se ha dado en llamar las «esferas de la reproducción»— y de las diversas clases y estratos de clase explotados por ellas. Pero las relaciones de producción dominaban todo el complejo circuito «en última instancia»; y otras formas de explotación, otras relaciones sociales, tenían que ser pensadas básicamente en términos de las contradicciones esenciales del nivel productivo. Marx lo señala en varios lugares de *El Capital*:

La forma económica específica, en la que el trabajo excedente no remunerado se extrae de los productores directos, determina la relación

entre gobernantes y gobernados, ya que surge directamente de la propia producción y, a su vez, reacciona sobre ella como elemento determinante. [...] La relación directa de los propietarios de los medios de producción con los productores directos —relación que corresponde siempre, naturalmente, a una etapa definida del desarrollo de los métodos de trabajo y, por lo tanto, de su productividad social— revela el secreto más íntimo, la base oculta de toda la estructura social, y con ella la forma política de la relación de soberanía y dependencia, en suma, la correspondiente forma específica del Estado. Esto no impide que una misma base económica —siempre la misma desde el punto de vista de sus condiciones principales, pero no de sus innumerables circunstancias empíricas diferentes, al medio natural, a las relaciones raciales, a las influencias históricas externas, etc.— muestre infinitas gradaciones y variaciones de apariencia.⁶⁵

Desde esta perspectiva, se deduce que, incluso si nos apartamos de las implicaciones estrictas de la discusión sobre el delito y el *lumpenproletariado* esbozada más arriba, una lucha política que surge de un sector de una clase que vive del delito no puede ser, analíticamente, tan central para las contradicciones derivadas de sus relaciones de producción; en el nivel más simple de análisis, simplemente no está estratégicamente situada en relación con las «leyes del movimiento» del capital. Esto, sin embargo, omite la cuestión de cuál es, estructuralmente, el papel de la parte criminalizada de una clase en relación con *los asalariados*, con los sectores productivos de esa clase. Y nos devuelve a la cuestión de cuál es la relación entre los sectores «asalariados» y los sectores «sin sueldo» de la fuerza de trabajo negra en relación con el capital en su forma actual. Marx tenía algo importante que decir sobre esto en *El Capital*, en términos de la relación de lo que él llamaba el «ejército laboral de reserva» —los diferentes estratos de los desempleados— con los ritmos fundamentales de la acumulación de capital. Volveremos sobre ello en un momento.

Antes, sin embargo, debemos hacer una breve advertencia contra el tratamiento de la teoría del capital de Marx que dice que es, esencialmente, una forma de teoría *productivista*, como si para el capital no importara sino el sector de las masas trabajadoras que participan *directamente* en el «trabajo productivo». Marx, siguiendo a los economistas políticos clásicos, utilizó la distinción entre trabajo «productivo» e «improductivo». El trabajo productivo es el que participa directamente en la producción de plusvalía, que se intercambia directamente con el capital. Muchos otros sectores de la fuerza de trabajo, aunque igualmente explotados por el

⁶⁵ K. Marx, *Capital*, vol. III, Londres, Lawrence & Wishart, 1974, pp. 791-792; para un debate pertinente, véase J. Gardiner, S. Himmelweit y M. Mackintosh, «Women's Domestic Labour», *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, núm. IV. 2(II), junio de 1975.

capital, *no* producen directamente plusvalía, y se intercambian, no contra el capital, sino contra la renta: «El trabajo en el proceso de pura circulación no produce valores de uso y, por lo tanto, no puede añadir valor o plusvalía». Junto a este grupo de trabajadores improductivos se encuentran todos los trabajadores mantenidos directamente con las rentas y beneficios, ya sean sirvientes o empleados del Estado.⁶⁶

La teoría del trabajo productivo e improductivo es uno de los ámbitos más complejos y controvertidos de la teoría marxista y sus ramificaciones no nos conciernen directamente. En el capitalismo que conoció Marx, el «trabajo improductivo» estaba relativamente poco desarrollado y a menudo se limitaba a los ociosos, parásitos del trabajo de otros o a los productores marginales. No puede decirse lo mismo de las formas modernas de capitalismo, en las que los sectores de servicios e «improductivos» de la fuerza de trabajo se han ampliado enormemente, desempeñando lo que son claramente funciones *clave* para el capital, y en las que la inmensa proporción de trabajadores implicada en la producción directa de plusvalía parece ser cada vez menor. En estas circunstancias, la línea —aparentemente sencilla para Marx— entre trabajo «productivo» e «improductivo» se ha vuelto cada vez más difícil de trazar, al menos con algún resultado claro. No obstante, la distinción puede ser importante a la hora de identificar la posición y la identidad de las numerosas nuevas capas y estratos de la clase obrera moderna. Parece claro, sin embargo, que el argumento también se ha visto afectado por un claro malentendido de la distinción, incluso cuando Marx la hizo. El trabajo «improductivo» se ha interpretado, a veces exclusivamente, en el sentido peyorativo y más frívolo de Marx: como económica y políticamente insignificante. Está claro que esto no era lo que quería decir, como revela pronto una lectura del volumen II de *El Capital*, donde Marx trata extensamente la circulación y la reproducción. Todo el argumento de *El Capital* demuestra lo vitales y necesarias que son para la actualización del capital, y para su expansión y reproducción, aquellas relaciones que no están directamente ligadas al ámbito de producción de la plusvalía. El capital no podría, literalmente, completar su paso o circuito sin «pasar por» estas esferas relacionadas. Además, afirmó directamente que no es solo el sector de la clase que produce directamente plusvalía el que es *explotado* por el capital; muchos otros sectores de la clase son explotados por el capital, aunque la forma de esa explotación no sea la extracción directa de plusvalía. Por lo tanto, incluso si necesitamos mantener los términos «productivo» e «improductivo» para fines de análisis, en relación con la identificación de los diferentes estratos de la clase obrera, Marx no proporciona ninguna justificación a la hora de tratar las clases y los estratos

⁶⁶ I. Gough, «Productive and Unproductive Labour in Marx», *New Left Review*, núm. 76, 1972.

explotados fuera de la producción propiamente dicha como clases innecesarias o «superfluas», más allá de la dialéctica contradictoria del capital:

El objetivo de Marx al desarrollar los conceptos de trabajo productivo e improductivo no era dividir a los trabajadores. Era exactamente lo contrario [...]. Con la ayuda de estos conceptos, Marx pudo analizar cómo se expande el valor en el proceso directo de producción y cómo circula en el proceso de reproducción.⁶⁷

Este punto es fundamental para el reciente debate dentro del marxismo y el movimiento feminista sobre el lugar del trabajo doméstico femenino en relación con el capital, y puede ilustrarse muy bien con él. En una de las primeras contribuciones a este debate, Seccombe argumentó que el «trabajo doméstico» debe ser juzgado, desde una perspectiva marxista, como «improductivo», lo que parecía implicar que, por esa razón, ninguna lucha política decisiva, capaz de contraatacar al capital, podría organizarse desde esa base.⁶⁸ (Del mismo modo, se podría argumentar, por analogía, que ninguna lucha política fundamental que pudiera afectar al capital podría montarse desde una base constituida por negros sin oficio, negros estafadores implicados en las actividades esencialmente redistributivas del «delito», y hombres y mujeres negros confinados en gran medida a los sectores de servicios e «improductivos»). Muchos aspectos del argumento de Seccombe fueron cuestionados en el curso de un largo e importante debate teórico.⁶⁹ En una contribución posterior, Seccombe ha aclarado su posición.⁷⁰ El trabajo doméstico puede ser estrictamente «improductivo», pero «el ama de casa de clase trabajadora contribuye a la producción de una mercancía, la fuerza de trabajo, y, a través de este proceso, participa en la producción social».⁷¹ En efecto, la reproducción de la fuerza de trabajo, a través de la familia y de la división sexual del

⁶⁷ P. Howell, «Once more on Productive and Unproductive Labour», *Revolutionary Communist*, núm. 3/4, noviembre de 1975.

⁶⁸ W. Seccombe, «The Housewife and her Labour under Capitalism», *New Left Review*, núm. 83, 1973.

⁶⁹ Por ejemplo, M. Benston, «The Political Economy of Women's Liberation», *Monthly Review*, septiembre de 1969; P. Morton, «Women's Work is Never Done», *Leviathan*, mayo de 1970; S. Rowbotham, *Woman's Consciousness, Man's World*, Harmondsworth, Penguin, 1970; J. Harrison, «Political Economy of Housework», *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, primavera de 1974; C. Freeman, «Introduction to Domestic Labour and Wage Labour», *Women and Socialism: Conference Paper 3*, Birmingham Woman's Liberation Group; J. Gardiner, «Women's Domestic Labour», *New Left Review*, núm. 89, 1975 (a partir de un artículo publicado originalmente en *Women and Socialism: Conference Paper 3*, 1974); M. Coulson, B. Magas y H. Wainwright, «The Housewife and Her Labour under Capitalism - A Critique», *New Left Review*, núm. 89, 1975 (a partir de un artículo publicado originalmente en *Women and Socialism: Conference Paper 3*, 1974) y Gardiner, Himmelweit y Mackintosh, «Women's Domestic Labour...».

⁷⁰ W. Seccombe, «Domestic Labour: Reply to Critics», *New Left Review*, núm. 94, 1975.

⁷¹ Coulson, Magas y Wainwright, «The Housewife and her Labour under Capitalism...».

trabajo, es en los estrictos términos de Marx una de las condiciones fundamentales de la existencia del modo de producción capitalista, al que el capital dedica una parte de lo que ha extraído del trabajador —el capital variable—, que «adelanta» al mismo y a su familia, en forma de salario, para que pueda efectuarse su «reproducción». El trabajo doméstico puede ser «improductivo», pero produce valor, Seccombe está de acuerdo. Es explotado por el capital (de hecho, es doblemente explotado, a través de la división sexual del trabajo) y es fundamental para las leyes del movimiento del capital. A través de la división sexual del trabajo, el capital es capaz de apoderarse «no solo de la economía, sino de cualquier otra esfera del valor de la sociedad que regule el trabajo realizado más allá de los auspicios directos del capital». ⁷²

Aunque no está directamente relacionada con nuestro argumento principal, esta digresión sobre el trabajo doméstico proporciona algunas aportaciones significativas a nuestra consideración. El ama de casa parece «no hacer nada» productivamente; *trabaja*, pero no parece *trabajar*. Su esfera —el hogar— se percibe, por lo tanto, como el extremo opuesto al corazón productivo del capital: sobrante, marginal, inútil. Sin embargo, por su contribución a la reproducción de la fuerza de trabajo y por su papel como agente del consumo familiar, el ama de casa mantiene una relación necesaria y fundamental con la producción capitalista. Lo importante es que esta relación está separada, segmentada, segregada y compartimentada del proceso de producción propiamente dicho. Y lo que conecta y oscurece simultáneamente esta relación es la intermediación de la división *sexual* del trabajo como estructura dentro de la división *social* del trabajo. *En esta forma específica*, el capital extiende, sin parecerlo, «sus auspicios». Y, cuando las mujeres se ven arrastradas a trabajar fuera del hogar, aparecen sustancialmente en trabajos que no solo se encuentran en el extremo no cualificado, no sindicalizado e «improductivo» del espectro ocupacional, sino en tipos de trabajo que a menudo son similares en naturaleza y se experimentan como «trabajo doméstico» o «trabajo de mujeres», solo que realizado fuera del hogar (oficios de servicios, textiles, restauración, etc.). Braverman sostiene que, en la economía estadounidense, las mujeres se han convertido en «la principal reserva de mano de obra suplementaria», un movimiento esencialmente «hacia las ocupaciones mal pagadas, serviles y “complementarias”». ⁷³ Seccombe señala que una de las formas cruciales en las que el capital extiende su dominio sobre el trabajo doméstico es regulando qué proporción de este será atraído o expulsado del «trabajo productivo». «El capital estructura la relación de la población trabajadora con el ejército industrial de reserva, del que las amas de casa son un componente latente y a menudo activo». ⁷⁴

⁷² Seccombe, «Domestic Labour...».

⁷³ Braverman, *Labor and Monopoly Capital...*

⁷⁴ Seccombe, «Domestic Labour...».

Sin intentar establecer un paralelismo demasiado estricto, podemos señalar lo siguiente: (1) las luchas tanto de las mujeres como de los negros presentan agudos problemas de estrategia a la hora de alinear la lucha *sectorial* con la lucha de clases más general; (2) esto puede tener algo que ver con el hecho de que ambos sectores ocupan una posición estructuralmente segmentaria o porque están relacionados con la explotación capitalista a través de una «doble estructura»: la división *sexual* dentro de las relaciones de clase en el primer caso, la división *racial* dentro de las relaciones de clase en el segundo; (3) la clave para desentrañar la relación de ambos no es la cuestión de si cada uno recibe directamente un *salario* o no, ya que una proporción de cada sector está, en todo momento, empleado (es decir, «asalariado») mientras que (4) la clave está en la referencia al control del capital sobre el movimiento de entrada y salida del *ejército laboral de reserva*.

En el debate con Seccombe, el argumento más fuerte a favor de considerar el trabajo doméstico como «productivo» fue presentado por Selma James y Mariarosa Dalla Costa, en *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*.⁷⁵ El «salario por el trabajo doméstico» era, para ellas, una estrategia de movilización feminista, con potencial subversivo, directamente contra el capital. En *Sexo, raza y clase*, de Selma James, este análisis se extiende a las luchas negras.⁷⁶ La introducción del primer texto exponía claramente el meollo del argumento, destacando el valor estratégico de la negativa a trabajar:

La familia bajo el capitalismo es [...] esencialmente un centro de producción social. Cuando los llamados marxistas decían antes que la familia capitalista no producía para el capitalismo, no formaba parte de la producción social, se deducía que repudiaban el poder social potencial de las mujeres. O, más bien, al suponer que las mujeres en el hogar no podían tener poder social, no podían ver que las mujeres en el hogar producían. Si su producción es vital para el capitalismo, negarse a producir, negarse a trabajar, es una palanca fundamental del poder social.⁷⁷

En *Sexo, raza y clase*, Selma James también amplió el argumento en una novedosa interpretación de cómo las luchas emprendidas por grupos como las mujeres y los negros se relacionan con la lucha de clases en su conjunto. James se basa esencialmente en una reelaboración de las nociones de *casta* y *clase*. «La manufactura», argumentaba Marx en *El Capital*, «desarrolla

⁷⁵ S. James y M. Dalla Costa, *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Bristol, Falling Wall Press, 1972 [ed. cast.: *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, Isabel Vericat (trad.), Siglo XXI, 1979].

⁷⁶ S. James, *Sex, Race and Class*, Bristol, Falling Wall Press, 1975 [ed. cast.: en *Sexo, raza, clase*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023].

⁷⁷ James y Dalla Costa, *The Power of Women and the Subversion of the Community...*, p. 6.

una jerarquía de la fuerza de trabajo, que se corresponde con una escala salarial».⁷⁸ La división internacional del trabajo, sostiene Selma James, conduce a una acentuación de la «jerarquía de la fuerza de trabajo», que divide a la clase obrera en función de la raza, el sexo, la nacionalidad y la generación, y confina a cada sector de la clase a su posición dentro de esta «casta», a expensas de su posición en la clase en su conjunto. «Los trabajadores individuales», añadió Marx, «se apropián y se aplican de por vida a una función limitada [...] las diversas operaciones de la jerarquía se reparten entre los trabajadores según sus capacidades naturales y adquiridas».⁷⁹ (Marx, por supuesto, estaba escribiendo aquí sobre una fase temprana del desarrollo capitalista. La «industria moderna», según él, implicaba una división del trabajo *diferente*. Selma James no defiende su extensión del concepto de «jerarquía de la fuerza de trabajo» a esta fase posterior del desarrollo capitalista). Esta segmentación de las clases —jerarquía de la fuerza de trabajo— representa una debilidad frente al capital. Pero, en la actualidad, se argumenta, no es posible ninguna estrategia «general» y alternativa de clase. (El argumento en este punto sigue de cerca el de C. L. R. James, quizás el marxista caribeño más seminal e influyente hasta la fecha, en su insistencia en que ningún partido de vanguardia de tradición leninista puede pretender «hablar en nombre» de una clase tan internamente dividida). El acento de la lucha renace, por lo tanto (en línea con lo que subraya el propio James), en la actividad autónoma propia de cada sector de la clase. *Cada sector* debe hacer sentir primero su «poder autónomo»; y, utilizando «la especificidad de su experiencia [...] redefinir la clase y la propia lucha de clases [...]. En nuestra opinión, la identidad —la casta— es la sustancia misma de la clase».⁸⁰ Solo a través de la lucha autónoma de cada sector se hará sentir el «poder de la clase» en su conjunto.

Esta línea argumental, desarrollada teóricamente en *Race Today*,⁸¹ se ha convertido en la tendencia política más poderosa dentro de los grupos negros activos en Gran Bretaña. Se basa en la autonomía y la actividad propia de los grupos negros en lucha; e identifica como el tema más significativo de esta lucha el creciente «rechazo al trabajo» de los desempleados negros. Los altos niveles de desempleo juvenil negro se reinterpretan aquí como parte de un «rechazo al trabajo» político consciente. Esta negativa a trabajar resulta crucial, en tanto golpea al capital. Significa que este sector de la clase se niega a entrar en competencia con los que ya tienen trabajo productivo. Por lo tanto, *rechaza* el papel tradicional de «ejército de reserva

⁷⁸ Marx, *Capital...*, vol. I.

⁷⁹ Ibídem.

⁸⁰ James, *Sex, Race and Class...*, p. 13.

⁸¹ Por ejemplo, en Howe, «Fighting Back»; I. MacDonald, «The Creation of the British Police», *Race Today*, diciembre de 1973; y F. Dhondy, «The Black Explosion in Schools», *Race Today*, febrero de 1974.

de la mano de obra», es decir, rechaza ser un instrumento que pueda utilizarse para romper o socavar el poder de negociación de los que todavía tienen trabajo. Así, «subvierte el plan del capital para obtener la máxima plusvalía de la fuerza de trabajo inmigrante».⁸² La actividad policial, que se dirige principalmente contra este estrato de la clase «sin trabajo», se define como un intento de devolver a los sin trabajo al trabajo asalariado. Los «sin oficio» no deben ser equiparados con el tradicional *lumpenproletariado* desorganizado e indisciplinado. Esta falsa identificación surge solo porque la clase obrera negra se entiende exclusivamente en relación con el capital británico. Pero, de hecho, el trabajo negro solo puede entenderse adecuadamente, históricamente, si se considera también como una clase que ya se ha desarrollado en el Caribe —frente a las formas «coloniales» del capital— como una fuerza social cohesionada. En el contexto colonial, una de sus estrategias clave era la condición de «no salarizable». No resulta extraño que este sector no asalariado haya reconstruido en la «colonia» metropolitana una red institucional y una cultura de apoyo. Por último, la entrada de jóvenes negros de segunda generación «en la clase de los desempleados representa no solo un aumento en número sino también un cambio cualitativo en la composición de la clase». Esta nueva generación aporta ahora a la lucha, a través de su condición «no salarizable», una nueva confianza y audacia.⁸³

La posición originalmente esbozada en *Sexo, raza y clase* de Selma James se ha ampliado y desarrollado en el panfleto del Colectivo Power of Women, *All Work and No Pay*.⁸⁴ Aquí se repite el argumento original sobre la «jerarquía de la fuerza de trabajo», con un añadido interesante y relevante. Ahora se demuestra que el carácter no asalariado del trabajo doméstico encubre su verdadero carácter de producción capitalista de mercancías; y el pago del «salario familiar» al trabajador masculino estructura la dependencia de la fuerza de trabajo femenina con respecto de la masculina. Esto se llama «patriarcado del salario», uno de cuyos productos es el sexism. Siguiendo esta analogía, la posición estructuralmente diferenciada de la mano de obra negra en su conjunto con respecto de la clase trabajadora blanca, puede entenderse de forma similar como una forma de dependencia estructurada, uno de cuyos productos es el racismo; el «racismo de la relación salarial», por acuñar una frase. (Pero véase la penetrante crítica de Barbara Taylor, que cuestiona que un análisis del trabajo femenino y doméstico pueda basarse tan directamente en una supuesta homogeneidad u homología perfecta entre producción e ideología, estructura y superestructuras.⁸⁵ Esta es

⁸² Howe, «Fighting Back...».

⁸³ Ibídem.

⁸⁴ Power of Women Collective, *All Work and No Pay*, Bristol, Falling Wall Press, 1975.

⁸⁵ B. Taylor, «Our Labour and Our Power», *Red Rag*, núm. 10, 1976.

también una de las principales críticas a la posición de *Race Today* avanzada por Cambridge y Gutsmore en *The Black Liberator*).

Hay que añadir que, aunque todavía no hay una explicación totalmente teorizada de la fase actual del desarrollo capitalista metropolitano en la perspectiva de *Race Today*, algunas partes de su análisis sobre la posición de los negros se acercan bastante a la elaborada por una importante corriente de la teoría marxista italiana contemporánea (a la que a veces se llama «la escuela italiana»).⁸⁶ Dicho muy esquemáticamente, esta tendencia identifica la actual fase del desarrollo capitalista, tal y como fue caracterizada por Marx en el volumen III de *El Capital*, como «capital social». Esto implica la subsunción de «muchos capitales» en un solo capital, basada en un proceso de reproducción enormemente ampliado, la abolición progresiva del capital como propiedad *privada* y la socialización del proceso de acumulación, así como la transformación de toda la sociedad en una especie de «fábrica social» para el capital. En esta fase, el Estado se convierte progresivamente en sinónimo del capital social —su «cabeza pensante»— y asume las funciones de integración, armonización, racionalización y represión que hasta ahora eran en parte responsabilidad del propio capital. A esta concentración masiva del capital —a escala internacional— corresponde la creciente concentración (también a escala internacional) y masificación del proletariado. Cuanto mayor sea la composición orgánica del capital, mayor será la «proletarización» del trabajador. La recomposición del capital a lo largo de las líneas del «capital social» se ha llevado a cabo, principalmente, por tres factores: la reorganización del proceso de trabajo a través de la aplicación de técnicas «fordistas» a la producción, la revolución keynesiana en la gestión económica y la «integración» de las instituciones organizadas de la clase obrera a través de la socialdemocracia y el reformismo. La recomposición del capital ha «recompuesto» a su vez a la clase obrera. La tendencia a desespecializar progresivamente a la clase obrera y subsumirla en los procesos de producción masificados conduce a crear el «obrero masa». Aunque opera en modos de producción avanzados, el «obrero masa» no es el antiguo trabajador especializado del capitalismo anterior, sino literalmente un trabajador que puede ser trasladado de una parte a otra de un proceso laboral fragmentado y automatizado, así como de un país a otro (el uso de mano de obra migrante en los países capitalistas más avanzados de Europa es un ejemplo clave de esto). Esta recomposición «productiva» de la clase implica también una recomposición política: los viejos reflejos y organizaciones

⁸⁶ Véase M. Tronti, «Social Capital», *Telos*, otoño de 1973; M. Tronti, «Workers and Capital» en *Labour Process and Class Strategies*, folleto de la Conference of Socialist Economists, 1976 [ed. cast.: *Obreros y capital*, Madrid, Akal, 2002]; S. Bologna, «Class Composition and the Theory of the Party», en *Labour Process and Class Strategies...*; Gambino, «Workers Struggles and the Development of Ford in Britain...»; G. Boldi, «Theses on the Mass Worker and Social Capital», *Radical America*, mayo-junio de 1972.

de la lucha de clases pertenecientes a una fase anterior se desmantelan y la lucha de clases tiende a generar nuevas formas de resistencia militante que apuntan directamente contra la explotación en el nuevo proceso laboral, a menudo directamente al «punto de producción». De ahí que muchas de las formas de resistencia obrera directa —de «espontaneidad organizada»— hasta ahora consideradas de carácter sindicalista, representen un modo avanzado de lucha frente a las nuevas condiciones de acumulación y producción capitalistas. Este «obrero masa» es una encarnación concreta del «trabajador abstracto» de Marx. Sin profundizar en este argumento, puede verse de inmediato cómo este análisis puede ampliarse para iluminar la posición específica del trabajo negro (y de otro tipo de «mano de obra» inmigrante) en los sectores «avanzados» de la moderna industria británica; pero también cómo las formas de «resistencia directa» —como la negativa a trabajar— pueden asumir un significado y una posición estratégica muy diferentes como formas de lucha de clase, no de un sector marginal sino de un sector fundamental de la clase obrera.

En este punto, es útil recurrir al análisis totalmente diferente de la posición de los trabajadores negros y de los negros sin salario que ofrece el colectivo *The Black Liberator*. Cambridge y Gutsmore critican la posición de *Race Today* y los principales argumentos presentados en su contra son los siguientes. El rechazo al trabajo entre los trabajadores negros, y especialmente entre los jóvenes negros, es un fenómeno real, pero representa una lucha ideológica, no política. No «subvierte el capital» directamente, ya que incluso si toda la clase obrera, blanca y negra, estuviera empleada, la tasa de explotación del trabajo por el capital no se intensificaría necesariamente. Los trabajadores negros son, por lo tanto, concebidos en términos más clásicos como un «ejército de reserva de mano de obra» (de un tipo especial, racialmente diferenciado). Son utilizados, productiva o improductivamente, en relación con las necesidades y los ritmos del capital. Como tales, constituyen un *estrato subproletario* negro de la clase obrera en general. Cuando se emplean productivamente, son «superexplotados», en el sentido de que se les extrae un nivel relativamente más alto de plusvalía. Son explotados y oprimidos a dos niveles diferentes: como trabajadores negros (superexplotación) y como minoría racial (racismo). La idea de que la función de la policía en relación con este sector es regular *directamente* las condiciones de la lucha de clases y atar a la clase obrera al trabajo asalariado se ve socavada por el hecho (mencionado anteriormente) de que constituye una falsa reducción del nivel del Estado (político) al nivel de lo económico. La posición adoptada aquí está directa y explícitamente en línea con el argumento de Seccombe sobre el trabajo doméstico,⁸⁷ y

⁸⁷ Véase A. X. Cambridge, «Black Workers and the State: A Debate Inside the Black Workers' Movement», *The Black Liberator*, núm. 2(2), 1973-1974, p. 185n.

comparte *algo* con el argumento de Hirst, por lo menos en la visión de la «negativa a trabajar» de este sector sin salario como, en el mejor de los casos, una rebelión quasi política, no como una perspectiva de clase plenamente formada.⁸⁸ Hay aquí diferencias críticas de análisis teórico entre las dos posiciones y ambas —necesariamente— conducen a evaluaciones políticas muy diferentes de la estrategia correcta para el desarrollo de la lucha política negra. Mientras que la posición de *Race Today* subraya la dinámica autoactivadora de una lucha negra en desarrollo, en la que los negros sin salario proporcionan claramente a esta lucha uno de sus apoyos clave, Cambridge y Gutsmore, en *The Black Liberator*, si bien apoyan las luchas industriales y comunitarias de los negros contra la explotación y la opresión, se ven obligados a definirlas, inevitablemente, en este momento, como «economicistas» o corporativistas en su forma.⁸⁹ Ambas posturas, sin embargo, coinciden en definir a los diversos sectores del trabajo negro como «superexplotados»; y ambas entienden que los negros constituyen un estrato racialmente distinto de la clase, diferente en carácter de la noción tradicional del *lumpenproletariado*, tal y como por ejemplo avanzó Hirst.⁹⁰

Como se recordará, Marx llamaba a los lumpen «la escoria social, la masa pasivamente putrefacta arrojada por las capas más bajas de la vieja sociedad».⁹¹ Engels los caracterizó así:

El lumpenproletariado, esa escoria de elementos depravados de todas las clases, con sede en las grandes ciudades, es el peor de los aliados posibles. Esta chusma es absolutamente venal y absolutamente descarada. [...] Todo dirigente obrero que utilice a estos canallas como guardianes o que se apoye en ellos, demuestra con esta acción que es un traidor al movimiento.⁹²

Es una imagen muy diferente a la presentada por Darcus Howe de *Race Today*:

Y ahora quiero hablar específicamente de los desempleados. En el Caribe no se trata simplemente de que uno esté desempleado y se arrastre con hambre y totalmente desmoralizado de un día para otro. Eso es absolutamente falso. Sé que la primera vez que tuve la idea de que la gente pensaba de este modo fue debido a la izquierda blanca. Cuando hablan de los desempleados, hablan de una población miserable,

⁸⁸ Hirst, «Marx and Engels on Law, Crime and Morality...».

⁸⁹ Véase A. X. Cambridge y C. Gutsmore, «Industrial Action of the Black Masses and the Class Struggle in Britain», *The Black Liberator*, núm. 2(3), 1974-1975.

⁹⁰ Hirst, «Marx and Engels on Law, Crime and Morality...».

⁹¹ Marx, «*The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte...*», p. 44.

⁹² F. Engels, «Preface to The Peasant War in Germany», en *Marx Engels Selected Works*, vol. 2, p. 646 [ed. cast.: «Prefacio a la guerra campesina en Alemania», en Marx-Engels, *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 2016].

oprimida, golpeada, que no se constituye como un sector de la clase obrera y que, de una manera u otra, lleva a cabo sus propias luchas, pero el desempleado del Caribe del que yo hablo, que no tiene un salario, un salario oficial de ningún tipo, ninguna riqueza, es un sector poderoso y vibrante de la sociedad. Siempre ha sido así. Culturalmente, las steelbands, el calipso y el reggae provienen de ese sector de la población. Lo poco que hay de cultura nacional en el Caribe, surgió de la vitalidad de ese sector de la población.⁹³

Este sector de la clase sobrevive normalmente gracias al «trapicheo», que Howe describe como una forma de sobrevivir en un mundo sin recursos, y *no*, por lo general, recurriendo a la delincuencia. La misma sensación de vitalidad emerge en el énfasis positivo por evitar las humillaciones del trabajo y también de la forma en que la clase puede ser *disciplinada* por tales actividades:

Desde mi punto de vista, una *minoría* estaría llevando a cabo actividades llamadas delictivas, como robos, hurtos y cosas por el estilo. Lo que normalmente ocurre en esos días sería que de alguna manera toda tu personalidad social desarrolla habilidades por las cuales obtienes porciones de salario. Ya sea usando tu fuerza física como líder de la banda o tu astucia —esa fracción de la clase trabajadora es de este modo disciplinada con ese término general y forma llamada «trapicheo»—. La *ganja* en Jamaica, cualquier cosa así [...] No creo, en ese sentido, que la *ganja* sea un delito. Son todas formas diferentes de ganarse la vida, lo que no implica, en mi opinión, ningún tipo de humillación.⁹⁴

La supervivencia por estos medios produce una conciencia *política*. Hablando de la intervención del primer ministro de Trinidad y del comisario de Policía para poner fin a una de las más feroces guerras de bandas locales, y de la necesidad de hacerlo «ganándose» a las bandas, más que por medio de la confrontación, Howe dice lo siguiente:

No podían optar por la confrontación porque, en general, esa sección de la clase obrera era el brazo militar del movimiento nacionalista, de la sección africana del movimiento nacionalista. Así que cuando al indio le daba por atacar a los líderes políticos africanos con armas de fuego en mítines y sitios así, nosotros constituímos el brazo militar de la sección africana. Por eso nos tenían que cortejar. Y por eso el primer ministro vino a negociar con el líder de la banda y la policía para poner fin a la guerra. En ese momento la clase empezó a verse como una sección con un poder formidable, así que empezamos a plantear la cuestión del paro.⁹⁵

⁹³ Howe en una entrevista personal.

⁹⁴ Ibídem.

⁹⁵ Ibídem.

La deriva constante de jóvenes con estudios hacia las filas de los no asalariados ayudó a transformar la clase; y esto, de nuevo, lo ilustra la negativa del ejército (compuesto en gran parte por desempleados) a sofocar las manifestaciones masivas durante la crisis política de 1970 en Trinidad:

Aunque no esté disciplinado, organizado y unificado por el propio mecanismo de la producción capitalista, este sector de la clase obrera se concentró y socializó necesariamente a través del trapicheo, de una manera quasi-disciplinaria, para hacer una intervención en la sociedad y romper el ejército, y abrir la vía para que la clase obrera entrara en escena.⁹⁶

Howe sostiene que esta historia de los no asalariados trinitenses tiene una relevancia directa a la hora entender la situación británica, aunque es consciente de los peligros de sugerir paralelismos políticos tan simples. No niega además que este sector de la clase muestre tendencias negativas (como, por ejemplo, que el elemento criminal suministra la mayoría de los delatores a la policía). Pero insiste en que estas tendencias existen en el conjunto de la clase y no son específicas de los vagabundos. Esta concepción de los negros es muy diferente de la que ofrecen los editores de *The Black Liberator*. Para ellos, el *conjunto* del proletariado negro se concibe mejor como un *subproletariado*: un estrato de la clase obrera que es objeto de dos mecanismos específicos, *la superexplotación y la opresión racial*:

El *entrelazamiento* de estos mecanismos específicos opera de tal manera que impregnan el proceso de reproducción de la *extracción de plusvalía* allí donde la *tasa de explotación* —es decir, la superexplotación— del subproletariado es alta; allí pues donde están desempleados, las masas negras forman una sección desproporcionada del *ejército de reserva de mano de obra*; y su lucha de clase combina así formas, contra la *opresión racial* y el *imperialismo cultural*, distintas de las que practica específicamente la clase obrera blanca autóctona.⁹⁷

Aunque, como sigue diciendo Cambridge, «están aún por elaborar los mecanismos por los que la extracción de plusvalía se especifica como algo singular de los trabajadores negros en la economía metropolitana», la introducción de la noción de *ejército de reserva de mano de obra* para las masas negras que, en caso de estar desempleadas, forman una sección desproporcionada de este, marca un alejamiento crucial del argumento sin concesiones de *Race Today*. Cambridge define el ejército de reserva de esta manera:

⁹⁶ Ibídem.

⁹⁷ A. X. Cambridge, «Glosario», *The Black Liberator*, núm. 2(3), 1974 1975, p. 280.

Junto con la acumulación de capital, la sangre vital del *modo de producción capitalista* creada por el trabajo excedente de la clase obrera y vital para la *reproducción ampliada de las condiciones de producción*, está la reproducción no solo de sus medios de explotación (empleo) sino también de su propia prescindibilidad (desempleo). La reproducción del *modo de producción capitalista* depende de que encuentre constantemente nuevos mercados y de que desparezcan los sectores improductivos. En este sentido, el capitalismo tiene una doble necesidad: por un lado, de una masa de fuerza de trabajo siempre dispuesta a ser explotada que permita la posibilidad de arrojar grandes masas de trabajadores productivos al punto decisivo de la producción sin alterar la escala de esta y, por otro, de deshacerse de estos trabajadores cuando su explotación ya no resulte rentable. La producción capitalista depende, por lo tanto, de la transformación constante de una parte de la fuerza de trabajo en un «ejército industrial de reserva» desecharable de «*desempleados*» y «*subempleados*». En la economía mundial dominada por el imperialismo, si están en paro, las *masas negras* forman buena parte de este ejército industrial de reserva de mano de obra, que resulta cada vez más improbable sean empleadas en la producción a medida que la productividad del trabajo aumenta en el contexto del capital centralizado.⁹⁸

Comienzan así a surgir plenamente algunas dificultades analíticas resultantes de la yuxtaposición de estas posiciones, todas ellas, hay que señalar, planteadas dentro de un marco marxista. Marx y Engels consideran claramente al *lumpenproletariado* y a las «clases peligrosas» como «escoria», el elemento depravado de todas las clases. Parasitarias en sus modos de existencia económica, también están fuera del marco del trabajo productivo que es el único que podría afinarlas y templarlas para convertirlas en una clase cohesionada capaz de luchar de forma revolucionaria en un punto de inserción en el sistema productivo que pudiera limitar y hacer retroceder el dominio del capital. Darcus Howe considera este elemento, no como la escoria y el depósito de todas las clases, sino como un sector identificable de la clase obrera; ese sector que, tanto en las islas del Caribe como en Gran Bretaña, ha sido consignado a una posición *no asalariada*, y que ha desarrollado, desde esa base, un nivel autónomo de lucha capaz, en términos económicos y políticos, de infiligr, a través de la estrategia de los *no asalariados*, un severo daño al capital, así como «subvertir» sus propósitos. Resulta así claro que esto ya no es una descripción del *lumpenproletariado* en el sentido marxista clásico. Cambridge y Gutsmore consideran al conjunto de la mano de obra negra como un *estrato superexplotado* del proletariado. Su posición más o menos permanente, en términos estructurales, por debajo de la clase obrera blanca la convierte en *subproletariado*. Su explotación está entonces «sobredeterminada» por la explotación y la

⁹⁸ Ibídem, p. 279.

opresión racial. La parte de este subproletariado que no cobra un salario no tiene ni el carácter «lumpen» que le atribuyen Marx y Engels, ni el papel político estratégico que predice *Race Today*. Clásicamente, son *el sector del subproletariado negro que en la actualidad el capital no puede emplear*. Por lo tanto, desempeñan la función clásica de «ejército laboral de reserva»: pueden ser utilizados para socavar la posición de los sectores asalariados, pero su propia carencia de salario, lejos de constituir una base para el ataque sobre el capital, es una muestra de su contención.

Una de las principales fuentes de la diferencia entre estas descripciones surge de los diferentes períodos y fases históricas del desarrollo del capitalismo a los que se refieren. Marx y Engels analizaron el periodo de transición del trabajo doméstico al fabril, así como la época histórica del desarrollo capitalista «clásico». La decantación de las poblaciones rurales hacia los centros de producción fabril, el desarrollo de la disciplina del trabajo fabril y la ruptura de los antiguos sistemas de producción crearon a su paso, en un extremo, el primer proletariado industrial, en el otro, los pobres occasionales y las clases indigentes. En los estudios de Hobsbawm y Rudé,⁹⁹ los Wilkes, los «King and Country» y las «turbas» y «multitudes» de la ciudad, que aparecen a finales del siglo XVIII, son la última ocasión en la que se ve a estos últimos —en combinación con los artesanos especializados en oficios en declive y los pequeños delincuentes— asumir un papel destacado en la escena política. Después de eso, sin duda, este detritus humano del sistema capitalista —su enorme lista de víctimas— se acumula en los barrios bajos superpoblados, a menudo (como sosténía Hobsbawm) superponiéndose a través de la ocupación de ciertas zonas deprimidas de las ciudades con las «clases trabajadoras», pero ya en declive en cuanto a su importancia histórica. Tanto *Race Today* como *The Black Liberator* basan sus análisis en los relatos de la fase *posterior* del capitalismo, ese periodo de creciente monopolio que, bajo el título de «imperialismo», Lenin caracterizó como la fase «superior» del capitalismo —y esperemos que la última—. Las líneas maestras de la tesis de Lenin son demasiado conocidas como para repetirlas en detalle: la creciente concentración de la producción, la sustitución de la competencia por el monopolio, el cambio de poder dentro de las fracciones dominantes del capital industrial al financiero, la profundización de las crisis de sobreproducción y subconsumo, la agudización de la competencia por los mercados de ultramar, así como las incursiones al exterior en busca de inversiones rentables para el capital y, derivado de ello, el periodo de las «rivalidades imperialistas» y de las guerras mundiales.¹⁰⁰ Lo importante

⁹⁹ Véase G. Rudé, *Paris and London in the Eighteenth Century*, Londres, Fontana, 1952; G. Rudé, *The Crowd in The French Revolution*, Oxford University Press, 1959; Rudé, *Wilkes and Liberty*; Rudé, *The Crowd in History...*; y Rudé y Hobsbawm, *Captain Swing...*

¹⁰⁰ V. I. Lenin, «Imperialism, the Highest Stage of Capitalism» en *Selected Works in One Volume*, Londres, Lawrence & Wishart, 1969 [ed. cast.: *El imperialismo, fase superior del*

para nosotros es el impacto que Lenin supuso que tendría esta nueva fase del desarrollo del capitalismo en la composición y la estructura interna del proletariado. Argumentó que los beneficios mucho más altos que se pueden obtener a través de la inversión en el extranjero y la explotación en el interior del país por parte de un capitalismo global permitiría a las clases dominantes sobornar o comprar a un estrato «superior» del proletariado doméstico, incorporarlo a la red imperialista y limar su filo revolucionario. Esto crearía distinciones más nítidas dentro del proletariado, entre sus sectores «superiores» e «inferiores». El término que acuñó para ese estrato comprado con éxito de este modo fue el de «aristocracia del trabajo». Lenin también creía que se ampliaría la brecha entre el proletariado británico en su conjunto (superior e inferior) y el proletariado colonial «superexplotado» en el otro extremo de la cadena imperialista. El concepto de «aristocracia del trabajo», como forma de explicar el fraccionamiento y las divisiones internas del proletariado, no era nuevo. Hobsbawm señala que la frase «parece haber sido utilizada desde mediados del siglo XIX al menos para describir a ciertos estratos distintivos de la clase obrera, mejor pagados, mejor tratados y generalmente considerados más “respetables” y políticamente más moderados que el resto del proletariado».¹⁰¹

Lenin, de hecho, había citado con aprobación la carta de Engels a Marx (7 de octubre de 1858), en la que el primero señalaba que «el proletariado inglés se está aburguesando cada vez más, de modo que la más burguesa de todas las naciones parece aspirar en última instancia a poseer una aristocracia burguesa y un proletariado burgués junto a la burguesía. Para una nación que explota a todo el mundo, esto es, por supuesto, hasta cierto punto, justificable».¹⁰² La exasperación irónica de Engels ya contiene (i) la aparición de nuevas estratificación internas dentro de la clase obrera metropolitana; y (ii) el germen de la idea de que el proletariado de una potencia imperialista se beneficia económicamente (y de este modo las clases dominantes se benefician políticamente) de la superexplotación del proletariado colonial. Visto desde la capa inferior, dentro del marco global del sistema capitalista, el proletariado colonial que es excesivamente explotado para producir los beneficios extraordinarios con los que aplacar al proletariado doméstico es ya, estructuralmente, un subproletariado de este último. No es de extrañar entonces que, cuando, en una etapa posterior, sectores de este proletariado colonial son atraídos a trabajar en la metrópoli, se inserten en las relaciones productivas en un papel fraccional apropiado: como un subproletariado interno. El papel económico

capitalismo, Madrid, Taurus, 2012]; véase también R. Owen y B. Sutcliffe (eds.), *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, Longmans, 1972.

¹⁰¹ Hobsbawm, *Labouring Men...*, p. 272; véase también J. Foster, *Class Struggle and Industrial Revolution*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1975.

¹⁰² Citado en Lenin, «Imperialism, the Highest Stage of Capitalism...», p. 247.

subordinado que esta subclase negra siempre ha desempeñado históricamente con respecto de la clase obrera blanca metropolitana se reproduce en las metrópolis: en parte, a través de distinciones ideológicas basadas en el racismo, cuyos efectos son reproducir ideológicamente esa subordinación dentro de la economía metropolitana, así como legitimarla como una división «permanente» —o de casta— dentro de la clase obrera en su conjunto. Pero el cuadro no estará completo hasta que examinemos las condiciones inferiores en las que, antes de la emigración, se constitúa el proletariado colonial. Y aquí, por supuesto, encontramos, como condición constante y aparentemente necesaria de su superexplotación, la condición de «no asalariado»:

Una de las principales características del Tercer Mundo contemporáneo es el crecimiento explosivo de las poblaciones urbanas compuestas por inmigrantes procedentes del campo y de las ciudades más pequeñas. Estos no son proletarios establecidos, ni en términos de ocupación —ya que viven en un estado crónico de desempleo o subempleo—, ni de cultura política, ya que no han absorbido el estilo de vida y la mentalidad de los trabajadores urbanos establecidos. Países como India y China son, en efecto, sociedades abrumadoramente campesinas. Pero en Argentina, Chile, Venezuela y Uruguay, el 40 % o más de la población vive en pueblos o ciudades de más de 200.000 habitantes. Cada año, miles de nuevos reclutas acuden a las favelas, barriadas, *bidonvilles*, poblados chabolistas o como se les quiera llamar, a campamentos hechos con cartones, latas de gasolina aplastadas y viejas cajas de embalaje. Sea cual sea el término que utilicemos para describir esta categoría social, ya es hora de abandonar el término marxista *lumpenproletariado*, tan insultante, inexacto y analíticamente desalentador. «Subclase» o «subproletariado» parecerían caracterizaciones mucho más adecuadas para estas víctimas de la «urbanización sin industrialización». ¹⁰³

Esta «subclase», como describe Worsley en su importante ensayo, puede ser, en términos estrictos, «improductiva», en el sentido de que sus miembros no tienen un empleo productivo regular. Pero en las sociedades del Tercer Mundo, donde los barrios de chabolas son una característica permanente y estructural de la vida, no pueden considerarse «marginales» en ningún otro sentido. Su número es elevado y va en aumento; sus actividades económicas, por muy transitorias y precarias que sean, tienen una importancia crucial para el conjunto de la sociedad; y su fuerza debe compararse con lo que, en muchos casos, constituye un proletariado urbano muy pequeño, y a veces inexistente, en el sentido clásico. El líder luso-africano Amílcar Cabral, que hablaba de *dos* categorías dentro de los «desarraigados»

¹⁰³ P. Worsley, «Fanon and the “lumpenproletariat”» en Miliband y Saville (eds.), *Socialist Register 1972...*

—«jóvenes venidos recientemente del campo», y «mendigos, vagabundos, prostitutas, etc.»— dijo de esta última categoría que «es fácilmente identificable y podría llamarse fácilmente nuestro lumpenproletariado, si tuviéramos algo en Guinea que pudiéramos llamar proletariado con propiedad». ¹⁰⁴ Y, en lo que se refiere a su papel político, era, por supuesto, justo este grupo de desposeídos urbanos, que entraba y salía del trabajo, crónicamente subempleado o desempleado, que se ganaba la vida por cualquier medio —legales, ilegales y entre medias—, permanentemente en la frontera de la supervivencia, quien Fanon creía que constituía «una de las fuerzas más espontáneas y más radicalmente revolucionarias de un pueblo colonizado». ¹⁰⁵ Ellos, junto con el campesinado, eran los «condenados de la tierra».

Tenemos aquí dos formas, aparentemente divergentes, de intentar comprender la naturaleza y la posición de la clase obrera negra y de los tipos de luchas políticas y formas de conciencia política de que dispone. Estos caminos divergentes pueden resumirse de la siguiente manera. Si nos centramos en *los no asalariados*, como una condición pertinente y en aumento para una proporción cada vez mayor de la mano de obra negra, pero limitamos nuestro análisis a su contexto metropolitano británico, entonces los no asalariados aparecen como una fracción de clase que se hunde, expulsada a la pobreza por ser superflua para el capital; la tentación de asimilarla, analíticamente, al clásico *lumpenproletariado* de las primeras descripciones de Marx y Engels es fuerte. *Race Today* rompe con esta adscripción, al redefinir el trabajo negro en términos de dos «historias». En primer lugar, se trata de un sector del trabajo caribeño y, como tal, es fundamental para la historia de la lucha y las condiciones peculiares de la clase obrera caribeña de la que procede. En segundo lugar, tiende a insertarse en las relaciones capitalistas metropolitanas como el «obrero masa», superexplotado y de baja cualificación. Al redibujar las fronteras históricas del trabajo negro de esta manera, por así decir, el colectivo *Race Today* es capaz de redefinir el «carácter no asalariado» —en dos contextos diferentes— como una forma de lucha positiva y no pasiva: como la pertenencia a una experiencia de clase trabajadora mayoritaria y no «marginal», una posición completamente ocupada y amplificada, cultural e ideológicamente y, por lo tanto, capaz de proporcionar la base de una estrategia de clase viable. Desde esta combinación de perspectivas del Tercer y el Primer Mundo, los negros sin salario son muy diferentes de la «escoria pasiva y podrida» del lumpen tradicional. *The Black Liberator* se ocupa tanto de la política caribeña y del «Tercer Mundo»

¹⁰⁴ Citado en ibidem.

¹⁰⁵ F. Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press, 1963 [ed. org.: *Les Damnés de la terre*, París, Maspéro, 1961; ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, Julieta Campos (trad.), Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1963].

como lo hace *Race Today*. Pero analiza la posición del trabajo negro en Gran Bretaña principalmente en relación con las actuales relaciones de clase del capital británico, en las que la mano de obra inmigrante ha sido directamente subsumida; es decir, no históricamente, en términos de los mecanismos del capital «colonial» en el pasado, sino estructuralmente, en términos de los mecanismos del capital británico en la coyuntura actual. Lo que importa es cómo la mano de obra negra ha sido subsumida bajo el dominio del capital en la metrópoli —es decir, como subproletariado— y cómo se rigen sus relaciones con el capital, es decir, en términos, no de la lucha cultural expresada en la estrategia de «no asalariarse», sino a través de los mecanismos más clásicos del ejército laboral de reserva.

Otra forma de examinar el mismo terreno consistiría en distinguir más cuidadosamente entre la determinación del nivel de lo *económico* sobre el trabajo negro y las prácticas *políticas e ideológicas* de la lucha. No podemos desarrollar demasiado este argumento en este momento, pero basta con esbozar las posibilidades que conlleva.

Lo que determina el tamaño del sector de la clase obrera negra no asalariada en un momento dado puede ser menos la estrategia política de una minoría de «no aguantar más el trabajo de mierda», y más los ritmos económicos fundamentales que Marx analizó como estructuradores del tamaño y el carácter de los diferentes estratos del «ejército laboral de reserva». Sin embargo, todavía es posible que los así adscritos (por las relaciones económicas de clase) desarrollem esto en una estrategia más positiva de lucha de clases (política e ideológica). Las formas de lucha *política* de clase se relacionarían entonces con modos anteriores de supervivencia y resistencia de esa clase, derivados esencialmente de su pasado premetropolitano. Esta última posición no está tan limitada por una «historia de los orígenes» como puede parecer a primera vista. Porque puede haber factores políticos *en el presente* que recreen para los trabajadores negros las posibilidades de librarse una lucha política de este tipo desde esa base. En el próximo epígrafe, rastreamos algunos de los factores que pueden haber contribuido a determinar las formas de lucha política frente al capital metropolitano en la coyuntura actual. Por otra parte, este tipo de explicación queda abierta a la objeción de que tiende a ser «historicista»: explica las formas *actuales* de lucha en términos de tradiciones derivadas del pasado. En este punto, es de vital importancia recordar los mecanismos económicos que, efectivamente, parecen tener el efecto de fuerzas determinantes fundamentales capaces de regir el tamaño y la situación de los negros sin salario. Esto nos devuelve al análisis de Marx sobre el «ejército de reserva».

Para Marx, el ejército industrial de reserva (la «población excedente relativa») se convierte en una característica permanente de la acumulación de capital solo después de la transición de la manufactura a la industria

moderna, cuando el capital toma el «control real». La industria moderna requiere «la formación constante, la mayor o menor absorción y remodelación, del ejército industrial de reserva o población excedente». A medida que el capital avanza hacia nuevas áreas de producción, «debe existir la posibilidad de arrojar grandes masas de hombres de forma repentina sobre los puntos decisivos sin perjudicar la escala de producción en otras esferas».¹⁰⁶ El capitalismo, por lo tanto, no solo requería un ejército de reserva disponible, sino que intentaba gobernar su dimensión y carácter, es decir, el ritmo al que, de acuerdo con la acumulación de capital, estas fracciones eran atraídas a la producción o expulsadas al desempleo. Así pues, para Marx, la cuestión del ejército de reserva estaba vinculada de manera central con el ciclo de acumulación capitalista. A medida que aumentaba la proporción del trabajo «muerto» sobre el trabajo «vivo» (máquinas respecto a trabajadores), una parte de la fuerza asalariada quedaba «liberada» para estar disponible en otro lugar cuando el capital lo necesitara. La presencia del ejército de reserva también contribuiría a determinar las condiciones y los salarios de los empleados. Cuando el ejército de reserva era numeroso, los trabajadores asalariados se veían obligados a aceptar salarios más bajos, ya que podían ser sustituidos fácilmente. Por lo tanto, se considera que la presencia de un ejército de reserva «permanente» tiene un efecto competitivo sobre los empleados, que tiende a reducir el valor de la fuerza de trabajo para el capital. Si el ejército de reserva es pequeño, los trabajadores están en mejor posición para exigir salarios más altos. Pero la caída resultante de los beneficios y de la acumulación de capital lleva a que los trabajadores se queden sin trabajo y al consiguiente crecimiento del ejército de reserva, así como a una caída o a un aumento más lento de los niveles salariales.¹⁰⁷

En las diferentes fases de este ciclo, el capital compone y recompone continuamente a la clase obrera a través de su propio movimiento dinámico: genera un cierto nivel de desempleo como característica necesaria de ese movimiento, a menos que esta tendencia sea contrarrestada de alguna otra manera. El argumento de la «recomposición de la fuerza de trabajo» es aquí un argumento crucial. Porque hay sectores asalariados, relegados temporalmente al ejército de reserva, que no tienen por qué volver a ser contratados en los mismos sectores de producción ni con los mismos niveles de cualificación, tanto la «descualificación» como la sustitución —el reemplazo de un sector de la mano de obra por otro más barato— son aspectos centrales del proceso de formación y disolución del ejército de reserva. Esto «plantea entonces la cuestión de las fuentes de mano de obra que pasan a formar parte de la clase obrera» cuando la mano de obra es

¹⁰⁶ Marx, *Capital...*, vol. I, p. 633.

¹⁰⁷ Véase Castles y Kosack, *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe...*, p. 4.

atraída a la producción desde el ejército de reserva, «mientras que la tendencia a la repulsión plantea la cuestión del destino de los trabajadores, ya sean empleados o desempleados (por ejemplo, la tendencia a la marginación de determinados grupos de trabajadores)». ¹⁰⁸

Marx distinguía, de hecho, distintas capas o estratos *dentro* del «ejército de reserva»: los estratos *flotantes* eran los repelidos y reincorporados a la producción en el corazón del sector productivo; los estratos *latentes* eran principalmente los de la producción agrícola, desplazados en el curso de la incursión capitalista en la economía rural; los *estancados* eran los empleados irregulares «permanentes». Estos tres se diferenciaban del *lumpenproletariado* —las «clases peligrosas»— y del pauperismo —«los desmoralizados y harapientos y los incapaces de trabajar, víctimas de la industria»—. El pauperismo, añadió, es el «hospital del ejército obrero activo y el peso muerto del ejército industrial de reserva». ¹⁰⁹ Como veremos, no hay ninguna razón intrínseca para que estos mecanismos no operen en los polos marginales del capitalismo como sistema global —es decir, en el hinterland colonial— así como en la metrópoli. Por eso, debemos modificar ahora el argumento esbozado un poco antes. El tamaño y la importancia de los desempleados, de los no asalariados, de los semi-empleados y de los sectores «marginales» del proletariado colonial pueden diferir de los de la sociedad metropolitana; pero también frente al capital colonial, su formación puede estar regida por los tipos de ritmos esbozados por Marx en este argumento crucial de *El Capital*.

El ejército industrial de reserva de los desempleados es tan fundamental para las leyes de la acumulación capitalista como el tamaño del «ejército laboral» productivo. Pero, en los países desarrollados de Europa occidental en el periodo de posguerra, ha resultado cada vez más difícil mantenerlo en su forma clásica, al menos hasta hace poco. Como resultado de un complejo conjunto de factores que no pueden exponerse aquí —incluyendo la creciente fuerza del propio movimiento obrero— el capitalismo ha tenido que aspirar, para sobrevivir, a una continua expansión productiva, así como al «pleno empleo» de la fuerza de trabajo nativa. Esto iba en contra de la necesidad de un «ejército de reserva». Se necesitaba así un «ejército de reserva» sustituto: uno que no fuera costoso ni políticamente inaceptable, como lo era entonces el desempleo resultante del movimiento cíclico del capitalismo. El capitalismo moderno ha recurrido a dos fuentes principales de «reserva»: las mujeres y la mano de obra inmigrante. «La solución a estos problemas que ha adoptado el capitalismo de Europa occidental ha sido el empleo de trabajadores inmigrantes procedentes de zonas subdesarrolladas del sur de

¹⁰⁸ V. Beechey, «Female Wage Labour and the Capitalist Mode», manuscrito inédito, Universidad de Warwick, 1976.

¹⁰⁹ Marx, *Capital...*, vol. I, pp. 600 602.

Europa o del Tercer Mundo».¹¹⁰ Estos siempre habían desempeñado un papel; pero, en las condiciones de posguerra, se convirtieron en una característica *permanente* de la estructura económica de estas sociedades (igual que, según Braverman, la mano de obra latinoamericana y oriental para la economía estadounidense de posguerra). Los trabajadores migrantes constituyen ahora *la base permanente del moderno ejército industrial de reserva*. En el periodo de expansión productiva, la mano de obra fue absorbida desde el Caribe y el subcontinente asiático. Poco a poco, cuando la recesión económica empezó a hacer mella, se instituyó una práctica más restrictiva, lo que obligó en efecto a una parte del «ejército de reserva» a permanecer donde ya estaba, en las tierras natales del Caribe y Asia. Ahora, en lo más profundo de la crisis económica, nos encontramos en el polo alternativo del ciclo del «ejército de reserva»: la fase de control y expulsión. En el periodo intermedio, tanto las mujeres como parte de la mano de obra del sur de Europa habían comenzado ya a «sustituir» al ejército de reserva negro. En la década de 1970, el asalto político al «pleno empleo» ha derribado las barreras políticas; y la reconstitución de las capas del «ejército de reserva» avanza a toda velocidad. Los jóvenes negros que vagan por las calles de las ciudades británicas en busca de trabajo son sus últimos y más bisoños reclutas.

Los «condenados de la tierra»

Hemos seguido el argumento desde las nuevas estratificaciones de la clase obrera de la metrópoli, puestas en marcha por el imperialismo, hasta la muy diferente disposición de los estratos de la fuerza de trabajo en las sociedades coloniales del Tercer Mundo, pasando por el imperialismo y el neoimperialismo. Ahora debemos estudiar la conexión entre esta última y la clase obrera negra en Gran Bretaña. En primer lugar, debemos retomar el tema de que la clase obrera negra en su conjunto pertenece a *dos* historias diferentes, si bien cruzadas: la historia del trabajo caribeño y la historia de la clase obrera británica. Una línea de argumentación, que podría derivarse del intento de mantener estas dos historias en mente, sería que, cuando la mano de obra negra, arrastrada por una fase de expansión del capital británico, se ve abocada temporal o permanentemente al desempleo como resultado de una recesión, desarrolla una forma de supervivencia, una perspectiva y unos modos de lucha de clases que parecen similares a los del «ejército de reserva» blanco o del *lumpenproletariado*, pero que se entienden mucho mejor en términos de su *otra* historia colonial previa. Por lo tanto, esta propuesta del «doble posicionamiento» de la clase arroja una luz diferente sobre cómo evaluamos la potencia política y la trayectoria de sus estratos más conscientes

¹¹⁰ Castillos y Kosack, *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe...*

de sí mismos. En segundo lugar, la conexión con el Tercer Mundo sitúa la relación entre el desempleo, la marginalidad y *la delincuencia* en una nueva perspectiva. En Gran Bretaña, la distinción entre los sectores descritos por Marx, Engels y otros como «lumpen» y los sectores de la mano de obra productiva arrojados temporalmente al ejército de reserva de los desempleados puede seguir siendo tajante. Pero, por ejemplo, Keith Hart, en uno de los pocos estudios (aunque cada vez hay más) sobre el subproletariado colonial (en Nima, Accra), llega a rechazar por completo las categorías de «desempleado» y «subempleado», prefiriendo pensar en su lugar en oportunidades de ingresos «formales» e «informales». Incluso los empleados tienen que complementar sus escasos ingresos, observó Hart, y de ahí que «el préstamo de dinero, el pluriempleo, la dependencia de los parientes y la vida a crédito, el trabajo de la tierra dentro de la ciudad y el delito se conviertan en características centrales de la vida económica cotidiana».¹¹¹ En tercer lugar, las teorías sobre el papel político potencial y la conciencia de estos pobres «desarraigados» en las economías coloniales, como las propuestas por Fanon, han tenido un gran impacto retrospectivo sobre la conciencia emergente de los negros *en las metrópolis*. En Gran Bretaña, por ejemplo, el impacto de las perspectivas fanonistas se ha ejercido en parte a través de las revoluciones africanas, y en parte a través de la mediación del movimiento negro en Estados Unidos. En algunos niveles, por lo tanto, el problema de la «clase baja» colonial o *lumpenproletariado* es directamente pertinente para cualquier discusión sobre la posición y la conciencia política potencial de esa «clase baja» negra que ahora aparece cada vez más, en Gran Bretaña, de forma marginal o criminalizada. El tamaño, la composición social y la situación económica de los pobres desarraigados de las ciudades coloniales varían considerablemente, por supuesto, de una zona del Tercer Mundo a otra. Chris Allan, en un útil ensayo de síntesis, describe al amplio sector típico de los pobres urbanos de las ciudades coloniales como desempleados, de bajo estatus, con poco contacto con otros grupos sociales dominantes, que viven una existencia económica marginal, normalmente en una zona distinta de la ciudad o del pueblo y que, generalmente, son considerados como «parias sociales» por el resto de la comunidad.¹¹² Dentro de estos «marginados», distingue entre los que han nacido con esa condición —hijos de familias «marginadas», «marginados» nacidos y criados en barrios marginales— y los que han pasado por el proceso de «convertirse en marginados». También distingue entre los que han perdido el trabajo y se han quedado sin empleo de forma permanente o semipermanente, y los que nunca han estado realmente empleados desde que llegaron a las ciudades. Muchos de los que pertenecen a ambas categorías

¹¹¹ Citado en Worsley, «Fanon and the “lumpenproletariat”...», n. 23.

¹¹² C. Allan, «Lumpenproletarians and Revolution», *Political Theory and Ideology in African Society*, actas del seminario, Centro de Estudios Africanos, Universidad de Edimburgo, 1970.

son emigrantes internos del campo (una de las categorías del «ejército de reserva» de Marx). Ambos grupos de parias adultos se ganarán la vida a duras penas con una serie de trabajos ocasionales, la venta ocasional y la delincuencia. Hablando de la experiencia africana, escribe:

Si, como ocurre cada vez con más frecuencia, no consigue encontrar una ocupación permanente, el emigrante se moverá a lo largo de una serie de contactos, inicialmente parientes y luego conocidos, con los que vivirá y de los que vivirá, hasta que deje de ser mantenido por el último miembro de la serie y tenga que vivir enteramente de ocupaciones parasitarias: trapicheos esporádicos, limpieza y vigilancia de coches, mendicidad, proxenetismo o prostitución, pequeños robos, pequeños acosos a dirigentes políticos, limpiabotas, limpieza de botellas, porteo y trabajos ocasionales no cualificados.

A grandes rasgos, esta lista de ocupaciones podría referirse, por ejemplo, a las zonas «marginales» de West Kingston en Jamaica. El grupo puede incluir a los comerciantes ocasionales o callejeros que se dedican a la actividad económica que Sol Tax denominó «capitalismo de centavo». ¹¹³ Allan subraya tanto la heterogeneidad de este grupo en su conjunto como las diferentes modalidades de existencia de los parias:

Los desempleados son rechazados y se trasladan a zonas de viviendas baratas; roban para vivir y pueden convertirse en delincuentes a tiempo completo, trasladándose a zonas aún más aisladas de la ciudad. Los negros tienen dificultades para conseguir trabajo y vivienda y, en cualquier caso, son tratados por la mayoría de las personas como parias sociales y psicológicos. Cualquiera de estos parias puede convertirse, en palabras de Fanon, en «la escoria desesperada de la humanidad, que gira en círculos entre el suicidio y la locura». ¹¹⁴

Más recientemente, los economistas latinoamericanos han estudiado el crecimiento de una «mano de obra marginal» permanente. A medida que un sector de la economía se adapta progresivamente al mercado capitalista internacional, un sector importante de la mano de obra del otro extremo se ve empujado hacia el «polo marginal» de la economía. Quijano, por ejemplo, considera la posición de lo que él llama explícitamente esta creciente «población excedente de reserva». ¹¹⁵ Dicha población, señala, existe

¹¹³ S. Tax, *Penny Capitalism: A Guatemalan Indian Economy*, Washington, DC., Smithsonian Institute, 1953.

¹¹⁴ Allan, «Lumpenproletarians and Revolution....».

¹¹⁵ A. Quijano, «El polo marginal de la economía y la fuerza de trabajo marginada», *Economía y Sociedad*, núm. 3(4), 1974. Reeditado en *Imperialismo y Marginalidad en América Latina*, Lima, Mosca Azul, 1977.

en distintas formas, que corresponden de nuevo a las distinciones de Marx. Están los sectores «flotantes», atraídos y expulsados del empleo por turnos, dependiendo de los ciclos de expansión y contracción económica. Están los sectores «latentes»: los trabajadores rurales, expulsados del empleo o incapaces de conseguirlo en el campo, que se trasladan a la ciudad. Hay un sector «intermitente», que tiene un empleo permanente pero irregular, por ejemplo, los trabajadores a domicilio. Luego está el «lumpenproletariado» o el proletariado desarrapado, a menudo compuesto por vagabundos, prostitutas y delincuentes; y los pauperizados, los que están totalmente desempleados y carecen de cualquier fuente de ingresos, destinados a un estado de pobreza permanente. Quijano argumenta a continuación que, en las circunstancias particulares que examina (la de una economía latinoamericana con un sector capitalista avanzado y puntero), esta «población excedente» ya no es, estrictamente hablando, un «ejército de reserva»; ya que es poco probable que vuelva a emplearse, incluso en circunstancias económicas prósperas; por lo tanto, deja de ser en muchos sentidos una «palanca» del capital.

Una de las confusiones surge del hecho de que, dado que las distinciones internas entre las diferentes capas de la «clase baja» no están claramente definidas y difieren considerablemente de una sociedad a otra, se tiende a endilgarles la etiqueta general de *lumpenproletariado* y a atribuirles los calificativos despectivos reservados por Marx y Engels para un solo sector: el «lumpen», que se define a partir de un conjunto bastante específico de circunstancias históricas, las clases indigentes de las ciudades industriales de Europa occidental a mediados del siglo XIX. Las revisiones se han considerado contrarias a una versión clásica u ortodoxa de la teoría. En realidad, estas revisiones no son tanto económicas como políticas. Se derivan en parte del hecho de que, desde 1917, las revoluciones han asumido cualquier cosa menos una forma «pura» o clásica. Se ha producido un cambio decisivo en la localización de la lucha revolucionaria, de Europa hacia el Tercer Mundo, es decir, hacia sociedades con estructuras económicas y de clase notablemente diferentes a las de Europa occidental. En estas situaciones, el proletariado industrial es relativamente débil y pequeño, y a veces es inexistente. Este cambio ha puesto así en primer plano la enojosa cuestión de la forma de alianza entre las clases oprimidas y la «burguesía nacional», especialmente en un periodo dominado por el nacionalismo y no por la revolución social (las distinciones, por supuesto, nunca son tan claras). En la práctica, estas cuestiones se han respondido de forma diferente, en distintos escenarios. Pero ya sea en Asia, en América Latina o en África, cada forma de solución contiene ciertas vertientes claramente «no marxistas» o revisionistas. China ofrece el ejemplo de una lucha nacionalista que, en su transcurso, se convirtió en una revolución social, encabezada por los

campesinos, el Partido y el Ejército Rojo, y que culminó con una victoria militar. También, a través de su elaboración teórica en el «maoísmo», encarnó el énfasis en la importancia primordial de la voluntad colectiva, «subjetiva», en comparación con las condiciones objetivas, y en el papel clave del campesinado *en cuanto* campesino (necesariamente bajo la dirección de un partido proletario). Incluía el reclutamiento entusiasta por parte de Mao de lo que él llamaba elementos *déclassés* (soldados, bandidos, ladrones, etc.) en la lucha revolucionaria. Schram, por ejemplo, señala:

El episodio de Wang y Yuan [una referencia a dos jefes de bandidos a los que Mao se había unido en 1928, en contra de las instrucciones del Comité Central de «proletarizar» a los cuadros del Partido y del Ejército] tiene de hecho amplias implicaciones. Refleja el acento en la voluntad humana, más que en los factores objetivos, que sigue caracterizando la versión del marxismo de Mao. Un poco más tarde, comentando la presencia de un porcentaje extremadamente alto de elementos *déclassés* en su ejército, Mao afirmó que el único remedio pasaba por intensificar la formación política «para efectuar un cambio cualitativo en estos elementos». ¹¹⁶

En el caso cubano, la dirección revolucionaria, que Castro llevó a cabo mediante una combinación magistral de estrategias políticas y militares, es una nueva desviación «latina» del modelo europeo puro de revolución. En este caso, se trataba de una revolución militar, basada en el uso de *focos* guerrilleros itinerantes, que conducía, después de la fase nacionalista, a una revolución social desde «arriba», una estrategia que, como elaboran escritores como Debray, jugó un papel netamente influyente en América Latina, al menos hasta la muerte de Guevara en la selva boliviana. Debray nos recuerda cómo Guevara expuso las condiciones previas de esta estrategia de *foco* en su prefacio a *La guerra de guerrillas*:¹¹⁷

La revolución cubana ha hecho tres aportes fundamentales a la estrategia revolucionaria en América Latina: 1) las fuerzas populares pueden ganar *una guerra* contra el ejército; 2) no es necesario esperar siempre a que se den todas las condiciones para la revolución, el centro insurreccional puede crearlas; y 3) en la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser básicamente el campo.¹¹⁸

¹¹⁶ S. Schram, *Political Leaders of the Twentieth Century: Mao Tse-tung*, Harmondsworth, Penguin, 1966, p. 127.

¹¹⁷ C. Guevara, *Guerrilla Warfare*, Harmondsworth, Penguin, 1969 [ed. org.: *La guerra de guerrillas*, Tafalla, Txalaparta, 1998].

¹¹⁸ Citado en R. Debray, «Castroism: the Long March in Latin America» en R. Debray, *Strategy for Revolution*, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 39; véase también R. Debray, *¿Revolution in the Revolution?*, Harmondsworth, Penguin, 1968 [ed. org.: *Revolution dans la révolution?: Lutte armée et lutte politique en Amérique Latine*, 1967; ed. cast.: *¿Revolución en la revolución?*, Casa de las Américas, 1968].

No hace falta seguir los éxitos y las derrotas de esta estrategia en América Latina, y la reevaluación que ha seguido a su contención, para ver lo distinto que es este escenario de cualquier otro escenario clásico, sobre todo en lo que se refiere a la composición de las clases que participan principalmente en la lucha política y militar.

Sin embargo, son las «revisiones» de Fanon, cuando escribe sobre la lucha argelina y otras luchas africanas, las más adecuadas para nuestras preocupaciones. Fanon hizo especial hincapié en la solución *violenta* (en contraposición a la puramente militar) de la cuestión de la opresión colonial, en tanto la práctica de la violencia une a los colonizados «como un todo», así como individualmente libera «al nativo de su complejo de inferioridad y de su desesperación e inacción; lo hace intrépido y le devuelve el respeto por sí mismo».¹¹⁹ Worsley ha hecho la importante observación de que Fanon no es un apóstol de la violencia expresiva no organizada, sino de la violencia «como práctica social».¹²⁰ Más relevante para nosotros, Fanon consideraba que las clases sociales clave en la lucha colonial eran el campesinado —«la única fuerza revolucionaria espontánea del país»— y el *lumpenproletariado*, «una de las fuerzas más espontáneas y más radicalmente revolucionarias del pueblo colonizado»:

En el seno de esta masa humana, de esta población de chabolas, en el núcleo del *lumpenproletariado*, es donde la rebelión encontrará su punta de lanza urbana. Porque el *lumpenproletariado*, esa horda de hombres hambrientos, desarraigados de su tribu y de su clan, constituye una de las fuerzas más espontáneas y más radicalmente revolucionarias de un pueblo colonizado. El *lumpenproletariado*, una vez constituido, lleva a todas las fuerzas a poner en peligro la «seguridad» de la ciudad, y es el signo de la decadencia irrevocable, de la gangrena siempre presente en el corazón de la dominación colonial. Así, los chulos, los gamberros, los parados y los pequeños delincuentes, empujados desde atrás, se lanzan a la lucha por la liberación como robustos obreros.¹²¹

Es importante recordar que Fanon también consideraba crucial el papel de los nacionalistas revolucionarios —los «ilegalistas»— que, en desafío a los partidos nacionalistas reformistas, se retiran al campo, se identifican con el campesinado, aprenden de este y llegan a constituir el estrato de vanguardia en la coalición revolucionaria, una «potente fuerza política».¹²² También reconoció que el levantamiento campesino espontáneo, por sí mismo, no podía ganar una guerra revolucionaria. Y reconoció igualmente que el «opresor [...]» será extremadamente hábil en utilizar esa ignorancia

¹¹⁹ Fanon, *The Wretched of the Earth...*, p. 73.

¹²⁰ Worsley, «Fanon and the “lumpenproletariat”...».

¹²¹ Fanon, *The Wretched of the Earth...*, pp. 103-104.

¹²² I. L. Gendzier, *Franz Fanon: A Critical Study*, Londres, Wildwood House, 1973, p. 207.

e incomprendión [...] del *lumpenproletariado*.¹²³ Había que «instarles por detrás», decía. Sin embargo, creía que el *lumpenproletariado* —que es sin duda una categoría muy amplia y bastante mal definida en el análisis de Fanon— es capaz de desempeñar un papel político tanto revolucionario como reaccionario. Sus escritos intentaban claramente generalizar a partir de la experiencia argelina, en la que «decenas de miles de la volátil parte inferior de la población de los barrios bajos de la ciudad pasaron de ser una masa anárquica, desesperada y despolitizada a una reserva para la revolución».¹²⁴

La tesis de Fanon ha sido sustancialmente criticada en los años posteriores a su muerte. Worsley, por ejemplo, parece estar en lo cierto al juzgar que la evaluación de Cabral, más sobria, sobre el papel del *lumpenproletariado* y de los *déclassés* en general, ha sido históricamente más precisa que la de Fanon. Es la versión de Cabral, más que la de Fanon, la que parece más sensible a los factores sociales y culturales específicos que contribuyen a determinar el papel político de los diferentes estratos de clase en las condiciones específicas de Guinea: «Lima no es Bissau y Bissau no es Calcuta». Sin embargo, Worsley argumenta también que lo que estos casos revelan es que una forma particular de conciencia, modo de lucha y posición en el espectro revolucionario no puede *atribuirse permanentemente* a ningún sector: «Se han dicho cosas similares a lo largo de la historia sobre las mujeres, los negros, el proletariado, los pueblos coloniales, etc.». Aunque las formas de conciencia del *lumpenproletariado* tenderán a ser, en el mejor de los casos, corporativas o «comunales», Worsley nos recuerda que la vida en los barrios marginales es, de hecho, una forma de existencia altamente organizada y estructurada, y no la «desorganización social total» que a menudo se ha achacado a quienes viven dentro de las «culturas de la pobreza». Estos *pueden* ser captados para un modo de lucha diferente siempre que las condiciones, la organización y el liderazgo intervengan en sus modos materiales de existencia para romper las cadenas de inacción existentes y para desarrollar entre ellos la base de una auténtica lucha política. Otros, que a menudo trabajan a partir de una base diferente, se han mostrado más escépticos sobre el potencial de acción colectiva de las clases marginales.¹²⁵

Sin embargo, Worsley también observa que los argumentos de Fanon han encontrado su mayor resonancia en lugares muy diferentes a su Argelia natal, especialmente «en el resurgimiento de la acción directa en París y Berlín pero, sobre todo, en los guetos negros de Estados Unidos, donde

¹²³ Fanon, *The Wretched of the Earth...*, p. 109.

¹²⁴ Worsley, «Fanon and the “lumpenproletariat”...», p. 40.

¹²⁵ Véase, por ejemplo, R. Cohen y D. Michael, «Revolutionary Potential of the African Lumpenproletariat: A Sceptical View», *Bulletin of the Institute of Development Studies*, núm. 5(2-3), octubre de 1973.

sus libros se han vendido por miles». La «adopción» de una perspectiva fanonista entre la juventud revolucionaria blanca no nos concierne directamente. El terrorismo y la violencia como armas revolucionarias, así como el papel clave del *lumpenproletariado*, forman líneas centrales dentro de ciertas tradiciones históricas del anarquismo, que salieron a la luz en las décadas de 1960 y 1970 cuando los partidos comunistas de Occidente fueron superados por los grupos revolucionarios y extraparlamentarios de la extrema izquierda. También se derivó de la identificación ideológica, especialmente por parte de los movimientos estudiantiles, con las luchas revolucionarias del Tercer Mundo. Sin embargo la adopción y adaptación del fanonismo dentro del movimiento *negro* en Estados Unidos nos concierne de manera más directa: primero, por su impacto en el desarrollo de la conciencia de los negros en todas partes, incluida Gran Bretaña; segundo, porque apunta a que un análisis político, iniciado en términos de la sociedad y las luchas coloniales, es adaptable o transferible a las condiciones de las minorías negras en condiciones capitalistas urbanas desarrolladas. Durante la marea alta del movimiento negro en Estados Unidos, siempre hubo una serie de retóricas e ideologías que competían por la hegemonía entre los negros; pero, a pesar de esta competencia, el cambio decisivo fue el paso de la perspectiva reformista e integracionista de la fase de los derechos civiles a la fase revolucionaria y separatista identificada con el Black Power, los nacionalistas culturales afroamericanos, los musulmanes y (aunque no eran «separatistas» de la misma manera) los Black Panthers. Si intentamos reconstruir los elementos ideológicos clave comunes a muchas de estas diferentes tendencias dentro del movimiento negro, podemos descubrir cómo se intentó la transposición de las circunstancias africanas a las estadounidenses: cómo el *lumpenproletariado* de Cleaver se injertó en el de Fanon.

La identificación con África significó, para el movimiento negro americano, el redescubrimiento de una identidad histórica y cultural común, negra y africana. Al mismo tiempo, generó un redescubrimiento del subdesarrollo, de la opresión y de la sobreexplotación. Entre la población negra de Estados Unidos, todo esto se descubrió de forma más evidente en los guetos negros de las ciudades estadounidenses, que dejaron de ser considerados, de forma estática, como «enclaves de desorganización social carentes de recursos» y pasaron a ser reconstruidos como *colonias internas*. La integración en el sistema económico y social blanco a través de la ampliación de la igualdad de oportunidades pasó a ser menos relevante desde el punto de vista de la experiencia en comparación con la lucha por la liberación de la «colonia» negra de la «metrópolis» imperial. Como señala Worsley, estas colonias internas se concebían de hecho como partes del Tercer Mundo *dentro* del «Primer Mundo», por lo que el término «Tercer Mundo» pasó a significar

un conjunto de relaciones de explotación económicas, sociales y culturales características, más que un conjunto de espacios geográficos. Otras luchas —por ejemplo, la guerra de Vietnam— pueden haber sido más significativas en el desarrollo de una estrategia destinada a «llevar la guerra de liberación a casa». Pero Fanon fue fundamental por su análisis de la «mentalidad colonial» entre los negros, su idoneidad para entender la cultura del gueto y su tesis de la posibilidad de la transformación de esta mentalidad a medida que la lucha se ampliaba, desde el objetivo limitado de los «derechos» hasta el objetivo revolucionario más amplio de la «liberación».

En términos económicos, la población negra estadounidense es una clase distinta y superexplotada dentro de la clase trabajadora más amplia (blanca). En todo momento, se recluta entre los peldaños más bajos de la escala ocupacional y una gran mayoría queda permanentemente marginada, subempleada o desempleada. Por lo tanto, la política negra nunca ha podido funcionar exclusivamente con la vanguardia industrial avanzada, ni desarrollarse exclusivamente en torno al punto de producción. Se ha visto obligada a adoptar un enfoque más «populista» hacia su electorado y a trabajar desde una base *comunitaria*. Aquí, partir del gueto y de la importancia de la politización de los desempleados se convirtieron en factores políticos clave. Las Panteras Negras, por ejemplo, sobre la base de un programa amplio y no sectario, salieron a reclutar a los desempleados para la lucha, en principio no por una identificación romántica con la vida de «trapicheo» de la colonia, sino porque esta era la condición y la experiencia representativa de su público potencial. Lo abordaron con plena conciencia de las dificultades que entrañaba aportar un grado de disciplina y organización política a este estrato de clase típicamente desorganizado. La opresión racial era *la* mediación específica a través de la cual esta clase experimentaba sus condiciones de vida materiales y culturales y, por lo tanto, la raza constituía el modo central a través del cual podía construirse la autoconciencia del estrato de clase. No se puede negar la importancia de la raza como rasgo estructurador de la vida de todo este sector. De hecho, los importantes logros conseguidos para algunos negros durante el periodo del Poverty Programme y el fracaso de dichas reformas a la hora de socavar la pobreza estructural de los trabajadores negros, han contribuido positivamente al reconocimiento de la centralidad de la raza como componente clave de su opresión.

Pero el hecho de que las Panteras Negras se dedicaran a la politización del gueto implicaba inevitablemente que también encontraran una estrategia, una identidad cultural positiva y un papel político para la principal actividad económica del gueto: trapichear. El buscavidas era el producto de la combinación de racismo y desempleo. Pero también proporcionaba uno de los pocos modelos positivos para los jóvenes negros del barrio: uno de los pocos

que no se acobardaba por la opresión, que no estaba atado a la rutina diaria de la pobreza con salarios bajos. No todos los habitantes del gueto eran buscavidas. Pero la imagen del buscavidas estaba *sancionada* positivamente, y esto es de una importancia crucial (lo que diferenciaba a los «bandidos sociales» de Hobsbawm de los delincuentes tradicionales era su lugar «sancionado» en la comunidad).¹²⁶ En la transformación de la política negra que intentaron Huey Newton, Bobby Seale y el resto de los dirigentes de las Panteras Negras, lo que se planteó fue una forma de política revolucionaria negra alternativa a los mundos del trabajo mal pagado, del trapicheo, de la política de clase media de los «derechos civiles» y del separatismo del nacionalismo cultural. Esto significaba reclutar a los negros que seguían apagados a una u otra de estas estrategias de supervivencia. Pero la solución que adoptaron las Panteras Negras no se basaba en el mundo del padre negro ni del trabajador negro, sino en el mundo de su *hermano* recién concienciado. Y si la alternativa política de la potencia sancionada del «hermano», que también era invariablemente un buscavidas, era asumir el mando, tenía que ser en una «política lumpen». El Panthers Party no fue el único que adoptó esta perspectiva, pero fue quien la llevó más lejos, cosechando importantes éxitos. Los casos más conocidos —la conversión de Malcolm X, Eldridge Cleaver y George Jackson— fueron solo los más conocidos de otros innumerables ejemplos. Una política lumpen significaba, en primer lugar, desarrollar una resistencia dentro del espacio defensivo del gueto contra los rasgos más inmediatos de la opresión. Y esto condujo directamente a la guerra abierta entre los activistas negros y la policía. El papel tradicional ejercido dentro del gueto de vigilar «la colonia» se politizó en el proceso. Esto, junto con los ejemplos extraídos de otras luchas revolucionarias, contribuyó a la estrategia complementaria de «autodefensa armada». Concretamente, entre las Panteras Negras, no se trataba de una simple adopción arriesgada de la violencia espontánea. Era la medida de autodefensa que requería la severa represión de la policía sobre la comunidad negra. Fue también una *labor ejemplar*: demostrar a la comunidad que, si ejercía su poder, se mantenía en sus derechos y se preparaba para defenderse «por todos los medios necesarios», se podían mantener a raya las formas más inmediatas de opresión. De este modo, una comunidad impotente, educada en la mentalidad de la subordinación colonial, podría transformarse en una fuerza social organizada, autoconsciente y activa. La segunda estrategia fue el intento de basar sus actividades en la autoayuda comunitaria. De nuevo, esto tenía dos aspectos: establecer los rudimentos de una infraestructura social alternativa dentro de la comunidad; pero también, dar a la comunidad un sentido de su propia capacidad para organizar, controlar y desarrollar sus auténticas formas de autogestión. Lo que hay que destacar aquí es la forma en que las estrategias de grupos como las Panteras

¹²⁶ Véase Hobsbawm, *Bandits...*

Negras fueron diseñadas, al mismo tiempo, para *arraigar* en las condiciones de vida de la mayoría de la gente en la colonia del gueto y para *transformar* esas condiciones a través de una práctica política consciente. Es importante tener en cuenta ambos aspectos, ya que en los últimos años la perspectiva ha llegado a equiparse con una afirmación simple y espontánea de cualquier cosa que la gente del gueto decida hacer frente a su opresión. Las Panteras Negras nunca creyeron ni argumentaron que todas las estrategias de supervivencia de las masas negras pudieran convertirse en políticas sin un proceso activo de transformación política.¹²⁷

La vertiente de la «lucha armada» del movimiento negro ha tendido a acaparar una mayor atención en los últimos años, en comparación con su política más compleja, en parte porque, desde que, en los enfrentamientos con la policía, las Panteras Negras y otros movimientos negros han sido diezmados y destruidos, el terrorismo urbano y la guerra de guerrillas han sido adoptados más ampliamente como modos de lucha en el mundo occidental desarrollado. No obstante, a la hora de evaluar el impacto de las Panteras Negras en la población negra de otras partes del mundo desarrollado, esta fusión de dos tendencias más bien distintas dificulta más que ayuda a nuestra comprensión. Seale, Newton y Cleaver eran, por supuesto, perfectamente conscientes de que se alejaban de cualquiera de las recetas clásicas de la lucha revolucionaria. Esto queda claro en los escritos de Cleaver, donde la adscripción a la etiqueta «lumpenproletariado» es positivamente bienvenida; o en Seale, que una vez comentó que «Marx y Lenin probablemente se revolverían en sus tumbas si pudieran ver a los afroamericanos lumpenproletarios elaborando la ideología del Black Panther Party». ¹²⁸ También eran conscientes de los complicados hilos e influencias culturales que intentaban entrelazar en este programa para una política negra en el corazón del capitalismo industrial. Seale señala que:

Cuando mi mujer Artie tuvo un niño, le dije: «El negro se llama Malik Nkrumah Stagolee Seale». Porque Stagolee era un negro malo de la cuadra y no aceptaba mierda de nadie. Todo lo que tenías que hacer era organizarlo, como Malcolm X, hacerlo políticamente consciente. [...] «El negro que sale de la cárcel sabe», solía decir Huey. El negro que sale de la cárcel ha visto al hombre desnudo y frío, y el negro que sale de la cárcel, si se compone, saldrá como salió Malcolm X de la cárcel. No tienes que preocuparte por él. Se irá contigo». Eso es lo que Huey relató, y yo dije: «Malik por Malcolm [el nombre musulmán de Malcolm era El Hajj Malik Shabazz] Nkrumah Stagolee Seale».¹²⁹

¹²⁷ Véase Seale, *Seize the Time...*; y H. P. Newton, *Revolutionary Suicide*, Nueva York, Ballantine Books, 1974.

¹²⁸ B. Seale, «Foreword», en *Seize the Time...*

¹²⁹ Ibídem, p. 4.

De Harlem a Handsworth: traer todo de vuelta a casa

En este capítulo hemos intentado explorar el contenido social del «atraco» y plantear así algunas preguntas sobre su «política» en relación con la lucha negra. Nuestro objetivo no ha sido dar respuestas definitivas, sino examinar lo que nos parecen los elementos que componen una explicación y, por lo tanto, la base de un juicio político. Aquí solo queremos retomar, de forma resumida, el camino que ha seguido el argumento.

Los actos delictivos denominados «atracos» y las pautas de delincuencia negra a las que se han asimilado los «atracos» constituyen únicamente el punto de partida de este análisis. Insistimos en la necesidad de ir *detrás* de los actos delictivos para ver las condiciones que producen la delincuencia negra como uno de sus efectos. Examinamos brevemente las estructuras que impactan directamente sobre el grupo social más afectado por este patrón de delincuencia: la juventud negra. La juventud negra, tal y como argumentamos, solo puede entenderse adecuadamente como una fracción de clase: una fracción definida por la edad y la generación, pero también por su *posición* en la historia de la migración negra de posguerra, de la constitución de una clase obrera negra metropolitana. A continuación, examinamos las estructuras que producen y reproducen esta clase en tanto clase de trabajadores asalariados negros; a los cuales se les asignan, a través de mecanismos específicos, posiciones concretas dentro de las relaciones sociales y económicas de la sociedad capitalista metropolitana contemporánea. Las definimos, no como un conjunto de instituciones discretas que presentan características «racialmente discriminatorias», sino como un conjunto de estructuras entrelazadas que *operan a través de la raza*. La posición de los jóvenes negros, definida en términos de la reproducción de las relaciones de clase a través del sistema educativo, del mercado de la vivienda, de la estructura ocupacional y de la división del trabajo, en absoluto puede analizarse adecuadamente fuera del marco del racismo.

El racismo no se reduce simplemente a las actitudes discriminatorias del personal con el que los negros entran en contacto. El racismo es el mecanismo específico que «reproduce» la mano de obra negra, de una generación a otra, en lugares y posiciones que son específicos de la raza. El resultado de este complejo proceso es que los negros se adscriben a una posición dentro de las relaciones de clase del capitalismo contemporáneo que, al mismo tiempo, coincide de forma aproximada con la posición de la clase trabajadora blanca (de la que la mano de obra negra es una fracción) y, sin embargo, está segmentada de forma diferenciada respecto de la misma. En estos términos, las relaciones étnicas están continuamente sobredeterminadas por las relaciones de clase, si bien a ambas no pueden mezclarse en una única estructura. La posición que resulta de esta

combinación de raza y clase la hemos llamado posición de *subalternidad*. En la actual coyuntura de crisis, definida en los dos capítulos anteriores, la posición de la clase obrera se ve por lo general bajo presión. A menos que la sociedad pueda transformarse radicalmente, esa posición seguirá deteriorándose en cada una de sus dimensiones cruciales. Económicamente, la clase está sometida a un desempleo creciente, al mismo tiempo que está llamada a soportar los costes de la crisis y de las formas específicas de su resolución. Políticamente, las posiciones conquistadas en un periodo anterior por un proceso de reforma desigual se van erosionando y revirtiendo drásticamente. Ideológicamente, las posiciones más avanzadas de la clase obrera y de sus organizaciones representativas se ven sometidas, en la crisis de hegemonía, a una sistemática embestida ideológica destinada a transformar el terreno ideológico en un «consenso autoritario» favorable a la imposición de soluciones drásticas y políticas reaccionarias. La posición del trabajo negro, subordinado por los procesos del capital, se está deteriorando y se deteriorará más rápidamente, según su propia lógica específica. La delincuencia es una consecuencia perfectamente predecible y bastante comprensible de este proceso, una consecuencia del funcionamiento de las estructuras tan cierta como que la noche sigue al día, aunque sea de forma «involuntaria». Hasta aquí, no hay problemas a nivel explicativo o teórico. Existen, por supuesto, los problemas más masivos y cruciales de la estrategia y la lucha: el «llamado aumento de la tasa de criminalidad negra», que presenta un problema de contención y control para el sistema, y al mismo tiempo presenta también un problema para los negros. Es la cuestión de cómo evitar que un sector considerable de la clase sea *criminalizado* de forma más o menos permanente.

Aquí, sin embargo, comienzan los problemas, ya que, al igual que las estructuras que reproducen al trabajador negro, hombre y mujer, como subproletariado, operan a través de la raza, también las formas de resistencia y de lucha que han comenzado a revelarse como respuesta, tienden también —natural y correctamente— a cristalizar *en relación con la raza*. A través del funcionamiento del racismo, los negros empiezan a comprender cómo funciona el sistema. A través de un tipo específico de «conciencia negra» están empezando a apropiarse, o a «tomar conciencia» de su posición de clase, a organizarse contra ella y a «luchar». Si la raza es el conductor del trabajo negro hacia el sistema, también es el circuito reversible por el que empiezan a moverse las formas de la lucha de clases y los modos de resistencia. La delincuencia negra, incluido el «atraco», tiene además una relación compleja y *ambigua* con estas formas de resistencia de clase y de «conciencia de resistencia». Examinando la historia de la formación de la «colonia» negra —en sí misma una estrategia defensiva en reacción a fases anteriores de la «subalternidad»— hemos intentado mostrar el complejo

proceso por el que el delito, el semidelito, el trapicheo y el robo se convirtieron en modos de supervivencia apropiados para la comunidad negra, y, por lo tanto, cómo se formó el terreno y las redes, al tiempo que se establecieron ciertas tradiciones culturales, por medio de las cuales lo que a quienes están fuera de la «colonia» les parece como la vida criminal de una minoría se convirtió, si no en una fusión, sí en algo inextricablemente ligado a la supervivencia de la población negra en su conjunto. Queda perfectamente claro que la *delincuencia*, como tal, no contiene ninguna solución al problema al que se enfrenta el trabajador negro. Hay muchos tipos de delitos que, aunque surgen de la explotación social y económica, no representan, en última instancia, más que una adaptación simbiótica a la pobreza. El delito, como tal, no es un acto político, especialmente cuando la mayoría de las víctimas son personas cuya posición de clase es apenas distingible de la de los criminales. Ni siquiera es necesariamente un acto «cuasi-político». Pero, en ciertas circunstancias, *puede* proporcionar una expresión, o llegar a ser definido como expresión de algunas facetas de una conciencia de clase antagonista. Sin necesidad de aclamar la delincuencia como resolución del problema de la subalternidad de la clase obrera negra, basta con reflexionar un momento para ver cómo los actos de robo, carterismo, hurto y atraco con violencia, por parte de un sector desesperado de la juventud negra desempleada, practicados contra víctimas blancas, pueden dar una expresión amortiguada y desplazada a la experiencia de la exclusión permanente. Es esencial, aquí, no reducir el contenido político de lo que se expresa a las formas «criminales» en las que a veces aparece.

Las cuestiones de la delincuencia y de la juventud negra, por lo tanto, nos llevan una y otra vez a analizar el conjunto de la clase negra —el subproletariado negro— de la cual quienes están, temporal o permanentemente, involucrados en la delincuencia constituyen una fracción criminalizada. ¿Cómo entender la posición de esta clase obrera negra? ¿Cómo relacionar la cuestión de la delincuencia con sus formas de lucha?

Nos topamos aquí con una poderosa interpretación. La conexión, se dice, radica, no en el hecho del «delito», sino en la posición de no asalariado. Lo que el delito oculta, al mismo tiempo que «expresa», es la creciente condición no asalariada del proletariado negro. Hay, no obstante, dos formas de entender esa condición de «no asalariado», así como las formas de organización política y de conciencia ideológica que surgen o podrían surgir de su base. Una interpretación ve ya en el carácter «no asalariado» la presencia principal de una conciencia quasi-política: la conciencia del nuevo obrero masa —a menudo un trabajador migrante— expresada en el creciente «rechazo al trabajo». Quienes «se niegan a trabajar» deben seguir sobreviviendo y la delincuencia es sin duda uno de los pocos modos

de supervivencia que les quedan a los «sin salario». Pero esto es incidental al rechazo positivo de la «subalternidad» representada en el rechazo de una de las principales estructuras definitorias del sistema, sus relaciones productivas, que han asignado sistemáticamente al trabajador negro a las filas del trabajador no cualificado. Hay importantes pruebas de un creciente resentimiento por parte de los negros ante las limitadas oportunidades de trabajo que el sistema capitalista ofrece al trabajador negro. También está claro que esto ha coincidido con una creciente voluntad de resistir, luchar y oponerse a las formas de opresión racista que inevitablemente aparecen. Esta interpretación tiene así la potencia de ayudarnos a «dar sentido» a la base material de las transformaciones desiguales de la conciencia en curso en las comunidades negras. Es decir, ayuda a dar sentido a los desarrollos a nivel ideológico y político. Pero, a medida que la recesión se profundiza, se hace evidente que los negros que, en mayor número, «rechazan el trabajo» están haciendo de la necesidad virtud; apenas queda trabajo para los jóvenes negros que abandonan la escuela. Si es grande el sector que acaba de encontrar la manera de sobrevivir a través de la vida de la calle, *mayor* es el número de negros que aceptarían un trabajo si se les ofreciera. Por lo tanto, el argumento del «no salario» parece más débil cuando se trata de entender el nivel económico en el que se desarrolla ahora la reproducción de la clase. Hay una apropiación de una forma limitada de lucha económica como si se tratara de una completa confrontación económica, política e ideológica con el capital. Sin duda, cuando se insiste en que el trabajo negro es el producto de *dos* historias que se entrecruzan, no de una, se añade algo de vital importancia a este argumento. Junto a la subsunción directa del trabajo negro migrante en la metrópoli, hay que situar la historia de la subsunción ampliada del proletariado negro colonial al capital a escala mundial a través del imperialismo. Esto da cuenta de ciertos rasgos específicos esenciales de la clase obrera negra en Gran Bretaña; pero no explica adecuadamente cuáles son los mecanismos, en la situación actual, en la coyuntura actual, que rigen su reproducción social, especialmente en el plano de las relaciones económicas.

A este nivel, la explicación alternativa parece tener una mayor potencia explicativa. Esta entiende la inserción racialmente segmentada de la mano de obra negra en las relaciones productivas del capitalismo metropolitano y, por lo tanto, su posición como subproletariado de la clase obrera blanca, como la característica central y más importante en relación a cómo el capital explota hoy la fuerza de trabajo negra. Esta posición estructural explica tanto la relación estructurada con el capital como la relación internamente contradictoria con otros sectores del proletariado. Por lo tanto, es capaz de dar cuenta de la creciente condición de «no asalariado» en términos de los mecanismos clásicos de la acumulación de capital y sus ciclos: la

constitución del «ejército industrial de reserva». Las luchas de los trabajadores negros, ya sea en el sector industrial o fuera de él, por parte de la clase que sigue siendo asalariada o por los «no asalariados», tienen un significado político e ideológico fundamental en términos de la creciente cohesión, militancia y capacidad de lucha de esta clase. Pero, desde esta posición, son menos significativas en el plano económico: siguen teniendo un carácter claramente «corporativo», se lucha dentro de la «lógica del capital», y no contra ella. Surgen así las cuestiones sobre el papel del trabajo negro en el ejército laboral de reserva: la dependencia del capital en su formación; el papel específico que el «trabajo migrante» —ya sea negro, del sur de Europa, norteafricano o latinoamericano— juega ahora en el capitalismo avanzado en todas partes; y las cuestiones relativas a la posición de aquellos que, en este punto del ciclo, están siendo rápidamente expulsados del trabajo productivo, marginados. Al examinar esta cuestión desde distintos puntos de vista, pudimos demostrar que el capital *necesita* explotar no solo a quienes permanecen en el trabajo productivo, sino a quienes son expulsados de la producción, empobrecidos fuera del trabajo, o asignados a una posición de «marginalidad» más o menos permanente, o que, cuando se les recluta de nuevo en el ciclo productivo irregular del capital, esto se hace a través del funcionamiento de los mercados de trabajo secundarios.

Ahora bien, hay algunas maneras de entender la posición de toda una fracción de clase que parece sistemáticamente vulnerable a estos mecanismos —como lo son ahora los trabajadores migrantes en todas partes, en el periodo de recesión capitalista—. Una de ellas es en los términos del *lumpenproletariado* tradicional. Lo que hace sostenible esta asignación es su creciente dependencia de la delincuencia y de la vida peligrosa de la calle como su principal modo de supervivencia. No obstante, se puede demostrar claramente que no es en absoluto, en ningún sentido clásico o útil, un *lumpenproletariado*. No tiene la posición, la conciencia ni el papel del lumpen en relación con el capital. Puede que se parezca más al *lumpenproletariado* de las zonas coloniales del interior subdesarrolladas por el capitalismo. Pero esto tampoco es un *lumpenproletariado* tradicional en ningún sentido significativo y llamarlo así es pasar por alto algunos de los mecanismos fundamentales del capital en el mundo colonial y poscolonial. El crecimiento, el tamaño y la posición de la «mano de obra marginal» en esas zonas no es el destino de una pequeña fracción que se hunde intermitentemente, sino una condición común, necesaria y en rápida expansión. En la ciudad colonial, esta capa se corresponde exactamente con el estrato *latente* del ejército de reserva de Marx: los expulsados del trabajo agrícola por las fluctuaciones desiguales del capital. El hecho de que tanto este sector como el *lumpenproletariado* tradicional tiendan a vivir en parte de la

delincuencia no es ni mucho menos una forma de identificar lo que *es* este estrato en relación con el capital.

El problema de este tipo de análisis más «clásico» es que es el anverso del primer argumento. Tiene un poder explicativo considerable en el nivel de las relaciones económicas productivas, o de las «improductivas». Pero no explica suficientemente las cosas a nivel político, cultural e ideológico. El sector «no asalariado» de la mano de obra negra en Gran Bretaña puede ser un estrato flotante o estancado del «ejército de reserva», pero no muestra las formas de conciencia política tradicionales de este estrato. Fue en este punto donde nos vimos obligados, una vez más, a reorientar el argumento. Examinando a quienes hemos llamado los «parias de la tierra» y su historia contemporánea de lucha política, intentamos devolver al cuadro, ahora aclarado y hasta cierto punto «corregido» en el plano económico, una historia contingente que podría ayudar a explicar algunos acontecimientos recientes entre los negros de Gran Bretaña. Esto no representa una «respuesta» a los problemas planteados, aunque aporte algo significativo a su resolución, ya que se trata, en el mejor de los casos, de una historia ambigua. Sus mayores y más profundos éxitos se han logrado lejos del corazón metropolitano del capitalismo. Cuanto más esta respuesta se produce cerca del centro de las formas más avanzadas de desarrollo capitalista, menos ganancia política exhibe. Las transformaciones de África, China y Cuba son una cosa: pero, por muy heroica que haya sido la lucha de las masas negras en Estados Unidos, su poder transformador ha resultado, hasta ahora, severamente limitado. Si esto explica de alguna manera lo que está ocurriendo entre los jóvenes negros militantes en la metrópolis, ciertamente no ofrece ninguna posibilidad de éxito inmediato. Y parte de su debilidad aquí, incluso en comparación con el caso de Estados Unidos, puede medirse con precisión por su fracaso general, hasta al momento, a la hora de transformar la conciencia «criminal» en una conciencia política.

Sin exagerar la posición, nos encontramos, pues, ante un problema difícil, con efectos pertinentes a la hora de desarrollar una práctica y una estrategia políticas teóricamente informadas. Se trata del problema de las discontinuidades, las discrepancias, las divergencias, las no correspondencias, entre los diferentes niveles de la formación social en relación con la clase obrera negra: entre los niveles económico, político e ideológico. Esta cuestión está siendo ampliamente debatida en estos momentos, si bien no es nuestra intención profundizar aquí en estas cuestiones teóricas. Más bien queremos señalar, si acaso, las consecuencias prácticas, estratégicas y políticas de este debate. Para decirlo directamente: los problemas a los que nos enfrentamos ahora son los de desarrollar formas de lucha política entre los negros *adecuadas* a las estructuras de cuyas contradicciones son portadores. Este nudo político no puede desatarse aquí. De hecho, este no es el

libro para ello y no podemos presumir de ofrecer soluciones rápidas a estos problemas de estrategia y lucha. Nos hemos abstenido deliberadamente de entrar directamente en esta cuestión, porque es un asunto que creemos que debe resolverse en la lucha, más que sobre el papel. Esperamos, sin embargo, que nuestra argumentación haya servido para poner de relieve ciertos aspectos y aclarar el terreno en el que se pueden buscar respuestas.

Hay, sin embargo, una dimensión en la que podemos empezar a repensar las cuestiones planteadas en esta sección. Nuestros lectores recordarán nuestra insistencia en un punto inicial del capítulo sobre la posición estratégica y estructural de *la raza*. Las estructuras a través de las cuales se reproduce el trabajo negro, argumentamos, no solo están coloreadas por la raza; funcionan por medio de la raza. Podemos pensar que las relaciones de producción del capitalismo articulan las clases de distintas maneras en cada uno de los niveles o instancias de la formación social: económico, político, ideológico. Estos niveles son los «efectos» de las estructuras de un modo de producción capitalista. La «autonomía relativa» de los niveles —la falta de una correspondencia necesaria entre ellos— ya se discutió anteriormente. Cada «nivel» de la formación social requiere sus «medios de representación» independientes, los medios por los que el modo de producción capitalista estructurado en clases «aparece» en el nivel de la lucha de clases económica, la lucha política, la lucha ideológica. La raza es intrínseca a la forma en la que las clases trabajadoras negras *se constituyen* en cada uno de esos niveles de forma compleja. La raza interviene en la manera en que la mano de obra negra, masculina y femenina, se distribuye como agente económico en el nivel de la práctica económica, y en las luchas de clase que resultan de ello; en la forma en la que las fracciones de la clase trabajadora negra se constituyen como un conjunto de fuerzas políticas en el «teatro de la política», y en la lucha política que resulta de ello; y en la forma en la que esa clase se articula como los «sujetos» colectivos e individuales de las ideologías y formas de conciencia emergentes, y en la lucha por la ideología, la cultura y la conciencia que resulta de ello. Esto confiere a la cuestión de la raza y *el racismo* una centralidad tanto teórica como práctica en todas las relaciones y prácticas que afectan al trabajo negro. La constitución de esta fracción de clase como clase, y de las *relaciones de clase* que la inscriben, funcionan como *relaciones de raza*. Ambas son inseparables. La raza es la modalidad en la que se vive la clase. También es el medio en el que se experimentan las relaciones de clase. Esto no cura inmediatamente ninguna brecha ni salva ningún abismo. Pero tiene consecuencias para *toda la clase*, cuya relación con sus condiciones de existencia se ve ahora sistemáticamente transformada por la raza. Determina algunos de los modos de lucha. También proporciona uno de los criterios para medir la *adecuación* de la lucha a las estructuras que pretende transformar.

Esto tiene consecuencias, en primer lugar, sobre cómo pensamos y nos organizamos para impugnar las divisiones internas dentro de la clase obrera que actualmente se articulan «a lo largo de líneas raciales». No son meras imposiciones desde arriba. Si sirven al capital, no son uno de sus mejores trucos. Si se elaboran y se transforman en ideologías prácticas, dentro del «sentido común» de la clase obrera blanca, no es porque esta última sea presa fácil de racistas individuales o de organizaciones racistas. Quienes tratan de articular la conciencia de la clase obrera en la sintaxis de una ideología racista son, por supuesto, agentes clave en la lucha a nivel ideológico: tienen efectos pertinentes. Pero tienen éxito en la medida en que lo tienen porque operan sobre relaciones reales, trabajando con efectos reales de la estructura, no porque sean hábiles para conjurar a los demonios. Así pues, el racismo no es solo un problema para los negros que se ven obligados a «sufrirlo». Tampoco es un problema solo para los sectores de la clase obrera blanca o para las organizaciones de clase que se ven infectados por su mancha. Ni tampoco puede ser superado, como un virus que pueda ser tratado con una fuerte dosis de inoculación progresista. El capital reproduce la clase en su conjunto, estructurada por la raza. Domina a la clase dividida, en parte, a través de esas divisiones internas que tienen en el «racismo» uno de sus efectos. Contiene e inhabilita a las organizaciones representativas de la clase confinándolas, en parte, a estrategias y luchas propias de la raza, que no superan sus límites, sus barreras. A través de la raza, sigue derrotando los intentos de construir, a nivel político, organizaciones que representen adecuadamente a la clase en su conjunto, es decir, que la representen *contra el capitalismo, contra el racismo*.

Las luchas fraccionales que siguen apareciendo son las estrategias defensivas *necesarias* de una clase dividida contra sí misma, frente al capital. Por lo tanto, son también el lugar donde el capital sigue dominándola. La clase obrera blanca y sus organizaciones económicas y políticas (*no tiene* actualmente organizaciones ideológicas que la representen adecuadamente) yerran fundamentalmente respecto de sí mismos y su posición cuando se aplican, por sentimiento de compañerismo o solidaridad fraternal, a la lucha contra el racismo en nombre de «nuestros hermanos negros»; al igual que las organizaciones negras se equivocan en el reconocimiento de la naturaleza de su propia lucha cuando debaten si deben o no formar alianzas tácticas con sus compañeros blancos. Esto *no* debe interpretarse como un llamamiento táctico a la lucha unida, a un frente común: «¡Blancos y negros, uníos y luchad!». Esto se dice afrontando plenamente la imposibilidad de desarrollar la lucha de esta forma *en este momento*. Se dice con plena conciencia de que, en cada momento crítico de la historia de posguerra de la clase en el capitalismo avanzado, la lucha se ha *dividido necesariamente* en sus partes separadas y estratégicas. Pero el análisis tiene una cierta lógica,

que debe llevar hasta su conclusión. Hay que *añadir* que, cada vez que la lucha aparece, de nuevo, de esta forma dividida, el capital penetra y ocupa el hueco. El argumento teórico nos obliga a decir que cada sector de la clase requiere enfrentarse al capital como *clase*, no por solidaridad con los demás, sino *por sí mismo*. De lo contrario, como observó Marx en *El dieciocho de Brumario*:

En la medida en que millones de familias viven en condiciones económicas de existencia que separan su modo de vida, sus intereses y su cultura de los de otras clases y las ponen en oposición hostil a estas últimas, forman una clase. En la medida en que solo existe una interconexión local entre ellas [...] y la identidad de sus intereses no engendra ninguna comunidad, ningún vínculo nacional ni ninguna organización política entre ellas, no forman una clase. En consecuencia, son incapaces de hacer valer sus intereses de clase en su propio nombre.

Esto nos lleva de nuevo a la delincuencia: por ahora podemos ver cómo la delincuencia negra funciona como uno de los vehículos de esta división. Proporciona a la separación de la clase en blanca y negra una base material, ya que, en gran parte de la delincuencia negra (como en gran parte de la delincuencia de la clase trabajadora blanca), una parte de la clase «roba» materialmente a otra. Proporciona a esta separación su figura ideológica, ya que transforma la pobreza de la clase, de la que surge el delito, en la sintaxis demasiado inteligible de la raza, al tiempo que fija un falso enemigo: el atracador negro. De este modo, mantiene la separación política. En el momento en que las organizaciones negras y la comunidad negra defienden a los jóvenes negros contra el acoso al que están siendo sometidos, aparecen en el escenario político como los «defensores de los delincuentes callejeros». Sin embargo, no defender a ese sector de la clase, que está siendo sistemáticamente conducido a la delincuencia, sería abandonarlo a las filas de los que han sido permanentemente criminalizados.

A lo largo de este estudio hemos tratado de seguir la lógica que se desarrolla a partir de un comienzo aparentemente sencillo en el pánico del «atraco». Hemos intentado reconstruir esta lógica de la manera más completa posible. Debe quedar claro que esto no implica aprobar el «atraco» de un modo moral y simple, o recomendarlo positivamente como una estrategia, o identificarse románticamente con él como una «solución desviada». Como expresó el editorial de *Race Today*: «El recurso al atraco en este momento implica que los jóvenes no han comprendido que conseguir dinero por la fuerza o a escondidas de los miembros de la clase obrera blanca socava en sí mismo sus luchas contra la esclavitud del trabajo capitalista. No son los trabajadores blancos los que tienen el dinero». Además, la violencia que a veces se ejerce tiene el efecto de incapacitar y degradar

a quienes la perpetran en el mismo momento en el que «compensa» a los enemigos contra los que se dirige principalmente. Visto así, el «atraco» de los negros puede parecer el mismo conjunto de actos de comportamiento que el «atraco» cometido por otros jóvenes; pero, en su contenido social y en su posición en relación con la problemática de su clase en su conjunto, *no es lo mismo*. El editorial de *Race Today* también añadía: «Estamos abiertamente con los que se niegan a trabajar. Hemos explicado cómo esta acción es una fuente de poder para toda la clase. Nos oponemos rotundamente a los atracos. Consideramos la dedicación al atraco como una manifestación de impotencia, una consecuencia de no tener un salario».¹³⁰ Las dos proposiciones contenidas aquí parecerán contradictorias solo para quienes crean que el «atraco» es una «cuestión moral» simple y sin vuelta de hoja, y que piensen que pueden comprender su significado social leyendo de forma transparente sus apariencias superficiales más inmediatas.

Hemos tenido motivos para dudar si, en sí misma, esta condición es una «fuente de poder para toda la clase», cuando se formula de esa manera. Cuando nos enfrentamos, no a la delincuencia, sino a las condiciones económicas, políticas e ideológicas que la producen, como base de una posible estrategia política, las cuestiones se vuelven necesariamente más complejas. Agrupan las cuestiones más difíciles de la estrategia, el análisis y la práctica. Esperamos que quienes no acepten nuestra forma de hacer este análisis hayan, sin embargo, encontrado útil nuestro estudio. Este ha sido realizado con ese espíritu y dirigido a ese fin. Hemos visto que existen importantes ejemplos históricos en los que precisamente ese estrato de clase se *ha* convertido en la base de una importante lucha política. Pero las condiciones eran algo diferentes de las que prevalecen aquí, aunque solo fuera porque la forma en que la clase en su conjunto ha sido subsumida en el dominio del capital es diferente. Worsley tiene razón al recordarnos que fueron los *paras* franceses, y no Alí-la-Pointe, el héroe *lumpen* de la película de Pontecorvo, quienes ganaron «la batalla de Argel», y que, aunque la lucha nacional tuvo éxito, no fue el *lumpen* quien heredó la tierra argelina. Las Panteras Negras representaron uno de los intentos más serios de organizar políticamente a los negros en el corazón del mundo capitalista; pero han sido diezmadas y destruidas. El hecho es que todavía no existe ninguna política activa, ninguna forma de lucha organizada, ni ninguna estrategia que sea capaz de *intervenir* de forma adecuada y decisiva en la quasi-rebelión de los negros sin salario y que sea capaz de provocar esa *ruptura* en las falsas apropiaciones actuales de la opresión a través del delito, lograr esa transformación crítica de la conciencia criminalizada en algo más sostenido y profundo en un sentido político. Esto *no es*, desde luego, un argumento para dejar de hacer un trabajo político en este ámbito. Pero constituye un poderoso

¹³⁰ «The Police and the Black Wageless», *Race Today*, febrero de 1972.

recordatorio de que no debemos confundir una conciencia protopolítica con la lucha y la práctica de la clase política organizada. Es una advertencia necesaria sobre cualquier estrategia que se base simplemente en favorecer los modos de resistencia actuales, con la esperanza de que, en sí mismos, por evolución natural y no por ruptura y transformación, puedan convertirse, espontáneamente, en otra cosa.

POSTFACIOS

Raza, delincuencia y vigilancia. *Tony Jefferson*

Aunque a menudo se considera solo un libro sobre el pánico moral y la criminalización, *Gobernar la crisis* tiene un capítulo final sobre el delito de atraco. Presento aquí una actualización (necesariamente simplificada) de ambas historias —la de la criminalización y la del delito—, así como de su imbricación.

En 1976, fecha en la que finaliza nuestra historia, las estadísticas de robos (la mayoría de los cuales se consideraban atracos) y el desempleo juvenil aumentaban a la par; la juventud negra y los atracos se habían convertido en sinónimos; la policía inundaba agresivamente las zonas «negras» utilizando los poderes de detención y registro, así como las antiguas leyes «sus», en gran medida contra los jóvenes negros, al tiempo que un envalentonado National Front marchaba específicamente contra los atracos de los negros.

La llegada de Thatcher y del thatcherismo empeoró considerablemente la situación durante la década de 1980. Su programa autoritario, neoliberal y de recorte de gastos produjo feroces conflictos laborales, una desindustrialización generalizada, una desigualdad creciente, desempleo masivo (especialmente entre los jóvenes), un sentimiento antiinmigrante cada vez mayor y disturbios periódicos en los centros urbanos: en Bristol, Brixton, Toxteth, Tottenham, Handsworth y otros lugares. La conclusión de Scarman de que los disturbios de Brixton fueron «esencialmente un estallido de ira y resentimiento de los jóvenes negros contra la policía»¹ fue en general cierta para todos ellos. En Brixton, en 1981, el desencadenante inmediato fue una operación masiva de detención y registro que duró diez días. En Tottenham, en 1985, fue el trato brusco a una mujer negra en una redada antidroga, que precipitó un infarto mortal. La respuesta de la Policía Metropolitana a Scarman fue la publicación de cifras que

¹ Lord Scarman, *The Scarman Report*, Harmondsworth, Penguin, 1982, p. 78.

mostraban que los negros eran los principales responsables de los atracos en Londres, así como introducir la idea de señalar los «lugares simbólicos», es decir, los lugares donde se reúnen los jóvenes desempleados (a menudo negros) (léase: «zonas negras»).

Aunque las antiguas leyes «sus» fueron finalmente derogadas, la *Police and Criminal Evidence Act* [Ley de policía y pruebas penales] de 1984 otorgó a la policía nuevos poderes [a nivel nacional], de detención y registro (S1) que requerían «motivos razonables» para sospechar de un delito. Una nueva *Prevention of Terrorism Act* [Ley de prevención del terrorismo (1989)], destinada a combatir el terrorismo irlandés, podía utilizarse también para registrar a cualquier persona, sin sospecha previa. Ambas se utilizaron cada vez más para detener y registrar a los jóvenes negros (al igual que los poderes del artículo 44 de la ley que la reemplazó, la *Terrorism Act* de 2000). La excusa para este uso excesivo eran las estadísticas de robos, que siguieron aumentando: a una media del 11 % anual entre 1980 y 1989.²

Las políticas neoliberales sobrevivieron a Thatcher, al igual que los disturbios, que se extendieron en forma de disturbios abiertamente políticos contra la Poll Tax en Londres, las zonas pobres y blancas de Cardiff, Oxford y Tyneside en 1991,³ y luego a las zonas asiáticas de Bradford (1995 y 2001), Burnley y Oldham en 2001. Estos últimos, en parte antipoliciales, fueron también expresiones de una masculinidad descontenta, así como una respuesta a los ataques racistas.

Entre 1990 y 2003 se produjo un aumento del 60 % en las estadísticas de robos a nivel nacional. El aumento de las cifras en Londres durante este periodo, combinado con un índice de esclarecimiento relativamente bajo, preocupó cada vez más a la Policía Metropolitana.⁴ Según el entonces comisario de la Policía Metropolitana, Paul Condon, los jóvenes negros eran responsables de la mayoría de los atracos de Londres. En 1995 se estableció la Operación Eagle Eye, una nueva estrategia para hacer frente al problema. La preocupación por la violencia y las armas hizo que la policía recibiera más poderes para, en determinadas circunstancias, detener y registrar al azar [artículo 60 de la *Criminal Justice and Public Order Act* (Ley de justicia penal y orden público) de 1994]. Los resentimientos de los blancos pobres, alimentados por el duro discurso contra la inmigración y la aparición del racista British National Party, contribuyeron también al

² Dado que el atraco todavía no es un delito oficial, las cifras de robos proporcionan el equivalente más cercano. A menos que se indique lo contrario, todas las cifras proceden de las estadísticas de delitos registrados 1898-2001/2002 y 2002/2003-2006/2007, compiladas por Chris Kershaw y suministradas por Steve Farrall.

³ Véase B. Campbell, *Goliath*, Londres, Methuen, 1993.

⁴ J. E. Stockdale y P. J. Gresham, *Tackling Street Robbery*, Londres, Police Research Group, Home Office, 1998, p. 7.

aumento de los ataques racistas. De forma descarada, estos apenas fueron perseguidos, incluso después de que un informe oficial expusiera la magnitud del problema.⁵ Finalmente, el asesinato racista de Stephen Lawrence en 1993 obligó a realizar una investigación oficial,⁶ que declaró a la policía culpable de racismo institucional, una opinión apoyada por el Inspector Jefe de la Policía de Su Majestad. A esto le siguieron numerosas reformas: códigos de prácticas, notas de orientación, unidades de seguridad comunitaria especialmente formadas, etc. A una efímera reducción de las cifras de identificaciones y registros le siguió un enorme repunte de las cifras de robos (un 39 % más, entre 1999 y 2001), atribuible en gran medida a un aumento de los robos de teléfonos móviles. Esto garantizó que la situación siguiera siendo la misma: entre 1998-1999 y 2001-2002, el recurso a los nuevos poderes de registro del artículo 60 casi se triplicó, con 28 veces más probabilidades de que una persona negra fuera registrada que una blanca y 18 veces una asiática que una blanca.⁷ Las estimaciones anteriores sobre la sobrerrepresentación étnica podían ahora cuantificarse con precisión, dada la obligación, desde abril de 1996, de que la policía registrara el origen étnico de los sospechosos y delincuentes.

Además de poner en marcha la investigación Macpherson, el gobierno laborista entrante cumplió su promesa de ser «duro con la delincuencia»: otorgó a la policía nuevos poderes para hacer frente a las agresiones con «agravante racial» en la *Crime and Disorder Act* [Ley de delincuencia y desorden] de 1998 y para detener cualquier coche por cualquier motivo en la *Road Traffic Act* [Ley de tráfico] de 1998. También invirtió masivamente en otra Street Crime Initiative en 2002 (con el robo como principal prioridad), estableció un programa para acabar con las «bandas» y, más tarde, con los delitos con arma blanca (sobre los cuales se basó en gran medida el uso de registros policiales). El objeto de atención en cada caso (como es lógico) eran, en palabras del propio primer ministro Blair, los «chicos negros». Las nuevas estadísticas de justicia penal clasificadas por etnias mostraron sistemáticamente una clara sobrerrepresentación negra en las estadísticas de robos. Lo mismo ocurría con la población penitenciaria. En 2004-2005, un tercio de todas las detenciones por delitos notificables en Londres correspondía a personas negras; y, en 2005, casi la mitad de los presos varones negros británicos estaban encarcelados por delitos de robo o drogas.⁸ En 2008-2009, los índices de sobrerrepresentación de la población negra —en los registros S1, en las detenciones y en la población penitenciaria— siguieron

⁵ Ministerio del Interior, *Racial Attacks*, Londres, HMSO, 1981.

⁶ W. Macpherson, *The Stephen Lawrence Inquiry*, Londres, Ministerio del Interior, 1999.

⁷ B. Bowling, A. Parma y C. Phillips, «Policing Ethnic Minority Communities», en T. Newburn (ed.), *The Handbook of Policing*, 2^a ed., Cullompton, Devon, Willan, 2008.

⁸ M. FitzGerald, «Young Black People and the Criminal Justice System», Documento informativo inédito, *House of Commons Home Affairs Committee on Young Black People and the Criminal Justice System*, 2006, pp. 27-28, 55.

empeorando.⁹ Uno de los factores agravantes fue el 11-S y la posterior «guerra contra el terrorismo». Aunque su principal efecto sería la criminalización de los jóvenes asiáticos, los jóvenes negros también siguieron estando «sobrerepresentados» en las redadas.

En agosto de 2011, volvieron a producirse disturbios en Tottenham, como consecuencia de la mala gestión de otro asesinato policial de un hombre negro; estos se extendieron por todo el país. Un mes más tarde, un titular de prensa anunciaba: «La Met[ropolitan Police] destina 1.000 agentes a las patrullas de atracos en las escuelas».¹⁰ Seis meses después leíamos: «La mitad de los jóvenes negros no tienen trabajo. La tasa de desempleo se ha duplicado en los últimos tres años, pasando del 28,8 % al 55,9 %».¹¹ Ese mismo mes se destapó un «nuevo escándalo de racismo» en la Met, «después de que un hombre negro utilizara su teléfono móvil para grabar a los agentes que lo insultaban».¹²

En 1972, el año en que comenzó nuestra historia, un Select Committee of the House of Commons on Race Relations and Immigration informó de que los antillanos eran, proporcionalmente, menos criminales que la población autóctona. Como hemos visto, 40 años después, los afrocárabeños están sistemáticamente sobrerepresentados en las series estadísticas de justicia penal. Entender esta evolución ha supuesto un debate efímero y virulento sobre la raza y las estadísticas de delincuencia, que ha enfrentado a los realistas de izquierdas, que sentían la necesidad de que la izquierda reconociera la «realidad» de la delincuencia negra, con los llamados idealistas de izquierdas, que consideraban que el problema principal era la actuación policial discriminatoria y la criminalización resultante.¹³ Desde 1996, se ha producido un debate cada vez más sofisticado sobre el significado de las nuevas estadísticas categorizadas étnicamente. A la hora de evaluar la desproporción de las identificaciones y registros de los jóvenes negros, ¿deberían ser las poblaciones «residentes» o «disponibles», las estadísticas de delincuencia o los «índices de aciertos» (proporción que conduce a la detención) los elementos de comparación adecuados?¹⁴ En su intento de explicar la sobrerepresentación de los varones negros en los delitos callejeros registrados en Londres, FitzGerald, Stockdale y Hale han llegado a la conclusión de que cuando se incluían en el modelo (estadístico)

⁹ M. FitzGerald, «Ethnicity and Crime», Conferencia inédita, 2010, p. 10.

¹⁰ *The Guardian*, 5 de septiembre de 2011.

¹¹ *The Guardian*, 10 de marzo de 2012.

¹² *The Guardian*, 31 de marzo de 2012.

¹³ Para un intento de conciliar estas posturas, véase T. Jefferson, «Discrimination, Disadvantage and Police-work» en E. Cashmore y E. McLaughlin (eds.), *Out of Order?*, Londres, Routledge, 1991.

¹⁴ B. Bowling y C. Phillips, «Disproportionate and Discriminatory», *The Modern Law Review*, núm. 70(6), 2007, p. 944.

variables como la desigualdad de ingresos, la pobreza infantil y la rotación de la población, la etnia desaparecía como factor.¹⁵ No hay espacio aquí para debatir estas cuestiones,¹⁶ pero está claro, independientemente de las sutilezas estadísticas, que ser negro significa concentrarse en lugares donde los niveles de desigualdad y pobreza infantil son elevados y donde la detención y el registro son habituales; además, ser joven y varón significa correr el riesgo de sufrir el tipo de delincuencia que la policía aborda, y estar sometido a lo que en otro lugar llamo el «racismo de la criminalización»: ser reproducido como el «Otro criminal» en consonancia con la misión histórica de la policía de controlar la delincuencia callejera.¹⁷

Esto nos lleva a nuestro punto de partida: el atracador negro como demonio popular. En los últimos 40 años, todos los índices relevantes que implican criminalización y delincuencia han empeorado para los que están en el lado equivocado de la vía: los poderes coercitivos del Estado, las condiciones socioeconómicas, los temores públicos alimentados por los medios de comunicación y las propias cifras de delincuencia (los robos aumentaron un 905 %, de 1970 a 1997, después de lo cual cambiaron las reglas de recuento). Podría decirse que el «demonio popular» contemporáneo, en consonancia con este escenario cada vez peor, ya no es solo negro, sino que se ha ampliado para incluir a todos los jóvenes descontentos: la «clase baja», los «chavs», los «hoodies» y, después del 11 de septiembre, los «terroristas» asiáticos. Las desigualdades estructurales y la falta de trabajo, la exclusión social y el racismo, la criminalización y el embrutecimiento siguen siendo síntomas tóxicos de la coyuntura actual, como lo fueron de la coyuntura que exploramos en *Gobernar la crisis*. La crisis puede ser diferente, pero sigue estando fuertemente vigilada.

Medios de comunicación y pánico moral. Chas Critcher

Un tema central de *Gobernar la crisis* fue el papel de los medios de comunicación a la hora de informar sobre los atracos como un pánico moral. Esta revisión examina cuatro aspectos del debate posterior: en primer lugar, dónde se originan las definiciones de pánico moral; en segundo lugar, las peculiaridades de la delincuencia como tema informativo; en tercer lugar,

¹⁵ M. FitzGerald, J. E. Stockdale y C. Hale, *Young People's Involvement in Street Crime*, Londres, Youth Justice Board, 2003.

¹⁶ Véase C. Phillips y B. Bowling, «Racism, Ethnicity, Crime and Criminal Justice» en M. Maguire, R. Morgan y R. Reiner (eds.), *The Oxford Handbook of Criminology*, 4^a ed., Oxford, Oxford University Press, 2007.

¹⁷ T. Jefferson, «The Racism of Criminalization» en L. R. Gelsthorpe (ed.), *Minority Ethnic Groups in the Criminal Justice System*, Cambridge, Institute of Criminology, University of Cambridge, 1993.

cómo se invoca al público en los pánicos morales; y, por último, las implicaciones de las comunicaciones digitales para las prácticas de los medios de comunicación. Se tomarán ejemplos de las principales áreas de pánico moral de los últimos 30 años: el sida, las agresiones a menores, incluida la pedofilia, las drogas duras y blandas, la inmigración y el asilo, la violencia mediática, los disturbios y el desorden público, la delincuencia callejera y las bandas.

Nuestro primer aspecto es el origen del término atraco y sus connotaciones de raza, gueto y violencia aleatoria. En su momento, nos remontamos, a través de la policía y la prensa, a Estados Unidos. Esta importación de problemas sociales ha continuado a través de una amplia gama de temas: la delincuencia de las bandas negras, las armas de fuego y los cuchillos; las agresiones físicas a la infancia, las supuestas agresiones sexuales rituales y la pedofilia; la guerra contra las drogas y la guerra contra el terrorismo. Para todos ellos, las fuentes estadounidenses han proporcionado definiciones, estimado la prevalencia y propuesto remedios.

Pero las definiciones también brotan más cerca. Argumentábamos que los medios de comunicación reproducen sistemáticamente las definiciones de los poderosos. Desde una posición de «subordinación estructurada», se basan en fuentes acreditadas que sirva a las interpretaciones primarias de las cuestiones políticas, económicas y sociales. Así, actúan como definidores secundarios de las definiciones primarias. Schlesinger argumentó que este marco no tenía en cuenta las diferencias dentro de las élites o las variaciones en su capacidad para influir en la cobertura de los medios de comunicación, las estrategias adoptadas por los definidores primarios, los cambios en la gama de definidores primarios a lo largo del tiempo o el papel de los medios de comunicación en el desafío a los definidores primarios. Estas complejidades no pueden leerse únicamente a partir de los textos de los medios de comunicación.¹⁸

Nuestro argumento original permitía definiciones en conflicto, dependiendo del tema o cuestión y de si el proceso de definición se producía en condiciones rutinarias o extraordinarias. Por ejemplo, durante un disturbio o en los tribunales, los alborotadores pueden ser definidos sin problemas como oportunistas criminales; sin embargo, una investigación sobre los disturbios genera la definición de que el disturbio es sintomático de un conjunto de problemas sociales subyacentes. Esta definición alternativa se ahoga en el momento de la crisis, pero reaparece una vez restablecida la normalidad. Después de 2011 se produjo el mismo patrón que después de 1981.

¹⁸ P. Schlesinger, «Re-thinking the Sociology of Journalism» en M. Ferguson (ed.), *Public Communication*, Londres, Sage, 1990.

Los pánicos morales son crisis percibidas en el orden moral, lo que refuerza la tendencia de las élites a adoptar una única definición del problema y la de los medios de comunicación a reproducirla. Sin embargo, las élites definidoras pueden variar. En el caso del maltrato infantil, por ejemplo, la definición dominante surgió de las alianzas entre los profesionales del trabajo social, las organizaciones de protección de la infancia y los ministros del gobierno. La policía fue la definidora clave de la delincuencia callejera, la pedofilia y la rave / éxtasis, y en esto tuvo que esforzarse mucho para asegurarse el apoyo de los políticos y la prensa. Algunos temas que se convierten en pánico moral, como la inmigración y el asilo, ponen en aprietos a los gobiernos. En estos casos, es más probable que la definición primaria provenga de una combinación de prensa, políticos de oposición y grupos de presión. En cualquier tema, la prensa puede asumir el papel de definidor primario. Sin embargo, es probable que los definidores primarios de la desviación sean figuras de autoridad a los que los medios de comunicación suelen remitirse, especialmente en momentos de crisis percibida.¹⁹ Una característica que define el pánico moral es que los colaboradores deben aceptar la definición dominante del problema o se arriesgan a ser considerados como apologistas del mal.

El segundo aspecto es la peculiaridad de la delincuencia como tema informativo. *Gobernar la crisis* sostenía que la delincuencia, especialmente la violenta, era un elemento básico de los medios de comunicación en tanto cumplía casi todos los requisitos de la elaboración de noticias, tal y como confirmó Chibnall.²⁰ La revisión continua del marco de valor de las noticias²¹ deja intacta la simbiosis entre los medios de comunicación y la delincuencia. *Gobernar la crisis* argumentó además que la delincuencia era un tema moralmente transparente y, por lo tanto, ideológicamente cerrado. Solo se permitía el debate en los términos de la indignación moral dictada por la élite y por la opinión de los medios de comunicación. Lo mismo ocurre con el terrorismo: antes el republicanismo irlandés, ahora los fundamentalistas musulmanes.

Intentamos verificar este argumento mediante un examen empírico del pánico a los atracos en una selección de periódicos nacionales y locales. Ofrecemos análisis detallados de las noticias principales, especialmente de sus titulares y fotos; de los editoriales; y de los artículos de fondo con sus propios valores de noticia. Hubo quien nos llamó despectivamente críticos literarios, pero utilizamos las herramientas disponibles en aquel momento. Posteriormente se han desarrollado herramientas más sofisticadas,

¹⁹ M. Welch, M. Fenwick y M. Roberts, «Primary Definitions of Crime and Moral Panic», *Journal of Research in Crime and Delinquency*, núm. 34(4), 1997, pp. 474-479.

²⁰ S. Chibnall, *Law and Order News*, Londres, Tavistock, 1977.

²¹ P. Brighton y D. Foy, *News Values*, Londres, Sage, 2007.

especialmente derivadas de la lingüística. Estas se han aplicado tanto a la radiodifusión²² como a la prensa.²³ Esta última ofrece un modelo para identificar la «estructura argumental» de las cartas de los lectores. Nuestro interés por las cartas insultantes prefigura la actual preocupación por los blogs ofensivos y los tweets que ahora se dirigen regularmente a figuras de la vida pública. Todos ellos dan rienda suelta a discursos subterráneos, a menudo violentamente prejuiciados, que el anonimato protege de las consecuencias.

Otros lingüistas han indicado cómo entender los modos de dirección en los editoriales.²⁴ Mucho menos desarrollados están los trabajos sobre otros formatos relacionados con las noticias: los reportajes y las cartas al director, los temas de actualidad y los documentales de la televisión y la radio.²⁵ Con el objetivo de explorar los temas que se esconden tras los titulares, profundizan en las explicaciones que se basan tanto en los paradigmas de los expertos como en las ideologías del sentido común sobre la delincuencia. Formatos equivalentes han cubierto el maltrato infantil en todas sus formas, el terrorismo, el consumo de drogas recreativas, los disturbios y cuestiones periféricas como el consumo excesivo de alcohol. Las noticias graves no tienen por qué ser la principal preocupación de los analistas del pánico moral; también importan otros géneros.

Nuestro tercer aspecto era cómo se invoca al público en los pánicos morales. Nos centrábamos en cómo los medios de comunicación traducían el discurso oficial a la jerga popular (el «lenguaje público»), y luego se colocaban para hablar en nombre del público («tomar la voz pública»). Así, los medios de comunicación no representan la opinión pública, sino que la construyen y la orquestan, asumiendo la voz del sentido común. Esta línea de investigación parece haberse desarrollado poco. Una excepción es Brookes *et al.*, que examinaron la construcción de la opinión pública en los informativos de la televisión en abierto en las elecciones de 2001.²⁶ Aunque se les prohibió editorializar, los periodistas trataron de construir la opinión pública mediante un uso selectivo de las encuestas de opinión, insertos arbitrarios de entrevistas en la calle y sus propias afirmaciones sin fundamento sobre el estado de ánimo de la gente: «La representación de la opinión pública producida a través de los medios de comunicación tiene importantes consecuencias ideológicas».²⁷

²² M. Montgomery, *The Discourse of Broadcast News*, Londres, Routledge, 2007.

²³ J. E. Richardson, *Analysing Newspapers*, Basingstoke, Macmillan, 2007.

²⁴ R. Fowler, *Language in the News*, Londres, Routledge, 1991.

²⁵ J. Corner, *Television Form and Public Address*, Londres, Edward Arnold, 1995.

²⁶ R. Brookes, J. Lewis y K. Wahl-Jorgensen, «The Media Representation of Public Opinion», *Media, Culture and Society*, núm. 26(1), 2004, pp. 63-80.

²⁷ Ibídem, p. 64.

Nuestro argumento era que, para asegurar el consentimiento no es necesario explorar la opinión pública, sino simplemente invocarla. *Gobernar la crisis* nunca se diseñó para establecer cómo entienden las audiencias los mensajes de los medios de comunicación. Algunos han criticado el análisis del pánico moral por implicar que la audiencia cree fácilmente los mensajes de los medios de comunicación sobre amenazas desviadas.²⁸ El proyecto sobre el sida del Glasgow Media Group llegó a la conclusión de que el modelo era, en general, demasiado mecanicista para ser de alguna utilidad analítica.²⁹ Sin embargo, el enfoque del pánico moral es, en principio, perfectamente compatible con el paradigma de codificación / decodificación³⁰ y con el trabajo empírico relacionado.³¹ Nada en el modelo excluye las preguntas sobre si, cómo o por qué se produce el apoyo público a los pánicos morales.

Nuestro cuarto aspecto es el impacto de las comunicaciones digitales. El panorama informativo de mediados de la década de 1970 era muy diferente al actual. La prensa nacional sigue siendo reconocible, aunque la prensa regional haya disminuido rápidamente desde entonces. No obstante, entonces solo había tres canales nacionales de noticias por televisión y no había Internet ni redes sociales. La tecnología digital ha transformado la naturaleza de las noticias. Innovaciones como los canales de noticias 24 horas, las ediciones web de los periódicos, los ciudadanos periodistas, el uso de teléfonos móviles para la grabación de audio y vídeo de los acontecimientos por parte de los testigos presenciales, los blogs y los tweets, todo ello sugiere que «las noticias ya no pueden reducirse a un estrecho género informativo centrado en las empresas y producido por las grandes corporaciones de medios de comunicación».³²

McRobbie y Thornton han argumentado que estas nuevas formas de medios de comunicación y política requieren una reforma del viejo modelo de pánico moral,³³ pero no ha surgido nada que lo sustituya. Se puede argumentar que las alteraciones en el panorama informativo han tenido un impacto limitado en el curso de los pánicos morales. Tal puede ser la lección de dos ejemplos recientes muy diferentes: la prohibición de la nueva droga de diseño, mefedrona,³⁴ y la reacción social a los distur-

²⁸ Y. Jewkes, *Media and Crime*, Londres, Sage, 2004; J. Kitzinger, *Framing Abuse*, Londres, Pluto, 2004.

²⁹ D. Miller, J. Kitzinger, K. Williams y P. Beharrell, *The Circuit of Mass Communication*, Londres, Sage, 1998.

³⁰ S. Hall, «Encoding/Decoding» en S. Hall, D. Hobson, A. Lowe y P. Willis (eds.), *Culture, Media, Language*, Londres, Hutchinson, 1980.

³¹ D. Morley, *The «Nationwide» Audience*, Londres, BFI, 1978.

³² J. Jones y L. Salter, *Digital Journalism*, Londres, Sage, 2012, p. 171.

³³ A. McRobbie y S. L. Thornton, «Re-thinking “Moral Panic” for Multimediated Social Worlds», *British Journal of Sociology*, núm. 46(4), 1995, pp. 559-574.

³⁴ J. Collins, «Moral Panics and the Media», ponencia presentada en el congreso «Moral Panics in the Contemporary World», Brunel University UK, diciembre de 2010.

bios en los centros de las ciudades.³⁵ En ambos casos, los actores desviados utilizaron los medios de comunicación social para compartir sus visiones del mundo, pero, una vez a la vista del público, la condena y el castigo fueron inequívocos. Los sistemas centralizados de los medios de comunicación, las agencias de control social y el gobierno siguen conservando un extraordinario poder cultural, a pesar de carecer de influencia en el ciberespacio.

Es evidente que los nuevos medios de comunicación deben incorporarse al análisis de los medios de comunicación del pánico moral, pero no deben dominarlo. Otros tres proyectos pueden ser igualmente productivos. Uno es la necesidad de continuar el trabajo empírico utilizando las técnicas analíticas desarrolladas desde *Gobernar la crisis*. El trabajo reciente sobre el pánico a los solicitantes de asilo resulta ejemplar.³⁶ En segundo lugar, los géneros a través de los cuales operan los pánicos morales podrían ser analizados provechosamente en términos de estructura narrativa.³⁷ En tercer lugar, podrían establecerse conexiones con los trabajos sobre el riesgo, especialmente el papel de los medios de comunicación en su amplificación social.³⁸ Así, al igual que hizo *Gobernar la crisis* en su día, el análisis del pánico moral podría beneficiarse y a la vez contribuir al campo de estudios de los medios de comunicación en su conjunto.

Gobernar la crisis y el Estado de excepción. John Clark

Gobernar la crisis exploró las condiciones del movimiento hacia el «Estado de excepción». Trazó la inclinación de la balanza del control social desde el polo consensual al coercitivo, identificándola como «un momento de excepción del Estado». Sin embargo, esta terminología no es muy refinada y tampoco resulta fiable. Dijimos que era un «momento» porque asumimos que sería temporal y que el polo consensual se restablecería finalmente. Sin embargo, algunos comentaristas sostienen que, lejos de desaparecer, las medidas coercitivas se han institucionalizado y se han convertido en el estado normal de las cosas.³⁹ Entre las pruebas que apoyan esta afirmación se encuentran la invención del orden de comportamiento

³⁵ G. Scambler y A. Scambler, «Underlying the Riots», *Sociological Research Online*, 2012, disponible en <http://www.socresonline.org.uk/16/4/25.html>.

³⁶ J. Banks, «Unmasking Deviance», *Critical Criminology DOI*, 2011; J. Matthews y A. R. Brown, «Negatively Shaping the Asylum Agenda?», *Journalism DOI*, 2012.

³⁷ H. Fulton (ed.), *Media and Narrative*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

³⁸ N. Pidgeon, R. E. Kasperson y P. Slovic (eds.), *The Social Amplification of Risk*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

³⁹ Por ejemplo, P. Hillyard, «The “Exceptional” State» en R. Coleman, J. Sim, S. Tombs y D. Whyte (eds.), *State, Power, Crime*, Londres, Sage, 2009; R. Coleman, J. Sim, S. Tombs y D. Whyte, «Introduction» en Coleman, Sim, Tombs y Whyte (eds.), *State, Power, Crime...*

antisocial, la normalización de la vigilancia pública y privada por parte del Estado, el encarcelamiento de sospechosos de terrorismo sin el debido proceso legal, la continuación de la detención y registro, la militarización del control social en Irlanda del Norte, el uso del *kettling* y otras estrategias «duras» para controlar las manifestaciones políticas, el aumento de la población penitenciaria, las muertes bajo custodia, etc. Estos críticos sostienen que esto representa, no un cambio temporal, sino permanente hacia un «Estado de excepción».

Sin embargo, los procedimientos de gobierno representativo y del Estado de Derecho, aunque debilitados, no se han suspendido, como cabría esperar en una dictadura o en un Estado autoritario, de partido único o policial. El jurado aún no ha determinado la naturaleza de esta «excepción» y debemos evitar exagerar un conjunto de tendencias ignorando los movimientos contradictorios. Las pruebas de la tendencia a la «normalización» de la coerción pueden verse en acontecimientos como la externalización de las funciones policiales a empresas privadas, la privatización de las prisiones y la proliferación de empresas de seguridad privadas, junto con la intensificación de la vigilancia de las fronteras, el proceso de asilo y expulsión, etc. Es necesario seguir trabajando en las relaciones contradictorias entre la normalización de la coerción, la «neoliberalización» del Estado y la gestión de las tareas sociales o asistenciales del Estado, cada vez más residuales. Este tipo de contradicciones no son infrecuentes en los regímenes progresistas, pero requieren una explicación. Esperamos que la reedición de *Gobernar la crisis* contribuya a la tarea de explicar estos problemas.

¿Cómo podríamos entonces pensar ahora el complejo de relaciones entre el consentimiento, la coacción, la crisis, el poder, la política y el Estado? Los acontecimientos políticos y analíticos de los últimos 40 años nos hacen la pregunta de ¿qué es diferente ahora? *Gobernar la crisis* fue importante para establecer la centralidad de una política de ley y orden racializada, y el surgimiento del populismo autoritario como modo de hacer política después del consenso socialdemócrata. Creemos que los términos establecidos en *Gobernar la crisis* siguen siendo válidos, pero la forma en que se configuran exige una atención renovada.⁴⁰

Lo más evidente es que el carácter de la «crisis» (o, más exactamente, la concatenación de múltiples crisis) es diferente. Allí donde *Gobernar la crisis* trazó las múltiples crisis en torno a las dislocaciones del capitalismo británico, su formación social, sus representaciones políticas y los problemas del Estado, ahora debemos abordar los fracasos acumulados y las consecuencias

⁴⁰ J. Clarke, «Of Crises and Conjunctures», *Journal of Communication Inquiry*, núm. 34(4), 2010, pp. 337-354.

de las estrategias thatcherianas / neoliberales que pretendían liberar al capital y al capitalismo de los «grilletes» de los acuerdos de posguerra.⁴¹ El Thatcherismo (y sus sucesores) han producido nuevas dislocaciones y antagonismos económicos, sociales y políticos (desde la desindustrialización hasta los picos de consumo alimentados por la deuda; desde la rápida profundización de las desigualdades de riqueza e ingresos hasta la desunión del Reino Unido). Estos antagonismos y contradicciones que se acumulan, superpuestos a otros más antiguos y aún no resueltos, culminan en la ausencia de un nuevo acuerdo político expansivo «después de Thatcher».⁴² Los esfuerzos por generar nuevas formas de consentimiento solo han tenido un éxito parcial y son continuamente inestables de forma que producen lo que Jeremy Gilbert ha llamado amablemente «consentimiento desafecto». Aunque las múltiples crisis son diferentes en algunos aspectos fundamentales, se articulan en una continua —y no resuelta— crisis de autoridad.

Todos estos acontecimientos han tenido lugar dentro de un campo de relaciones, flujos y fuerzas internacionalizado de manera diferente, de modo que es difícil hablar de una crisis puramente británica. La diferente inserción del capital británico en una economía globalizada que vino impulsada por la «liberalización» thatcheriana también creó las condiciones para una serie de crisis económicas a lo largo de los últimos 30 años, que culminaron con las dislocaciones masivas de las finanzas globales en 2008. Aunque se produjeron a escala mundial y dentro de instituciones económicas globalizadas, estas crisis contemporáneas también se han «nacionalizado», convirtiéndose en problemas de deuda nacional, gasto público y responsabilidad gubernamental. Se han convertido en cuestiones a través de las cuales las naciones virtuosas pueden distinguirse de las descuidadas e irresponsables. Esta «nacionalización» de la crisis, unida a la búsqueda de la austeridad, ha demostrado ser un terreno fértil para la reelaboración de variedades de populismo autoritario.⁴³

Los discursos y las prácticas de coerción que surgieron en la década de 1970 se han ampliado, profundizado y, por así decir, anabolizado en todas partes. En otras palabras, el movimiento hacia un Estado de excepción o de «ley y orden» que trazamos durante la década de 1970 está ahora completamente normalizado. Como ha argumentado Crawford, el mantenimiento del orden —en su sentido más amplio— es un ámbito en el que no se ha producido una reducción del poder del Estado, aunque este se haya visto complementado cada vez más por formas privatizadas o corporativas

⁴¹ B. Jessop, *The Future of the Capitalist State*, Cambridge, Polity, 2002.

⁴² Véase J. Peck, *Constructions of Neo-Liberal Reason*, Oxford, Oxford University Press, 2010, sobre la tendencia del neoliberalismo a «fracasar hacia adelante».

⁴³ J. Clarke, «Austerita e Autoritarismo», *La Rivista delle Politiche Sociali*, núm. 1, 2012, pp. 213-230.

de servicios de «seguridad».⁴⁴ La expansión de los aparatos de control y vigilancia de la delincuencia no consiguió —como tal vez era de esperar— reducir la angustia de la población ante la delincuencia. Por el contrario, dichas angustias se vieron sostenidas y cristalizadas por un círculo vicioso de medios de comunicación populares y políticas populistas autoritarias que redescubrieron la crisis en apariencia permanente, pero siempre escandalosamente nueva, de «la ley y el orden».

Nos topamos aquí con un punto crítico de intersección con la creciente importancia de la «seguridad» como figura derivada a través de la cual las crisis, la coerción, el consentimiento y el poder se han reelaborado en nuevas formas, especialmente después del 11 de septiembre.⁴⁵ «Seguridad» designa ahora la combinación de amenazas externas e internas: terroristas que pueden atacar a Occidente / la Civilización/ el Mundo Libre / Nuestro País desde cualquier lugar del mundo pero, lo más preocupante, desde dentro. Gobernar la crisis de seguridad implica intervenciones externas (desde guerras hasta «acciones policiales»), el refuerzo de las fronteras y la intensificación de la vigilancia y de las intervenciones internas en relación con las poblaciones sospechosas.⁴⁶ Al considerar que las raíces de *Gobernar la crisis* están en Birmingham, hay que destacar la construcción del «anillo de acero» (de cámaras de seguridad) alrededor de Balsall Heath en 2010, legitimado públicamente como una medida contra la delincuencia y el comportamiento antisocial, pero financiado por el programa antiterrorista del gobierno, al cual suministraba información.⁴⁷ La red fue parcialmente desmantelada tras una protesta pública por esta deliberada confusión de propósitos y poblaciones.

Estos acontecimientos se han visto reflejados en un interés académico cada vez mayor por el modo en que la delincuencia actúa como punto focal para el gobierno y para la organización del poder estatal, lo que ha ampliado algunas de nuestras preocupaciones con nuevos análisis, nuevos tiempos y nuevas formas de hacer teoría.⁴⁸ Dichos estudios han examinado

⁴⁴ A. Crawford, «La gobernanza en red y el Estado posregulador», *Criminología Teórica*, núm. 10(4), 2006, pp. 449-479.

⁴⁵ J. Huysmans, *The Politics of Insecurity*, Londres, Routledge, 2006.

⁴⁶ E. Balibar, *We, the People of Europe?*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2004 [ed. org.: *Nous, citoyens d'Europe ? Les frontières, l'État, le peuple*, París, La Découverte, 2001; ed. cast.: *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa?: las fronteras, el Estado, el pueblo*, Félix de la Fuente Pascual y Mireia de la Fuente Rocafort (trads.), Madrid, Tecnos, 2003].

⁴⁷ P. Lewis, «Surveillance Cameras Spring Up in Muslim Areas - the Targets? Terrorists», 2010, disponible en <http://www.guardian.co.uk/uk/2010/jun/04/birmingham-surveillance-cameras-muslim-community>; de forma más general, véase S. Graham, *Cities under Siege*, Londres, Verso, 2010.

⁴⁸ Coleman, Sim, Tombs y Whyte (eds.), *State, Power, Crime...*; D. Garland, *The Culture of Control*, Chicago, University of Chicago Press, 2001; J. Simon, *Governing through Crime*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

las formas en las que el delito se moviliza como un tropo político central, permitiendo esas distinciones entre la «mayoría respetuosa con la ley» de los ciudadanos y los diversos «enemigos internos», que han formado un sólido hilo conductor en los discursos populistas británicos, europeos y norteamericanos de los últimos 30 años. Además, en la mayoría de las sociedades del Atlántico Norte, estos discursos sobre el «problema de la delincuencia» —y las prácticas criminalizadoras asociadas a ellos— se han racializado profundamente a medida que la cuestión de la nación (su composición imaginada, sus fronteras y sus condiciones de pertenencia) ha ido ocupando un lugar cada vez más central en la política nacional. Estos discursos han sido fundamentales para la continua reinvenCIÓN de diferentes «nacional-populismos»: desde las condenas de Nikolas Sarkozy a la «*racaille*» (chusma) en Francia hasta los recurrentes esfuerzos gubernamentales por definir e inculcar la «britanidad». Estos discursos también han sido importantes en Estados Unidos, en las formas cambiantes de la «crisis urbana»⁴⁹ y en la creciente criminalización de los inmigrantes «ilegales».

Estas circunstancias apuntan a un aspecto fundamental de las cambiantes formaciones estatales. Otro aspecto bastante distinto es la creciente importancia de las agencias y organizaciones no estatales para las estrategias del «gobierno de lo social».⁵⁰ Hemos asistido al complejo desarrollo de nuevas formas de poder, control e intervención (seguridad comunitaria, justicia juvenil, orden del comportamiento antisocial, nuevas formas de condicionalidad del bienestar que implican el cumplimiento y el rendimiento social, etc.), que funcionan a través de nuevos acuerdos organizativos (asociaciones, organizaciones locales, agencias híbridas, etc.) que atraviesan lo que se entendían como los límites entre lo público y lo privado.⁵¹ Los nuevos enfoques analíticos de estas agencias «no estatales» han surgido tanto del interés de las ciencias políticas por la gobernanza como del interés por la gubernamentalidad inspirado en Foucault. Ambos enfoques tienden a restar importancia al Estado o a exagerar su declive, si bien por razones muy diferentes. A menudo estos enfoques se han contrarrestado con afirmaciones sobre la continuidad del Estado y del poder estatal, sin tener en cuenta las cambiantes formas institucionales y organizativas. Creemos que con ello se corre el riesgo de pasar por alto nuevas e importantes formaciones de poder y discurso.⁵²

⁴⁹ M. Ruben y J. Maskovsky, «The Homeland Archipelago», *Critique of Anthropology*, núm. 28(2), 2008, pp. 199-217.

⁵⁰ N. Rose, *Powers of Freedom*, Cambridge, Polity, 1999.

⁵¹ K. Stenson, «Governing the Local», *Social Work and Society*, núm. 6(1), 2008 disponible en http://www.socwork.net/2008/1/special_issue/stenson.

⁵² J. Newman y J. Clarke, *Publics, Politics and Power*, Londres, Sage, 2009; A. Sharma y A. Gupta, «Rethinking Theories of the State in an Age of Globalization» en A. Sharma y A. Gupta (eds.), *The Anthropology of the State*, Oxford, Blackwell, 2006.

El análisis de estos cambios plantea un problema de enfoque: concentrarse únicamente en los aparatos coercitivos, o solo en los elementos coercitivos de otros cambios, puede hacer que se pase por alto las múltiples formas en las que, en términos de Foucault, se dirige la conducta y los diferentes grupos están siendo objeto de diferentes estrategias.⁵³ Así, las exploraciones de Wacquant sobre la penalidad punitiva como núcleo duro del neoliberalismo⁵⁴ han hecho avanzar las preguntas sobre cómo el neoliberalismo se dirige a las poblaciones problemáticas y amplía los procesos de criminalización y encarcelamiento. Sin embargo, pensamos que estas estrategias, formas de poder y disposiciones organizativas cambiantes pueden entenderse mejor si se evitan los binarismos simplificadores (Estado frente a gobernanza, coerción frente a consentimiento, o la distinción de Wacquant y Bourdieu entre las manos izquierda y derecha del Estado: asistencialismo frente a coerción / castigo). Pensar en formaciones estatales cambiantes en las que se combinan nuevas estrategias, nuevas disposiciones organizativas y nuevos modos de ejercer el poder en formas híbridas o compuestas sigue siendo un reto analítico y político apremiante. Creemos que son cuestiones esenciales para decidir «qué es diferente ahora».

Estructuras, culturas y biografías. Brian Roberts

Gobernar la crisis intentó esbozar el amplio «terreno» transaccional, estructural e histórico necesario para una exploración más completa y dinámica que los enfoques tradicionales del significado del «atraco». En el último capítulo se considera la experiencia de los jóvenes del centro de la ciudad interrelacionando tres dimensiones —estructuras, subculturas y biografías⁵⁵— tomadas de teorías anteriores. En retrospectiva, planteaba un reto: los enfoques posteriores tendrían que combinar elementos de diversos enfoques teóricos para dar cuenta de las «dimensiones» de la delincuencia callejera.

En *Gobernar la crisis* se describen las «estructuras de subalternidad» cruciales (trabajo, clase, raza, género, etc.), que reflejan distribuciones de riqueza y poder fuera del control del individuo. Sin embargo, se argumenta

⁵³ J. Clarke, «New Labour's Citizens», *Critical Social Policy*, núm. 25(4), 2005, pp. 447-463; J. Clarke, «Subordinating the Social? Neo-liberalism and the remaking of welfare capitalism», *Cultural Studies*, núm. 21(6), 2007, pp. 974-987.

⁵⁴ L. Wacquant, *Punishing the Poor*, Durham, NC, Duke University Press, 2009 [ed. org.: *Punir les pauvres: Le nouveau gouvernement de l'insécurité sociale*, Agone, 2004; ed. cast.: *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de inseguridad social*, Margarita Polo (trad.), Barcelona, Gedisa, 2010]; véase también N. Lacey, «Differentiating among Penal States», *British Journal of Sociology*, núm. 61(4), 2010, pp. 778-794.

⁵⁵ C. Critcher, «Structures, Cultures and Biographies» en Hall y Jefferson (eds.), *Resistance through Rituals...*

que un enfoque «estructural» de la raza / etnia y del racismo (como en algunas investigaciones antiguas sobre «relaciones raciales») podría, entonces como ahora, proporcionar los contornos necesarios de la posición de desventaja, pero descuidar la experiencia sociocultural real. Del mismo modo, los recientes desarrollos de los enfoques «culturales» en torno a las cuestiones de agencia, identidad / hibridación y «nuevos racismos» pueden limitar la comprensión de «la cultura, la conciencia y la resistencia» y la posición de desventaja actual, *a menos que* se combinen con los efectos «estructurantes» de la familia, el vecindario, la escolarización, el trabajo y el Estado local / nacional. Los enfoques «culturales», a la vez que avanzan en el conocimiento de las dinámicas culturales y de los discursos en torno a la «raza» y critican los antiguos «análisis macroestructurales», en los que las vidas pueden «reducirse» simplemente a reacciones ante factores socioeconómicos, pueden no representar la complejidad de la experiencia individual.⁵⁶ Al destacar la naturaleza cambiante, compleja, contextual y múltiple de la formación de la identidad, los relatos «culturales» deben hacer hincapié en que las estructuras también se *viven* y que las culturas *construyen*.

Aunque *Gobernar la crisis* se centra principalmente en el «atraco» desde una perspectiva social, al impugnar al «demonio popular» o la «imagen simbólica» del «atracador negro», también ofrecía una «biografía» diferente en la que la posición, las decisiones y la trayectoria de un individuo estaban «estructuradas» dentro de un conjunto de alternativas culturales disponibles. Se construía una trayectoria biográfica «típica» que incluía posibles problemas familiares, amistades, problemas educativos, contactos con la policía, etc. Así, al explicar el comportamiento de los jóvenes, ni las desventajas estructurales ni los valores culturales se consideraban explicaciones suficientes. Como demostraba enfáticamente la etnografía de Pryce sobre los estilos de vida de la población caribeña en Bristol en la década de 1970, la «respuesta» a una situación no está determinada de una manera tan simple.⁵⁷ Desde esta perspectiva, el «atraco» es uno de los varios caminos posibles, una «deriva» dentro de las opciones criminales y no criminales frente a la «presión incesante».⁵⁸ Las «condiciones macroestructurales» influyen, por ejemplo, a través de unas perspectivas de empleo inferiores, configurando así las condiciones para *diversos* estilos de vida.⁵⁹ Como argumentó recientemente Gunter, señalando la diversidad de «masculinidades negras»: «Muchos hombres negros hacen frente a su amargura, a sus fracasos, a sus frustraciones y a su marginación social centrando su

⁵⁶ A. Gunter, *Growing up Bad?*, Londres, Tufnell Press, 2010, pp. 13-14.

⁵⁷ Pryce, *Endless Pressure...*

⁵⁸ Ibídem.

⁵⁹ E. Cashmore y B. Troyna (eds.), *Black Youth in Crisis*, Londres, Allen & Unwin, 1982; M. Fuller, «Young, Female and Black» en Cashmore y Troyna (eds.), *Black Youth in Crisis...*

creatividad» en diversos comportamientos «expresivos»;⁶⁰ estos pueden incluir la ropa, la sexualidad, los gestos, etc. Aquí están implicadas las complejidades de cómo las ideologías y las limitaciones sociales «operan» juntas en la formación de la masculinidad, la feminidad y otras identidades y en la definición de los espacios. Los jóvenes del centro de la ciudad tienen algo en común, pero están socialmente diferenciados por su experiencia cultural de las estructuras de edad, género, familia, religión, etnia, educación, etc. Al mismo tiempo, es evidente que los jóvenes se conforman, resisten, reinterpretan y negocian el «posicionamiento» cultural-estructural y la formación de la identidad.⁶¹

Al examinar las zonas del «centro de la ciudad», *Gobernar la crisis* observó la aparición de «enclaves antillanos» que incluían formas culturales «expresivas» de resistencia, frente al «racismo público». De manera significativa para la acción comunal posterior, observamos que la recesión posterior a 1974 trajo consigo una «conciencia étnica» más localizada y organizada, tal y como se puso de manifiesto en las principales campañas comunitarias.⁶² Además, *Gobernar la crisis* postuló que vigilar a los negros «amenazaba con mezclarse» con vigilar a los desfavorecidos en las zonas urbanas, una «mezcla» que parece evidente en los disturbios de 2011 (véase el epígrafe «Raza, delincuencia y vigilancia», más arriba).

La desigualdad en aumento ha sido una cuestión pública recurrente. La idea de una «sociedad dividida» destacó especialmente durante la recesión y los disturbios de la década de 1980⁶³ y es posible que se haya iniciado de nuevo un debate similar. El informe del Riots, Communities and Victims Panel [Grupo de expertos sobre disturbios, comunidades y víctimas], encargado por el gobierno,⁶⁴ señalaba como problemas las oportunidades educativas y laborales, la ineficacia o la escasa confianza en los organismos oficiales, el fracaso de los vínculos comunitarios y el «marketing y materialismo agresivos» hacia los jóvenes. Muchos de los participantes entrevistados para el informe admitieron su oportunismo al robar bienes inasequibles, pero otros expresaron un sentimiento de injusticia por la falta de oportunidades, dinero o el maltrato general.⁶⁵

⁶⁰ Gunter, *Growing up Bad?*..., p. 7.

⁶¹ Hall y Jefferson (eds.), *Resistance through Rituals...*; S. Hall, «The Question of Cultural Identity» en S. Hall, D. Held y T. McGrew (eds.), *Modernity and Its Futures*, Cambridge, Polity, 1982.

⁶² B. Roberts, «The Debate on "Sus"» en Cashmore y Troyna (eds.), *Black Youth in Crisis*...

⁶³ Scarman, *The Scarman Report*...; Archbishop of Canterbury's Commission on Urban Priority Areas, *Faith in the City*, Londres, Church House Publishing, 1985.

⁶⁴ The Riots, Communities and Victims Panel, *After the Riots*, Londres, The Riots, Communities and Victims Panel, 2012.

⁶⁵ *The Guardian/LSE, Reading the Riots*, 2011 disponible en <http://www.guardian.co.uk/uk-series/reading-the-riots>; véase también K. Dunnell, *Diversity and Different Experiences in the UK*, Londres, Office of National Statistics, 2008.

La identificación del creciente materialismo y de las expectativas insatisfechas a la hora de explicar los disturbios de 2011 encuentra una fuerte resonancia en las recientes investigaciones sobre los robos callejeros en Gran Bretaña. Estos trabajos han buscado una explicación «completa» del delincuente, del control social y de la orientación de las víctimas, así como de las medidas políticas. Los autores han intentado dar una explicación más «completa» de la delincuencia integrando elementos de diversas teorías, como la teoría subcultural, de la elección racional, de las «seducciones del delito» de Katz y del control.⁶⁶ En general, los estudios sobre robos en la calle tienen un «objeto cultural» común (mertoniano). Dichos estudios esbozan una «cultura de la calle» infundida por valores consumistas «omnipresentes», pero en la que el «deseo» de un «estilo callejero» caro no se satisface por medios legítimos debido a la diferencia de oportunidades.⁶⁷ En esta situación, existen ciertas «adaptaciones» que van desde la conformidad hasta la ilegalidad. Resulta interesante que, a pesar del énfasis posmoderno (y «global») en el «estilo» consumista en los estudios sobre la juventud, una cierta idea de «subcultura» (vinculada a la zona / clase)⁶⁸ sigue siendo importante para los investigadores del robo callejero.⁶⁹ Paralelamente a esta investigación, se ha producido un resurgimiento de los estudios académicos sobre las «bandas» (existencia, definición, actividades, composición étnica y de género) y las «medidas de prevención» asociadas, debido en parte a la intensa preocupación política y pública por la «cultura de las bandas».⁷⁰ No cabe duda de que la «violencia y los robos en grupo» graves se producen y requieren una investigación detallada y cuidadosa. Sin embargo, dentro del debate público, la construcción del miembro de una banda como un «demonio popular» solo sirve para limitar, distorsionar e inhibir una comprensión más profunda de los contextos

⁶⁶ J. Katz, *Seductions of Crime*, Nueva York, Basic Books, 1988; T. Bennett y F. Brookman, «The Role of Violence in Street Crime», *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, núm. 53(6), 2009, pp. 617-633; S. Hallsworth, *Street Crime*, Cullompton, Devon, Willan, 2005.

⁶⁷ M. Barker, J. Geraghty, B. Webb y T. Key, *The Prevention of Street Robbery*, Home Office, Police Research Group, Crime Prevention Unit Series, núm. 40, Londres, Ministerio del Interior, 1993; R. Wright, F. Brookman y T. Bennett, «The Foreground Dynamics of Street Robbery in Britain», *British Journal of Criminology*, núm. 46(1), 2006, pp. 1-15; J. Young, «Merton with Energy, Katz with Structure», *Theoretical Criminology*, núm. 7(3), 2003, pp. 389-344.

⁶⁸ Hall y Jefferson (eds.), *Resistance through Rituals...*

⁶⁹ G. Martin, «Subculture, Style, Chavs and Consumer Capitalism», *Crime, Media, Culture*, núm. 5(2), 2009, pp. 123-145.

⁷⁰ S. Batchelor, «Girls, Gangs and Violence», *Probation Journal*, núm. 56(4), 2009, pp. 399-414; T. Bennett y K. Holloway, «Gang Membership, Drugs and Crime in the UK», *British Journal of Criminology*, núm. 44(3), 2004, pp. 305-323; S. Hallsworth y T. Young, «Gang Talk and Gang Talkers: A Critique», *Crime, Media, Culture*, núm. 4(2), 2008, pp. 175-195; I. Joseph y A. Gunter, *Gangs Revisited*, Londres, Runnymede, 2011.

estructurales-culturales de la cultura juvenil, la delincuencia y el centro de la ciudad, un proceso atestiguado en el «pánico a los atracos».

En las investigaciones recientes sobre los robos y la violencia en la calle se ha prestado mucha atención a las «motivaciones» de los delincuentes. Se han identificado una serie de elementos: la necesidad de dinero en efectivo para cumplir con el «estilo de la cultura de la calle», la búsqueda de emociones (es decir, el juego, las drogas) y la «masculinidad» / «reputación» (es decir, el estatus, el respeto), así como las «racionalizaciones» para la infracción. Aquí se podría prestar más atención a la complejidad teórica de la «motivación», por ejemplo, con un mayor desarrollo de las ideas subculturales (por ejemplo, «neutralización», «valores de ocio», «desesperación»).⁷¹ Además, los conceptos de la «tradición» interaccionista de la escuela de Chicago (por ejemplo, «historia de vida», «carrera desviada») siguen siendo muy aplicables.⁷² Por último, hay importantes desarrollos relevantes en los enfoques biográficos / narrativos⁷³ y «psicosociales».⁷⁴ Estas aplicaciones teóricas podrían aclarar aún más las «motivaciones» al vincular los factores socioculturales (es decir, la familia, el género, la clase, el grupo étnico, la edad) con los «repertorios de motivos» disponibles, tal y como se experimentan biográficamente en su contexto particular (centro urbano).⁷⁵ El relato biográfico-cultural-estructural de *Gobernar la crisis* podría haberse enriquecido con estos desarrollos. Su enfoque etnográfico (que incluye materiales secundarios) también se habría beneficiado del apoyo de materiales propios más profundos o de otras fuentes, como los proporcionados por el estudio contemporáneo de Pryce⁷⁶ y por los desarrollos posteriores de la investigación cualitativa (por ejemplo, visual). Pero, este diferente «equilibrio» de material podría haber dado lugar a una pérdida de detalle, fuerza e intención en el análisis principal del libro.

La actual «coyuntura» de «estancamiento» y el programa de «austeridad» del gobierno están reduciendo las oportunidades de los jóvenes. Mientras tanto, el efecto dominante de los valores consumistas ha sido una explicación clave de los disturbios y los robos callejeros. Pero ¿cómo influyen *realmente* estos valores en el comportamiento? ¿Cómo «gestionan» los jóvenes las diferencias entre el apego al estilo de vida «deseado» y su «realidad» cotidiana? Los «valores consumistas», *así como* otros valores, no se reciben y se ponen en práctica, simplemente, sino que se interpretan

⁷¹ D. Matza, *Delinquency and Drift*, Nueva York, Wiley, 1964.

⁷² B. Roberts, *Biographical Research*, Buckingham, Open University Press, 2002, pp. 33-51; B. Roberts, *Micro Social Theory*, Basingstoke, Palgrave, 2006, pp. 30-61; D. Matza, *Becoming Deviant*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice-Hall, 1969.

⁷³ Roberts, *Biographical Research...*, pp. 115-133.

⁷⁴ D. Gadd y T. Jefferson, *Psychosocial Criminology*, Londres, Sage, 2007.

⁷⁵ Véase también Gunter, *Growing up Bad?*...

⁷⁶ Pryce, *Endless Pressure...*

y se «adoptan» de forma diferente en los contextos de la familia, la calle, el barrio, el grupo étnico, etc. La «deriva» se produce en función de la percepción de las opciones de los jóvenes y también de sus creencias, motivos, racionalizaciones y sentimientos (deseos, injusticias, desesperación, etc.). Hoy en día se requiere urgentemente una comprensión de la «reproducción» cultural / estructural en contextos específicos (familia, escuela, trabajo, etc.): cómo los jóvenes utilizan el capital material y social, construyen identidades y actúan dentro de las «redes» locales-globales (es decir, sitios de Internet, en estilo, música y expresión «política»). Es necesario analizar la interrelación de las relaciones micro-macro,⁷⁷ de los procesos de inclusión / exclusión y (fundamentalmente) del cierre social y del desafío consciente, en la configuración de la experiencia biográfica de todos los jóvenes, en los centros urbanos y en otros lugares. Sin embargo, cualquier explicación de la participación en los robos callejeros debe mantener el enfoque etnográfico y teórico de *Gobernar la crisis* sobre las opciones del «camino biográfico» dentro del marco estructural-cultural.

Por último, como argumentó *Gobernar la crisis*, independientemente del «glamour temporal» de la delincuencia callejera, para quienes «sobreviven» durante mucho tiempo, esta no es «existencia romántica», sino más bien «desesperada» que «embrutece a todos los que se dedican a ella, por los motivos que sean».

⁷⁷ Roberts, *Micro Social Theory...*

